

FABIANA PERALTA



En tus brazos...
y huir de todo mal, I

SEDUCCIÓN

Annotation

ALEX Masslow es un exitoso, excéntrico e irresistible empresario norteamericano que viaja hasta Argentina por motivos de trabajo. Su relación con las mujeres siempre le ha servido para atender sus necesidades físicas, y tiene muy claro que no desea involucrarse emocionalmente con ninguna.

Paula Bianchi es sencilla,

inteligente y posee una belleza extraordinaria, pero una mala experiencia amorosa le impide volver a confiar en los hombres.

Alex y Paula se conocerán en Buenos Aires, donde, convencidos de que jamás volverán a verse, vivirán una noche de pasión y sexo desenfrenado. Sin embargo, el destino les tiene reservada una segunda oportunidad.

Cuando los sentimientos comienzan a adueñarse de la pareja, aparecen los celos, las intrigas, las culpas y el orgullo, poniendo en peligro

su romance.

¿CONSEGUIRÁ EL
AMOR IMPONERSE A
LOS MIEDOS DE DOS
SERES
ATORMENTADOS?

FABIANA

PERALTA

Seducion

*En tus brazos huir de todo
mal I*

Autor: Peralta, Fabiana

ISBN: 9788408125372

Generado con:

QualityEbook v0.68

Prólogo

LA vida de la gente que la rodeaba seguía su camino; la de Paula, en cambio, parecía haberse detenido en el tiempo. «Soy hija, hermana, cuñada, tía, amiga e intachable administradora de una empresa, pero cuando reflexiono acerca del verdadero sentido de mi vida tengo la sensación de que se esfumó con mis sueños de feliz para siempre», pensó.

Aunque habían pasado dos años, los recuerdos permanecían frescos en su mente. Aquella última visión estaba clavada en su memoria como si hubiera ocurrido el día anterior. Y no la dejaba seguir adelante.

Faltaba un día para la boda y ella continuaba recibiendo regalos en su casa. Todo allí era un desorden y aquella noche esperaba la visita de su madre y de su hermano, que venían desde Mendoza, así que urgía organizar un poco el apartamento. Paula decidió recoger todos los

obsequios y llevarlos al que iba a convertirse en su nuevo hogar.

Al llegar allí vio que el automóvil de Gustavo estaba estacionado en la puerta del edificio y, aunque le extrañó porque no le había avisado de que iría, no le dio más importancia.

Subió en ascensor cargada con los paquetes y con la llave en la mano y, al llegar frente a la entrada del apartamento, las risas y la música la detuvieron. Agudizó sus sentidos, pegó su oreja a la puerta y de

inmediato escuchó las risas de Gustavo y de una voz femenina que le resultaba muy familiar, pero que no lograba reconocer —aunque quizá fuera su mente la que se negaba a hacerlo. En sus oídos retumbaba la canción que Gustavo y ella elegían siempre para hacer el amor.

El corazón de Paula estaba desbocado, le latía a mil por hora, porque presentía que algo no iba bien allí dentro. De repente dejó de escuchar las risas y, tras esperar unos minutos, metió la llave en la cerradura intentando no

delatarse. Entró de puntillas, sin hacer ruido, y dio un rápido vistazo al lugar. La ropa desparramada por el suelo demostraba la urgencia, pero en la sala no había rastro de nadie; decidió seguir el camino de las prendas que conducía hacia el dormitorio. Las piernas le temblaban, le faltaba el aire y, en ese momento, cuando le parecía que iba a perder el sentido, se detuvo en seco en la entrada sin creer del todo lo que veían sus ojos. No podía ser verdad, deseaba

fervientemente que aquella imagen fuera un sueño, un mal sueño. Al día siguiente era la fecha elegida para casarse.

Gustavo estaba tendido de espaldas sobre la cama, aferrado a las nalgas de aquella mujer, que cabalgaba sobre su sexo mientras entraba y salía de él con desenfreno.

Las palabras no salían de su boca, quería hablar pero estaba muda, paralizada ante lo que estaba viendo. De pronto, pudo articular, con un pequeño hilo de voz, un:

—¿Los ayudo a hacer la cama?

Gustavo se sobresaltó y su mejor amiga intentó taparse con las sábanas, mientras él pretendía explicar lo inexplicable. Sin embargo, Paula ya no lo escuchaba y tampoco lo veía, en su mente sólo se había quedado la imagen de aquellos dos cuerpos unidos por sus sexos.

En ese preciso instante, volvió a recordar que habían pasado dos años desde que presenciara aquella escena, pero el dolor, que no cesaba,

se agudizó con la imagen de una mujer embarazada que pasó frente a ella. Las mismas palabras volvieron a su mente:

«Soy hija, hermana, cuñada, tía, amiga y administradora intachable de una empresa. Pero ¿dónde quedó la mujer?

»Nadie me espera.

»A nadie espero.

»Soledad.

»Una profunda soledad es la que siento.

»¿Podré encontrar algún día a alguien que me haga feliz para siempre? ¿Tendré

alguna vez esa
oportunidad?».

Capítulo 1

HABÍA sido una jornada agotadora de esas que no terminan nunca, y su superior había estado todo el día de un humor de perros. «Bien, un día más he conseguido no mandarla a paseo —pensó mientras caminaba hacia la salida—, aunque no la culpo por estar tan malhumorada.»

Mientras se alejaba, Paula consideraba la actitud de su

jefa y sacudía la cabeza. Hacía una semana que en la oficina se trabajaba contrarreloj para preparar todos los informes que les habían pedido ante la inminente llegada al país del hijo del dueño de la compañía.

El señor Alexander Masslow era el encargado de inspeccionar las sedes que la empresa familiar poseía en el exterior, y llegaba para recorrer las de Latinoamérica, en especial las de Argentina y Brasil. Estas últimas eran las mejor

posicionadas en el mercado, y la casa matriz planeaba una inyección de capital a la que mejor propuesta le presentase; la que lo consiguiera, tenía garantizada su expansión con una campaña que sin duda haría sombra a la competencia.

Necesitaban esa ayuda para echar toda la carne en el asador y posicionarse al año siguiente en primer lugar en ventas. Ambas sedes iban a recibir algún tipo de asistencia, pero quien elaborase el mejor proyecto

sería objeto de la más jugosa. «¿Hasta en esto tenemos que rivalizar con los brasileros, no les basta con que nos destripemos en el fútbol?», pensó Paula mientras caminaba.

El calor en Buenos Aires era agobiante, estaban casi en diciembre, y eso le hizo recordar que sus ansiadas vacaciones llegarían en sólo un mes; las esperaba ansiosa. «Enero, querido mío, llegá pronto», pidió en silencio. Caminaba fastidiada y cargada con su bolso y el maletín del Mac.

«¿Qué llevo acá adentro? ¿Piedras? Cuando llegue a casa voy a revisar la cartera y sacar todo lo innecesario. ¿Por qué las mujeres tenemos la costumbre de cargar con cosas que jamás usamos?» Aquella mañana —para colmo había llegado tan apurada que no recordaba dónde había aparcado su coche. «¡Despiste total! No me extraña, ¡ja!» se reprendió. De pronto, mirando tres filas a la derecha, divisó el techo negro de su Volkswagen Scirocco y se encaminó

hacia él. «Bueno, después de todo no lo había dejado tan lejos como creía», suspiró mientras se acercaba; después desactivó la alarma y el mando a distancia del coche pitó. Pero al abrir la puerta, Maxi la cogió por el brazo y la hizo girarse.

—Lo siento, no era mi intención asustarte —le dijo su compañero a modo de disculpa, después de ver la palidez de su rostro.

—¡Casi me muero de un paro cardíaco, Maxi! ¡Por Dios! ¿Qué hacés?

—Pasé por tu mesa y la

secretaria de Natalia me dijo que ya te habías ido. — Estaba agitado y sin aliento, como si hubiera participado en un maratón; se apoyó en el techo del automóvil y, mientras intentaba nutrir sus pulmones de aire otra vez, prosiguió—: Uf, corrí por todo el estacionamiento para alcanzarte.

—¿Por qué no me llamaste?

—Tenés razón, no se me ocurrió, sólo pensaba en encontrarte.

—Pero... ¿por qué tanta urgencia?

—Pau, hoy trabajé como un burro todo el día y me fue imposible pasar a verte con tanto lío que hay en la oficina por la llegada del yanqui.

Maximiliano García era su compañero y colega, además de un hombre bastante apuesto: un metro setenta y cinco de estatura; delgado; cabello castaño claro y ojos color miel; de hecho, había varias chicas del departamento de sueldos que se morían por él. Ambos trabajaban como administradores en la planta

de finanzas de Mindland, una cadena de indumentaria estadounidense; pero no se conocían de ahí, sino de mucho tiempo atrás. Habían estado juntos ya en la escuela primaria, aunque luego él y su familia se habían mudado de Mendoza al gran Buenos Aires y habían perdido el contacto. Por aquellas casualidades del destino, volvieron a encontrarse mientras estudiaban la carrera de Administración de Empresas en la Universidad de Belgrano, donde en seguida

retomaron la amistad de la niñez y se convirtieron en uña y carne.

Paula siempre se había llevado mejor con los hombres que con las mujeres y eso, según le había contado su madre, era así desde la guardería. En la actualidad, y aunque también tenía algunas buenas amigas, prefería encomendar sus confidencias a Maxi y Mauricio, su otro mejor amigo; los tres eran inseparables.

—¿Y qué cuernos te pasa?

—Pau, vayamos a tomar algo y te lo cuento. No aguanto más este calor, Buenos Aires hoy está que arde.

—Es que tengo clase de pilates a las seis y media — le dijo ella mientras miraba su reloj—. Vayamos mejor a mi casa y me contás mientras me cambio.

—De acuerdo.

Metida ya en su Scirocco, y después de abrocharse el cinturón de seguridad, Paula se colocó las gafas de sol y conectó su iPod a los altavoces a todo volumen.

Mientras empezaba a tararear las canciones de Sin Bandera, salió de allí, tocó el claxon al vigilante y éste le abrió con gentileza la barrera, tomó la avenida que la llevaba a Libertador y se adentró en el tránsito.

Mientes tan bien que he llegado a imaginar...

*—Qué pena que ya no estén juntos —*siguió canturreando mientras conducía.

Que en mi amor llenas tu piel y aunque todo es de papel mientes tan bien.

Maximiliano la siguió —

podía verlo por el retrovisor — hasta su apartamento, que quedaba muy cerca del trabajo, y Paula metió el coche en el garaje, puesto que pensaba ir al gimnasio caminando. Maxi estacionó su automóvil y ella se apresuró a sacar sus cosas del asiento trasero, pero él ya la esperaba junto a la puerta del ascensor con la mano extendida para que no se cerrara. Ella corrió para alcanzarlo y sus tacones retumbaron en el aparcamiento subterráneo haciendo eco.

—¡Qué calor hace! —se quejó ella.

—Sí, es terrible, sólo a vos se te ocurre ir al gym a sudar en un día como hoy.

—¡Ay, amigo!, es que llega el verano y para lucir mi biquini sin culpa debo bajar los kilitos de más que he acumulado en invierno.

—Pero ¡si estás impresionante, tenés un culo que hace delirar a más de uno! —Maxi sonrió con picardía mientras se lo miraba con descaro—. Sólo basta con fijarse un poco en cómo te miran cuando te

paseas por los pasillos de Mindland.

—Dejá de decir estupideces, ¿querés? — Paula le dio un puñetazo en el brazo para que controlara sus comentarios.

—Federico, el de Archivo, me tiene loco con vos; me pide que quedemos con alguna otra chica y salgamos los cuatro juntos.

—Ni se te ocurra organizar nada, te conozco, y ese chico no me gusta ni un poquito así —le espetó uniendo el índice y el pulgar—. No es mi tipo —su tono de voz era

concluyente.

—¿Por qué? Es alto, rubio, tiene buen físico y, además, tiene onda. Me contó que tiene una casa en Mar de las Pampas; podríamos ir ahí cualquier fin de semana, a montarnos en su moto acuática. ¿No te gusta la idea? Podría invitar a Marisa e ir los cuatro.

—¡Como si todo eso me importase! ¡Basta, Maxi! Federico no me gusta y, además, ¿cómo con Marisa? ¿Qué pasó con Daniela?

—Nos peleamos —dijo apesadumbrado—, eso es lo

que quiero contarte.

Llegaron al noveno piso y, al salir del ascensor, Paula le preguntó intrigada:

—¿Qué hiciste ahora? —

Apenas entraron al apartamento, se despojó de los tacones, acomodó el maletín sobre la mesa y tiró su bolso sobre el sillón.

—Nada, te juro que nada, pero...

—Pero ¿qué, Maxi? —La cara con que Paula lo miraba daba a entender que los «peros» de su amigo siempre encerraban algo más, algo que no solía ser

bueno.

Maxi fue a la cocina a buscar bebidas frescas, se arremangó las mangas de la camisa y se desabrochó el botón del cuello; mientras él se ocupaba de los refrescos, ella puso música.

Entre ambos existía una confianza plena, su relación de amistad era tan estrecha que actuaban con mucha naturalidad y, a veces, los extraños se confundían y llegaban a creer que eran algo más que amigos. En muchas ocasiones, eso les había traído problemas con

sus parejas —a Paula le había generado algunos inconvenientes en su antigua relación con Gustavo—, que no solían entender el trato íntimo que tenían y terminaban por sentir celos. La joven fue hasta su dormitorio y se quitó las prendas que llevaba puestas quedándose en ropa interior; no sentía pudor alguno frente a Maxi, porque sabía que él siempre la miraría con ojos de hermano. Mientras buscaba su conjunto deportivo en el primer cajón del armario, el atontado de

Maximiliano le apoyó la lata de gaseosa en la espalda desnuda y la hizo gritar.

—¡Aaaaaaaaah! ¡Pedazo de bromista, sos un tonto! —Él se sonrió y extendió su mano para alcanzarle la bebida. Paula le dio un gran sorbo y se la devolvió para que se la sostuviera mientras se ponía el pantalón y una camiseta. Maxi estaba apoyado en la entrada del vestidor—. Bueno, dale, desembuchá, ¿qué estupidez te mandaste ahora con esa pobre chica? ¡Esa mujer soporta más de lo que cualquiera podría

aguantar! —Él puso cara de «yo no he sido» y a ella le pareció una expresión sincera, puesto que sabía reconocer con claridad cuándo le mentía.

—Te lo juro, amiga — volvió a repetir su promesa —, te juro que no hice nada, pero Daniela leyó un mensaje de Laura y se imaginó cualquier cosa.

—¿Laura otra vez, Maxi? —le preguntó con cansancio —. ¿No me habías dicho que con ella nunca más?

—No ha pasado nada, Paula, sólo coincidimos el

otro día en la casa de Mauricio y, cuando me fui, me envió un whatsapp para decirme que se había divertido mucho. La mala suerte hizo que Dani lo leyera, pero te juro que estuvimos hablando, nada más. Fue la primera vez que, al verla, no intento ligármela o cogérmela.¹

—Hum, no te creo —quiso ponerlo a prueba para ver si realmente le estaba diciendo la verdad.

—Necesito tu ayuda —Maxi juntó sus manos a modo de súplica—, tenés

que hablar con Dani y explicarle, no quiere escucharme. Ayer le dejé quince mensajes de voz y no contestó a ninguno de ellos.

—¿Y acaso creés que a mí sí va a creerme? Sabés a la perfección lo que piensa de nosotros, está segura de que nos cubrimos en todo. De todas formas, dejame intentarlo, la llamo y te cuento.

—Gracias, amiga, sabía que podía contar con vos. — La abrazó, le dio una vuelta en el aire y le llenó la mejilla y el cuello de besos.

—Bueno, no festejes tanto que aún hay que ver si la convenzo. ¿O te olvidás de que la última vez te descubrió en la puerta del baño del restaurante de Marcos besándote con ésa?

—Ese día, ¡ella me besó a mí! —intentó defenderse Maxi.

—Ay, sí, claro, pero la tenías bien agarrada de la nuca y te estabas apoyando en ella mientras la devorabas, Maxi, yo también te vi aquel día, así que no te me hagas el santito.

—Pero esta vez te juro que

no ha pasado nada de nada. Le podés preguntar a Mauricio si no me creés.

—Dale, bobo, como si él no te hubiera hecho de tapadera alguna vez. De todos modos, te creo, pero ni se te ocurra decirle a ella que le pregunte a Mauricio; eso sonaría menos creíble todavía.

—Entonces, si me arreglo con Dani, hablo con Fede y salimos los cuatro, ¿te parece?

—Te acabo de decir que no me gusta —insistió Paula mientras se calzaba las

zapatillas, sentada en el borde de la cama.

—¡Amargada!,
últimamente nadie te gusta.
¿Cuándo vas a olvidarte de
Gustavo? ¡Él ya está casado!
Además, ni que fuera Brad
Pitt, ni siquiera tiene buen
aspecto, sólo es un
abogaducho engreído. ¡Date
la oportunidad de conocer a
alguien más!

—No soy una amargada,
Maxi, y lo que me pasa no
tiene nada que ver con
Gustavo. No sé por qué lo
mencionás, simplemente no
quiero liarme con nadie de la

oficina y, además, Federico ni me gusta.

—Está bien, no insisto más, ya me quedó claro. ¿Qué hacés esta noche?

—Me he traído trabajo de la oficina.

—¡Uy! ¡La fanática del control! Pero si hoy es viernes, tenés todo el fin de semana para hacerlo. Vamos a ir al Tequila con Mauricio y me dijo que te avisara de que había llegado su primo de Nueva York.

—¿Quién, Mikel?

—Sí, él.

—¡Uy!, ese bombón tiene

buena onda. La última vez que estuvo en Buenos Aires nos fuimos de fiesta durante quince días.

—Lo recuerdo bien, nos fuimos a Punta del Este, ¿te acordás lo bien que lo pasamos?

—Síiiii —se rió ella entusiasmada—, ¡le queríamos enseñar a hablar español!

—Bueno, entonces, ¿venís? —A Paula le bastaron sólo unos segundos para decidirse; de repente, le entraron unas enormes ganas de despejarse.

—Me convenciste, Maxi.

—¡Hecho! Te vamos a pasar a buscar con Mauricio, aunque creo que dejaremos su coche en el hotel del primo, porque parece que Mikel vino con un amigo suyo que tiene mucha plata y hasta chofer.

—¿Y vamos a caber todos juntos en un solo coche?

—En todo caso, nosotros nos iremos en un taxi, por eso no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? ¿Y si a mitad de la noche te enganchás a alguien y me quedo colgada?

—¡Te digo que no, que tengo el corazón roto! Sólo pienso en Daniela, estoy deseando que hoy nos la encontremos.

—De acuerdo, ¿a qué hora me pasan a buscar?

—Sobre las nueve.

—Listo, Maxi, ahora bajemos o llegaré tarde a mi clase.

Se despidieron en la calle con un abrazo, Maximiliano partió en su coche y ella se colocó los auriculares del iPod, mientras caminaba hacia el gimnasio a ritmo de reggaeton.

A las ocho ya estaba de vuelta. Mientras se preparaba para pegarse una ducha, se tomó una bebida isotónica, se quitó las zapatillas sin desatarlas y se deshizo de la ropa, para meterse bajo el chorro de agua, necesitada de alivio y relax. En menos que canta un gallo, enjabonó su cuerpo, lavó su larga cabellera castaña y, sin más dilación, cerró el grifo. Maxi estaba acostumbrado a esperarla y nunca se quejaba, pero Mauricio era el ser más quisquilloso del

mundo con la puntualidad y no quería escucharlo protestar.

Se secó y alisó el pelo con el secador de mano y la plancha, se miró en el espejo del baño y se sintió conforme con el resultado, luego se ocupó de maquillarse. Delineó sus grandes ojos verdes, maquilló sus párpados con una sombra gris oscura que combinaba con el vestido de lentejuelas plateadas que pensaba ponerse, añadió un poco de color a sus mejillas y se aplicó abundante brillo

labial para que lucieran bien carnosos y apetecibles.

«¡Qué mona, Pau, qué bien te ves!», se elogió mientras se miraba al espejo. Estaba entusiasmada con la salida, así que a toda marcha se dirigió al vestidor, se puso un conjunto de ropa interior de encaje negro y acomodó sus senos, levantándolos, para que parecieran más turgentes dentro del sujetador. Después se enfundó en el vestido que había elegido y, para los pies, eligió unos Ricky Sarkany con quince

centímetros de tacón, que estaban de muerte y que hacían que sus piernas parecieran aún más largas. Se echó una última mirada en el espejo. «Pau, sin duda, hoy estás muy sexy», pensó para sí misma. En ese preciso instante, sonó el timbre del portero automático.

—¿Quién es?

—Maximiliano. ¿Estás lista?

—¡Ya bajo! —El SUV negro de Mauricio estaba aparcado en la entrada del edificio y Paula se acercó

para abrir la puerta de atrás. Subió y saludó a ambos hombres con un beso en la mejilla mientras luchaba, denodadamente con su vestido, que era demasiado corto; los tres estaban muy animados.

—¡Guau! —exclamó Mauricio—, te has tirado todo el frasco de perfume encima y te has pintado como una puerta.

—No seas malo —la defendió Maxi—, está hermosa.

—No te preocupes, Maxi, los comentarios de este

estúpido no me afectan. Ya estoy acostumbrada a sus burlas y, como le conozco el juego, ni lo oigo.

En realidad, el humor ácido de Mauricio tenía la clara intención de levantarle el ánimo. Desde que había pasado lo de Gustavo, él consideraba que su obligación era mantener la mente de Paula ocupada para que no pensara en lo ingrata que la vida había sido con ella. Y aunque había pasado ya bastante tiempo, no abandonaba esa actitud sobreprotectora con

su amiga. Mauricio arrancó y la miró por el retrovisor, desternillado de risa, mientras le sacaba la lengua.

—¿Y Clarisa? —le preguntó Paula, interesándose por su novia.

—Va directo al Tequila con unas amigas —le contestó él sin levantar la vista de la carretera—. Ni ella ni las chicas podían llegar temprano.

—¿Con quién va? —preguntó ella al despiste, con la esperanza de que no la acompañara quien ella imaginaba.

—Con Estefanía y Laura.

—¿Con Laura? —exclamó con fastidio y, sin pensarlo, le dio un coscorrón a Maxi.

—¡Pedazo de desgraciado! Si esta noche pasa algo con Laura, no creas que voy a dar la cara por vos frente a Daniela, que te quede bien clarito.

—¡Ay, no seas bruta!

—Sí, ahora hacete el desentendido. —le espetó mientras Maxi la miraba sin dejar de sobarse la cabeza; Mauricio, al volante, no paraba de carcajear.

—¡Ja! ¡Si esta noche no te

agarra Daniela a los golpes,
te agarra Paula!

El viaje continuó mientras
hablaban de tonterías.
Cuando se encontraban
siempre lo pasaban muy
bien. Maxi imitaba al chico
nuevo de la limpieza a la
perfección; le salía igualito y
a Paula le dolía el estómago
de tanto reírse con sus
ocurrencias.

Llegaron al Hotel Faena
Universe, en pleno corazón
de Puerto Madero Este, y
aparcaron.

—Abrime la puerta,
Maximiliano, demostrémos

que tenemos buenos modales.

Los tres se rieron mientras Maxi bajaba y le ofrecía su mano para que bajase del coche. Al hacerlo, Paula recorrió con los ojos la fachada del lugar y no pudo evitar soltar un silbido. Mauricio le entregó las llaves al aparcacoches, luego se dio la vuelta y se apresuró a cogerla también del brazo.

—Guau, me siento como si me hubiera escapado de una película de Hollywood —dijo Paula, divertida, mientras entraban por un

pasillo a media luz con alfombras rojas, espejos y taburetes bajos.

—Te quería ofrecer el brazo rápido —le explicó Mauricio en voz baja — porque con esos zancos que te pusiste, sin duda, te vas a romper una pierna y no quiero terminar en el hospital en vez de en una discoteca bromeó e intentó contener su risotada, pero sonó tan estridente que ella lo miró con sorna y le dio un pellizco de esos que dejan marca.

—¡Qué poco sentido del

humor! —se quejó él mientras se sobaba el brazo.

—¡Ustedes dos son incorregibles, compórtense un poco que todos nos miran! —los increpó Maxi por lo bajini.

—Che, tú primito debe de tener una buena posición económica para alojarse acá. ¿En qué trabaja? —le preguntó ella, asombrada por el lujo de aquel lugar, y se sintió muy feliz de haberse arreglado como lo había hecho.

—Tiene una agencia de coches, goza de un buen

pasar, pero está en este hotel porque ha venido con un amigo que bucea en dinero y tengo entendido que se quedarán un mes.

—Ya lo creo que bucea en plata —dijo Maxi—, no cualquiera puede pagarse este lujo. —Al entrar, se les acercó en seguida el encargado que, después de que ellos le explicaran a quién buscaban, se dispuso a ayudarlos.

—Por favor, señores, acompañenme por aquí —les indicó con muchísima amabilidad, mientras los

guiaba hasta el lujoso restaurante biblioteca. Paula y Maxi se quedaron esperando a Mauricio y él se fue hasta la recepción.

—¿Y?

—Mikel me mandó decir que ya baja —aclaró Mauri al volver. Sentados en los oscuros y estilosos sillones del lugar, al cabo de unos minutos vieron entrar a un rubio de metro ochenta y cinco, como mínimo, al que Paula reconoció en seguida. Entonces le tocó el brazo a Mauricio para que se diera vuelta.

—Ahí viene Mikel. —

Mauricio se puso de pie con rapidez para que su primo lo viera, y él se acercó de inmediato. Se fundieron en un abrazo interminable mientras se palmeaban la espalda, después se apartaron y Mikel saludó con otro efusivo abrazo a Maximiliano, a quien recordaba muy bien. Tras intercambiar algunas palabras en inglés, finalmente miró a Paula y llevándose la mano al mentón le preguntó:

—¿Paula?

—Sí, Mikel, ¿cómo estás?
—le respondió ella, mientras él la abrazaba y le daba vueltas en el aire.

—Luces hermosa, te recordaba más menudita, estás hecha una *femme fatale*.

—Gracias, vos también estás guapísimo. Y veo que tu español ha mejorado mucho.

—Uf, no tanto, aunque lo manejo mucho mejor que la última vez que estuve en Argentina, y todo es gracias a mi amigo. ¡Qué alegría que hayan podido venir!

Apenas llegué, llamé a Mauricio y le pedí que los invitara. Me apenó pensar que cabía la posibilidad de que no vinieran.

—Debo reconocer que primero rechacé la invitación, pero al enterarme de que estabas en Argentina, cambié de opinión con rapidez. Me acordé de lo bien que nos lo pasamos la última vez que viniste y por nada del mundo me iba a perder esta noche. —Todos se rieron con la explicación de Paula.

—¿Y tu amigo? —

preguntó Mauricio intrigado.

—Ya baja, estaba hablando por teléfono, por eso me adelanté. Pasemos al bar, lo esperaremos mientras tomamos algo. —Siguieron los pasos de Mikel que les indicaba el rumbo hacia el bar que estaba junto a la piscina. Era cuestión de aprovechar que la temperatura nocturna, en esa época del año, era muy agradable.

—¡Qué hermoso lugar! — Mauricio se quedó obnubilado con las lámparas bajas que iluminaban

dramáticamente las tumbonas rojas que había alrededor de la piscina.

—Alex es muy exclusivo, pero no se sientan abrumados, aunque tiene mucho dinero es una persona muy sencilla. Ya verán que les va a caer muy bien.

—Eso espero —dijo ella —, si no voy a poder disfrutar. No es que quiera hacerte quedar mal pero el protocolo es para la oficina; hoy es viernes y quiero disfrutar y distenderme.

—Y lo haremos, Paula —

le prometió Mikel—, te lo aseguro. —Se rieron mientras se acomodaban en la barra.

—¿Les parece que bebamos champán? —Los tres amigos asintieron y, después de que el camarero sirviera las bebidas, brindaron por el reencuentro. Tras sorber su copa, Mikel le preguntó a Mauricio:

—¿Y tu novia? Creí que vendrías con ella.

—Nos encontraremos con Clarisa y sus amigas en la disco, no podían quedar tan

temprano. De todas formas, vas a estar un mes acá, así que tendremos tiempo de sobra para salir otro día a cenar.

—Claro, le pediré al camarero que nos prepare una mesa para cinco.

Mientras bebían, recordaron diversas anécdotas del viaje anterior. Mikel miró la hora en su reloj y, en ese mismo instante, el maître se acercó para indicarles que la mesa estaba lista y los invitó a seguirlo. Cuando entraron en el Bistró, el restaurante del

hotel, todo lucía de un blanco níveo, desde el mobiliario de tapizado fino hasta los manteles y las cortinas; la decoración de aquel espacio era tan impactante que daba la sensación de estar en un recinto palaciego.

—¡Qué lujo! Este lugar es hermoso —exclamó Paula mientras se sentaban. En ese momento, Mikel levantó la vista y vio que su amigo finalmente había llegado.

—Ahí viene Alex.

Mikel extendió su mano para hacerle señas y que los

viera. Alex lo vio de inmediato y, aunque su primera reacción fue estudiar a las personas que estaban con él, su vista se clavó indefectiblemente en la dama que los acompañaba. Aun a lo lejos, Paula le pareció una mujer muy atractiva, con una boca muy deseable, una estrecha cintura y unos senos normales pero voluptuosos. Ella miró hacia la entrada y descubrió a un hombre de metro noventa, con cabello castaño oscuro y tonalidades rojizas, que acababa de

entrar. Sus hombros eran anchos, su espalda bien definida y tenía unos ojos claros, cuyo intenso color era difícil de adivinar en la distancia. Paula supo que era él a quien esperaban, porque él asintió levemente con la cabeza mientras se dirigía a paso seguro hacia el lugar donde ellos se encontraban. De inmediato se sintió atrapada por la seguridad con la que aquel hombre se desplazaba y se movía. Además, su preferencia por las personas pulcras quedaba totalmente colmada con el

amigo de Mikel, cuyo aspecto no era pulcro sino impecable. Ella, que no solía poner demasiada atención en la forma de vestir de la gente, sacó una radiografía de Alex mientras se acercaba: llevaba unos pantalones vaqueros con camisa negra, zapatillas informales de piel y una americana gris oscura que, por la confección y la textura de la tela, aparentaba ser muy cara. «¡Uf, qué apuesto! Esos labios son perfectos. Me encantaría verlo con sombra de barba,

realmente creo que estaría muy sexy», pensó mientras lo repasaba de arriba abajo.

—*Hi, goodnight!* —Alex saludó y se colocó al lado de Paula. De cerca le pareció aún mucho más bella de lo que había advertido desde lejos. Ésta estaba embelesada, no podía apartar sus ojos del rostro del recién llegado y, casi sin disimulo, siguió estudiándolo a conciencia durante un rato—. Perdón por la demora, pero he necesitado contestar unas llamadas.

Ella consideró que su voz era tan subyugante como la seguridad y el garbo que había desplegado mientras se acercaba, y le pareció muy atento por su parte que se disculpara en un perfecto español. De inmediato, se sintió atraída por su belleza indiscutible y por la cadencia que adquirirían las sílabas que pronunciaba en castellano, con un acento perfecto, y por ese tono seductor que era casi una caricia para sus oídos.

—Buenas noches. No es nada —respondieron los tres

amigos a la vez y, sin más dilación, Mikel le presentó a su primo en primer lugar. Alex le extendió la mano con fuerza y seguridad, algo que al estadounidense le gustó —al parecer de la joven, que todavía lo observaba—, luego le presentó a Maximiliano, que también le devolvió el saludo y, en último lugar, hizo lo propio con Paula. Alex giró levemente su cuerpo hacia ella rogando que no fuera la novia de ninguno de los otros hombres. Ella, por su parte,

se sintió intimidada por la mirada mordaz que él le dedicó y, al fijar sus ojos en su rostro, quedó del todo obnubilada por su belleza; le extendió la mano, pero era obvio que él no tenía intención de cogérsela, así que se apoyó en su asiento, y desplegó toda la seducción de su cuerpo buscando la mejilla de ella, en la que depositó un delicado y mullido beso. Un escalofrío recorrió la espalda de Paula al contacto con sus carnosos labios y no pudo evitar arrebuajarse en la silla.

Al incorporarse, Alex creyó conveniente resolver la duda desde el principio y con una expresión interrogativa se dirigió a Mauricio y a Maximiliano:

—*Your girlfriend?*

—No, no —negaron ambos y ella se sumó a la aclaración:

—Solamente amigos. — Su voz femenina sonó estridente por encima de la de ellos y se amonestó en silencio. «¡No hace falta que aclares con tanto ímpetu!» Y, de inmediato, sintió el rubor en sus mejillas.

—Mikel me dijo que vendrías con tu novia, por eso he preguntado aclaró Alex dirigiéndose a Mauricio.

—Sí, es verdad. Pensaba que podría, pero al final hemos quedado luego en la disco —le explicó de forma amigable.

—De acuerdo —asintió Alex mientras se acomodaba en el lugar que habían dejado para él.

—¿Ya pidieron? —se interesó mientras fijaba sus enormes ojos azules en Paula. Ella, a su vez, se

había quedado embobada mirándolo; ahora, por fin, podía distinguir el color de sus iris. «¡Hey! ¿Me comieron la lengua los ratones?», pensó sin poder pronunciar palabra. Estaba extasiada por su perfume y por esa mirada cautivadora que, desde que había llegado, buscaba la suya.

—No, recién nos sentamos a la mesa —contestó Maximiliano al ver su nerviosismo. «Te amo, amigo, cómo me conocés. Te juro, Maxi, que hablaré con Dani», le prometió

Paula en silencio. Entonces cogió su copa y bebió hasta terminar lo que quedaba en ella, luego se puso de pie para ir al baño y Alex saltó de su silla de forma caballerosa. No era una actitud muy común, pero él la adoptó con tanta naturalidad, como si fuera una costumbre habitual, que le gustó. «Vaya, ¿acaso se trata de un caballero con armadura de acero?» Trató de orientarse para encontrar los rótulos del baño y, entonces, Alex le indicó con el pulgar:

—Creo que es por allá.

—Gracias. —Se encaminó hacia el lugar y pasó por detrás de Mikel encauzando su paso. Ella no podía verlo, pero sintió cómo la mirada del estadounidense se clavaba en ella. «Lo único que falta es que con estos tacones se me doble el pie y haga el numerito más vergonzoso de mi vida. Pero ¡qué guapo es este gringo, mi Dios! ¡Qué ojazos y que voz tiene! Pero ¿qué me pasa? Parezco una colegiala», pensaba mientras caminaba hacia el baño.

Suspiró e intentó tranquilizarse: «Sólo se trata de una cara bonita y de un cuerpo armonioso, Paula».

Ya en el baño, mojó una toalla de papel y se la pasó por la nuca y las muñecas; se sentía muy acalorada. Retocó su maquillaje, se puso perfume de nuevo y volvió a la mesa en seguida. Mauricio y Maximiliano la vieron acercarse y Alex hizo el amago de ponerse de pie, pero ella descubrió su intención y puso una mano sobre su hombro para detenerlo. Ambos sintieron

un cosquilleo y, aunque intentó disimularlo, éste de pronto se sintió extraño e inseguro.

—No es necesario, Alex, muchas gracias —le habló Paula con una voz suave y melosa que lo sedujo aún más. Maximiliano la miró intrigado por cómo le había hablado al gringo y le clavó los ojos. No hacía falta que hablaran, con la mirada se lo habían dicho todo. «Bueno, sí, tenés razón. Fui demasiado obvia, pero él no me conoce, no sabe cómo hablo», le dijo ella sin

pronunciar palabra. Y supo que Maxi la había entendido.

—Oh, por supuesto que es necesario —se expresó Alex con calma y se levantó igual, moviéndose con agilidad y gentileza. Cuando Paula se sentó, él le arrimó la silla y regresó a su asiento. En ese preciso instante, Mauricio comprendió el flirteo entre ambos y se atragantó con el vino. Paula casi lo fulminó con la mirada.

—Gracias —dijo ella.

—Pedí vino, pero tu amigo me dijo que no te gustaba —aclaró Alex mirando a

Maximiliano—, pero éste es un buen Chardonnay. He descubierto que tienen una interesante bodega en este lugar. Te sugiero que lo pruebes y, si no te gusta, luego podemos pedir lo que sea de tu agrado. —Sus ojos estaban fijos en los de ella mientras seguía con su explicación—: Un buen vino siempre realza los sabores de la comida.

Paula no se atrevió a rechazarlo puesto que podría haberse entendido como una desconsideración por su parte, así que cogió la copa

con torpeza, como si fuese la primera vez que bebía, y le dio un sorbo.

—Exquisito —afirmó—.

Me quedo con el vino.

Durante el intercambio con Alex, Maximiliano la miró, pues sabía que el vino blanco se le solía subir con facilidad a la cabeza. Su amigo intuyó lo mismo que Paula: ¡ridículo al canto!

La conversación era difícil de seguir a ratos. Hablaban un poco en inglés y otro poco en español porque a Mikel le costaba comprender un poco el idioma local.

Mezclaban ambos y Alex, además, también hacía de intérprete. Todo era muy divertido.

El camarero no tardó demasiado en traer los platos y Paula se sintió desconcertada puesto que no recordaba haber pedido nada. Entonces Alex se apresuró a explicarle, mientras los otros tres no dejaban de parlotear y reírse; parecían ignorarlos.

—Como estabas en el baño y tus amigos me han dicho que eras de paladar amplio, me he tomado la

libertad de pedir por vos para que todos los platos llegaran a la vez —le explicó mientras se incorporaba un poco en el asiento para acercarse a ella—. No te importa, ¿verdad?

—No, no, claro. Gracias.

«Me alegro —pensó él—, porque para los planes que tengo con vos te necesito con mucha energía. Así que mejor que te alimentes bien.» Se quedó mirándola y ella se recriminó por decir sólo «gracias», como una boba. Se sentía estúpida y tenía la sensación de que si

hablaba no iba a poder dejar de tartamudear. Alex le sonrió de lado, inclinó su cabeza ligeramente y ella, entonces, comprendió que estaba derretida.

Entrechocaron sus copas y bebieron vino, aunque los demás no se dieron por enterados. «Te quiero bien mansa, nena. Mis ratones están a mil en mi cabeza.» Los pensamientos de Alex desvelaban sus oscuras intenciones.

Capítulo 2

MAURICIO, Maximiliano y Mikel se habían pedido de primer plato una ensalada, pero para Alex y Paula trajeron mollejas al carbón y *provoleta* de cabra con almendras. Ella miraba su plato y él le preguntó:

—¿Te gustan las mollejas?

—Sí, parece exquisito, gracias. —Paula se sintió feliz por haber articulado cinco palabras seguidas,

pero pensó en silencio: «*Hey boy!* ¡Vaya chico listo! ¿No se te ocurrió que si me sirven todo esto de entrada, no voy a tener lugar para lo que me traigan después? ¡Con una ensaladita verde, como la de mis amigos, hubiera sido suficiente!», recapacitó mientras cortaba un trozo de molleja y se lo llevaba a la boca.

—Paula, como has bebido alcohol con el estómago vacío, decidí pedir una entrada más consistente, para que el alcohol no te sienta mal —le explicó el

estadounidense sin perderla de vista. La miraba llevarse la comida a la boca y no podía dejar de imaginar cómo sería poseer sus labios.

Ella clavó sus ojos en sus cristalinos iris azules y volvió a discurrir: «*Read my mind?* ¿Acaso pensé en voz alta? ¿Me ha contestado a mí? Creo que me estoy volviendo loca y, como es gringo, ya hasta pienso en inglés. Este hombre me impresiona».

Quería concentrarse en la comida y también participar en la conversación, pero le

faltaba coordinación y sus pensamientos se agolpaban en su mente. Sentía los ojos de Alex aunque no lo mirara y empezaba a encontrarse incómoda, abrumada. Era una sensación difícil de explicar porque le resultaba inquietante y halagador al mismo tiempo. Él, por su lado, aunque lo intentaba, no podía dejar de observarla y se sentía un tanto estúpido; no comprendía por qué estaba actuando de esa forma, demostrando sin disimulo alguno cuánto le atraía aquella mujer. «Pero

¿qué me pasa? Es bonita, pero no para tanto, no como para comportarme como lo estoy haciendo», pensó con un deje de enfado. Mientras él conjeturaba en silencio, Mikel ya se había dado cuenta de la atracción que Paula producía en su amigo y se sintió extrañado ante tanto despliegue. Por lo general, Alex no cortejaba a las mujeres, sino al contrario: su amigo tenía la suerte de que eran ellas las que solían tirársele encima.

Cuando les trajeron el último plato, Paula se bebió

de un tirón todo el vino que quedaba en su copa y empezó a cavilar de nuevo: «Hey, gringuito, ¿te parece que estoy muerta de hambre? ¿Cómo pretendés que me coma todo esto? ¿Por qué no me pediste unos *agnolotti* como hicieron mis amigos? Y vos, Maxi, ¿qué te pasó por la cabeza para dejar que este tipo pidiera toda esta comida para mí?». ».

Alex, como todo un experto, le explicó lo que contenía el plato, pero a esas alturas de la cena ella ya estaba tan fastidiada con sus

aires de sabelotodo que su mal humor era evidente. En ese momento, empezó a molestarle que él hubiera tenido el atrevimiento de pedir por ella. Y encima no dejaba de mirarla. Definitivamente la estaba poniendo nerviosa. Además, era evidente que el vino le estaba sentando mal, algo que Maximiliano ya había notado, pues conocía muy bien ese desborde de sensaciones en la cara de Paula.

—¿Te pido un agua? —le preguntó mientras cruzaba

por delante de Mauricio y le quitaba de la mano la copa de vino que Alex había vuelto a llenarle.

—Sí, quítale el vino que esta noche va a terminar en pedo. —La mirada que Paula le lanzó a Mauricio fue más intimidante que la de Pattinson en *Crepúsculo* —. El vino blanco te hace mal, Ana Paula —siguió él en tono conciliador—, se te sube en seguida a la cabeza y lo sabés. Ese «Ana Paula», que a ella le molestaba muchísimo, casi hizo que perdiera el control.

—Veo que ustedes no han cambiado nada en todos estos años —dijo Mikel mientras se desternillaba de risa—; siempre están como el perro y el gato.

—No creas —intervino Maxi—, sí han cambiado: están cada vez más insoportables. Por favor, tengamos la cena en paz.

Maximiliano bajó su vista al plato y siguió comiendo mientras elogiaba la comida. Alex se recostó en su asiento, con el codo en el reposabrazos y la mano en el mentón, observando la

escena, algo que molestó a Paula. «Como no deje de mirarme con esa mirada de gringo perdonavidas que se cree el mejor de todos los que estamos acá, me levanto y lo insulto.»

—¡Ana Paula! —
Maximiliano chasqueó los dedos y la hizo volver. Él era la única persona que podía usar su primer nombre sin que a ella le molestara.

En ese instante sonó el móvil de Alex y él estiró la pierna sacándolo con dificultad de su bolsillo, miró la pantalla y se puso en

pie para atender la llamada. La joven se sintió intrigada, pero Maxi interrumpió sus pensamientos y le cogió la mano por encima de la mesa.

—¿Querés que te acompañe al baño para refrescarte?

—No, estoy bien, sólo me sentí un poco nublada por un momento, pero no voy a tomar más vino. Seguiré bebiendo agua y pronto se me pasará.

Alex hablaba por teléfono un tanto retirado de la mesa y Paula se entristeció por

que hablara en inglés porque así era imposible leerle los labios. Él parecía animado, se reía y se frotaba el mentón con soltura. Y, como no miraba hacia la mesa, ella aprovechó para observar a conciencia y sin tapujos. Era un hombre atractivo por donde se lo mirara, de esas personas que llaman la atención y captan las miradas ajenas. En determinado momento, su conversación telefónica terminó y, al cortar, ¡glups!, la pescó escrutándolo. Se sintió incómoda, pero

intentó disimular poniéndose a hablar con Mikel de la hora a la que habían llegado y otros detalles estúpidos del viaje. «Bien, nena, creo que no te soy indiferente», se dijo Alex. Sin embargo, y en alusión a lo ocurrido, le dijo mientras volvía a ocupar su lugar:

—El gato se comió al pez, Ana Paula —le soltó con una sonrisa seductora y entonces ella pensó: «Casi me derrito con esa sonrisa. Pero si hasta creo que me he mojado toda. La entonación que le pone a las palabras

hace que su voz tenga un encanto especial cuando utiliza nuestro idioma, aunque me haya llamado por mi nombre completo».

—Y por la boca muere el pez —replicó ella y se carcajearon. Poco después llegó el postre y Alex, tras consultarles qué querían beber, mantuvo un breve intercambio con el camarero:

—¿Tienen Bollinger o Veuve Clicquot?

—Tenemos Veuve Clicquot 1998 Brut y Brut Rosé, señor.

—Perfecto. Tráiganos La Grande Dame Rosé.

Mikel, acostumbrado a los gustos excéntricos de su amigo, no prestaba atención a la conversación, pero los demás intercambiaban miradas, puesto que con el Moët & Chandon de antes de la cena se hubieran sentido más que satisfechos. Como era lógico, todos comieron helado menos Alex y Paula.

—¿Y esto qué es? —preguntó ésta cuando el camarero se alejó. Mauricio prestó atención al plato y

enterró su cuchara en el postre llevándose un bocado a la boca.

—Hum, no sé, pero está muy rico.

—Torrija caramelizada con helado de dulce de leche y bananas. Te gustará. Y, si no es así, aunque sea comete las bananas, que contrarrestan el efecto del alcohol —le informó Alex mientras hundía a su vez su cuchara en el suyo.

—No estoy borracha —se ofendió ella sosteniéndole la mirada. Se sentía molesta con la actitud pedante de

Alex. Aunque si lo que había intentado durante toda la noche era llamar su atención, lo estaba logrando. «Uf, nena, me encantás enfadada. Creo que voy a morderte esa boca en cuanto pueda.» La mente de Alex iba a mil por hora, pero retomando la cordura le contestó sin mirarla:

—No dije eso, yo tampoco estoy borracho y pedí lo mismo.

Paula se quedó mirándolo y entonces él la imitó; parecía un duelo de pestaños. «Este gringuito

insolente no sabe con quién se está metiendo. No me va a hacer callar así porque sí. ¿Qué se cree? ¿Que puede venir acá y darme lecciones de todo?»

Era obvio que Alex era muy atractivo. Se movía con soltura, hacía alarde de sus encantos físicos, se desenvolvía con seguridad y, desde un principio, había utilizado la comida como un arma de seducción: quería demostrarle a Paula los placeres de los que podría gozar a su lado. Y ella, a su vez, comenzaba a sentir

fastidio ante tanto despliegue de lujos. De repente, recordó el comentario de Mikel, que lo había definido como una persona con mucho dinero pero muy sencilla. Estaba cada vez más en desacuerdo con esa explicación. Al contrario, se daba cuenta de que el estadounidense utilizaba sus excentricidades como arma de poder, y, aun así, no podía apartarse de su juego. El camarero llegó con el champán que Alex había pedido, destapó la botella con habilidad y florituras y

le sirvió a él para que lo probase. Él tomó un sorbo y asintió, el camarero dejó la botella y las copas en la mesa y, cuando iba a retirarse, Alex lo detuvo:

—Otra agua para la dama, por favor.

«Pero ¡bueno! Esto es una provocación en toda regla. ¿Qué se cree?, ¿que va a manejar mi voluntad durante toda la noche? Todo el circo que montó con el champán y resulta que ahora quiere que tome agua porque piensa que estoy pasada de copas. Está bien, es muy atractivo,

atento y caballeroso, algo difícil de encontrar en otros tipos, pero su autoritarismo me saca de quicio. Supongo que, como empresario, está acostumbrado a dar órdenes a sus empleados, pero ¡yo no soy uno de sus empleados!», reflexionaba Paula en silencio, mientras comía el postre, pero para llevarle la contraria dejó las bananas de lado. Él se dio cuenta y sonrió.

Alex entonces tomó la botella de champán y comenzó a llenar todas las copas excepto la de Paula.

Mantuvo la tensión hasta el final, cuando, sin mirarla, le sirvió también a ella. «Aaaaaah, este tipo me enerva, va a conseguir sacar lo peor de mí.» Cuanto más lo ignoraba la joven, más la provocaba él. Alex se echó hacia atrás y bebió un sorbo de su copa mientras la observaba divertido. «¡Ah! ¿Estás esperando que beba? —se dijo ella. Pues ahora no me da la gana hacerlo. ¡Metete tu champancito de nombre raro en el trasero!» Mientras la conversación avanzaba, sus pensamientos

se convertían en un torbellino. El camarero le trajo el agua, pero Paula tampoco la tomó. Alex seguía recostado en su asiento, mirándola, mientras pensaba en todo lo que le gustaría hacerle y, cada vez que ella lo miraba, esbozaba una media sonrisa. Se sintió estúpida y empezó a ponerse de mal humor. «Yo no soy así. ¿Por qué me estoy comportando de esta manera?», reflexionó. Acto seguido, cogió la copa con parsimonia, tomó un sorbo, saboreó la bebida y, sin

mirarlo, la dejó en la mesa. «Tampoco me iba a quedar con las ganas de probarlo, ¿no? Hum, debo reconocer que tiene buen paladar, se distingue un sabor afrutado y a vainilla exquisito.» De soslayo y con el rabillo del ojo, vio que Alex la observaba con una sonrisa y le hacía un leve asentimiento con la cabeza. «¡Idiota! Se las da de sabelotodo.» «¡Cómo quisiera probar tu lengua con sabor a Veuve Clicquot! —pensó Alex al tiempo que notaba el latido en su entrepierna—. Me

estás calentando, nena.»

Terminaron el postre, se bebieron el champán y siguieron charlando un rato más sobre cosas banales. Parecía que Alex había practicado todos los deportes que existían, algo que explicaba el porqué de su cuerpo musculado. Mientras pensaba en ello, Paula se imaginó tocando sus abdominales y sus bíceps, pero acto seguido se sintió avergonzada por sus pensamientos y se revolvió en su silla para alejarlos.

Era hora de ir hacia la

disco. Alex llamó al camarero para pedir la cuenta y no dejó de ninguna forma que nadie pagara la factura, con el argumento de que, como era él quien se hospedaba en ese hotel, todos eran sus invitados.

—Dejen de discutir — intercedió Mikel—. Todo lo que digan será en vano.

Sonriendo ante la afirmación de su amigo, Alex sacó su cartera y depositó su tarjeta de crédito dentro de la libreta que contenía la cuenta. Paula supo en seguida que esa

tarjeta no era de plástico, la reconoció en seguida. «¡Madre mía! Este tipo tiene mucha guita.» Su tarjeta era una JP Morgan Palladium; «la tarjeta que tiene Bill Gates», pensó.

Se tomó todo el champán de un tirón y se levantó para ir al baño. Entonces, Alex volvió a ponerse en pie con caballerosidad, aunque su gesto se fue al garete cuando, sin premeditación pero con descaro, sus lascivos ojos se posaron en el culo de la joven. Intimidada por su mirada y

sonrojada por la incomodidad, ella intentó bajar su vestido. «Atrevido —se ofuscó, pero inmediatamente se sintió triunfante—: ¡Toma ya! No me tambaleé ni un poquito así, gringo. Para que veas que no estoy mareada.» Entró en el baño y se dirigió a unos de los lavabos libres. Después, frente al espejo, siguió reflexionando: «Es un bombonazo, pero es demasiado engreído. ¡Bah!, definitivamente no es mi tipo, pero ¡qué hermosos labios tiene! ¡Cómo será

besarlo?»). Sacudió la cabeza y se obligó a dejar de imaginarlo. De vuelta en el comedor, se percató de que Alex no estaba y que sus amigos la esperaban para ir hacia el Library Lounge.

Los primos empezaron a caminar sin dejar de hablar, pero Maxi y Paula se quedaron un poco más atrás, rezagados y cogidos de la mano.

—¿Vas a estar en este estado de nervios toda la noche por culpa del gringo? —le preguntó él acercándose a su oído.

—No estoy nerviosa.

—Claro, y yo no me llamo Maximiliano García. Reconocé que te gusta.

—Bueno, no te voy a negar que me parece atractivo, pero me parece muy presuntuoso.

—¿Viste cómo te miró el culo cuando fuiste al baño?

—¡Maximiliano! —Se sonrojó—. Sí lo vi.

—¡Ja! Y después decís que no te gusta, estás ruborizada. Y si te ponés así conmigo quiere decir que el gringo te tiene muerta. —Paula frunció el cejo y le sacó la

lengua. Él tenía razón, Alex le encantaba, aunque no iba a reconocerlo por completo. Caminaron por el extenso pasillo y cuando estaban a punto de entrar en el salón, escucharon que les hablaban.

—*Friendship has its benefits!* —se dieron la vuelta y comprobaron que quien había hablado era Alex, que miraba con ironía las manos entrelazadas de los dos amigos. De inmediato, Maxi levantó su mano y la de Paula y dijo entre risas:

—¡Ah, ya entiendo!
Muchos, cuando nos
conocen, piensan lo mismo,
pero ella es como si fuera
una hermana para mí —se
justificó.

—Creí que entre ustedes
había ciertos... derechos.

—Sólo el derecho de
exigirle lealtad por su
amistad —aclaró Paula—, él
no es mi tipo. —Y puso cara
de asco. Los tres se rieron y
Alex pareció satisfecho ante
la explicación. Tras unos
minutos, el encargado se
acercó a él para informarle:

—Señor, su vehículo les

espera.

—Muchas gracias —
contestó él, muy cortés, y se
dispusieron a salir.

El único vehículo
aparcado frente al hotel era
una limusina. Alex tomó a
Paula por la cintura y, con la
palma extendida, la escoltó
hasta ella. Un cosquilleo
invadió sus cuerpos con el
contacto.

«¡Guau! Este tipo tiene
más plata que sentido
común. ¡Y yo que antes de
venir estaba preocupada por
si íbamos a caber todos en el
coche!»

El chófer los esperaba con la puerta abierta, se acomodaron en el espacioso interior y ella quedó sentada contra la ventanilla. Cuando el automóvil se puso en marcha, Alex cogió el mando a distancia y encendió el reproductor de música. En ese instante, comenzó a sonar una canción de Reik, que Paula reconoció de inmediato. ¡La tenía en su iPod y le encantaba! De pronto se encontró tarareando la letra: *Sabes no pido nada más que estar entre tus brazos y huir*

de todo el mal.

—¡Chis! Cantás muy mal —le susurró Mauricio en tono de broma y todos se rieron excepto Alex y ella, que volvió a ruborizarse y emitió una tímida disculpa.

—No es importante cantar bien o mal, sino sentir la letra —dijo él. —No es importante mientras no le rompas los tímpanos a nadie repuso ella divertida—. Sé que canto fatal.

—No me pareció que lo hicieras tan mal —aseveró él.

El ambiente en la limusina

era distendido. Maxi estaba concentradísimo enviando mensajes con su móvil y los demás habían abierto una botella de champán que estaba en el *frigobar* y se preparaban para servirlo. Mikel sostenía una copa en cada mano y le ofreció una a Paula antes que a nadie, aunque ella la rechazó. Había bebido demasiado en muy corto tiempo.

—Gracias, quizá luego en la disco beba algo.

Alex también la rechazó. En ese preciso instante, sonó el iPhone de Paula y ella lo

cogió. Era un mensaje de Pablo, su hermano, y no pudo evitar sonreír mientras le respondía. Lo adoraba y siempre le arrancaba una sonrisa; minutos más tarde sonó la respuesta, que le hizo tanta gracia que hasta dejó escapar una risita.

—¿Algún admirador? —se interesó Alex.

—Tal vez —le contestó con gesto pícaro, sin desvelarle la identidad de su interlocutor.

—¿Tenés muchos? —continuó preguntándole él.

—A ver, dejame pensar...

sí, algunos —le respondió ella con una sonrisa y se aplaudió en silencio.

—No lo dudo —afirmó él mientras la recorría con la mirada y una risa lujuriosa en la cara. «Hum, este desgraciado es condenadamente sexy e irrespetuosamente carilindo, pero ¿qué quiso decir? ¿Acaba de insinuar que soy atractiva? ¡Bah! Dejá de alucinar, Paula, este tipo está acostumbrado a chasquear los dedos y a tener lo que quiere al instante. No te metas en ese terreno»,

pensó. Sin embargo, sus acciones le llevaban la contraria y su mirada se iba de forma indefectible hacia los labios de Alex.

—¿Tu lista de admiradoras es muy extensa? —
contraatacó y lo pilló desprevenido.

Alex volvió a sonreírle de manera deshonesto, pero no le contestó y se giró hacia la ventanilla. Su actitud, por supuesto, no conformó a la joven, que insistió de nuevo:

—¿Debo creer, por tu silencio, que es muy extensa? —lo provocó y,

entonces, él ladeó su cabeza y la miró a los ojos.

—Más corta de lo que imaginás —contestó mientras pensaba: «Nena, no me obligues a ser presuntuoso, ¿acaso no me ves?».

«Mentiroso, ¿quién puede creerte? Como si no supieras lo atractivo que sos, como si no te vieses a diario en el espejo»

—. ¿Qué pasa, no me creés? —preguntó Alex.

—¿Habría algún motivo para no hacerlo?

—Por supuesto que no.

—¿Qué perfume usás?

—¿Te gusta? —él le sonrió de una manera endiablada.

—Sí, mucho. —Por unos instantes, ambos guardaron silencio, sumidos en sus reflexiones.

«¿El perfume o yo, nena? ¿Cuál de los dos te gusta más?»

«Todo vos me gustás mucho —se recriminó ella en silencio—. Paula, ¿te estás oyendo? ¡Por Dios!, sólo falta que te envuelvas en papel de regalo.»

Alex, que continuaba con

la vista perdida en el paisaje de la noche porteña, decidió contestarle de pronto:

—Clive Christian N.º 1 —
desveló, pero ella jamás lo había oído nombrar.

—¿Y el tuyo?

—J'adore, de Dior.

—Exquisito en tu piel.

«Por Dios, estamos flirteando de manera visible y lo peor de todo es que no quiero parar —se asustó Paula—. Hacía mucho tiempo que no me sentía así de descarada con alguien. Este tipo me hace pasar del enfado a la excitación en un

segundo. ¿Cómo lo hace?» Estaban llegando a la disco. Tequila era uno de los lugares más exclusivos de Buenos Aires, donde sólo entraba quien podía y esa restricción había sido, entre otras cosas, la que lo había catapultado a la fama. Un *nightclub* pequeño, íntimo y con clientela fija, que no van a un sector vip diferenciado, porque todo el espacio es una zona vip.

La limusina aparcó en la entrada, Alex bajó primero, sostuvo la puerta y le ofreció la mano a ella para que

bajara; un leve contacto que los hizo estremecerse, se resistieron a soltarse. En la entrada, Maxi, Mauricio y Paula dieron sus nombres y el de sus invitados y entraron sin dilación. Pidieron una mesa y, mientras Mauricio se dirigía al punto de encuentro donde había quedado con Clarisa y sus amigas, Alex se aferró a la cintura de la joven, algo que ella aceptó gustosa, quería que todos vieran que habían llegado juntos. Sonaba *Satisfaction* y la música aceleró aún más sus

pulsaciones. «¿Qué me está pasando? Este hombre me está afectando más de la cuenta.» «Nena, hubiese querido quedarme en el hotel contigo y que subiéramos a la habitación. No puedo entender cómo me ponés.»

Se acomodaron y él se sentó muy cerca de ella. Alex tomó las riendas de la situación, llamó a una camarera y, entonces, consultó con los demás si querían seguir con champán. Todos asintieron y, tras preguntar por las marcas que

allí tenían, entregó su tarjeta de crédito y la camarera se retiró. En ese momento, Maxi se levantó para ir al baño y, en el ínterin, llegaron Mauricio, Clarisa y sus dos amigas. Después de las presentaciones, todos se sentaron a la mesa y Estefanía se pegó a Mikel; a Paula le caía bien esa chica, pero no podía evitar sentir rechazo por Laura, pesar que se intensificó, cuando se dio cuenta de que ella no le quitaba el ojo a Alex y buscaba, por todos los medios, tema de

conversación con él.

Comenzó a sonar una remezcla de Sean Paul & Coldplay, y Laura empezó a mover sus hombros de manera insolente. Lanzada y descarada, miró a Alex, le propuso ir a bailar, lo cogió de una mano y, como él aceptó, se fueron.

«Uy, nena, ¿qué te pasa? ¿No querés que me vaya? Tranquila, ya te va a llegar el turno, creo que te voy a hacer esperar un poquito», pensaba Alex mientras se alejaba de Paula.

Mientras se dirigían a la

pista, Mauricio le hizo un guiño cómplice a su amiga Paula, sin que los demás lo advirtieran, y ella le sonrió, sintiéndose estúpida y hasta sintiendo pena de sí misma. «¿Tan obvio fue mi interés por Alex? Es evidente que sí», se lamentó al ver el gesto de Mauri.

Se sintió sola y entonces se acordó de Maximiliano. Tardaba mucho y, entre tanta gente, era imposible divisarlo, así que se levantó resuelta a encontrarlo. Se encaminó hacia el baño, necesitaba salir de allí

porque, desde donde estaba sentada, podía ver a la perfección a Alex y a Laura bailando, un espectáculo que no le interesaba en absoluto. Cruzó la pista y, a lo lejos, en un taburete bajo, vio a Maxi hablando con Daniela. Contrariada y desanimada, se detuvo a mitad de camino para no interrumpirlos. Sentía que no pertenecía a aquel lugar; ni siquiera pudo entrar en el asfixiante y repleto baño de mujeres.

Meditó qué hacer por un instante: no quería volver a la mesa donde la zorra de

Laura seguro que ya había tomado su lugar. «Ésa es más fácil que la tabla del dos, estoy convencida de que ya se tiró encima de Alex.» Pero no podía irse, porque no tenía consigo el bolso. Cuando, sin ganas pero sin otra opción, había decidido volver a la mesa, la cogieron por la cintura. Era Maximiliano, con Daniela de la mano y con cara de haberse reconciliado con ella. Tras el saludo entre ambas amigas, él la interrogó y Paula se explicó:
—Como no regresabas del

baño, fui a buscarte, pero vi desde lejos que estabas en muy buena compañía y entendí tu tardanza. —Le guiñó un ojo—. ¡Dani, qué suerte que viniste! —le dijo Paula con efusividad y expresión sincera.

De camino a la mesa, pasaron por al lado de Alex y Laura, que le restregaba el trasero por la pelvis mientras él se movía tranquilo al compás de la música. «Pero ¿es que esa mujer no tiene ni un poquito de vergüenza? ¡Hace quince minutos que lo conoce!», se escandalizó

Paula. Él los vio pasar y distinguió con claridad la mirada tosca y despreciable que ella les ofrecía. Cuando llegaron al reservado, no quedaba nadie; su bolso estaba cerca de la americana de Alex y tuvo el impulso de cogerla para poder olfatear su perfume, aunque se contuvo. Estaba contrariada, después de todo el flirteo entre ellos, al menos pensó que seguirían tonteando, pero eso no estaba ocurriendo. La camarera llegó entonces con las dos botellas de champán que

habían pedido y, con ella, aparecieron Alex y Laura, aunque cada uno por su lado. Él volvió a sentarse junto a Paula y apoyó su mano sobre la pierna de ella, que lo miró estupefacta. Sin embargo, ese estimulante contacto se vio interrumpido por la camarera, que le devolvía al estadounidense su tarjeta de crédito.

Laura hablaba muy fuerte y, con total descaro, se acercó a Daniela para saludarla como si fuese su mejor amiga. Evidentemente también le dio un beso a

Maxi, que parecía estar entre la espada y la pared. Paula y Alex los observaban: el disgusto de la chica, que estrujaba en silencio la mano de su novio, era notorio, tenía ganas de abofetearlo. Para salir de la situación, Maxi le presentó a Alex con actitud de cachorrito desvalido. Laura se movía al compás de la música, de forma vulgar y atolondrada; Paula no podía entender por qué la habían dejado entrar en ese recinto.

—Sos hermosa cuando estás enfadada —la piropeó

Alex al oído.

—No estoy enfadada —le contestó ella, también al oído y resaltando cada una de sus palabras.

—¿No? Entonces, decíselo a tu cara. —Durante unos segundos, se sostuvieron la mirada. Paula quería que sus ojos le transmitieran cuánto le gustaba y, sorprendida, descubrió que ella también le gustaba a él. A esas alturas, ninguno de los dos estaba dispuesto a que nadie más los interrumpiera. Él se sintió perdido en la profundidad de sus ojos y

decidió servir el champán. Aprovechando la ocasión, Laura intentó entablar conversación con Paula, pero ella fingió no oírla, en solidaridad con Daniela; además, no le importaba quedar como una maleducada. Sorbió su copa, que Alex le había entregado con un guiño cómplice, y notó que el gringo le volvía a apoyar la mano en la pierna y le decía:

—Parece que nadie soporta a esta chica — aseguró en voz baja y se acercó tanto que ella sintió

cómo su aliento le acariciaba la piel.

—¡No te equivocás! No sé por qué Clarisa insiste en traerla.

En ese momento, llegaron los demás, acalorados de la pista, y Paula se alegró porque Laura tendría con quien hablar. «¡Qué suerte! Por fin Clarisa se va a hacer cargo de esta idiota.»

Alex, que no podía apartar la mirada de Paula, la cogió repentinamente de la mano y se puso de pie.

—Vayamos a bailar. — Ella se levantó sin pensarlo

dos veces, se recompuso su vestido tironeando de su falda y caminó junto a él; Maxi y Daniela los siguieron.

Bajaron a la pista y cuando llegaron empezó a sonar un reggaeton que impregnó el ambiente de sensualidad con su ritmo. Todos deliraron bailando de forma voluptuosa *Ella me seduce*, canción que a Paula le encantaba. La situación era alucinante: Alex la agarró de la cintura y la apretó contra su cuerpo, llevó la mano que tenía enlazada a la de ella

hasta la nuca y, deslizándose y sin soltarla, metió una pierna entre las de ella para comenzar a perrear. «¡Qué sensual se mueve, Crijjjtojesuuuu!», pensó Paula intentando imaginar cómo lo diría su amiga dominicana, Vane. Se movió con toda la sinuosidad que pudo y, entonces, él le dio la vuelta y se quedó pegado a su espalda rodeando con el brazo su cintura mientras movía sus caderas y le cantaba al oído:

Ella me seduce y me lo pego por detrás.

*Haga lo que haga ella se
deja llevar.*

*Mi gata va a fuego, eso sí es
verdad,*

*que no anda con rodeos
a la hora de perrear...*

Alex se abrigó en su cuello y Paula pudo sentir su respiración, aunque él ni la tocó, sólo la olisqueó. Desenfrenada, levantó su mano y le enredó sus dedos en el pelo, acoplando sus cuerpos al ritmo de la música. Él hubiera deseado besarla ahí mismo, pero contuvo su deseo. Ella anhelaba que el gringo se

diera cuenta de que estaba ardiendo. Justo entonces, la tomó de la mano, la giró de nuevo y, volviéndola a acercar a su cuerpo, le plantó un besito en la punta de la nariz. Paula se creyó desfallecer. Él se separó un poco para repasarla con la mirada y le guiñó un ojo; sus ojos se volvieron más profundos y el fuego que sentía se transformó, de pronto, en algo desmedido, descontrolado e irracional. A esas alturas, Paula estaba alucinando:

«Dioooooooooooooos, ¿se

puede ser más sexy que este hombre?»), se preguntó. Él, a su vez, fantaseó: «Nena, te quiero en mi cama, quiero beberme todo tu cuerpo». Era lo único que ansiaba, tenerla entre sus brazos y perderse en ella. Bailaron la canción entera, pero no terminaron la siguiente, una remezcla de *Finally found you*, de Enrique Iglesias, porque ella se le acercó al oído y le dijo:

—No doy más. —Sus palabras escondían la verdad. Alex supuso que eran fruto del cansancio,

aunque en realidad Paula no se veía capaz de seguir bailando con él sin besarlo, algo que no le confesó porque la cobardía la pudo.

Desplegando aún más sus aires de seductor, la cogió de la mano y le dio un casto beso en ella, luego la sacó de la pista abriéndole paso entre la gente que bailaba descontrolada. El contacto con su mano hacía que los deseos y pensamientos de Paula se volvieran irrefrenables, y se imaginó acariciando su cuerpo sin pudor. Al llegar a la mesa,

Alex, lejos de soltarla, empezó a acariciarle los nudillos con el pulgar mientras imaginaba qué hacer con ella; necesitaba llevársela, sacarla de ahí, hacerla suya, poseerla.

El ambiente en el reservado estaba muy animado, gracias a los daiquiris, cosmopolitan y a una nueva botella de champán que reposaba en la cubitera y que Alex no tardó en descorchar. Sirvió sendas copas y, al entregarle la suya, aprovechó para apartarle un mechón de pelo

que caía sobre su cara y colocárselo detrás de la oreja. La sonrisa y el guiño con que acompañó ese gesto produjeron un escalofrío que recorrió todo el cuerpo de Paula. Las señales eran claras y Alex creía no estar equivocado: ya estaba seducida.

Todos reían y hablaban a la vez, excepto ellos, que permanecían en silencio y pendientes el uno del otro. «¡Nena, no puedo creer que me pongas tan estúpido con sólo una sonrisita!» Bailar con ella le había desatado

demasiadas sensaciones arrebatadoras y decidió, de una vez por todas, dejar de posponer lo inevitable; cogió su chaqueta y el bolso de Paula y, sin pensarlo más, se puso de pie y la aferró de la mano para que lo siguiera. Ella asintió sin chistar.

Todos se quedaron mirando cómo se alejaban un tanto sorprendidos, porque ni siquiera habían podido despedirse. Alex caminaba delante y la arrastraba a ella hacia la salida. Por el camino, sacó su iPhone del bolsillo e hizo

una llamada; lo único que dijo fue:

—Estoy saliendo.

El cuerpo de Paula parecía no tener voluntad, sólo deseaba rendirse a la de Alex, que caminaba con tanta urgencia que era difícil seguirlo. Se dio la vuelta y, cuando la miró, tenía la mandíbula apretada y una mirada rígida, impaciente y febril. «Voy morderte esa boca, nena», parecía decirle con los ojos, en la penumbra de la discoteca.

Llegaron a la calle y la limusina que los había traído

se acercó al instante; él abrió la puerta y le indicó que subiera; se acomodaron en el interior y permanecieron en silencio. Ella estaba tan nerviosa que su respiración era claramente audible. El cristal que los separaba de la cabina del conductor estaba cerrado y Alex valoró la opción de arrancarle la ropa allí mismo, pero contuvo su insensato deseo porque no quería cohibirla. Apoyó su mano en la pierna de Paula, se la acarició y le sonrió; ella estrujaba la correa de su bolso y le devolvió una

tímida sonrisa y una sensual mirada hacia sus labios. La boca de ese hombre la impacientaba y le estaba quitando la razón. Hacía tiempo que no estaba con nadie y deseaba con locura tener una noche de sexo con Alex y, aunque se sentía insegura, se había dado permiso para disfrutar sin importarle que él fuera un perfecto desconocido. Al fin y al cabo, eran dos personas adultas. «Parece una persona inteligente y, además, es amigo de Mikel, aunque por encima de todo es

condenadamente apuesto e irresistible. Bien, pasaré la noche con este bombón y mañana, cuando despierte, me sentiré la mujer más bella del mundo, por haber compartido cama con él. ¡A la mierda mis principios! Será la primera vez que me acueste con un hombre al que recién conozco, pero no me importa; total, no lo volveré a ver», reflexionó.

El viaje era corto, pero a ellos se les hizo interminable. La limusina estacionó y el chófer bajó para abrirles la puerta. Alex

salió primero y le ofreció su mano a la joven para que bajase. Ésta se lo agradeció y él le besó la nariz, luego le indicó al conductor que regresara a la disco a esperar a los demás. Ya en el Faena Universe, pidió la llave de su habitación y la guió hasta el ascensor para subir a la Tower Suite. Él mantenía su mano cogida como si fuese enteramente suya y sólo la soltó para abrir la puerta; aferrado al picaporte le hizo un ademán con la cabeza invitándola a pasar. «¿Es que vamos a seguir en

silencio? —se recriminó ella —. Paula, ¿serás estúpida?! —recapacitó en seguida—. ¿Acaso pensás que te trajo a este lugar para hablar? Pensá un poco, por favor, utilizá tus neuronas.»

Entraron a una sala de estar con vistas al río y a la reserva ecológica y ella apoyó su bolso en el sofá de cuero rojo con timidez y se quedó quieta junto al sillón. Desde la puerta de entrada donde se había quedado recostado, Alex la observaba y advirtió su nerviosismo a la primera. «Tranquila, nena,

no te voy a hacer nada que no quieras. Prometo que sólo te haré gozar como nunca nadie lo hizo», pensó mientras le dedicaba la mirada más lasciva que jamás nadie le había regalado. En su mente, ya la había desnudado una y mil veces; se la estaba comiendo con los ojos. Su mirada, en ese instante, podría haber sido culpable, sin duda, del calentamiento global.

Paula se sintió tan intimidada que optó por estudiar el recinto, cuya decoración estaba

claramente dominada por el color rojo pasión. Pero él no estaba dispuesto a permitir que se distrajera de su verdadero objetivo y empezó a caminar despacio hasta ella. Cada uno de sus movimientos al desplazarse despedía un irrefrenable aroma de seducción. Entonces, la cogió con fuerza por la cintura, la aprisionó contra su cuerpo y metió la cabeza en su pelo para inspirar su perfume. Le retiró el cabello con la mano para descubrir su cuello y, extasiado por el olor de su

piel, empezó a regarla con sutiles besos, tomó el lóbulo de su oreja entre sus labios y ella sintió que iba a volverse loca de deseo. Él regresó a su cuello con atrevimiento y volvió a esparcir pequeños y mullidos besos hasta que llegó al hombro. Deslumbrado, retiró su cabeza para mirarla; sus ojos brillaban con un azul incandescente. Tomó aire, inspiró con fuerza hasta llenar por completo sus pulmones y, sin poder aguantar más, se dispuso a devorarle la boca. Le mordió

el labio inferior tirando ligeramente de él y luego le pasó la lengua por los labios hasta que ella lo dejó entrar en su boca. Paula le ofreció su lengua y se confundieron en un beso apasionado, salvaje e intenso.

Desenfrenada por el efecto que él le causaba, entrelazó los dedos en su pelo y se lo arremolinó; sentía que su pudor se había esfumado con el asalto de Alex a su boca. Ceñido a su cintura, éste movía su lengua con frenesí y, empujándola despacio, la condujo hacia

atrás, hasta que su cuerpo chocó contra el sofá. Ansioso por avanzar un poco más, le abrió las piernas con las suyas para que pudiera sentir su erección; estaba duro como una piedra. Bajó sus manos y se aferró a sus nalgas con tanta fuerza que le causó dolor, pero no podía detenerse; esa mujer lo había puesto a mil. La empujó sobre el sofá y se dejó caer sobre ella, sin pensar. Sólo deseaba probarla, bebérsela, sentirla; atacó de nuevo su cuello y, con besos

húmedos, bajó hasta la profundidad del escote que dejaba al descubierto el nacimiento de sus perfectos pechos. Le pasó la lengua, delimitándolos, y levantó su cabeza para tomar aire.

En ese momento, también ella aprovechó para respirar; se estaba clavando el bolso, así que estiró de él y lo lanzó al suelo. Él se colocó entonces a horcajadas y empezó a desabrochar su camisa con una media sonrisa que oscurecía el azul de sus ojos. Paula, con sus verdes iris en llamas, reptó

hacia atrás en el sofá ayudándose de los codos y se despojó de los zapatos, que cayeron de cualquier manera por el suelo. Pero él necesitaba con urgencia poseer sus labios, así que dejó su camisa a medio desabotonar y atacó su boca de nuevo, la invadió con su lengua y la hurgó por completo; no podía detenerse.

Jamás la habían besado con tanta vehemencia; Alex estaba a punto de hacerle perder la razón. Paula le arrancó a tirones la camisa,

se aferró a su espalda y enterró las uñas en su musculatura. Sin voluntad, se entregó al placer de sus besos y abrió sus piernas para darle paso a toda su intimidad, a lo que él respondió empujando su sexo contra el de ella y restregándose con lujuria, para demostrarle su dureza. Como un niño inexperto y apresurado, empezó a levantarle el vestido, mientras ella subía la cabeza y los brazos para ayudarlo a desnudarla.

Faltaba poco para que

fuera totalmente suya; la tenía bajo su peso y en ropa interior. Sintió que le faltaba el aliento pero, sin abandonar su boca, movió sus manos y se apoderó de uno de sus senos, lo apretó y, luego, apresó un pezón con los dedos por encima del encaje; era perfecto. No pudo contenerse más y sacó uno de sus pechos por encima de la copa del sostén, lo devoró dibujando círculos con su lengua, lo sujetó entre sus dientes y lo apretó despacio, cada vez con más y más fuerza, hasta

que sintió un leve quejido que escapaba de la boca de Paula.

En ese mismo instante, ella notó una sensación de inmenso placer que le recorría el cuerpo entero hasta la vagina y, de forma involuntaria, levantó su pelvis ondulante contra la de él para exigirle más placer. Alex le desabrochó el sujetador con evidente destreza y ella levantó sus brazos para que él pudiera quitárselo. Le sostuvo los pechos con ambas manos, los admiró durante unos

segundos y comenzó a masajearse los; se reclinó y les pasó su lengua con apasionamiento, después los soltó y empezó un largo camino de besos hasta el ombligo, que rodeó con delirio. Continuó bajando, la lamió por encima de la ropa interior y sintió su clítoris hinchado bajo el encaje; se lo mordió, le corrió el tanga hacia un costado e introdujo un dedo en su húmeda vagina. Paula se contorsionó al notar la invasión y gimió; el dedo de Alex entró y salió varias veces mientras ella se

derretía entre sus manos. Levantó la cabeza para mirarlo y se encontró con un hombre muy concentrado; sus ojos se cruzaron y él le sonrió. Una sensación de libertad total invadió a Paula que, a punto de perder los estribos, comenzó a morderse el labio y a acariciarse los pechos; esa noche no quería privarse de nada. Estaba fascinada y tenía la impresión de que sus sentidos habían estado siempre dormidos, esperando la llegada de Alex.

Ante su lujuriosa mirada, él sacó el dedo invasor para meter dos, y los enterró en su sexo hasta que desaparecieron mientras le acariciaba el clítoris con el pulgar. Paula se tapó la boca con la mano para ahogar un grito, creía estar enloqueciendo de placer. Entonces él retiró sus dedos para quitarle el tanga y ella levantó sus caderas para ayudarlo. La admiró un instante: ya estaba desnuda y lista, contoneándose excitada por su intrusión anterior, y, sin dejar de

mirarla, se le acercó al oído y le susurró:

—Así es como quise tenerte desde el primer momento en que te vi en el Bistró.

Paula no daba crédito a sus palabras. La frase sonó tan provocadora y caliente que pensó que tanto su corazón como su vagina iban a escapársele por la boca; toda ella latía fogosa y creyó que iba a correrse antes de que él la penetrara. Sin perder más tiempo, Alex desabrochó su pantalón y se lo bajó junto con el bóxer, mientras ella lo

ayudaba con los talones. De nuevo, él tomó posesión de su boca y su miembro cayó erecto, mojado y caliente en la pelvis de Paula, que se movió para que asomara la punta. Con el roce, él se excitó aún más y gimió roncamente en su boca.

Entonces, después de morderle los labios, se sentó de golpe en el sofá para quitarse las zapatillas de piel y los pantalones; rebuscó con urgencia en el bolsillo trasero de sus vaqueros y sacó un preservativo de la cartera. Lo rasgó con los

dientes, lo colocó en la punta de su pene y, quitándole el aire, lo hizo rodar por toda su extensión mientras Paula lo miraba ansiosa y asombrada; estaba hinchado, sólido y se veía grande y poderoso. Ella lo apretó entre sus manos y lo acarició, pero él la frenó y le indicó que se sentara sobre él. No pensaba contradecirlo; deseosa de tenerlo dentro, le obedeció con agilidad y se situó a horcajadas sobre sus piernas. Él sostuvo su pene mientras ella se reclinaba contra su

pecho para facilitarle el paso. Apoyó su punta en la entrada de su sexo y se enterró en ella poco a poco. «¡Qué bien se siente!», pensó Paula, mientras cerraba los ojos. Él estaba tan duro y se hundió con tanta seguridad que creyó que iba a traspasarle las entrañas.

—Ah, nena, estás exquisitamente apretada — le dijo después de enterrarse, y se quedó quieto para disfrutar de toda su profundidad.

La tomó por las nalgas

para dirigir sus movimientos y empezó a mover sus caderas despacio para que su miembro entrara y saliera con hondura. Ella se movía acompasada apoyada en sus hombros. Con su boca, Alex atrapó uno de sus pechos, lo succionó enloquecido y se detuvo de forma abrupta. Acto seguido se aferró a su cintura y se quedó quieto un instante, en su interior, a punto de perder el control; todo era demasiado intenso. Sin salir de su interior, se movió con agilidad para girarla y depositarla otra vez

de espaldas sobre el sofá; necesitaba cambiar de posición para poder dirigir sus movimientos. Paula enlazó las piernas a su cintura y con sus manos le atrapó las nalgas para invitarlo a que se enterrara con más profundidad.

—Me estás volviendo loco, nena —su voz sonó oscura.

—Vos también, Alex, por favor, Alex —repitió su nombre varias veces.

—Tu vagina es hermosa y está caliente. —Salía por completo y luego se

enterraba con furia; era la perfección enfundada en un cuerpo de hombre. Paula ya no podía controlar sus gemidos. «¡Por Dios! ¡Cómo me gusta que esté dentro de mí, qué profundo!», pensaba de forma desordenada, mientras se movía para encontrarlo.

—¿Te gusta, nena? ¿Te gusta así?

—Sí, Alex, me encanta, fóllame, Alex —y se lo repitió en inglés por si no la había entendido—: *Fuck me, fuck me.*

Aceleró el ritmo, mientras

la vagina de Paula lo sorbía en cada arremetida. Las palabras en su idioma habían hecho estragos en él, que ya estaba demasiado excitado. Los rostros de ambos mostraban su transformación. Alex levantó su cabeza mientras sostenía su cuerpo con los brazos a los lados de Paula, sus músculos en tensión. Cual si fuera una tabla en el océano, ella se aferró a sus bíceps y bajó las piernas que aún tenía enlazadas hasta su cintura, para poder mover mejor sus caderas. Se

encontraron una y otra vez, él no dejaba de entrar y salir.

—Dame tu orgasmo, Paula, no aguanto más —le suplicó y de nuevo, en inglés —: *Give it to me, baby, please.* —Al oír su petición, ella le enterró las uñas y se dejó ir con la siguiente penetración, tembló y gritó pronunciando su nombre mientras tiraba la cabeza hacia atrás y arqueaba su cuerpo estremeciéndose una y otra vez.

—Así, nena, así me gusta verte.

Alex seguía moviéndose y

ella volvió a correrse, pero cuando él notó que Paula se volvía a derretir, perdida en otro orgasmo que la transportaba a sensaciones inimaginables, se dejó ir y eyaculó con un rugido ronco y contenido que le erizó la piel de todo el cuerpo. Ésta disfrutó viéndolo saciar su sed y se sintió responsable y orgullosa de la experiencia; él era bello en todo momento, pero extasiado tenía un aspecto sublime.

Sin fuerzas y sin salir aún de su interior, se dejó caer sobre su pecho. Tras unos

instantes y, al comenzar a normalizarse su respiración, empezó a moverse, se retiró de su vagina y se apoyó en un codo. La tenía aprisionada contra el respaldo del sofá, la miró y le besó la punta de la nariz mientras le sonreía.

—¿Dónde está el baño? — le preguntó ella rompiendo la magia.

—Tenés uno en la primera planta y otro en la segunda, en el dormitorio —le aclaró. Paula no deseaba salir de su cobijo, pero necesitaba refrescarse, así que se

levantó y, cuando lo hizo, él le dio una palmada en la nalga que la hizo reír. Con gracia se giró y guiñó un ojo a Alex, que se había acomodado en el sillón llevando sus brazos a la nuca. Mientras la miraba alejarse, admiró su perfecto cuerpo y pensó que era tal cual lo había imaginado desde que la había visto vestida, por primera vez.

Ella desapareció por el hueco de la escalera, ascendió y dio con el baño que ocupaba toda la primera planta de la suite, se sentó en

el inodoro para hacer pis y empezó a reflexionar sobre todo lo que acababa de ocurrir: «¡Qué hombre tan intenso! Nunca había tenido tan buen sexo. ¡Dios! Jamás me habían hecho pasar por tantas sensaciones. ¡Y yo que pensaba que no era tan inexperta!». Terminó de hacer pis, se limpió y consideró que debía ser muy cariñosa con su pubis, pues después de cómo lo había tratado el estadounidense necesitaba algunos mimos. Se carcajeó en silencio por sus pensamientos.

—¿Se puede? —preguntó él antes de entrar.

—Sí, pasá —ella ya se había levantado y estaba refrescándose la cara.

—Ha sonado tu móvil, pero antes de que pudiera llegar, dejó de hacerlo. Estaba en el suelo, seguramente se cayó de tu bolso. —Se lo entregó y ella miró la pantalla y devolvió la llamada.

—Hola, Maxi. —Alex entrecerró los ojos cuando escuchó el nombre.

—¿Nena? ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente.

—¿Dónde estás?

—Durmiendo, ¿viste la hora que es? —A Alex no le gustó que no le dijese que estaba con él.

—Sí, lo siento, pero ¿dónde estás?

—¿Y vos? ¿Dónde estás vos? —le contestó Paula para evitar responder.

—En un taxi, a punto de llegar a casa. Dani se volvió a enfadar conmigo y quiso que la llevara a la suya. Me acaba de dejar plantado otra vez.

—Algo le habrás hecho.

—¡Paula! Se supone que

sos mi amiga y que estás a mi favor.

—Maxi, no es hora para esto. Es tarde, por favor, mañana hablamos.

Ahora andá a dormir.

—Está bien. ¡Qué mala onda!

—Beso y hasta mañana.

—Paula cortó antes de que él pudiera seguir preguntándole. Alex la tenía abrazada por detrás y le besaba el cuello, aunque lo había hecho con premeditación para poder oír la conversación.

Cuando ella colgó, se puso

enfrente y probó su boca con un beso suave, lejos de la urgencia anterior. Ella se sentía embriagada por sus labios carnosos y sensuales. Se acariciaron las lenguas con cariño; él besaba muy bien. Ambos estaban desnudos y él la mantenía aferrada por la nuca, mientras ella intentaba alcanzarlo de puntillas. Al separarse, el pene había comenzado a erigirse de nuevo, Alex le guiñó un ojo y se sonrieron. «Segunda vuelta —pensó sin salir de su asombro—. ¿Será que

Alex no es de este planeta? Jamás estuve con un hombre que estuviese preparado con tanta rapidez. ¡Vaya! Esto sí que es una sorpresa.»

—Vamos a la cama — murmuró él con voz sensual, mientras le acariciaba la espalda. Luego la cogió de la mano y, sin más, subieron hasta el dormitorio. Se quedaron frente a frente en la entrada. Él llevó la mano de Paula hasta su boca y le besó los nudillos sin perder el contacto visual. Después la depositó en su nuca, exigiéndole que lo

acariciara; con una maniobra muy suave le despejó el pelo de la cara y le indicó que cerrara los ojos. Ella esperó expectante mientras él la admiraba, obnubilado. Se acercó despacio y depositó un beso en cada uno de sus párpados: «Sos hermosa, no puedo esperar más a tenerte de nuevo», pensaba mientras la besaba. Al final, la besó en la punta de la nariz y en los labios. Paula respiraba de forma audible y entrecortada, mientras le acariciaba el cuello con sus dos manos. De pronto, abrió

sus ojos, lo miró y se encontró perdida en los iris azules de él, que bailaban de deseo. Entregados, se adoraron en silencio con la mirada. Esta vez no había urgencia, habían decidido tomarse todo el tiempo para disfrutarse. Alex había experimentado sensaciones que hacía mucho no le despertaba ninguna mujer; se sintió desarmado y hasta vulnerable frente a los ojos de la porteña y deseó que ese momento no terminara nunca. Ella, por su lado, no podía dejar de admirar la

perfección de su rostro, mezcla de rudeza y faz angelical en su justa medida. Entonces él levantó sus manos y le acunó la cara, resiguió sus labios con el pulgar y permaneció extasiado en la belleza de aquella mujer que esa noche le pertenecía tan sólo a él. Paula sacó la lengua para humedecer sus labios y, aprovechando la apertura, Alex metió un dedo dentro de su exquisita boca. Ella lo recibió, rodeándolo con su lengua una y otra vez. La caricia hizo que él la

imaginase haciéndole una felación y lo deseó con tanta intensidad que arqueó una ceja y se sonrió malicioso. Ella fantaseó lo mismo que él, y las alarmas de la excitación volvieron a dispararse: su vagina se humedeció de nuevo y el pene de él empezó a hincharse contra su pubis.

Quitó su dedo de la boca y se aferró con firmeza a sus hombros, mientras le regalaba una seductora sonrisa, que fue correspondida por otra igual. Animada, ella se acercó a

sus labios, los lamió y se separó ligeramente para mirar su rostro. En su frente, se habían formado unos pequeños pliegues que acarició y recorrió con su índice. «¿Qué hay que hacer para entrar en tus pensamientos?», pensó. Deseaba encontrar la respuesta. Él dejó de fruncir su frente y relajó sus facciones entre las manos de Paula para disfrutar, entreabrió los labios y dejó escapar un leve gemido. «Ahora voy a cuidarte mucho, nena, voy a

demostrarte, cuánto placer puedo darte.» Deslizó una mano por el omóplato de Paula hasta rodearle la espalda y se movió con rapidez. Por sorpresa, la levantó entre sus fuertes brazos y ella se cogió a su cuello embriagada por las notas de sándalo de su exquisito perfume.

Creyó que iba a dejarla sobre la cama, pero no lo hizo, la puso de pie en un costado y siguió acariciándola. Dio un paso atrás y le recorrió todo el cuerpo con la mirada

deteniéndose en cada una de sus curvas. Paula era hermosa y deseaba hacérselo saber. Alex abrió la cama, corrió la colcha y se sentó, semirrecostado, mientras la admiraba apoyado sobre sus codos en el colchón. Ella se inclinó y buscó su boca, que a esas alturas se había convertido en una adicción. Se sintió audaz y empezó a recorrerle el cuello con dulces besos. Alex dejó escapar un suspiro contenido y llevó su cabeza hacia atrás para permitir que su lengua reptara por la carótida y por

su nuez de Adán. Entonces ella se arrodilló sobre la cama y empezó a lamer con delicadeza todo su cuerpo, cada músculo, y lo sintió temblar. Paula quería llevarlo hasta un lugar desconocido, deseaba que sus más profundas sensaciones sólo pertenecieran a su boca, anhelaba enloquecerlo de placer y que nunca la olvidara. Besó sus pectorales y con su mano le acarició el vello del pecho comenzando un lento descenso por sus abdominales, tensos por sus

caricias. Con los ojos afanosos, lo miró y descubrió que él permanecía atento a cada uno de sus movimientos. La intimidad tomaba fuerza entre ellos de una forma aplastante; Paula era consciente de que ésa sería su única oportunidad de disfrutarlo sin limitaciones. Lo que no hiciera esa noche no tendría ocasión de volver a probarlo. Alex, entregado a sus caricias, yacía perdido entre sus besos, con los labios entreabiertos y los ojos enardecidos y de un azul

intensísimo.

Tras comprobar que lo tenía rendido a sus pies, volvió a concentrarse en su tarea y comenzó a acariciarlo con la punta de sus dedos. Contorneó sus huesos ilíacos, delimitó su triángulo invertido y luego se concentró en el rastro feliz que comenzaba en su ombligo. Lo recorrió hasta llegar a su pene y se aferró a él, acarició toda la longitud de su sexo empuñándolo en su mano, mientras subía una y otra vez hasta escucharlo temblar y gruñir de placer.

Una gota de líquido preseminal se escapó por su hendidura y, tentada, pasó su lengua para recogerlo. Abrió la boca y succionó todo su pene, se movió sobre él enterrándolo y sacándolo de su boca varias veces, hasta que él le rogó que parase. «¡Sí, Alex! —pensó—. Quiero que me supliques. Te voy a llevar al límite; te deseo sin aliento, extasiado, entregado, al borde del delirio.»

Él intentó recuperar el control y se apartó de sus labios; estaba a punto de

correrse en su boca. Le indicó que se recostara de espaldas con unos golpecitos en la cama, le separó las piernas y se situó con la cabeza entre ellas. Suspendido sobre uno de sus antebrazos, le abrió los labios de la vagina con la otra mano.

—Hum, nena, me encanta lo mojada que estás.

Hundió un dedo en su sexo, lo metió y lo sacó varias veces girándolo, y le rodeó el clítoris con el pulgar mientras le besaba la entrepierna. Comenzó a

aumentar la intensidad de sus besos hasta lamérselo, tensó la lengua y lo rodeó imitando el movimiento que había hecho con su dedo y, cuando lo sintió bien hinchado, lo mordió. «Nena, sé que esto te gusta, tu cuerpo me lo está diciendo. Voy a enloquecerte, bonita, tanto como vos a mí hace un instante. Voy a beberte toda y vas a rogarme que pare y luego querrás más, mucho más», se dijo y volvió a tensar la lengua para rodearle el clítoris y mordérselo nuevamente. El

cuerpo de Paula, agitado por su tortura, era incapaz de quedarse quieto. Alex repitió sus caricias y mordiscos húmedos una y otra vez hasta que ella emitió un quejido ahogado; entonces introdujo otro dedo en la vagina y los metió y sacó varias veces.

—¡Alex, por favor! —rogó ella arrastrando las palabras, pero él no le hizo caso y siguió hasta que ella volvió a suplicarle—: A-l-e-x. —Su nombre salió entrecortado de su boca; ya no era dueña de ninguno de sus actos y

volvió a suplicarle mientras temblaba—: A-l-e-x.

—Vamos, Paula, dejate ir, dejame sentir cómo sorbes mis dedos con tu vagina. — Entonces empezó a mover los dedos dentro de ella en busca de un punto exacto. Paula, entregada por completo, levantó la pelvis y le estrechó los dedos con su sexo hasta que llegó al clímax. En aquel momento, él se arrastró sobre la cama, trepó por encima de ella e introdujo los dedos que habían estado en su interior dentro de su boca junto con

su lengua. Luego los retiró y la besó con erotismo.

Se apartó y sacó un preservativo del cajón de la mesilla de noche. Desgarró el envoltorio y se lo colocó arrodillado en la cama, tomó una de las piernas de Paula y, después de besársela, la dejó sobre su hombro. Acto seguido hizo lo mismo con la otra, hasta que pudo tomarla por las caderas y moverse para que sus piernas quedasen colgando de sus brazos. Metió su miembro en la vagina y empezó a dirigir su cuerpo

con enérgicas embestidas, enterrando en ella su pene varias veces. Pero tuvo que parar. Le bajó las piernas e intentó valerse de todo su control. «Nena, no puedo creer lo que me estás haciendo sentir. Hace tiempo que no disfrutaba tanto con una mujer entre mis brazos. Sos exquisita.»

Mientras sus pensamientos invadían su mente, la giró y le levantó el trasero. Le indicó que se echara ligeramente hacia adelante y que hundiera su cabeza en la almohada. Metido entre sus

piernas, apoyó su mano izquierda en la parte baja de su espalda y, con la mano derecha, volvió a tomar su pene y lo dirigió a la entrada de su vagina para enterrarse en ella. Entonces, se aferró de sus caderas y comenzó a moverse despacio. Entrando y saliendo varias veces. Alex paraba y volvía a empezar; Paula gemía. Se soltó de las caderas y se recostó ligeramente en su espalda, rodeó su cintura con el brazo y buscó el clítoris con la otra mano. Lo acarició con suavidad, mientras

empezaba a embestirla despacio. De golpe paraba para comenzar nuevamente, entrando y saliendo más lento aún.

—¿Te gusta, nena? —le habló muy cerca del oído.

—Sí, Alex, sí. Por favor, no pares. —Giró la cabeza para que la besara. Necesitaba provocarlo para que dejara de moverse de forma tan pausada. Sus lenguas chocaron con desesperación y el beso consiguió lo que ella esperaba. Él empezó a arremeter dentro de ella

desatando toda su furia contenida.

—Dame tu orgasmo, nena. Vamos, dámelo, dámelo ya, Paula —le suplicó con desesperación sin dejar de moverse. Y entonces ella se estrelló con fuerza contra su pelvis y gritó con poderío, mientras llegaba al éxtasis. Él también aulló y se entregó alucinado mientras se movía más profundo unas cuantas veces más, hasta que terminó de eyacular. Se dejó caer sobre ella y Paula aflojó sus piernas trémulas para desparramarse sobre la

cama, con todo el peso de Alex sobre la espalda.

No lograban recobrar el aliento, pero él, consciente de que la estaba aplastando, le dio un beso en el hombro y se dio la vuelta, se quitó el condón, lo anudó y lo arrojó al suelo. Ella no se podía mover; permanecía boca abajo; estaba extenuada y le dolía todo el cuerpo. Lo miró entre los mechones de su cabello revuelto, que caían sobre la cama como un abanico: un brazo cubría la frente de Alex, que boqueaba como pez fuera

del agua. Cuando su agitación se empezó a normalizar, se colocó de costado y le despejó la cara a Paula con sus dedos. Ella se aferró a la almohada y así se quedaron un rato, sin decirse nada. Él le acariciaba la espalda con dulzura. «No quiero que termine esta noche. Ha sido demasiado perfecta —reflexionaba él mientras la mimaba—, pero sé que estás cansada y que debo dejarte dormir.» Ese gesto amoroso cogió desprevenida a Paula, que, en seguida y para

convencerse, se dijo: «Sólo fue sexo, Paula, sólo fue magnífico sexo».

Alex se incorporó un poco, alcanzó la sábana y los tapó a los dos; resiguió con sus dedos los labios de Paula, hinchados por sus besos, y le habló muy bajito:

—Dormí.

Ambos se resistían a hacerlo porque significaba que al despertar todo habría terminado, pero ella estaba tan cansada que se sumió de inmediato en un sueño profundo. Alex la observó dormirse mientras su cabeza

no paraba de repetirse:
«Sólo estás obnubilado por
su belleza. Tranquilo, es
sólo una mujer más, una
belleza exótica que se ha
dejado follar muy bien.
Mañana, cuando despierte,
le echarás otro polvo antes
de que se vaya».

Capítulo 3

LA luz matutina entraba por el ventanal de la habitación. Las cortinas se habían quedado abiertas y Alex estaba aferrado al cuerpo de Paula con la mejilla apoyada en su espalda. Tenían las piernas entrelazadas y ella podía sentir su respiración pausada en el cuello. Aún adormecida, prefirió quedarse quieta para no despertarlo; no quería irse.

Probó a acurrucarse más en su abrazo y, de forma receptiva, afianzó más su agarre; un mar de sensaciones invadían su mente. Durante la noche, cuando se había embarcado en la aventura, no pensó que podría llegar a sentirse como se estaba sintiendo. Pero ¿qué era lo que sentía? Aunque era inevitable hacerlo, no quería reflexionar demasiado. Probó a reprenderse en silencio para convencerse de que lo que había tenido sólo había sido una noche de

magnífico sexo. «No tejas en tu cabeza otras emociones inconcebibles», se dijo mientras ponía en blanco su mente y volvía a dormirse. Cuando despertó de nuevo, estaba en otra posición, boca arriba y con el brazo de Alex enlazado a su cintura y una pierna sobre la de ella. «¡Qué bien sienta despertarse así! —consideró de inmediato—. Hace tanto tiempo que no me despierto con alguien a mi lado...» Ladeó la cabeza con lentitud para mirarlo y se encontró con unos ojos azules

radiantes que la observaban.

—Hola —le dijo ella con timidez.

—*Hi* —le contestó él adormilado, y se quedaron mirando durante un buen rato mientras disfrutaban del silencio de la mañana.

Paula no sabía muy bien qué decir y, de repente, se sintió insegura y tuvo que apartar sus ojos de él y fijar la vista en el techo. No estaba acostumbrada a despertarse en la cama de un desconocido y, menos aún, de un desconocido que la había vuelto loca. Durante la

noche, había llegado a pensar que existía el amor a primera vista. «No debes sentirte así —se amonestó en un intento por desechar sus cavilaciones—, debes disfrutar del hoy y del ahora y poner tu mente en blanco», pero él no se lo ponía fácil. Alex depositó un beso en su hombro y manipuló su cuerpo con habilidad para colocarla frente a él. A ella le encantó volver a sentir sus manos sobre su piel desnuda. La mantuvo agarrada de la cintura y le regaló una dulce sonrisa que

le llegó al corazón. En señal de agradecimiento, ella lo sorprendió con un beso en la nariz, que fue seguido por una caricia que le recorrió el rostro. Alex tenía una nariz perfecta, que resiguió con sus dedos, y unos labios en forma de medio corazón, cuyo contorno delineó extasiada. Bajó hasta su mentón, se detuvo allí y pasó el dedo a contrapelo para sentir el crecimiento de su barba. Estaba irresistiblemente sexy con esa sombra sin afeitar. Él subió su mano por la espalda

de Paula con la palma bien abierta y la acarició en toda su extensión mientras tomaba aire. «¿Qué me vio este hombre tan perfecto para llevarme a la cama con él?» Seguía sin encontrar respuestas a los interrogantes que recorrían su mente a una velocidad inusitada. Paula era consciente de que su figura era armoniosa y se cuidaba para mantenerla, pero la belleza de Alex era apabullante; levantó su mano y le apartó un mechón que caía en su frente. Sin

dejar de mirarlo, le recorrió las patillas, ensimismada y confusa.

—Hoy tienen vetas marrones —expresó él con impertérrita calma, rompiendo la magia del silencio, y Paula frunció el entrecejo porque no entendía a lo que se refería—. Tus ojos hoy tienen vetas marrones —le repitió él—. Anoche los tenías mucho más verdes. —Paula sintió correr mariposas por su cuerpo. «Dios, ¿cómo puede seducirme sólo con decirme que me cambió el color de

los ojos?»), se interrogó.

»Son los ojos verdes más hermosos que he visto nunca —continuó Alex.

Se sintió descolocada por el comentario; no era necesario que le dedicara palabras bonitas porque no eran amantes. Se lo agradeció, un tanto desconcertada:

—Gracias.

—¿Lo pasaste bien?

—Sí, ¿y vos?

—También.

—Alex, quiero que sepas que no suelo acostarme con un hombre al que acabo de

conocer. Necesito decírtelo porque no quiero que te quedes con una impresión errónea de cómo soy.

—Chis, no te preocupes. Sé exactamente como sos, lo veo en tus ojos.

—Te hablo en serio.

—Yo también.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por creerme.

—¿Qué tenés con Maxi?
—Su pregunta y el tono suspicaz con que la hizo la sorprendieron. No entendía muy bien. ¿Creía tener derecho a indagar sobre la

relación que tenía con su amigo o con cualquier otro?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Curiosidad, sólo eso. — Ella lo miró fijamente y luego le contestó:

—Creo que Maxi y yo te lo explicamos bien ayer. Sólo tenemos una enorme y sincera amistad; él estuvo a mi lado en los momentos en que más lo necesitaba y siempre de manera incondicional. ¿Acaso sos de los que no creen en la amistad entre un hombre y una mujer?

—A decir verdad, sí. No creo que pueda darse —le respondió Alex con sinceridad.

—Te aseguro que sí existe, y Maxi y yo somos un claro ejemplo de ello. —Él se rió pero no le contestó. Una pregunta terminó con el paréntesis inquisitorio:

—¿Tenés hambre?

—Bastante.

—¿Te gustaría que desayunáramos juntos?

—Me encantaría, pero ¿puedo usar tu ducha antes?

—Claro, pediré el desayuno. ¿Qué te apetece?

—Un café con leche con medialunas de mantequilla, jugo de naranja y... también una ensalada de frutas, por favor.

—¡De acuerdo! Pidamos un buen desayuno para reponer energías dijo con picardía guiñándole un ojo. Levantó el teléfono que estaba en la mesilla de noche e hizo el pedido. Ella, entretanto, fue hacia el cuarto de baño, pero recordó que su ropa había quedado abajo y continuó bajando la escalera para buscarla; la sala era un reguero de

prendas y no pudo evitar sonreír al recordar la urgencia de la noche anterior. Levantó la ropa, dobló la de Alex y la dejó en el brazo del sofá; volvió a subir al baño con el vestido y el bolso y allí encontró su móvil, apoyado sobre el lavamanos. Maxi le había llamado dos veces y su madre le había dejado un mensaje, que Paula contestó con rapidez.

Con una toallita desmaquilladora se quitó los restos de la pintura y, luego, se metió en la ducha. Mojó

bien su pelo, le aplicó champú, se lo enjuagó con los ojos cerrados para que no le entrase espuma y, mientras se masajeaba el cuero cabelludo, sintió las manos de Alex que se posaban en su cintura. Abrió los ojos y le tiró agua en la cara, se rieron y Paula lo arrastró bajo el chorro de agua, que era suficientemente abundante para los dos. Ella le enterró sus dedos en el cabello, se lo mojó bien y, peinándoselo hacia atrás, tomó el champú de la estantería y le indicó:

—Bajá un poco la cabeza porque no alcanzo.

Él accedió sorprendido e intentó hacer memoria de cuándo había sido la última vez que le habían cuidado así. Hacía tanto tiempo que ni lo recordaba. Como él permanecía con los ojos cerrados, Paula aprovechó para admirarlo sin privarse de nada. «¡Qué hermoso es!», pensó. Sus facciones eran armoniosas; su nariz, del tamaño idóneo; el labio superior formaba un medio corazón perfecto y el inferior era voluptuoso e

increíblemente bello; y sus ojos cerrados tenían unas larguísimas pestañas. «¡Guau! Quisiera quedarme aquí durante toda la eternidad.»

—Ya está —suspiró después de enjuagarle el pelo. Él se pasó las manos por la cara para escurrir el agua, la tomó por la cintura y se perdieron en un beso dulce y húmedo que llevó, de forma irremediable, al sexo. Tras saciarse y ducharse, salieron, se secaron y Alex la dejó sola en el baño. Ella terminó de

arreglarse y bajó a la sala, donde una criada estaba poniendo la mesa para el desayuno.

—Buen día, señora — saludó la sirvienta. Le encantó que la llamara así; fantaseó y se sintió estúpida; le devolvió el saludo y, después de apoyar su bolso en el sofá, se sentó a la mesa. Alex ocupaba la cabecera; llevaba puestos unos vaqueros azules, una camiseta negra ajustada con escote en forma de pico que le quedaba de infarto y unas Nike en los pies. Estaba

concentrado revisando el móvil.

Cuando la chica se retiró, quedaron solos frente a una espléndida mesa de desayuno.

—¿Te sirvo café?

—Sí, por favor — respondió él aún ensimismado en su teléfono.

—¿Azúcar o edulcorante?

—preguntó Paula y, entonces, él levantó la cabeza y sonriendo le contestó:

—Edulcorante, dos sobres. Muchas gracias. —Paula los echó, le revolvió el café, se

lo acercó y se dispuso a tomarse su taza y a atacar las medialunas mientras él terminaba de contestar mensajes.

—Listo, ya estoy con vos —suspiró Alex cogiéndola de la mano.

—No te preocupes, atendé tus cosas.

—Trabajo —se disculpó él y ambos sonrieron.

—No me hagas acordar del trabajo. Cuando llegue a casa debo ponerme con unos informes pendientes de la oficina —le comentó ella.

—¿A qué te dedicas?

—Soy administradora en una empresa de indumentaria. ¿Y vos?

—Trabajo en las empresas de mi padre —le contó él mientras se comía una tortilla—. ¿Vivís con tus padres?

—No, vivo sola en Buenos Aires. Mi papá falleció hace ya varios años y mi mamá vive en Mendoza con mi hermano, su esposa y sus dos hijos. Mi familia tiene viñedos allá, es dueña de las Bodegas Saint Paule continuó explicándole—, pero del negocio familiar se

encarga mi hermano. Tomó las riendas después de que mi padre muriera. Por aquel entonces teníamos un administrador que casi nos llevó a la ruina y mi hermano tuvo que madurar antes de tiempo y sacar la empresa a flote.

—Interesante. Si te soy sincero, no conozco muchas marcas de vinos en tu país, pero sé que hay algunas exquisitas. ¿Ustedes fabrican buenos vinos?

—A partir de 1999, mi hermano introdujo en el país unas uvas provenientes del

sur de Francia con las que logró muy buenas cosechas. Hemos ganado premios nacionales y algunos internacionales durante cinco años consecutivos y fabricamos uno de los mejores Malbec del país.

—¿Y qué hacés entonces en una empresa de indumentaria? preguntó Alex.

Paula se encogió de hombros.

—Prefiero vivir en la ciudad. Cuando vine a estudiar la carrera a Buenos Aires, me di cuenta de que

no me iba a ir nunca de aquí. Sólo voy a Mendoza en vacaciones o de visita.

En ese punto de la charla, ella ya casi había terminado su desayuno; se bebió lo que le quedaba del zumo de naranja, miró la pantalla de su móvil porque vibraba, rechazó una invitación de una amiga para pasar el fin de semana y decidió que era un buen momento para marcharse.

—Bueno, Alex, me voy.

—Ok —dijo él. Cogió un último sorbo de café, se limpió la boca con la

servilleta, la dejó sobre la mesa y luego se puso de pie.

Paula se acercó al sofá donde reposaba su cartera y se calzó los zapatos que habían quedado junto a la mesa baja; él la seguía con la mirada.

—Me lo he pasado muy bien, Alex.

—Yo también. —Cogió su mano, la acercó a él, tomó su barbilla con la otra mano y depositó tiernos besos en sus labios—. Permite que mi chofer te lleve —le pidió él en tono amistoso.

—No es necesario, Alex,

pediré un taxi en conserjería.

—Por favor, dame el gusto de que Heller te acompañe —insistió. Acto seguido enarcó una ceja y le sonrió esperando una respuesta afirmativa.

—Está bien, gracias por tu amabilidad —respondió Paula tras considerarlo mejor y totalmente desarmada por la forma en que la había mirado.

Alex sonrió satisfecho, le dio un ruidoso beso en los labios y buscó su teléfono para avisar a su empleado de que ella bajaba en cinco

minutos. Volvió a abrazarla y luego la besó de forma apasionada. Cuando paró, la cogió de la nuca y apoyó su frente en la de ella.

—*Bye*, nena. —Empezaron a caminar de la mano y la esperanza de Paula de que le pidiese el teléfono se desvaneció. Ese corto saludo fue lo último que le dijo. «Ya está, Paula, es mejor así —pensó ella—. Quedate con el buen recuerdo de una noche magnífica.»

Salieron al pasillo y la acompañó hasta el ascensor en silencio. Antes de que la

puerta se cerrara, ella también se despidió: — Adiós, «ojitos». —Le sopló un beso, la puerta se cerró y, tras ella, Alex desapareció de su vida para siempre. Paula se recostó en la pared del fondo, mientras apretaba con fuerza su bolso. Alisó su vestido y, mirándose al espejo, le habló a su imagen reflejada—: ¿Qué esperabas, tonta? ¿Qué ilusiones te habías hecho? ¡Te acostaste con un hombre al que recién conociste!

Alex, mientras tanto, se había quedado pasmado en

el rellano, apoyado en las puertas del ascensor, dudando si llamar a Heller para que detuviese a Paula, pero pronto se deshizo de esa estúpida ocurrencia. «¿Qué me pasa? ¿Desde cuándo considero que una aventura puede durar más de una noche? ¡Bah, qué estupidez la mía! Como si no tuviese problemas en la vida. No pienso complicármela más, porque después vienen las exigencias, se creen con derechos y yo no puedo enredarme en una relación

que, de repetirse un par de veces más, sin duda se tornaría complicada.»

Capítulo 4

PAULA llegó a la planta baja del hotel, llenó sus pulmones de aire y salió a la calle, donde el chófer la esperaba con un BMW M550 gris oscuro.

—Buen día, Heller, ¿verdad?

—Buen día, señorita, así es, ése es mi nombre —le contestó el hombre con cordialidad mientras le sostenía la puerta—. Usted

dirá, ¿dónde quiere que la lleve? —Paula le indicó el camino hasta su apartamento e intentó distraerse con el paisaje urbano para no pensar. Al llegar, el conductor le abrió la puerta, ella le dio las gracias una vez más y se despidieron amablemente.

Subió en ascensor hasta su casa con la mente en blanco. Entró, tiró el bolso en el sofá y se fue directa al vestidor para quitarse todas las prendas que llevaba puestas desde el día anterior. Se cambió la ropa interior y se

puso unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Descalza, anduvo por la casa hasta que encontró el mando del aire acondicionado; a pesar de que era un día primaveral, se sentía sofocada. Luego, en su pequeño estudio, conectó el iPod al sistema de sonido y, por instinto, buscó la canción de Reik que había sonado en la limusina cuando iban a Tequila. La puso en modo «repetición», volvió a la sala y se recostó en el sillón para cantarla en silencio.

¿Sabes? Te quiero confesar que te encuentro irresistible. No dejo de pensar que haría lo imposible por quedarme cerca de ti.

De repente, de sus ojos empezó a fluir un río de lágrimas desconsoladas. Lloró durante un buen rato y marcó el número de Maximiliano.

—Hola, Pau. —Ella no podía hablar, el llanto se lo impedía—. Paula, ¿qué te pasa? Contestame, por favor, no me asustes.

—Vení, por favor, te necesito.

—Cálmate, ¿qué pasó?

—Estoy bien, físicamente estoy bien, pero vení, por favor. Necesito tu compañía.

—En un rato voy para allá.

—Maximiliano vivía muy cerca y ella sabía que podía contar con él; sus amigos eran su familia más querida en Buenos Aires.

Habían pasado sólo quince minutos cuando sonó el timbre y, luego, el ruido de la cerradura. Maxi tenía una llave del apartamento y entró agitado. Cerró la puerta y la vio hecha un ovillo en el sillón, donde aún

estaba llorando. Se acercó despacio y se sentó a su lado para ofrecerle cobijo; la colocó en su regazo y la abrazó muy fuerte mientras le besaba el pelo. Necesitaba que se calmara para que pudiera contarle. Sus cariños y su abrazo pronto le proporcionaron alivio y comprensión y dejó de sollozar para pasar a emitir sólo suspiros cansados. Incapaz de dilucidar el entuerto, Maxi la separó de su pecho, le apartó el pelo de la cara y le secó las lágrimas con sus manos.

—A ver, señorita Bianchi, ¿me va a contar, por fin, qué le pasa?

—Me siento la persona más estúpida, vulgar y vacía que existe en la faz de la Tierra.

—Uf, eso es mucho. Dejame decirte, en primer lugar, que no sos ni estúpida ni vulgar, y que no estás vacía. Por el contrario, sos la más bonita, la más inteligente y la única con tan buenos y sinceros sentimientos que existe en la faz, no de la Tierra, del universo. Y yo me siento

muy orgulloso de ser tu amigo, pero me gustaría saber por qué te sentís así. Paula lo miró a los ojos, tomó aire y le explicó:

—Pasé toda la noche con Alex. Me acosté con él. —El joven abrió los ojos como platos, sonrió y le puso el cabello tras la oreja.

—No entiendo, ¿qué tiene que ver eso con tu llanto y con lo que acabás de decirme? ¿Acaso él no se portó bien con vos? —preguntó con expresión seria y en guardia.

—Sí, sí —afirmó ella con

rotundidad para que no le quedaran dudas—. Todo fue magnífico, nunca me habían hecho el amor como él me lo hizo. Alex es irresistible y ardoroso. —Maxi silbó.

—¡Guau! ¡Qué definición! Entonces, Pau, ¿qué es lo que está mal? No te entiendo.

—Todo. Creo que no hice bien en irme con él. Apenas lo conozco, pero es tan lindo...

—A ver... a ver, amiga, pensá en esto —dijo y la cogió de las manos—, ¿hiciste algo que no

quisieras hacer?

—No, Alex es divino —
contestó ella con un mohín y
negando con la cabeza.

—Entonces, ¡disfrutá de lo
que viviste! Me estás
diciendo que fue lindo, pero
tu explicación suena
contradictoria. A ver, Paula,
no sos una niña, sos una
adulta, tenés veintisiete años
y viviste toda tu vida con
remilgos en tus relaciones. Y
en la última, ¿cómo te fue?

—No es necesario que me
lo recuerdes, lo que pasó no
fue culpa mía.

—No, claro que no fue

culpa tuya, lo hemos hablado muchas veces. Justamente por eso creo que ahora tenés que disfrutar y vivir. Hacé lo que tengas ganas, tu esencia no va a cambiar sólo porque una vez hayas decidido vivir el momento. Te fuiste con quien te apetecía y te metiste en la cama de quien te pareció atractivo. Paula, te conozco y sé que tu vida nunca va a ser promiscua, no te sientas así, no seas tonta.

—Pero... ¿qué debe de pensar él de mí? Cuando nos despedimos, ni siquiera me

pidió el móvil. Ay, Maxi, no sé, no me hagas caso, tengo un lío tremendo en la cabeza.

—Ajá, ya veo —exclamó Maxi y se la quedó mirando. Ella ya sabía lo que iba a preguntarle, le había leído la mente—. ¿Te preocupa lo que él piense de vos o te molesta que no te haya pedido el teléfono?

—Sí... No... No sé.

—No sé ¿qué? ¿Lo primero o lo segundo?

—A decir verdad, no sé lo que me preocupa. En el restaurante, todo se volvió

sorprendente y ridículo, tonteamos durante toda la noche y, al final, terminé en su cama.

—Sí, Paula, fue sexo entre dos personas adultas, sólo eso. No le busques los tres pies al gato. Quizá ni lo vuelvas a ver, de hecho, eso es lo más probable. ¿O es justamente eso lo que te afecta?

—Sé que no voy a volver a verlo y fue por esa razón por la que anoche decidí irme con Alex, porque me gustaba mucho y sabía que nunca más me lo

encontraría. Pensé que podía permitirme salir de mi vida estructurada por unas horas, pero hoy, cuando me desperté a su lado, me sentí muy extraña.

—Pero lo disfrutaste.

—Sí, tarado —se sonrió avergonzada.

—Entonces, dejá de sentirte mal, boba, si hasta yo me puse contento cuando vi que se iban juntos.

—Tonto.

—Mirá vos, ¡ahora resulta que el bobo soy yo!

—Te conozco, Maximiliano, conozco esa

mirada. Ni se te ocurra preguntarme nada más, porque no voy a contarte. Mi intimidad tiene un límite y lo sabés muy bien.

—No voy a preguntarte nada. —Se quedaron en silencio—. ¿Cuántas veces lo hicieron?

—Basta, idiota, no voy a decírtelo.

—Dale, quiero saber cómo actúa el gringo.

—No te lo voy a decir —negó entre risas Paula; sólo Maxi podía cambiar su humor de esa manera.

—¿Qué te pasó con

Daniela? —le preguntó ella para cambiar de tema. No quería seguir hablando de Alex.

—Se le metió en la cabeza que estaba mirando a Laura, que estaba bailando muy cerca de nosotros. En un momento, mientras Dani me hablaba, me distraje y empezó a decirme que estaba mirándola y que, por eso, no le prestaba atención y bla, bla, bla.

—¿Y la estabas mirando?

—Nooooooo, pero no pude hacérselo entender. ¿Por qué escuchás esa canción tantas

veces? —«¡Maldición! ¡A Maxi no se le escapa nada!»—. Nena, el gringo te sentó mal y te dejó atontada. Definitivamente creo que, en realidad, lo que te preocupa es que no te haya pedido el número de teléfono y que sólo haya sido sexo. —Era imposible ocultarle a su amigo sus sentimientos; él siempre descubría lo que le pasaba. Aunque esta vez, no sólo pretendía escondérselos a él, sino también negárselos a ella misma.

—¿Qué tiene que ver esa canción con Alex? Sólo se

quedó ahí, sonando, no sé.

—Yo sí sé, es la canción que se oía en la limusina cuando fuimos a Tequila.

—Creés que sos el más sabelotodo. Ahora la paro y sanseacabó, para mí no significa nada. —Se levantó y apagó la música.

—¡Qué cabezota sos! Bueno, dale, veamos una peli.

—Te dejo elegirla a vos. —Movieron la mesa baja que estaba frente al sofá y Paula buscó unas almohadas. Maxi trajo refrescos de la nevera y se

tiraron encima de la alfombra frente a la pantalla LCD.

Ninguno de los dos miró la película durante más de cinco minutos; ella se despertó cuando aparecían los créditos y sólo porque había sonado su móvil.

—Hola, mami, estoy un poco perezosa hoy. Anoche salí y me acosté muy tarde; me siento destruida.

—¿Estás alimentándote bien?

—Sí, mamá, no te preocupes. «¿Por qué las madres siempre piensan que

no comemos lo suficiente?»»

—Te extraño tanto...
Tengo muchas ganas de verte.

—Yo también, mami. Nos vamos a ver en Navidad y ya no falta tanto.

—Lo sé. ¿Te vas a quedar durante las vacaciones?

—Por supuesto, sí, como cada año: quince días con ustedes y quince días con mis amigos.

—Tengo algo que contarte, pero tu hermano no tiene que enterarse de que te lo conté. Pablo está haciendo unas pruebas con una cepa

nueva. No le digas que ya lo sabes, él quiere dártelo a probar cuando vengas; es un Pinot Noir y algo más. Creo que será un éxito.

—Parecés muy ilusionada.

—Sí, hija, porque en febrero hay una cata importante donde lo va a presentar.

—Suenan fantástico, ojalá vaya bien.

—Eso es lo que esperamos. ¿Tus cosas están todas bien?

—Todo tranquilo, como siempre, el trabajo bien, mi vida social tranquila. Estoy

bien, mamá, no tenés que preocuparte por nada.

—¿Cuándo me vas a presentar a algún novio? Hace dos años que te peleaste con Gustavo, hija; la vida continúa y sos tan joven y tan bonita... ¿No me vas a decir que te faltan candidatos?

—Ya llegará el indicado, mami, por ahora sigo sola y sin prisa alguna. ¿Cómo están mis sobrinos?

—Esos mocosos están muy grandes y cada día más hermosos. Sofía sacó calificaciones excelentes en

las notas; me recuerda mucho a vos por lo aplicada que es en el colegio. Y Franco, ese muchachito malcriado, ya tiene toda la boca llena de dientes y, en cualquier momento, empieza a caminar.

—Pablo me mandó fotos por correo electrónico la semana pasada y es cierto, están los dos bellísimos.

—¿Qué te puedo decir yo, Paula? Soy la abuela más babosa de todo San Rafael. Hija, me quedaría hablando durante horas con vos, pero no te quito más tiempo, te

dejo ya. Me alegró el día haberte oído. Me voy a casa de Olguita a jugar a la canasta.

—Disfrutá de tus amigas, mami. Prometo no colgarme tanto y llamarte más seguido. La semana que viene estaré más aliviada en el trabajo y nos conectaremos por Skype. Te quiero, te mando un beso enorme.

—Gracias, yo también te quiero, hija. Cuidate mucho.

Maxi dormía tirado en el suelo y no se despertó con el teléfono ni con la

conversación. Paula lo llamó para que se acostara en la cama —le daba pena que siguiera durmiendo ahí— y él se restregó los ojos y preguntó la hora.

—Las ocho, dormimos toda la tarde.

—¡Uy, no! —se afligió él—. ¡Me voy! Le dije a Daniela que iría a su casa a las nueve y media para salir a cenar. ¿Querés venir con nosotros?

—No, andá tranquilo. Además, tengo que terminar los formularios que me traje de la oficina.

Cuando Maxi se fue, Paula sintió hambre. No tenía ganas de cocinar pero — como le había dicho su madre— tenía que comer. Encontró una bandeja de ensalada en la nevera y abrió una lata de atún, destapó una Coca-Cola light y se acomodó en la mesa baja del salón, junto al ordenador, para empezar a revisar los archivos, preparar la hoja Excel y calcular los porcentajes que necesitaba para el lunes. La idea de que llegaba el yanqui le causaba fastidio, pues estaba segura

de que su presencia durante un mes en la oficina sería insoportable. Nerviosa con la perspectiva de tener al jefe controlándolo todo, trabajó hasta tarde.

El domingo pasó rápido, entre formularios, hojas de cálculo y porcentajes, y, a ratos, el recuerdo de la mirada más bella que había visto en su vida, la sonrisa más seductora y los besos más hermosos que jamás le habían dado. Paula cerraba los ojos y podía sentir sus caricias. Estaba guardando su Mac cuando, de pronto,

se encontró otra vez abstraída en su recuerdo: «Suficiente, Paula. Agua que no has de beber, déjala correr. Ha sido hermoso, pero se terminó».

Se dio una ducha después de cenar y, antes de acostarse, se preparó la ropa para la oficina; quería parecer muy profesional en la junta. Su equipo iba a tener un gran protagonismo en la gestión de capitales, así que necesitaba lucirse.

A las siete, sonó el despertador. Lo apagó de un manotazo y, sin hacer el

remolón, Paula se levantó para darse una ducha y despabilarse bien. Recogió su cabello en una coleta bien alta, se maquilló de manera muy natural —aunque resaltó bien sus labios con dos capas de brillo—, se vistió con la falda negra y la camisa de gasa blanca que había escogido, y completó su atuendo con unos tacones rojos. Se perfumó con CH Garden Party —el que siempre usaba para ir a la oficina— y, sin demorarse más, cogió su bolso, el maletín con el Mac, las

llaves del coche y bajó al aparcamiento. Eran las ocho y media y estaba tan alterada como cuando había ido a la entrevista en Mindland por primera vez. Masslow venía a controlarlo todo y ella tenía los nervios de punta. Subió al coche, conectó el iPod al sistema de sonido y empezó muy mal el día.

—¡Mierda! ¡Justo tenía que sonar esta canción! — masculló malhumorada.

El cantante de Reik empezaba a entonar las primeras frases de *Sabes* y el recuerdo de Alex la invadió

de inmediato. Pero no deseaba pensar en él; era un día importante en la empresa y necesitaba concentrarse en su trabajo. Debían demostrar que merecían esas aportaciones de capital de la central y no podía defraudar a Natalia bajo ningún concepto, así que pasó de canción hasta dar con una de Andrea Bocelli, ideal para relajarse. Se puso el cinturón de seguridad, se colocó las Ray-Ban y salió rumbo a la oficina. «¡Odio el tránsito matutino! Siempre es un caos y tardo más de la

cuenta en llegar. ¡Aaah! ¡En Buenos Aires parece haber más autos que gente!», protestó en silencio en un semáforo. Cuando entró en la recepción de la empresa, saludó a Mayra, la recepcionista, y se dirigió hacia los ascensores, donde se encontró con Maxi. Subieron juntos. Carolina, que estaba frente a la oficina de Natalia, les preguntó qué iban a desayunar puesto que la junta incluía un refrigerio — y les indicó que fueran hacia la sala de reuniones.

—¿Ya llegó el *big boss*?

—Sí, Paula, hace algunos minutos. Revisó su oficina, charló un rato con Natalia y ahora está en la sala, con ella y con los de marketing.

—¿Y qué tal es el yanqui?
—preguntó Maxi.

—Me sorprendió lo bien que habla el español, parece agradable y, además, es muy joven.

—Dale, Maximiliano, vayamos. No quiero llegar la última.

Caminaron hasta la sala parloteando durante todo el trayecto; el espacio era diáfano y con paredes de

cristal, cubiertas por persianas negras que ese día estaban entreabiertas, pero que no permitían ver hacia adentro. Natalia los vio llegar y los llamó con un ademán, mientras se disculpaba frente al hombre que, de espaldas, ocupaba la cabecera de la mesa. A Paula, desde atrás, le pareció conocido, pero descartó la idea cuando se dio cuenta de que era Masslow.

—Alexander, quiero presentarte a mis colaboradores estrellas — dijo Natalia en voz alta

cuando estaban ya a unos pasos de él. «Uy, nos va a presentar al *big boss*», pensó Paula e intentó caminar bien erguida.

Ambos se acercaban con decisión y con una sonrisa de oreja a oreja. Intentaban dar la impresión de estar muy contentos de tenerlo entre ellos, aunque la noticia les había caído a todos, en realidad, como una patada en el hígado; la presencia del jefe en Mindland obligaría a que su sólido y eficiente equipo tuviera que cambiar sus rutinas para adaptarse a

las del yanqui.

Alexander Masslow se puso en pie y se dio la vuelta para saludarlos, y Maxi y Paula se quedaron petrificados al verlo. De hecho, ella adoptó el color del papel y sus ojos parecían los del *Coyote* cuando descubre al *Correcaminos*. Se quedó inmóvil en mitad de la sala y sentía flojear las piernas; su corazón estaba desbocado; las manos le sudaban y un escalofrío empezó a recorrerle el cuerpo de arriba abajo. Maximiliano, por suerte,

encontró la compostura antes que ella y la empujó con delicadeza por la cintura para que siguiera caminando. Paula pensaba que iba a desmayarse, intentó afirmarse en sus tacones y odió el llevarlos puestos.

«¡Maldición, maldición! ¡Maldita suerte la mía!» El destino parecía estar en su endiablada contra porque Alexander Masslow era, nada más y nada menos, quien ella había conocido como «Alex». Tuvo la sensación de estar en una

pesadilla; ¡no podía ser que el tipo con el que se había acostado durante la noche del viernes y la mañana del sábado fuera el *big boss*! Pero, muy a su pesar, ésa era la realidad. Alex se sorprendió tanto como ellos; sin embargo, Natalia, nerviosa y motivada por la visita del jefe, siguió con el protocolo sin percatarse de nada.

—Te presento a Maximiliano García y Paula Bianchi, mi gran descubrimiento. Alex, ella es de quien te estaba hablando,

sin desmerecer a Maxi, que también hace un gran trabajo en la empresa.

Paula no podía reaccionar, sólo apretaba su bolso y el maletín del Mac. Él, que se dio cuenta de su desconcierto, tensó su mandíbula e hizo una leve mueca con los labios para demostrarle que lamentaba la incómoda situación. Intentó infundirle cierta tranquilidad con una caída de ojos cómplice, y Maxi, atento a todo, decidió intervenir para distender la tensión y estiró la mano para

estrechar la del
estadounidense. Ambos
hicieron como si no se
conocieran.

—Encantado,
Maximiliano.

—El gusto es mío, señor
—contestó Maxi tomando su
mano con decisión y
siguiéndole el juego.

—Maximiliano, por favor,
llamame «Alex» o
«Alexander»; me gusta
trabajar en un ambiente
cordial. Estoy convencido de
que el respeto pasa por otro
lado y no creo ser más señor
que vos para merecer ese

trato.

—De acuerdo, entonces,
¡bienvenido, Alex!

—Muchas gracias. —Soltó
la mano de Maxi y la estiró
en dirección a Paula
mientras la miraba a los
ojos.

—Paula, ¿verdad?

«Sí, estúpido, soy yo, ése
es mi nombre. ¿Ya lo
olvidaste? Estuvimos
haciendo el amor durante
toda la noche del viernes, ¿te
acordás? Lo gritaste varias
veces en medio de un
orgasmo.» Alborotada frente
a la inesperada situación, eso

es lo que hubiera querido contestarle. Se sentía apabullada por su presencia y enfadada por su mala suerte, pero entendió que debía guardar las formas en el trabajo y, al final, actuó con la corrección que la presentación merecía:

—Así es, encantada. —Y le ofreció la mano y una sonrisa muy insolente—. Bienvenido a nuestro país —continuó con solemnidad, aunque apretó su mano con rabia. Cuando Alex la soltó, deslizó la suya por la de ella acariciándola hasta la punta

de los dedos y se batieron en un duelo de miradas.

—Bueno, lo mismo que le dije a Maximiliano, llamame «Alex» o «Alexander», por favor —contestó mientras pensaba: «Nena cómo me gusta el contacto de tu piel con la mía». Cada palabra que él emitía, la encolerizaba más: «Oh, gracias por concederme tu permiso. ¿Serás cínico? ¡Me das tu autorización para llamarte “Alex”, después de todo lo que me permitiste hacerte durante el fin de semana!». Pero su cólera, en

realidad, era producto de que se sentía en desigualdad de condiciones en su lugar de trabajo, después de haber compartido esa intimidad con su jefe—. Natalia me ha contado maravillas sobre tus capacidades. Tengo la impresión de que sos su consentida. —Paula intentó retomar la compostura y demostrarle todo lo educada y profesional que podía ser; miró a su jefa y le habló:

—Muchas gracias, Natalia. No sé qué le habrás dicho, pero seguro que exageraste un poco.

—Le dije lo de siempre, Paula: no sé qué sería de nosotros si no estuvieses aquí. —Natalia siempre resaltaba los méritos de sus empleados, aunque a veces llegara con tanto mal humor que lo olvidaba—. Por favor, pasen y acomódense. Les reservé un par de sillas a mi lado —les indicó.

Alex ocupaba la cabecera y presidía la junta de ese día y, seguramente, así sería mientras estuviese en el país. Aunque ella no lo miraba, estaba segura de que él sí; podía sentirlo. Respiró

hondo y se deslizó a paso seguro, apartó la silla con naturalidad y apoyó el Mac sobre la mesa. Maxi hizo lo mismo. Natalia hablaba con el jefe de marketing que estaba preparando el proyector. Entonces, Paula levantó la vista y se encontró con los ojos de Alex, que la observaban sin disimulo. Llevaba un traje gris oscuro, con la chaqueta desabotonada, camisa blanca con cuello italiano, corbata negra con logos de Gucci y un chaleco entallado. Recostado en la silla, con un

codo apoyado en el brazo de su asiento, sosteniendo su cara con la mano y estudiando la situación, estaba escandalosamente apuesto.

Paula intentó disimular y se propuso demostrarle que su presencia le era indiferente, pero él estaba desplegando todas sus herramientas de seducción: se puso en pie, echó sus hombros hacia atrás y dejó que la americana se deslizara por sus brazos para quitársela. Sabía que ella lo vigilaba; desde donde estaba

sentada Paula, él se veía muy alto, inalcanzable. «Vaya, vaya, nena, esto sí que es una gran sorpresa. Creo que estás nerviosa y que intentás disimularlo, pero tenés que tranquilizarte. Nadie imagina aquí todo lo que hicimos juntos la otra noche. Por cierto, ahora que te vuelvo a ver, me apetece estar una segunda vez contigo. Hum... estás muy bonita y con ese look de empresaria me calentás más que con el que llevabas en la disco», fantaseaba Alex mientras volvía a sentarse.

De repente, una rubia muy alta y con muy buen tipo se le acercó e interrumpió sus pensamientos y los de Paula. Esa mujer no era de la empresa y el trato entre ellos parecía netamente profesional; mantuvieron un breve intercambio de información en inglés.

—Alex, te envíe un documento con todos los correos de las personas de los departamentos de finanzas y de marketing.

—Gracias —le contestó él y prosiguió con algunas indicaciones—: quiero que

tomes notas, por favor. —
Paula entendió en seguida
que ella era su secretaria.
«¡Desgraciado! Te buscaste
una asistente que espanta de
tan bonita que es.» En ese
instante, Maxi se acercó y le
habló en voz baja:

—¿Estás bien?

—Todo lo bien que puedo
—le contestó ella
cuchicheando.

—Tranquila, la primera
impresión ya pasó. Ahora no
pienses, intentá concentrarte
en tu trabajo, sólo en eso.

Su amigo sabía bien cómo
se sentía, así que le cogió la

mano que estaba apoyada en la mesa y se la apretó para darle ánimos, gesto que Paula correspondió con otro apretón. Aunque agradeció la incondicionalidad de su amigo y asintió con la cabeza —intentaría mostrarse brillante y segura de sí misma—, estaba hundida en su infierno personal.

La junta empezó puntual y, durante su transcurso, se tocaron todos los temas previstos; Alexander hizo muchas preguntas, a varias de las cuales tuvo que

contestar Paula. Él la escuchó con atención, refutó algunos de sus fundamentos, pero ella le contraargumentó y terminó convenciéndolo sobre varios aspectos financieros. Natalia la apoyaba en todo. Luego se proyectaron las precampañas de marketing, frente a las que el estadounidense se mostró muy cauteloso. Durante toda la reunión no dejó escapar ninguna impresión sobre la información que recibía y se limitó a pedir, entre otras cosas, los informes del

cálculo de presupuesto para el año siguiente. Se le entregaron todos los documentos que había solicitado, salvo algunos que quedaron pendientes de entrega, y la primera junta terminó cerca del mediodía.

Poco a poco todos se fueron retirando. Alex estaba de pie y algo alejado; hablaba por teléfono en voz baja frente a uno de los ventanales que daban al exterior del edificio, con la vista perdida en los jardines. Tenía una mano metida en el bolsillo de su pantalón y

parecía contestar con cierta desgana. De pronto, oyó algo que lo puso de mal humor, hubo un intercambio ofuscado de palabras con esa persona, se masajeó la frente, luego discutió un poco más y colgó. Parecía molesto porque tiró su móvil sobre la mesa cuando volvió a acercarse y, en silencio, comenzó a recoger sus cosas. Maxi, Natalia y los de marketing hablaban en la otra punta de la sala; Alison, la secretaria de Alex, estaba enganchada a su teléfono muy cerca de la puerta y de

espaldas a ellos. Paula estudió el entorno y levantó la vista mientras seguía juntando sus cosas y Alex hizo lo mismo. Acto seguido, él fingió entregarle algo y su iniciativa la tomó desprevenida. Le estaba ofreciendo una hoja en blanco; en realidad, sólo se trataba de una excusa para poder acercársele.

—¿Cómo estás? Es una gran sorpresa que nos hayamos encontrado acá — le susurró con amabilidad. Paula lo miró y, sin soltar la hoja, sus ojos se dijeron

mucho más de lo que expresaban con las palabras.

—Sí, coincido con vos, es una gran sorpresa —afirmó—. Estoy bien, gracias. —Pero por dentro reflexionaba: «¡Por Dios! Esa mirada me nubla, me detiene en el tiempo y congela todos mis sentidos».

—Lamento tu gran confusión del principio, yo también me sentí extraño al verte entrar. —Sus pensamientos no obtenían sosiego: «Hubiese querido abrazarte y que no te sintieras tan desprotegida».

Paula quería contestarle: «Alex, no me sentí confusa, casi me muero. ¡Si supieras todo lo que pensé en vos este fin de semana! Me quedé atrapada por tus caricias y tus besos. Creo que estábamos predestinados a cruzarnos en este punto. ¿Qué otra explicación puede haber si no?», pero intentó que en su respuesta no se vislumbrara lo vulnerable que se sentía:

—Ya ves, el mundo es más pequeño de lo que imaginamos.

—Es cierto.

Hablaron en un tono muy formal y adusto, como si sólo estuvieran tratando cuestiones laborales. Ella, finalmente, le quitó la hoja de la mano y la metió entre los formularios que estaba reuniendo para guardarlos en su maletín. Necesitaba terminar con ese contacto, porque su mirada se iba de forma irremediable hacia sus labios. Si lo seguía teniendo cerca iba a perder por completo la razón.

Cuando Paula estaba a punto de irse, llegaron Natalia y Maxi, pero ella no

se detuvo. Salió de la sala confundida, indefensa y fuera de lugar, y eso la fastidiaba mucho ya que, en su trabajo, siempre se había sentido muy cómoda. Caminó hasta su cubículo y tras dejar las cosas en su mesa, se fue al baño, se metió en uno de los compartimentos y bajó la tapa del inodoro para usarlo de asiento. Sin poder creer lo que le acababa de pasar, se agarró la cabeza con las manos y la sacudió, estaba al borde del colapso. «Maldita suerte la mía. ¿Y esto cómo

sigue ahora? ¿Cómo voy a fingir que no lo conozco cada hora de cada día, durante todo un mes? Aún recuerdo sus caricias en mi cuerpo; sus manos puestas en cada milímetro de mi piel; su sexo dentro de mí, despojándome de todos los sentidos; y sus besos que asaltaron mi boca y mi vagina con su lengua. ¡Dios, se suponía que no lo iba a ver más! Y, encima, está buenísimo con ese traje entallado. ¡Me deja sin respiración cuando me mira! ¡Quiero tirarme por el hueco

del ascensor! ¡Mierda! No es justo que me esté pasando esto.» Del enfado pasaba a la angustia, de la angustia a la ira y cuando reflexionaba se daba cuenta de que era obvio que no podían hacer público su conocimiento previo; era poco serio. «Paula, no seas tonta, ¿qué querías que hiciera Alex? Te habló en cuanto pudo, ¿no?»

Necesitaba calmarse para salir del baño, pero era incapaz. Estaba a punto de ponerse a llorar, cuando oyó que alguien entraba en él y, entonces, respiró hondo e

intentó recomponerse. Se puso en pie, abrió la puerta y se acercó al lavamanos para mojar una toalla de papel y pasársela por la nuca; retocó su maquillaje y regresó a su mesa. De camino, pasó por la oficina de Natalia y por la que se suponía que iba a utilizar Alex, que estaba situada muy cerca de su cubículo. La puerta estaba abierta y ella intentó pasar de largo y no mirar hacia adentro. Necesitaba ponerse a trabajar para concentrarse y dejar de pensar.

No había advertido la hora

que era, hasta que Natalia se le paró enfrente y le preguntó:

—¿No vas a comer? Ya es la hora. —Por lo general, se reunían a la hora del almuerzo en un restaurante cercano a la oficina, donde preparaban unos exquisitos menús ejecutivos—. ¡Vamos, Paula! Fue una mañana muy larga, salgamos a reponer fuerzas —la animó su jefa para que aceptara.

—Sí, es cierto. Pensándolo bien, yo también tengo hambre. Al llegar, saludó a Maxi desde lejos, dio una

ojeada a las mesas libres y señaló una para dos, pero Natalia la detuvo:

—Sentémonos allá —le sugirió señalando una mesa más grande—, ahora viene Alex. «¡Mierda! Si lo hubiera sabido no habría venido. Es evidente que hoy no es mi día», se maldijo Paula. Pidieron unos refrescos light y Natalia aprovechó para felicitarla por su actuación en la junta. Muy pronto, la conversación quedó truncada por la llegada de Alex. «¡Qué incomodidad, Dios mío!

¿Cómo voy a hacer para tragar bocado? Debo tranquilizarme, tengo que asumir que estoy con mi jefe», se repetía una y otra vez. Él las había localizado de inmediato y caminó con paso seguro, sorteando algunas mesas, hasta llegar a la suya. Se deshizo de su chaqueta con un movimiento ágil y la colgó en la silla.

—Les pido disculpas, me retrasé un poco hablando por teléfono. ¿Hace mucho que me esperan? —Ella se acordó del día en que se habían conocido; la

situación se repetía.

—No te preocupes, Alex, recién llegamos. Vas a ver que se come muy bien en este sitio, y tienen una excelente selección de vinos —le explicó Natalia.

—¿Ustedes dos ya pidieron? «¡Dios! ¿Es que todo lo que diga me va a recordar a la noche en que nos encontramos?»

—No, sólo pedimos unas bebidas frescas. Estábamos esperando a que llegaras — volvió a contestar la jefa. Acto seguido, el estadounidense llamó al

camarero con la mano.

—¿Qué plato me recomiendan? —preguntó sin tomarse el trabajo de leer la carta y clavando su mirada en Paula. Ésta decidió entonces que no se quedaría muda, como la primera vez que lo había visto, quería cambiar el rumbo de la historia.

—Te recomiendo el pollo a la naranja con ensalada *caprese*, lo preparan muy bien.

—Paula tiene razón, lo cocinan de forma exquisita. Yo comeré eso opinó

Natalia.

—De acuerdo, lo probaré.
¿Me permiten elegir el vino?

—Por supuesto —
contestaron las dos al
unísono. El camarero se
acercó a tomar nota y Alex
pidió una botella de
Wolfberger.

—¿Algo más?

—Un agua con gas para
mí, por favor —pidió Paula.

—Perfecto, señorita. —El
camarero se retiró.

—Lo siento, prefiero no
beber vino —se disculpó
ella. A Alex casi se le
escapó una sonrisa, pero se

contuvo. Ella se ruborizó, no obstante, como Natalia era una excelente interlocutora, comenzó a recordar su último viaje a Nueva York y la situación se distendió. Él le preguntó si había ido a ver la ópera que le había recomendado en aquella ocasión y ella asintió, elogiando el espectáculo como sólo Natalia podía hacerlo.

—¿Conoces Nueva York, Paula? —preguntó Alex mientras clavaba sus ojos en ella.

—Fui hace años, con mi

madre y con mi hermano, antes de que él se casara.

—¿Te gustó mi ciudad? —

La miraba fijamente y, mientras ella intentaba hablarle con calma, él posó los ojos en su boca de manera descarada. Paula empezó a ponerse nerviosa.

—¿A quién podría no gustarle Nueva York? Esa ciudad es bella la mires por donde la mires. Sus paredes exudan poder y glamur, pero lo que más me impactó fueron el orden y la legalidad. Se cumplen a rajatabla los códigos de

ciudadanía; todo está organizado de una manera muy diferente a Buenos Aires.

—Hablás como una turista típica. Vivir ahí es bastante distinto y muy estresante, hay mucha competitividad y, si no tienes una base firme, la ciudad te devora.

—¿No te gusta vivir en Nueva York?

—Me encanta, pero en el campo de los negocios, a veces, resulta agobiante. De todos modos, confieso que no sabría vivir de otra forma.

—Imagino que será como lo describes —intervino Natalia—, creo que tanto Paula como yo sólo hemos tenido la visión del visitante, la que vende.

Por suerte, Paula logró relajarse durante la comida. La conversación fue de un lado a otro e, incluso, llegaron a tocar algunos temas de la empresa que normalmente ella no manejaba, aunque en todo momento intentaron integrarla a la charla y pidieron su opinión. Él se mostraba entusiasmado con

el intercambio y ambos se sorprendieron al darse cuenta de que, en algunos asuntos, sus puntos de vista concordaban. El Alex que estaba frente a ella en nada se parecía al de la noche del viernes; no estaba preparado para la conquista sino distendido, aunque era obvio que Paula ya estaba conquistada y él lo sabía.

—¿Desean tomar algo de postre? —preguntó él con caballerosidad, pero como nadie quería, Natalia y él decidieron pedirse un café. Paula miró la hora y les dijo:

—Creo que me tomaré el café en la oficina, mi descanso del mediodía ha terminado.

—Esperá, Paula. Tomemos el café acá, no te vayas aún que quería comentarte algo, aprovechando que Alex está con nosotras. —Él hizo un gesto de asentimiento con la cabeza—. Él ya está más o menos al tanto y creo que es un muy buen momento para explicártelo a vos; casualmente, hoy cuando llegaste a la junta se lo estaba proponiendo.

—Desde luego. ¿De qué se trata?

—Como sabés, me caso dentro de tres meses. Sin embargo, todavía no te expliqué que también dejo la empresa.

—¡Oh! ¿En serio? — Natalia era una buena jefa y no pudo evitar apenarse.

—Sí. Mi novio recibió una oferta de trabajo en Francia que hacía tiempo que esperaba y cuando nos casemos nos iremos a vivir allá.

—Sin duda, te vamos a echar de menos, más aún

cuando nuestro próximo jefe marque otras pautas de trabajo. Con vos, Natalia, estamos muy a gusto.

—Gracias, Paula.

—¡Guau! La verdad es que ni me lo imaginaba. Realmente me sorprendiste con la noticia.

—Te pido discreción, por favor; aún no quiero decir nada.

—Por supuesto, contá con ello —le aseguró Paula. Alex estaba abstraído de la charla, totalmente al margen de la conversación. «Me encantan tu inocencia y tu

frescura, nena», pensaba él mientras las escuchaba.

—Desde luego, Paula, sé que cuento con tu reserva, pero a lo que quería llegar es que... como me voy y queda una vacante en mi puesto, te propuse como mi sucesora.

—¿Yo? ¡Natalia, no sé qué decir! Esto me agarra por sorpresa, es una responsabilidad muy grande, no sé si puedo estar a tu altura. —Se puso muy nerviosa y empezó a retorcerse los dedos. «Vamos, nena, no me defraudes, no después de

cómo defendiste tus argumentos en la junta.» Alex quería que aceptara el puesto.

—¡No tengo duda alguna de que estás a mi altura! Sos muy capaz y, además, hablás muy bien inglés, lo que te facilitará la vida en los viajes que vas a tener que hacer. Estoy convencida de que sos la persona adecuada para ocupar la gerencia, Paula. —Él, que hasta ese momento las escuchaba en silencio, decidió tomar la palabra:

—Perdón, no querría

entrometerme, pero quiero que sepas que considero que hoy en la junta demostraste que estabas a la altura del puesto. Sé que te atosigué a preguntas, muchas veces innecesarias, pero estaba poniéndote a prueba porque Natalia ya me había comentado su decisión de proponerte; lo siento, sé que no te lo puse fácil y que debo de haber resultado bastante arrogante.

—Muchas gracias por tu sinceridad, Alex. De todas formas, no me hiciste sentir mal en ella. Creo que todas

tus preguntas estaban justificadas. —Le habló casi sin mirarlo a los ojos; sus elogios la habían intimidado.

—De todos modos, debo informarte de que el puesto se someterá a evaluación de la junta directiva. Yo abogaré por ti sin lugar a dudas intercedió Natalia—. Y, considerando el comentario que acaba de hacer Alex, creo que ya tenés otro aliado. —Un profundo rubor invadió el rostro de Paula.

—No saben cómo se lo agradezco. Es una gran

oportunidad y es un honor que valoren así mi trabajo, pero, de todas maneras, y si no te lo tomás a mal, Natalia, me gustaría pensarlo.

—Desde luego, tenés quince días para tomar una decisión. Si no aceptás, tendremos que hablar con mi segunda opción. Alex se va dentro de un mes y necesita saber un nombre antes de partir. No obstante, Paula, realmente me gustaría que lo considerases; es una magnífica ocasión para crecer en tu carrera y estoy

convencida de tus
capacidades.

—Gracias, no me lo
esperaba. Sólo es que soy
muy meticulosa en mis
decisiones, siempre las
pienso y las recapacito.

Pero de pronto se sintió
estúpida: «¡Qué estoy
diciendo! ¿Cómo va a creer
Alex que siempre valoro
bien mis decisiones si me
acosté con él pocas horas
después de haberlo
conocido? ¡Qué
vergüenza!». Se dio cuenta
de que sus mejillas habían
enrojecido, aun así, lo miró

y le aclaró mirándolo a los ojos:

—Los que me conocen saben que siempre pienso las cosas más de lo que debo, es raro que me deje llevar por el momento.

Sabía que él había captado el mensaje.

—Date el tiempo que necesites —le sugirió él en tono tranquilizador.

—Lo haré.

—Bueno, ahora sí podemos volver a la oficina —sugirió Natalia—, pero les pido que me esperen un segundo. Necesito ir al baño.

—Se puso en pie y los dejó solos.

—¿Estás más tranquila?
—preguntó Alex en tono muy dulce y extendió su mano aunque no llegó a tocarla; podía haber alguien de la empresa todavía en el restaurante.

—Un poco, sí. En realidad, esta situación es bastante complicada; hoy cuando entré en la sala de juntas casi me desmayo al verte, seguro que te diste cuenta.

—Sí, pero no creas que para mí fue más fácil. Paula,

quiero decirte que me encantó lo que tuvimos el fin de semana y, cuando te fuiste, me lamenté mucho por no haberte pedido el teléfono. De todas formas, sé dónde vivís, porque Heller te llevó, pero... bueno, esto no es para hablarlo acá, ahí regresa Natalia. Te espero después del trabajo en el hotel. Salís a las cinco, ¿verdad? —Pero ella no pudo contestarle porque Natalia ya había llegado.

Como era de esperar, Alex se hizo cargo de la cuenta y

volvieron a la empresa, donde Paula se pasó toda la tarde trabajando sin descanso. Cuando aún faltaban algunos minutos para que terminara el horario de la oficina, Alex salió de su despacho maletín en mano y, muy formalmente, se puso frente a la mesa de ella.

—Paula, te envié un correo electrónico con algunos documentos que necesitaría para mañana. ¿Podrías revisarlo?

—Sí, por supuesto, ahora mismo me fijo.

—Hasta mañana —sonrió él muy seductor.

—Hasta mañana. —Pero ella no le correspondió con otra sonrisa; cada vez que le hablaba, se quedaba anonadada. Él se fue y Paula intentó recobrar la compostura; miró la hora y aún faltaban veinte minutos para las cinco, así que abrió el correo para ver qué era lo que quería.

De:

<alexanderjosephmasslow@.

Para:

<anapaulabianchi@gmail.cc

Fecha: 20 de noviembre de

2012 16:30

***Asunto:** Faena Universe:
conversación pendiente*

¡Te espero!

Alex M.

Capítulo 5

SUS ojos se quedaron fijos en el mensaje durante largo rato. Lo leyó y releyó mil veces tratando de decidirse; su cuerpo quería salir corriendo hacia allí, pero su cerebro se resistía. No podía entender que Alex la pusiera tan nerviosa. Al final, apagó su ordenador y no le contestó. A la hora de irse, recogió sus bártulos y salió de la oficina. Buscó su

coche en el aparcamiento y se sentó adentro, se abrochó el cinturón de seguridad, sacó las gafas de sol que estaban en la guantera casi como una rutina y luego apoyó la cabeza en el volante, sin saber qué hacer ni adónde ir. «¿Por qué Alex me dijo eso en el restaurante? ¿Qué quiere, para qué quiere que vaya?» No encontraba respuestas a su inquietud; puso el coche en marcha, escuchó a su corazón y salió de allí en dirección al centro: el maldito Alex le gustaba

demasiado como para no presentarse a la cita. Se repetía que lo mejor era hacer frente a la situación, aunque saliera dolida del encuentro. «Pero ¿a quién querés engañar, Paula? ¿Vas preparada para lo que sea? Reconocé que vas allá con la esperanza de que te diga que le gustaría que se conocieran más.» Y aunque lo deseaba con todas sus fuerzas estaba casi segura de que lo que Alex pretendía era dejarle claro que la relación a partir de aquel momento sería la de jefe a empleada y,

mientras lo pensaba, se convenció de que la opción de ir era la más acertada; era necesario poner las cartas sobre la mesa. «Pero entonces, ¿por qué me dijo en el restaurante que se había arrepentido de no pedirme el teléfono? Nadie que quiera poner distancia dice algo así. ¡Ah, basta de imaginar! ¡Quiero llegar y escuchar lo que tenga que decirme de su propia boca!»

Aparcó frente al Faena y esperaba al aparcacoches cuando Heller la sorprendió; se acercó a la ventanilla y le

dijo:

—Señorita, yo me encargo de su auto. El señor Alexander la espera. — Gracias, Heller, es usted muy amable. —Tomó su maletín y el bolso, se quitó las gafas de sol, los guardó en la guantera y bajó.

—No es necesario que se anuncie, señorita. —Le indicó él mientras le sostenía la puerta del coche.

—Perfecto.

Caminó por el gran vestíbulo del Faena directa al ascensor, oprimió el botón de llamada y respiró hondo;

le faltaba el aire y estaba muy nerviosa. Por un momento, consideró volver atrás, pero en ese instante se abrió la puerta invitándola a entrar. Con las piernas trémulas y el corazón exaltado se metió, presionó el piso de la Tower Suite y las puertas se cerraron. Se miró de reojo en el espejo y se alisó la ropa. «¡Dios mío! ¡Qué alterada estoy!», pensó, y sacó del bolso el perfume para rociárselo; se pasó el dedo por el contorno de los ojos corrigiendo el delineado e intentó

tranquilizarse. «Sí, estás bien. Relajate, Paula, respirá hondo, podés hacerlo. Después de todo lo que hiciste con él, no podés sentirte insegura.»

El ascensor llegó al séptimo piso, emitió un pitido y, después de una leve sacudida, se abrieron las puertas. Paula caminó por el pasillo hasta la habitación y dejó su maletín apoyado en el suelo para poder llamar a la puerta, pero cuando estaba a punto de hacerlo ésta se abrió.

—Hola, pasá —la invitó

Alex.

Paula volvió a agacharse para coger el maletín, pero él se adelantó y lo hizo por ella.

—Gracias —le dijo ella y entró vacilante.

—Creí que no vendrías, porque no contestaste el correo. —Cerró la puerta, caminó hasta uno de los sillones y dejó su carga en él.

—Como, al final, me decidí a venir, pensé que no era necesaria una respuesta. Lo siento.

—¿«Te decidiste a venir»?

¿Acaso pensabas no hacerlo? —la interrogó él.

Ella estaba de pie junto a la cabecera de la mesa, con su bolso colgando del hombro y los labios resecos. Antes de que pudiera humedecérselos para contestarle, Alex recorrió los pasos que los separaban, la agarró por la cintura y le estampó un ardiente beso. Tomó su boca por asalto, metió su lengua por todos los resquicios mientras la levantaba del suelo y la apretaba contra su cuerpo. Finalmente, le mordió el

labio y se apartó para volver a dejarla en el suelo; entonces, cogió el bolso y lo dejó caer con la intención de repetir lo que había ocurrido el viernes anterior, pero ella no estaba dispuesta a ponérselo tan fácil.

—¡No, Alex, no! Vine porque me dijiste que íbamos a hablar. —Se escabulló de sus brazos—. Necesito que aclaremos de una vez todo esto.

No había sonado muy convincente. Se echó el pelo hacia atrás, y volvió a agarrarla por la cintura;

estaba con el pantalón del traje que llevaba puesto por la mañana y el primer botón de su camisa estaba desabrochado. Puso cara malhumorada, le clavó los ojos, resopló y le contestó:

—Bien. Si querés hablar, hablemos. —Había apoyado su mano en la silla y repiqueteaba sus dedos en ella con cierto nerviosismo. Paula lo miró en silencio y él apretó la mandíbula—. Por Dios, Paula, si no querés hablar, ¿por qué hacés esto tan difícil?

—Sí quiero hablar —le

contestó poniendo los brazos en jarras. Él se acercó un paso, pero Paula ni siquiera pestañeó. Volvió a moverse con rapidez, la cogió por la coleta y, acercándose a sus labios, le susurró:

—Nena, lo que quiero es follarte, no quiero hablar. Me calentaste durante todo el día moviendo el culo al caminar. —Volvió a besarla, pero ella intentó impedirle la entrada a su boca. Alex le estaba tirando del pelo con firmeza y forcejearon, aunque ese rifirrafe, en vez de enfadarla, la excitó. Aun

así, se resistió e intentó apartarlo con la mano, pero él le retorció el brazo detrás de la espalda; tenía mucha fuerza y había tomado la clara determinación de meterle la lengua en la boca. Al final, Paula se sintió tan excitada que le dio paso y él la besó con la boca tan abierta que le succionaba los labios, se los sorbía por completo. «¡Qué beso más ardiente!», pensó ella y se dejó llevar por el placer que le proporcionaba, entregada a ese hombre que le robaba la voluntad. Alex le soltó el

pelo y la muñeca y se aferró a sus nalgas. Parecían dos niños calientes e inexpertos por la urgencia que sentían. Le levantó la falda para masajearle los glúteos y apretárselos, y después apoyó su erección en la pelvis de Paula para que la notara. Corrió su tanga y metió un dedo en su vagina, se apartó de su boca sin dejar de invadirla con el dedo y le preguntó:

»¿Por qué te vestiste así de sexy esta mañana? Eh, ¿por qué? —Ella no le contestaba y, entonces, Alex hundió el

dedo en su sexo con más fuerza—. Contestame, Paula, ¿por qué? —la interrogaba con desesperación.

—Porque quería verme elegante y presentable —respondió ella sin aliento.

—No, Paula, te sentís poderosa vestida así. ¿Para quién te vestiste así? ¿A quién querías calentar? —Alex le preguntaba mientras lamía su boca y movía su dedo con destreza dentro de la vagina—. Aún no te escucho, nena, contestame. ¿Para quién te arreglaste así?

Quiero una respuesta. La necesito.

—Para mi jefe... porque venía mi jefe y quería impresionarlo susurró ella con la voz entrecortada.

—Pero no sabías que yo era tu jefe —le dijo con una sonrisa irónica o sea que debo entender que no te vestiste así para mí. — Frunció el cejo mientras seguía hurgando en su interior.

—No... no lo sabía, A-l-e-x... —La voz de la joven apenas era audible; estaba tan excitada que contestaba

entre jadeos y Alex preguntaba y movía los dedos dentro de su sexo como una fiera sin control; la tenía agarrada de la nuca y le daba tirones en el pelo.

—¿Entonces? Contestame, Paula, ¿por qué lo hiciste? Me estás volviendo loco, nena.

—No sé... no sé...

—Yo sí lo sé, nena. Querías que tu jefe estuviera así, como yo estuve todo el día.

Le soltó la nuca y tomó su mano para que agarrara su bulto; le hablaba sobre los

labios, parecía haber perdido toda su compostura.

—Tocame, ¿ves, Paula? ¿Ves cómo estuve todo el día, nena?

—Sí, sí. —Se retorció entre sus brazos, estaba tan mojada que sus fluidos le chorreaban por las piernas. Alex la giró e hizo que se apoyara con el pecho sobre la mesa; después se abrió la bragueta.

—¡Mierda! No tengo preservativos aquí.

—Tomo anticonceptivos, Alex, no hay problema. — Estaban demasiado

encendidos como para parar. Además, aunque fuera una imprudencia hacerlo sin protección, ella intuía que él era un hombre sano—. Estoy segura de que los dos estamos sanos.

—Bien, preciosa, bien. — Sacó su pene, lo apoyó en la entrada de su vagina y la penetró. Soltó un gemido abrupto y empezó a embestirla—. Me desencajás, Paula. Estuve todo el día deseándote, todo el día, bonita. Me imaginaba sacándote esa blusa y levantándote la falda.

Cuando entraste en la sala de juntas, después del estupor, empecé a fantasear con que te tenía sobre la mesa, desnuda para mí. Así quería tenerte, sólo para mí.

Él se movía de forma despiadada; su pene le llegaba muy hondo y era tan grande que la llenaba por completo. Descontrolado, tomaba su cuerpo como quería y Paula no podía resistirse. Sentía su sexo caliente dentro de la vagina, rozándole intempestivamente la piel y el contacto con su carne era

maravilloso. Siguió con sus embestidas durante un rato largo; paraba y volvía a empezar, cambiaba el ritmo y otra vez con fuerza.

—Alex, no aguanto más, voy a explotar.

—Sí, nena, dame tu orgasmo —le dijo sin parar de moverse y ella, alucinada, se perdió gritando su nombre. Al escucharla, el yanqui se olvidó de todo su dominio y, con un ronco gemido, la llenó con sus fluidos.

Saciado, dejó caer su torso sobre la espalda de ella y le

acarició las piernas temblorosas mientras le besaba la nuca. Después la levantó entre sus brazos y la dejó recostada en el sofá, donde inmediatamente se desplomó él también. La besó con ternura en el nacimiento de sus senos y se cobijó entre ellos. Mientras intentaban recuperar la compostura, Paula le acariciaba el pelo y, de repente, sintió unas tremendas ganas de llorar. Su cabeza era una maraña de sensaciones, se sentía indefensa, acongojada y sin

poder controlar sus sentimientos. Hacía sólo setenta y dos horas que lo conocía, pero estaba convencida de que no iba a poder quitárselo de la cabeza y eso la angustiaba porque él sólo la tomaba para saciar su deseo y ella, simplemente, se lo permitía.

Alex se levantó para ir al baño y, en ese instante, invadida por una enorme soledad y hecha un desastre, dejó correr algunas lágrimas, que intentó secar en seguida. Pensó en coger todas sus cosas y huir, pero al día

siguiente volvería a encontrárselo en el trabajo. Se bajó la falda y se quedó en el sofá, intentando recomponer sus emociones maltrechas. Muy a su pesar, una parte de ella deseaba con desmesura permanecer a su lado fuera como fuese.

Mientras, en el dormitorio, él se había quedado de pie, apoyado en una de las estanterías. «¿Qué me ocurre con ella? Me resulta irresistible. Es absurdo que no pueda contenerme, ¿qué te está pasando, loco?» Intentó alejar sus

pensamientos y regresó con Paula; se había quitado la camisa, y llevaba puesta una camiseta blanca ajustada, caminaba descalzo y exudaba sensualidad. Se acercó a ella despacio y le quitó los zapatos para ofrecerle un masaje en los pies; se había dado cuenta de que ella tenía las fascias tensas y, en efecto, Paula recibió el gesto con un temblor. Alex se dirigió a la cubitera que estaba sobre la mesa baja, sacó una botella de champán y se la enseñó con un gesto travieso.

—¿Bebemos?

—Por favor —le suplicó ella. Mientras él descorchaba la botella, la joven aprovechó para ir al baño. Al alejarse, intentó zarandearse con movimientos sensuales y Alex, hambriento y receptivo, le guiñó un ojo y no dejó de mirarla hasta que desapareció por el hueco de la escalera. En el baño, decidió quitarse el tanga porque se encontraba incómoda con el que llevaba puesto; estaba empapado. Rehizo su coleta, se retocó

un poco y bajó. Alex la esperaba sentado en el sofá, con una postura muy sugerente. Se acomodó junto a él, cogió la copa de champán entre sus dedos y subió los pies. Él la invitó a acurrucarse a su lado y, con gesto protector, la cobijó bajo su masculino abrazo, mientras le dibujaba pequeños circulitos en la mano, que ella disfrutó en silencio. Paula tenía la boca seca, así que dio un sorbo al champán para refrescársela; él la imitó y le besó el pelo mientras aspiraba su aroma.

Hundió su nariz en el cabello de ella y se nutrió de ese olor que, sin darse cuenta, había extrañado tanto.

—Perdón por el arretrato de recién, preciosa —se disculpó Alex. Paula le contestó con un sonoro beso en el pecho y él tiró ligeramente de su coleta, le levantó el rostro y la besó en la frente—. Paula... Paula... murmuró. Esa mujer estaba socavando su coraza.

Se miraron a los ojos durante un segundo, ella bebió otro sorbo de champán

y dejó la copa en la mesa. Tenía la necesidad de sostenerle el rostro con las manos, le acarició la frente, los pómulos y le delineó la barbilla. Él cerró sus ojos y se entregó una vez más a sus caricias. Ella lo mimaba como si fuera una deidad, pasó los dedos por su boca y Alex se los besó. «Es tan hermoso... —pensó—. Sé con seguridad que voy a salir herida si continúo con esto, pero aunque soy consciente de que esto no va a terminar bien, quiero continuar siendo suya y

sentir que él es mío, sea como sea», pensó y después le pidió:

—Mirame, Alex, por favor... Mirame... —le rogó. Aunque él intentaba hacerse el duro, ella lo desarmaba. Abrió sus ojos para complacerla—. Creo que no puedo continuar con esto. No estoy acostumbrada a una relación así, no suelo tener aventuras pasionales. No sé si voy a poder verte cada día y fingir que no ha pasado nada. Por otra parte, hemos tenido más sexo de lo que hemos hablado y me

cuesta concebirlo. No sé explicar lo que siento, me resulta extraña la forma en que nos relacionamos, yo soy diferente. Quizá para vos sea normal un encuentro de este tipo, pero... para mí, no lo es. Maxi siempre me dice que analizo demasiado las cosas y es posible que tenga razón. Yo... —Las palabras le fallaron.

—Pasé todo el fin de semana pensando en vos, Paula. Desde que se cerró la puerta del ascensor y te fuiste no pude dejar de hacerlo. Pero...

«Por favor, Alex, seguí con lo que me estabas diciendo, no empieces con los peros», rogó ella para sus adentros, aunque sabía que ese «pero» encerraba algo no tan bello.

—Mi vida es complicada, nena, quizá tengas razón y debemos dejarlo todo acá. —Ella cerró los ojos y se arrepintió al instante de lo que le había dicho. Tuvo la sensación de haberlo arruinado todo. Volvió a abrir los ojos—. Preciosa —siguió diciendo Alex—, el problema es que no puedo

dejarlo todo acá como debería. Estuve resistiéndome todo el fin de semana a mis pensamientos, pero hoy, cuando entraste en la oficina, comprendí que no puedo hacer como si no estuvieras. Paula, me seducís como hace tiempo que ninguna mujer lo hacía, sólo con oírte decir mi nombre, me desmontás, pero cuando te digo que mi vida es complicada, es porque lo es. Soy un tipo complicado. Aun así, me encanta darte placer y que me lo des, quiero seguir sintiéndote

temblar entre mis brazos, pero, por ahora, es lo único que puedo ofrecerte.

—Alex... *Ojitos*... yo no quiero un compromiso. Hace sólo algunas horas que te conozco y también me siento muy atraída por vos. De hecho, jamás me había ido a la cama con alguien que acabara de conocer y con vos me permití ese lujo. No anhele una relación con compromisos, pero me gustaría saber que podemos mantener una conversación coherente como la estamos teniendo ahora y que nuestro

trato no sólo se reduce a sacarse las ganas. —Un profundo silencio se apoderó del salón.

—Tenemos un mes para conocernos, ¿no? Además, como vos misma dijiste, nos vamos a relacionar, sí o sí, en la empresa.

«¿Ha dicho verdaderamente lo que creo que ha dicho o escuché mal? No te rías, Paula, no demuestres tus emociones. Sé cauta y fría, por favor. No seas tonta, no te dejes convencer con tanta facilidad. Mierda, pero si me

lo quiero comer a besos... ¿Y por qué no voy a hacerlo?» Necesitaba tomar sus palabras con pinzas, pero cogió nuevamente su cara entre las manos e intentó darle un beso muy casto, moderado, con bajo contenido sexual. «Dios, ¿cómo sigue esto?», pensó después. Alex le sonrió con cara de ángel travieso y ella sucumbió otra vez a sus encantos.

—Alex, no te rías así.

—«Así», ¿cómo? —Y frunció el cejo.

—Sabés cómo te estás

riendo.

—Me río, sólo me río —
Se encogió de hombros.

—Alexander Masslow,
tenés varias sonrisas.
Conozco unas cuantas y ésa,
en particular, me gusta
mucho.

—Entonces, es preciso que
la ponga más en práctica con
vos —le susurró mientras le
besaba el cuello—. Hum, el
de hoy es otro perfume,
¿verdad?

—Sí, es el que uso para ir
a la oficina. Sos muy
observador y eso me gusta.

El móvil de Paula sonó y

ella se levantó para atenderlo.

—Hola, Ariel, ¿cómo estás? —En ese momento, recordó que había olvidado su clase de tenis, miró a Alex y estaba serio, hasta parecía molesto al oír que un hombre la llamaba. «Eso también me gusta», se dijo. Él se puso de pie, tomó su copa y caminó hasta la ventana. Quien le hablaba era su profesor, pero no iba a revelárselo; una pequeña dosis de celos a veces podía servir como un empujoncito apropiado—. Lo siento,

Ariel —prosигuió—, ¿cómo puede olvidar que habíamos quedado para hoy? Lo lamento de verdad.

Mientras hablaba, observaba con disimulo a Alex. Incluso intentó bajar el tono de voz para que se sintiera intrigado. Estaba disfrutando de la situación, sonreía como una boba para hacerle creer que la conversación la divertía, pero sus gestos nada tenían que ver con la charla que estaba teniendo con su profesor, que se limitaba a decirle los horarios que tenía

libres la semana siguiente. «Uy, ahora sí que está cabreado», se regocijó. Alex metió la mano en el bolsillo, se tomó el champán de golpe y apoyó la copa en la mesa con brusquedad. No pensaba disimular su malestar y permaneció de pie tocándose la nariz y el mentón mientras la observaba. «¡Ja! Creo que le picó, sí. Ahora estás enfurecido, ¿no? Dale, *Ojitos*, hacete el duro ahora.»

—Te pido mil disculpas una vez más por el plantón, Ari. ¡Me siento tan apenada!

Tuve un día de locos en la oficina.

«Hum, definitivamente, ojitos ya está subido a la moto, a punto de arrancar.» Paula se rió porque justo cuando pensó en su apodo, Alex entrecerró los ojos como calculando cuál sería su próximo movimiento.

—Bien, Ari, quedamos para el miércoles —se despidió—. Te prometo que voy; no volveré a fallarte.

Guardó su móvil y se acercó hasta su copa, terminó de bebérsela y volvió a calzarse los zapatos

para ir al encuentro de Alex. Tras la comedia que había interpretado, se sentía animada, exultante y atrevida; lo aferró por la cintura y, sin hacer ningún comentario sobre la llamada, le preguntó:

—¿Cómo es que hablás tan bien español? —Él seguía con las manos en los bolsillos, sin tocarla; era evidente que estaba enfurruñado, sus músculos se hallaban en tensión.

—Mi madre es argentina, lo aprendí de ella. El español es mi segundo idioma; en

casa se habla todo el tiempo, por eso tengo tantos modismos incorporados.

—Ah, mirá vos, con razón. ¿De qué parte de Argentina es tu mamá?

—De acá, de Buenos Aires. Ella vivía en San Isidro.

—Mi mamá también se crió en San Isidro, ¡qué casualidad! —Alex asintió, abrió bien los ojos y le ofreció una sonrisa forzada.

—¿Y tu papá? ¿Él es americano?

—Sí. —Estaba contrariado, contestaba lo

justo y necesario y, además, de mala gana. Paula se divertía con la situación.

«Alex, vos pusiste las cartas sobre la mesa y me mostraste tu juego. Bien, ahora es mi turno. Esa llamada me llegó en bandeja. Si realmente estás sólo interesado en tener sexo conmigo, no entiendo tu reacción.» Le hubiera encantado hablarle con esa franqueza, pero no podía hacerlo. «De acuerdo, *Ojitos*, vamos a jugar tu juego. No creas que soy tonta. Tomarás de mí lo que

yo quiera y prometo no angustiarme más —decidió con firmeza. Alex le gustaba y quería seguir intimando con él, pero había decidido vivirlo sin culpa—. Sí, eso es, disfrutaré de este hombre durante el tiempo que pueda.»

—¿Ya te vas?

—¿Querés que me vaya?

—preguntó extrañada.

—Te lo pregunto porque te calzaste los zapatos —le contestó él.

—¡Ah, no! Me los puse para estar más alta; es que me veo bajita a tu lado. —

Ella seguía riéndose pues se había anotado un tanto doble; sin proponérselo, hasta lo de los zapatos le había salido bien.

«No me subestimes, Alex. La vida me ha golpeado mucho; no te hacés a la idea de cuánto. Quizá haya aprendido algunos truquitos. Sólo debo encauzar mis pensamientos y mis emociones y ponerme la coraza de mujer antimacho alfa.» Lo besó y le pasó la lengua por los labios, pero él no los abrió, permaneció inalterable. «¡Ja! Parece que

se enfadó en serio.»
Entonces, la tomó de la barbilla con fuerza y, en tono de advertencia, le habló muy cerca:

—No me gusta compartir, que te quede claro, nena.

—No te preocupes, Alex, a mí tampoco. No tengo esos gustos, no me imagino en una escena *swinger* contigo ni con nadie —le contestó irónica.

Él sacó la mano del bolsillo y la abrazó de forma posesiva, se apoderó de sus labios con urgencia y verdadera vehemencia.

Después la soltó, cogió su móvil y, como si fuera una orden, le dijo: —Pasame tu teléfono, nena. —Ella sonrió y se lo dictó.

—Agregale el 549 porque tu línea es extranjera.

—Tenés razón —asintió él enarcando una ceja; en ese momento sonó el móvil de Paula, pero antes de que pudiera ir a atenderlo él la interrumpió—. Soy yo, ahí te quedó grabado mi número.

—¡Uy, *Ojitos*, qué serio estás! Gracias —se burló.

—No me tomes por

estúpido, Paula —contestó él y fue, claramente, un aviso.

—He, *Ojitos*, no te entiendo.

—¿Quién te llamó?

—Ah, ¿por eso tanta seriedad? ¡Hubieses empezado por ahí! Era mi profesor de tenis; cambiamos una clase de la semana pasada para hoy y me había olvidado. Dejé al pobre de plantón esta tarde.

«¡Toma ya! ¡Chupate ésa! Acabás de quedar como un estúpido, Mr. Masslow.»

—De todas maneras, tu

pregunta es un poco
desconcertante prosiguió
Paula—. Creo que vos y yo
no tenemos derecho a
exigirnos demasiadas cosas,
¿verdad? Al menos, eso es
lo que entendí. Corregime si
me equivoco, Alex, porque
si mal no recuerdo, en
nuestra conversación
anterior quedó claro que
teníamos sólo sexo, ¿no es
así?

Su mirada la traspasaba, la
asustaba, pero ella se plantó
y apelando a su autocontrol,
el mismo del que se valía en
su profesión, permaneció

fría y firme. Era necesario que se decidiera; Alex debía resolver si quería una relación que sólo involucrara el sexo o si, en verdad, pretendía tener ciertos privilegios sobre Paula. Era obvio que si ése era el caso, esos derechos debían ser recíprocos.

—Te estás pasando de lista, pero debo reconocer que tenés razón, fue lo que dije.

—Perfecto —le sonrió triunfante—. Veo que no he perdido mi poder de entendimiento; entonces,

todo aclarado. ¿Me regalás una sonrisa? Quiero esa expresión otra vez, esa que tenías antes de la llamada.

Él seguía mirándola con circunspecta seriedad mientras estudiaba la situación. Paula tenía razón, él no actuaba con cordura. Si no había nada más que una cama que los uniera, ¿por qué sentirse así de celoso por la llamada de otro hombre? Era indiscutible que no estaba siendo coherente con sus propias convicciones. Estaba acostumbrado a tener el

control de todo lo que lo rodeaba y la joven, simplemente, le había puesto su mundo patas arriba. Para intentar retomar la magia del momento, ella le hizo un mohín para que se relajara, le pasó un dedo entre la cintura del pantalón y los calzoncillos, y le regaló una espléndida sonrisa. Poco a poco, él empezó a ceder, esa caricia había sido más que suficiente para que volviera a reírse seductor, con esa mirada tan oscura que la desnudaba; no podía resistirse a los encantos de

Paula. La abrazó y la besó mientras acariciaba su espalda, subió y bajó las manos por su dorso; con suavidad, sus dedos expertos buscaron el nudo de la camisa cruzada y lo desataron; luego, la deslizó por sus brazos, hasta que cayó vaporosa en el suelo.

Paula estaba aferrada a sus bíceps; la piel de Alex quemaba, era de fuego. La aprisionó contra su pecho y ella se apoderó de su cuello, le hundió los dedos en la nuca y le acarició el cabello, a sabiendas de que ese gesto

lo desencajaba; estaba claro que ésa era una de las zonas más erógenas de su cuerpo y no se equivocaba, pues su respiración, de pronto, se tornó agitada y desacompasada. Con resolución, Alex bajó la cremallera de su falda, la acompañó hasta el suelo y quedó deslumbrado al ver que ella estaba sin tanga. Frenético, se aferró a sus nalgas para continuar atacando su boca. Ella tomó el dobladillo de la camiseta con intención de despojarlo de ella y se la quitó;

necesitaba sentir su piel. Paula le pasó las manos por los pectorales y resiguió la línea de vello que desaparecía en la cintura del pantalón; recorrió sus abdominales, que parecían una tabla de lavar, su físico esculpido y, extasiada, disfrutó gustosa de su anatomía. Le encantaba verlo estremecerse con sus caricias; sus ojos se habían puesto de un azul intenso y sus pupilas se clavaban lujuriosas en el cuerpo de ella. Paula estaba desnuda de cintura para abajo, pero muy

pronto Alex le quitó el delicado top y, alucinado, le acarició con suavidad los pechos por encima del encaje blanco del sujetador. Con el dedo corazón, dibujó la areola de los pezones y luego se aferró a sus hombros para posar sus labios en ellos. Depositó húmedos besos en su redondez, deslizó sus manos por los brazos y, cuando llegó a sus manos, se las llevó hasta la boca. Le besó los nudillos y las palmas con ternura; Alex era muy sensual cuando la tocaba y, a

su lado, ella se sentía la mujer más erótica y especial del planeta.

—Vamos al dormitorio, quiero verte desnuda en la cama —le dijo guiñándole un ojo. Ella le sonrió y lo siguió. La llevó hasta la escalera de la mano y, cuando pasó por delante de él, le dio una palmada en la nalga.

—¡*Ojitos*, eso es trampa, de espaldas no puedo defenderme! protestó ella con un mohín.

—Tu culo es irresistible, me provoca y me imagino

haciéndole muchas cosas. — Alex sonrió, se aferró a su cintura y terminaron de subir.

Llegaron a la habitación cogidos de la mano y la guió hasta la cama; se agachó y acarició con sus largos y expertos dedos el tacón rojo del zapato, el pie, la pierna; la besó en toda su longitud, primero una y, luego, la otra; se levantó y le pidió con convicción:

—Paula, no te quites los zapatos.

Jamás le habían pedido algo así y se excitó

sobremanera. Él abrió la cama, se desabrochó la bragueta y se quitó el pantalón. Su erección se hizo evidente bajo el calzoncillo; había crecido de forma considerable. Se sentó en la cama con las piernas abiertas, puso a Paula de pie entre ellas y la atrapó de las caderas para acariciar y besar sus muslos. La tenía desnuda frente a él, tan sólo con el sujetador y los zapatos puestos. Empezó a pasarle la mano por el vientre, a dibujar círculos en su ombligo y, después, se

acercó para imitar el movimiento con la lengua. Esa caricia la estimuló y, en un arrebató apasionado, ella le enterró los dedos en el cabello y se lo arremolinó, pero Alex no pensaba detenerse. Su lengua bajó hasta encontrar el pubis.

—Nena, me encanta que estés toda depilada —le dijo mientras lamía su monte de Venus—. Date la vuelta, quiero que te inclines y te agarres de los tobillos.

Aunque su petición le sonó algo extraña, se dejó llevar, hasta que quedó expuesta y

con el sexo en su cara. Alex deslizó codicioso su dedo en la hendidura y lo enterró en su vagina. Lo metió y sacó varias veces, lo retiró para lamerla y saboreó sus fluidos; ella lo miraba por entre sus piernas. Había liberado su miembro y se acariciaba mientras la chupaba. Para Paula era una escena muy excitante. Él intentó seguir atacándola con la lengua, pero ella ya no podía más y se enderezó para terminar de quitarle la ropa. Él se recostó en la cama gustoso y levantó sus

caderas hasta quedar totalmente desnudo y con su erección a la vista. Entonces ella se desprendió del sostén y Alex le sonrió con malicia, mientras se tocaba el pene de arriba abajo, una y otra vez. «Dios, ¡cómo me excita este hombre!», pensó alborozada de placer. Inclino su cuerpo sobre él y empezó a profanarle el sexo con la boca. Alex gimió maravillado, la cogió por la cabeza y comenzó a acompañar sus embestidas con la mano sugiriéndole el ritmo, a veces más rápido, a

veces más lento. Sus fluidos y la saliva de Paula se confundían en su miembro resbaladizo y jugoso; sabía a miel, a sexo y a deseo. Paula sentía impulsos irrefrenables de tragárselo con la boca, no podía parar, notaba su vagina empapada. Sólo Alex, entregado por completo a su felación, extasiado y desencajado, podía ponerla en ese estado de excitación. De repente, y sin poder contenerse, él emitió un sonido gutural y profundo, y tras moverse dentro de su boca como si lo

estuviera haciendo en su vagina, se dejó ir, y eyaculó en ella. Paula tragó un poco y otro poco dejó que chorreara por la comisura de sus labios; se limpió la barbilla con el antebrazo y, sin demora, se puso a horcajadas encima de él.

—Paula, estás terriblemente sensual. A tu lado me desarmo, nena.

Alex dirigió su pene a la entrada de su vagina y la penetró, se aferró a sus pechos y empezó a moverse. Su miembro no había perdido la erección, la

llenaba hasta lo más hondo. Con los ojos fijos en él, mientras se movía sin parar, Paula se reclinó y lo besó, luego paró y, con un gesto, le pidió que se diera vuelta. Con Paula encima de él, pero de espaldas a él, empujó su erección hacia abajo dirigiéndola a la entrada de su sexo y la invadió. Así podía ver a la perfección cómo entraba y salía, mientras ella no dejaba de moverse, dando fuertes embestidas hacia atrás.

—¿Te gusta así, nena? Estoy muy dentro de ti; no te

imaginás lo bien que veo cómo me meto en vos. Me vas a matar, Paula, me encanta follarte.

Ella se quedó quieta; aunque le daba la espalda, sus palabras la quemaban por dentro. Cambió de posición y se acostó en la cama, quería sentir el peso de su cuerpo sobre ella. Él se arrodilló con rapidez, le abrió las piernas y se enterró en ella mientras le mordía los pezones. Alex se contoneaba con fuerza, estaba enloqueciéndola y Paula notaba que el orgasmo

se construía en su interior.

—Alex, me voy. No aguanto más, me voy a correr. ¡Aleeex! —gritó y no pudo contener su libido.

—Nena, estás hermosa cuando tenés un orgasmo; yo tampoco aguanto más. — Y se dejó ir con un rugido ronco; la penetró tres veces más, mientras bombeaba su eyaculación en su interior.

Arrebujado contra su pecho y aún dentro de ella, la besó sonoramente y se retiró de su vagina. Se quedó tumbado boca abajo, sin energía; ella también estaba

inmóvil pensando que nunca había tenido un orgasmo de esa magnitud en toda su vida. Quería darse la vuelta, abrazarlo y besarle la espalda, pero se contuvo. Él se incorporó un poco y se apoyó sobre su codo para mirarla; entonces ella le acarició el cabello y, sin previo aviso, se levantó. Recogió su ropa interior, se fue hacia el baño, se lavó y refrescó, se puso el sostén y regresó al dormitorio; Alex permanecía recostado en la cama, aún desnudo.

—Me voy, Alex. —Su

actitud lo sorprendió y lo desencajó; no quería que se fuera pero no pensaba rogarle que se quedara. En realidad, ella tampoco deseaba alejarse de él, pero formaba parte de su plan de seducción.

—¿Ya? Podríamos cenar acá —dijo él con cautela y midiendo sus palabras. Sin embargo, Paula se mantuvo en sus trece—. «¿Qué pasa, lindo, no esperabas que me fuera? —pensó traviesa—. Tres a uno, me apunto otro tanto hoy. Simplemente estoy siguiendo tu juego, me

dijiste que sólo querías sexo conmigo; pues bien, si fuéramos amantes, cenaríamos y compartiríamos más que la cama. Y, como eso no entra en esta relación puramente sexual, te voy a dar a probar tu propia medicina.» Sonrió y luego le habló—: Alex, me lo pasé estupendamente hoy, pero estoy cansada, prefiero irme. —Besó su dedo sin dejar de sonreír y se lo apoyó en el labio—. Quiero llegar a casa, quitarme la ropa que paseé por Buenos Aires todo el día, pegarme

un buen y relajante baño y vestirme con ropa interior decente.

—Seguro, puedo entenderlo —contestó él. Quería disimular, pero estaba contrariado, no le gustaba que lo rechazaran.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por tu comprensión. — Alex se levantó de la cama y fue hacia el baño en busca de una bata. Mientras tanto, Paula bajó a cambiarse, cogió el neceser de su bolso y se miró en un espejo de mano para constatar que su

maquillaje estuviese bien. Él apareció en la sala, se sentó en el sofá y empezó a pasarse la mano por el mentón. La seguía con la vista en su vagar por la sala preparándose para irse. Al final, Paula se colgó el bolso.

—¿Lista? —le preguntó desde el sofá.

—Así es —le respondió ella con su mejor sonrisa.

—Podrías haberte quedado a cenar y te ibas un poco más tarde —le dijo en tono de reproche mientras se ponía de pie para acercarse.

—Te agradezco la invitación, pero me siento cansada. Anoche no dormí muy bien; estaba nerviosa porque no sabía qué tipo de persona era mi jefe y no quería fallar en mi trabajo y en mi proyecto —le contó ella echando su cabeza hacia un lado—. Después, llegar a la oficina y encontrarte ahí hizo que se me congelaran todos los músculos y, ahora, estas dos sesiones de sexo loco terminaron de extenuarme. Hoy fue un día muy largo. —Alex le sonrió y la cogió de los hombros.

—Y, ahora, ¿ya sabes qué tipo de persona es tu jefe?

—Paula lo miró espléndida y movió su cabeza en señal de negación y luego le respondió:

—La verdad, y para serte totalmente sincera, no. No se puede conocer a una persona en tan sólo unas pocas horas de trabajo. El primer día mi jefe se comportó de forma muy amable y accesible, pero con la clara intención de estudiarnos a todos. Veremos, con el correr de los días, cuánto aprecia mi trabajo y, lo más importante,

si le satisface. —Se rieron.

—Creí que conocías a tu jefe hasta lo más íntimo.

—¡No! Te equivocás. Conozco su faceta de... ¿cómo llamarlo? —Alex la escuchaba calculando cada una de sus palabras— ¿«compañero ocasional de sexo»? Sí, creo que podría llamarlo así. Es muy bueno, ¿sabés? Así que si te lo encontrás podés avisarle de que puede colgarse una medallita.

—¡Vaya! ¿Así que es muy bueno?

—Vas a reventar la bata si

seguís hinchándote de orgullo —le dijo ella mofándose de su expresión. Alex le acercó la boca y ella le ofreció un beso casto.

—«Compañero ocasional de sexo» —repitió él probando las palabras y se quedó mirándola a los ojos —. ¿Eso es lo que somos? Podrías haber dicho «amantes».

—Alex, los amantes comparten cierta intimidad que va más allá de la cama, ¿no? En realidad, creo que tus palabras me quedaron muy claras. — Puso los ojos

en blanco mientras pensaba cómo seguir—: ¿Cómo fue que dijiste? Ah, sí, que «únicamente podías ofrecerme sexo». Fue así, ¿verdad? —Paula festejó en silencio. «Tomá, Alexander Masslow. Comete tus propias palabras. Te creíste muy hábil y superior y me vas pagar cada una de ellas. Te las pienso recordar hasta la saciedad.»

Él se rió con cinismo y asintió ante ese torrente de palabras y, como si le hubiese leído el pensamiento, le preguntó: —

¿Vas a recordármelo a cada momento?

—Debo hacerlo. Uno debe hacer caso a sus propias convicciones, ¿no te parece?

—Me estás hinchando las pelotas, Paula, lo estás consiguiendo.

«¡Tocado, señor macho alfa! Sí, eso es lo que quiero», se vengó ella en silencio y concluyó:

—Me voy, Alex, no quiero hincharte las pelotas —le contestó muy seria y se zafó de su abrazo mientras recogía su maletín—. Hasta mañana, nos vemos en la

oficina. —Cuando intentó salir, él la tomó del brazo y la nuca con un rápido movimiento y le engulló la boca. La asaltó con la lengua y la soltó.

—Los compañeros ocasionales de sexo también se despiden. Hasta mañana, nos vemos en la oficina.

Paula abrió la puerta y salió de la suite sin volverse, caminó con paso seguro hasta el ascensor y, mientras lo esperaba, reflexionó sobre lo que acababa de pasar. Era obvio que Alex se había quedado bastante cabreado

y, aunque a ella le temblaba todo el cuerpo, había conseguido mostrarse entera. Heller, que la esperaba en la calle con el coche aparcado en la puerta, le entregó las llaves.

—Buenas tardes, Heller. Muchas gracias. —Subió en él y se fue rumbo a su piso.

En la habitación del Faena, Alex se dejó caer en el sofá y se agarró la cabeza entre las manos. «¿Qué te pasa, boludo? ¿La nena te dejó de vuelta y media? Alex, estás perdiendo tus artes», se dijo.

El móvil de Paula sonó

mientras conducía.

—¿Se puede saber dónde te metiste? Desde la reunión no pude coincidir más con vos.

—Hola, Maxi, ¿qué estás haciendo?

—Nada, estoy en casa intentando hablar con vos. ¿No viste todas mis llamadas perdidas?

—Lo siento, estoy al volante y a punto de llegar a casa. ¿Por qué no venís y te cuento?

—¿De dónde venís?

—Del Faena.

—Ah, bueno, eso me

interesa. Ahora entiendo por qué no contestabas el condenado teléfono. De acuerdo, amiguita, en un rato voy para allá.

—Hecho, Maxi, usá tu llave para entrar porque voy a bañarme.

Llegó a su casa, se descalzó y se estiró dos segundos en el sofá del salón, exhausta. De pronto, recordó que no había guardado el teléfono de Alex, así que buscó en su móvil entre las llamadas perdidas y ahí estaba. No pudo resistir la tentación de

enviarle un whatsapp. Él se había quedado picado, pero se lo merecía.

—Hola, Ojitos, ya estoy en casa a punto de entrar a la bañera. La mañana de hoy fue una locura, pero la tarde mejoró mi día visiblemente.

Esperó unos segundos hasta que llegó la contestación:

—Qué pena que no pueda estar ahí para frotarte la espalda. Si te hubieras quedado, lo habría hecho encantado y sin duda hubiese conseguido que tu noche fuera la mejor.

—No lo dudo, *Ojitos*, pero debo resistirme un poco a tus encantos, para que no te creas el más irresistible del mundo —le habló al móvil mientras pensaba en qué contestarle.

—*Ja, ja, ja... suena tentador.*

—*Sin embargo, no te quedaste.*

—*Porque me propusiste cenar, no bañarnos juntos.*

—*¡Ja, ja, ja! Tenés razón, la próxima vez ya sé con qué tentarte para que te quedes y no me rechaces.*

Paula releyó el mensaje ilusionada. ¡Alex pensaba en

una próxima vez! Él no tenía ni idea de lo mucho que le gustaba y menos imaginaba lo mucho que le había costado rechazar la cena, cuando lo único que anhelaba era estar con él y decirle que sí a todo. Hubiera querido escribirle la verdad, pero necesitaba poner freno a sus emociones. Volvió a releer el mensaje y le gustó saber que él se había sentido rechazado.

Escribió:

—Si llega a existir una próxima vez y me lo proponés, tal vez lo piense y

accepte. Después de todo, la ducha que nos dimos la primera vez que estuvimos juntos no estuvo tan mal.

—¿Tan mal? ¿No te pareció del todo bien? A mí me gustó muchísimo.

—Hum, vanidoso. Te gusta que te alimenten el ego, ¿eh? Me refiero a que creo que siempre podés sorprenderme un poco más.

—De acuerdo, pensaré con qué sorprenderte, Paula. ¡Vaya! Creo que el sorprendido soy yo, nena. Tendré que agilizar mi imaginación con vos.

—¿Y eso te gusta?

—Si estuvieras acá, podrías comprobar muy bien cuánto me gusta este tonto por Whatsapp.

—No puedo comprobarlo, pero me lo puedo imaginar. Te aseguro que mi imaginación vuela, ojitos.

—Bueno, entonces imaginá y después me lo contás y lo ponemos en práctica. ¿Qué te parece?

—Muy prometedor.

—Para complacerte siempre, preciosa.

—Chao, Alex, voy a bañarme.

—*Creo que voy a hacer lo mismo. Después de este tonto me quedé duro como una piedra.*

—*O _ O besos.*

—*Besos, preciosa.*

Ese «tonto» por Whatsapp dejó a Paula totalmente ensoñada y abrumada. Empezó a recordar todo lo que habían hecho por la tarde y no podía pensar en otra cosa que en estar más con ese hombre. Su cuerpo y su piel ardían de deseo imaginando sus caricias y sus besos. En toda su vida, nunca la habían

besado tan bien. Alex ocupaba cada una de sus neuronas y eso la asustaba.

Capítulo 6

HABÍA salido de la ducha y tenía el cabello envuelto en una toalla cuando escuchó llegar a Maximiliano.

—¡Pau, ya llegué!

—¡Ya voy, Maxi, todavía estoy en el baño!

Oyó cómo éste elegía algo de música —una canción de La Ley— y, después de ponerse el pijama, fue hacia el salón, lo saludó con un beso en la mejilla y se

sentaron en el sofá.

—Hola, amigo, ¡qué día!

—¡Uf! Estoy seguro de que fue uno de esos en que no podés distinguir la realidad del sueño. Esta mañana, cuando entramos en la sala de juntas y vimos a Alex, creí que ibas a caerte redonda al suelo —soltó una risotada—. ¡Si te hubieras visto la cara! Realmente me asustó tu palidez.

—No faltó mucho para que me desmayara, Maxi. ¿Podés creer qué mala suerte? Te juro que todavía no lo pude asimilar del todo.

—Yo estoy igual. Todavía no me creo que Alex sea nuestro jefe. Pero te aseguro que él también se sorprendió, ¡qué situación tan extraña!

—¡Sí! Durante los primeros minutos, no podía pensar en nada, pero después de que vos lo saludaras y de que él simulara que no nos conocíamos, ahí recién empecé a reaccionar. Pasé por miles de sensaciones en ese momento: rabia, estupor, indignación, miedo. Lo pasé fatal.

El repartidor de pizzas que

Maxi había encargado por el camino tocó el timbre, complementaron el pedido con unas cervezas y se sentaron a comer.

—Contame, Paula, ¿qué te dijo? —le preguntó Maxi intrigado.

—En cuanto nos quedamos solos un segundo, intentó tranquilizarme. ¡Es para no creérselo, Maxi! ¡Me acosté con él y no le pregunté su nombre!

—Es el destino, Pau. Si te hubieras enterado el viernes de quién era, seguro que no te habrías metido en su

cama.

—¡No te quepa la menor duda de eso! Aunque, no sé. Si él me hubiese intentado seducir, te juro que no sé qué habría hecho.

—Por cierto, ¿a qué fuiste al Faena? —Ella cerró los ojos y se tapó la cara—. ¡Mosquita muerta! ¿Te acostaste con él otra vez? —Ella seguía con la cara tapada y sin contestarle, mientras Maxi intentaba sacarle la mano.

»Ana Paula Bianchi, ¿podés comportarte como una adulta y contestarme?

—Ella estaba tan roja como el pimiento de la pizza, pero se descubrió la cara y lo miró.

—Se suponía que íbamos a hablar. Me lo pidió durante la comida en un momento en que nos quedamos solos. Después me mandó un correo, diciéndome que me esperaba y, al salir del trabajo, intenté resistirme, pero cuando me quise dar cuenta iba en dirección al centro.

—¿Te gusta, Paula?

—Mucho, Maxi. Estoy asustada, Alex me tiene

idiota perdida. Volvió a taparse la cara—. Y, encima, me hace el amor como nunca nadie lo hizo antes.

Un profundo silencio se apoderó de la sala. Ella lo espió por entre los dedos y vio que su amigo había dejado de comer y tenía una mueca de preocupación.

—Paula, ¿estás segura de lo que estás haciendo?

Ella se descubrió la cara.

—No, no estoy segura de nada. Sólo estoy segura de que quiero estar con él, como pueda.

—Paula, nena. El sábado

pasado, cuando vine y te encontré llorando, ya me cuentas. No quiero que termines hecha una mierda.

—Me confesó que pensó en mí durante todo el fin de semana y que hoy, cuando me vio en la oficina, se dio cuenta de que no podía hacerse a un lado. No sé si creerle, porque luego me contó que su vida era muy complicada y que lo único que podía ofrecerme era sexo y placer.

—Es un cabrón, amiga mía. Vas a terminar hecha pedazos. Alejate de él,

Paula.

—Creeme si te digo que no puedo. Es cierto que tuve más sexo que charlas con él, pero a veces siento que la seducción es mutua. ¿Sabés? Hoy respondí una llamada de Ariel, mi profesor de tenis, y tendrías que haber visto cómo se puso cuando vio que hablaba con otro hombre. Quizá él también sienta cosas que no puede explicar. Hace muy poco que nos conocemos y, además, empezamos en la cama, o sea que no lo hicimos de forma seria.

—No sé, Paula. Sabés que no soy nada puritano y que, para mí, una relación puede comenzar en la cama o en cualquier lado. Aunque sé que no lo es todo, la piel es una parte muy importante para que una relación entre un hombre y una mujer funcione. Sin embargo, en este caso, bueno... es tu jefe. No sé. Eso no tendría que ser mayor impedimento, porque se gustan y no importa el rango de cada uno. No obstante, en un mes, Alex se irá y una relación a distancia no creo que

funcione. Eso dando por supuesto que lleguen a tener algo más formal, porque él ya te dejó claro que sólo quería sexo con vos.

—Lo sé, Maxi, pero ¿qué hago? ¿Cómo lo evito? Voy a verlo a diario en la oficina y me atrae tanto... Desde que rompí con Gustavo no he salido con nadie que me interesara de verdad. Sólo tuve sexo con Gastón y no me sentí a gusto, vos lo sabés.

—¿Y con Alex te sentiste a gusto?

—Maxi, con Alex me

olvido del mundo.

—¡Paula! ¿En serio?

Ella se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—Supongo que, por más que te diga, ya tomaste una decisión.

—¿Decisión? No, sólo estoy improvisando. Con él a mi lado no puedo pensar y sola tampoco, porque sólo pienso en él.

Maxi se acercó, le besó la frente y no dijo nada más.

—Pero tengo más que contarte y, por favor, sentate bien, porque no me vas a

creer. Hoy, durante la comida, hablamos mucho de trabajo. Alex quiere ponerse al corriente de todo, porque en Nueva York sólo ven números y estadísticas sobre los resultados. Es normal que quiera empaparse de cómo es la gestión desde otra órbita; lo absurdo es que, delante mío, Natalia y él trataron temas de los que normalmente no oigo hablar. ¡Hasta el punto de que, en más de una oportunidad, ambos me pidieron opinión! A la hora de irme, Natalia me pidió que me quedara un

rato más, pues quería contarme algo, aprovechando que Alex estaba ahí.

—¿Y? —Ya estaba intrigado.

—Me explicó que después de su boda va a dejar el puesto —Maxi la escuchaba con atención mientras comía — y me soltó, así como así, que me quería proponer para reemplazarla en la vacante de la gerencia.

Maxi se atragantó, Paula le golpeó la espalda y le pasó la lata de cerveza para que se aclarara la garganta.

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Creés que no estoy a la altura de ese puesto?

—¡No! No es eso, ¿cómo podés pensarlo siquiera? Supongo que aceptaste... — preguntó de inmediato, a sabiendas de que no había dado una respuesta.

—Aún no —dijo ella con timidez, previendo el sermón que se le venía encima.

—Paula, ¿cómo no contestaste? ¿Querés que le den el puesto a otra persona? ¿Sos estúpida? No podés

mostrarte insegura, ¡están dándote el mando de una empresa!

—Es mucha responsabilidad para mí, Maxi.

—Es la oportunidad de tu vida, no seas gallina.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿y si fallo?

—El proyecto que se presentó esta mañana es prácticamente tuyo. Natalia sabe que sos capaz, por eso te propuso y... ¿Alex qué dijo?

—Que estaba seguro, por mi desenvoltura durante la

junta de la mañana, de que mis capacidades estaban a la altura de las circunstancias. Maxi se rió y la sacudió por los hombros.

—Paula, ¿lo ves? Mañana mismo, cuando llegues, te vas a la oficina de Natalia y le decís que querés el puesto. ¿Me escuchaste? Te juro que si no lo hacés, te agarro a bofetadas adelante de todos. ¡¡Cómo podés ser tan cagona!?

—Eso implicaría que tuviera que viajar a menudo a Nueva York.

—¡Zorra! Eso es lo que

más te gusta, sos capaz de aceptar el puesto sólo por eso.

Se carcajearon sin parar, brindaron y bebieron contentos.

Poco después, Maxi se fue y ella se estaba metiendo en la cama cuando su móvil vibró. Era un whatsapp y, al abrirlo, su corazón dio un salto. Era Alex, que le escribía:

—Hola, espero no haberte despertado. Tuve la tentación de darte las buenas noches.

Paula se quedó como una

idiota mirando el móvil.
¡Alex pensaba en ella!
Entonces reaccionó y le
contestó:

—*Buenas noches, no me
despertaste, estaba a punto
de acostarme.*

—*¡Qué bien! Entonces, que
descanses y hasta mañana.*

—*Hasta mañana, que
descanses también.*

¿Cómo iba a poder
dormirse después de ese
mensaje? Paula sentía que se
estaba volviendo loca.
Releyó los mensajes unas
cuantas veces, hasta que
finalmente el sueño se

apoderó de ella.

A la mañana siguiente, el ruido del despertador le taladró la cabeza. Se dio una ducha, se puso un vestido de punto que tenía un drapeado en el busto y resaltaba sus tetas, eligió un collar largo y unos pendientes en forma de aro, se calzó sus tacones *nude* y se miró al espejo. Llevaba el pelo suelto, con algunas ondas. Complacida, pensó entre risas: «Con este vestido sí que se me nota el culo, me queda como un guante. Creo que a Alex le gustará. Ahora, a mover el

culo para él y a mostrarle el escote».

Al llegar al aparcamiento, maldijo de lo lindo al darse cuenta de que había olvidado las llaves del coche en el apartamento. Volvió a subir y, antes de dejar su casa por segunda vez, paró un segundo, cerró los ojos y salió con el pie derecho. «¿Desde cuándo soy supersticiosa?», se preguntó y se encogió de hombros. A partir de ese momento lo sería, si servía para que todas las cosas salieran bien. «¡Ahora sí! ¡A Mindland!

¡A conquistar todo lo conquistable!» Ya en el aparcamiento de la empresa, pudo distinguir por el retrovisor que tras ella entraba el coche de Alex.

—¡Sí! —festejó en voz alta y pensó que el encuentro era muy oportuno—: Quizá lo del pie derecho funciona.

Aparcó, recogió sus cosas, se echó una ojeada en el espejo e intentó darse prisa para coincidir con Alex. Mientras cerraba el coche, podía sentir la mirada de él en su cuerpo. Heller lo había dejado en la entrada del

edificio, pero una llamada por teléfono lo retuvo unos instantes. Llevaba su maletín en la mano y la esperó en la puerta.

Empleando todas sus armas de seducción, Paula caminó contoneándose con los hombros bien erguidos y, como llevaba puestas las gafas de sol, aprovechó para devorarlo con la mirada. «¡Dios! Es una falta de respeto al sexo masculino ser tan lindo», pensó ella.

—¡Buenos días! —la saludó lacónico.

—¡Buenos días! —le

contestó ella. Hubiese querido decirle «Buenos días, *Ojitos*. ¿Cómo dormiste?», mientras le encajaba un besazo en la boca, pero visto y considerando el lugar donde estaban, se conformó con ese frío y deslucido saludo. Él le dio un beso en la mejilla y ella disfrutó de su exquisito perfume. Alex siempre olía muy bien. Su rostro estaba incommovible, sin expresión alguna; era muy bueno escondiendo sus emociones en público, pero Paula supo que le había

hecho una radiografía mientras ella se acercaba.

Llevaba puesto un traje negro de Gucci. Mayra, la recepcionista, los saludó, como cada mañana, con amabilidad. A veces, Paula se quedaba charlando un rato con ella, así que conocía su historia: era madre soltera y, para ella, era una tarea titánica criar a su hija sola.

—Hola, Mayra, buenos días.

—Buenos días, Paula; buenos días, señor Masslow.

—Buenos días —contestó Alex con sequedad.

Ya frente al ascensor, él oprimió el botón de llamada y se abrieron las puertas. Hizo acto seguido un caballeroso ademán para darle paso y ella subió con rapidez. De inmediato, levantó la vista para verlo entrar por el espejo y lo pilló justo cuando le miraba el culo. No pudo menos que sentirse deseada y hasta se le escapó una sonrisa, que intentó contener. Él se dio cuenta de que lo había visto y también reparó en que todos los hombres que subieron se la comían con la

mirada; y eso le causó fastidio. Las puertas se cerraron y ella se quitó las gafas. Los otros dos empleados bajaron en el segundo piso y, ya solos, en la semiintimidad del ascensor, Paula se recostó en el fondo y él se colocó de lado para verla.

—Quiero suponer que, como hoy ya sabías que soy tu jefe, te vestiste así para calentarme a mí —afirmó, mientras le recorría el cuerpo con una mirada lujuriosa que terminó en el escote.

—Creo que tenés un serio problema con mi forma de vestir. —El ascensor dio una sacudida y se paró en el sexto, donde entró más gente.

Ella se enderezó, colgó sus gafas en el escote del vestido y él miró al frente y tomó su maletín del asa. Sus compañeros de viaje bajaron dos pisos más arriba y, en cuanto se cerró la puerta, Alex la sorprendió. Le agarró la mano que tenía libre y se la llevó a su paquete; ella se sobresaltó y dejó escapar un gritito.

—Éste es el problema que tengo con tu ropa —le susurró mientras le hacía tocar su erección. Paula retiró la mano en seguida, porque tenía miedo de que el ascensor se abriera en el siguiente piso y Alex se carcajeó ante su reacción. Luego sonrió con malicia y en silencio, devorándola con la mirada. Cuando llegaron a su destino, bajaron. Él hizo un ademán y le cedió el paso; el muy zorro no quería perderse el espectáculo de verla caminar.

Durante la mañana, Maxi

se acercó a la mesa de su amiga para buscar unas carpetas y, en ese momento, Alex abrió todas las persianas de su oficina. «¡Presumido! Quiere que todos lo veamos en plan de jefe», pensó Paula.

Cuando Maxi pasó por enfrente, inclinó la cabeza a modo de saludo, al que Alex respondió con un pulgar hacia arriba. Se había pasado casi toda la mañana al teléfono. Paula podía verlo a la perfección y tenerlo tan cerca la desconcentraba.

La mañana pasó a toda

velocidad y, en la pausa del mediodía, Maxi se acercó para invitarla a comer. Cuando salían, Alex se quedó observándolos y no intentó disimular su gesto de irritación. De camino al restaurante, el móvil de Paula sonó; era un whatsapp de Alex:

—Creí que podríamos repetir la comida de ayer, pero solos vos y yo. Veo que elegiste otro acompañante...

—Maxi no es mi acompañante, es mi amigo y compañero de trabajo. Si querés, podés unirte a

nosotros.

—Gracias, visto y considerando que encontraste mejor plan que yo, invité a comer a mi secretaria. No te preocupes, seguro que nos vemos en el restaurante.

—Como gustes. Que tengas un buen mediodía con tu secretaria. Estoy segura de que deben de entenderse mucho, lo pasarás muy bien.

—No lo dudes, Paula.

—Sugerencia: probá el bistec en salsa de parmesano y pimienta, una exquisitez.

A Paula la consumían los celos, Alex lo había logrado, aunque en realidad el que estaba corroído era él. ¿Acaso pretendía que dejase de lado a Maxi?

«Idiota, no pienso demostrarte una pizca de mis celos, creo que vos deberías manejar mejor los tuyos, *Ojitos*», pensó. Esperó unos segundos pero Alexander no le contestó, había conseguido ponerla de muy mal humor.

—¿Qué te pasa? — preguntó Maxi al darse cuenta de su enfado.

—Nada, vayamos más rápido, que se nos pasa la hora.

En el restaurante, pidieron y, cuando les traían los platos, entraron Alex y Alison. Él tenía la mano en su cintura y la guiaba entre las mesas, hasta que pasó al lado de ellos.

—¡Buen provecho! — Maxi levantó la vista y, al unísono, él y Paula contestaron:

—Muchas gracias. —Y ella agregó—: *Enjoy too!*

Ambos sonrieron. Paula estaba muy incómoda, Alex

y ella podían verse frente a frente porque se habían sentado a una mesa cercana.

—Estás echando espuma por la boca. Dejá de mostrarte tan afectada, no seas boba —la reprendió Maxi por lo bajini.

—Es que estoy furiosa, mirá cómo se ríen.

—No tenés por qué estar furiosa.

—Te equivocás, quedó con ella para comer porque yo me vine con vos, me lo dijo por Whatsapp. Lo hizo a propósito. Por eso entró con ella de la cintura. —El

joven la miró, mientras engullía un bocado—. ¿Creés que pueden tener alguna historia?

—No lo sé. Intentá ayudarme, por favor. ¿Para qué quiero enemigos, con amigos como vos?

—No te descargues conmigo, Paula.

—Entonces comé y callate la boca.

—¡Uy, qué humor, loca!

Ella no podía tragar de lo rabiosa que estaba, pero no quería que Alex se diera cuenta de cómo se sentía. En ese momento, su amigo la

tomó de la mano y se la besó. Esas muestras de cariño entre ellos eran tan normales que confundían a la gente. Paula levantó los ojos y supo, al instante, que el estadounidense los había visto y estaba cabreado. «Que se joda, ¿acaso él no llegó con su mano enroscada en la cintura de su secretaria? Además, nosotros no tenemos nada, no hay ninguna relación seria que nos permita recriminarnos ninguna acción», intentó serenarse ella.

Odiaba sentirse así, pero no podía evitarlo. Ese sentido de la posesión de Alex la descolocaba. Intentó seguir comiendo tranquila, pero al enterrar la cuchara en su postre, le llegó un texto de Whatsapp. Era de él; lo había visto con el móvil en la mano.

—*Gracias por la sugerencia en el menú. Alison lo consideró un verdadero placer, aunque sé que puedo hacerla disfrutar muchísimo más de otra forma. Ayer me dijiste que tenías imaginación, apuesto a que*

te estás imaginando cómo podría hacerlo. ¿Me equivoco?

—*¡Qué bastardo!* —
maldijo Paula en voz alta.

Maxi la miró y no tardó en preguntar, pero ella le sonrió y entre dientes le dijo que se lo explicaría después. De inmediato, llegó otro mensaje de Alex:

—¡Qué boquita! Aunque, considerando las cosas que sabés hacer con esa boca, no me extraña...

—Sos un grosero, pero tenés razón. Mi boca sabe hacer muchas cosas, entre otras

«mandarte bien a la mierda». Espero que hayas entendido lo que te escribí; si no, avisame y te lo traduzco.

Ella lo miró mientras leía; él levantó la vista y se rió con autosuficiencia.

La hora de comer había terminado, así que Maxi llamó al camarero y pidió la cuenta, pagaron y se fueron. Salieron a la calle y le llegó otro whatsapp de Alex:

—Te espero en el Faena, después del trabajo.

Paula no le contestó y, como Maxi volvió a

preguntarle, le pasó el móvil para que leyera.

—¡Ah, claro! Tenés razón, es un malnacido, pero es indudable que está celoso de mí y quiere provocarte.

—No lo creo. Es un pedante, se cree irresistible y me restriega que puede tener a la mujer que quiera en cualquier momento. Por mí puede irse a la mierda, no estoy para andarme por esos derroteros.

—¿Vas a ir?

—Ni loca, que espere sentado porque se va a cansar. Hasta acá llegó mi

aventura con él.

Maxi la cogió del hombro y se fueron caminando.

Cuando Alex llegó a la oficina, llamó a Alison y estuvieron un buen rato juntos. Paula se carcomía por dentro, pero estaba listo si creía que iba a salir corriendo para encontrarse con él después del trabajo. «Elegió el peor camino, esa táctica que la deje para otra sin orgullo», se repetía convencida.

La tarde pasó volando, había mucho trabajo en la oficina y no tuvo tiempo

para pensar en otras cosas que no fueran formularios, informes, cálculos y porcentajes; además, se acercaba fin de año y estaban comenzando con los balances. Se hizo la hora de salir y ella se marchó. Cuando llegó a su casa tenía un fuerte dolor de cabeza, así que fue a buscar un ibuprofeno y se recostó en el sillón. Al rato, después de una cabezada, la cefalea había desaparecido y su estómago empezó a hacer ruidos. Era tarde, buscó su móvil para ver la hora y vio

que tenía dos llamadas perdidas de Alex. «¡Guau, *Ojitos* estuvo llamando! — pensó—. ¡Ja! Seguro que me intentó localizar porque no fui al Faena. —Se encogió de hombros y se alegró de no haberlo hecho—. Que empiece a darse cuenta de que soy la única persona que tiene poder sobre mis decisiones y que sepa que no voy a salir corriendo cuando a él se le ocurra.»

Capítulo 7

LA semana transcurrió muy rápido. Alex y ella no habían vuelto a dirigirse la palabra tras el plantón del martes. Hablaban lo justo y necesario en el trabajo; se habían terminado los mensajes y tampoco había más llamadas por teléfono ni miradas furtivas en la oficina.

Paula intentaba retomar el ritmo, aunque se le hacía

difícil verlo y no hablarle. Sin embargo, el gesto de Alex era siempre el mismo, sin expresión alguna. Cuando se cruzaban, por más que ella buscaba su mirada nunca la encontraba. Se sentía estúpida y débil. Era cierto que ella había puesto más expectativas de las que debía en sus encuentros.

En los días sucesivos, él le había pedido todos los informes financieros por correo electrónico. Pero aquella mañana, Paula tuvo que llevarle un

memorándum para que lo firmara, puesto que su secretaria había regresado a Nueva York después de la ronda de reuniones. Llamó a su puerta y él le dio paso.

—Permiso, Alexander. —
Él miró hacia la puerta y, al verla entrar y sin prestarle demasiada atención, siguió ensimismado en la pantalla mientras le preguntaba:

—¿Qué necesitas?

—Te dejo esto para que lo firmes cuando tengas un momento.

Ella dejó los papeles sobre su mesa y, al darse media

vuelta para marcharse, Alex la llamó:

—Esperá, Paula.

Su corazón dio un vuelco cuando él la detuvo, se giró con rapidez, pero sus esperanzas se disiparon en seguida. Él tomó el bolígrafo, leyó veloz, firmó y le entregó el informe de inmediato. Paula extendió la mano para recogerlo y lo miró a la cara, pero él ni siquiera levantó la vista del ordenador. «¡Ay, eso sí que me dolió!», pensó Paula. Su corazón se rompió en mil pedazos y salió de su

despacho compungida.
Extrañaba demasiado esos
ojitos pícaros, que
bailoteaban ansiosos por su
cuerpo y que le insinuaban
las cosas que quería hacerle.
Ése fue todo el contacto que
mantuvieron en toda la
semana.

Era viernes y Paula llegó a
la empresa muy temprano.
Entró en la recepción, saludó
a Mayra como cada mañana,
le preguntó por su hija y,
tras un breve intercambio, se
dispuso a esperar el
ascensor. Entró sin reparar
en la gente que había subido

con ella y, cuando empezó a vaciarse en el segundo piso y la mezcla de aromas comenzó a disiparse, reconoció el embriagador perfume de Alex. Hacía días que no coincidían a solas en ningún momento. La última persona que quedaba junto a ellos bajó pocos pisos antes de que ellos llegaran a su planta y, de repente, Alex oprimió el botón de parada. El ascensor se detuvo abruptamente y el corazón de Paula se encogió de golpe. Él se dio la vuelta hacia ella y, como dos

titanes, se sostuvieron la mirada. Paula lo encaró desafiante, no iba a permitir que pisoteara su orgullo otra vez. Para su asombro, él cerró los ojos, inspiró hondo y volvió a presionar el botón para que el ascensor continuara. No se dijeron una sola palabra y la joven sintió una profunda frustración. Alex, por su parte, apretaba los puños y sus nudillos estaban blancos por la presión. «Bah, mejor olvidarlo. Te la follaste un par de veces y estuvo muy bien, pero no vale la pena

seguir adelante. «¿Para qué complicarte?», intentó autoconvencerse. El corazón de Paula palpitaba con fuerza; había sido un momento muy incómodo y la sangre le bombeaba a una velocidad inusitada. Al llegar al piso del departamento de finanzas, bajaron y, como Alex era todo un caballero, le flanqueó la salida y caminó a su lado. Ni delante ni detrás, lo que la frustró más todavía. Mientras se acercaba a su despacho, iba saludando a todos sus

empleados; a ella no le había dedicado ni eso, ni un miserable «buenos días». «Basta, Paula —se recriminó—, no permitas que tus pensamientos tomen ese rumbo sin sentido. Lo de Alex duró lo que canta un gallo. No podías esperar otra cosa, sólo fuiste un buen polvo, nada más que eso.»

A media mañana ella fue por un café con leche y recordó que, a esa hora, Alex siempre se tomaba un café. Como Alison no estaba para llevárselo, lo pensó dos, tres veces y, luego, actuó en

consecuencia. Mientras caminaba, se arrepintió y se maldijo, pero siguió adelante. «¿Paula, por qué sos tan blanda?» Golpeó la puerta tímidamente y Alex, sin saber quién era, le dio paso. Tomó la bandeja con una mano y se las arregló para abrir. Al entrar, él la miró asombrado y Paula le explicó:

—Fui por un café con leche y te traje un café, como Alison no está...

Ladeó la cabeza y él se echó hacia atrás en su sillón, apoyó los codos en el

apoyabrazos y entrelazó sus dedos mientras hacía girar sus pulgares. Era el gesto que Paula menos ansiaba ver: ahí estaba él, todopoderoso. Volvió a maldecirse por haberse rebajado como una verdadera estúpida. «Cuando Maxi se entere, me va a insultar», pensó. Alex la miró durante unos segundos que a Paula le parecieron eternos, de pie, humillada y arrepentida por no haber refrenado su necio impulso. «¿Qué te pasó por la cabeza, boluda? No tengo excusa

para haber reaccionado de esta manera tan estúpida y poco inteligente. ¿Dónde quedó mi orgullo? ¿Será que Alex me lo robó?»

Cuando ya no esperaba ninguna reacción por su parte, él sonrió incrédulo y le hizo una caída de ojos.

—Gracias —le dijo con sinceridad mientras se levantaba para alcanzar su café. Paula soltó el aliento contenido; Alex, sin triunfalismos ni petulancia, había dejado escapar por un momento al hombre caballeroso y considerado

que ella conocía muy bien.

—De nada, que lo disfrutes. Dos de edulcorante, ¿verdad?

—Sí, dos.

Tomó los sobres de la bandeja y se quedó mirándola; sus ojos bailoteaban y puso esa sonrisa que tanto nublaban el pensamiento de Paula. «Maldición, Alex, no me sonrías así», se dijo.

—La tarta de manzana es tuya también —le aclaró ella —, sé que Alison siempre te trae una con el café — concluyó.

Alexander tomó la dulce porción de la bandeja sin dejar de sonreírle y negó con la cabeza sin dar crédito a lo que estaba pasando. Ella parecía haberse fijado en todos los detalles y eso le agradó tanto que se arrepintió de no haberle hablado aquella mañana en el ascensor; su actitud había sido orgullosa y necia y esa mujer, de nuevo, había terminado doblegándolo. Paula hizo un movimiento para retirarse, pero con rapidez él la cogió por el codo.

—Quedate a tomar tu café con leche conmigo —agregó con una voz embriagadora —, ¿quierés?

—Tengo trabajo — contestó ella en un tono muy suave.

Pero Alex le quitó la bandeja de la mano, la apoyó en su mesa y cerró la puerta. Paula sintió que un cosquilleo le recorría el cuerpo; él tomó la silla que estaba frente a su mesa y se la ofreció para que se sentara y se acomodó a su lado. Paula ya había dado un paso yendo hasta ahí, ahora era su

turno, tenía que romper el hielo.

—¿Fuiste a tu clase de tenis?

Ella sonrió al recordar la llamada de Ariel.

—Sí, el miércoles.

Alex bebió otro sorbo de café... y esperó unos segundos.

—Tu profesor es demasiado joven y apuesto y, además, creo que te corrige los golpes innecesariamente para acercarse a vos. —Su mirada era dulce mientras le hablaba—. Por otro lado,

esos pantalones ajustados de color gris que te ponés me parecen muy provocativos.

—¡Alex...!

Ella abrió los ojos como platos y se quedó con la boca abierta. No podía creer lo que él acababa de revelar.

—Lo siento. —Puso cara de arrepentido—. Sé que no debí hacerlo, pero te seguí.

Paula dejó su café con leche sobre la mesa y apoyó su codo en el mobiliario; seguía boquiabierta. No sabía si insultarlo o comérselo a besos. Alex le

hizo un guiño y le sonrió:

—No pude evitarlo. Lo siento —siguió diciéndole—. No soporto que no nos hablemos y... —le costó confesarlo pero al final lo hizo—: te pido disculpas por lo grosero que fui el otro día durante la comida. Me ganaron los celos, Paula. Siento celos de la cercanía que tenés con Maxi —le explicó con tranquilidad.

Ella seguía apoyada en la mesa, escuchando incrédula lo que Alex le contaba; tenía miedo de estar soñando.

—Sos tan desconcertante,

Alex —atinó a decirle sin apartar sus ojos de él—. Maxi es sólo un gran amigo y eso jamás va a cambiar por su parte ni por la mía.

De pronto, sintió la necesidad de justificar la relación que tenía con Maximiliano. También quería decirle que a ella le pasaba lo mismo, que no soportaba el silencio entre los dos, pero se acordó de Alison y dudó. Él se puso de pie, frente a ella, y la cogió de las manos.

—Alison no es sólo mi secretaria... —empezó a

decir Alex e hizo una pausa.

Paula creyó que se iba a desmayar y empezó a faltarle el aire, pero él prosiguió:

—... es la novia de mi hermano. Lo siento, me porté como...

Paula lo interrumpió:

—Como un pelotudo — dijo con determinación y, por si no la había entendido, se lo repitió en su idioma—: *Wanker*.

—Lo sé, tenés razón. — Tiró de sus manos para ponerla en pie y la abrazó, olió el perfume de su cuello

y bajó sus manos por la espalda hasta dejarlas reposadas en la redondez de su trasero.

—Nena, me estás volviendo loco. Hace una semana que te conozco y no puedo apartarte de mis pensamientos.

«Necesito creerte, Alex, porque a mí me pasa lo mismo», hubiera querido gritarle Paula, pero se lo guardó y siguió pensando: «No me hagas más daño, no me mientas». Alex se acercó a sus labios y la besó con un tierno beso que se

transformó en uno muy intenso. Paula se aferró a su cuello y le acarició la nuca, entonces él se separó.

—No me acaricies así, Paula, estamos en la oficina. Mirá cómo me tenés, estoy a punto de explotar —le explicó apoyándole la erección en su pelvis. Ella le sonrió con dulzura y le sostuvo el rostro con las manos, le acarició la frente y le acomodó el pelo. Ella aún no había pronunciado palabra después de su confesión y sus disculpas. Tomó aliento, lo miró a los

ojos y le habló:

—Te extrañé, *Ojitos*. Yo tampoco entiendo lo que me pasa.

No estaba segura de haber hecho bien al decírselo, pero se sintió aliviada. Volvieron a besarse sin lujuria, pero con extremo cariño. Alexander podía ser muy tierno y también muy apasionado.

—Me encantan tus besos, Alex —le hizo saber cuando él liberó sus labios.

—No más que a mí los tuyos. —Apoyó su frente en la de la chica y le preguntó

—: ¿Cómo sigue esto, nena?

Luego se miraron a los ojos y, cuando estaban a punto de contestar a la pregunta, llamaron a la puerta y ella se soltó de inmediato. Pero él no la dejó, volvió a cogerla de la mano y contestó:

—Adelante.

Natalia entró y se quedó de piedra. Paula estaba roja de vergüenza y, a la vez, hinchada de felicidad. Alex, en cambio, parecía divertido con la situación.

—Perdón, creí que estabas solo. Si querés vuelvo en

otro momento se disculpó la recién llegada.

—No, está bien. ¿Qué necesitas? —preguntó él con cierta seriedad.

Alex seguía de la mano de Paula y Natalia hacia un evidente esfuerzo por no mirar ese gesto, pero sus ojos se iban indefectiblemente hacia los dedos enlazados. Entonces Paula los interrumpió:

—Voy a seguir trabajando —dijo intentando soltarse de Alex.

Él le besó los nudillos y, antes de permitirle que se

fuera, le guiñó el ojo.

Salió de la oficina y fue a ver a Maxi para contarle lo ocurrido, pero él no estaba, entonces se metió en el baño. Necesitaba gritar, estaba eufórica porque no podía creer lo que Alex acababa de hacer adelante de su jefa. Y, aunque en un momento de lucidez le entró pavor, se reprendió y se dijo a sí misma que debía disfrutar del momento. Mientras regresaba a su mesa, vio que Natalia salía del despacho de Alex y decidió esperarla.

—¿Podemos hablar? —le preguntó—. Si estás muy ocupada vuelvo en otro momento, no tengo prisa.

—Desde luego, Paula, entremos.

La invitó a que se sentara en el sofá de su amplia oficina.

—Quería hablarte porque ya tomé una decisión con respecto a la propuesta de ocupar tu puesto; he decidido aceptar.

Natalia la abrazó.

—¡Cuánto me alegro! Podés contar con todo mi apoyo, Paula. Sé que no me

harás quedar mal y quiero que sepas que confío plenamente en tus capacidades para sucederme.

—Gracias por esta oportunidad, Natalia. Estoy muy agradecida por la confianza que me demostrás. Ahora habrá que esperar que la junta apruebe mi nombramiento.

—Estoy casi segura de que lo harán. Voy a escribirte una extensa carta de recomendación, te lo aseguro.

—Y respecto a lo que viste recién en la oficina de Alex,

no me gustaría que me juzgaras a la ligera.

—Es tu vida personal y la de Alexander, Paula. A mí no me interesa —dijo de forma tajante.

—Gracias. Aun así, dejame decirte que Alex y yo, por esas casualidades del destino, nos conocíamos de antes por un amigo en común, aunque yo no sabía su apellido.

—Vaya, te confieso que el día que los presenté noté algo raro entre ustedes y me alegro de que mi intuición no haya fallado. Paula,

quedate tranquila. Alex es un caballero, cuando te fuiste de su despacho me explicó lo mismo.

Dispuesta ya a reanudar sus tareas, Paula salió de la oficina de Natalia, pero una llamada al móvil volvió a interrumpirla.

—Hola, Mauricio.

—Hola, amiga, ¿estás ocupada?

—No, decime.

—Te llamo para invitarte a Los Castores. ¿Querés sumarte?

—¿Quién va?

—Los de siempre y,

además, pensaba decirle a Mikel. Así que necesitamos una acompañante para él y se me ocurrió que podrías invitar a María Pía y presentarlos. Sé que también puedo llamarla yo, pero tu poder de convencimiento será mejor. ¿Te acordás de que con Estefanía no funcionó? Ah, sí, y también quería invitar a Alex. ¿Hay algún problema si lo hago?

—No, por supuesto, invítalo.

—Supuse que no tendrías objeción alguna —se rió al otro lado de la línea.

—¡Bobo! En un rato te confirmo si María Pía puede y quiere sumarse; sé que andaba liada con un juicio.

—Entonces espero que me llames. Hablamos más tarde y si ella no pudiera, a ver si se te ocurre alguien.

—Sí, tranquilo, yo me ocupo. Un beso.

—De acuerdo, un beso.

Cortó con Mauricio y le llegó un whatsapp de Alex.

—*¿Almorzamos juntos? ;)*

Mientras lo leía, sonrió estúpidamente.

—*Bueno. =)*

—*Vamos en quince minutos,*

¿te parece?

—Dale, en quince está perfecto. = P

Entonces, tecleó un rápido mensaje para Maximiliano:

—Hola, amigo, me voy a almorzar con Alex. ¿Me perdonás que te deje colgado? = (Estuvimos

hablando, después te cuento.

¿Vas a Los Castores? Hace un rato me llamó Mauricio.

—No te preocupes por mí y disfrutá mucho de tu almuerzo. Me alegro de que hayan hablado, ya no aguantaba más tu cara de amargura. ¡Ja, ja, ja! Sí, voy

con Dani, ¿y vos?

—¡Mal amigo! Depende de lo que quiera hacer Alex. Tengo ganas de pasar el fin de semana con él.

—Claro, entiendo. Besos.

Alex salió del despacho y la pasó a buscar y, en el ascensor, se cogieron de la mano. Salieron así del edificio hacia el restaurante. A Paula le gustaba tanto este nuevo Alex, relajado y al que no le importaban las habladurías, como el hombre misterioso que había conocido días atrás. El contacto de su mano era

fascinante y que todos la vieran de ese modo con él le parecía un sueño.

—Me acaba de llamar Mikel para decirme que su primo nos invita a su casa para pasar el fin de semana.

—Sí, Mauricio también me llamó a mí hace un rato. Los fines de semana en Los Castores son un clásico.

—¿Los Castores? — preguntó Alex.

—Así se llama el barrio privado donde está su casa. Es una zona náutica; la propiedad da a un lago con salida al río, un lugar muy

bonito y tranquilo. ¿Tenés ganas de ir? No está muy lejos, cerca de donde vivía tu madre.

—¿Cuándo nos iríamos?

—Por la tarde, después de terminar en la oficina, sobre las siete. ¿Te parece?

—Me parece bien ir donde me lleves, bonita.

Soltó su mano, se aferró de su hombro y la besó en el pelo. Esa demostración de cariño en plena calle la desarmó y sus palabras, aún más. «Ay, creo que estoy flipando en colores», pensó agitada. Lo miró, le sonrió y

lo cogió por la cintura; caminaban acompasados y con una sonrisa boba en la cara. «Guau, ahora, cuando entremos y nos vean los de la oficina van a empezar los cuchicheos. Pero, ¡bah!, qué me importa. Que digan lo que quieran. Yo lo estoy gozando y no pienso privarme de nada», se convenció Paula.

El Mundano, el restaurante donde comían a diario, era un muy buen lugar, ubicado en el barrio de Palermo Soho. Se sentaron a una mesa retirada, en busca de

un poco de intimidación. Al aparecer abrazados, todas las miradas de los empleados de Mindland se habían posado en ellos. «¡Ja! Seremos la comidilla hasta que este chisme sea desplazado por otro, estoy segura. Hablen nomás, sí, me estoy liando con el *big boss* y no me arrepiento. Además, sé que a más de una le gustaría estar en mi lugar, pero por desgracia llegaron tarde para el reparto. Este hombre está conmigo, ¿quedó claro?», se dijo con orgullo.

El camarero les trajo la

carta y ella pidió pollo con salsa agridulce y patatas cuadradas. Alex optó por un *risotto carnaroli*, con setas y parmesano, además de pedir una botella de Pinot Noir Séptima Noche, cosecha de 2008, que Paula le recomendó alegando que era de la bodega de unos amigos de la familia.

—Es un vino relativamente económico en comparación con los que estás acostumbrado a tomar, pero te aseguro que es muy bueno. Probalo, por favor, creo que puede gustarte.

¿Sabés que en Argentina hay muy buenas cepas? Si luego no es de tu agrado, te podés pedir otro, pero sé sincero —lo picó—. Yo pago éste.

Alex miró al cielo después de su insinuación y respondió:

—Siempre soy sincero, Paula.

Ella le guiñó el ojo, mientras él probaba el vino y daba el visto bueno al camarero para que dejase la botella. Alex se empecinó en que también tomara del caldo que le había recomendado y Paula le

explicó que sólo se permitía un tinto de vez en cuando, pero nunca en horario de trabajo. Sin embargo, accedió a compartirlo y se pidió también un agua con gas.

—Es un linaje muy suave, joven y delicado, con aromas complejos y abundantes. En este país hay muy buenos linajes en vino y el clima de Mendoza, en especial, es idóneo para el cultivo —le explicó ella—. Si lo olfateás, notarás la presencia de minerales de olor ahumado y especiado, y

también un cuerpo fresco — le dijo mientras lo olía—. Si también lo saboreás, y lo dejás un rato en tu boca, también vas a notar que es un vino fresco y elegante.

—Para no beber vino, sonás como toda una experta.

—Algo aprendí en la bodega de mi familia, si no, sería el colmo. Sonrió y siguió contándole—: Mi padre me enseñó cómo catar un vino; él era muy bueno, aunque debo reconocer que mi hermano es mejor. Hay que educar los sentidos,

aprender a memorizar las impresiones percibidas y utilizar un vocabulario que te permita traducirlas en cosas posibles.

Alex la escuchaba con atención, sin soltar su mano, y le replicó:

—La verdad es que yo simplemente lo pruebo y mi paladar me dice si me gusta o no. No sé cómo diferenciar sus sabores, me guío por el instinto. Supongo que es cuestión de aprendizaje.

—Es sencillo, de todas formas creo que tu paladar es perfecto. Tenés claro lo

que te gusta —lo halagó Paula—. A la práctica, es como si tuvieses que explicarle a alguien que nunca probó una naranja qué sabor tiene, qué sensación te produce en la boca, a qué huele. La cata es un ejercicio personal que describís con tu propio lenguaje. —Durante un rato, ella le habló de la bodega de su familia y él se interesó mucho y quiso saber dónde se conseguían esos vinos para probarlos. Paula estaba muy locuaz y de muy buen humor y Alex, por su parte, se sentía

relajado y feliz. La conversación, fresca y deliciosa, pasó de la familia de Paula a la de Alex, que le habló de su casa de campo en las afueras de Nueva York, en un lugar muy selecto de los Hamptons. Le contó que su familia estaba muy unida y que, por suerte para el negocio, todos se llevaban bien. Abstraída y fascinada por el nuevo Alex que estaba descubriendo, Paula se había olvidado de llamar a María Pía.

—¿Qué pasa? —le preguntó él al ver que ella se

tocaba la cabeza y fruncía el cejo.

—Debo conseguirle una acompañante a Mikel —le dijo sonriendo—, casi me olvido.

—Tengo un dato que quizá te ayuda: le fascinan las rubias —le confesó con frescura.

—¡Ah! Entonces creo que María Pía es la persona ideal.

Ambos sonrieron felices y Paula soltó la mano de Alex, que había permanecido aferrada a la suya durante la mayor parte de la comida,

para buscar su teléfono. Él escuchó divertido los argumentos y métodos de persuasión que utilizaba Paula con su amiga, que no era fácil de convencer. Cada tanto, levantaba su mano y se la besaba o la acariciaba con el pulgar mientras ella hablaba. Al final, María Pía cedió y aceptó ir, pero le pidió un informe detallado sobre Mikel, que Paula no dudó en darle. Le describió sus rasgos faciales y el trasero y su caja torácica, con la intención de entusiasmarla para que

aceptase. Después del esfuerzo, María Pía —*Mapi* para los amigos— se había mostrado intrigada por conocerlo, así que quedaron a las seis y media en su casa. Paula cortó con expresión triunfal y reparó en la cara de desagrado que Alex no se molestaba en disimular.

—Vaya, no sabía que habías observado tanto a Mikel —le reprochó él con tono seco, la mandíbula tensa y el cejo fruncido.

—Alex, por favor, Mikel no es mi tipo, pero no soy ciega. Simplemente, resalté

todo lo que podía interesarle a Mapi.

La miró con mala cara, torció la cabeza hacia un lado y, al final, le sonrió.

—Me parece que, de ahora en adelante, tendré que estar atento a cuánto lo mirás.

—Bobo —le soltó ella y le besó la mano—. La hora de mi almuerzo ha terminado. ¿Volvemos?

—No te preocupes por la hora, estás con el jefe —contestó él con picardía.

—No quiero abusar de mi jefe. Además, no está bien que me tome ciertos

privilegios por estar con él.

—Pero yo sí quiero que abuses de mí, es más, deseo que te aproveches todo lo que puedas de tu jefe —le susurró para darle a entender sus oscuras intenciones y le preguntó—: ¿Café o postre?

—Postre, estoy muy golosa últimamente.

—Hum, golosa, ¿qué querés comer?

En voz baja, pero empleando toda su seducción, Paula le respondió: —Creo que podría pedir una barra de *cheesecake* de Capuchino

con remolinos de chocolate, pero ahora que lo pienso mejor quiero... —Hizo una pausa—. Te quiero a vos, enterito. ¿Te parece que me podés consentir? —lo provocó.

Sus ojos comenzaron a bailotear y su sonrisa se volvió oscura y lujuriosa. Sin perder un segundo, Alex llamó al camarero, pagó la cuenta y se puso en pie, tomándola de la mano. Cuando salieron a la calle, la abrazó y le dijo al oído:

—Andá pensando en lo que te apetece, porque vas a

tener que pedírmelo si
querés que te consienta. —
Le besó el lóbulo de la oreja
y ella se desarmó; entonces,
él sacó su móvil y llamó a
Heller—. No vengas a
buscarme. —Cuando
llegaron al aparcamiento, le
indicó—: Buscá tu auto, que
yo subo a recoger tus cosas
y las mías. Esperame acá.

Parada frente a la entrada
del edificio y
considerablemente nerviosa,
Paula hacía tamborilear sus
dedos sobre el volante. Alex
no tardó en volver, abrió la
puerta trasera, tiró los dos

maletines en el asiento y se subió al coche; pero, antes de arrancar, ella le preguntó:

—¿Quieres conducir?

—No hay problema, nena, mi hombría pasa por otro lado.

—No me cabe la menor duda —asintió ella con una mirada deshonestas.

Esperó a que se abrochara el cinturón de seguridad, metió primera y arrancó. Al frenar en un semáforo, ella se giró para buscar su iPod en el bolso y conectarlo al sistema de sonido. Los primeros acordes de *Sabes*,

de Reik, invadieron la atmósfera del coche y los dos sonrieron. Entonces Alex la sorprendió con su voz seductora:

—Canturreala, Paula, como en la limusina.

Lo último que esperaba ella era que le pidiera algo así. La letra de esa canción reflejaba sus sentimientos a la perfección y quería creer que para él significaba lo mismo. La tararearon juntos y, luego, Alex apoyó su mano en su hombro para acariciárselo y, sin demora, bajó sus dedos hasta la

pierna.

¿Sabes? Te quiero confesar que te encuentro irresistible. No dejo de pensar que haría lo imposible por quedarme cerca de ti.

Cuando llegaste tú, te metiste en mi ser, encendiste la luz, me llenaste de fe.

Tanto tiempo busqué, pero al fin te encontré tan perfecta como te imaginé.

Paula se aferró al volante con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos y se le hizo un nudo en la garganta. Embargada por

una gran emoción, su corazón era una bomba a punto de estallar y su carótida latía descontrolada.

—Tranquila, nena —la tranquilizó Alex mientras le masajeaba el cuello para que se relajara.

—¿A mi casa o al Faena?

—Donde quieras.

—Al hotel, así recogés tus cosas.

—Perfecto.

Llegaron al Faena, donde los esperaba Heller. Aparcaron y Paula le entregó las llaves del coche. Alex bajó con los maletines

y se dirigieron de la mano hacia los ascensores. Mientras subían, se dieron un beso que los dejó temblando. Alex la aprisionó contra la pared atrapando su cuerpo con tanta intensidad que ambos tuvieron la sensación de que lo que pasaría en la habitación iría demasiado rápido.

Ya en la Tower Suite, ella soltó su bolso y él dejó los maletines en el sofá. A continuación, se quitó la corbata a tirones, desabrochó el primer botón de su camisa y se despojó de

la americana. Paula, atenta junto al sofá, seguía sus movimientos.

—Vení acá —le pidió Alex y, cuando la tuvo a tiro, le habló muy cerca de los labios—: ¿Recordás lo que me dijiste en el restaurante?

—Sí —afirmó ella—, dije que te quería enterito y te pregunté si podías consentirme.

Se rió maliciosa y él la besó muy tiernamente mientras le retiraba el pelo de la cara. Acto seguido, Alex dio un paso atrás y

abrió sus brazos de par en par.

—Aquí estoy, soy todo tuyo, para que hagas lo que quieras conmigo.

—¿Lo que quiera? —preguntó ella.

—Lo que quieras —confirmó él y pensó: «No voy a resistirme más al desequilibrio que me provocás, nena. Me tenés hecho un idiota».

Ella se llevó un dedo a la boca mientras pensaba qué hacer con él. Lo tomó de la mano y lo llevó hacia la escalera.

—¿A la cama? —
preguntó, pero Paula se dio
la vuelta y lo hizo callar
poniendo un dedo sobre sus
labios.

—¡Chis, guío yo!

Alexander sonrió y le dio
una palmada en la nalga.
Subieron la escalera hasta el
piso donde estaba el baño y
ella se detuvo y lo dejó de
pie en la entrada.

—Vas a hacer sólo lo que
yo quiera —lo provocó con
una voz oscura y sensual.
Por un momento, Alex creyó
que no podría dejarla hacer,
porque ansiaba con

desesperación apoderarse de su cuerpo, pero cerró sus ojos y apeló a su autocontrol; quería experimentar todo lo que a ella pudiera hacerla feliz.

De manera muy audaz y dejando escapar a la *femme fatale* que estaba escondida en su interior, lo tomó de la barbilla y le dio un beso profundo y caliente. Su pene se hinchó de inmediato y ella, como una chica mala, se retiró de su lado pasando levemente la mano por su bragueta. Después, caminó con sensualidad hasta el

jacuzzi bajo su atenta y exaltada mirada. Ella se inclinó despacio para poner el tapón y le ofreció una vista panorámica de su trasero, por debajo de la seductora falda de color blanco que llevaba. Abrió los grifos, se estiró para tomar el frasco de sales y lo echó en el agua. Todavía de espaldas a él y con una gracia increíble, comenzó a bajarse la cremallera de la falda, se giró para poder verlo y le sonrió con erotismo. Él unió la punta de sus dedos y los besó para

indicar que había sido un espectáculo exquisito. Paula no se quitó la falda, sólo la desabrochó, y prosiguió con su tarea de seducción. Frente a Alex, comenzó a soltar los botones de su blusa de abajo arriba, pero se detuvo justo a la altura del sostén. Deslizó sus manos hacia su abdomen, levantó la cabeza y la echó hacia atrás mientras se mordía el labio inferior. Él disfrutaba sin medida de su sensualidad, cada vez estaba más excitado. Ella se sentía ardiente y volvió a posar sus

manos en los botones de su blusa. Con una mueca le preguntó si seguía con la tarea y él, tras levantar una ceja, unió sus manos a modo de súplica, pero no la convenció. Le hizo un mohín, pero ella se giró sin compasión.

El agua caía a borbotones y el momento era embriagador. Sólo imaginar lo que iba a ocurrir después potenciaba todos sus sentidos. Paula se sentía todopoderosa y sugerente, tenía la vagina húmeda y decidió terminar de

desabrocharse la blusa. La deslizó hacia atrás y dejó al descubierto primero uno de sus hombros, y luego el otro; la sostuvo a la altura de los codos y volvió la cabeza para ver la expresión de Alex. Estaba pasmado, su mirada era azul noche. La joven comenzó a tejer imágenes en su mente para complacer todas sus fantasías; quería enloquecer a su amante americano. Éste intentó caminar hacia ella, pero Paula le indicó que no con la cabeza y chasqueó la lengua. Alex sonrió y negó

incrédulo, pero continuó de pie en su lugar. Ella dejó caer la prenda al suelo, llevó sus manos a la espalda y se desabrochó el sujetador. Con el torso totalmente desnudo, volcó su cabello hacia adelante para que Alex pudiera observar la tersura de su espalda. Después deslizó la falda por sus caderas, empujándola con los pulgares, y dejó al descubierto el tanga. Se quitó la falda levantando un pie y luego el otro y, para provocarlo un poco más, separó sus piernas con

sensualidad. Aún llevaba puestos unos zapatos de tacón verde y, temeraria, se inclinó hacia adelante sin flexionar las rodillas, con el firme propósito de tocar el agua con la mano y ofrecerle una panorámica completa de su vagina, tan sólo cubierta por la diminuta prenda interior que llevaba puesta. Alex resopló excitado y, entonces, ella se cubrió los pechos con uno de sus brazos y se dio la vuelta.

—Tu turno —le dijo—; quiero ver cómo te desvestís.

Alexander le guiñó un ojo

y comenzó con la tarea. Se quitó primero los zapatos y los calcetines y, luego, con presteza, desabrochó el primer botón del pantalón y la miró. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Paula mientras desabotonaba su camisa. Al quedarse con el torso desnudo frente a ella, se acarició el pecho con las manos y la bonaerense deseó ser ella quien lo acariciara. Estaba a punto de despojarse del pantalón cuando ella le indicó que se acercara con el dedo. Él caminó despacio a su encuentro y, en ese

preciso instante, Paula se dio la vuelta para cerrar el grifo. Alex se aferró a su cintura con desesperación y le hundió la nariz en el cuello, para aspirarla íntegramente: lo había enloquecido y no podía contenerse más. Hizo reptar las manos por su vientre y ella sintió cómo quemaba, sus dedos eran fuego en su piel. La aprisionó con fuerza contra su cuerpo y apoyó su erección contra sus nalgas. Paula se giró y apoyó sus senos en la masculinidad de su pecho, lo abrazó y se

aferró a su nuca
entrelazando los dedos en su
pelo. Hizo un amago de
besarlo pero se contuvo, y
Alex se mordió el labio. Él
no podía más, se veía en sus
ojos, que la miraron
intensamente y le
explicaron, en silencio y a
modo de advertencia, todas
las cosas obscenas que le
apetecía hacerle. Ella
decidió entonces no dilatar
más el contacto y se lanzó a
devorar sus labios, lo tomó
con fuerza por la nuca y
enredaron sus lenguas en un
beso desesperado y turbio,

descontrolado.

En un momento de cordura, Paula entendió que debía poner un freno al ritmo vertiginoso, porque si seguían así, no iban ni a entrar en el agua. Alex la aprisionaba y casi le quitaba la respiración con su abrazo; ella lo apartó para tomar aire y él permaneció expectante.

—Despacio, Alex, despacio, *Ojitos* —le pidió entre jadeos.

—Es difícil, preciosa.

—Lo sé, pero quiero disfrutarte más... mucho más.

—Me volviste loco mientras te desnudabas.

—Era la idea —reconoció con una sonrisa pícaro. Luego le pasó un dedo por la cintura, entre la piel y el elástico del calzoncillo, terminó de desabotonar su bragueta y metió la mano para palpar su erección por encima de la tela de su ropa interior. Paula se humedeció los labios con la lengua mientras lo hacía y Alex tiró la cabeza hacia atrás mientras se escapaba un gemido de su boca. Su mano continuaba palpándolo con

afán y Paula comprendió, en ese momento, que ella también estaba ansiosa.

Sin más demoras, se sentó en el borde del jacuzzi y se quitó los zapatos, se puso de pie y deslizó el tanga por sus muslos para quedarse totalmente desnuda frente a Alex. Metió los pies dentro del agua, hizo un nudo con su pelo y sumergió todo su cuerpo. Mientras tanto, él terminó de quitarse los pantalones y la ropa interior sin dejar de mirarla y se metió en el agua con ella. Entrelazaron sus piernas y

brazos y ella, ardorosa, deslizó su trasero para quedar más cerca de él, hasta que pudo sentir su duro y caliente pene contra su pelvis. Se acariciaron con las manos jabonosas, mientras se dedicaban miradas llenas de placer oculto. Envalentonada, bajó una mano y la sumergió en el agua hasta atrapar con ella su tieso miembro, lo retuvo en su mano y lo acarició de arriba abajo, hasta que presagió que si no paraba él se iba a correr en ese mismo instante. Entregado a sus

manos, la cara del estadounidense era un poema, estaba perdido en el momento, con la boca entreabierta y los ojos extraviados. Paula lo había dejado al límite y a punto de perder el control. Entonces se levantó del agua y se colocó con las piernas abiertas y ligeramente flexionadas para ofrecerle su vagina.

—Dale, chupame.

Él se acomodó en el jacuzzi, tiró su cabeza hacia atrás y se situó entre sus piernas, listo para hacer lo

que ella le exigía. Sediento de probarla, sacó su lengua y se la pasó por toda la hendidura; con sus dedos, abrió los labios de su vagina y rodeó su clítoris, lamiéndolo deliciosamente; se lo mordió hasta torturarlo y hundió dos dedos en su sexo, que entró y sacó varias veces. Los movía con pericia, en busca de ese punto exacto con que le proporcionaría más placer todavía. Cuando lo encontró, el cuerpo de Paula comenzó a temblar y él paró. Ella volvió a sentarse en el agua

y rodeó sus caderas con las piernas. Él la envolvió con un brazo y, con la otra mano, tomó su rostro para apoderarse de sus labios con frenesí.

—Paula, me abruma lo fabuloso que me siento a tu lado.

Ella necesitaba que sus palabras fueran ciertas; anhelaba decirle que se sentía igual, pero la naturaleza de lo que le había tocado vivir en el pasado hacía que moderara sus expresiones; le costaba dejarse llevar por sus

sentimientos.

Ambos estaban exaltados y Paula lo besó con pasión, olvidando que era ella quien tenía el control de la situación. Las manos de Alex se paseaban por su cuerpo, le acariciaban los pechos, se los apretaban y sus dedos le pellizcaban los pezones, mientras sus besos le tapaban la boca. Ella tomó aliento para hablarle:

—Alex, si pudiera te besaría hasta la voz.

Dicho eso, colocó su vagina sobre su pene y él la sostuvo de las nalgas y la

penetró. La profundidad de su intrusión fue tal que se quedaron quietos un instante para disfrutarla.

—¿Te gusta, nena?

—Me encanta.

Paula empezó a contonearse y él también comenzó con un vaivén de su pelvis, de adentro hacia afuera. Ella, aferrada a su cuello, se meneaba despacio, permitiendo que su vagina sintiera el largo recorrido de su miembro. El frenesí iba en aumento y ellos cambiaban el ritmo para retrasar más el orgasmo,

pero al final ella sintió que las cosquillas del placer amenazaban con invadirla por completo; su ser la abandonaba y decidió entregarse al éxtasis sin dilación.

—Alex, me voy, Alex.

Él tenía la cara hundida entre sus senos, pero al oírla, levantó la vista para mirarla. Le encantaba observarla en ese instante en que sus sentidos desaparecían. Entonces, comenzó a atacar su sexo con potentes embestidas y ella salió a su encuentro con fuertes

movimientos ascendentes y descendentes; sus pelvis se estrellaban furiosas a cada encuentro y el agua formaba una espiral alrededor de sus cuerpos. Cada arremetida aumentaba la pasión; se contorsionaban cada vez con más intensidad, incontrollables. Paula, erguida sobre su sexo, notó que el placer se apoderaba de sus entrañas y que se elevaba hacia un sitio donde nunca había planeado llegar; y se dejó ir de nuevo. Alex, atento al nuevo orgasmo de ella, percibió las

contracciones de la vagina en su pene y se sintió más viril que nunca. Él era el causante de su arrobamiento. Paula, fuera de sí, le clavaba las uñas en la espalda y chillaba su nombre sin parar. Sin poder detener por más tiempo el desgobierno que esa mujer le producía, Alex se entregó al placer, vació su semen y gritó apretando los dientes; le oprimió las nalgas con fuerza mientras eyaculaba y sació todos sus deseos de manera desesperada y primitiva.

Con su pene aún dentro, se

deslizó hacia atrás hasta dar con el borde del jacuzzi, y se recostó; estaba exhausto. La joven se quedó acunada en su pecho y hundida en el lugar que le daba el sostén perfecto para recuperar sus fuerzas. Despacio, levantó la cabeza para mirarlo y, entonces, él abrió los ojos para decirle:

—Nena, vas a matarme un día de éstos. Vas a hacer que mi corazón explote.

Ella necesitaba hacerle saber que había sido colossal.

—Lo disfruté mucho, Alex —atinó a decir. Y es que sus

palabras se negaban a mostrar lo que había sentido en realidad; sabía que todo cuanto compartían tendría un final. Peinó su cabello hacia atrás, despejó su rostro y acunó la cara de su amante con ambas manos, después lo besó con mucha ternura. Aún estaban demasiado agitados.

—Fuiste exquisitamente sensual, Paula. Me encantó todo lo que me hiciste sentir. —*Ojitos*, vos hacés que me sienta libre y que me exprese con el cuerpo como nunca antes lo había hecho. —

Volvieron a besarse; no habían tenido suficiente.

Capítulo 8

ALEX había elegido vestirse de manera informal, con un vaquero desgastado, que le quedaba muy ajustado y le hacía un trasero perfecto, una camiseta blanca ceñida, que le marcaba sus trabajados bíceps, y calzado deportivo; además, acababa de perfumarse con Clive Christian N.º 1. «Está para comérselo, creo que me volví adicta a este hombre»,

pensó Paula mientras se arreglaba frente al espejo del vestidor.

A su lado, Alex abrió la caja fuerte de la habitación del hotel y guardó su reloj Vacheron Constantin para cambiarlo por un Hublot King Power F1™ Austin; y es que él era exclusivo por dentro y por fuera. Luego preparó una bolsa de mano con algunas mudas para pasar el fin de semana en Los Castores, bajo la atenta mirada de Paula, que no podía dejar de admirar ese cuerpo que tanto la colmaba

de placer; se había vuelto una droga para ella.

Por su parte, él también se sentía hechizado y, cada vez que pasaba por su lado, le depositaba besos en su cuello, en la mejilla o en el pelo. Llamó a Mikel para decirle que lo esperaban en el hall del hotel y le contó el plan. Un rato después, estaban los tres en la calle, listos para partir. Heller custodiaba el coche de Paula frente a la entrada del Faena.

—Alex, ¿quierés conducir vos? —insistió ésta, y esta vez él aceptó.

Partieron hacia el apartamento de ella; entusiasmada con la perspectiva del fin de semana, tuvo que contestar a las preguntas que Mikel le hizo en el camino; parecía bastante intrigado después de la descripción detallada de Mapi.

El apartamento de Paula estaba situado en el barrio del Bajo Belgrano. Era la primera vez que Alex iba a su casa y ella se sentía nerviosa y llena de expectativas; quería que se sintiera cómodo y que el

lugar le gustara. Era consciente de que no vivía con grandes lujos, pero aunque su casa era un tanto austera también tenía un diseño interior muy vanguardista. La sala de estar y el comedor formaban un ambiente integrado, y tanto la tapicería como el pesado cortinaje estaban decorados con tonos pasteles muy claros, por lo que todo armonizaba a la perfección. El espacio presentaba un aspecto impecable y los estilosos muebles combinaban clasicismo y

modernidad. Las obras de arte, que había adquirido en una galería de San Telmo a muy buen precio, eran de un artista nacional y embellecían sus paredes de forma notable. La cocina estaba separada del resto del apartamento por un pequeño comedor con taburetes altos tapizados en marrón.

Alex se asomó a la puerta del dormitorio y la de su pequeño estudio para terminar de examinar el lugar. Mikel elogió el apartamento y se acomodó en el sofá frente al ventanal,

mientras leía los títulos de los libros que estaban sobre la mesa baja. Alexander la abrazó por el hombro y le besó el pelo antes de darle su parecer:

—Me gusta mucho tu apartamento, parece muy cómodo y funcional. Es como lo imaginaba, con tu toque personal en cada rincón —confesó y le guiñó un ojo. Paula se sintió feliz y ofició de anfitriona:

—¿Quieren tomar algo? ¿Cerveza, zumo, un refresco? Sírvanse lo que deseen del refrigerador

mientras me cambio y me preparo la ropa para llevar —se excusó y antes de entrar en su dormitorio, añadió—: Alex el iPod está en mi bolso, por si querés poner música.

—No te preocupes, nosotros nos arreglamos.

Los dejó en la sala y fue a cambiarse. Decidió ponerse unos vaqueros cortos, una camiseta fina cruzada muy ceñida que resaltaba enormemente su busto y unas sandalias de corcho con plataformas. Cogió una bolsa Louis Vuitton en la

que metió la ropa y sus objetos de aseo personal para el fin de semana y volvió a la sala en seguida. Alex recorrió sus piernas con los ojos mientras tomaba un sorbo de Coronita. Ella deambulaba por el espacio, consciente de su mirada, mientras sonaba *Big girls don't cry*, de Fergie.

—Ya casi estoy lista.

—Tranquila, preciosa, estamos muy cómodos —le dijo Alex con una sonrisa, que ella devolvió con una sonrisa y un beso al aire.

Sonó el portero automático; María Pía acababa de llegar. Paula guiñó el ojo a Mikel.

Su amiga no tardó en subir y se abrazaron efusivamente pues hacía un par de semanas que no se veían; luego se la presentó a Alex y Mikel.

María Pía era una abogada muy prestigiosa de uno de los despachos más importantes de Buenos Aires. Su discurso era muy rico y, además hablaba inglés a la perfección, por lo que ella y Mikel no tardaron en relacionarse. Las miradas

que intercambiaron desde el principio fueron prometedoras. Durante un rato, conversaron entre los cuatro para que las cosas empezaran a fluir entre ellos y luego Paula se disculpó; quería terminar de arreglarse. Alex le preguntó dónde quedaba el baño y Paula lo acompañó al que estaba al lado de su dormitorio.

—¿No tenías otra cosa que ponerte? —le preguntó mientras tironeaba de sus pantalones cortos.

Ella se rió sin estar segura

de si lo decía en serio o estaba bromeando. No recordaba que Gustavo alguna vez le hubiera cuestionado su vestimenta.

—¿Qué tienen mis pantalones? Vamos a una casa de fin de semana; es una buena ocasión para vestirse informal.

—Son muy cortos — respondió él mientras la aferraba por la cintura.

—Pero ¿te gusta cómo me quedan o no?

—Ése es el problema: te quedan demasiado bien y las miradas de todos se

centrarán en tu enorme trasero —respondió mientras le daba una palmada.

Ella bajó sus manos hasta las nalgas de Alex y se las apretó.

—Estos vaqueros te quedan muy ajustados y también te hacen un trasero perfecto; te aseguro que vas a calentar a más de una y, sin embargo, no te dije nada —replicó entre carcajadas.

—Sos imposible —se rió él—. Por cierto, tu cama parece muy cómoda, ¿cuándo podremos probarla?

—Qué pena —se lamentó

la joven—, si ellos no estuviesen en la sala podríamos hacerlo ahora.

—No me tientes, Paula, porque trabo la puerta y mando todo al demonio.

—Me encantará tenerte en mi cama. Cuando gustes estás invitado.

Se besaron, Alex fue al baño y ella recogió sus cosas y las llevó para la sala.

Todo estaba listo. María Pía metió su coche en el aparcamiento y se montaron los cuatro en el de Paula para partir hacia Los Castores. El viaje fue muy

placentero, charlaron mucho y se rieron aún más. A pesar del denso tráfico en la autopista Panamericana, Paula estaba de muy buen humor, Alex había puesto música y sonaba David Guetta al compás de *Gettin' over you*. Después saltó al *Gangnam style*, pero cuando llegaron a la salida del peaje que indicaba el desvío para Bancalari-Nordelta, la marcha se redujo y ella aprovechó para hacer su propia selección musical. Puso *I'm addicted to you*, una remezcla de Shakira,

que cantó como loca,
enfaticando el estribillo,
mientras miraba a Alex:

I'm addicted to you

porque es un vicio tu piel.

Baby, I'm addicted to you.

Quiero que te dejes querer.

Ya no le importaba quedar en evidencia y tontear abiertamente, incluso Alex lo disfrutaba. Le acariciaba la pierna con esa sonrisa de ángel y demonio que a ella le nublabá la razón. Ese hombre la alentaba a no tener vergüenza por nada, se sentía libre a su lado.

Al llegar al barrio privado

de Los Castores, los vigilantes les facilitaron el ingreso, gracias a que Mauricio los había puesto sobre aviso el día anterior. Paula serpenteó entre sus callejuelas hasta llegar a la casa y, al bajar del Scirocco, tanto Mikel como Alex comentaron lo hermoso y apacible que era el lugar. Mientras sacaban las bolsas del maletero, los demás salieron a recibirlos; Maxi y Daniela hacía un rato que los esperaban. Mauricio y Clarisa, los anfitriones, ofrecieron un breve

recorrido por las instalaciones a Mikel y Alex, les mostraron las habitaciones y aprovecharon para subir el equipaje.

El espacio que había reservado para Paula y Alex era amplio y cómodo y tenía vistas al lago principal, un baño propio y mucha privacidad. Estaban en el dormitorio acabando de instalarse, cuando Paula se sintió invadida por una enorme emoción. Pensó que iba a ser fascinante pasar todo el fin de semana juntos. Alex sería lo último que

viera al cerrar sus ojos y lo primero al abrirlos. Le sobrevino una tremenda sensación de felicidad que no pudo disimular. Una estúpida sonrisa se instaló en su cara;

Alex la miró con curiosidad.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó y, entonces, enfervorizada decidió ser sincera.

—Me encanta que vayamos a pasar estos días juntos.

Hubiera querido que Alex le correspondiera con alguna

reacción eufórica, pero se limitó a sonreír. «¿Quizá para él éste no es un momento especial? —se preguntó Paula—. Bueno, al menos puso buena cara y no mostró indiferencia.» «Tranquila, nena, es sólo un fin de semana. No quiero que te imagines cosas que no puedo darte. Me gustás mucho pero no alucines, tomaré tu cuerpo cuando me apetezca, pero nada ha cambiado aunque estemos aquí juntos», reflexionaba él con dureza mientras pensaba qué contestarle.

—Espero que no ronques demasiado —dijo al final.

Paula se dio la vuelta y lo miró perpleja. Tenía claro que Alex estudiaba sus respuestas y por eso no le contestaba de inmediato; él elegía qué palabras decir y cuáles no. «¿Por qué siempre hace lo mismo? ¿Acaso se guarda ciertos pensamientos? Es muy posible. Yo también lo hago. Sin embargo, él se sinceró conmigo en varias ocasiones y me expuso sus emociones, pero, cuando quiero avanzar, siempre me pone un freno.»

—Por supuesto que no ronco —repuso ella haciéndose la ofendida.

—Hum, si no recuerdo mal, cuando te quedaste en el hotel, tus ronquidos me despertaron varias veces — la provocó Alex con la mano en el mentón—, pero, claro, como habías bebido mucho lo achaqué a tu estado alcohólico.

—Sos un mentiroso, ni bebí tanto esa noche, ni ronco. —Él puso en duda con la mirada lo que ella decía y lo hizo con tanta seguridad que la dejó

vacilante—: ¿De verdad ronco? —le preguntó ella con cara de preocupación.

Pero Alex no pudo aguantar más y se desternilló de risa, se acercó a ella, la abrazó y le plantó un sonoro beso.

—Mentira, preciosa, estaba bromeando. Sos un ángel cuando dormís.

—Ja, qué chistoso —replicó con sarcasmo mientras simulaba darle un golpe en las costillas.

Él simuló dolor retorciéndose y sujetándose el costado como si le hubiera

pegado de verdad.

—¿Serás payaso?! —
exclamó Paula.

Él se enderezó, la tomó por la cintura y la besó profundamente.

—Nena, no puedo mantener mis manos quietas cuando estoy cerca de ti, sólo deseo besarte y tocarte.

—A mí me pasa igual.

Hacía una semana que se conocían pero habían vivido momentos muy intensos juntos. A ratos, Paula se sentía angustiada por su apasionamiento, porque sabía que la aventura con

Alexander Masslow tenía el 22 de diciembre como fecha de caducidad, el día que tenía planteado irse de Argentina. Frente a frente, mirándose a los ojos, ambos reflexionaban sobre los acontecimientos de los últimos días. Él no podía creer que estaba ahí con ella: «¿Cómo he llegado a esto? ¿Cómo puedo atreverme a compartir esta intimidad con Paula? No quiero hierla, porque parece una buena chica».

Mientras cavilaban en silencio, ella sintió miedo:

«¿Y si este sentimiento de atracción física pasa a otra fase y me enamoro perdidamente de él? Él tiene su familia, sus amigos, el trabajo y su hogar en Estados Unidos. Alex se irá, ésa es la realidad, tenés que tenerlo claro». De pronto, Alex interrumpió sus pensamientos:

—No puedo negar que me atraés mucho, Paula, pero no quiero malentendidos. Tengo una vida muy complicada —apoyó su frente en la de ella— y me encantaría ser todo lo que

esta cabecita está tejiendo en estos momentos, pero sé que no puedo darte lo que te gustaría.

—¿Cómo sabés lo que quiero? No necesito más de lo que me das, Alex. Sólo deseo pasármelo bien, sólo eso.

Anheló haber sonado convincente, aunque lo que él le acababa de decir casi le hizo saltar las lágrimas. Otra vez el miedo al compromiso. Paula se preguntó dónde estaba el Alex que se había paseado con ella de la mano esa misma mañana; el Alex

al que no le importaba que los vieran abrazados. Se sintió idiota por haber entrado nuevamente en su juego. «Estabas tan emocionada que no te diste cuenta de que él no tenía nada que perder. Se irá y te vas a quedar en la oficina, a merced de todas las habladurías y conjeturas. ¡Bah! ¿Acaso te importa? Sí, por supuesto que te importa. Ir a trabajar cada día a sabiendas de que todos se mofan de vos porque el *big boss* te abandonó no debe de ser muy placentero. Pero

¿cómo puedo evitarlo? Aunque sepa que sólo soy el objeto de su deseo, quiero estar entre sus brazos. Alex Masslow, ¿qué estás haciendo conmigo? ¿Por qué me estás robando la cordura?», pensó. No había respuesta posible a sus dudas.

—Perfecto, preciosa, vamos a pasárnoslo muy bien, vas a ver. —Ella sonrió y le dio un piquito en la boca.

Esa noche les tocaba cocinar a las mujeres, o, lo que era lo mismo, a Paula,

porque las demás no tenían ni idea. Ella tampoco era una experta, pero se le daba bastante bien. Mientras, los hombres fueron a comprar el vino y el postre y, ¡cómo no!, el champán.

Cuando volvieron, de la cocina emanaban aromas exquisitos. Alex se acercó a la isla donde estaba Paula, la abrazó por la espalda y la besó en el pelo.

—Hum, qué bien huele esto. ¿Qué cocinás?

—Lomo a la pimienta con papas fritas y ensalada de rúcula y parmesano.

—¿Querés que te ayude?

—¿Sabés cocinar? —se sorprendió ella.

—La verdad es que soy bastante bueno en la cocina. Vivo solo, preciosa, y me cocino a diario.

—¿En serio? No sé por qué pensé que tenías una persona que se encargaba de eso.

—No, sólo tengo personal para el aseo. No hay ninguna empleada doméstica conviviendo conmigo; me gusta la soledad de mi apartamento —le aclaró mientras levantaba la tapa de

la cacerola y husmeaba su contenido.

Paula le sonrió embobada y Alex hizo una mueca sin entender el porqué de su sonrisa.

—Es lo primero que me contás de tu vida — puntualizó ella—, hasta ahora sólo me habías hablado de tu familia.

Y siguió cortando patatas; luego Alex se lavó las manos, cogió un cuchillo y se puso a ayudarla.

—Sos muy organizada en la cocina, te manejas muy bien.

—Me gusta bastante. Cuando papá enfermó, quería que mi madre estuviera con él todo el tiempo. Entonces empecé a hacerme cargo de la comida. En esa época, las cosas no iban bien económicamente y habíamos tenido que despedir al personal doméstico. Fueron tiempos difíciles, pero «de todo se aprende», como dice mi madre. A mí me sirvió para aprender a cocinar.

En ese momento, Maxi se acercó y la abrazó por atrás.

—Pau, ¿me vas a hacer

empanadas de pollo
mañana?

—No jodas, Maxi —
respondió ella con el cejo
fruncido—. ¿Acaso me
trajeron para que les
cocinara? Mañana se ocupan
ustedes del asado, conmigo
no cuenten. Yo quiero sol y
piscina todo el día; pienso
mantenerme bien lejos de la
cocina.

—No seas mala, ¡sabés
cuánto me gustan! —le rogó
su amigo mientras le besaba
el cuello.

Alex miraba la escena
entre Maximiliano y Paula

contrariado. Era obvio que para ellos era normal tanta proximidad, pero para él no. Paula lo miró con el rabillo del ojo y se dio cuenta de que su expresión había cambiado. Los surcos de su frente denotaban el malhumor que le causaba la cercanía de Maxi. Se dio la vuelta y abrazó a Maximiliano con la clara intención de mosquear más a Alex.

—Y, si te hago las empanadas, ¿qué recibo a cambio?

—Te traje crema de

arándanos macerados de Freddo y *cheesecake* con frambuesas de Starbucks, tus preferidos. ¿Viste como pienso en vos y te consiento? ¿Me vas a hacer las empanadas ahora? —le preguntó y le dio un beso en la nariz. Ése fue el límite de Alex, que dejó el cuchillo y se marchó de su lado. «¡Si supiera que hasta hemos dormido en la misma cama! pensó Paula—. Claro, que no de la forma en que él se lo imaginaría.» Maxi ni siquiera se había percatado de la situación, porque

estaba concentrado en conseguir las dichas empanadas.

Mientras Paula cedía con Maxi y le prometía cocinarle, Daniela se acercó a Alex, que estaba de pie con la mano en el bolsillo y bebiendo una copa de Pinot Noir. La pared circular de vidrio ofrecía una vista única del lago. La joven le habló brevemente, pero él ni le contestó. Paula los observaba y despotricaba en silencio: «Me importa un bledo que esté celoso. No voy a cambiar mi relación

con Maxi bajo ningún concepto y menos por una aventura con él. ¿Qué se cree? ¡Como si tuviera derecho a enfadarse después de lo que acaba de decirme! ¡Grrr, qué hombre tan frustrante!». Alexander no le dirigió la palabra durante toda la cena. En un momento en que estaba distraído, Mauricio, sentado frente a ella, le hizo una mueca preguntándole qué le pasaba, pero Paula se encogió de hombros y le expresó con su cara que no sabía. Todos ensalzaron la

comida menos Alex, que estaba visiblemente molesto. Paula le pidió que le sirviera una copa de vino e intentó entablar conversación con él, pero le contestó de mala gana, a pesar de que con los demás se mostraba muy solícito, incluso con Maxi.

Después de cenar, ella se levantó para ir en busca de su iPad con la intención de leer un rato. Cogió una manta del armario del dormitorio y, antes de bajar, echó una ojeada desde la galería que daba al comedor; todos estaban sentados,

preparándose para tomar el postre y descorchar el champán. Ella bajó y se sirvió una copa de la mesa baja, pero no se quedó.

Un tanto ofuscada, decidió sentarse en el jardín, junto a la piscina, bajo el cielo estrellado. Paula sabía que todos sus movimientos habían sido seguidos por Alex, uno tras otro. «¿Acaso cree que voy a rogarle que me hable?» El comportamiento infantil del neoyorquino la alteraba; la actitud de novio despechado no iba con su estilo. Era

incomprensible que se creyera digno de montar una escena de celos después de haberle dejado claro que no quería nada serio con ella. En un momento en que se habían quedado solas Daniela y Paula, su amiga le había contado que había abordado a Alexander para explicarle el tipo de relación fraternal que existía entre Maxi y ella, pero sólo había obtenido una sonrisa sarcástica como respuesta.

La noche estaba bastante fresca. Paula intentaba concentrarse en el libro,

mientras bebía de su copa de Dom Pérignon Rosé, pero las letras bailaban delante de sus ojos y no era precisamente por el alcohol. De repente, Alex apareció a su lado y la cogió por sorpresa. Llevaba puesto un suéter azul de hilo y, entre las manos, sostenía un plato de *cheesecake* con frambuesas con una bola de helado de arándanos encima, tal como a ella le gustaba. También llevaba una botella de Dom Pérignon y otra copa.

—¿Compartimos? —le

preguntó y, guiñándole un ojo, le explicó—: Te traje tu postre preferido, Maxi me dijo que te gusta comer la tarta y el helado juntos; una elección un poco rara, pero sobre gustos no hay nada escrito —añadió en tono de broma.

Ella no le contestó e intentó retomar su lectura e ignorarlo, pero él no pensaba irse. Alex podía ponerse muy terco cuando quería y, como vio que no obtenía respuesta, se sentó en la tumbona igual. Depositó la botella y la copa en el suelo

y luego cargó el tenedor con tarta y helado y lo llevó hasta la entrada de la boca de Paula. A esas alturas, ella ya se había derretido y quería tirarse encima de él. En un segundo, había logrado que se olvidase de todo, la tenía hecha un lío. Masticó despacio, tragó en silencio y él volvió a darle de comer en la boca sin perder la conexión con sus ojos. Cuando quería, podía ser el hombre más seductor del mundo.

—¿Qué lees? —le preguntó.

—Un libro de autoayuda.

—¿Da buenos consejos?

—Recién comienzo, aún no lo sé.

—Me estoy cayendo, ¿me hacés más lugar en la tumbona?

«Aprovechado», pensó Paula e intentó poner sus pies a un lado para que cupiera con comodidad, pero él se levantó y le pidió que abriera las piernas. Había recuperado su tono de director de empresa otra vez. Se colocó frente a ella a horcajadas, dejó el plato en el suelo y descorchó el

champán. Bebieron mientras seguía dándole de comer en la boca.

—¿Puedo probar esta extraña combinación? — preguntó Alex, a lo que ella asintió. A continuación se inclinó y le dio un beso casto y tierno. La brisa traviesa se empeñaba en desparramar el cabello de Paula por su rostro. Entonces, él, de forma seductora, le retiró el pelo y, con mucha dulzura, comenzó a darle pequeños besitos en las mejillas, la nariz, los ojos y la frente,

hasta que se apoderó de sus labios y le fundió la razón y el pensamiento.

La tumbona era lo suficientemente amplia para los dos, así que Alex se estiró a su lado, hundió la cara en su cuello y utilizó la manta para taparlos. Así acurrucados, se acomodaron frente a frente y se acariciaron el rostro con delicadeza. Las luciérnagas revoloteaban a su alrededor y la quietud y el silencio del lago dibujaban un escenario onírico.

—¿Qué querés saber? —le

preguntó él de repente.

—¿Qué? —Paula levantó una ceja sin entender.

—Antes, cuando te conté que me gustaba cocinar, me dijiste que era lo primero que te explicaba sobre mí. ¿Qué más quieres saber?

De nuevo, Alex había reflexionado y le contestaba a destiempo. Ella pensó durante un rato y dudó en utilizar la oportunidad que le brindaba. No sabía si arriesgarse a preguntar algo que él no quisiera contestarle.

—De acuerdo a la relación

que tenemos, mi respuesta debería de ajustarse a lo que vos quieras contarme — respondió al final encogiéndose de hombros—. Sólo pretendo que me expliques cosas que te definan, para conocerte un poco más.

—Sos muy rápida con las indirectas. A cada rato me recordás que vos y yo no tenemos nada serio.

—Soy realista y me ajusto a la realidad que hoy también te encargaste de recordarme. Por eso ninguno de los dos puede exigirle

nada al otro.

—¿A qué te referís con «no exigir nada»?

—Cuando digo «nada», quiero decir «absolutamente nada». No tenemos una verdadera relación, Alex, sólo somos compañeros ocasionales de sexo, durante un mes o menos, vaya usted a saber.

—Otra vez ese título, «compañeros ocasionales»
—repitió él e hizo un silencio—. ¿Pretendés decirme que si estuvieras con otra persona no podría reclamarte nada?

—Seguramente no, pero... Alex, ¿creés que podría tener dos relaciones a la vez? ¡Ni siquiera cuando era adolescente hice eso!

—Perdón por sugerirlo — se disculpó con sinceridad.

—No es nada. Supongo que la forma de conocernos y de relacionarnos quizá te llevó a pensar eso. ¿Vos sí sos de éstos?

Alex se rió y Paula pensó: «¡Qué cínico sos, lindo!».

—Tuve una época en que estar con una sola mujer me aburría. Ahora ya no me siento así, pero durante

aquella temporada tuve varias citas con diferentes mujeres, aunque siempre por separado; no me gustan las costumbres morbosas; y siempre fueron compañeras ocasionales, conquistas, oportunidades momentáneas, como quieras llamarlas. Jamás pagué por sexo.

«No me cabe duda, bonito. ¿Quién podría decirte que no? ¡Sos un maldito vanidoso!», se dijo Paula y, acto seguido, le preguntó:

—Entonces, ¿debo sentirme privilegiada por

llevar el título de «compañera ocasional»?

—Vos insistís en ponerte ese título.

—Tal vez tengamos conceptos diferentes de lo que es una compañía ocasional. Supongo que para una persona que no quiere ningún tipo de compromiso, esa clase de relaciones son ideales.

—Suponés bien, pero ya no siento la necesidad de tener varias citas a la vez. Me preocupo por una y por tenerla contenta hasta que me aburro y paso a la

siguiente. Por lo general, muy pocas veces repito.

«Eso fue una puñalada traperera. Paula, ¡te acaba de decir que se va a aburrir en algún momento!» Después de analizarlo, ella dijo:

—Tené cuidado, *Ojitos*, también se pueden aburrir las mujeres de vos.

—Es un riesgo, sí, pero teniendo en cuenta que nunca involucro mis sentimientos, no habría problema alguno.

«Tengo la impresión de que esta conversación tiene un doble sentido para

ambos, no paramos de lanzarnos indirectas y no me está contando nada.» La mente de Paula iba cada vez más rápido: «Quizá debí haber tomado su oferta y preguntar lo que quería saber en realidad».

—Sos muy directo.

—Sincero, lo blanco es blanco y lo negro, negro. Me gusta echar siempre las cartas sobre la mesa para que la otra persona sepa a qué atenerse, como en una negociación.

—Ahí discrepo, señor Masslow, en una

negociación no se pone siempre todo sobre la mesa; las partes siempre se guardan un as en la manga.

—¿Y quién te dijo que yo no lo guardo en todo momento?

—¿Te gusta jugar sucio? Esta mañana en el restaurante me dijiste que siempre eras sincero.

—Uno nunca debe pensar que tiene la mejor mano y, sí, soy sincero, Paula. Lo estoy siendo mucho ahora.

—Supongo que esa actitud funciona, siempre y cuando el corazón no se involucre.

—Sos rápida e inteligente, Paula —afirmó él con serenidad.

—Me considero una persona normal, instruida, ni peor ni mejor que nadie.

—¿Esto es lo que vos querías saber?

—Esto es de lo que vos quisiste hablar. Digamos que también me guardo un as en la manga.

Él le clavó los ojos con seriedad y ella le mantuvo la mirada con mucho esfuerzo. «¿Y cuál es tu as en la manga, Paula? —reflexionó él—. Quisiera adivinarlo

para no sentirme tan indefenso cuando me mirás y me hablás con esa lengua afilada.»

—¿Cuántos novios tuviste?

—Es una pregunta un poco personal y extraña.

—Podés no contestarla.

—¿Por qué te interesa saber eso?

—Quiero saber cuán activa ha sido tu vida amorosa.

—¿Sólo por eso?

—¿Por qué otro motivo lo preguntaría?

—No sé, decime vos.

—No hay otro motivo, Paula.

Ella dudó un instante, pero al final le contestó:

—Tuve dos novios formales. El primero en secundaria y la relación duró dos años. En realidad, fue un amor adolescente, mi «primer amor». Cuando mi padre enfermó, mis obligaciones en la familia aumentaron y no podía brindarle todo el tiempo que él pretendía; entonces cortamos. Tenía diecisiete años y tantas preocupaciones en mi cabeza que ni sentí su

ausencia. Respecto al segundo novio... bueno, fue una relación de cinco años, que terminó hace dos y prefiero no hablar de ella. Después de eso, me he besado con varios y me he acostado con alguno más, aparte de con vos, pero nunca me fui a la cama con alguien que acabara de conocer. Sos la excepción, Alex. Y otra vez hablé yo un montón y vos no me contaste nada. Como ves, no tengo nada que ocultar, mi vida es transparente y blanca; lo negro no me gusta

porque, como solía decir mi padre, a la larga siempre destiñe. ¿Fue suficiente para tu análisis? ¿Qué conclusión sacaste?

—Que sos una buena chica, con muy buenos sentimientos y relaciones normales y duraderas.

—«Aburrida», «mojigata», no te preocupes, me lo dijeron otras veces, no sería una novedad para mí.

—No —la cortó él con rotundidad—, «decente», diría yo. Una chica de la que sería muy fácil enamorarse, en caso de que fuera eso lo

que uno buscara. Paula, no creo que seas aburrida en ningún sentido, creeme.

—Alex, uno no elige enamorarse. Cuando el amor llega, entra a trompicones y se mete sin pedir permiso. Ahí es cuando estallan esas conocidas cosquillitas de las que todo el mundo habla y que todo el mundo desea experimentar en algún momento de su vida. Y después no podés alejar a esa persona de tus pensamientos y empezás a sentir celos, temor, angustia, inseguridad. —«Eso es lo

que estoy sintiendo acá y ahora», quería decirle ella, pero refrenó sus palabras. No tenía sentido desnudarse así delante de él—. ¿Nunca te has enamorado? —le preguntó ella.

Alex se quedó un rato reflexionando, como de costumbre, aunque, en realidad, se había quedado estancado en lo que ella le había dicho antes.

—Creo que una vez, quizá dos. ¿Y vos? —preguntó él mientras pensaba: «Creo que ese “quizá” sos vos y estoy asustado, nena».

—Creo que una vez, quizá dos.

Paula imitó su respuesta y cambió de tema porque tenía miedo de que se diera cuenta de que ese «quizá» era él.

—¿Tenés hermanos?

—Somos cuatro, tres hombres y una mujer. Yo soy el menor.

Alex respiró sonoramente y también se sintió aliviado al cambiar de tema.

—¿Así que vivís solo?

—Desde hace dos años — le confirmó él.

—Vaya, tardaste bastante en conseguir tu

independencia.

—Digamos que sí.

—¿Tus hermanos aún viven en la casa de la familia?

—Sólo el mayor, los otros dos están casados.

—Ah... ¿el mayor es el novio de Alison?

—Sí.

—¿Tenés sobrinos?

—Los dos hijos de mi hermano; mi hermana hace muy poco que está casada.

—Mis sobrinos son mi debilidad —se sinceró ella—. Cuando voy a Mendoza, Sofía y yo nos volvemos

inseparables. Franco es muy pequeño todavía y no se separa mucho de su madre, pero me encanta consentirlo, aunque eso implique que mi cuñada se enfade conmigo. Tiene sólo nueve meses.

Un nuevo silencio se instaló entre ellos, pero Paula se encargó de romperlo en seguida:

—¿Por qué estabas de tan malhumor durante la cena?

Alex sintió que volvía a estar en terreno inseguro otra vez. Esbozó una mueca casi imperceptible con la boca, que ella ya había

notado en otras oportunidades.

—¿Hace falta que te lo explique? ¿Realmente no te diste cuenta?

Ella lo miró mientras valoraba qué contestarle y, al final, decidió escuchar los motivos de su propia boca.

—No, no me di cuenta — le dijo mientras se encogía de hombros.

—Sé que te diste cuenta, Paula, sos inteligente y no te creo, pero de todas formas te lo explicaré. —Hizo una pausa y prosiguió—: Soy consciente de que no tengo

ningún derecho, me quedó más claro todavía después de la conversación de esta noche. Por eso ahora estoy acá, porque después de pensarlo me di cuenta de que no podía ponerme así. Aun así, no me gusta que te abrases con Maxi, o con quien sea, como lo hiciste hoy, delante de todos, mientras estoy yo.

«¡Vaya! ¡Al final, lo dijo!», pensó la joven y replicó:

—Entonces, debo entender, y asumiendo que razonaste nuestra

conversación, que también sabrás que voy a seguir haciéndolo.

—¿Con Maxi o con quien sea? —le habló él desafiante.

—Con Maxi —le confirmó envalentonada. Alex la agarró por la barbilla.

—Paula, estás tirando demasiado de la cuerda y se puede cortar.

—Quizá sea mejor que se corte ahora y no más adelante, no me ameneses.

—¿Eso es lo que querés? ¿Que todo entre nosotros se

acabe? Porque hay cosas para las cuales sigo mis reglas, incluso aunque vos y yo no tengamos nada en firme. No me gusta sentirme estúpido o aparentarlo adelante de los demás.

—¿Y vos qué querés?
¿Querés que todo se acabe?

—Creo habértelo explicado recién. Quiero que el tiempo durante el cual estemos juntos, tengan todos bien claro a quién pertenecés.

Ella se rió con sarcasmo.

—No era eso lo que te estaba preguntando, pero me

parece un poco egoísta por tu parte. Pretendés que modifique mi forma de vivir cuando vos y yo sabemos que lo nuestro tiene fecha de caducidad. La gente no es desechable, Alex. Maxi es mi amigo hoy, y lo será mañana y también pasado, cuando vos ya no estés. Si yo te pertenezco, como dijiste recién, entonces, ¿vos a quién pertenecés? Apuesto a que no vas a contestarme. ¿Quizá me hagas otra pregunta para evadir la respuesta? Porque eso es lo que hacés siempre.

Él estaba furioso y Paula lo sabía. La tenía agarrada con fuerza por la barbilla y no la soltaba. El tono que habían utilizado ambos era muy poco amigable y, por supuesto, Alex no le contestó.

—Sólo te pido respeto — le exigió.

—¿Respeto? —Ella estalló y abrió los ojos como platos —. ¡Eso es más gracioso todavía! ¿Te atreves a pedirme respeto y exclusividad, cuando me acabás de decir que podés aburrirte de mí y pasar a tu

siguiente polvo?

—No lo dije así, Paula.

—Bueno, quizá no utilizaste esas palabras pero el significado es el mismo.

—Pero dicho de esa manera suena grosero.

—Perdón, «señor Modales», con palabras bellas o no, es lo que dijiste. Mirá, *Ojitos*, una vez le hice daño a Maxi, lo deseché de mi lado porque aposté al que creía iba a ser el amor de mis sueños. Lo saqué de mi vida y de mis sentimientos, lo ignoré y le di la espalda aun cuando murió su madre.

Sí, ya sé, soy una mierda, pero ¿sabes qué? Incluso así, cuando lo necesité, él estuvo ahí. Después de una semana sin probar bocado, porque lo único que quería era morirme, él fue quien me puso su hombro, quien me cuidó de día y de noche, quien me vio llorar hasta quedarme sin lágrimas y él fue quien me enseñó a sonreír otra vez. Gracias a él, tengo el trabajo que tengo y soy quien ves ahora. Porque el bastardo de mi novio, el día anterior a nuestra boda, se acostó con

mi mejor amiga y los encontré haciendo el amor en el que iba a ser nuestro apartamento. ¡Mierda! ¡No te lo quería contar y te lo dije todo! ¡Y vos, como siempre, no contestaste ni una sola de mis preguntas!

Alex se quedó mudo después de ese exabrupto. Las lágrimas de Paula comenzaron a brotar y él, compasivo, se las secó con un siseo para calmarla.

—¿Sabes qué? —Tragó saliva—. Sé que él será quien me levante de donde sea que me hunda el día que

salgas de mi vida. Ya está, ya te lo dije. Si querés irte ahora, quizá sea lo mejor para mí.

El neoyorquino la miraba en silencio mientras secaba sus lágrimas. —¡Maldición, Alex! ¿Por qué tuve que conocerte? Decí algo, por favor.

—Quiero hacerte el amor.

—No, Alex. Vos lo único que querés es follarme —lo corrigió—, vos no querés hacerme el amor. ¿Y sabés qué? Yo también quiero que me folles, quiero poseerte de cualquier forma, no me

importa cómo. ¡Sos exasperante! Dejá de mirarme, besame y haceme olvidar todo.

Entonces Paula tomó su rostro entre las manos y comenzó a besarlo con desesperación. Él respondió de la misma forma y, con la misma urgencia, le acarició la espalda, metió la mano por debajo de su camiseta y se aferró a su piel. Luego la bajó y la metió dentro de los pantalones para acariciarle el trasero mientras acometía su boca con la lengua. Se apartó para tomar aire.

—Vayamos a la cama — dijo ella. Se levantaron y empezaron a recoger todo lo que había en el suelo, pero cuando fueron a entrar él la detuvo:

—Esperá, Paula, mi erección se nota demasiado todavía.

Se rieron y ella le alcanzó la manta.

—Tomá, colgatela del brazo.

Entraron, dejaron las copas y el plato en la cocina; todos estaban en el comedor jugando al *blackjack* y María Pía y Mikel habían

desaparecido. Así que dieron las buenas noches y subieron a la habitación.

Capítulo 9

SUBIERON el último tramo de la escalera muertos de risa y a la carrera. Alex tiró la manta al suelo, abrazó a Paula y la besó, aún erecto.

—Dejá que me saque el pantalón, nena, me aprieta muchísimo. Ambos se desvistieron hasta quedar en ropa interior. Se miraron durante un rato y, entonces, Alex tomó la iniciativa. Fiel a su estilo, extendió su mano

y, con un leve tirón, la invitó a acercarse un poco más a su cuerpo. Sus respiraciones se oían desacompasadas y expectantes; Alex empleó su otra mano para apartarle el pelo de la cara. Tenía la necesidad de arrullarla, quería protegerla y hacerla sentir bien para que olvidara su dolor. «Voy a curar cada una de tus lágrimas... Pero ¿qué estás haciendo conmigo, nena?»

Se acercó para darle un tierno beso en la mejilla, besó las comisuras de sus labios con delicadeza y

mucho mimo; luego se los lamió mansamente hasta que ella entreabrió la boca para darle paso. Su lengua intrusa se mezcló con la de Paula, la saboreó e investigó todos sus rincones. Alex empezó a enloquecer de deseo y a apoyar su erección contra la pelvis de Paula; se frotaba contra ella y recorría la extensión de su espalda con sus manos.

Lujurioso, abandonó su boca para atacar su cuello. Sus cuerpos ardían al mínimo roce y Paula se sentía embriagada por su

olor tan masculino, mezclado con Clive Christian N.º 1. Cuando estaba entre sus brazos, ella se daba cuenta de que jamás había experimentado en su cuerpo sensaciones tan intensas. Alex era seductor, cautivador y enigmático, pero también era caballeroso, inteligente y, por encima de todo, era hermoso.

Un gemido escapó de la boca de Paula cuando él le mordió el hombro. La miró con lascivia, le bajó los tirantes del sujetador con

avidez, la acarició y saboreó su clavícula con la lengua; después, sus expertas y pulcras manos se lo desabrocharon.

Deslumbrado, se quedó mirando sus pechos desnudos.

—Sos perfecta, es increíble que tus senos sean naturales y tengan esta turgencia, ¿sabés cuántas desearían tenerlos así?

Ella le sonrió agradecida al recibir sus halagos y se acarició uno de los pezones. Alex se relamió mientras la observaba y, excitado, metió

su mano dentro del calzoncillo para autocomplacerse tocando su pene. Paula se sintió intrépida al verlo y bajó sus manos trémulas hasta el vientre, enganchó sus pulgares en el tanga y deslizó sus dedos hasta encontrar el clítoris. Alexander no esperaba esa reacción y se sintió tan desequilibrado que tuvo que parar con sus caricias. Su rostro se transformó y un gemido ronco escapó de su boca, entrecerró los ojos, movió su cabeza y se mordió

el labio inferior. Entonces dejó al descubierto su enorme erección.

—Vení acá —le indicó.

Caminaron hacia la cama, la cogió de la cintura y la besó. Se arrodilló en el colchón y la arrastró consigo sin dejar de abrazarla con ternura. Se colocó de espaldas y puso a Paula sobre su cuerpo, para besarla, mientras ella movía su pelvis frotándola contra su sexo erecto y húmedo. Paula necesitaba acogerlo en su interior sin más dilación, así que se sentó a

horcajadas, tomó el pene con la mano y lo llevó a la entrada de su vagina. Él movió sus caderas y la penetró con una estocada certera. Aferró su estrecha cintura con las manos y empezaron una danza acompañada de cuerpos y miradas. Ella se sentía osada, por lo que apoyó sus manos en las palmas de Alex y entrelazaron sus dedos, le colocó los brazos a la altura de su cabeza y se recostó en su torso, apoyando sus senos contra él, para volver a buscar su boca.

Su pene la embestía, entraba y salía de ella en toda su longitud, pero Alex necesitaba controlar la situación. Sin separarse y sin abandonar sus labios, la hizo rodar en la cama para quedar encima. La tenía aprisionada contra el colchón, mientras se movía de forma despiadada para penetrar su vagina hasta lo más profundo. Estaba tan desenfrenado que, de pronto, tuvo que quedarse quieto; respiró hondo y soltó un gemido oscuro para refrenar sus ganas de correrse.

Le soltó las manos, salió de su sexo y le pidió que se diera la vuelta. Le colocó una almohada bajo el vientre para elevar un poco el trasero de Paula y que su vagina quedara más expuesta, y le indicó que no separara sus piernas.

—Vamos a terminar juntos, Paula. Avisame cuando estés por llegar al orgasmo.

Tomó su pene, lo puso en la entrada de la vulva y la penetró de nuevo. Dejó caer su cuerpo sobre el de ella y empezó a moverse con una

respiración ronca y agitada, que le soplaban en la nuca. Le besó el cuello, le mordió el hombro y la espalda mientras se internaba despacio, a ratos más rápido, o paraba en seco, para comenzar con sus despiadadas embestidas otra vez. Ella gemía de excitación ahogadamente sobre el colchón y apretaba las sábanas entre sus dedos para contener el descontrol que le causaba. Alex empezó a decirle cosas muy calientes en inglés, y esas tórridas palabras despertaron el

orgasmo inminente en ella.

—Dale, Paula, noto cómo tu vagina se contrae y me atrapa, correte conmigo, preciosa.

—Alex no aguanto más.

Ella gritó de manera agónica y dejó que un hormigueo rítmico le invadiera las entrañas y que su cuerpo se colapsara de placer. Él se estremeció en ese mismo instante y vació su semen en ella sin dejar de moverse.

—Así, nena, así —le susurraba al oído.

Despojado de todas sus

fuerzas, la besó en la nuca y se dejó caer sobre su cuerpo; ambos estaban agotados. Después de acomodarse a su lado en la cama, Paula se arrastró hasta su pecho y apoyó la cabeza para escuchar los latidos de su alocado corazón. Alex la abrazó, le acarició el pelo, la besó en la coronilla y se quedaron dormidos.

Era de madrugada y la joven se despertó con ganas de ir al baño. Sus cuerpos yacían desnudos, uno junto al otro, en perfecta simbiosis, con sus piernas

entrelazadas. Percibía el aliento de su amante como una caricia mágica y se dio cuenta de que él aferraba uno de sus pechos con la mano. Mientras lo observaba pensó en lo mucho que le gustaban sus dedos finos y delicados. Sintió tentaciones de besarlo, pero como no quería despertarlo desistió; levantó su brazo con mucho cuidado y se irguió intentando no hacer ruido. Dormía profundamente.

Cuando salió del lavabo, sintió que tenía la boca seca, así que se puso una bata

cruzada de satén que le tapaba un poco más abajo del muslo y bajó a buscar algo para beber.

Todos dormían y el silencio de la noche invadía todos los rincones de la casa. Paula se sirvió agua bien fría y se quedó junto al ventanal curvo del salón mirando hacia afuera. Las luces titilantes de las demás casas brillaban a lo lejos en la penumbra. Apoyada con la frente en el cristal, cerró los ojos y repasó cada uno de los momentos que había vivido en las últimas

semanas. Alex había aparecido como una apisonadora en su estructurada vida; le quitaba la voluntad y la razón y, en pocos días, la había desbaratado por completo. Se maldijo al recordar la charla en la que le había contado lo de Gustavo, porque ahora él era consciente de una de sus más secretas debilidades. Sin embargo, jamás se había sentido así de obnubilada por un hombre, ni siquiera con su ex. Alex era la primera persona que le

despertaba verdadero interés desde que había cancelado su boda.

Decidió regresar a la cama y deshacerse de esos pensamientos que la abrumaban, pero al darse la vuelta tuvo que contener un grito por el susto; Alex estaba detrás de ella observándola.

—Hey, preciosa, soy yo.

—Alex, no esperaba encontrarte acá, me asustaste mucho —le explicó mientras se acercaba para abrazarlo.

—Me desperté y no estabas a mi lado. Tranquila,

—La aprisionó contra su pecho y ella se acurrucó entre sus brazos—. ¿No podés dormir?

—Fui al baño y vine por un vaso de agua. ¿Y vos?

—Lo mismo y, como no sabía dónde estabas, bajé a buscarte.

—Ya me encontraste —le dijo ella con una sonrisa y le plantó un beso en la boca—. ¿Qué querés tomar?

—Agua.

—Vení, te sirvo un poco.

Lo tomó de la mano y fueron hacia la cocina susurrando. Alex estaba en

pijama y con el torso desnudo, tan sensual como de costumbre. Paula sacó un vaso del armario y lo llenó, mientras él se aferraba otra vez a su cintura y empezaba a besarle el cuello. Se dio la vuelta y le pasó el vaso para que bebiese; él se lo tomó de un tirón.

—¿Más?

—Suficiente.

Se abrazó de nuevo a ella, la besó y movió su dedo por el cinturón de la bata para desanudarla. La seda de la prenda se deslizó con facilidad y se abrió, y Alex

se quedó hechizado con la exquisita desnudez de su cuerpo.

—Qué pena que no estemos solos en esta casa, porque podría poseerte aquí mismo —le musitó y le besó un pezón.

—Alex, puede venir alguien —se inquietó ella, mientras miraba para todos lados.

—Lo sé, pero es demasiado tentador. —Le cerró la bata y le anudó el cinturón—. Vamos arriba —le dijo dándole una palmada en la nalga.

Subieron al dormitorio y sus sexos volvieron a reclamarles placer. Se besaron, se acariciaron y sucumbieron una vez más para saciar la necesidad de sus cuerpos hambrientos.

—Creo que me estoy volviendo adicto a tu cuerpo.

Paula tenía la cabeza apoyada en su pecho, levantó los ojos para mirarlo y le mordió el mentón.

—Me encanta ser tu droga.

—Sos encantadoramente dulce y exquisita, Paula.

—Nunca me habían dicho algo así.

—Es evidente que nunca estuviste antes con alguien de buen paladar.

Se rieron y Paula pensó: «No, mi amor, sos vos el que es único e inigualable», pero como no pensaba hincharle el ego de esa manera, sugirió:

—Durmamos, *Ojitos*, es muy tarde y así mañana podemos disfrutar del sol y la piscina.

—Disfruto de cualquier cosa que haga a tu lado —le contestó él.

—No deberías decirme esas cosas, porque puedo

llegar a creérmelas —le advirtió.

—Creeme, preciosa, me gusta mucho tu compañía.

Paula suspiró, lo besó en la boca y rogó a Dios que sus palabras no sólo fueran ciertas, sino eternas. Apoyó la cabeza en su corazón para oír sus latidos, el arrullo perfecto para conseguir el sueño. Después de unos minutos, ya estaba casi dormida.

—¿Estás despierta, Paula?

—Esperó unos segundos, pero ella no le contestó—. Te dormiste, preciosa.

Descansá, nena. —Paula no tenía fuerzas para contestarle —. Quisiera cuidarte siempre, ¿por qué tuviste que llegar a mi vida en este momento? ¿Por qué no te conocí antes, mi amor?

Paula, en silencio, intentó mantener la respiración pausada para que Alex no se diera cuenta de que estaba escuchándolo. «¿Oí bien? ¿Me acaba de decir “mi amor”? ¿Soy su amor? ¿O acaso estoy soñando? ¿Conocerme antes? ¿Antes de qué? Ay... voy a levantar la cabeza y preguntarle. No,

no. Es mejor dejar las cosas así, puede que no me guste lo que me dice.» Se sintió cobarde, muy cobarde. Pero después de esa confesión, las cosas cambiaban. Alex también había desarrollado sentimientos por ella y sus celos, sus deseos de que todos supieran que era suya, entonces eran válidos. «¿Qué le impide demostrar lo que siente? ¿Es que, acaso, está casado y por eso no podemos estar juntos? No, no quiero que eso sea cierto, porque sería el final de todas mis ilusiones. Pero

¿por qué dijo eso? Ay, Dios mío, no me hagas esto.»

Mientras pensaba e intentaba encontrar una respuesta, se quedó dormida. Al despertar, le dolía todo el cuerpo. La sesión de sexo desenfrenado con ese hombre la había afectado más que una clase intensiva de pilates. Era muy intenso, aunque dormido boca abajo en la cama parecía exhausto. No quería despertarlo y aprovechó para admirarlo en silencio. Podía delimitar con claridad toda su musculatura. Se sintió

tentada y levantó las sábanas para espiar su trasero desnudo; sus nalgas parecían una manzana. Recordó con picardía el ímpetu con que se las había apretado la noche anterior durante su orgasmo y se sonrió al darse cuenta de que su vagina, estimulada por sus pensamientos, estaba viscosa otra vez.

Lo volvió a cubrir, necesitaba calmarse un poco y se dio la vuelta para buscar el iPhone y ver la hora. Era el momento de levantarse y pegarse una ducha.

—Pau, ya estoy despierto.

Ella abrió la mampara y lo encontró de pie frente al inodoro con una mano apoyada en la pared mientras hacía pis. Le ofreció un guiño cómplice que ella recompensó con un beso al aire. Estaba encantada de poder compartir esa intimidad con él. Con cara de recién levantado y el pelo hecho un lío, estaba escandalosamente sexy. Cuando salió de la ducha él no estaba. Se secó, envolvió su cuerpo en una toalla, se escurrió el cabello,

lo peinó en una coleta alta y fue a buscar su ropa. En ese momento, Alex irrumpió en el dormitorio con una bandeja de desayuno.

—Me ganaste de mano.

—No, vos me ganaste a mí, quería despertarte con el desayuno en la cama.

—Gracias, *Ojitos*, tuvimos el mismo pensamiento.

—¿Dormiste bien, preciosa? —Su voz era muy dulce, un éxtasis para los oídos.

—Muy bien, ¿y vos?

—Como un bebé. Espero que tengas hambre porque

traje muchas cosas ricas.

—Me muero de hambre, ¡qué bien huele todo! — Sentado en la cama con las piernas cruzadas como un indio, Alex se comía unos huevos revueltos con tocino, mientras la seguía con la mirada. Obnubilado por su belleza y por la redondez de sus nalgas, se sintió orgulloso de cada una de las sensaciones que él había despertado en su cuerpo.

—Vamos a desayunar. Terminá de vestirte después porque se está enfriando y, además, me distraés cuando

paseás tu culo frente a mí.

Paula soltó una carcajada, le lanzó un beso y se sentó en la cama con él. El neoyorquino estaba de muy buen humor y tenía mucho apetito. Ella le pegó un mordisco a una medialuna y se sintió tentada por unas tostadas con miel y plátano.

—¿Qué es eso? —le preguntó señalándolas con el dedo.

—Tostadas francesas. Probá una, mis favoritas son con jarabe de arce, pero no había.

—¿Cómo están hechas?

Hum, tienen un sabor exquisito.

—De acuerdo —dijo él—, la próxima vez que te prepare el desayuno las tendré en cuenta para ti también. —Ella se estiró por encima de la bandeja y lo besó.

—¿A quién te pareces físicamente, Alex? ¿A tu mamá o a tu papá? —En realidad, soy una mezcla de ambos. Me parezco más a mi madre, aunque el color de mis ojos es idéntico al de los de mi padre.

—Tu madre debe de ser

una señora muy bella. Vos
sos muy lindo.

—Gracias por el cumplido.

—¡Vanidoso, como si no
lo supieras!

Ella le hizo cosquillas y él
tomó su mano y se la besó.

—¿Querés conocer a mis
padres? —le preguntó Alex
y la imaginación de Paula
voló a años luz hasta la
estratosfera, pero pronto
atterrizó de nuevo—. Creo
que tengo una foto en la...
¿cómo se dice *wallet*?—
inquirió él.

—«Billetera».

—Eso, «billetera».

Se estiró sobre la mesita de noche para buscarla y sacó una foto de ellos.

—Totalmente de acuerdo, te parecés a tu madre. ¡Qué señora tan elegante es tu mamá! Aunque tu padre también es muy apuesto y muy alto. ¿Cómo se conocieron? Porque me dijiste que tu mamá había nacido acá, en San Isidro, ¿no?

—¡Ah! —exclamó él con una sonrisa—. Es una gran historia que te encantará escuchar. Mi madre estudiaba diseño de

indumentaria y fue a Nueva York por una beca de estudios que había conseguido en una de las mejores academias de la ciudad. Un día, cruzaba la calle a toda prisa porque llegaba tarde a una de sus clases y mi papá la atropelló con el automóvil. Bueno, después pasaron muchas cosas, pero, en resumen, se enamoraron y se casaron a los seis meses. Mi madre nunca más regresó a Argentina.

—¡Guau, qué historia! ¿Y quién tuvo la culpa en el

accidente?

—Eso es un gran misterio —se carcajeó—, porque depende de quién de ellos cuente la historia, el culpable es uno o el otro. —Ambos rieron y Alex le enseñó otra fotografía—: Mirá, éstos son mis hermanos.

—¡Qué parecida a vos que es tu hermana!

—Es mi melliza.

—¿En serio? Pero ¡vos me dijiste que eras menor que ella!

—Exacto, fui el último en nacer, por lo tanto soy el

más pequeño.

—Tus otros hermanos son muy diferentes.

—Se parecen a mis abuelos.

—¿Cuál es el mayor?

—Éste —contestó y lo señaló con un dedo.

—¡Ah! Entonces él es el novio de Alison.

—Sí, en realidad, es su prometido. Jeffrey y Alison se casarán dentro de cuatro meses.

—¡Guau! Dentro de poco, estará toda la familia de boda.

Alex sonrió.

—Es mi turno, esperá que busco mis fotos.

Se levantó y fue hasta su bolso. Volvió a la cama con cara de nostalgia.

—Acá mi padre ya estaba enfermo —le indicó con mucho cariño mientras le enseñaba una fotografía—, pero todavía se le veía entero. Murió seis meses después, fue un cáncer fulminante.

—Sí, es una enfermedad terrible. Al final de ese padecimiento, tu ser querido termina no siendo él. Es devastador tanto para el

enfermo como para sus familiares. Uno muere a diario, a su lado, viéndolos transformarse en un despojo humano.

—¿Tuviste algún familiar que murió de cáncer? —le preguntó Paula y él la miró ensimismado.

—Sí, un familiar cercano.

Era evidente que su humor había cambiado y la forma en que le habló del cáncer la dejó extrañada. Ella intentó rescatarlo de inmediato y le mostró una foto actual de su madre.

—Sos muy parecida a tu

mamá, no te parecés ni un poquito a tu padre.

—Sí, eso dicen todos, aunque mi papá siempre dijo que el color de mis ojos era igual al de mi abuela Paulina.»Éste es mi hermano —le enseñó otra imagen—. Y acá está con mi cuñada y los chicos; ahí Franco tenía seis meses, ahora tiene nueve.

—Tu hermano también se parece a tu mamá.

—Así es, ninguno de los dos tenemos rasgos físicos de mi padre. —¿Cómo se llama tu mamá, Alex? La

mía se llama Julia. Y el nombre de tu padre ya lo sé, Joseph.

—Mi madre se llama Bárbara.

Cuando terminaron de desayunar, él entró a la ducha y la joven decidió ponerse un biquini.

—Permiso, Alex, voy a buscar el bronceador y el protector solar. Quiero tomar un poco el sol —le informó.

Él abrió la mampara de la ducha y se asomó, tomó una toalla de un manotazo y se secó la cara; luego la

envolvió a su cintura. Echó una ojeada a al biquini verde que Paula llevaba puesto, con la parte de arriba sin tirantes y un tanga en la inferior, con unas argollas sujetas a unas cadenas que encajaban en sus caderas.

—¿Vas a bajar así? Te vas a poner algo encima, imagino.

—Sí, ahora me pongo un vestido.

Paula sonrió divertida, sus preocupaciones y sus celos, después de lo que había escuchado por la noche, mientras él creía que ella

dormía, le hacían gracia y le daban alguna esperanza. Todavía le faltaba descubrir el aparente impedimento que existía para que pudieran estar juntos, pero estaba convencida de que no podía ser nada realmente grave ni insalvable. Escucharlo decir «mi amor» había sido algo mágico.

—¿De qué te reís?

No podía decirle que le había escuchado, ése era su as en la manga. Prefería esperar a que él se decidiera a confesárselo, pero confiaba en sus propios

encantos y, además, tenía un mes por delante para enamorarlo. Se acercó a él en actitud mimosa y lo agarró por la cintura.

—¿Por qué quieres que me cubra? ¿Me queda muy mal?

—Sabés que no es por eso —contestó él mientras ladeaba la cara y con otra toalla frotaba su pelo para secarlo un poco.

—Maximiliano y Mauricio están acostumbrados a verme en bikini todos los fines de semana. Te puedo asegurar que, en realidad, ni me ven. Soy como un amigo

más para ellos.

—Sí, pero está Mikel y también hay otros vecinos. Quiero tener un día en paz, Paula, sin estar al tanto de quién te mira y quién no. Para la piscina, te sacas ese bendito vestido, pero en la casa, te lo dejás puesto.

—De acuerdo, «señor mandón». Acabamos de tener un desayuno espléndido y no quiero enzarzarme en una discusión con usted, aunque enojado está tan hermoso como cuando sonrío —le dijo con picardía y le plantó un beso

en la boca.

—Vení acá. —Y la apretó contra él para darle un beso más profundo. Al apartarse de sus labios se rió triunfador, pero entonces sonó su teléfono y Alex salió a paso resuelto del baño para responder la llamada.

Paula advirtió que hablaba con su padre, así que se puso su vestido sin tirantes de color verde, tomó el protector solar, el bronceador, las toallas, las gafas de sol, el iPad para seguir leyendo y le lanzó un beso antes de salir. Al ver

que ella se iba, él interrumpió a su interlocutor, tapó con su mano el teléfono y le comentó con gesto de desagrado:

—Eso no es un vestido, Paula, eso es un retazo de tela.

Ella hizo un mohín de disgusto, dio un giro fastidiada y le contestó:

—¡Si no se me ve nada! Ponete un traje de baño que yo llevo las toallas. ¡Te espero abajo! —Y, sin permitir que le replicara, salió del dormitorio

pensando que su actitud era un poco exagerada. Aun así, su reacción la esperanzó: «Me gusta que se ponga celoso, me hace sentir importante. Ese deseo de posesión que Alex expresa hacia mí me hace sentir que me necesita».

Todos se habían reunido para desayunar en la cocina, así que cuando bajó los saludó, cruzó algunas brevísimas palabras con ellos y se dirigió hacia afuera. Estaba resplandeciente, el intercambio de retratos de

las respectivas familias que habían hecho con Alex a primera hora la había dejado con un especial regocijo. El tiempo se presentaba maravilloso, no había una sola nube en el cielo, que aparecía celeste y diáfano en toda su extensión; incluso a esa hora de la mañana ya podía sentirse un calor sofocante, perfecto para gozar de la piscina. Alborozada, se acostó en una de las tumbonas tras aplicarse el bronceador y se estiró durante un buen rato. De pronto, una sombra le

cubrió el cuerpo y, encandilada por el sol, abrió un ojo para intentar distinguir a la persona que se había parado a su lado,. Al descubrir a su amante en bañador, con unas gafas Armani y unas bermudas negras, ansió su contacto y extendió una mano para que él se acercara. Dejó volar sus fantasías y lo imaginó saliendo del agua con la ropa adherida a su piel y empezó a derretirse. Él se inclinó y le dio un beso. Al parecer, lo del vestido había quedado en el olvido y estaba de buen

humor.

—He traído tu iPhone, te lo habías dejado sobre la mesilla de noche y sonó un par de veces.

—Muchas gracias, ni me había dado cuenta. —Se incorporó para revisarlo.

—¿Quién es Pablo? —le preguntó como si no tuviera importancia.

Ella sonrió mientras tecleaba la respuesta. Alex se estaba estirando en la otra tumbona y esperaba una contestación. Terminó de enviar el mensaje, luego hizo una pausa y cogió el

protector solar, como ignorando su pregunta y, de manera mansa y despreocupada, se acercó hasta él y se sentó a su lado para comenzar a untarle la crema por los hombros, pero su móvil volvió a sonar y la interrumpió. Sin prisas, se limpió las manos con la toalla y cogió el teléfono que había quedado sobre su tumbona, sonrió al leer la respuesta y dejó escapar una carcajada. Sabía que Alex la miraba, así que levantó la vista y ahí estaba, serio y adusto. Le dio un poco de

pena y le respondió:

—Es mi hermano —aclaró y le repitió—: Pablo es mi hermano.

Alexander, inmutable, se quitó las gafas y la cogió por la nuca, llevándola hasta su pecho en un abrazo desmedido, y le devoró la boca hasta dejarla sin respiración. Cuando su ataque frontal cesó, ella se separó y él se rió licencioso.

—Listilla.

Paula tecleó otra respuesta y volvió a dejar el móvil.

—Vení acá. Estás muy blanquito, traés todo el

invierno de Nueva York en tu cuerpo y no quiero que te incineres —bromeó mientras extendía el protector en su pecho.

Él disfrutó de sus caricias mientras le ponía la crema y, cuando terminó, se aplicó, a su vez y con mucho mimo, a ponerle a ella. Se tomó todo el tiempo del mundo, a ratos se detenía y le besaba el cuello, le mordía la oreja o la mandíbula, como si no pudiera contener sus deseos. Cuando llegó el momento de acariciarle las nalgas, le manifestó su parecer:

—Así, brillantes, tus nalgas parecen sacadas de una revista *Playboy*; en cualquier momento te las muerdo.

—Ni se te ocurra, Alexander Masslow, que no estamos solos —lo reprendió ella mientras levantaba la cabeza y miraba hacia atrás.

—Yo no veo a nadie.

Pero, en ese mismo instante, empezaron a llegar sus amigos a la piscina. Las otras mujeres también iban enfundadas en sus trajes de baño, listas para tomar el sol.

—Espero que el mirón no seas vos, porque los biquinis de ellas no son mucho más grandes que el mío.

—Yo sólo tengo ojos para tu culito.

—Sí, claro, sacate las gafas; así puedo controlar mejor a quién mirás — protestó Paula, en tono de broma. Él bajó su cabeza y la miró por encima de las gafas, y entonces se carcajearon.

Estaban colocando alrededor de la piscina una mesa de jardín, algunas sillas y sombrillas, así que

Alex se alejó de ella para prestar un poco de ayuda.

Todo eran risas, jolgorio y bullicio, hablaban todos a la vez y reinaba el buen humor.

Mauricio, que quería empezar ya con los preparativos en la parrilla, tuvo que aceptar que su primo lo ayudara, después de que Mikel les contara que le apetecía encender el fuego porque había sido un boy scout.

Maximiliano era el encargado de amenizar el ambiente con buena música.

Pasado el mediodía, Paula

aún permanecía tumbada boca abajo, tomando el sol, y Alex estaba a su lado, boca arriba, y tamborileaba los dedos al compás de la música; sonaba una canción de Axé Bahía, *Gata Brasileira*, un ritmo muy pegadizo y divertido. De forma improvisada, las demás mujeres se pusieron de pie para bailar y no tardaron en acercarse y tironear de ella para que se sumara a la iniciativa. Ella se levantó un poco avergonzada pero fue de todas maneras. Alex se

incorporó en la tumbona para verla mejor y se quitó las gafas. Maxi, que era un gran caradura, se había metido entre todas ellas y llamaba a gritos a Mikel y a Mauricio para que se unieran a la coreografía. Al final, todos terminaron bailando, incluso Alex y Mikel, que no conocían los pasos. Entre carcajadas y chascarrillos, la ensayaron varias veces hasta que salió bastante bien y, tras el baile agotador, se tiraron a la piscina como bombas para refrescarse. ¡Estaban

pasádoselo de lujo!

Aferrada al cuello de Alex mientras flotaban, Paula lo llenó de besos en la cara; sus ojos resplandecían más azules que nunca. Nadaron juntos hasta la parte más baja, ahí se pusieron de pie y ella se enlazó con las piernas alrededor de su cintura mientras él la sostenía por las nalgas y la besaba apasionado.

—¡Uy! ¡Qué buena foto para enseñar el lunes en la oficina! —bromeó Maxi—. ¡*Big boss*, eso es poco serio de su parte!

El aludido se reía pero seguía besándola.

—Te aconsejo que vayas preparando tu carta de renuncia —le espetó Paula a su amigo mientras lo miraba por encima del hombro de Alex, que estaba desternillado de risa y le apretaba el culo con las manos.

—Yo que vos me andaría con pies de plomo —le advirtió éste—, mirá que podría no temblarme la mano al firmártela —bromeó y estampó un beso en la mejilla de su chica

mientras le guiñaba un ojo.

—Eso es abuso de autoridad —se defendió Maxi, que cargaba a Daniela en su espalda.

En ese momento, Clarisa les recordó a Mauricio y a Mikel:

—Ustedes dos están tranquilos acá, pero ¿no eran los responsables del fuego?

—¡Uy, el fuego! — exclamó Mauricio llevándose la mano a la frente.

—¡Son un desastre! — afirmó Paula—. La última vez terminamos todos yendo

a comer al restaurante porque se pusieron a jugar con la Wii y se quemó el asado.

—No te preocupes, Paula, hoy te voy a hacer un asado de rechupete, la carne todavía está a salvo en el refrigerador.

De inmediato, los encargados de la parrilla dieron un salto y salieron de la piscina con resolución. También Clarisa y Daniela se fueron para preparar las ensaladas y María Pía, que no tenía ni idea de cocina, se ofreció a colaborar. Maxi se

dedicó al aperitivo y a la bebida, y Alex le brindó ayuda muy gentilmente. Paula decidió que terminaría de montar las dichas empanadas de pollo que tantos dolores de cabeza le habían ocasionado la noche anterior; aunque teniendo en cuenta lo agradable que había sido la reconciliación, le pareció incluso deseable que él se pusiera celoso más seguido.

El neoyorquino podía llegar a ser muy posesivo, pero a ella le gustaba porque la hacía sentirse cuidada y

querida. De hecho, al salir de la piscina, le había extendido su mano para ayudarla a ponerse de pie y, con disimulo, se había acercado a su oído para decirle con un guiño:

—No olvides el vestido.

—No lo olvido —asintió ella con una sonrisa piadosa.

El almuerzo fue muy distendido y se prolongó bastante. Entre todos ordenaron y limpiaron la cocina y, durante el resto de la tarde, los hombres jugaron a la Wii y también, por equipos, a fútbol-tenis; Alex

y Maxi compitieron con Mauricio y Mikel. Mientras tanto, las mujeres se dedicaron a tostar su cuerpo al sol y a ponerse al día con los chismes. Entre risas, y en un ambiente de complicidad, María Pía les confesó que Mikel era muy buen amante. Ella la escuchaba con atención pero no estaba dispuesta a revelar su intimidad, por más que sus amigas le preguntaran en varias oportunidades. Mapi, sin embargo, reveló ciertos detalles de su alocada noche de sexo, y Paula supo que no

tenía nada que envidiarle. Por suerte, Clarisa y Daniela tampoco estaban dispuestas a confesar sus secretos de alcoba. Paula no tenía el menor interés en saber de la vida privada de sus mejores amigos, aunque el grosero de Maxi, en algunas ocasiones, le hubiera contado anécdotas de sus aventuras amorosas para pedirle consejo sobre los gustos femeninos.

Al final, la charla derivó en la relación que mantenían Alex y Paula. Ésta las escuchaba descreída, aunque

todas insistían en que él la miraba de una manera muy especial. Y aunque les confesó que le gustaba más de la cuenta, reafirmó frente a ellas su decisión de no ilusionarse demasiado:

—Sólo viviré el día a día, sin esperar más.

Estaba tendida al sol boca abajo, con los auriculares del iPod puestos y abstraída por las notas de *We found love* cuando Alex, recién salido de la piscina, se acostó todo mojado sobre ella.

—¡Aaaaaaaaaaaaah, Alex!

Sin hacerle caso, la besó

en el cuello y se quedó tendido sobre su espalda.

—¿Qué escuchás? —

Cogió un auricular y se lo colocó en uno de sus oídos. La letra de esa canción parecía estar hecha para ellos. Paula cerró sus ojos en la parte del estribillo, porque no podía seguir conteniendo sus emociones. Alex notó que ella estaba angustiada y comprendió el motivo de inmediato. La abrazó con fuerza para contenerla.

«Hemos encontrado el amor en un lugar sin esperanza», cantaba Rihanna

y Paula se sentía desfallecer a cada sílaba: «*We found love in a hopeless place*». «¡Que se calle ya! —pensó—. No quiero llorar frente a él. Alex ¿por qué no podemos seguir estando juntos?»

Las frases que él había dicho durante la noche, cuando la creía dormida, no la dejaban en paz y la atormentaban, pero, en su cobardía, no se atrevía a preguntarle para salir de dudas. Por suerte, la canción terminó para dar paso a *Addicted* de DJ Assad, que

él tarareó en su oído. Harta y abrumada por tantas especulaciones, intentó deshacerse de ellas y se aferró al cuello del hombre con los ojos cerrados. Él dejó de cantar y la besó, con uno de esos besos que tanto iba a echar de menos cuando él ya no estuviera a su lado. «No quiero dejarlo ir, no quiero que se vaya — pensó —. No puede desaparecer de mi vida así. Hasta hace una semana, mi alma estaba vacía y sin sentido; en cambio, a su lado me siento viva, me siento mujer.»

Alex se deshizo de los auriculares, la cogió en sus brazos y salió corriendo con ella en volandas hacia la piscina. Por más que Paula gritó y pataleó para tratar de impedirselo, no le hizo caso y se lanzó con ella al agua; era un experto en salir airoso de una situación de peligro en que estaban involucrados sus sentimientos, no era la primera vez que lo hacía. Emergió del agua con ella agarrada aún a su cuello, se rieron a carcajadas y luego la besó.

—Sos hermosa, quiero

verte reír así siempre.

—Vos sos mi alegría —se atrevió a decirle ilusionada, pero se encontró con un silencio mortal.

«Creo que no fue buena idea venir a pasar el fin de semana con vos, nena, no quiero hacerte daño», pensó, arrepentido, Alex en silencio, incómodo por la actitud de Paula. Ella necesitaba escapar de esa situación de incertidumbre pero no era fácil. Decidida, se propuso cambiar de ánimo y se mostró juguetona con él; intentó hundirlo

apoyándose con todo su peso sobre él, pero no lo logró, trepó a su espalda y comenzó a hacerle cosquillas, pero ni así pudo sumergirlo. Al revés, él la levantó con un veloz movimiento y la lanzó al agua, desternillado de risa. De vuelta en la superficie, la joven nadó hacia él y se abrazó a su cuello con los brazos y con las piernas a su cintura, le despejó la cara peinando su cabello hacia atrás y lo besó. Él empezó a bajar sus manos y la tomó de las nalgas, clavándole los

dedos en el trasero, mientras su lengua se apoderaba de su boca con pasión. Ella se apartó jadeando y miró hacia los lados; eran los únicos dentro de la piscina, todos se habían metido en la casa y no se veía a nadie cerca. Más tranquilos, nadaron juntos hacia el borde y él la apoyó contra la pared cubriéndola con su cuerpo. Paula volvió a enlazar las piernas a su cintura y él se aferró de nuevo a sus nalgas.

—Quedate quieta —le pidió, aunque sonaba más bien como una orden.

«¿Qué piensa hacer?», pensó ella perpleja mientras buscaba sus ojos. Su mirada era profunda, sombría; sus verdaderas intenciones, cada vez más claras. Alex apartó su biquini con el dedo y lo enterró en su sexo, lo metió y lo sacó, lo hundió bien adentro y lo movió en círculos dentro de su vagina.

—¿Te gusta, Paula? No te muevas, solamente siente.

—Alex, pueden vernos — dijo ella con la voz entrecortada por la excitación.

—No hay nadie, no te

preocupes, yo estoy atento. Vos no dejes de mirarme, pero no te muevas. Así nadie se dará cuenta de lo que en verdad está pasando acá. Disfrutá, preciosa, sólo aprovechate de mis caricias.

Ella asintió con la cabeza, mientras él torturaba su sexo con los dedos.

—Alex... basta, voy a correrme, Alex —le advirtió, era obvio que la intensidad de la situación había hecho que su orgasmo surgiera muy rápido.

—Dale, nena, dale... no te detengas, entregate al placer

que te estoy dando, dejame llevarte al éxtasis una vez más. No te muevas, mirame a los ojos, no los cierres, por favor, no te delates, hermosa.

Un gemido silente se escapó de su boca y Paula apretó sus dedos contra su vagina, mientras él seguía con su doliente y perversa caricia. Ella le tiró del pelo con las manos, no podía moverse, tampoco cerrar sus ojos, pero igual se dejó ir con un orgasmo aplastante. «¡Dios! ¡Qué momento tan caliente! Nunca había hecho

nada así de arriesgado, frente a las miradas de los demás.»

—Así, nena, así, me encanta darte placer. Relajate y no te pongas nerviosa —le advirtió—, pero... vienen Mauricio y Clarisa. Disimulá otra vez, recién lo hiciste muy bien. —Ella abrió sus ojos como platos y él le hizo un guiño y la besó con ternura—. Tranquila, bonita, no te preocupes que nadie se dio cuenta de nada, te lo aseguro, confía en mí. — Ella volvió a asentir, la voz

de Alex era calma y segura y la serenaba—. Hum, cómo quisiera probarte en este mismo instante.

«Este hombre es un demonio, no para de decirme cosas calientes.» Mauricio se tiró de cabeza a la piscina mientras Clarisa tocaba el agua con la punta del pie y alegaba que estaba muy fría.

—Dale, no seas miedosa, no está tan fría. ¡Entrá o te voy a buscar!

Sin dejarla decidir comenzó a salpicarla y entonces Clarisa se lanzó al agua; jugueteaban sin

importarles Paula y Alex, que seguían abrazados en el borde de la piscina. Éste le guiñó un ojo de nuevo.

—Tendré que esperar a recibir mi premio. Me debés un orgasmo, preciosa. —Ella le sonrió mientras tiraba su cabeza hacia atrás y después le encajó un sonoro beso en los labios—. Nademos un poco para que baje mi erección, estoy demasiado duro.

Después de seguir retozando un poco en la piscina, salieron y fueron hasta las tumbonas para

secarse. En ese instante, llegó Maxi con una bandeja repleta de daiquiris.

El sol había comenzado a caer y el atardecer sobre el lago parecía una postal. Se reunieron alrededor de la piscina y programaron lo que harían por la noche. Tras un rato de propuestas y contrapropuestas, decidieron que irían a comer sushi; así que se terminaron los cócteles y fueron a prepararse para la salida. Paula y Alex intercambiaron una mirada cómplice; ambos sabían de antemano lo que

pasaría en cuanto entraran al dormitorio. Del mismo modo, Mikel y María Pía anunciaron con descaro que se iban a bañar juntos. Entonces, Paula comenzó a recoger todas las copas para llevarlas adentro y acelerar el trámite, Alex se dispuso a ayudarla.

—Yo me encargo de esto —le indicó ella—, juntá nuestras cosas, por favor.

Alexander le plantó un beso en los labios e hizo lo que le había pedido.

—Terminemos pronto con esto, no aguanto más —le

susurró mientras enjuagaba las copas y volvía a besarla —. Nena, estás hecha de fuego, me quemo por dentro, ¡quiero meterme en vos ya! Sólo espero que no entre nadie, porque estoy muy duro, Paula.

Lavaron todo y subieron al dormitorio. Nada más entrar, él trabó la puerta y ambos se transformaron en manos, besos y lenguas. Todo era urgente, en realidad, más para él que para ella. Paula lo tumbó en la cama y le quitó el bañador, dejando al descubierto su grandioso

pene.

—No puedo creerlo, nena, me tenés en este estado de forma permanente.

Descarada, tomó su erección con la mano y se la llevó a la boca. Alex gimió descontrolado y le sostuvo la cabeza acompañándola cada vez que la enterraba en su sexo, devorándolo y lamiéndolo. Se detuvo para pasarle la lengua por la punta, la enterró en su hendidura y, luego, comenzó otra vez con su ataque brutal. Lo metió y lo sacó de su boca muchas veces y

acompañó sus movimientos con caricias en los testículos y en el perineo. Esa última caricia lo enloqueció, Alexander levantó su cabeza para ver cómo se la chupaba y empezó a gemir al ritmo de su mamada, hasta que su salado y caliente semen invadió toda la boca de Paula. Vacío en ella todos sus deseos, se exprimió entre sus labios y ésta se sintió sumamente omnipotente. Se limpió el líquido que chorreaba de su boca y lo besó. Él la devoró, la puso en pie y le desabrochó la

parte de arriba del biquini; luego, con rapidez deslizó por sus muslos la parte de abajo y la tomó de las nalgas para levantarla. Ella enredó las piernas a su cintura y se aferró a su cuello. Así la llevó a la ducha, abrió el grifo mientras sostenía todo su peso con un brazo y se metió con ella bajo el chorro. Desenfrenado, peinó el largo cabello de Paula hacia atrás con sus dedos y se lo mojó bajo el agua, le besó la frente y la cara con frenesí, mientras pensaba: «Nena, este hombre sin

voluntad no soy yo, ¿qué estás haciendo conmigo?». Sus sentimientos lo devastaban y no lograba encontrarles lógica alguna. La joven desenroscó sus piernas y se bajó para que él descansara de su peso; entonces Alex cogió el jabón, la miró con lascivia y comenzó a pasárselo por los pechos. Se los acarició una y otra vez, con las manos resbaladizas y sumamente ardientes. Dirigió el cuerpo enjabonado de Paula hacia el chorro del agua para enjuagarlo y, cuando le quitó

toda la espuma, tomó uno de sus pechos con la boca y le mordió un pezón, lo apretó con sus dientes mientras presionaba el otro con sus dedos, succionó la areola con fuerza y luego volvió a morderlo y se quedó con él entre los dientes mientras la miraba. Ella tenía la boca entreabierta y jadeaba rendida a su tortura.

—Me encanta, Alex. Todo lo que me hacés me hace perder el sentido. —La giró con decisión y le indicó que se apoyara ligeramente en los grifos, inclinó su cuerpo

y le abrió las piernas. Él estaba duro otra vez y la penetró muy despacio por detrás para disfrutar de su profundidad.

—Estoy muy dentro de ti, nena.

Y es que él sabía que su pene era largo y le gustaba jactarse de ello. A Paula, le encantaba.

—Sí, Alex, lo quiero todo dentro de mí. —Y continuó en su idioma—: *Fuck me*.

Que ella le hablara en inglés hizo estallar su animalidad y empezó a moverse de manera

despiadada contra su sexo, entrando y saliendo de ella, mientras se aferraba con una mano a sus caderas y con la otra a su hombro. Cada vez que se metía hacía presión contra ella para enterrarse un poco más.

Se corrieron juntos: Paula gritó su nombre, gimió y aulló de placer y él gritó con ella en una queja agónica, mientras la nombraba. Ambos terminaron sentados en el suelo de la ducha para recuperar el aliento. Las piernas de la chica no paraban de temblar y él la

abrazó contra su cuerpo
mientras el agua les caía
encima. Cuando se hubieron
repuesto un poco, se
pusieron de pie para
terminar de ducharse.

Capítulo 10

ALEX, que siempre se arreglaba muy rápido, había elegido unos vaqueros azul oscuro y una camisa blanca, con calzado en punta de D&G, para salir a cenar. Su aspecto era informal pero sumamente atractivo; complementado con el toque exclusivo que le daba siempre su perfume. Paula estaba frente al espejo del baño en ropa interior,

maquillándose y terminando de arreglarse el pelo.

—Te espero abajo, aprontate tranquila.

—Perfecto. Estás muy lindo. Vení acá y dame un beso antes de irte.

Él se mostró dócil a su demanda y le depositó un beso en la boca, otro en el hombro, le dio una palmada en el trasero y se fue.

Paula había recobrado el ánimo tras esa sesión de sexo que Alex le había ofrecido. Se vistió con unas mallas negras y una blusa sin mangas de lentejuelas

doradas que se adhería lo suficiente al busto como para resaltarlo. Acomodó sus pechos dentro del sostén y los levantó con sus manos para que asomaran en el escote, de manera que parecieran más voluptuosos. Subida en sus tacones de plataformas negras, tiró todo su cabello hacia adelante y luego lo volvió hacia atrás para que sus rizos se separaran. Optó por unos pendientes dorados, se puso brillo en los labios y se roció con J'adore. Después de una última ojeada en el espejo,

estaba lista para bajar.

Alex estaba de espaldas a la escalera, sentado en la barra, bebiendo champán y conversando con Maxi sobre Mindland. Éste advirtió que Paula bajaba y le hizo una seña al estadounidense para que la mirase. Esa noche estaba muy atractiva y se quedó con la boca abierta. Sin ningún disimulo, la repasó con los ojos de pies a cabeza, se levantó y se acercó para ofrecerle su mano. La tomó por la cintura con un movimiento sensual y le acarició el oído

con su aliento:

—Me calentaste otra vez, nena.

Paula se rió y escondió la cara en su hombro, pero antes le hizo un guiño a Maxi sin que Alex lo notara. Su amigo levantó su copa y le devolvió el gesto.

—¡Estás hermosa! — siguió lisonjeándola su amante, mientras la apartaba de él para seguir admirándola.

—Gracias, *Ojitos*. —Él le ofreció su copa y ella, seductora, la aceptó, tomó un sorbo y se la devolvió.

Alex extendió su mano y la acompañó hasta la barra donde estaba Maxi, divertido con el despliegue de galantería del que fue testigo.

Cuando todos estuvieron listos, partieron de muy buen humor hacia Dashi, un restaurante ubicado en el exclusivo centro comercial Tortugas Open Mall. Allí encontraron un ambiente exquisito, con una barra bien equipada y dos sectores diferenciados. Se sentaron en el *lounge* para disfrutar de una cena distendida,

acompañada de cócteles refinados y la música del pinchadiscos. A esa altura, ya todos tenían claro que sería Alex quien pediría la bebida y lo dejaron elegir. Por otra parte, sabían que siempre optaba por lo mejor, así que nadie objetó nada.

Todos parecían tener mucho apetito y atacaron la selección de sushi con avidez. Alexander estuvo muy atento y solícito con Paula. Entre beso y beso, no perdió oportunidad para darle de comer en la boca y demostró un diestro manejo

de los *saibashi*, los tradicionales palillos.

Esa noche, Mikel se había convertido en el gran orador de la velada con sus anécdotas sobre la venta de automóviles. En cierto momento de la cena, Maxi se aferró al brazo de Paula, que estaba sentada a su lado, y le hizo una señal hacia otra zona del salón. Por supuesto, el gesto no pasó desapercibido para Alex, que también miró. Allí estaba Gustavo, su ex pareja, que se acercaba con decisión hacia la mesa. Paula

palideció y Alex, al advertir su estado de nerviosismo, le preguntó con evidente preocupación:

—¿Estás bien?

—Sí, claro, muy bien —le contestó mientras apretaba su mano con fuerza, para encontrar en él el apoyo necesario para afrontar la situación.

—¿Quién es? —insistió Alex.

—Es mi ex —le dijo ella sin más explicaciones.

—Buenas noches, disculpen la interrupción —saludó Gustavo. Nadie le

respondió, pero antes de que alguien pudiera hacerlo Mauricio le gritó:

—¿Qué querés? Volvete a tu mesa con tu mujer. Pensé que no ibas a tener la insolencia de acercarte. Sabés perfectamente que no sos bien recibido por ninguno de nosotros —le advirtió con un dedo en alto.

—Sólo necesito intercambiar dos palabras con Paula y los dejo tranquilos.

—No creo que tengas nada más que hablar con ella —acotó Maxi.

Alex miraba la escena con gesto calculador y, aunque hubiera deseado echar a golpes a ese tipo, recapacitó. No tenía derecho a hacerlo y, sin embargo, su estado de alteración crecía por momentos al ver lo insistente que era y lo humillada y nerviosa que ella parecía.

—Tal vez estaría bien que fuera ella la que decidiera si quiere escucharme o no —añadió Gustavo en tono desafiante. Siempre había tenido fama de pependenciero y su actitud lo confirmaba.

Además, Maxi y Gustavo jamás se habían tragado y Paula, consciente de que la tensión iba en aumento, tomó a su amigo del brazo para calmarlo; Maximiliano apretaba sus puños con fuerza. Ella no deseaba escuchar a Gustavo, pero menos aún deseaba montar un escándalo en el restaurante. Alex, que no quería ni podía mantenerse al margen, le habló con un dominio increíble, mientras miraba de manera fulminante a Gustavo.

—¿Querés oír lo que este

señor tiene que decirte, mi amor?

Arrastró las sílabas de modo despectivo al pronunciar la palabra «señor», dejó atrás la mirada dura y fijó con dulzura sus ojos azules en ella, a la espera de su respuesta.

El hecho de que Alex interviniera la había tomado más por sorpresa aún que la presencia de Gustavo; su frase le había hecho cosquillas en el corazón. Él mantenía su mano aferrada a la de ella y la acariciaba infundiéndole confianza.

Paula se sintió protegida y accedió a la petición.

En el fondo, tener a Gustavo enfrente y no sentir nada por él la hacía muy feliz. Tan sólo unos días atrás, su mente creía que él aún formaba parte de sus sentimientos, pero ahora sabía que no era así; Gustavo era una mala semilla que pertenecía a su pasado. No obstante, le molestaba lidiar con esa incómoda situación. El día había sido demasiado maravilloso para que el necio de su ex viniera a

arruinarlo. La mayor preocupación de Paula, en ese momento, era que Alex se sintiera ofendido y, como empujada por una extraña fuerza, decidió que la mejor forma de que Gustavo se alejase de una vez por todas era contestar:

—Está bien. Sé breve, por favor. En realidad, no me interesa lo que tengas que decirme, pero soy una persona educada —le respondió mientras miraba a Alex a los ojos, para demostrarle que era la única persona que le importaba.

Éste se sintió asombrado y triunfante por la deferencia de la joven y, con ternura, le besó la mano y asintió, se recostó ligeramente en el respaldo con su mirada de sabelotodo y repasó a Gustavo de la cabeza a los pies.

Sin desviar la mirada de Alex, que lo retaba desafiante, Gustavo habló:

—Paula, sólo necesito que me pases un teléfono donde pueda llamarte mi abogado para solucionar lo del apartamento. Creo que va siendo hora de que

pongamos cada cosa en su lugar.

Ella, que no quería darle ninguna de sus señas, miró a Mauricio de inmediato y él la entendió en seguida e intercedió:

—Yo soy el abogado de Paula, así que pasale mis teléfonos a tu abogado para que se comunique conmigo.
—Mauricio se puso de pie, sacó una tarjeta de su cartera y se la entregó.

—Bueno, ya tenés lo que querías. Ahora, andate por donde viniste y, en lo posible, si pudieras irte del

restaurante, mucho mejor. Tu cena ya terminó —le soltó Maxi con un tono agrio.

Gustavo dio las buenas noches y no obtuvo respuesta.

—Son todos muy valientes —acotó con sorna. Después de su estúpido comentario, salió caminando en dirección a su mesa y, en ese momento, Alex perdió el control, tiró la servilleta con furia y se levantó para seguirlo, pero Paula fue más rápida y lo retuvo. Mikel, que estaba sentado a su lado,

también lo tomó del brazo para que se calmara.

—No vale la pena — intentó tranquilizarlo Paula —. Por favor, no permitamos que estropee nuestra noche y nuestro magnífico día. —Ella le sostenía la cara con las manos para que la mirara a los ojos—. Por favor, Alex, por favor.

El ambiente se distendió finalmente cuando Gustavo y su mujer se marcharon del lugar.

Era la primera vez que Paula lo veía desde su

ruptura y le había quitado un gran peso de encima no sentir nada por él.

Todos pusieron de su parte para recobrar de nuevo el buen humor y Mikel retomó la anécdota de la venta de un Ferrari, que la irrupción de Gustavo había dejado a medias.

Para culminar con la experiencia culinaria en el lugar, pidieron la carta de postres. Alex se debatía entre el volcán de chocolate y el famoso «mil pasiones», compuesto de finas láminas de chocolate semiamargo,

intercaladas con una mousse helada de frutas. Decidieron compartir ambos postres entre los dos y los probaron con deseo.

—¡Qué manera de comer! Hoy estás muy goloso, *Ojitos* —le dijo Paula, mimosa, mientras le daba una cucharada en la boca. Alex la abrió bien grande y, luego, se acercó a ella y le habló casi en un susurro.

—Estoy preparando mi semen para vos, quiero que la próxima vez que lo tomes sea bien dulce.

Ella lo miró extrañada y él

le musitó entre dientes:

—Es que el semen varía de sabor en función de la comida y me apetece que sea tan dulce como vos.

—No lo sabía —se sorprendió ella, sonrojada. Él le guiñó un ojo y Paula se rió con malicia y se escondió en su cuello; había logrado excitarla.

»Te aseguro que te gustaría tocar lo que provocaste en mi entrepierna con ese comentario —se animó a decirle, traviesa, al oído.

—No me tientes, porque

siempre podríamos encontrar algún lugar hizo una pausa— como, por ejemplo, el baño. Me levanto y te espero allá, ¿quierés?

Ella le sonrió con lascivia, pero sus tórridos planes duraron poco, porque todos empezaron a levantarse, dando por finalizada la gran comilona. Salieron del restaurante cogidos de la mano y, después de unos metros, la abrazó y se acercó para hablarle en voz baja:

—Creo que el baño quedará como un asunto

pendiente para la próxima vez que salgamos; prometo no olvidarme.

Paula lo miró sin saber si bromeaba o no y él la miró con ardor y dejó la proposición flotando en el aire. Volvieron a Los Castores y todos habían comido tanto que nadie tenía lugar para el café, así que decidieron irse a dormir.

Ya en la habitación, Paula entró al baño para desmaquillarse y salió, tras unos minutos, descalza, con los zapatos colgando de la mano, y se paró junto a la

cómoda para terminar de desvestirse. Alex tenía la camisa y los pantalones desabrochados y estaba sentado en la cama quitándose los zapatos, mientras ella se deshacía de las mallas y el cinturón con naturalidad. Parecía una escena cotidiana de dos personas acostumbradas a compartir a diario.

—¿Qué sucede? —le preguntó Alex al oír que se lamentaba.

—Olvidé traer agua, seguro que después me da sed —hizo el amago de

volver a vestirse, pero él la detuvo.

—No te preocupes, voy yo.

Cuando él regresó, ella estaba metida en la cama, enfundada en un picardías de satén de Victoria's Secret. La miró de reojo y dejó sobre el mueble una jarra con un vaso, se quitó la camisa y se metió en el baño. Paula aprovechó para revisar su móvil y se dio cuenta de que su madre la había estado llamando repetidas veces. Sintió pena por no haberla atendido, se

maldijo por ser tan ingrata y decidió enviarle un mensaje de texto. Su móvil no tardó en sonar.

—Hola, mamita. Perdón por no atenderte antes. No escuché tus llamadas, tenía el teléfono en el bolso y estaba en un restaurante con música.

—No te preocupes, hija. ¿Cómo estás? ¿Así que saliste?

Alex, que estaba metiéndose en la cama en ese momento, se recostó en su vientre mientras ella hablaba y jugueteaba con su

cabello.

—Sí, mami, salimos a comer con unos amigos. Estoy en la casa de fin de semana de Mauricio, con Maxi y otras personas que no conocés.

—¿Algún novio?

—No, maaa, ya te dije que no busco nada.

Paula se ruborizó, él estaba muy cerca y esperaba que no hubiera oído el comentario.

—Hacés mal, hija. Deberías conseguirte un buen muchacho que te cuidara y te mantuviera, así

no tendrías que trabajar tanto.

—Sí, claro, como si me gustara ser una mantenida —se rió ella—. ¡Ni loca, mami! Sólo una vez acepté eso y mejor no recordar cómo me salió.

—Sos tan testaruda como tu padre, Paula. Bueno, estoy contenta porque ya falta menos para vernos.

—Sí, mamá, ya queda poquito para las vacaciones.

—¿Qué día viajás al final?
¿Ya tenés el pasaje?

Su madre, en esa época del año, siempre se ponía

ansiosa. —Tranquila, ya reservé para el día 23, pero aún no sé el horario del vuelo. Cuando lo tenga, te confirmo para que me vayan a buscar.

—Tu hermano y yo tenemos muchas ganas de verte. Exequiel ya tiene separada tu botellita de vino, la que siempre te tomás cuando venís a vernos.

—Yo también tengo muchísimas ganas de estar ahí, los extraño, mami. Decile a ese viejo que deje de treparse para buscar botellas, a ver si se cae de la

escalera, que él ya no es ningún atleta.

Exequiel era el empleado de toda la vida de la familia y, aunque ahora las tareas de mantenimiento de la casa las llevaba a cabo su hijo, él seguía allí, con su esposa, como una piedra más del lugar. De hecho, ellos habían sido de los pocos que se habían quedado durante los tiempos difíciles para hacer frente a la situación, codo a codo con ellos.

—Sí, claro, como si fuera a hacerme caso. Exequiel está más viejo y testarudo

que nunca, no sé cómo lo aguanta Guillermina. Pero, dale, contame. ¿Estás bien, hija querida?

—Sí, mami, estoy muy bien, quedate tranquila. No sé por qué estás levantada todavía.

—No me regañes, ya me estaba acostando, pero sabía que ibas a llamar en cuanto miraras el móvil.

—No me hagas sentir más culpable de lo que me siento, mami.

—No seas tonta, no te lo digo por eso. Besos, hija, que descanses y a ver

cuándo me presentás a un candidato. Me alegro de que te lo estés pasando bien con tus amigos, disfrutá, divertite y sé feliz, hija, sobre todo sé feliz.

—Chao, mami, chao. Hoy estás imposible. Besos.

—Besos, hija, te amo.

—Yo más.

Paula colgó, dejó el teléfono en la mesilla de noche y se deslizó en la cama, quedando cara a cara con Alex.

—Lo siento, cuando hablo con mi mamá es difícil colgar.

—No te preocupes, me encantó el cariño con que le hablabas. Ella parecía un poco preocupada; lo siento, hay cosas que no pude dejar de oír.

—No hay problema. Además mamá exagera. No sé cómo será la tuya, pero la mía siempre está ansiosa e intranquila.

—Uf, si conocieras a la mía, a veces es insoportable. Una vez vino a mi casa y se instaló allí durante todo un día para cocinarme para toda la semana, porque decía que estaba muy delgado.

—Si mamá viviese cerca de Buenos Aires, no te quepa la menor duda de que me haría lo mismo.

Ella le acariciaba el pelo despacio y él tenía sus brazos enroscados alrededor de su cintura y las piernas enredadas a sus muslos.

—Fue un día maravilloso, Alex.

—Es cierto, no quiero dormirme para que no se acabe.

—¿De verdad?

—En serio. —Se dieron un beso y luego él le acarició el rostro, la peinó para

despejarle la cara y le habló con dulzura:

—Sé que no es de mi incumbencia, pero... ¿quieres hablar de lo que pasó en el restaurante?

Ella pensó durante unos minutos antes de contestar y decidió sincerarse.

—Fue una situación incómoda, pasé un mal trago por el encuentro. Es la primera vez que nos topamos después de la ruptura, pero verlo no significó nada para mí; es más, creo que hoy he dejado de lado definitivamente a

todos mis fantasmas. Lo cierto es que me puse muy nerviosa porque era un trance para el que no estaba preparada.

Alex suspiró, mientras la miraba a los ojos y reseguía sus labios con el dedo.

—Perdón por haberme entrometido, sé que no tenía derecho a hacerlo, pero no me gustó la forma en que te hablaba y te miraba.

—No te preocupes, no me molestó tu intervención, y si lo que te tiene inquieto es lo que dijiste en el restaurante, podés quedarte tranquilo, sé

perfectamente que no soy tu amor. Soy consciente de que lo hiciste para que no quedara como una estúpida y te lo agradezco, fue muy considerado por tu parte.

En el fondo, Paula esperaba que Alex le dijese que estaba equivocada, que sí era su amor, pero él no lo hizo. No obstante, sus palabras no lo dejaron indiferente y tuvo que tragar saliva para poder seguir hablando. De repente, se sintió imbécil.

—Tenés dos grandes amigos, ¿lo sabés? Creo que

Mauricio y Maximiliano se habían dado cuenta de que estaba ahí antes que vos y estuvieron pendientes por si se acercaba, al menos eso me pareció.

Alex cambió de tema, era obvio que sólo hablarían de lo que él quisiera.

—Sí, yo también lo creo.

—Si no es indiscreción, ¿a qué apartamento se refería?

—preguntó él con delicadeza.

—Cuando estábamos a punto de casarnos, compramos un piso a medias. Yo puse mis ahorros

y él vendió su casa de soltero para adquirirlo. Iba a ser el lugar donde íbamos a vivir y donde calculo que él está ahora. Tiene que darme lo que me corresponde y así se termina la historia de una vez. No voy a regalarle mi parte; Mauricio se encargará de todo.

—Me parece justo.

—No creo que sea tan caradura para pensar que voy a cedérselo. Ahí también metí dinero de mi madre, que me dio una buena parte para comprarlo, aunque si por ella fuera sé

que no le importaría perderlo. Mauricio sabrá qué hacer, yo no quiero saber nada del tema, cuando esté el dinero listo, que me lo pase y sanseacabó. No pienso lidiar con Gustavo ni con nadie de su entorno.

—¿A qué se dedica ese idiota?

—Es abogado.

—¿Por qué tenés tantos conocidos abogados?

—Era amigo de Mauricio. Nos conocimos por él, igual que con María Pía. Por aquel entonces, trabajaban todos juntos en un bufete muy

conocido.

—Entiendo.

—No quiero seguir hablando de Gustavo. Alex, por favor, es un tema enterrado para mí, un mal recuerdo, un muy mal recuerdo.

—Lo siento, preciosa, no quiero que te entristezcas.

—No, *Ojitos*, no es eso, Gustavo ya no significa nada para mí y, precisamente por eso, no me interesa hablar de él.

Alex la besó dulcemente y después le devoró los labios con desesperación y

posesión. Paula hubiese querido decirle que era suya, que podía tomar de ella lo que quisiera porque le pertenecía, pero no lo hizo. Él levantaba una barrera que sólo sus caricias y besos podían derribar, así que lo dejó avanzar. Esa noche, Alex le hizo el amor y entró en ella para inundar de sensaciones sus entrañas. Unidos por sus sexos, en un vaivén de sacudidas que devastaban los sentidos y la razón, se enredaron en caricias, abrazos y besos; parecía que su fuego no se

mitigaría nunca, porque nunca tenían suficiente el uno del otro.

Tardó mucho rato en salir de dentro de ella. Habían conseguido juntos el orgasmo y cruzado los límites del placer. La joven sentía que él la había amado verdaderamente esa noche, aunque no se lo dijera, su cuerpo lo demostraba. Su físico cada vez emitía más señales y Alex cada vez se cuidaba menos de demostrarlas. Se apartó de encima de Paula, acurrucó su cabeza en su cuello y

buscó su mano para
enlazarla a la suya. Así se
durmieron, unidos y en
silencio.

Capítulo 11

DESPERTARON tarde. Cuando ella abrió los ojos, él la miraba. Sus manos estaban aferradas a su trasero y sus piernas enlazadas a las de ella; el calor de su cuerpo era el único sitio donde quería estar en ese momento. Paula se acurrucó aún más a su lado y cerró los ojos con miedo de que tan sólo fuera un sueño. Cuando los volvió

a abrir con cautela, ahí seguía él; notó su respiración en la cara y se dio cuenta de que estaba despierta. Le sonrió y él la correspondió con otra sonrisa igual de generosa.

Paula deseaba con desespero expresar lo que en verdad sentía, un sinnúmero de pensamientos pasaron en millonésimas de segundo por su cabeza. Pero no quería que sus ojos se humedecieran, pestañeó y decidió romper la magia:

—Hola, ¿hace mucho rato que estás despierto?

—Hola, sí, un ratito.

—Me podrías haber despertado —le dijo algo adormilada.

—¿Y perderme la oportunidad de verte dormir? Ni loco —contestó él y le besó la nariz.

—¿Dormiste bien?

—Tan bien que, cuando desperté a tu lado, creí que era un sueño.

—Hace unos instantes tuve la misma sensación, que estabas en mis sueños.

—No, preciosa, estoy en tu realidad y vos en la mía.

—No quiero levantarme.

—Entonces no nos levantemos.

—Pero tengo hambre.

—¿Mucha hambre?

—Sí, de comida y de vos, como siempre.

—Hum, ¿y de cuál tenés más? —insistió él.

Ella puso los ojos en blanco para pensarlo y respondió:

—De vos, incuestionablemente —le corroboró mientras besaba su barbilla.

—Bueno, eso puede resolverse muy rápido.

—¿Sí? ¿Tenés la solución?

—preguntó ella con falsa ingenuidad.

—Creo que me sé algunos trucos.

—¿Sólo algunos?

—Bueno, quizá unos cuantos —coqueteó él.

—Ah, eso suena mejor, quiero muchos trucos —exigió ella.

—¿Insaciable?

—Me parece que me contagié de vos y ahora también soy una adicta.

—Ah, eso es un problema grave, porque no tiene cura —bromeó él.

—Mentiroso, sí que la hay.

—Ah sí, ¿y cuál es la cura? —le siguió el juego a Paula.

—Un boleto de avión en primera a Nueva York —le dijo ella.

—¿Querés que me vaya, Paula?

—¿Querés irte, Alex? —contraatacó ella.

—Yo pregunté primero.

—Y yo siempre pregunto y nunca obtengo respuestas, sólo evasivas —protestó.

Alex pensó un rato, como de costumbre y contestó:

—No, por el momento.

Esa respuesta la sacó de

quicio:

—Claro, me olvidaba de que aún quedan algunos días más. —Se puso un dedo en la sien para hacerle notar su olvido y siguió—: Aún no es la hora de decir *game over*, ¿verdad?

—¿Por qué, Paula, por qué llevaste la conversación hasta este punto?

—Tenés razón. No sé por qué lo hice. Debería ser consciente de la situación y no romper las reglas, «tus reglas» —resaltó— y aceptar de una vez por todas que vos y yo no podemos

llegar a ningún punto significativo. Sólo besos, caricias, tonteos y sexo; ése es el final de siempre: cama, ducha, jacuzzi, sofá, mesa. Debemos considerar que nos faltan un par de superficies y espacios por explorar. ¿Creés que nos alcanzará el tiempo, Alex? El plazo máximo es el 22 de diciembre, ¿no? Después, fin del asunto.

—¿Adónde querés llegar, Paula?

—A nada, Alex, tengo muy claro que con vos no voy a llegar a nada. Se

deshizo de su abrazo, contrariada, y se sentó contra el respaldo.

Luego se levantó y, a pesar del enfado, recordó que debía caminar bien sensual, exhibiendo el trasero. Entró en el baño, cerró la puerta de un portazo y el golpe retumbó en todo el dormitorio. Trabó la puerta y se metió bajo la ducha, se deslizó por la pared, abandonó su cuerpo en el suelo y quedó hecha un ovillo, enjuagando sus lágrimas bajo el chorro. Ahogó su llanto para que él

no la oyera, sus emociones la superaban, ya no podía disimular más ni quería hacerlo. Alex intentó entrar, golpeó la puerta varias veces y la llamó por su nombre para convencerla de que le abriese, pero ella no contestaba. Después de un rato, dejó de insistir.

Paula estuvo bajo la ducha el tiempo suficiente para calmar su llanto y salió para secarse. Miró su figura reflejada en el espejo, se sentía muy triste. «¡Mierda! Cuando me desperté no imaginé que la mañana

podía terminar así. Pero ¿qué quiere? No soy de piedra, tengo sentimientos y él parece que no. ¿Cómo puede no involucrarse? ¿Cómo lo consigue?»

Después de pensar un rato, se dio cuenta de que no podía seguir posponiendo su salida del baño. Necesitaba vestirse, pero aún estaba demasiado enfurecida y no quería verlo, porque temía que con una sonrisa o con un simple beso volviera a convencerla. Sin embargo, no tenía otra opción, debía salir. Se envolvió en una

toalla y abrió la puerta. Él permanecía sentado en la cama con los codos apoyados en sus piernas y la cabeza entre las manos; parecía pensativo. Fue hasta el cajón donde estaban sus prendas y buscó ropa interior, dejó caer la toalla y se puso el tanga y el sostén de espaldas a Alex, que no decía nada. Ella no pensaba disculparse.

«Es culpa tuya —cavilaba él—, no te quejes. Sabías que repetir con ella era un riesgo y, encima, además de follártela más de una vez

anoche te hiciste el héroe defendiéndola. ¿Qué esperabas? Era obvio que comenzarían a confundirse las cosas. Si no querés reproches, no los hagas; si no querés exigencias, no las tengas. ¿Qué te pasa, boludo? Tu toque con las mujeres está seriamente afectado. Te estás comportando como un perrito faldero, no como un conquistador. ¡Bah, mujeres, sólo quieren castrarnos, pero ésta encima tiene un culo que me gusta!» Intentó dejar a un lado sus reflexiones y

se puso de pie. Paula lo miraba con el rabillo del ojo y vio que se había puesto el calzoncillo. Pasó por detrás de él sin pronunciar palabra y se metió en el baño dando un portazo también. Poco después, se oyó el ruido de la ducha. Ella terminó de vestirse, se puso unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas y bajó.

Dentro de la casa no había nadie. Desde la pared acristalada pudo ver que todos estaban alrededor de la piscina o remojándose a gusto. Miró la hora, era

pasado el mediodía y parecía que nadie pensaba mover un dedo para comer. Enojada como estaba no quería comer sobras o comida rápida, así que revisó la nevera y se puso a preparar el almuerzo con lo que encontró. Alex bajó al rato y se fue directo hacia el ventanal, sin ver que ella estaba en la cocina. Su pelo aún estaba mojado y lo había peinado hacia atrás. Llevaba puesto un bañador corto de color azul que combinaba con sus ojos.

Paula lo admiró en

silencio. Su espalda y la musculatura de sus piernas eran un espectáculo para la vista de cualquier mujer, tenía un físico realmente agraciado. Sin embargo, decidió que no quería distraerse con su exterior, así que se propuso dejar de mirarlo y seguir cocinando. El ruido de una cacerola lo hizo darse cuenta de que ella estaba ahí, pero no se movió. Ella también se mantuvo en sus trece. Entonces Alex se acercó a la alacena para tomar un vaso, se sirvió agua y salió de la casa en

busca de los demás.

Paula quería ponerse a gritar; en esos momentos sí que estaba muy cabreada. «¿Qué se cree? ¿Piensa que puede ignorarme así? Pues que sepa que también yo puedo hacerlo.»

Enfurrugada siguió descargando su ira contra las verduras; la cocina parecía una buena terapia. Después de unos cuantos minutos, y un poco de dedicación por su parte, todo estaba listo o en marcha. Entre el horno y el fuego de la cocina, se había quedado muerta de

calor, el aire acondicionado de la casa parecía no dar abasto, así que fue a ponerse un traje de baño y bajó como alma que lleva el diablo. Salió de la casa y atravesó el césped sin saludar ni mediar palabra con nadie, se tiró de cabeza a la piscina y recorrió nadando toda su longitud. Cuando llegó al borde, se aferró a él con los brazos hacia atrás y los miró.

—En veinte minutos estará la comida, vayan a poner la mesa —les dijo—. Si alguien quiere ir a comprar el postre, un tiramisú o un

helado serían ideales para lo que preparé. Si no compraron el pan todavía, vayan a buscarlo porque lo que hice no puede comerse sin pan. Puedo estirar un poco más la cocción si alguno de ustedes empieza a mover el culo ya.

Y después del exabrupto se lanzó a nadar. Justo antes de sumergirse pudo ver que Maxi miraba a Alex con expresión interrogante; era obvio que se había dado cuenta de que pasaba algo. Mikel silbó, sorprendido por sus ínfulas.

—Por lo visto, estamos en un regimiento de caballería —protestó Mauricio—. Esta mujer se levantó con todo, te compadezco Alex. ¿Acaso estás «en tus días», Paula? —le preguntó fiel a su estilo, sin importarle si esa estúpida pregunta podía molestarla más aún.

Cuando ella emergió del agua, todos habían desaparecido, incluso Alex. Miró hacia la casa y lo vio caminando hacia la piscina.

—Cogí las llaves de tu auto, voy por el postre. Salí de ahí y andá a retrasar la

cocción de la comida, por favor —le pidió resaltando el «por favor» que ella no había utilizado. Se miraron desafiantes y Paula se deslizó hacia el borde para salir del agua. Él estiró su mano para ayudarla, pero ella no se la aceptó. Cuando empezó a caminar para alejarse, la tomó del brazo y le advirtió—: No estoy para soportar escenas, Paula.

—No las soportes. ¿Me visto y te llevo a tu hotel de regreso, querés? —Alex la agarró de la nuca y la besó, quiso meter su lengua, pero

Paula se resistió. Entonces él se apartó.

—No me tientes, Paula, hoy estuve a un tris de hacerlo.

—Sos libre de hacer lo que quieras.

Él la soltó, dio media vuelta y se fue a paso decidido hacia el aparcamiento.

—¿Sabés llegar al centro comercial? —le gritó Paula y él no tardó en girarse y contestarle:

—Quizá si me pierdo te hago un favor.

Se miraron serios y luego

se desternillaron de risa, él volvió tras sus pasos y ella fue a su encuentro, la levantó hasta dejarla a su altura y la besó.

—Andá a demorar esa comida, que ahora traigo el postre —le sugirió mientras la dejaba en el suelo y le palmeaba el trasero.

Alex llegó con varios paquetes y se acercó a la cocina, donde estaba Paula, Maxi lo ayudó a bajar los bultos para guardarlos en el refrigerador. Ella estaba probando la salsa y él se acercó.

—¡Andá ahora mismo a ponerte algo! ¡No quiero que estés en bañador acá! —Por el tono que había empleado no había discusión posible. Le sacó el cucharón de madera con el que estaba revolviendo la salsa y la volvió a mirar. Ella le sonrió para apaciguar su enojo, lo besó en la nariz y subió la escalera. Cuando regresó en pantalón corto y camiseta, Mauricio estaba en la isla de la cocina destapando el vino.

—Parece que te pusieron en tu lugar, saliste corriendo a ponerte ropa decente —se

rió—. Y esta vez no te hiciste la loca, ¿eh? Sabés exactamente cuándo te aprietan los zapatos.

—Callate, idiota, ¿qué sabés vos?

—No, yo no sé nada, sólo digo lo que veo. ¿Qué te pasaba antes que estabas tan enfadada?

—Después te cuento, ahora no es el momento.

—Lo que sea que te haya sucedido, que te suceda más seguido, por favor, preparaste muchas cosas ricas.

—Sos un tarado. Después

de todo, él también salió corriendo a hacer lo que dije.

—En eso tenés razón, debo reconocerlo. Estás loquita por él, ¿verdad?

—Ay, amigo, más de lo que debería. Eso es lo que me enoja, acabás de dar en el clavo.

—Él también está loquito por vos, Paula, te lo aseguro.

—¿Vos creés? —le preguntó deseando que no se equivocara.

—Sólo basta fijarse en cómo te mira embobado cuando no te das cuenta.

—¿En serio? —Una chispa se encendió en su interior. Quisiera creerle pero no entendía qué le impedía a Alex abrirse a ella.

—Creeme, él siente más cosas de las que dice —siguió su amigo—. Ahora mismo, por ejemplo, no te quita el ojo de encima, supongo que le extraña que hablemos tanto. Espero que no sepa leer los labios.

—Espero que no... ¿Nos está mirando?

—Sí y viene para acá, creo que no aguantó más la

intriga.

Ambos se rieron.

—¿Necesitan ayuda? — preguntó Alex mientras se acercaba.

—Sí, traé esa fuente por favor, *Ojitos* —le indicó ella—. Yo llevaré ésta, la pasta está lista, así que la dejaré reservada.

Mauri salió caminando por delante de ellos, con dos botellas de vino.

—¿De qué hablaban tanto rato?

«Ay, si será tonto. Me encanta cuando no es capaz de disimular», pensó Paula

divertida.

—Del apartamento, Alex. Le dije que hiciera lo que considerase más adecuado, que tratara de recuperar el máximo de dinero, pero que cuanto antes acabase con todo esto, mucho mejor.

Él quedó conforme con la explicación y asintió con la cabeza.

La comida estaba para chuparse los dedos. Alex comía como si fuera la última vez y elogiaba a cada momento la pasta.

—*Un pasto veramente italianissima, a molto*

piacere!

—¿Hablás italiano? —le preguntó ella asombrada.

—*Quasi niente*. Aprendí un poco en el colegio y lo que uno practica en los viajes, nada más. ¿Conocés Italia?

—No, conozco gran parte de mi país; bastante de Brasil; de Uruguay, sólo Punta del Este y de tu país, Nueva York. Este verano viajaré a Aruba y a Puerto Vallarta. Es mi programa de vacaciones.

—Ah, ¿cuándo vas? Tenía entendido que viajabas a Mendoza a ver a tu madre.

—Sí, estaré dos semanas allí y luego partiré para la playa.

—Ah, mirá vos. Son muy lindas esas playas, seguro que disfrutarás mucho de esos lugares paradisíacos.

—¿Los conocés?

—Sí. —Alex se había quedado pensativo—: ¿Vas sola?

Ahí estaba otra vez, queriendo controlar lo que supuestamente no le pertenecía.

—Hace un par de años que Maxi y yo cogemos las vacaciones juntos.

Este año él está en pareja, así que también irá Daniela. Aunque sé que seré mal tercio, ellos me insistieron mucho y, si no me engancho a amigos, mis vacaciones son muy aburridas —le explicó Paula.

—Seguro.

Alex se mantuvo un rato en silencio, mientras revolvía sus espaguetis. «Podría pasarlas a tu lado, si quisieras, idiota», hubiese querido decirle ella. Todos los temas de conversación desembocaban en lo mismo. Se hizo la tonta y cambió de

asunto:

—Creo que, después de almorzar, estaría bien empezar a juntar nuestras cosas, si no más tarde el tránsito se pone insoportable en la Panamericana. La última vez que me fui después de las cinco, tardé casi una hora y media en llegar.

—Sí —confirmó Mauricio —, el regreso a la capital es terrible después de esa hora.

Emprendieron la vuelta sobre el horario previsto. Maxi también decidió evitar la congestión y partir

temprano; los anfitriones se quedaban esa noche en Los Castores, así que se despidieron de ellos, les agradecieron su generosa hospitalidad y se fueron. Después del maravilloso día que habían pasado el sábado, el domingo estaba resultando fatal para Alex y Paula. Habían intentado remontarlo por todos los medios, pero no lo conseguían. Ella puso música en el coche y saltó *Troublemaker*. Mikel empezó a tararearla feliz y a hacer percusión con sus

manos, mientras María Pía cantaba el estribillo. Estaba claro que se entendían, y es que se habían sentido atraídos desde el primer momento. Alex y Paula, en cambio, seguían contrariados y casi no habían hablado después del almuerzo. Cuando llegaron al apartamento, María Pía recogió su coche y, como el Faena quedaba de camino a su casa, se ofreció a llevar a Mikel y Alex hasta el hotel. Él y Paula se despidieron en el aparcamiento con un beso deslucido y triste.

En cuanto se fueron, Paula maldijo cómo se sentía y ansió poder resolver todas las dudas que atosigaban su mente. Entró en su apartamento y abandonó las bolsas en la sala. Estaba todo bastante oscuro, como su estado de ánimo, y así lo dejó. Agobiada, caminó hasta el dormitorio, se despojó de los zapatos y los vaqueros y se dejó caer sobre la cama con los brazos abiertos. No tenía ganas de hacer nada y fijó su vista en el techo como si fuera a encontrar allí las respuestas

que necesitaba. Quería dejar de pensar en Alex, pero no lo lograba. Le resultaba inaudito que ese hombre se hubiera adueñado de su corazón en tan poco tiempo.

Estaba inquieta, dubitativa y pensó que tal vez era oportuno acabar con la aventura antes de que sus sentimientos se involucraran aún más; pero cuanto más se proyectaba en ello, más imposible le parecía. «¿Qué me has hecho, Alex? ¿Qué demonios me has hecho?», protestó en silencio.

El ruido del teléfono la

despertó. Adormilada, lo cogió de la mesilla de noche y contestó sin pensar. Una voz femenina le hablaba en inglés al otro lado. Paula se sorprendió.

—¡Hola, guapo! —dijo la mujer.

—H... o... l... a... — contestó ella atontada por el sueño.

—¿Alex? —insistió la voz desconocida.

—¿Quién habla? —Paula no lograba entender que la llamaran a ella buscando a Alex.

—Amanda, ¿está Alex?

Paula miró la pantalla y, en ese momento, entendió lo que pasaba. Se habían intercambiado los teléfonos. Se despabiló en un instante y, sin saber qué hacer ni qué decir, colgó y apagó el móvil con torpeza. «¡Mierda, joder! ¿Quién es Amanda? La verdad es que no tengo nada de suerte, todo me sale al revés. Ahora tengo que avisarle de que tengo su teléfono y él el mío. Mejor lo llamo desde el fijo, no quiero que piense que estuve revisando su móvil, aunque, bien pensado,

podría encontrar cosas interesantes si lo hiciera. Realmente es muy tentador tener el teléfono de Alex entre manos. Pero ¿qué hago si encuentro algo que no quiero ver? No obstante, estoy segura de que él también buscará cosas en el mío. Salvo por las fotos que le saqué durmiendo, no tengo de qué preocuparme. ¡Qué vergüenza! ¡Tengo una foto de su culito desnudo! Bueno, Paula, lo primero es lo primero. Voy a avisarlo y, luego, juntaré coraje y le espiaré un poquito.»

El teléfono sonó tres veces y entonces Alex contestó.

—¡Maldición, Paula, intercambiamos nuestros teléfonos!

—Hola, Alex, sí, acabo de darme cuenta. Te llamaron y, dormida, atendí la llamada. Te llamó una tal... Amanda, creo. —Ella oyó con claridad cómo él se reía al otro lado del teléfono, porque a pesar de su intento de disimular que no le importaba que una mujer lo llamase, había hecho demasiado hincapié en el nombre.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dijo?

Paula tomó aire y reflexionó: «Está burlándose de mí, sí, estoy segura. Me lo preguntó en tono de guasa». Entonces intentó contestarle desinteresadamente otra vez:

—«¡Hola, guapo!», eso es lo que dijo y preguntó por vos varias veces aclarando que era Amanda. Luego no dijo nada más, bueno, no pudo porque le corté y apagué el teléfono cuando me di cuenta de que era el tuyo. Alex, ¿te estás riendo de mí?

—Amanda es mi hermana,
Paula.

—Ah —contestó ella
sintiéndose en evidencia—,
me da igual quién sea. En
todo caso, lo siento por
atender, te repito que estaba
dormida.

—No hay problema, en un
rato mando a Heller a
buscarlo y que te devuelva el
tuyo. ¿Te parece bien?

«Podrías traerlo vos»,
contestó desilusionada, pero
dijo:

—Sí, perfecto.

—De acuerdo, un beso.

—Otro para vos.

Pero Alex seguía ahí.

—Dale, cortá —le pidió ella.

—¿Quién creíste que era Amanda?

«Maldición, ¿por qué me pregunta eso ahora? Si hubiese cortado antes, me hubiera evitado tener que responderle», se desesperó Paula y se limitó a decir:

—La verdad es que no lo pensé, Alex, sólo me sentí apenada por haber contestado. No es un asunto de mi incumbencia.

—No pensaste, ¿eh? Yo sí lo hubiera hecho si te

hubiera llamado un hombre al móvil. —«Claro que hice conjeturas, idiota, me estaba devanando los sesos por la ansiedad, pero no te voy a dar el gusto de reconocerlo, ¡engreído! Además, estoy segura de que vos hubieras puesto el grito en el cielo si me hubiera llamado alguien, ¡caradura! Si no hubiera sido tu hermana, te habrías inventado cualquier excusa respecto a la identidad de esa mujer o no me hubieras dicho nada, porque sos un experto en evadir respuestas.» Lejos de

evidenciar sus verdaderos pensamientos, Paula empleó toda su compostura para responderle:

—Yo no soy vos, Alex. No tengo ningún derecho sobre tu vida privada para cuestionarte nada y, con respecto a la mía, creo que deberías revisar tu postura. Nuestra relación sólo implica compartir la cama y algún que otro momento más, fueron tus reglas, ¿te acordás?

—Bueno, veo que ni la siesta te cambió el humor. En un rato va Heller para tu

casa. Adiós.

Paula se quedó histérica: «¡Me cortó! ¡Me cortó! Sencillamente me cortó. ¿Será idiota? Pero ¿quién se cree que es?». Volvió a llamarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó él al atender.

—Espero que no revises mi móvil porque es de muy mala educación.

—¿Para eso me llamaste? —se rió él con sorna—. Espero que vos no revises el mío porque es de muy mala educación, Paula —arrastró su nombre con lentitud—.

¿Quién me da la seguridad de que vos no lo harás?

—Te lo aseguro. Probá y verás que está apagado. Por lo visto, el mío sigue encendido.

—Pudiste hacerlo antes de apagarlo.

—Eso vas a poder confirmarlo fácilmente cuando veas la hora de la llamada de tu hermana —le aclaró utilizando el mismo tono para que supiera que lo ponía en duda— y la hora de mi llamada. Ahí te podrás dar cuenta de que no tuve tiempo de revisar nada.

—Paula, ¿tenés ganas de pelear? Por lo visto hoy no tenés un buen día, ¿acaso se aproxima tu período?

—Sí tenés razón, tengo ganas de pelear, vos... me buscás, todo el tiempo con ese tonito de sobrado con el que me hablás. Y, para tu información, no se aproxima mi período. Ya pasó y, aunque estuviera en mis días, no suelo tener fuertes cambios de humor.

—Voy a cortar, Paula, así Heller puede llevarte el móvil. Podés quedarte tranquila, no me interesa lo

que puedas tener guardado en el teléfono.

—Perfecto, me parece muy bien.

Y le cortó. «Tomá, ahí tenés, quedate vos ahora con la palabra en la boca. Además, sos un idiota. Por supuesto que voy a revisar tu móvil y seguro que vos también vas a hacerlo.» Acto seguido, cogió el teléfono y se puso a fisgonear. Por supuesto, no lo había apagado aún. Había dos llamadas perdidas más de Amanda y pensó que si no las tocaba estarían ahí

cuando lo encendiera.
«¿Dónde voy primero? Sí, a los correos. Alison, millones de correos de ella y todos de trabajo, es lógico, es su secretaria. ¿Jeffrey? —Abrió uno para ver quién era—. ¡Bah, es su hermano! Todos de la empresa también, correos de su padre. Acá no hay nada. ¿Mensajes de texto? ¡Bandeja vacía tanto en “Recibidos” como en “Enviados”, qué ordenadito! —Entonces, recordó los suyos—. ¡Maldición! ¡La cantidad de estupideces que tengo guardadas en los

mensajes que me escribo con Maxi sobre él! ¡Dios mío, qué vergüenza! Bueno, Paula, dejá de lamentarte, ya es tarde. —Y se obligó a continuar—. ¿Fotos? ¡Fotos! Sí, voy a ver sus fotos. ¿Cuándo me sacó estas fotos? ¡Durante la cena en el Faena la noche en que nos conocimos! ¿Cómo no me di cuenta? Más fotos mías tomando sol en la piscina de Mauricio. ¡Será zorro! ¡Son todas de mi trasero! ¡Mirá, una juntos! Sí, ésa sabía que la había sacado. Más fotos juntos... las quiero, las voy a

copiar en mi ordenador. —
Caminaba por la casa a toda
prisa, no tenía mucho tiempo
—. ¡No tiene nada, sólo
fotos nuestras y mías!
Mientras se copiaban en el
ordenador, siguió mirando
las demás carpetas—. Acá
hay otra carpeta con
imágenes. ¡Oh, son de su
cumpleaños! ¡Qué hermoso,
le da vergüenza apagar las
velas! ¡Me lo como!
También las quiero. Acá está
su familia, sus padres, sus
hermanos, sus sobrinos y,
acá, los amigos, Mikel...
Agudizá tus sentidos, Paula.

Nadie abrazado a él que deba tener en consideración, no hay nada. ¿A ver el Whatsapp? Una conversación con esa Amanda, otra con su mamá, con su padre, con Mikel, nada interesante. Esto es inútil. Otra conmigo y otra con Rachel Evans. ¿Y ésa quién es? —Tuvo miedo—. Mejor lo dejo, no está bien lo que estoy haciendo, mejor lo apago, Heller debe de estar por llegar. ¿Quién cuernos es Rachel Evans?»

El nombre quedó dando vueltas en su cabeza y pensó

que quizá estaba entre las fotos del cumpleaños. Intentó memorizar su cara en la foto de perfil de Whatsapp para luego buscar con más tranquilidad. Fue a vestirse de forma decente para atender al hombre cuando llegase. El timbre no tardó en sonar, Paula contestó el interfono y dio paso al chófer de Alex, pero el timbre volvió a sonar.

—¿Quién es?

—Disculpe, señorita, soy Heller otra vez. La puerta no se abre.

—¿Qué hora es, Heller?

—preguntó ella con fastidio.

—Las diez y media, señorita.

—Disculpe, ya bajo a abrirle. Después de las diez, la puerta se cierra con llave.

—Está bien, acá la espero, no tengo prisa.

Cogió las llaves, se calzó los zapatos y bajó. Heller esperaba paciente en la entrada del edificio, con los hombros rectos y los brazos a los lados del cuerpo. Siempre parecía tener postura de militar, siempre muy correcto. Paula le abrió la puerta y, después de

ofrecerle un educado saludo, intercambiaron los móviles y él se marchó.

Ya había cenado y lavado los platos sucios, y era hora de irse a dormir, pero no tenía sueño porque había hecho la siesta durante toda la tarde. Entonces, cogió el móvil para ver si le había llegado algún mensaje y, en cuanto se encendió la pantalla, se desternilló de risa. De fondo de pantalla había una foto de Alex sacando la lengua. Se rió como una estúpida. «Alex, realmente tenés el poder de

aturdirme», pensó y luego besó el iPhone. Le encantaba la idea de tener una foto de él como fondo de pantalla. Entró a su carpeta de «Imágenes» y pudo comprobar que se había sacado unas cuantas más haciendo monerías o enviándole besos. De entre todas, había una muy especial en la que se veía su cara, al lado de su ordenador y tapándose la boca, mientras en la pantalla del Mac se divisaba la que ella le había sacado durmiendo desnudo. «¿Será bobo?

Después de todo, sí revisó mi móvil», se dijo y le envió un whatsapp:

—*Payaso.*

—*Atrevida.*

—*¿Y por casa cómo andamos? Tus fotos no son menos atrevidas que las mías.*

—*¡Aaaaaaaah! ¡Además de atrevida, mirona!*

—*Sí, miré, igual que vos. Por cierto, vi demasiadas fotos de mi culo.*

—*Pero vos tenías puesto eso tan diminuto que llamás «biquini», en cambio yo salí con el culo al aire y todo*

blanquito.

—*Tonto.*

—*¡No sabía que hablabas de nuestras intimidades con Maximiliano!*

—*¡Estuviste leyendo mis mensajes!*

—*¡Qué pena! :- (Vos no pudiste porque los míos se borran ni bien llegan o los envío.*

¿Encontraste algo interesante?

—*No, sos muy ordenadito.*

¿Qué estabas haciendo? Yo ya estoy acostada, pero como dormí toda la tarde no tengo sueño.

—Yo también estoy acostado y también dormí toda la tarde y tampoco tengo sueño. Estoy trabajando un poco desde mi ordenador.

—Perdón por mi mal humor de todo el día.

—No te preocupes, Paula, me gustás enojada también. Yo espero que nunca me veas de mal humor, porque no sé si te gustaré tanto.

—Me encantás de todas maneras, Alex, no creo que vayas a dejar de gustarme en estado de enajenación. En realidad, creo que es una faceta tuya que me

encantaría descubrir.

—Vos también me gustás de todas formas.

—Alex, no estaba en mis planes conocerte. Sé que lo que hay entre nosotros no es una relación, pero este fin de semana se ha parecido mucho a eso, con otras parejas a nuestro alrededor, compartiendo nuestra intimidad. Y sumado al encuentro con Gustavo y la defensa que hiciste de mi honor, me sentí protegida, no sola como me encuentro siempre. Después llegamos e hicimos el amor y me

*desperté abrazada a vos...
Alex, me gustás mucho,
quizá más de lo que
deberías. Perdón
nuevamente por haber
estado de tan mal humor,
creo que no he sabido
manejar bien mis
sentimientos.*

Necesitaba abordar el tema de alguna forma. Volvió a cerrar los ojos, su corazón palpitaba con fuerza. La respuesta tardó en llegar, pero cuando vio lo extensa que era, respiró:

—Lo sé, nena. Entiendo todo lo que me decís, porque me

pasa lo mismo. Creo que vos y yo este fin de semana compartimos demasiado nuestra intimidad. Esta mañana, mientras dormías y te miraba, pensaba sobre ello. Y también creo que no es bueno que estemos sintiendo estas cosas. No puedo ofrecerte una relación estable, Paula, y creeme que me encantaría que así fuese. Creo que sos muy inteligente y muy bonita, lo que te convierte en una persona sumamente interesante. Eso, combinado con tu sensualidad, te hace alguien

irresistible. De hecho, sos irresistible para mí, Paula, pero quiero ser sincero con vos en todos los aspectos. Por momentos, tampoco sé cómo gestionar esto que me pasa y por eso te reclamo sin sentido y me creo tu dueño, más de lo que lo soy. Y soy consciente de que eso también hace que te confundas.

—¿Por qué decís que no podés tener una relación estable? ¿No podés o no querés? (Alex, por favor, contestame.)

—Creo que no es serio

hablar de esto por mensajes. No es mi estilo, aunque supongo que es más fácil para ambos. No puedo ni quiero, Paula. Es un rollo mío que no entenderías. Dejemos las cosas como están, preciosa, por favor. No puedo decirte más. Creeme cuando te digo que mi vida es muy complicada.

—¿Qué querés decir con que «dejemos las cosas como están»? ¿Que hasta acá llegamos? ¿Que todo se termina? ¿Que sigamos como hasta ahora?

—Lo que vos quieras, Paula.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Paula se limpió un poco los ojos para poder seguir escribiendo, veía la pantalla borrosa.

—*¿Y vos qué querés, Alex? Yo sé lo que quiero.*

—*Yo también sé lo que quiero... quiero estar con vos de la misma manera en que vos querés estar conmigo, pero no se puede.*

—*Alex, ¿estás casado o comprometido?*

—*Sabía que ibas a preguntármelo. NO, NADA DE ESO.*

—*Entonces, no te entiendo. Decís sentir cosas por mí, pero ¿qué es lo que te impide abrirme tu corazón? ¿Acaso estás enfermo?*

Paula recordó la conversación en que habían hablado del cáncer y tuvo pánico a su respuesta.

—*NO, TAMPOCO. DEJÁ DE PENSAR EN ESAS COSAS.*

—*Quiero entenderte, Alex. Estás libre, sano... Entonces, ¿no te gusto?*

Sus lágrimas, en ese punto, ya eran incontenibles.

—*Mejor lo hablamos*

mañana, a la hora del almuerzo. Nos vamos a comer juntos a otro lugar, no donde vamos siempre, y lo hablamos, Paula. ¿Sí?

—No, Alex, no, no me dejes así. No me importa hablarlo por teléfono o cara a cara, pero, por favor, no te vayas. Seguí acá conmigo. Estuve todo el día muy angustiada. No me dejes así.

El teléfono sonó de repente. Era él y Paula contestó con un hilito de VOZ.

—Sabía que estabas llorando, no quiero que te

sientas así.

—No puedo, Alex, no puedo —le dijo sollozando—. Creeme que intenté, por todos los medios, poner mi mente en blanco y separar mis sentimientos para dejarme llevar por el momento, pero no puedo. No sé lo que me hiciste, ya sé que es muy pronto, incluso no estoy segura de lo que siento, si es verdad lo que quiero o no, pero todo es con vos. No sé si sos sólo un capricho, pero sí que estás en mis pensamientos y en mi piel constantemente. Te

apoderaste de mis sentidos y supongo que sabés que no te estoy mintiendo porque leíste mis mensajes con Maxi. A esta altura, es una tontería no decírtelo. Te quiero, Alex. Ya está, ya te lo dije y si querés olvidarte de mí lo entenderé. Pero, por favor, dame una explicación coherente para poder cerrar esta historia.

Paula terminó la frase sollozando sin sentido y sin aliento, no podía parar.

—Me estás partiendo el corazón en mil pedazos. Maldita la hora en que nos

conocimos, no quiero hacerte sufrir. No soy una mierda aunque lo parezca. También tengo sentimientos y quiero que te calmes para que mañana lo podamos hablar más tranquilos. — Hizo una pausa esperando a que se serenara—. Nena, quisiera estar ahí para poder abrazarte. No quiero que te sientas mal y menos por mi culpa. Yo también te quiero, tal vez no de la manera en que vos lo necesitás, pero no soy tan insensible como para no sentir nada por la persona con la que estoy

compartiendo tanta intimidad. No llores más, por favor.

La voz de Alex parecía sincera y le estaba suplicando. Ella intentó respirar hondo.

—Está bien, perdón por el berrinche. No soy una niña caprichosa... hasta yo me desconozco. Soy consciente de que soy una persona adulta y no estoy actuando como tal.

—No pienso nada de eso. Me gustás tal y como sos y no te apenes, sólo quiero saber que estás mejor o, al

menos, más calmada.

—Sí —le dijo ella entre suspiros—, lo estoy.

—¿Mejor o más calmada?

—Más calmada.

—Bien, quiero que descanses, que duermas y que no pienses en nada más por hoy. Mañana hablamos, ¿de acuerdo?

—Sí, Alex. —Ella sabía que no iba a poder dejar de pensar, pero no fue capaz de decírselo.

—¿Puedo cortar, entonces?

—Sí, hasta mañana, que descanses.

—Hasta mañana, te mando un beso, preciosa.

—Beso.

Paula colgó. No tenía sentido seguir estirando el asunto o se pondría a llorar de nuevo. Volvió a mirar todas las fotos del móvil otra vez y se durmió, entre sollozos y suspiros. La angustia y el cansancio la habían vencido.

Capítulo 12

PAULA se despertó con un fuerte dolor de cabeza, así que se levantó directa a tomarse un ibuprofeno. Sintió vergüenza de sí misma al recordar la conversación telefónica de la noche anterior; se consideró infantil. Pasó por el espejo del baño y vio que tenía unas ojeras que no iba a poder tapar ni con tres kilos de corrector.

Se dio una ducha corta y se vistió con presteza. Decidió realzar su imagen con un vestido rojo entallado, fruncido a la altura del pecho y que caía en un drapeado en las caderas. Dedujo que el color disimularía su rostro demacrado, eligió unos zapatos de tacón negro con suela roja y un collar de piedras negras que caía por encima del escote. Estaba casi lista cuando su móvil vibró, interrumpiendo los últimos retoques al maquillaje. Le había llegado

un whatsapp de Alex.

—*¡Buenos días!*

—*¡Hola, buenos días!* —

Una sonrisa estúpida se apoderó de su cara.

—*¿Dormiste bien?*

—*Sí, finalmente pude hacerlo, quedate tranquilo, estoy mejor. Gracias por preguntar.*

—*A mí también me costó dormirme, me pasé la noche pensando.*

Paula quiso no haber leído esa última frase.

—*No quiero parecer grosera, pero no me gustaría llegar tarde al*

trabajo. Además se supone que, si voy a ocupar el puesto de Natalia, debo dar el ejemplo. Aún me falta terminar de maquillarme y debería estar saliendo en quince minutos.

—Perfecto, sólo quería darte los buenos días, ¿de verdad estás bien?

—Sí, Alex, no te preocupes más. Me encanta que me des los buenos días, me malacostumbrás.

—Me encanta hacerlo. Te llamo cuando esté llegando para esperarte y subir juntos a la oficina.

—*Dale. Besito.*

—*Beso, no salgas apurada, por favor. Conducí con cuidado.*

—*Sí, no te inquietes.*

Definitivamente, un color estridente y un buen maquillaje podían hacer milagros y ni hablar de unos cuantos mensajes prometedores de Alex.

Estaba llegando a Mindland cuando sonó su teléfono y, como tenía el manos libres conectado, atendió la llamada.

—¡Llegué! —le informó Alex.

—Estoy a pocas calles, no tardo.

—De acuerdo, te espero en el coche.

Él aguardó en la entrada y Heller se paró justo donde había lugar para que ella aparcara. Cuando Paula detuvo el coche, Alex se bajó y se cambió al suyo, impidiendo que ella bajara. El chófer de Alex se marchó en seguida.

—Buenos días —la saludó y, acto seguido, le estampó un tremendo besazo que la dejó sin aliento. Tenía un aspecto impecable; llevaba

puesto un traje gris de diseño que le quedaba de infarto.

—¡Alex! ¡Pueden vernos!

—La joven miró hacia todos lados.

—Los vidrios son oscuros, no se ve nada. Además, no sabés las ganas que tenía de darte un beso —le confesó mientras pensaba en lo mucho que le había costado anoche no ir hasta su casa.

—Claro, a vos no te importa. Pero no pensaste que, cuando te marches, de la que van a reírse y de la que hablarán será de mí.

Él volvió a darle otro beso para hacerla callar, sin importarle lo que acababa de decirle.

—No quiero pelear, hoy no, Paula, por favor. Con lo de ayer fue suficiente. Es más, necesito que arranques el puto coche y nos vayamos a tu apartamento o al hotel. Quiero perderme en vos. — Y la miró fijamente—. Sólo eso quiero.

—Hay mucho trabajo —le dijo ella con voz tentadora. En realidad, ella ansiaba lo mismo.

—Soy el jefe. —Le guiñó

un ojo mientras notaba que su entrepierna empezaba a latir con fuerza.

—Alex, esto no es lógico.

—Pero es lo que queremos, ¿no? —Se quedó mirándola—. Paula, si no querés que me ponga así, ¿para qué te vestís de esa forma? ¡Vámonos de una vez de acá!

Paula apretó el botón de arranque y su Volkswagen cobró vida de nuevo. Alex se abrochó el cinturón de seguridad y reposó la mano sobre la pierna de ella, le levantó el vestido y

comenzó a acariciarle los muslos.

—Si querés que lleguemos, no me desconcentres.

—Nena, sos inesperada. Eso es lo que me gusta de vos, Paula. Con vos, jamás es aburrido.

El tráfico de la mañana era denso. Aunque horas atrás había considerado a Alex alguien inalcanzable, volátil e indiferente, ahora lo tenía a su lado y le resultaba todo lo contrario, lo veía real, verosímil y febril. Éste tocó la pantalla del equipo de

sonido y empezaron a oírse las notas de la canción *Your body*. Paula le cantó el estribillo y sonrió:

All I wanna do is love your body

Ooooooh, ooooooh, ooooooh, ooooooooh

Tonight's your lucky night, I know you want it

Ooooooh, ooooooh, ooooooh, ooooooooh

Dispuesto como siempre a ese tonto, Alex hizo una pantomima para indicarle que le entregaba todo su cuerpo. «Ay, maldito, sos tan sensual. No aguanto

más, quiero devorarte entero
—pensó Paula—.
¡Maldición! ¿Es que vamos
a pillar todos los semáforos
en rojo?»

El neoyorquino se rió, era obvio que Paula estaba igual de ansiosa. No le quitaba el ojo de encima, la recorría de pies a cabeza con la mirada.

—No entiendo cómo hacen ustedes, las mujeres, para conducir con esos tacones.

—Es cuestión de práctica.

—Están locas. Y nosotros más por subirnos y dejar que nos lleven.

—¿Estás quejándote de mis dotes de conductora?

—¡No! Sólo hablo de tus tacones. *You look really hot!* Debo reconocerlo.

—Adulador. No es necesario que sigas piropoándome. Ya estás cerca de conseguir lo que querés, casi llegamos.

Alex le enseñó una vez más su sonrisa de ángel-demonio y la joven creyó levitar.

La ansiedad mutua era palpable. Ella accionó el portón del garaje e introdujo el coche. Alex bajó antes y

la esperó para alcanzarle el bolso, la abrazó y le dio un beso.

—¡Ya falta menos! Sólo nos queda subir en el ascensor —exclamó él con entusiasmo.

—Parece que estás apurado.

—No te imaginás cuánto. Quiero borrar toda esa basura que nos malogró el día de ayer, necesito vivir cada día como si fuera el último. Escuchá bien, Paula, cada día —le resaltó y aclaró —: y no estoy diciendo cuándo será el último, ¿me

explico?

Ella se quedó anonadada, intentando dar el mismo sentido que él a sus palabras. Mientras Alexander llamaba al ascensor, ella buscó las llaves del apartamento.

—¿Ansiosa también?

—Mucho.

—Te aseguro que no más que yo —le susurró él.

Entraron en el ascensor y, como la urgencia era mutua, comenzaron a besarse y a tocarse. Paula tenía el vestido levantado a la altura de sus muslos, mientras Alex le lamía la boca y

hundía los dedos en sus nalgas.

—Puede subir alguien — advirtió ella en un arranque de cordura.

—No va a subir nadie —le contestó él entre beso y beso.

—Ah, sí, ¿cómo lo sabés?

—Sencillamente, porque no puedo parar.

Llegaron al piso del apartamento, ella se bajó el vestido y, entre risas, recorrieron el pasillo. Al entrar, Alex ya tenía la corbata en la mano, dejó los maletines en el sofá del

salón, se quitó la americana y la colgó en una de las sillas. Paula había desaparecido de su vista, metida en su pequeño estudio para elegir una canción, pues quería que le hiciera el amor con música. Buscó una que marcara la intensidad del momento y calmara su urgencia. Al final se decidió por *Fix you*, la puso en modo «repetición» y salió.

—¿Estamos exigentes hoy? —le preguntó él, la tomó entre sus brazos y comenzó a moverse al ritmo

de la música. Paula supo que no existía mejor lugar donde cobijarse que entre sus brazos.

—¿Por qué lo decís?

—Basta con oír el ritmo de esta canción. ¿Alguna razón en especial para elegirla?

—La razón que vos quieras, Alex. —Él apoyó su frente en la de ella, inspiró y espiró profundamente y comenzó a cantar:

*When you lose something
you can't replace*

*When you love someone, but
it goes to waste Could it be
worse?*

La miró por unos instantes y luego descansó sus carnosos labios en los de Paula. Sus besos eran dulces y suaves, se apartó de su boca para embriagarse con el aroma de su pelo. Ella bajó sus manos, le acarició la espalda y lo sintió tensarse. Tímidamente

balbuceó en su oído:

*When you're too in love to
let it go*

*If you never try, then you'll
never know*

Just what you're worth

Alex comenzó con la hábil y sensual tarea de bajarle la

cremallera del vestido y, de inmediato, ella experimentó una corriente de electricidad que le recorrió el cuerpo. Sólo él conseguía hacerla sentir así, mientras le besaba el cuello con su boca húmeda y lasciva. Sus manos bullían por tocar su piel desnuda y la excitación del hombre empezó a adquirir preponderancia. Deslizó el vestido por sus brazos para que cayera a sus pies, la tomó de una mano para que saliera de él y, aprovechando la distancia, le dedicó una mirada lujuriosa

que le paralizó los sentidos.

—Dejame mirarte, Paula, dejame grabar en mi mente cada una de tus curvas.

Ella satisfizo su deseo y lo dejó recorrer su cuerpo con su mirada perturbada y luego lo invitó a que la siguiera hasta la habitación. De pie junto a la cama, él se quitó los gemelos y los dejó sobre la mesilla de noche. Mientras desabrochaba su camisa no podía dejar de admirar los ojos de Paula, que ese día lucían verdes, entre citrino y turmalina. Se dejó la camisa abierta y se

deshizo de sus zapatos y calcetines. La joven se había sentado en la cama, recostada en sus codos, disfrutando del espectáculo abrumador que era verlo desvestirse. Desabrochó su bragueta con soltura, pero se dejó puestos los pantalones. Se quitó el reloj y lo depositó junto a los gemelos: estaba haciendo tiempo a propósito. Sus ojos estaban fijos en los de ella, Paula podía sentir cómo aumentaba la humedad de su vagina. Juntó sus piernas en un acto reflejo y las retorció

de impaciencia. Entonces Alex sonrió. Con lentitud, caminó hasta el diván que estaba a los pies de la cama y allí dejó su camisa con cuidado; después hizo lo propio con sus pantalones. Su enorme erección era evidente bajo el calzoncillo blanco de algodón que llevaba puesto. Volvió tras sus pasos, se paró nuevamente frente a ella y con gracia se quitó la ropa interior; Alex sabía cómo excitarla. Su erección saltó oscilante y, sin más dilación, él se tumbó sobre su cuerpo.

La humedad de su pene dejó un rastro en la pierna de Paula, que se retorció de deseo. Buscó sus labios con ternura, mientras le pellizcaba el pezón con los dedos. Le bajó los tirantes del sostén y le liberó los pechos para aferrarse a ellos, los sostuvo entre sus manos y luego los besó. Rodeó un pezón con su lengua, lo succionó y lo mordió; primero uno y después el otro, mientras se movía encima de ella restregándole su pene.

—Nena, te deseo.

—Yo también.

Metió su mano por dentro del tanga y pudo comprobar que los fluidos inundaban su vagina.

—Hum, estás muy húmeda para recibirme, estás empapada. Me encanta tenerte así.

Hundió un dedo en ella y lo movió hacia adentro y hacia afuera para enloquecerla. Lo sacó para poder deshacerse de su prenda interior y recorrió con su mano desde el nacimiento de sus pechos hasta su vagina, buscó el

clítoris y se quedó expectante, mientras observaba la reacción que su caricia le producía. La boca de Paula estaba entreabierta y por ella escapaban grititos y gemidos. De forma involuntaria, su pelvis se contraía por el intenso manoseo. De pronto, Alex suspendió las caricias. La canción que sonaba de fondo había vuelto a empezar y, con ella, comenzaba de nuevo la cadencia de la melodía. Alex volvió a acariciarla imitando el ritmo de la pieza musical y Paula a

punto estaba de perder la razón. Sin perder tiempo, atacó su boca, se perdió en ella, la recorrió con su lengua, devoró sus labios y luego se acostó de espaldas para pedirle que se subiera encima de él. Ella se sentó sobre su pelvis y se restregó en su sexo con sus dedos enredados en su pelo. Frenética, hundió la nariz en su cuello y se perdió en su fragancia, sabiendo que difícilmente la apreciaría en otra persona. Con locura, atacó su boca moviendo su lengua de forma despiadada

para saborearlo una vez más. Los besos de Paula desataron la irracionalidad en él. La mantenía sujeta por el trasero y hundía los dedos en sus nalgas; probó con unas palmaditas y luego las volvió a apretar hasta causarle dolor. Rápidamente, le desabrochó el sujetador y la aprisionó con su abrazo, necesitaba sentir cómo sus senos se aplastaban contra su piel.

Salvo por los zapatos, su cuerpo estaba totalmente desnudo y Paula no pensaba quitárselos, porque a Alex le

excitaba verla así. Sus piernas estaban enredadas y ningún contacto parecía ser suficiente para calmar su ansiedad. Esa mujer causaba un verdadero desbarajuste en él; la sujetó por el pelo, lo separó y lo tironeó para llevarle la cabeza hacia atrás. Transformado por su excitación, le mordió la barbilla y el lóbulo de la oreja.

—Paula, me quitás la voluntad. Cuando te tengo entre mis brazos, no puedo pensar con claridad.

—Ejercés el mismo poder

sobre mí, Alex. Sólo ansío perderme en tus caricias.

Giró, arrastrándola con él, y la dejó bajo su cuerpo. Por fin, tomó su pene y lo introdujo en la vagina. Lo hundió en ella y se quedó un instante disfrutando de la profundidad de la joven, mientras la miraba.

—Alex —susurró ella.

Era realmente poderosa, porque con sólo pronunciar su nombre, se derretía.

—Nena, tu vagina está muy caliente, puedo sentirla y me enloquece. Comenzó a moverse, hacia adentro y

hacia afuera; y, de su boca, escapaban gemidos roncós y agónicos.

—Vos estás muy firme, también puedo sentirte.

—Sí, nena, estoy tan duro que me duele. Necesito alivio, no doy más. La música aceleró su ritmo y Alex también incrementó el de sus embestidas. Engulló el cuerpo de Paula y se perdió en el momento, junto a ella. Se corrieron mientras se besaban. Él gritó mientras mordisqueaba sus labios, Paula le clavó las uñas en la espalda sin darse cuenta y

chocó su pelvis con fuerza contra la suya, para vaciarse con él. Agotada, quedó inerte bajo el cuerpo del neoyorquino. La intensidad del orgasmo la había adormecido y se sentía embotada. Él levantó su cara para mirarla, aún dentro de ella, le apartó el pelo y le acarició el rostro.

—¿Estás bien?

—Paralizada, exhausta.

Él se rió y dejó caer nuevamente su peso sobre el cuerpo de ella. —Estoy igual, nena. No tengo más fuerzas. Me quitaste toda la

que tenía, me siento como si me hubiera pasado una apisonadora por encima.

Capítulo 13

ESE día no regresaron a la oficina. Por la tarde, estuvieron trabajando desde el apartamento, ella en su estudio y Alex en la sala con el Mac sobre la mesa baja, desde donde atendió también varias llamadas telefónicas. Luego fueron hasta el hotel para buscar algo de ropa, puesto que éste pensaba quedarse a dormir esa noche con Paula.

Cuando salieron del Faena, pasaron por el mercado para hacer algunas compras y surtir un poco la nevera y la alacena de la joven, que estaban bajo mínimos. Él estaba muy entusiasta y ella, fascinada con la faceta del Alex hogareño. Pasaron por una bodega, donde él compró vino, cerveza y champán. Caminar abrazados o de la mano por las calles de Buenos Aires había apartado todos los fantasmas que los amenazaban.

Por la noche, él se ofreció

a preparar la cena, pero, como se suponía que quería sorprenderla, la obligó a encerrarse en el dormitorio hasta que todo estuvo listo. Desde allí, se podía oír el ruido de los cacharros en la cocina. Ella se sentía exaltada y conmovida por tantas atenciones.

Cuando todo estuvo listo, la fue a buscar a la habitación, le cubrió los ojos con un pañuelo y, cogiéndola por la cintura, la guió hasta el salón. Los ojos azules de Alex centelleaban y le daban un aspecto

risueño; estaba entusiasmado y expectante con la sorpresa. Paula experimentó una oleada de placer cuando los aromas de la comida la invadieron. Él la abrazó por atrás y, con suma delicadeza, le quitó el vendaje.

—¡La cena está servida! ¡Tatachán! —exclamó él.

La mesa del comedor estaba puesta de forma especial. Había dispuesto los platos en una esquina; el florero que descansaba a diario en la mesita baja se había transformado en un

centro de mesa y las copas de agua y de vino ya estaban llenas. Las velas de los candelabros, que Paula jamás había podido estrenar porque nunca había tenido una cena romántica, estaban encendidas. Había cuidado hasta el último detalle y todo estaba increíble e inmejorable.

—¡Alex! —gritó asombrada.

—¿Te gusta? Es nuestra primera cena romántica.

Paula no encontraba las palabras, Alex la había dejado muda.

—Todo está... precioso. Vos sos precioso —le musitó y se aferró a su cuello para atraerlo hacia su boca—. Me sorprendiste mucho. Gracias. Nunca me habían tratado así, nunca nadie había hecho algo así por mí.

Alex era único en todos los aspectos.

—Pasemos a la mesa, *mademoiselle*.

Paula sonrió y se dejó guiar. Él la acompañó, movió la silla y esperó a que ella se sentara para arrimársela, luego ocupó su

lugar y levantó la copa de vino para brindar.

—Exquisito, aunque no sé si es buena idea que beba vino blanco, se me sube a la cabeza con facilidad —dijo ella en tono de broma.

—Lo recuerdo muy bien —afirmó Alex y se rieron.

En ese momento, Paula levantó la servilleta del plato para ponerla en su regazo y quedó al descubierto una nota escrita por éste: «Vivamos cada día como si fuera el último. Tuyo, Alex M.».

Ella no pudo contenerse,

se levantó y corrió a besarlo mientras lo abrazaba con ímpetu.

—Gracias, sos muy especial.

—Vos lo sos, por eso intento ponerme a tu altura.

A pesar de todas las intenciones y todas las palabras bellas que ese día le había dedicado, todo hacía presuponer que Alex había empezado a planear su despedida. Mientras él servía la cena, ella leía y releía la tarjeta, y acariciaba las letras con su dedo índice. Sin duda, era un detalle

simple pero increíblemente romántico.

Alexander había cocinado atún en salsa de limón y salteado unas verduras en wok, todo exquisito. Terminaron de comer, recogieron la mesa, metieron todo en el fregadero de la cocina y, de pronto, sonó el timbre.

—Debe de ser el postre, he pedido crema helada de arándanos y *cheesecake* con frambuesas —le informó Alex.

Paula se conmovió con el detalle, él le guiñó un ojo, le

dio un beso y bajó a recibir el pedido.

Mientras esperaba que regresara, Paula propició el ambiente y apagó todas las luces, menos la lámpara del salón, cerró las cortinas de los ventanales, y luego fue al estudio para preparar una selección de temas.

Cuando volvió a la cocina, lo encontró descorchando una botella de La Grande Dame.

—Me gusta Diana Krall — le confesó él—, creo que es una de las mejores cantantes de jazz actuales.

—Sus versiones de clásicos son magníficas. A mí también me encanta —le aseguró ella y añadió—: Cuando necesito un momento para mí, siempre la escucho.

Alex la tomó en sus brazos y bailaron *Fly me to the moon*.

—Esta música es muy sensual —afirmó él y se besaron por millonésima vez. Cuando acabó la canción, Alex llenó las copas y le pasó una. Estaba sentado en uno de los rincones del sofá y ella,

ligeramente recostada en el otro, con las piernas en su regazo.

Mientras conversaban, él le había quitado los tacones y le masajeaba los pies. Le habló de los problemas financieros que tenía la sede de Chile. Parecía preocupado porque no lograba posicionarse en el mercado. Él tenía un máster en Administración de Empresas en la Universidad de Harvard; era inteligente, intuitivo y muy sagaz con los negocios. Paula había podido comprobarlo durante esa semana, pero de todas

formas ella se ofreció a mirar los libros, quizá pudiera encontrar algo que a él se le hubiera pasado por alto. Él se mostró muy agradecido por su interés.

—Me parece que he comido demasiado — comentó ella—, creo que me va a costar dormirme — concluyó mientras se desabrochaba el botón de los vaqueros.

—Por eso no hay problema, podemos buscar cómo entretenernos.

Alex le guiñó el ojo con complicidad, se llevó el pie

a su boca y se lo mordió. Movilizada por la tentación, se colocó a horcajadas encima de él y se acurrucó en su cuello.

—Fue un día magnífico, *Ojitos*, me consentiste mucho durante toda la jornada.

—A mí también me pareció un regalo.

Le estaba acariciando el cuello y jugando con el pelo de su nuca, cuando sintió en el bolsillo de su pantalón la vibración de su teléfono. Se apartó para que Alex pudiera atender.

—*Mummy* —dijo él.

Paula le dio un beso en la mejilla y lo dejó para darle un poco de privacidad.

Entró al vestidor para prepararse la ropa para el día siguiente y le encantó ver el traje de Alex en su armario. Le había hecho sitio para que pusiera otras mudas de ropa que había llevado. En ese momento, éste entró y la sorprendió acariciando su ropa, pero no dijo nada.

—Tenemos una pequeña inversión en zapatos y bolsos en tu vestuario.

—Son mi debilidad —

reconoció con una risotada —. Paso por una tienda, los miro y me llaman —bromeó.

—Te llevarías muy bien con mi hermana, se parecen bastante.

—¿Ah, sí?

—Sí —contestó él, la abrazó y le dio un sonoro beso.

Ella se puso una ligera camisola y él entró al baño. Cuando Paula se asomó, estaba lavándose los dientes, había terminado de ducharse y estaba en pijama.

—Permiso.

—Adelante, como si

estuvieras en tu baño —se mofó él.

Paula se rió y le dio un beso en el hombro, se situó frente al otro lavamanos, cogió su cepillo y también se lavó los dientes. La naturalidad con que actuaban hacía que Paula no pudiera detener sus fantasías. Al regresar al dormitorio, le encantó la imagen de Alex dentro de su cama, sentado contra el respaldo revisando su móvil. Tenía un aspecto soberbiamente masculino, absorto en la pantalla de su

teléfono. Ella se metió en la cama, sincronizaron las alarmas y se escurrieron entre las sábanas. Frente a frente, enlazaron piernas y brazos, y se miraron con dulzura. Él soltó una mano para acariciarle el pelo y la cara; estaban tan cerca el uno del otro que sus palabras le soplaron el rostro:

—Es maravilloso tenerte así y saber que podré dormirme con tu olor.

Sus pensamientos volaron mientras la miraba: «Quiero disfrutarte, ya he comprendido que no soy

capaz de evitarte, nena. No imaginás lo que estás haciendo con este simple mortal, sos una tentación muy difícil de resistir».

—Es maravilloso poder tenerte acá, en mi camita.

Sus labios comenzaron a vagar por el rostro de la joven hasta llegar a su boca. Poseer su lengua lo dejaba sin aliento; se impuso abandonarlos, porque si seguía besándola así, se correría sólo con sus labios. Se colocó sobre ella y recorrió todo su cuerpo con la boca. Le levantó la

camisola por encima de los pechos para dejarlos al descubierto y los rodeó con sus manos. Le besó el vientre, le quitó el picardías y, con una hábil maniobra, la puso boca abajo para pasarle la lengua por la espalda. Comenzó en la nuca y terminó en su sexo, allí se perdió un buen rato, con tanto desenfreno que llegó a morderle las nalgas.

Terminaron perdidos el uno en el otro, con sus cuerpos danzando acompasados y ondulantes. Se estrellaron, fundidos en

un embriagante placer que parecía no tener fin. Exhaustos y saciados, se durmieron.

Durante aquella semana, compartieron varias noches y días en el apartamento de Paula. Parecían estar hechos el uno para el otro, se colmaban a atenciones y mimos. Incluso en la oficina, Alex la llamaba a veces con alguna excusa y se encerraban para besarse. A mediodía, empezaron a comer en el Kansas, un restaurante americano más alejado para refugiarse de

las miradas indiscretas del personal de la oficina. Maxi, que sí estaba al tanto de todo, los acompañaba a veces.

Fueron unos días muy intensos y pasaron volando; el tiempo nunca parecía ser suficiente para ellos. El sábado llegó y fueron a cenar a Chila, un selecto local de Puerto Madero donde Alex había hecho una reserva; tenía planeada una noche especial. Él se había cambiado en el hotel y, aunque ella había propuesto acercarse al Faena, él se

negó y pasó a buscarla por su casa. Aún era temprano, así que cuando él tocó el timbre, ella todavía estaba terminando con su maquillaje. Dejó la puerta abierta para que entrase y, desde el dormitorio, le gritó que se quedara ahí, quería sorprenderlo. Había ido de compras por la mañana y todo lo que llevaba puesto era nuevo. Alex se quedó en la sala pacientemente y, cuando ella salió, se quedó deslumbrado.

—¡Guau! Estás hermosa, despampanante, la espera ha

valido la pena, nena —la
aduló mientras le recorría el
cuerpo con la mirada—.
Serán muchos los que hoy se
darán la vuelta para
admirarte, Paula, estás más
preciosa que de costumbre
—afirmó él con entusiasmo.

Paula se había puesto un
vestido negro muy adherido
al cuerpo, totalmente
drapeado, con un escote
irregular y un hombro al
descubierto. El borde del
escote estaba adornado con
una franja plateada y
salpicado de piedras negras.
La prenda dibujaba sus

curvas a la perfección y, combinada con unos zapatos color plata y tacones de charol negro, además de unos pendientes muy largos, hacía que estuviera espectacular. Se había dejado el cabello suelto, pero había marcado algunas ondas en él.

—Vos también estás muy apuesto. Hum, cómo me gusta tu perfume, Alex —le dijo hundiendo la nariz en su cuello.

Alex llevaba puesto un traje negro y entallado de Gucci, de dos botones y con

la solapa levantada y ribeteada en satén. Los pantalones eran de cintura ajustada; su camisa, de popelina de algodón blanco y cuello italiano. No llevaba corbata y había completado su indumentaria con unos zapatos de piel acharolada negra con el logo de Gucci caligrafiado.

—¿Te gusta más el perfume o quien lo lleva puesto?

—Verdaderamente... quien lo lleva, no tengo duda. Pero ese perfume te identifica, Alex, me embriaga cuando

lo huelo.

Él se quedó pensativo y Paula arremetió:

—No digas lo que estás pensando, Alex, me lo imagino.

—¿Ah, sí? A ver, sabelotodo, ¿qué estoy pensando?

—Que no es la primera vez que te lo dicen. Creo que estoy aprendiendo a reconocer tus gestos.

Él frunció la boca y cerró los ojos, pero no contestó.

—*Blue eyes*, no te atrevas a ser tan engreído, mirá que tengo un buen revés —

bromeó ella y se rieron.

—Hoy es una noche especial, tengo una sorpresa para vos.

—¿Una sorpresa? — preguntó extrañada.

—Así es, te vas a enterar cuando lleguemos al restaurante. Vámonos ya, nena, porque tengo ganas de arrancarte ese vestido y, si lo hago, perderemos nuestras reservas.

Heller los esperaba en el coche y les abrió la puerta trasera. Durante el trayecto, Paula intentó indagar acerca de la sorpresa, pero él se

mantuvo hermético.

—Cuánta impaciencia, no sabía que fueras tan curiosa.

Él se mostraba divertido con su curiosidad y jugaba con eso. Paula odiaba los acertijos porque era demasiado ansiosa, pensaba y pensaba pero no se le ocurría nada. Decidió no hacer más conjeturas absurdas que luego la desilusionaran. Durante el viaje, Alex mantuvo su mano aferrada y, en más de una ocasión, la llevó hacia sus labios para besarla; estaba muy cariñoso.

Cuando llegaron al restaurante de fama internacional, Heller abrió la puerta para que Alex bajara y, éste tras abrochar su americana, se dio la vuelta, abrió la portezuela de Paula y le extendió la mano para ayudarla a bajar.

—Te llamo cuando estemos por salir, Heller.

—Por supuesto, señor. Que disfruten de una hermosa cena.

—Muchas gracias — contestaron al unísono.

Paula alisó su vestido y entraron al local. El lugar

tenía exquisitos detalles de diseño, que creaban un espacio íntimo y elegante. El ambiente era cálido y se oía jazz como telón de fondo. Una simpática señorita con acento caribeño les dio la bienvenida, Alex le indicó su nombre y le informó de que tenían una reserva. De inmediato, la joven recepcionista lo comprobó y los invitó a pasar a un salón exclusivo para tomar una copa antes.

—¿Te gustaría un aperitivo antes de la cena, Paula?

—Sí, me parece bien —le respondió ella con una sonrisa deslumbrante y él le guiñó un ojo. Tras una seña de la recepcionista, un camarero se acercó a ellos y los guió hasta el reservado. Alex exudaba poder y estilo por los poros; sólo bastaba con darle una ojeada a la ropa que vestía para darse cuenta de su rango. Su acento era otra marca que no pasaba desapercibida y, cuando la gente notaba que era extranjero, se deshacían en atenciones. Paula no podía evitar sentirse una

privilegiada a su lado.

El sitio tenía una iluminación tenue, muy sobria, con un tinte minimalista que le confería el confort idóneo. Les facilitaron la carta de la barra y Alex pidió un Bloody Mary, mientras que ella se pidió un Dry Martini.

—Bueno, ya estamos acá. ¿Y la sorpresa?

—No seas ansiosa, todo a su debido tiempo —la contuvo él, mientras le besaba la punta de la nariz—. Cuando pasemos a cenar te enterarás. Ella hizo un

mohín.

—¿Te gusta el lugar? —
preguntó él.

—Me parece bellísimo.
Había oído hablar mucho de
él, pero jamás había venido.
Esperemos que la comida
sea tan buena como la
decoración. —Entonces él se
acercó a su oído y le
susurró:

—¿Recordás que la última
vez que salimos a cenar nos
quedó algo pendiente con el
baño?

—Alex, estás bromeando,
¿verdad? —se ruborizó
Paula y miró hacia todos

lados mientras bebía de su copa.

—¿A vos qué te parece? Te dije que no me olvidaría.

—Ella abrió los ojos como platos, porque entendió que él no bromeaba. De pronto se sintió excitada, juntó aún más sus piernas e intentó bajarse el vestido. Alex se desternilló de risa.

—¿Excitada?

Ella le sonrió tímidamente; podía sentir con claridad los latidos de su vulva.

—Nena, no te imaginás cómo estoy yo sólo de pensarlo, no te sientas

culpable, por favor.

La propuesta quedó flotando en el aire una vez más. Después de terminarse los cócteles, pasaron a la mesa, guiados por el camarero. Desde donde estaban sentados tenían una vista maravillosa del dique. Revisaron la carta, pidieron la comida y se les acercó el sumiller para entregarles la selección de vinos y preguntarles, cordialmente, si necesitaban asesoramiento. Alex, que en un primer momento dijo que sí, al ver los vinos franceses

que ofrecían, no dudó y pidió un Château Pichon Longueville 1997 Cru Classé de Bodega Longueville Paulliac.

—Una excelente elección, señor, pues para un buen maridaje con las trufas que pidieron, es necesario que el tinto tenga un añejamiento importante que resalte su sabor.

Trajeron el vino, el sumiller lo descorchó y, respetando los pasos de la cata, hizo probar primero a Paula, que como toda una experta lo olió, lo movió

observando su color y lo llevó a su boca, donde lo mantuvo por unos instantes. Alex sonrió.

—¿Te gusta?

—Exquisito.

Él también lo probó y dio su visto bueno. Cuando se quedaron solos, levantó la copa con solemnidad.

—Brindo porque esta noche sea realmente inolvidable, pero también brindo, muy especialmente, por la flamante gerente de finanzas de Mindland. Preciosa, estás confirmada en el puesto.

Paula se quedó atónita, realmente no se lo esperaba. El hombre se acercó y le dio un cálido beso.

—¿Cómo? —balbuceó ella.

—Sí, nena, envié los informes de tu trabajo junto con la carta de Natalia y ayer a la noche mi padre me llamó para confirmármelo. Estás aprobada.

—Pero se suponía que la decisión se iba a tomar cuando regresaras a Nueva York.

—Sí, pero Natalia habló conmigo el miércoles pasado

y me comunicó que quería trabajar sólo hasta enero, así que hubo que acelerar las decisiones. Eso significa que, cuando regreses de tus vacaciones, tomarás oficialmente posesión del puesto. El lunes convocaré una junta y anunciaré el traspaso.

Ella seguía muda.

—¡Vaya sorpresa! —atinó a decir.

—¡Felicidades, preciosa!

—Tomó su mano y la besó

—. ¿Estás contenta?

—Pasmada, Alex, no me lo esperaba, pero... Por

supuesto que estoy feliz. Sos muy malo, lo sabías desde ayer y no me dijiste nada. — Le hizo un mohín—. ¿Cómo te aguantaste?

—Precisamente por eso planeé esta cena, Paula, quería darte la noticia en un marco especial.

—El especial sos vos, bobo, no hacía falta nada más. Me muero por un beso de esos que tanto me gustan.

—Creo que vas a tener que esperar un poco para eso, porque acá no estaría bien darse uno de esos besos que tanto nos gustan. O, si

querés, podemos ir al baño a besuquearnos. ¡Vos decidís!

—Creo que me gustan más los que nos damos en la intimidad ¡y basta ya con el baño! —lo amonestó y se rieron.

De primero habían pedido una suave crema de trufas, con huevos, chalotes y morcilla. A la vista, parecía un plato perfecto y, cuando lo probaron, estaba sencillamente exquisito.

—¿Y me aceptaron así, a la primera? ¿Cómo fue?

—No sé los detalles, nena, porque no he hablado en

profundidad con mi padre, pero te digo que el informe de control de gastos y las proyecciones que elaboraste para Chile ayudaron mucho. Sedujiste a mi padre con tu talento, Paula, eso sí me lo dijo.

—¡Guau! Creí que lo de Chile era entre nosotros, nunca supuse que se lo entregarías a él.

—Nena, sos brillante en todo, jamás podría desacreditarte. ¡Cómo no iba a decir que era un rescate tuyo! Y no seas tan humilde, no es un cumplido, es

realmente lo que creo.

—Gracias, Alex —dijo ella ruborizada—, gracias por todo. Gracias por pensar en un momento especial para mí, ¡te voy a extrañar tanto cuando te vayas!

—No hablemos de partidas.

—No hablar de ellas no significa que no existan.

—Sí, pero todavía falta y ya lo solucionaremos —concluyó y, de pronto, dejó de hablar.

—¿El qué?

—Digo que buscaremos la forma de seguir viéndonos.

—¿De verdad, Alex? Es la primera vez que me hablás del futuro.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se contuvo; la noticia la había afectado claramente.

—Nena, ¿acaso creés que yo no voy a extrañarte? Es obvio que me tenés loco, Paula, y voy a pensar en vos a todas horas.

Entrelazaron sus dedos y sonrieron de oreja a oreja.

—Me tenés atarantada, así es como estoy todo el día.

—Que te tengo ¿qué? —frunció el cejo, no había

entendido el término.

—Atontada, aturdida, mareada, azorada, embobada, me absorbiste el seso, Alex.

—Entendido, entonces yo estoy igual de atarantado también.

—Pellizcame, por favor, no quiero que sea un sueño.

—Boba, vos sos un sueño para mí, pero un sueño del que disfruto despierto. Como dice nuestra canción, encendiste la luz, me llenaste de fe.

—¿Nuestra canción?

—Para mí es nuestra

canción, fue la primera que compartimos cuando nos conocimos, ¿te acordás?

—Por supuesto que me acuerdo, para mí también es nuestra canción, pero no sabía que también la sintieras así. Me gusta que digas «nuestra», es bueno que tengamos cosas que compartir más allá de la cama.

—¡Paula, hace dos semanas que vos y yo compartimos más que una cama!

—Lo sé y me encanta, pero también me asusta.

—¿Asustarte? ¿Por qué?
¿Hay algo que no esté
haciendo bien?

El plato principal llegó e
interrumpió la conversación.
Les trajeron un magret de
pato prometedor.

De pronto, al ver que Alex
esa noche estaba muy
hablador y muy accesible,
ella decidió lanzarse.
Necesitaba saber más.

—¿Puedo hacerte una
pregunta personal? Algo que
vos también me preguntaste
y yo, en su momento, ya te
contesté.

—Adelante —le respondió

él, complaciente.

—¿Cuántas novias tuviste?

—Él la miró, cogió su copa y bebió un sorbo de vino.

—¿Por qué quieres saber eso? —le preguntó lo mismo que ella le había dicho a él en aquella ocasión.

—Por curiosidad, para saber más cosas de tu vida —se justificó.

Alex hizo una pausa, tras la que dijo:

—He salido con muchas mujeres, Paula, no llevo la cuenta.

—A lo que me refiero es a alguien especial, Alex.

¿Estuviste alguna vez de novio formal?

Él volvió a sorber de su copa, y resopló.

—Hubo una vez alguien muy especial —admitió, cerró los ojos y asintió con la cabeza, como si recordara; sus pestañas eran un abanico ante sus ojos.

—¿Estabas enamorado?

—Creo que ya me lo preguntaste en Los Castores. Sí, creo que estuve muy enamorado. —Y como hizo hincapié en el «muy», ella sintió celos de aquella mujer desconocida—. Supongo

que vos también estuviste muy enamorada de Gustavo, ¿no?

—Estábamos hablando de vos y no de mí. Esa vez me contestaste que te habías enamorado una o dos veces.

—Alex aún no estaba preparado para reconocer que estaba enamorado de ella.

—Es incómodo para mí hablar de esto, Paula... Esa vez dije quizá dos, pero ahora estamos hablando de mis relaciones formales.

—Sé que es incómodo y sí, por supuesto, estuve

enamorada de Gustavo y te conté por qué se terminó. El recuerdo me hace sentir vulnerable y prefiero olvidar ciertas imágenes. Pero volvamos a vos. ¿Cuánto tiempo estuviste con esa mujer a la que amabas?

—Imagino cómo te sentís —la compadeció él y la tomó de la mano para no contestar mientras pensaba «Paula, no arruines la cena, por favor». Intentaba salir del ojo de la tormenta, pero ella estaba dispuesta a mantenerse en sus trece. Sentía que era el momento y

el lugar adecuado y seguía a la espera de una respuesta.

»Debo confesarte — insistió Alex— que no me gusta saber que Gustavo te generó sentimientos importantes, supongo que es porque soy muy posesivo. Entiendo que pertenece a tu pasado, pero hubiera preferido no conocerlo. Aunque, si te digo la verdad, no me parece un competidor. Me he preguntado mil veces qué le viste a ese tipo, Paula. Sos demasiado bonita para él.

—Me parece estar oyendo

a Maxi, él siempre me decía lo mismo. Pero opino diferente a vos, yo prefiero mil veces tener conocimiento a no saber contra qué batallar. No me molesta saber que sentiste cosas importantes por otra mujer. Bueno, para ser sincera, me genera un poco de celos, pero creo que lo importante es lo que sentís ahora. ¿Por qué terminaste con quien tenías esa relación formal?

—También es un recuerdo que me hace sentir vulnerable, Paula. Sus ojos

se enfrentaron y Alex pensó: «No me obligues a llamar a Heller para que nos vayamos de acá, nena». Mientras tanto, Paula, analizaba sus palabras: «Al menos, dijo “recuerdo”». Entonces él contraatacó—: ¿Aún debería batallar con Gustavo?

—Gustavo pertenece a un pasado muerto y enterrado. En cuanto a tu pasado, ¿aún tenés sentimientos por esa persona? ¿Seguís amándola? ¿Vas a contestarme a alguna pregunta? Porque, hasta ahora, no respondiste a ninguna.

—No quiero seguir hablando de esto.

Se estaba cabreando y fue muy cortante, pero ella lo interpretó de otro modo. Siguieron comiendo en silencio, no había sido una buena idea abordar el tema, la comodidad inicial se había vuelto tensa. «Mierda, ¿por qué no quiere hablar? ¿Aún sentirá cosas por esa mujer? Pero dice que lo tengo atarantado, que buscaremos una forma para seguir viéndonos. Me susurra estrofas de una canción amorosa y pretende

no contarme nada de él, de su vida. ¿A qué juega? ¿Por qué tanto misterio?» La mente de la joven iba a mil por hora. De pronto, soltó una pregunta a bocajarro:

—¿Quién es Rachel Evans?

—¿Quién? —Su mención lo tomó por sorpresa—. ¿De dónde sacaste ese nombre?

—De tu teléfono, tenías una conversación con esa persona.

La miró y le besó la mano, la pregunta de Paula le había hecho gracia. —¿La leíste?

—No, no lo hice, sentí

pudor de seguir hurgando en tu móvil. Si lo hubiera hecho, no te preguntaría nada.

—Es... simplemente una persona que pertenece al departamento de legales en la central. ¿Por qué no leíste la conversación? Tuviste la oportunidad de hacerlo, yo leí todos tus mensajes.

—Tal vez yo no sea tan curiosa como vos o, simplemente, prefiera enterarme de las cosas por tu boca. —Eso era mentira y Paula lo sabía. Había tenido miedo de lo que pudiera

encontrar y se había sentido cobarde, pero no pensaba admitirlo.

—Sos muy sagaz, siempre tenés una respuesta. Debe de ser muy entretenido tener una discusión con vos. Pero si la hubieras leído, hubiera sido más fácil.

—Más fácil, pero menos emocionante. Me gustaría saber todo de vos, pero porque vos decidís que así sea, no porque me haga la fisgona.

—A mí me gustó saber lo que opinabas de mí y lo que sentías, aunque fuera

leyendo los mensajes de tu teléfono y no me sentí un fisgón. Además sé que a mí no me lo dirías como se lo contás a tu amigo. La verdad es que fue una experiencia muy interesante. De todos modos, no te aflijas tanto, si hubieras leído tampoco te hubieras enterado de mucho.

—Si vos me preguntases las cosas, también te las diría. Siempre que lo hiciste, te contesté con el corazón.

—Sí, siempre me respondiste, pero no abiertamente. Como ahora, sé que te guardás muchas

cosas.

—Las guardo, Alex, porque tengo la impresión de estar caminando sobre el agua con vos. Si fueses más abierto conmigo, no tendría problema en sincerarme más yo también.

—¿Eso te hago sentir?

—Todo el tiempo. —Él la miró, luego cogió la botella de vino y sirvió en ambas copas.

—Salvo cuando tenemos sexo —acotó Paula—. ¿De qué podría haberme enterado si hubiera leído esos chats?

—Lo siento, perdiste tu

oportunidad. —Le guiñó el ojo—. ¿Así que soy engreído? Si mal no recuerdo, eso le decías a Maxi en un mensaje.

—Tenés un poder asombroso para llevar la conversación a donde te conviene. —Alex esbozó esa seductora sonrisa de perdonavidas—. Como en este momento, estás siendo muy engreído.

—¿Y eso te molesta?

—Ya leíste que no, dejá de hacerte el interesante, sabés que me exaspera. ¿Por qué te cuesta tanto hablar de tu

vida personal y de tu pasado?

—Porque mi pasado es eso, Paula, mi pasado. Y si hoy estoy acá con vos, es porque estoy intentando tener un presente.

Él se estaba sulfurando por dentro: «Basta, nena, me estás hinchando las pelotas. Terminá ya con esta inquisición».

—Vayamos de a poco, Paula. Cuando llegué a Argentina, no estaba en mis planes conocer a nadie, al menos no de la forma en que vos y yo nos estamos

conociendo y relacionando. Mi corazón estaba cerrado, pero creo que tenías razón con lo que me dijiste la otra noche en Los Castores. A veces uno se propone una cosa y el corazón manda otra. Supongo que es lo que sucede cuando se involucran los sentimientos.

—Lo siento, Alex, no quiero presionarte, pero a veces sos tan contradictorio con lo que decís y con lo que hacés. —Paula buscó su mano—. Creo que en mí están surgiendo sentimientos importantes y sólo pretendo

saber si puedo darles rienda suelta, no quiero volver a sufrir —suspiró.

—Te conté mucho, Paula, a ver... —La cogió de las dos manos—. Nena, hace dos años que no estoy en pareja. He tenido mis desahogos sexuales en este tiempo, pero en estos dos años no me he acostado más de dos veces con nadie. Cuando te conocí, no eras para mí nada más que un polvo de una noche. Luego pasaste a ser un muy buen polvo, pero increíblemente te metiste en mis

pensamientos durante todo aquel fin de semana y, después, el destino nos volvió a juntar en la oficina. Las cosas se han ido dando así entre nosotros. — Resopló—. Me pediste que intimáramos y lo estoy intentando. Yo era reticente a tener una relación, tenía otros planes, pero no hay ningún truco que pueda alejarme de vos. Estaba realmente fastidiado con aquel interrogatorio—. Me parece que es mucho más sencillo de lo que creés. Ambos estamos intentando

dar rienda suelta a esto que sentimos, te halago siempre que puedo y te digo cosas bonitas cuando hacemos el amor, porque hemos hecho el amor, Paula, así lo he sentido. Sé que también hemos follado de forma salvaje y estoy convencido de que eso también es importante para que una relación no se enfríe, pero siempre he sido sincero con las palabras dulces. No especulo con eso sólo para asegurarme de poder tener otro polvo con vos. ¿Cuánto más claro tengo que ser?

—¿Cómo se llama?

—Estoy molesto, Paula, estoy realmente molesto. A veces, te ponés insoportable. Ya veo que no vas a bajarte del burro, es lo último que te contesto: Janice... y fin del asunto.

—No te enojés.

Bueno, al menos, ahora tenía un nombre. «Janice» era de quien debía tener cuidado. «¿Qué habrá pasado entre ellos? Es obvio que no quería nombrarla, pero ¿por qué motivo?», caviló Paula.

—No me enfado, sólo

quiero disfrutar de la cena, aunque me lo estás poniendo difícil, nena. Te he dicho cosas importantes, cosas que no creí que podría decirle a alguien ahora, pero a vos sólo te importa saber un nombre.

—Perdón, perdón. Tenés razón. Lo siento, no quiero parecer necia. Todo lo que me dijiste es hermoso.

Paula se dio cuenta de que ya no podía seguir tirando de la cuerda y de que, además, Alex tenía razón. Le había dicho muchas cosas bellas y ella, por centrarse en ese

maldito nombre, no había reparado en sus sentimientos.

—No quiero que pienses que caminás sobre el agua. Intentemos disfrutar.

—Siempre disfruto cuando estoy con vos. Esas sensaciones las tengo cuando no estás a mi lado o cuando te cerrás en banda.

—Yo también gozo de tu compañía y, cuando no estamos juntos, te extraño, Paula. —Levantó la mano y se la besó—. Hoy por hoy, no existe otra mujer en mi vida.

«¡Dios mío! Si eso no es una declaración, ¿qué más estoy esperando que me diga? De todas formas, la gran incógnita es lo que pasará cuando se vaya y vuelva a su vida normal, a su ambiente, a su hogar, a su familia, a sus amigos y a Janice. Ella está allá y yo voy a quedarme acá.» El camarero retiró los platos y regresó luego con el postre.

Habían pedido dos variedades para compartir, los sabores eran tan exquisitos y sofisticados como su presentación. Se

dieron de comer en la boca y la libido de ambos empezó a subir. Paula decidió no tocar ningún tema más y deleitarse con la presencia de Alex durante el resto de la noche.

—Gracias, *Ojitos*, estoy muy feliz.

—Brindemos nuevamente por tu ascenso. ¡Estoy muy orgulloso de vos!

—¿De verdad?

—Por supuesto, preciosa.

—Salvo mi mamá o mi hermano, nunca me habían dicho eso.

—¡Qué bueno que sea el

primero! Sos muy inteligente y talentosa.

—Me siento feliz a tu lado, siempre hacés que cada momento sea especial. Me alegra que nos hayamos conocido.

—Yo también me siento muy feliz, Paula, cambiaste mi vida.

—*Ojitos*, eso suena muy lindo.

—Nunca antes me habían dicho «*Ojitos*» y me vuelve loco.

—Me alegra ser la primera que te llame así y que esa palabra tenga ese efecto en

vos. Amo tus ojos, Alex.

—Y yo los tuyos. ¿Qué tal si nos vamos?

—Me parece perfecto, quiero esos besos que me prometiste al principio de la cena.

—Estamos a tiempo de ir al baño. Si te animás, no tendríamos que esperar tanto —ironizó él.

—¡No, Alex! Me muero de vergüenza... Podría entrar alguien.

—Pero podría ser muy excitante. —Sus pulsaciones se habían disparado.

—No lo dudo, pero mejor

vayamos a casa o al hotel, estamos muy cerca.

—Prefiero tu casa, el ambiente es más íntimo.

Alex llamó al camarero y le entregó su tarjeta sin pedir la cuenta. Estaba realmente encendido.

Mientras esperaba que le cobrasen, dejó una succulenta propina bajo el cubo de champán, luego sacó su iPhone y llamó a Heller.

De camino al apartamento, sus manos no se estaban quietas. Se acercó a su oído y le susurró:

—Voy a hacerte el amor

toda la noche, no pienso dejarte dormir. Paula se rió porque sabía que cuando él decía algo lo cumplía—. Estás muy linda con ese vestido, no veo el momento de llegar y tener el privilegio de quitártelo.

Se miraron y sus ojos transmitían urgencia. Alex depositó un tierno beso en sus labios.

—Lo compré especialmente para salir con vos.

—Gracias por ponerte tan bella para mí, hoy estás realmente irresistible,

aunque, ¡bah!, siempre lo estás.

Llegaron al apartamento y Paula dejó su bolso en la mesa y se dedicó a encender las lámparas bajas y a cerrar las cortinas. Entretanto, él puso música y, en segundos, el ambiente se inundó con la voz de Adele que cantaba *One and only*. La joven no podía apartar sus ojos de él, fascinada al ver cómo se desplazaba familiarmente por la casa, con su andar sexy y seguro de sí mismo. Ya en la sala, Alex la agarró por la cintura y la besó

despacio, mientras ella se sujetaba expectante de la solapa de su americana. Ella se sentía flotar.

—Como adelanto de los muchos besos que quiero no estuvo mal —le dijo mientras abría sus párpados seductora.

—Creo que hoy voy a tener que trabajar muy arduamente, pero... sólo quiero complacerte, preciosa. —Volvió a comerse su boca y ella emitió un jadeo. En ese instante, él se apartó—: ¿Éste estuvo mejor?

—Mucho mejor, quiero muchos más como éste.

Alex volvió a perder la lengua entre sus labios, sus manos ya habían bajado hasta su trasero y lo sostenía con firmeza. La tenía aprisionada contra su sexo y su solidez podía notarse con plenitud a través del fino pantalón. Desprovista de oxígeno, se apartó de su boca y, con aire sensual, deslizó sus manos por los botones de su americana para quitársela, lo logró y la dobló con cuidado. Alex llevaba una camisa muy

ajustada, así que recorrió su pecho por encima de la tela con sus manos ansiosas, adivinando su musculatura bajo el tejido. Osada, se acercó aún más y recorrió su cuello con un camino de besos que terminaron en el lóbulo de su oreja; eso lo hizo gemir. Alex sintió que su cuerpo se licuaba. Movi6 sus manos resuelta y lo cogió de la nuca, sus dedos se hundieron en su cabello. Esa caricia lo enloqueci6, pero ella, con calma, volvi6 a poner las manos sobre su pecho y empez6 a

desabrocharle la camisa. Él la dejaba hacer. La sacó de dentro de sus pantalones y la dejó abierta, mientras se acercaba para besar su torso. Estremecida, se detuvo a la altura del corazón; sus latidos resonaban con intensidad sobre sus labios, lo tenía desbocado, y eso la hizo sentirse omnipotente. Levantó la cabeza, le mordió la barbilla y su sonrisa se transformó en una mueca lasciva. Le cogió las muñecas para quitarle los gemelos, que guardó en el interior del bolsillo de su

pantalón. Aprovechando la oportunidad, tocó su pene por encima de la tela y Alex, que no había dejado de observarla en ningún momento, cerró los ojos para entregarse al placer que su intrusa mano le había proporcionado por sorpresa.

—Paula... —Se sintió tambalear, ella tenía el poder de desestabilizarlo; lo consumía.

—¿Qué? —sonó vigorosa al preguntarle.

—Me vas a matar, nena. Odio ser reiterativo, pero es lo que siento— le dijo casi

sin aliento.

Esa caricia le había parecido trepidante, aún más que si hubiera tenido su miembro desnudo en la mano. Enderezó su pelvis, mientras se escapaba otro gemido de su boca; Alex estaba perdiendo el control. Sonrió y él movió su cabeza a modo de negación; en sus labios se adivinó el gesto de incredulidad que siempre hacía cada vez que ella lo tocaba. Deseosa de mucho más, apartó la mano del bolsillo y la llevó a su bragueta. Desabrochó el

primer botón y pasó el dedo por dentro del elástico de su ropa interior, luego recorrió su camino feliz con las manos y siguió hasta sus pectorales para quitarle la camisa. Para Alex, era imposible continuar inerte a su seducción. La tomó de una mano y la atrajo hacia él con fuerza. Su cuerpo estaba muy receptivo. La sostuvo por la barbilla y le besó los labios con ternura. La hizo ponerse de espaldas y empezó a lamerle el cuello y el hombro, mientras le bajaba la cremallera del

vestido, pero no se lo quitó. La espalda de la joven quedó semidesnuda y él se la acarició con sus largos dedos; su cuerpo se sacudió. Entonces, Alex dibujó una línea de besos desde la nuca hasta el nacimiento de su trasero, se puso de pie y la abrazó por detrás para rozar su piel desnuda con su pecho.

—Sos hermosa, tu piel es sublime y tu olor es embriagador —le susurró al oído.

Deslizó el vestido por su cuerpo, se agachó y esperó a

que levantara sus pies para quitárselo por completo. Después se acercó al sillón para dejar el vestido junto a las otras prendas. Paula giró la cabeza y ahí estaba él, de pie, observándola, devorándola, escudriñando su cuerpo con una mirada sombría. Tras unos instantes, volvió a acercarse, le pasó la mano por las nalgas con mucho mimo y, pegando su cuerpo al de ella, le musitó:

—Lo quiero, Paula, deseo esto también —dijo mientras pasaba su dedo alrededor de su orificio.

—Yo... nunca... —alcanzó a balbucear, abrió los ojos y apretó el trasero. Se sintió nerviosa e insegura.

—Tranquila, ahora no, será poco a poco.

Le besó los hombros mientras le desabrochaba el sostén, se lo escurrió por los brazos despacio y entonces la magia volvió. Sus cuerpos se sabían ardientes, preparados y ansiosos para recibir al otro. Alex acunó sus pechos con las manos, se apoderó de sus pezones para atormentarlos con sus dedos y empezó a lamer su cuello

con la lengua, desenfrenado y con la respiración entrecortada.

Ambos eran fuego y él ya no podía esperar más para poseerla. Necesitaba su cuerpo de forma desesperada. La tomó entre sus brazos y la llevó hasta el sofá en volandas, la recostó en él y la aprisionó con su peso. Sin temor a equivocarse, Paula dejó constancia en su mente de que no había otro lugar en el mundo donde pudiera sentirse mejor.

Los ojos del

norteamericano habían perdido el azul natural y la observaban con fijación. Famélico, se apoderó de sus pechos con la boca, los lamió, jugó con sus pezones, mientras su pene, doliente de tan duro, se restregaba por su pierna. Le chupó los pezones y los mordió, succionó su redondez y las apretó sin medida.

—Sos hermosa, Paula, no puedo aguantar más para tenerte.

Corrió las diminutas bragas a un costado, se bajó un poco los pantalones y el

calzoncillo y se perdió en su profundidad para disfrutar de esa primera intromisión.

Paula se aferró a su trasero y comenzó con un lento vaivén de profundas embestidas. Su movimiento la desgarraba de placer y la llenaba por completo. El sexo de Alex arremetía contra el de ella, tan extasiada que empezó a necesitar más intensidad.

—Rápido y fuerte, por favor —le suplicó.

—Tranquila, tenemos tiempo.

Salió de ella y la dejó más

necesitada aún. Le palmeó el muslo y le indicó que se diera la vuelta; Paula, obedientemente, asintió a lo que le pedía. Le encantaba que él llevara el control de la situación, era un verdadero macho alfa, dotado, seguro de sí mismo y tenía más aplomo que todos los hombres que habían pasado por su vida. A la hora de hacer el amor, él sabía cómo conseguir que una mujer gozara entre sus brazos. La tenía hipnotizada, la abandonaba la razón y su voluntad dejaba de existir.

En ese momento, sólo le apetecía complacerlo y que le diera placer, sólo deseaba tenerlo a él y que él la necesitara tanto como ella. Le acarició las nalgas y, de una estocada, introdujo su miembro tieso nuevamente en su vagina, volvió a moverse hiriente contra ella, despacio, disfrutando de su abismo y de su longitud.

Su duro pene la empujaba, la llenaba y la desesperaba, todo lo que le estaba dando parecía no ser suficiente, necesitaba una dosis extra de adrenalina y de lujuria.

—Alex, por favor, más rápido.

—También lo quiero yo, pero necesito más, quiero que mi fuego se abraza junto a tu cuerpo.

No estaba entre sus planes que las cosas fueran rápidas esa noche; y es que él quería perpetuar el momento. Paula intentó controlar sus emociones, sus sensaciones y su avidez de él; se concentró para gozar como él quería que lo hiciera. Él, mientras tanto, arremetía contra su sexo despacio, nunca había estado tanto

tiempo dentro de ella, manteniendo la intensidad de su intromisión; tenía otros planes. De pronto, se detuvo y descansó el cuerpo en su espalda; entonces se sentó en el sofá y le pidió que se subiera a horcajadas en él. Ella se aferró a su cuello y Alex la sujetó por las caderas, guiándola para que se hundiera en él. La atravesó con un movimiento profundo y lento, llegó con su dureza hasta el fondo y excavó en ella morbosamente.

Paula entró y salió de él, al

ritmo que Alex le indicaba. Aun en silencio, se decían con los ojos todo lo que sentían. De pronto, gemidos, soplidos, jadeos, gritos, besos y lenguas los invadieron y marcaron un punto de inflexión para que cambiaran la intensidad de sus movimientos. Ella sentía cómo su cuerpo subía a la cima y sabía que caería, desde allí, hasta un éxtasis soñado que sólo su amado podía hacerle sentir. Su orgasmo estaba latente, su vagina apretaba el pene y los espasmos empezaban a

construirse sin demora.

—Dale, Paula, dale, acabemos juntos —le suplicó él con la voz entrecortada. Sus palabras y el tono de su voz hicieron mella y, entonces, ella cedió a su ruego. Hubiera querido decirle que lo quería así siempre, perdido en ella, pero en vez de hacerlo gritó su nombre y jadeó hasta que escaparon lágrimas de sus ojos por la intensidad del orgasmo. Nunca antes le habían hecho experimentar esas sensaciones.

Alex también gritó, ronco

y varonil, y secó sus lágrimas con los labios. En cuatro embestidas más, se vació por completo y, por la posición en la que estaban, sus fluidos empezaron a chorrear por la pierna de Paula. Apoyada en sus hombros, ella se hundió en su cuello para esperar a que su cuerpo se calmara un poco.

Alexander enroscó los brazos a su alrededor con fuerza, como si fuese una tabla en medio del océano, y la oprimió contra su pecho, quería perpetuar el

momento.

Adele estaba terminando de cantar y Paula tradujo en su mente la frase y le dijo, casi sin aliento: «*Prometo que merezco estar entre tus brazos; así que, vamos, dame una oportunidad*». Al escucharla, Alexander le llenó la frente de besos. De este modo, permanecieron en silencio durante un rato. Luego salió de su interior, se puso de pie y la llevó en brazos hacia el dormitorio, la recostó en la cama y volvió a salir para apagar las luces y la música. Regresó y

se dejó caer a su lado.

—Fue grandioso, Alex.

—Aún tengo más proyectos para esta noche, en el auto te dije que no te iba a dejar dormir.

Ella rió aniñada, se subió a horcajadas sobre él, tomándolo por sorpresa, y entrelazaron sus manos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo sabes que no quedarás exhausto antes que yo?

—Porque estoy en buena forma física.

—No lo dudo, pero también puedo llegar a consumirte, no me

subestimes.

—No, nena, creeme que no lo hago. A veces tengo miedo de que mi corazón se detenga.

—¡Exagerado!

—No exagero, Paula.

Ella se inclinó para besarlo.

—Quiero estar siempre así con vos, no voy a soportar que te vayas de mi lado.

—No me iré, quizá lo haga de manera transitoria, porque tengo obligaciones que cumplir, pero yo tampoco podré irme por demasiado tiempo, Paula.

No quiero alejarme de tu lado, lo solucionaremos.

—¿Me lo prometés?

—Te lo prometo —dijo convincente, y entonces ella volvió a acercarse y lo besó posesiva. Necesitaba sentir que era suyo, que le pertenecía pero no sólo en cuerpo, sino también en alma. Sus lenguas se encontraron una vez más danzando dentro de sus bocas y la urgencia se apoderó de ellos de inmediato. Alex estaba sólido y preparado para entrar de nuevo en Paula y

llenarla de placer. La fusión de sus cuerpos era perfecta; su destino era estar unidos. Se perdieron en las caricias, en el momento, en la noche... Entre ellos, desde un primer instante, todo había sido intenso y rápido, como el último orgasmo que compartieron esa noche.

Estaba sedienta y se levantó a beber agua. Cuando regresó, Alexander estaba con los ojos cerrados y ella se deslizó con cuidado a su lado y se acercó para darle un beso sutil en los labios.

—¡Ah, te atrapé! —gritó él.

Paula chilló espantada y luego se carcajeó. Él trepó por su cuerpo con un rápido movimiento.

—¡Bobo, me asustaste!

—¿Creíste que me había dormido? Te dije que no lo haría, tenés que confiar más en lo que te digo; debés aprender a confiar en mí, Paula.

—Claro que confío.

—¡Mentirosa, sé que no es así!

—Sabelotodo, ¿por qué pensás eso?

—Porque cada vez que te digo cosas importantes, noto incredulidad en tu mirada. A veces siento que clavás tus ojos en los míos y me pedís que sea cierto lo que te estoy diciendo. Entiendo que te defraudaron una vez y que te cuesta volver a creer en alguien, pero soy sincero en todo lo que te expreso, siempre. Vos sos muy transparente, Paula, tu mirada es lo más transparente que tenés.

Ella se quedó callada. Todo lo que Alex le estaba diciendo era cierto. Le

sonrió tímidamente y estuvo unos segundos pensativa. Le costaba mucho dejar sus miedos de lado, le asustaba pensar que su relación se basaba simplemente en la atracción física. Lo que Alexander acababa de decir le hacía feliz, pero siempre encontraba algún «pero». Además, ahora se había instalado en su mente un nombre: «Janice».

—Juro que quiero creerte, Alex, pero tengo mucho miedo de que todo entre nosotros se termine.

—No se va a acabar,

Paula; ¿cuántas veces tengo que decírtelo para que te convenzas? Sé que al principio no era así, pero las cosas han cambiado sobre la marcha, mis sentimientos se han transformado.

—Es que Alex... —hizo una pausa, tragó saliva y continuó—: Lo que me hace dudar es que hay cosas que no me decís.

—Hoy en el restaurante, te dije todo lo que querías saber.

—No, todo no. Sólo contestaste a las preguntas que quisiste. —Él resopló—.

¿Ves? Como ahora, estamos hablando, no te gusta y te pones tenso y estoy segura de que vas a intentar cambiar de conversación.

—¿Acaso hay algo más importante que lo que te explico que siento por vos?

—Supongo que no — contestó Paula y era evidente que, en ese aspecto, él tenía razón.

—¿Entonces?

—Quizá tengas razón, debería confiar más en tus sentimientos.

—Eso me gusta más; es agotador estar todo el

tiempo esforzándome para convencerte de que lo que te digo es cierto.

—Perdón, te prometo que lo voy a intentar con más fuerza.

—Bien, eso está muy bien.

Había empezado a amanecer, la luz del día los sorprendió charlando. Tenían sus manos enlazadas y él jugueteaba con sus dedos mientras hablaba sin parar. Se había propuesto que ella confiara en él y decidió que era una buena idea explicarle cosas de su círculo más íntimo. Le habló

de su casa en Miami, de sus hermanos y sus profesiones —el mayor era abogado; el del medio, psicólogo y su hermana, genetista—. El abogado y él trabajaban en la empresa con su padre, mientras que los otros, por sus profesiones, tenían una clínica en sociedad. Le habló del negocio familiar, de sus inicios y le reveló que, al principio, los diseños de Mindland habían sido de su madre. Así fue como había surgido la idea de crear una marca de ropa, desde muy abajo; nunca vislumbraron

que se transformarían en una compañía tan grande. Le explicó que cuando había nacido el segundo de sus hermanos, su madre se había apartado de la empresa para dedicarse a la familia, por lo que su padre contrató a otros diseñadores y siguió adelante con la compañía hasta transformarla en lo que en esos momentos era. De pronto, el silencio del amanecer y el cansancio se apoderaron de Paula, que se resistía a dormirse. Alex estaba muy comunicativo, pero también sus párpados

empezaron a pesarle.

Capítulo 14

PAULA despertó y ambos estaban en la misma posición. Por un momento, dudó de si realmente se había dormido o tan sólo había cerrado los ojos un instante. Alex dormía profundamente, sereno, su barba se insinuaba en su cara y estaba muy atractivo con esa sombra. Le encantaba despertar a su lado y poder admirarlo; amaba sus labios

tanto como sus ojos, estaba enamorada de ese hombre que yacía en su cama y que ocupaba un lugar en su vida que desde hacía tiempo había permanecido vacío. Inspiró con fuerza para poder captar su aroma, Alexander era embriagador y ella se sentía privilegiada a su lado. Mientras lo observaba dormir, se obligó a empezar a creer en sus palabras y a apartar los fantasmas del pasado, porque no era justo equipararlo a Gustavo, se estaba esforzando y tenía

que darle un voto de confianza.

Se levantó con cuidado, deslizándose por la cama con movimientos suaves y fue al baño.

Se colocó una bata de seda y se quedó a los pies de la cama, velando su sueño. «Mi amor, voy a extrañarte tanto cuando te vayas. Pero ahora sé que nuestra separación sólo será por cortos períodos. Aún no sé cómo lo haremos, habrá que definirlo cuando llegue el momento de la despedida, seguro viajarás a verme

siempre que te sea posible, sólo espero que sea seguido, porque después de tenerte cada día a mi lado, no sé cómo haré para soportar la espera.»

Abrió la puerta del dormitorio con cuidado para no despertarlo; quería hacerlo con el desayuno en la cama. De su bolso, escapaba el sonido de su móvil, así que se apresuró a contestar.

—Hola —dijo Paula en voz baja. Era un número desconocido y la primera vez no le respondieron.

Volvió a probar—: ¿Hola?

—*Move away from him* —

ordenó una voz femenina y cortó.

Era evidente que la llamada tenía que ver con Alex. «¿Qué me alejara de él?» Un escalofrío le recorrió el cuerpo, no le gustaban las intrigas. «Pero... ¿cómo consiguió mi número? ¿Quién me pide que me aleje de él? ¿Será una broma de mal gusto? No. Sería ingenuo por mi parte pensar que sólo se trata de una broma, aunque quizá se equivocaron de número.

La intimidación fue clara y perversa, pero no mencionaron su nombre. ¿Tal vez esta llamada tenga que ver con ese pasado que Alex quiere olvidar?»

Como una autómatas, se asomó al dormitorio para cerciorarse de que él estaba bien. Dormía, ajeno a sus preocupaciones. Ella pensó en despertarlo, abrazarlo muy fuerte y contárselo, pero decidió no hacerlo.

Salió de puntillas, se acercó a la puerta de entrada y se cercioró de echar los cerrojos; la llamada la había

dejado paranoica. Fue a la cocina y preparó un buen desayuno, con todo lo que le gustaba a él: crepes, huevos revueltos con tocino, tostadas francesas, frutas frescas variadas, café, cereales, yogur y zumo de frutas. Alexander salió del dormitorio desperezándose; se había puesto un pijama y tenía el pelo revuelto. Paula se lanzó a su encuentro y la recibió con un abrazo, ella necesitaba saber que en sus brazos podía huir de todo mal.

—¡Qué hermoso

recibimiento!

—Abrazame fuerte, Alex
—le dijo ella con urgencia.
La apartó para mirarla y la besó.

—¿Qué sucede?
¿Inseguridades nuevamente?

—No, nada de eso, sólo necesito abrazarte, sólo es eso, te lo juro. Vayamos a desayunar.

Comieron casi en silencio, estaban hambrientos, y cuando él empezó a recoger la mesa, ella lo interrumpió:

—Esperá, necesito que hablemos.

—Paula, por favor, recién

abro los ojos, no empieces con tus preguntas.

—No, no se trata de eso. Necesito contarte algo que pasó mientras dormías.

Se bajó del taburete alto y buscó su móvil; él la seguía con la mirada algo extrañado. Paula se colocó de pie entre las piernas del hombre mientras localizaba el número de la llamada.

—¿Qué pasa, Paula?

—Me llamaron de este número, ¿no lo reconocés?

—Alex lo miró pero no le sonaba.

—¿Por qué debería?

—Me hablaron en inglés. Era una mujer que me dijo «Alejate de él» y luego cortó.

La miró sorprendido, su expresión era realmente sincera, le arrebató el teléfono de la mano y volvió a estudiar el número.

—El prefijo es de Nueva York, pero no reconozco el número. Por otro lado, Paula... no estuve con nadie en este último tiempo que pueda hacer una advertencia así. Todo esto es muy raro.

Fue hacia el dormitorio seguido por ella y sacó su

móvil del pantalón. Lo bloqueó para que no se reconociera su llamada y marcó ese número, pero saltó el contestador. La abrazó y la besó.

—No te preocupes, quizá haya sido un error o una broma de mal gusto; lo averiguaré. Prometeme que no vas a empezar a tejer historias estúpidas en esa cabecita. Te pido que consideres que no mencionaron mi nombre y, por consiguiente, lo más probable es que sea una equivocación.

—Lo prometo.

Ella lo escuchaba atenta, se abrazó con fuerza a su cuello, cerró sus ojos con fuerza y lo estrujó con ímpetu. Alex guardó el número en su móvil.

—Vení acá. —Dejó los dos móviles sobre la cama y la llevó hacia el lavabo—. Vamos a tomar un buen baño, nos lo merecemos.

Accedió gustosa. ¿Cómo resistirse a un baño con él? Había decidido confiar en Alex y si él decía que no había que darle importancia, sin duda no había por qué

preocuparse. Llenaron la bañera, se metieron en ella e hicieron el amor. Él se enterró en la joven de todas las maneras posibles que el lugar permitía; el agua era un torbellino que salpicaba hacia todos lados por la intensidad de sus movimientos. La besó, la chupó y la embistió con furia.

Alex la agarraba con fuerza por la cintura, mientras Paula se movía heroica y poderosa, aferrada a su cuello. Su rostro extasiado y entregado al

placer era un poema.

Sintió que su vagina comenzaba temblar y él lo percibió al instante; ya empezaban a reconocer los signos que enviaban sus cuerpos.

—Así, nena, así, dame tu orgasmo, regalame tu gloria.

Paula gritó su nombre, que ahogó en un beso, y él también gimió mientras se corría; vació su necesidad en su vagina, de forma primitiva, con embistes dolientes y salvajes. Luego permanecieron enlazados el uno con el otro para

recomponer su agitación. Finalmente, él la besó y salió de su interior.

—Magnífica, perfecta, cada día me sorprende más nuestra conexión.

—Siento lo mismo —le dijo ella apabullada por las sensaciones que él le despertaba.

Pasaron el día juntos. Se entretuvieron con una película y charlaron de todo un poco para conocerse algo más. Se contaron sus gustos y aficiones. Alex le explicó algunos de los viajes que había hecho durante el

último año: había visitado África para llevar donaciones que ayudarían a paliar el hambre y las necesidades de ese continente. Paula lo escuchaba alucinada. Cuando empezó a anochecer, él llamó a Heller para que lo fuese a buscar. Les costó mucho despedirse, pero, al final, volvió al hotel.

En la tranquilidad de su apartamento, Paula cerró las cortinas y, mientras se comía un sándwich, se sentó en el sofá del salón para leer unos informes de gastos y

adelantar trabajo; los largos almuerzos que compartía con Alex hacían que, a veces, se atrasara en sus tareas administrativas de la empresa. Su móvil vibró, era un whatsapp:

—Ya te extraño, nena. Esto no es normal. Pienso en vos y me pongo duro al instante, ¿qué estás haciendo con mi vida?

Paula no pudo dejar de sonreír al imaginarlo con una erección.

—¿Por qué tengo que ser yo la culpable? Creo que el culpable es tu cuerpo

insaciable, me encantaría estar ahí para proporcionarte el alivio necesario, sabés que soy muy solidaria.

—Paula, me estás enloqueciendo, pero en el buen sentido.

—No te preocupes. A este paso, terminaremos los dos en el psiquiátrico, porque me llevás por el mismo camino.

Sonó el teléfono y, creyendo que era Alex, atendió sin mirar: —¿Estás muy excitado? —preguntó divertida.

—*Leave him alone, bitch, stay away from Alex* —
amenzó la misma voz de
antes.

Paula miró el teléfono, pero el número era otro, tradujo la frase en su mente: «Dejalo en paz, zorra, alejate de Alex». Ya no había dudas, habían dicho «Alex». Era más que obvio que la llamada iba dirigida a ella. Lo llamó.

—Hey, preciosa, ¡qué lindo oír tu voz!

—Volvieron a llamarme, Alex, y no es un error como creíamos, porque dijeron tu

nombre —le espetó.

—¿Cómo? ¿Desde el mismo número? —La alarma en su voz era evidente.

—No, desde otro.

—¿Qué dijeron? —Él intentó recuperar la calma, para no alarmarla más de la cuenta.

—«Dejalo en paz, zorra, alejate de Alex.» ¿Quién es? ¿Quién me llama, Alex?

—¡Sí! No lo sé, preciosa. Esto me está fastidiando. ¿Era la misma persona de antes, pudiste darte cuenta?

—Sí, era la misma, estoy

casi segura.

—Paula, quiero que te quedes tranquila. Ya están trabajando para rastrear el teléfono que utilizaron. Pasame este nuevo para poder entregarlo y que se encarguen de esto. Nena, por favor, no te dejes embargar por pensamientos extraños. Recordá lo que te dije hoy, no existe nadie en mi vida excepto vos.

—Confío en lo que me decís, Alex, pero no puedo evitar sentirme intranquila. ¿Quién puede estar tan trastornada para hacer algo

así? ¿A quién le partiste el corazón? Pensá, por favor.

—Lo sé, preciosa, lo sé. Te juro que encontraremos a la persona que te está gastando esta broma. Tengo recursos para hacerlo.

—Eso espero, que sea sólo una broma.

—¿Qué otra cosa podría ser, más que una broma de mal gusto? Dijiste que confiabas en mí, ¿verdad? ¿Querés que vaya para allá y me quede a dormir con vos?

—No, está bien —respondió intentando encontrar algo de cordura—.

No es necesario, esto es simplemente un fastidio, son advertencias, no hay por qué temer. Cualquier cosa, te llamo. Lo prometo.

—De acuerdo, tenés razón. Si fuera un peligro verdadero, creeme que no te hubiera dejado sola. Decime que crees en mí, Paula.

—Sí, Alex, te creo. Beso.

—Otro para vos, descansá. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Después de enviarle el número, trabajó un rato más y se fue a dormir.

El día siguiente era una

jornada importante puesto que había junta en la oficina para anunciar su nombramiento y no quería tener mal aspecto, así que se puso el pijama de seda y se metió en la cama, cogió la almohada que había usado Alex, porque tenía su perfume, y se durmió. Estaba decidida a no darle importancia a esas molestas llamadas.

Ya había sonado el despertador, y estaba remoloneando en la cama, cuando recibió una llamada de Alex.

—Hola, preciosa, buenos días.

Su voz era una caricia para sus oídos y sabía que iba a echarlo mucho de menos cuando se fuera a Nueva York.

—Hola, *Ojitos*, te levantaste muy temprano. Yo todavía estoy haraganeando en la cama.

—Estoy saliendo de la ducha, quería saber si habías dormido bien. «Me lo como, me encanta que se preocupe por mí», pensó Paula y contestó:

—Muy bien, no tanto

como cuando despierto a tu lado, pero escuchar tu voz ni bien abro un ojo, es una manera perfecta de comenzar el día.

—Lo mismo digo, ¿preparada para tu nombramiento?

—Sí, ahora que lo pienso, creo que me pondré bastante nerviosa. — Mientras hablaba con él, había salido de la cama y estaba preparando el baño para ducharse.

—Tranquila, todo irá bien. Te dejo para que puedas arreglarte, ponete muy linda,

más de lo que sos. Beso, nos vemos en un rato, preciosa.

—Uf, ¡cuántos piropos! ¡Cómo me gustan! Creo que mi ego está en la cima. —Él se rió—. Beso, *blue eyes*, voy a ducharme. No veo la hora de encontrarme con vos y darte un besote, *bye*.

—*Bye, bye*, nena, te tomo la palabra, estaré esperando ansioso.

Habían establecido una rutina durante esas semanas; cuando no dormían juntos la noche anterior, él la esperaba fuera del aparcamiento y, en cuanto la

veía llegar, su coche se ponía en marcha y entraba. Heller le tomaba la delantera, conseguía lugar para que ella aparcase y luego se marchaba; entonces, Alex se cambiaba de vehículo y se saludaban bajo la parcial intimidad de los vidrios tintados, tonteaban un poco y luego caminaban juntos hacia la entrada del edificio.

La sede de Mindland se encontraba bastante vacía por la fecha que era, muchos ya habían comenzado sus vacaciones de verano.

Llegaron al piso donde se encontraban las oficinas de administración de la empresa y se toparon con el personal de las otras secciones que estaban convocadas a la junta. Alex intercambió unas palabras con algunas personas del departamento de desarrollo y Paula siguió caminando hacia su mesa.

Al llegar, un enorme y bellísimo ramo de flores le dio la bienvenida. Lo cogió en sus brazos para olfatearlo y pensó que no recordaba la última vez que había

recibido flores. La tarjeta venía en un sobre cerrado:

«¡Felicidades a mi ex compañera ocasional de cama!

En este día tan especial de tu carrera, quiero que sepas que soy tu gran admirador.

Éxitos en esta nueva etapa laboral.

Tu actual pareja.»

Alex M.

—¡Será tonto...! —habló en voz alta y sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción.

En ese preciso momento, él se paró frente a su

despacho. Paula le hizo un gesto con el dedo índice para que se acercara. Alexander miró a ambos lados y entró. Ella lo cogió de las solapas de su americana, le dio un beso furtivo y se apartó de él, no quería hacer demostraciones en la oficina, aunque ya muchos imaginaban que algo ocurría entre los dos.

—¡Gracias, son verdaderamente hermosas! Me hiciste emocionar.

—Me pone muy contento que te hayan gustado.

—¿Así que ahora pasamos

a ser una pareja? —le preguntó en tono guasón.

—Creo que es hora de que vayamos poniéndole nombre a lo que existe entre vos y yo, ¿no te parece?

—Me parece perfecto, sobre todo para que dejen de mirarte con malas intenciones y sepan que sos mío, sólo mío.

Alex se carcajeó.

—Sí, vos reíte, *Ojitos*, que recién la arquitecta no te sacaba el ojo de encima.

—No es cierto, nada que ver.

—Mejor no digas nada, sé

de sobra que sos muy perceptivo cuando una mujer se fija en vos. Dejá de hacerte el lindo.

—Sólo tengo ojos para vos.

—Mentiroso, sos bastante mirón. Voy a hacerte notar cuando vayamos por la calle y admires de más. O... mejor aún, voy a empezar a mirar yo también, a ver si te gusta.

Alex levantó una ceja, luego se rió con una sonrisa muy pícara, dio un paso atrás para comprobar si venía alguien, se volvió y le encajó un besazo. Estaban

comenzando a disfrutar de la relación.

Él se dirigió a su oficina para contestar unos correos antes de la reunión y Paula buscó un jarrón y llevó las flores hasta la sala de juntas. Llegó Maxi y se colocó a su lado en la mesa.

—¡Tremendo ramo de flores en tu mesa! ¿Te las regaló el *big boss*? le preguntó mientras la saludaba.

—Sí. ¿No es hermoso?

—Dejá de babear, da asco la cara de estúpida que ponés cuando hablás de él.

—Acabamos de ponerle nombre a nuestra relación, ¡somos una pareja!

—Guau, ¿en serio? ¡Te felicito, amiga! —exclamó él y, después de unos instantes, se quejó—: ¡Qué plomazo esta reunión de último momento! Todos nos enteramos hoy de que se hacía. ¿No sabes para qué es? ¿Alex no te contó nada?

—¡Chis! Acercate un poco que te cuento.

Entonces le susurró al oído lo del nombramiento.

—¿En serio? ¿Ya es oficial? —El joven abrió los

ojos como platos y sonrió de oreja a oreja. No podía disimular lo contento que estaba.

—¡Chis! ¡Hablá despacio!

—Es que no me lo esperaba, Paula. Creí que no habría novedades hasta marzo. ¡Qué ganas de abrazarte, amiga, tenemos que festejar!

—Yo también tengo ganas de abrazarte y de celebrarlo con vos.

—Sí, muchas ganas, muchas ganas, pero fui el último en enterarme— le reprochó en tono amistoso.

—No te enojés. Alex me absorbió todo el domingo. Yo me enteré el sábado por la noche y, cuando me quedé sola e iba a llamarte, pasó algo que me desequilibró, pero ése es otro rollo. Después te lo cuento.

Justo en ese instante entraron Alex y Natalia en la sala. Él caminaba decidido, llevaba puesto un traje azul hecho a medida, y era imposible que pasara inadvertido. Paula echó una ojeada a su alrededor, había unas cuantas solteras desesperadas en el lugar, que

lo miraban con ganas, pero era suyo, absolutamente suyo.

Él presidía la junta y dio los buenos días a todos, después agradeció que hubieran dejado de lado sus apretadas agendas del día para asistir a ella, ya que se los había convocado con muy poca anticipación. A continuación, elogió la labor de Natalia, enumeró uno a uno los logros durante su gestión en el departamento de finanzas de Mindland Argentina y luego habló del equipo de trabajo que ella

había logrado formar. Especificó que la Central de Mindland en Nueva York estaba muy conforme con el modo en que se trabajaba en Argentina.

Sin más dilación, les informó de la renuncia de Natalia y dijo sentir una gran pena porque se separara del actual equipo y le deseó lo mejor en su vida personal, ya que se casaba en marzo. Todos se asombraron con la noticia y, aunque el chisme había corrido por los pasillos, nadie creía que fuera a abandonar su trabajo

tras pasar por la vicaría. Después de eso, la aplaudieron.

—Sé que esto es una novedad que no esperaban y, como entenderán, se viene encima una etapa de cambios —prosiguió—. Desde mi llegada, Natalia me puso al tanto de su decisión y quiero informarles de que he intentado disuadirla por todos los medios para que la reconsiderara, pero, al final, he terminado entendiendo sus razones. Natalia se va del país y estoy seguro de

que encontrará muy buenas oportunidades para seguir creciendo en Francia.

—Gracias, Alex, juro que voy a extrañar esta empresa —dijo ella sinceramente emocionada.

—También te echaremos de menos, no lo dudes, pero aún gozaremos de tu trabajo y de tu presencia durante unos días más.

—Así es, trabajaré durante todo el mes de enero, tal y como acordamos.

Alex asintió con la cabeza y volvió a tomar la palabra:

—En ese sentido, tengo

otro anuncio muy importante que hacerles. Todos escuchaban con atención. Las piernas de Paula empezaron a temblar. No le gustaba nada ser el centro de atención.

—Como les dije, con la partida de Natalia se avecinan cambios. — Hubo un murmullo generalizado; Alex elevó un poco el tono de su voz y continuó—: Se ha hecho una evaluación de la situación en la Central y, teniendo en cuenta que los posicionamientos en el mercado de Mindland

Argentina son muy buenos, se ha llegado a la conclusión de que realmente queremos seguir adelante con una gestión que no implique demasiados cambios en la forma de hacer actual. Es por este motivo que la dirección general de Mindland Internacional quiere que quien suceda a Natalia continúe con su modus operandi y, para eso, se determinó que alguien de su actual equipo fuera la encargada del relevo. Me complace anunciarles que nuestro nuevo gerente de

finanzas, en Mindland Argentina, es Paula Bianchi.

Varios se quedaron boquiabiertos. Quizá su juventud y su corta experiencia los hacía dudar de su idoneidad para el puesto. Maxi, sin embargo, se puso en pie efusivamente y besó y abrazó con fuerza a Paula. Natalia le deseó mucha suerte y expresó su seguridad de que iba a saber llevar la tarea adelante con mucho talento. También le comentó al oído:

—Te dije que el puesto iba a ser tuyo.

—Gracias por tu recomendación, Natalia. Alex me ha asegurado que influyó mucho en la decisión final.

—No seas modesta. Sé que en realidad fue tu talento, ya me enteré de lo de Chile.

Paula se sorprendió. No entendía cómo se había enterado de eso:

—¡Vaya, las noticias vuelan!

—Sos buena, Paula, muy buena, un diamante en bruto para esta empresa. Ojalá sepan aprovecharte —le

sonrió.

—Gracias por tu confianza, quiero que sepas que te admiro. Que vos me digas eso es, para mí, un honor.

Alex también se acercó a felicitarla, la abrazó y le dio un beso en la mejilla deseándole muchos éxitos, de forma muy comedida, aunque sus miradas al cruzarse dijeron mucho más que eso. La gente del departamento de finanzas también se acercó a felicitarla. Ella sabía de sobra que había muchos que

lo hacían con falsedad, pero pensó: «¡Jódanse!, la jefa seré yo por mucho que les pese». Los compañeros de otras secciones también esperaron su turno para darle la enhorabuena. Formalmente, la reunión había terminado. Alex estaba hablando con unos ingenieros y ella lo observaba desde lejos. De pronto, percibió que su humor había cambiado, su gesto se había vuelto adusto, ella lo conocía. Paula, que lo seguía con la vista, vio que se disculpaba y pedía, por

favor, que lo escucharan porque quería añadir una cosa más. Se hizo un silencio.

—Realmente, no tengo por qué dar estas explicaciones, pero mi educación así me obliga. El nombramiento de Paula, por si alguien tenía alguna duda, se basó en la evaluación que la junta de Mindland Nueva York hizo de su trabajo en la empresa. Ella presentó un informe de control de gastos para una de nuestras sedes y la dirección general se quedó fascinada con su talentosa propuesta.

Por otro lado, fue Natalia la que, de acuerdo a su criterio, nos dio el nombre de la persona que ella consideraba más idónea para el puesto. Ella nos recomendó a la señorita Bianchi.

»Aclaro esto porque no quiero volver a oír por ahí ciertos comentarios de mal gusto. Cada uno es dueño de creer lo que quiera, pero no le faltemos el respeto a Paula con tanto descaro. Su vida privada nada tiene que ver con este nombramiento. También exijo, con esto, respeto hacia mi persona.

Tanto Paula como yo venimos aquí a trabajar. Lo que ocurra fuera de las puertas de esta empresa sólo nos incumbe a nosotros dos. Espero haber sido lo suficientemente claro.

»Y todavía una cosa más. No confundan mi buena predisposición en el trabajo con exceso de confianza. Que yo haya sido, desde un primer momento, condescendiente con todos ustedes a pesar de mi puesto, no quiere decir que mis empleados, o sea ustedes, tengan derecho a juzgar mi

intimidación, y menos en mi propia cara. Exijo de ustedes el mismo respeto con el que yo los trato a diario.

»Siento mucho hablarles en general, pero las personas que hicieron esos desafortunados comentarios, sin fijarse siquiera en que yo estaba muy cerca y podía oírlos, sin duda se darán por aludidos. Sé que saben muy bien a quién va dirigida esta pequeña llamada de atención, pero la advertencia es para todos. Espero haber sido transparente.

»Por último, a partir de

febrero, todos los presupuestos tendrán que ser aprobados por Paula Bianchi, les guste o no. Tienen una carta abierta de renuncia en la oficina de personal a su disposición. Y, ahora, cada uno puede retirarse a seguir con sus obligaciones, hay mucho trabajo y el día laboral recién empieza. Buenos días a todos.

Todos se quedaron mudos y Paula, además, roja como un tomate. Alex estaba enajenado, le salían chispas por los ojos. Jamás lo había

visto así, ejerciendo de *big boss*. Poco faltó para que dijera: «Si quiero, pateo sus traseros y los echo, porque soy el hijo del dueño y porque me da la gana». Alexander se acercó a Paula, le puso la mano en la cintura de manera familiar y salieron de la sala.

—Vamos a mi oficina —le indicó con tono autoritario, y ella no se atrevió a negarse.

En la intimidad de su despacho, le dijo:

—Vení acá, dejame felicitarte como realmente quiero hacerlo. —La abrazó

y la besó en la boca—. Aunque yo ya tuve mi festejo personal— bromeó después de abandonar sus labios.

—Oh, sí, por supuesto. ¿Puedo preguntarte por qué te pusiste de esa forma en la reunión?

—Prefiero no entrar en detalles porque me voy a volver a enfadar. No sé qué se piensa la gente. Ya sé que siempre hablan, es algo obvio, pero ¡de ahí a que lo hagan en mi cara y con total descaro! Eso no voy a tolerarlo. Mejor dejemos

esta conversación porque tengo tentaciones de llamar a la oficina de personal y pegar una patada en el trasero a cada uno de los que estaban hablando.

—¿Cotilleaban sobre nosotros?

—Sí, Paula, basta, por favor. No voy a permitir que nadie te falte el respeto.

—De acuerdo, como gustes. Gracias por defenderme.

—No podía quedarme callado.

Ella le sonrió y lo besó.

—Sos hermoso, por dentro

y por fuera.

—Tonta.

—No es justo, yo te digo que sos hermoso y vos me contestás que soy tonta. Quiero un halago también.

Él la abrazó con fuerza.

—Ay, Paula, sos increíble, en tus brazos me olvido de todo.

El teléfono de ella sonó y, como era número desconocido, tuvo un presentimiento, así que puso el altavoz para que Alex también escuchara.

—¿Hola?

—*Hey, bitch, how long you*

are going to use it, where you want to climb?[«Hola, zorra, ¿hasta cuándo lo vas a usar, hasta dónde querés escalar?»] —era de nuevo la voz de esa mujer, soltó esa frase y cortó.

—¡Mierda! —exclamó Alex en voz alta y el corazón de Paula empezó a latir desbocado—. Dejame ver el número. Esto ya se está poniendo insoportable.

—¿No reconociste la voz?

—No, fue muy breve y me cogió por sorpresa. Es otro número de Nueva York. Los anteriores correspondían a

teléfonos descartables, y es imposible rastrearlos. Sin duda, éste también debe de serlo.

—Y digo yo... si es alguien de Nueva York, ¿cómo sabe que vos y yo estamos juntos?

—No lo sé.

—¿Le contaste a alguien sobre nosotros?

—No... bueno... Alison lo sabe, le conté mientras estaba acá, pero ella es muy discreta. Además, pronto será de mi familia. Quizá le haya explicado algo a mi hermano, pero estoy seguro

de que a nadie más. Por otro lado, ninguna mujer con la que haya salido puede creerse con el derecho de hacernos esto. Eso es lo que más me extraña y más me desconcierta.

—Quizá ella sí crea que tiene derecho a hacerlo. Es posible que haya malentendido lo que ustedes tuvieron. Es obvio que piensa que, si yo no estuviese a tu lado, tal vez podría tener una oportunidad. ¿Con quién flirteabas justo antes de venir? Pensá, ahí debe de

estar la respuesta.

—¡Cómo me fastidia estar hablando de esto! —se lamentó.

—Imaginate a mí — replicó ella—, pero quiero saber quién es para que se acabe. Es a mí a quien están acosando.

—Lo sé, lo siento y me disculpo. Creeme que no tengo ni idea de quién puede ser; de saberlo, te aseguro que esa persona ya no estaría molestándote. No tuve nada importante con nadie, sólo historias de una noche que no se volvieron a repetir.

La llamada los había puesto de muy mal humor. Paula salió del despacho de Alex y fue hacia su mesa para adelantar trabajo.

El día fue largo y muy particular. Ella estaba cansadísima y se despidieron en el aparcamiento. Camino al apartamento, Paula llamó a su madre para contarle las buenas nuevas sobre el ascenso. Ésta gritaba como loca y llamó a Pablo y Mariana; su hermano cogió el teléfono y, después de que la joven le explicara, él, como de costumbre, le

aseguró que se sentía muy orgulloso de ella. Su madre se puso de nuevo al teléfono y, más calmada, empezó con toda la parafernalia de siempre: «¿Comés bien?, ¿descansás ocho horas diarias?, ¿tenés algún candidato?». Julia no esperaba la respuesta de Paula y se quedó sin palabras.

—¿Mamá, estás ahí?

—Sí, Paula, acá sigo. Me dejaste sin habla, quiero saberlo todo. ¿Quién es? ¿Cuánto hace que estás con él?

—Hace poco, mamá, aún estamos conociéndonos, pero los dos estamos muy entusiasmados, creo que tal vez puede funcionar. Se llama Alexander, Alex. Es amigo de un primo de Mauricio, tiene dos años más que yo y es muy buen mozo. Después te envió una foto para que lo conozcas, ahora no puedo porque estoy conduciendo.

—Hija, ¡cuánto me alegra que hayas conocido a alguien! De todas formas, andá despacio, Paula, para conocerlo bien.

—Mamá, Alex es un caballero, a veces hace cosas que realmente me asombran, no es como los hombres que estoy acostumbrada a frecuentar, es muy educado y muy atento. Tiene otra educación, es empresario y es estadounidense.

—Me muero por ver esa foto que me prometiste.

—Te la mando, seguro. Te dejo, mami, estoy llegando a casa.

—Bueno, hija querida, cuidate mucho y saludos a Alex.

—Sos terrible. Dale, bajo,

te la envió por Whatsapp y me decís qué te parece.

—Uf, sí, voy a poner mi ojo clínico en acción. Recuerdo bien cuando vi a Gustavo por primera vez. Si me hubieses hecho caso...

—Basta, ma, ya no tiene sentido hablar de eso. Te mando un beso. Te quiero.

—Beso, hija, te adoro.

Paula se sentía muy feliz de haberle contado a su madre lo de Alex. Le envió la foto y de inmediato sonó su móvil.

—Paula, ¿de dónde sacaste a ese chico? Es un bombón,

hija.

—¿Verdad que es bonito?

—se carcajeó.

—Es un adonis, tiene unos ojitos muy pícaros, ¿sabés que me hace acordar a alguien? Definitivamente, es muy buen mozo, me encanta cómo se ven juntos.

—Me tiene embobada, mami. Estoy preocupada por sentir tantas cosas por él tan pronto.

—¿Y él?

—Alex dice que también está igual conmigo, pero soy tan desconfiada que me lo tiene que repetir a cada

instante. Tengo miedo de cansarlo con tanta aprensión, estoy intentando darle un voto de confianza.

—Bajá un poco la guardia, hija, no metas a todos en el mismo saco.

—Sí, eso mismo me digo a cada momento, pero me cuesta. Y, encima, estoy tan colgada de él, que tengo miedo de sufrir otra vez, no puedo evitar sentirme así, mami.

—Mi vida, no pienses en cosas malas. Disfrutá, lo que tenga que ser será, pero arriesgá tu corazón, no

permitas que se quede adormecido en el pasado.

—Lo sé, mami, lo sé.

La semana pasó volando, las misteriosas llamadas de esa mujer llegaban a diario, a veces hasta cuatro o cinco veces, para insultarla en cada una de ellas con mensajes más hostiles, casi siempre ordenándole que se alejara de Alex porque lo iba a pasar muy mal. Él, por más que lo intentaba, seguía sin poder averiguar nada. La acosadora había empezado a llamar también de madrugada para interrumpir

el sueño tanto de Paula como de Alex, si estaban juntos. La situación se había tornado insostenible, porque entre el cansancio y los nervios, algún día, habían acabado por pelearse entre ellos.

Paula estaba revisando un balance con Maxi y no podían encontrar el error. Malhumorada, arrojó el bolígrafo en la mesa y se echó hacia atrás en la silla, agarrándose la cabeza, que le dolía de forma considerable. Su teléfono sonó...

—Apuesto a que no te contó de su esposa Janice. Podría apostar a que no lo hizo.

La llamada fue brevísima, pero le había aclarado muchas cosas. Paula se había quedado muda. Alex estaba casado y había estado jugando con ella todo este tiempo. Se levantó como alma que lleva el diablo y, hecha una verdadera furia, entró sin previo aviso a su despacho.

—Hey, ¿qué pasa? —Alex tapó el teléfono y al ver su cara descompuesta por la ira,

se disculpó y cortó.

En ese preciso instante, y sin meditarlo, Paula cogió una bola de cristal de la mesa baja y se la tiró a la cabeza. Por suerte, Alex tenía buenos reflejos y la esquivó.

—¿Estás loca? —Se puso de pie y se acercó a ella.

—¿Cuándo me lo pensabas decir? ¿Hasta cuándo me lo ibas a ocultar? No, si ya lo sé, nunca me lo hubieras dicho. Te ibas a ir el 22 y si te he visto no me acuerdo, ¿verdad? —Sus gritos retumbaban en toda la

oficina.

—Parecés un demonio, Paula, no sé de qué carajo me estás hablando, ¿estás loca o qué?

—¿Ah, no sabés? De Janice, te estoy hablando, de que es tu esposa, de que estás casado con ella —Alex palideció—. ¿Qué otra mentira me vas a decir ahora? ¿Qué pasa, estás asombrado? ¿Se te cayó el teatro, verdad? Te estabas echando la cana al aire de tu vida conmigo, ¿no es cierto?

—Paula, ¿podés calmarte y dejar de gritar, que

estamos en la oficina?
Dejame explicarte.

—No, no quiero que me expliques nada, sos un jodido mentiroso, no quiero saber nada más de vos —
contuvo sus lágrimas—. Todos los hombres son la misma basura, piensan con lo que les cuelga entre las piernas nada más. No tendría que haber confiado nunca en vos, sos otro gran error en mi vida, creí que eras diferente pero sos la misma basura que Gustavo.

—Dejame que te explique, por favor —quiso agarrarla

de un brazo y, entonces, ella lo abofeteó.

—No te atrevas a volver a tocarme. ¿Cómo pudiste hacerme esto? Yo confiaba en vos.

—Mirá, Paula, estoy cansado de intentar convencerte de que lo que te digo es cierto. ¿No querés que te explique? Bueno, es tu decisión, ¡a la mierda con todo si eso es lo que querés!

—¿Qué pretendés, que me convierta en la otra? ¿Tan mal te atiende tu esposa que necesitás buscar placer afuera? ¿O pretendés

presentármela y que hagamos un trío? No, claro, apuesto que no sabe nada de tus amantes. ¿Cómo te las arreglás? Porque tus amantes sí se enteran de tus amoríos. ¿Tan idiota es tu mujer?

Alex la fulminó con la mirada, pero no dijo nada. Luego, se dio la vuelta, se puso detrás de su mesa y, con voz calmada, le dijo:

—Andate de mi oficina, por tu grosería dejé de lado una llamada muy importante. Tengo trabajo y asumo que vos también. Y cuando te vayas no golpees

la puerta, porque si se rompe algún vidrio pienso descontártelo del sueldo.

—Por supuesto que me voy, no me interesa hablar de nada más con vos.

Capítulo 15

«ME echó de su despacho sin remordimientos. Me humilló, me mancilló, me pisoteó, me hizo sentir el ser más insignificante de la Tierra», se autocompadecía Paula en su oficina.

Otra vez se habían burlado de sus sentimientos, otra vez sus ilusiones se habían evaporado. Pero aún le quedaba un atisbo de dignidad, así que cogió el

bolso y se marchó del edificio. Maxi quiso detenerla pero no lo logró, era obvio que había sido testigo de toda la escena.

Paula subió al coche y condujo sin sentido por la ciudad. Su teléfono sonaba dentro del bolso, pero no tenía intención de hablar con nadie, no paraba de llorar, no entendía de dónde salían tantas lágrimas. Se aferró con fuerza al volante y condujo por instinto, porque sus cinco sentidos estaban bloqueados.

Lo que esa mujer le había

dicho era lo que ella sospechaba desde el principio. Recordó que se lo había preguntado; él había tenido la oportunidad de ser sincero y prefirió mentirle.

Le dolía el pecho, le faltaba el aire, tenía la cabeza embotada y el alma congelada. Pensó si era posible sentir más dolor y se dijo que no, era imposible sentirse peor de lo que se sentía. Al final, detuvo el coche en una dársena, junto a la muralla de la avenida Costanera, y miró a lo lejos. La tarde estaba cayendo y el

sol empezaba a esconderse, tintando de rojo, amarillo y escarlata sus aguas. En otro momento, le hubiera parecido una postal romántica, pero ese día, el espectáculo le dolía, le quemaba porque estaba convencida de que jamás volvería a ver un amanecer a su lado. Le había entregado a Alex su corazón maltrecho, para que lo cuidara y lo sanara, y él sólo había acabado de destrozarlo». Había permitido que las cosas avanzaran, se había dejado

engañar otra vez. «¿Cuándo vas a aprender, Paula? ¿Cuándo te vas a convencer? Los hombres son una mierda. Te usan y te tiran.» Volvió a mirar hacia la inmensidad del río, allá donde sus ojos no alcanzaban a ver y donde no había nada, solamente agua, una gran masa de agua. «Quizá debería dejarme engullir por esa inmensidad y que todo se terminara de una vez. Quizá debería acabar con esta vida de mierda que me toca vivir.» Alex había sido una gran

mentira y sólo había aprovechado la oportunidad para echarse una cana al aire. Pero lo peor de todo, y lo que más le dolía, era saber que nunca más podría estar entre sus brazos, sentir sus caricias y sus besos. «Dios —pensó— ya lo estoy extrañando, ¿cómo voy a hacer para poder vivir sin él? No volveré a escuchar sus susurros en mi oído, no volveré a verlo extasiado de placer, ni me volveré a despertar junto a él. Todo lo que teníamos se ha ido, aunque es posible que nunca

tuviéramos nada verdadero. ¿Sería su esposa la que me llamaba a diario? No, no creo, él hubiese reconocido su voz. Bueno, podría haber fingido, después de todo, es bueno para decir mentiras. Tal vez la que llamaba era una de sus amantes. ¿Cuántas tendrá? ¿A cuántas habrá engañado como me ha engañado a mí?» Miraba el río con los ojos perdidos. Allí no había nada ni nadie, sólo agua y, entonces, pensó que nada podría herirla. Se subió en las rendijas de la muralla de piedra y asomó la

mitad de su cuerpo hacia el río. Lloraba sin consuelo.

—No vale la pena —le dijo una voz que la sacó de su pesadilla—. Nada de lo que estés pensando ahora vale la pena, porque sólo dejarás dolor en los que verdaderamente te aman y estoy segura de que deben de ser muchos.

Una mujer que pasaba por ahí le habló y fue visionaria, adivinó sus intenciones y se le acercó. Paula la miró, sus palabras la habían devuelto a la realidad, al aquí y ahora, y en ese momento recordó a su

madre, a su hermano, a sus sobrinos, su cuñada, a Maxi y a Mauricio. «Ellos me quieren de verdad, no puedo causarles tanto dolor — recapacité de inmediato—. No se merecen que les haga algo así, siempre estuvieron a mi lado para protegerme. Terminar con todo significaría, entre otras cosas, no ver crecer a mis sobrinos. ¿Soy capaz de perderme eso?»

La señora la había aferrado de la mano con determinación, y Paula ni se había dado cuenta, pero allá

estaba sosteniéndola. La mujer volvió a hablarle, intentaba distraerla, arrancarla de sus pensamientos y sacarla de allí.

—Hace un rato que te observo. No sé lo que te ocurrió pero vivir es lo que verdaderamente vale la pena, no importa de qué forma nos haya tocado hacerlo, no siempre es como nos gustaría, pero es lo que nos tocó y debemos aceptarlo. Mañana no será peor que el día de hoy, quizá encuentres otro motivo por

el que vivir. Si te privas del mañana, nunca sabrás lo que habrías podido descubrir.

Paula la escuchaba atónita; la señora había logrado captar su atención y sacarla de sus oscuros pensamientos. La voz que repiqueteaba en sus oídos tenía razón. La mujer la ayudó a bajar de donde estaba. Paula intentaba convencerse de que el mañana podía ser mejor que el presente, pero sabía que no sería así, porque no estaría con Alex. «¿Quién iba a pensar que nuestro

“adiós” de esta mañana sería el último?»

—Me llamo María Laura. ¿Cuál es tu nombre?

—Paula, Ana Paula.

No entendió por qué le había dado su nombre completo a la mujer; ella lo odiaba. La señora le hablaba con calma y una voz melodiosa, que la tranquilizaba.

—Paula, ¿sabés por qué estoy acá? —Ella negó con la cabeza y la mujer prosiguió—: Vengo cada viernes del año acá, porque un viernes de hace tiempo

mi hija se quitó la vida arrojándose a estas aguas. Vengo a rezar por su alma para que haya conseguido la paz que anhelaba y a pedirle que me dé fuerzas para levantarme mañana. Yo también tengo motivos para saltar, pero no lo hago porque sería muy egoísta dejar a mis seres queridos con el mismo dolor que ella me dejó. No pienses sólo en tu dolor.

—Gracias por acercarse — dijo al fin y le tomó la mano con las suyas para agradecerle—. Gracias.

Tiene razón, únicamente pensaba en mí.

—¿Querés que llame a alguien para que venga a buscarte?

—No —agitó su cabeza—, ya ha hecho más que suficiente, tengo mi coche ahí. Regresaré sola.

—¿Seguro que estás bien para conducir?

—Sí, estoy bien. Usted me hizo sentir.

—Me alegra, tesoro —le acarició la barbilla.

—¿Puedo darle un beso?
—le preguntó Paula con timidez.

—Por supuesto y dejame abrazarte también. Mi hija no tuvo tu suerte, nadie se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—Gracias, María Laura, gracias por reparar en mí.

Subió al vehículo y, antes de partir, recordó que su móvil había sonado varias veces antes. Lo buscó en la cartera y, como suponía, vio que eran llamadas perdidas de Mauricio y Maxi. Conectó el iPhone al altavoz, arrancó el motor y salió de allí con el mismo dolor, pero con la

convicción de que no valía la pena hacer ninguna estupidez.

—¡Por fin! ¿Dónde estás?

—exclamó Maxi.

—Estoy bien, no importa dónde, necesitaba un rato de soledad, no te aflijas. Voy de regreso a casa.

—Voy para allá.

—No, Maxi. Quiero estar sola, por favor. Voy a acostarme directamente.

—¿Estás segura de que no querés que vaya?

—Debo resolver esto sola, no puedo pretender que mis amigos dejen todas sus cosas

por mí.

—No desaparezcas más. Mauricio y yo anduvimos como locos, buscándote por toda la ciudad.

—Perdón, les pido perdón.

—¿Querés que hablemos?

—No, escuchaste todo, Maxi. No tengo nada que contarte. Te dejo porque estoy conduciendo y prefiero concentrarme para no provocar un accidente.

—De acuerdo, te entiendo, prométeme que vas a cuidarte y que, cuando precisés algo, me vas a llamar a mí o Mauricio.

—Prometido, avisale de que estoy bien, por favor.

—Quedate tranquila, yo le aviso.

Llegó a su apartamento y se fue a la cama sin pensar, se quitó toda la ropa y se acostó. Irremediablemente, comenzó a llorar al recordar que la última vez que Alex y ella habían hecho el amor había sido ahí. Le había besado hasta la sombra, como dice la canción de Arjona. No podía dejar de pensar en él. No sabía qué iba a hacer para olvidarlo, para arrancarlo de su piel y

de su mente.

El teléfono sonó y contestó suponiendo que eran sus amigos, pero no, era él. «¿Para qué me llama? — pensó—. ¿Qué otra mentira quiere inventar?» Alex llamaba y ella no atendía; él le dejaba mensajes en el contestador que la atormentaban.

—Necesitamos hablar, Paula, por favor, atendeme.

Al rato volvía a intentarlo pero ella no respondía. Probó con mensajes de texto, con whatsapps, pero no había manera. Alrededor

de las diez de la noche, empezó a sonar el timbre. Paula se levantó de la cama hecha una piltrafa y atendió el interfono.

—Paula, mi amor, dejame entrar.

No hubo respuesta y lo dejó fuera. Él insistió durante una media hora más, pero ella no cedió. Al final, le envió un mensaje de texto que decía: «Te vas a arrepentir, te lo aseguro.»

«¿De qué me voy a arrepentir? ¿De no seguir viviendo en una gran mentira?» No le contestó y

siguió llorando. Llevaba horas en ese estado, ya no tenía más fuerzas. Cuando estaba amaneciendo, el cansancio la venció y se durmió: estaba agotada.

Por la mañana, despertó sobresaltada con el sonido del teléfono. Era su madre, pero no podía responderle sintiéndose así, no estaba preparada para aceptar que Alex y ella ya no serían más Alex y ella, dejó que saltara el buzón de voz. Su foto estaba de fondo de pantalla. La miró un rato y dejó el móvil sobre la mesilla de

noche. Fue al baño como una autómata y se imaginó a Alex de pie frente al espejo afeitándose, como había hecho tantas mañanas; recordó lo serio que se ponía, cómo fruncía el cejo hasta que se daba cuenta de que ella lo observaba y le sonreía con esa mirada maliciosa y traviesa que la derretía. Al reparar en el vasito que estaba sobre el mármol, con su cepillo de dientes, comenzó a llorar otra vez. «¡Cómo duele, Dios mío! ¡Cómo duele saber que nunca más podré

estar con él! Odio quererlo así.» Cogió el cepillo de Alex y se lavó los dientes con él, fue al dormitorio y se dejó caer en la cama nuevamente, donde lloró hasta que volvió a quedarse dormida.

Se despertó porque la cama se movió a su alrededor. Abrió los ojos sobresaltada y vio a Mauricio y Maximiliano sentados a su lado.

—Che, dormilona, no te levantaste todavía. ¡Son las ocho de la noche! —¿Qué día es? —preguntó ella

aturdida.

—Sábado, aún es sábado
—le contestó Mauricio—.
Vamos, levántate, andá a
ducharte. Pedimos pizza y
unas empanadas.

—No, no quiero —se
negó.

—Ah... ni lo sueñes —la
amenazó Maximiliano—. O
te levantás o te meto yo en la
ducha.

—Está bien, está bien,
¡qué hinchapelotas son!

Se dio una ducha rápida.
El cuerpo le dolía como si
hubiese corrido un maratón,
se envolvió en una toalla y

fue en busca de su ropa. El armario estaba lleno de cosas de Alex y maldijo, pues parecía imposible no acordarse de él a cada momento. Acarició sus prendas, aún estaba colgado el traje que había usado para ir a Chila, cogió la manga y se la pasó por la mejilla. Sobre una silla había una camiseta, que aspiró con fuerza para nutrirse de su aroma; aún conservaba su perfume. Como un acto reflejo, la metió bajo su almohada como si fuera un tesoro. Presa del

desasosiego, regresó al baño y, en un arrebató, tomó el frasco de perfume que él había dejado, volvió al vestidor y roció toda las prendas con la botella, para embriagarse con su aroma y aturdirse. Luego se vistió y salió a la sala. Sus amigos estaban en la cocina; la comida ya había llegado, pero Paula estaba tan ensimismada que ni siquiera había oído el timbre. Comió porque debía hacerlo, y para que Maxi y Mauricio no la sermonearan, pero le costó tragar bocado. Tomó varios

vasos de agua sin parar, su cuerpo, con tanto llanto, necesitaba compensar la pérdida de líquidos. Maxi y Mauricio intentaban animarla, hacían bromas entre ellos, pero Paula no estaba ahí. Éste notó que nos les prestaba atención y, de repente, la agarró por la barbilla y le dijo:

—Hey, Paula, volvé. ¿Querés que hablemos de Alex?

Ella lo miró sin comprender. No había nada que decir. Negó con la cabeza pero no pronunció

palabra.

—No te encierres, Paula, estamos acá para escucharte gritar, insultar, llorar o, simplemente, para lo que quieras hacer.

—No quiero nada, Mauricio, no sé para qué vinieron. Ayer le dije a Maxi que quería estar sola.

—Sí, claro, ¿cómo podés creer que te íbamos a dejar tirada en la cama todo el fin de semana? —la increpó Maximiliano.

—Necesito hacer mi duelo —les explicó ella—. Me siento como si se me hubiese

muerto un ser querido.

De hecho, algo parecido había ocurrido en el instante en que se enteró de que era un hombre casado. Sólo necesitaba enterrarlo en sus pensamientos y en su alma.

—Te puse a cargar el móvil —le indicó Mauricio —, se te había agotado la batería. Te llamamos durante toda la tarde y saltaba directamente el contestador y el fijo estaba desconectado.

—Sí, creo que no lo cargo desde el jueves a la noche — trató de hacer memoria.

—Necesitamos saber que estás bien, queremos que te acuerdes de cargarlo para poder llamarte.

—Lo sé, lo siento, Mauricio. No quería ser desconsiderada, sé que se preocupan mucho por mí — susurró y respiró hondo.

—Claro que nos preocupamos por vos — confirmó Maxi.

—Debo de tenerlos aburridos con mis descalabros. Mi vida es un continuo fracaso. Si se olvidaran de mí, no los culparía; sé que soy una

persona indeseable como
compañía.

—Yo no creo que seas una
fracasada, tu vida personal
tiene muchos logros —
consideró Maximiliano.

—¡Ja! No me hagas reír,
que no tengo ganas.

—¿Te vas a sentar a
autocompadecerte y no vas a
hacer nada?

—¿Qué querés que haga,
Mauricio? Lo único que
quiero hacer está vetado. El
maldito Alex está casado,
me utilizó todo este tiempo
para follar. Me dijo millones
de frases de ensueño, me

entregó promesas que jamás podría cumplir, me enamoró como a una pelotuda y ahora me ha dejado sin sentido, adormecida en el dolor —se quedó mirándolo a los ojos—. ¿Tan mala persona soy que merezco todo esto?

—Sabés que no es así —afirmó Maxi.

—Y entonces, ¿por qué me pasan estas cosas?

—No hay una razón, Paula. A veces las relaciones son complicadas, la vida es complicada —argumentó Maximiliano sin saber qué decir exactamente y es que

no había mucha explicación posible.

—Pero yo no veo que la vida de ustedes sea como la mía. ¿Qué es lo que hago mal?

—Nada, no haces nada mal. Tenés la maldita mala suerte de toparte sólo con malnacidos —concluyó Mauricio.

Mientras ellos recogían la mesa, la joven se recostó en el sofá y luego los instó a irse. Ellos no querían, pero ella insistió tanto que, al final, accedieron. Ambos tenían sus vidas y Paula, de

manera obstinada, opinaba que no podía permitirles instalarse en la de ella por compasión. Les prometió que atendería al teléfono y que mantendría la batería cargada.

Cuando se fueron, se quedó sola en su gran sepulcro, su apartamento era una gran tumba para ella. El teléfono volvió a sonar y se puso de pie, a regañadientes, y fue por él. Era un número desconocido y maldijo al suponer de lo que se trataba.

—Hola... hable...

Nadie contestaba pero era

evidente que había alguien al otro lado. Ella sabía quién era.

—No me llames más, estúpida. Todo se terminó con Alex. No tenés de qué preocuparte —le gritó y cortó—. ¡Basta, basta! ¡No puedo soportar más dolor! —chilló con todas sus fuerzas—. ¿Qué voy a hacer con este amor que siento? ¿Qué me hiciste, Alex? ¿Por qué el amor tiene que doler tanto?

Volvió a llorar desconsolada. No sabía qué hacer para no pensar más,

para no sentir más ese vacío, volvió a quedarse dormida entre sollozos y espasmos.

El domingo siguió llorando y maldiciendo, de la cama al sofá y del sofá a la cama. Su madre volvió a llamar pero no la atendió. Paula inventó una pequeña mentira y le mandó un mensaje diciéndole que donde estaba no tenía buena señal, pero que estaba bien. Su madre, comprensiva, le contestó que disfrutara con Alex y que no se preocupara. Otra vez surgía su nombre y, con él, los

recuerdos, los miedos, la soledad y la angustia. Por la tarde, la llamaron Maximiliano y Mauricio y ella intentó tranquilizarlos. Les dijo que había comido, otra mentira, y les pidió que no fueran a su casa.

Era lunes otra vez y estuvo realmente tentada de no levantarse. Pero faltar al trabajo era darle el gusto a Alex de que viera lo mal que estaba. Se vistió a desgana, y por más que intentó esmerarse, no consiguió una imagen decente. Después de tres días seguidos de llanto,

no podía hacer milagros con el maquillaje.

Cuando llegó a la oficina, rogó a todos los santos no encontrarse con él en la entrada. De todas maneras, pensó, era una estupidez, porque su oficina estaba pegada a la de Alex. Paula se dio cuenta de que llegaba porque oyó que Carolina lo saludaba. Entonces, cerró sus ojos y tomó aire mientras fijaba la vista en la pantalla del ordenador. Con el rabillo del ojo, vio que se había detenido frente a su despacho. Lo ignoró y

simuló trabajar, pero se paró frente a su mesa y ella tuvo que levantar la vista. Clavó sus ojos desafiantes en los suyos, Alex la estudió hasta que dijo en un tono de voz lo suficientemente bajo como para que sólo ella pudiese oírlo:

—Heller pasará esta tarde por tu casa a recoger mis cosas, ¿sería posible que las tuvieras preparadas?

Paula intentó sosegar su corazón y contestarle con calma. Tragó saliva y, sin dejar de mirarlo a los ojos, le confirmó:

—Sí, por supuesto, no hay problema.

Luego, con frialdad, bajó la mirada nuevamente al ordenador, pero Alex seguía frente a ella y no pensaba irse. Volvió a levantar la cabeza. —¿Algo más? ¿Necesitás algo más?

La estaba fulminando con la mirada, pero ella no iba a permitirle que la intimidara y siguió en sus trece.

—Me voy mañana, he adelantado mi viaje.

«No voy a llorar, no voy a llorar», se repitió como un mantra una y otra vez hasta

convencerse.

—Que tengas un buen viaje —le deseó—, no puedo decirte que haya sido un placer conocerte, desde luego que no.

Cerró los ojos y suspiró.

—Hay cosas tuyas en el hotel, Heller te las llevará esta tarde.

—Perfecto.

Paula tenía un nudo en la garganta y no sabía cuánto tiempo más iba a poder aguantarse sin derramar una lágrima. Él dio media vuelta y salió del despacho.

Cuando se alejó, ella se

apretó las sienes, aturdida e indefensa. Se refugió en el baño, bajó la tapa de uno de los inodoros y se sentó en él, donde ahogó su llanto en silencio. Así estuvo un rato hasta que se autoamonestó: necesitaba contener sus emociones, no podía seguir en ese estado y menos en el trabajo. En cuanto dejó de gimotear, salió y se miró en el espejo; su nariz estaba colorada y no hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que había estado llorando. Volvió a maquillarse y luego pasó por

la mesa de Maxi, a quien todavía no había visto.

—Estuviste llorando.

—¡Chis! Hablá despacio.

Hace un rato se me acercó Alex y me dijo que mañana se va.

—Mejor, que vuelva con su esposa.

—No es necesario que me lo recuerdes.

—Sí que es necesario, no sea cosa que se te ocurra alguna idea brillante.

—Jamás... Nunca consentiría ser la otra sabiéndolo.

—Me alegro, porque

sufrirías mucho.

—Lo sé, no quiero hablar de eso. Me voy a seguir trabajando.

—Perfecto. Pronto Alex será un mal recuerdo, ya verás. Al menos te enteraste antes de que pudiera hacerte más promesas.

Paula salió y, cuando pasó frente a la oficina de Natalia, se encontró con ella.

—Paula, qué suerte que te encuentre. Carolina estaba buscándote porque necesito mostrarte algunas cosas, archivos confidenciales y datos relevantes de la

compañía. Quiero enseñarte cómo se accede a ellos y que hablemos de unos temas de suma importancia que necesito resolver. Me gustaría que ya empezaras a tener conocimiento de ellos para que luego puedas tomar las riendas mejor. Debemos considerar que sólo nos queda una semana para transferirte todo, luego te vas de vacaciones y, a tu regreso, ya no nos veremos. Por favor, dejá todo lo que estás haciendo y pásáselo a tus compañeros. Te necesito durante el resto de la semana

para ponerte al corriente de todo. Andá a buscar tu Mac y esperame en el despacho, ya regreso.

—Sí, por supuesto, lo que necesites.

Hizo todo lo que le había pedido y, cuando entró, se llevó una gran sorpresa. Alex estaba en el despacho de Natalia, sentado en el sofá. «Mierda, esto es una pesadilla. No quiero estar a solas con él», maldijo. Sin embargo, no le quedó otra opción que entrar y sacar fuerzas de donde fuese para demostrar, ante todo, su

profesionalidad. Se acomodó en uno de los sillones ante la atenta mirada de desagrado del hombre. Paula apoyó su ordenador en la mesa e intentó no mirarlo.

—Lo siento, Paula, sé que te incomodo pero es urgente que tratemos algunos temas.

—No te preocupes.

Ella intentaba evitar sus ojos, alisaba su falda y sacaba pelusas que sólo ella podía ver.

—Entiendo perfectamente que estamos acá para trabajar, puedo separar las cosas.

—Pues qué suerte, porque a mí, realmente, me cuesta —dijo con ironía.

Ella levantó su mirada y la clavó en él:

—Con lo cínico que sos, realmente me cuesta mucho creerlo —le espetó con voz afilada y punzante.

En ese instante, entró su jefa. El aire podía cortarse entre ellos. Paula necesitaba que entendiera que el resentimiento que sentía por él era tan grande como el amor que le había profesado.

Trabajaron toda la mañana los tres juntos. A pesar de

todo, la cabeza de Paula asimiló muy bien toda la información que le pasaron. En un momento en que Natalia se apartó para atender una llamada, Alex se puso en pie para estirarse y se colocó de espaldas a ella. Paula lo contempló en silencio. «Dios, las veces que me ha rodeado con sus brazos, que me ha cobijado en su pecho y me ha hecho el amor. ¿Cómo haré para borrar sus huellas cuando, en realidad, lo único que deseo es que se queden ahí para toda la vida?»

Él se dio la vuelta y la sorprendió ensimismada y con la mirada clavada en él. La miró a los ojos y ella pudo sentir cómo la desnudaba.

Alex volvió su vista a Natalia, que estaba de espaldas hablando por teléfono. Entonces miró a Paula y le habló en voz baja. Su comentario la descolocó:

—¿Por qué la vida es tan difícil? ¿Por qué ser feliz cuesta tanto? «¿Por qué me dice eso?», pensó.

—Lamento la interrupción—se disculpó—. No se

imaginan lo que cuesta organizar una boda, surgen baches a diario, pero, por suerte, uno se casa sólo una vez.

—Mi hermana se casó hace menos de dos meses y enloqueció a toda la familia durante un año para planear el evento.

—Alex, no sabía que tu hermana se había casado.

—Sí, se casó la consentida de la familia. Uf, a mi padre aún le cuesta asumirlo. Intentó por todos los medios que se quedaran a vivir en la casa familiar, pero Amanda

se opuso rotundamente. De todos modos, se mudó a un apartamento muy cercano al de mis padres, así que se ven casi a diario.

—Recuerdo la vez que cenamos todos juntos en la casa de tus padres. Tu mamá lo regañó varias veces por inmiscuirse entre tu hermana y su novio.

«Un momento —se sorprendió Paula—, Natalia cenó en casa de los Masslow alguna vez. Entonces, es obvio que conoce a la mujer de Alex, ¡por Dios, qué vergüenza!»

—Papá siempre fue muy posesivo con Amanda. En esa cena a la que hacés referencia, hacía muy poco que ellos salían juntos y a papá le costaba mucho asimilarlo.

—Me encanta que tus padres no sean de los que se preocupan de las clases sociales por encima de todo. Son personas muy agradables y sencillas. La verdad es que las dos semanas que estuve en Nueva York me hicieron sentir muy a gusto; tu mamá es una señora increíble.

—Papá y mamá jamás se han fijado en esas cosas, sino jamás le hubiesen permitido a Amanda casarse con su chofer.

Natalia parecía saber mucho de los Masslow. Paula permanecía en silencio.

—Vas a ver, Paula. Cuando viajes a Nueva York te encantará conocer a la familia de Alex.

«¿Qué le pasa a Natalia? ¿Es que no sabe que está casado?» Se quedó muda, no sabía qué decir.

—Perdón, no quise

incomodarte —se disculpó ésta—, creo que he asumido que como ustedes, bueno, en fin, sé que no es de mi incumbencia y que aún están conociéndose, pero hacen buena pareja y ojalá sigan adelante. Cuando los sentimientos son sinceros, las distancias no son un impedimento.

Tomó a Paula de la mano para darle ánimos y ella sólo pudo sonreírle.

—Estoy seguro de que, cuando Paula vaya a Nueva York, mis padres se quedarán encantados con

ella —confirmó Alex—. A vos también te gustará conocerlos, estoy seguro de que el encantamiento será recíproco.

«Se está burlando de mí — reflexionó Paula. Sus ojos lo fulminaban—. Mejor que se calle, porque me levanto y le doy un revés delante de Natalia y que todo se vaya al garete. ¿Quién se cree que es para jugar así con mis sentimientos? ¿Hasta cuándo va a humillarme?» Alex seguía ha blando:

—Aunque Paula es un poco reticente a conocerlos

aún.

—Por supuesto, creo que todavía es muy pronto — confirmó ella siguiendo su estúpido juego.

—¿Se van juntos de vacaciones? —preguntó Natalia.

—No —contestó Paula muy convencida.

—Sí —la contradijo Alex —. Bueno, en realidad, aún no nos hemos puesto de acuerdo —explicó él con descaro.

—Alex tendría que postergar varios compromisos si quisiera ir

conmigo. —«Yo también puedo ser muy hipócrita, Alex, vas a ver», pensó con cinismo y siguió—: No pretendo que descuide sus obligaciones, ¡faltaría más! Además ya suspendí mi viaje. Me quedaré en casa de mi madre disfrutando de la familia.

—Pero te ibas a Puerto Vallarta y a Aruba, ¿verdad? —se afligió la jefa. Paula no podía contarle que, en realidad, tenía el corazón destrozado y que, por eso, se quedaría con su familia. No iba a demostrar sus

debilidades en público.

—Dejaré ese viaje pendiente para otra oportunidad. Iba con Maxi y con su novia y, de entrada, no me gustaba demasiado la idea de aguantarles la vela durante el viaje.

—Creo que tendrías que ir de todas formas —insistió Alex—, por más que yo no logre hacerme un hueco para estar contigo, son lugares paradisiacos. No faltará oportunidad para que podamos ir juntos en otro momento.

—Es que mamá me echó

mucho de menos este año y quiero compensarle de alguna forma el tiempo que le resto a lo largo del año. El teléfono de Paula sonó, ella miró la pantalla y dijo:

—Es para vos, cariño, creo que se equivocaron otra vez y llamaron a mi número —le soltó con sorna y le pasó el teléfono para que atendiese la llamada—. A ver si solucionás esto, mi amor, ya les expliqué pero no dejan de llamarme.

—¡Hola!

Alex tomó el iPhone y contestó con voz firme, pero

cuando escucharon que era él no contestaron.

—Creo que hay que solucionarlo, ¿no te parece, Alex?

—Estoy en ello, no te preocupes.

Natalia los miraba sin entender de qué hablaban.

—De todas formas, mañana o, mejor dicho, pasado, cuando regreses a Nueva York, podrás solucionarlo personalmente, ¿verdad?

—Será lo primero que haga.

—Imagino que estás

ansioso por ocuparte de ese asunto.

—Voy a pedirle a Carolina que nos traiga café.

Natalia se puso en pie para hablar por el intercomunicador, se sentía descolocada y fuera de la conversación.

—A ver si te ocupás de tu amante y le explicás que vos y yo ya no tenemos nada que ver y que me deje de molestar —le exigió Paula entre dientes antes de que Natalia regresara.

—No te preocupes, creo que sólo está impaciente por

mi viaje. Tal vez no fue buena idea que atendiera, pero el miércoles le daré lo que espera y seguro se tranquilizará. Tengo la bragueta preparada para follármela de todas las maneras que me pida.

—Idiota... sos un malnacido —Paula se levantó y se fue. «Que piense él la manera de disculparse», se dijo.

Por la tarde, Natalia y Paula siguieron trabajando juntas pero sin Alex. Cuando faltaba media hora para la salida, él se asomó un

momento.

—Permiso, espero no interrumpir nada importante.

—Pasá, Alex, pasá —lo invitó a entrar Natalia muy cordialmente.

—Vengo a despedirme, Natalia, mañana ya no vengo.

—Alex, te echaremos de menos en la oficina. —Ella se puso en pie y se abrazaron—. Fue un placer tenerte con nosotros. Sin duda, ahora que estás con Paula te verán más seguido por acá.

—Sólo lo necesario, no

quiero agobiar a mis empleados y, por otra parte, tu puesto queda en buenas manos. Con los informes que Paula envíe será suficiente.

Paula estaba fastidiada de ese juego perverso.

Natalia y él se dieron un beso en la mejilla y Alex le deseó muchísima suerte en su matrimonio, por si no se veían.

—Paula, visto que Alex ya se va, te libero de todo. Podemos seguir el miércoles, porque supongo que mañana querrán pasar

juntos el día —le dijo bienintencionada.

—No, yo mañana vengo —aseveró ella con decisión—. Y ahora también puedo quedarme hasta la hora de salida para adelantar, Natalia.

—Como tu superior, te doy el día y te digo que el trabajo por hoy ha terminado. No creo que Alex se oponga a mi decisión, ¿verdad?

—Por supuesto que no, encantado de la vida.

Ellos dos rieron, pero Paula sólo pudo emitir una

media sonrisa. No daba crédito a la hipocresía de ese hombre. Al menos, su angustia se había disipado y se estaba transformando en enojo hacia él. Salieron de la oficina de Natalia y él le preguntó a qué hora podía pasar Heller por su apartamento.

—Que pase a las seis y media —le contestó sin mirarlo.

Recogió sus cosas para marcharse con fastidio y, cuando estaba esperando el ascensor, llegó Alex y se paró a su lado; él también se

iba. Las puertas se abrieron y entraron en él.

—Siento la sarta de estupideces que dije durante todo el día, pero no me parecía justo para vos que todos se enterasen de que nuestra relación había durado tan poco tiempo. No quiero que nadie diga estupideces, ahora que me voy.

—Realmente, no creo que te haya causado demasiado esfuerzo. Después de todo, sólo asumiste el papel que venías ocupando desde que nos conocimos, mentira tras

mentira. Hoy demostraste con claridad tus dotes para falsear, deberían darte un Oscar.

—No seas cruel, Paula. Te lo pido por lo que tuvimos, por lo que sé que significó para vos y también por lo que significó para mí, aunque no te interese saberlo.

—Sos un hipócrita, Alex. No quiero escucharte más, por favor, ya fue suficiente por el día de hoy.

—Voy a extrañarte, Paula. Aunque no lo creas, así será.

—Con toda seguridad, tu

mujer o tu otra amante, esa que me llama a diario, sabrán ayudarte a olvidar.

Él la miraba fijamente y negaba con la cabeza. Le acarició la mejilla con el reverso de la mano con extrema suavidad. Fue la caricia más delicada que le había hecho nunca, pero ella la sintió afilada como una daga en su corazón, que quedó totalmente indefenso y desvalido.

—Que seas muy feliz, te lo deseo de corazón. Ojalá puedas serlo —le dijo sin dejar de clavar sus

maravillosos ojos azules en ella.

Se quedaron en silencio. «¿Por qué me toca? ¿Por qué me dice todo esto? Dios, la última caricia fue la más inocente de todas las que me ha dado. ¡Siempre son tan tristes las despedidas! Jamás imaginé este final para nosotros, siempre tuve esperanzas de que nuestro amor sortearía todos los obstáculos. Días atrás, Alex y yo parecíamos inseparables, pensaba que estábamos hechos el uno para el otro, en completa

sinergia. Y, sin embargo, hoy nos estamos despidiendo para siempre.»

Las neuronas de Paula no paraban de pensar. Por el contrario, la mente de Alex se había quedado en blanco. Llegaron a la planta baja y Heller estaba frente a la entrada esperándolo. Él se subió al automóvil y se marcharon.

Ella caminó hasta su coche, se montó en él y, en la intimidad, mientras se colocaba el cinturón de seguridad comenzó a llorar sin consuelo. Atormentados

espasmos se apoderaron de ella, las lágrimas que corrían por sus mejillas eran cuchillas afiladas que le rasgaban la piel.

Zigzagueó entre los vehículos y condujo por intuición hasta llegar a su casa. En cuanto entró, se despojó de los zapatos, se puso un pantalón corto y una camiseta y se fue en busca de la bolsa de Alex para guardar todas sus pertenencias. Besó cada una de las cosas, como si de esa manera ella también se fuera con ellas para acompañarlo

siempre. Y seguía llorando.
Sonó el interfono.

—¿Quién es?

—Soy Heller, señorita.

Le dio paso y, unos minutos después, sonó el timbre de su apartamento. Heller siempre había sido muy discreto, pero esa tarde le preguntó:

—¿Se siente usted bien, señorita?

Paula no podía controlar las lágrimas por más que lo intentaba, las secó apresuradamente con el reverso de su mano.

—No se preocupe, no es

nada —le dijo mientras gimoteaba.

—Tome —él le ofreció su pañuelo y ella se lo agradeció pero no lo aceptó. Le flanqueó la entrada y él se hizo con la bolsa, mientras que ella le colgaba las perchas con los trajes de Alex.

—Eso es todo, Heller.

—De acuerdo, señorita, es un gusto haberla conocido.

—Igualmente —respondió mientras sorbía su nariz.

—¿No quiere que envíe ningún recado? —le ofreció con gentileza. Paula, no

obstante, consideraba que no tenía nada más que decirle, nada entre ellos tenía razón de ser.

—No quiero parecer entrometido —siguió Heller—, pero no la veo bien y, si le interesa, el señor Masslow tampoco tiene muy buen aspecto que digamos. Discúlpeme una vez más por estos comentarios, sé que lo que haya ocurrido no es de mi incumbencia.

—Gracias, Heller, por su preocupación. Pero... entre el señor Masslow y yo todo ha terminado.

—Lo siento, de verdad, adiós señorita Bianchi.

—Adiós, Heller, que tenga un buen viaje.

—Muchas gracias. Mañana, a las 18.15 horas iremos al aeropuerto para facturar y, a las 21.25 horas, partiremos en el vuelo 954 de American Airlines, directo a Nueva York.

—Gracias, Heller. Aprecio realmente sus palabras y entiendo muy bien lo que intenta hacer, pero todo está en su justo lugar. Adiós.

—Adiós, señorita —se despidió con una mueca de

pesar.

Heller le había ofrecido los datos del vuelo con premeditación, pero entre Alex y Paula todo parecía imposible. Su matrimonio con Janice hacía que nada entre ellos pudiera tener sentido.

En cuanto oscureció, Paula se puso un pijama, se acostó y sacó la camiseta de Alex, que había rociado con Clive Christian N.º 1, de debajo de la almohada. Aspirar su esencia le permitía imaginar que estaba junto a ella.

«Lo que daría por estar

cerca de ti, porque tuviésemos otra oportunidad, porque fueras libre, por estar entre tus brazos y huir de todo mal», se durmió pensando.

Cerca del mediodía, el embotamiento de la cabeza la despertó. Se levantó y miró a su alrededor. Tenía la sensación de que las paredes se le caían encima, cuando al levantarse se tambaleó, recordó que hacía tres días que no probaba bocado. Fue hasta la cocina y puso la tetera a calentar. Pensaba tomarse un té muy dulce.

Mientras el agua estaba en el fuego, se acercó al ventanal. Buenos Aires combinaba perfectamente con su estado de ánimo, el día estaba gris y lluvioso; apoyó la frente en el cristal, para que el frío le aplacara el dolor de cabeza. Fue a buscar un ibuprofeno para tomar con el té. Pasó el resto del día tirada en la cama, evocando a Alex, recordando sus ojos azules, sus manos de largos dedos y uñas muy cuidadas, su boca perfecta, su nuez de Adán que subía y bajaba cuando gemía, su voz varonil y su

sonrisa lujuriosa. Pensó en el día en que lo había conocido. Lo que más le había impactado de él había sido su mirada, entre pícara e inocente, que la intimidó desde el primer momento.

Miró la hora, eran las cinco de la tarde. De pronto, un profundo dolor le apretó el pecho, faltaba tan poco para que Alex partiera... Recordó las últimas palabras de Heller mencionando los datos del vuelo y, sin darse cuenta, se encontró conduciendo a toda velocidad por la avenida

General Paz, camino al aeropuerto.

Llegó minutos antes de las seis y buscó desesperadamente alguna información del vuelo. Pronto averiguó que debían facturar en la terminal A, así que se trasladó hacia allá. El aeropuerto internacional de Ezeiza, a esa hora, estaba colapsado. Se camufló entre la gente en una ubicación privilegiada, frente al mostrador de primera clase de American Airlines. Poco después de las 18.15 horas, vio que Alex y Mikel

entraban en la terminal. Unos pasos más atrás iba Heller, con un carrito que transportaba las maletas de todos. Alex leía los carteles con las indicaciones, hasta que detuvo a una empleada del aeropuerto para consultarle algo. La chica señaló en la dirección en que ella se encontraba y Paula temió que pudiera verla, así que se giró. Era evidente que estaban buscando el mostrador de facturación. Se colocaron en la fila, con unas diez personas delante. Estaba muy callado. No

dejaba de observarlo. Llevaba puesto un polo negro y unos vaqueros oscuros con zapatillas Nike. Tenía una americana negra colgada en el brazo, para ponerse cuando bajara en Nueva York. Se había vestido cómodo para viajar, pero estaba tan atractivo como siempre. Se dio la vuelta varias veces y miró a su alrededor como si buscara a alguien entre la gente; el corazón de Paula latía desbocado, estaban tan cerca y, a la vez, tan lejos.

Alex sacó su teléfono,

marcó un número y, después de intercambiar algunas breves palabras, colgó. «¿A quién habrá llamado? Seguramente a ella para avisarle de que ya está en el aeropuerto», pensó. Pero, acto seguido, se dijo que no debía entrar en esos derroteros que no le hacían bien. Alejó esos pensamientos tortuosos de su mente y se dispuso a disfrutar de los últimos instantes durante los cuales podría observarlo. Pasaron por el mostrador, facturaron las maletas y se dirigieron a

migraciones. Después de eso, los perdió de vista, pues se fueron a sentar a la sala vip de American Airlines.

Paula se quedó en la terminal y buscó un sitio privilegiado desde donde vigilar la puerta de embarque número cuatro, por la cual accederían al avión que ya estaba en la pista. Su corazón latía agitado, le faltaba el aliento y sentía que sus fuerzas se consumían. Sería la última vez que vería a su amor. A las 20.55 horas, empezaron a llamar por megafonía para

embarcar y Paula seguía atrincherada en la terminal.

Alex aún estaba en la sala vip, callado y mirando su teléfono. Mikel intentaba animarlo y mantener una charla coherente con él, pero él parecía no escucharlo, contestaba con monosílabos o asentía con la cabeza. Esperaban a que la mayor parte del pasaje subiese el avión, para no tener que hacer cola y aguantar los empujones de la gente, aunque, en realidad, lo único que Alex estaba haciendo era demorar la partida.

—Alex, ¿por qué no la llamás? Todavía estás a tiempo de enmendar las cosas.

Levantó sus profundos ojos azules y los clavó en su amigo, con una mirada que asustaba.

Estudió una vez más su entorno, pero no le contestó y volvió a centrarse en el teléfono, donde pasaba, una y otra vez, las fotos que tenía guardadas de Paula y él.

El móvil de Mikel sonó, María Pía llamaba para despedirse y Alex oyó sus

promesas mutuas de verse al mes siguiente, cuando ella visitase Nueva York. La conversación le molestó, le causaba fastidio ver que hacían planes con entusiasmo para verse tan pronto como les fuese posible y sintió envidia.

—María Pía te manda saludos.

—Gracias.

Miró la hora y vio que sólo faltaban quince minutos para que las puertas del avión se cerrasen. Se puso en pie, tomó su bolsa de mano y se dirigió a Mikel:

—Ya es hora, vamos o perderemos el vuelo.

—Quizá sería lo mejor para vos, viendo la cara que tenés, no creo que tengas muchas ganas de subirte en ese avión.

—Dejá de decir estupideces.

Mikel sacudió su cabeza, sin poder entender que su amigo fuera tan orgulloso y necio. No había forma de que reconociera los sentimientos que tenía por Paula. Heller, que estaba en la barra tomando un zumo de frutas, cuando vio que su

jefe y su amigo se ponían de pie, hizo lo mismo y se aprestó a seguirlos.

—Vayamos, Heller.

—Sí, señor, no se preocupe, yo los sigo.

El empleado iba tras ellos en silencio y un tanto apartado.

Ya casi no quedaban pasajeros que subieran al avión. Los tres llegaron a la entrada y, tras la nueva revisión del equipaje de mano, entraron en el finger que los conducía al aparato.

Paula los vio entrar y fijó la vista en su amor. Sentía

que iba a morirse, sus lágrimas corrían a raudales por su rostro pero no le importaba. Alex se iba de su vida para siempre.

Mikel caminaba por delante de Alex, que iba cabizbajo y apesadumbrado. Cuando el finger cruzaba por encima de la terminal, Mikel miró hacia abajo y divisó a Paula, en medio del gentío, llorando. Se detuvo de repente y le dijo a Alex:

—Mirá hacia abajo, mirá quién está ahí, llorando.

Señaló con la mano obligando a su amigo a

levantar los ojos. En seguida distinguió a Paula entre la multitud, llorando sin parar, con verdadero sentimiento. En ese momento, se le hizo un nudo en la garganta y tuvo el impulso de dar media vuelta y volver tras sus pasos, pero estaba tan enfadado por cómo había terminado todo, que el rencor y el orgullo pudieron más.

—Por favor, sigamos caminando. Si demoramos más, van a cerrarnos las puertas.

Puso la mano sobre el

hombro de Mikel, volvió la mirada hacia él y continuaron su marcha. Heller los seguía rezagado.

Entraron en la cabina de primera clase y se colocaron en sus asientos, ubicados en el pasillo central. Alex se ajustó el cinturón, apoyó su codo en el reposabrazos y, mientras sostenía su barbilla, entrecerró sus ojos y suspiró.

El avión empezó a dirigirse hacia la pista y mostraron el vídeo de seguridad, primero en inglés y después en español. No podía quitarse de la cabeza

la imagen de Paula en la terminal de Ezeiza. «Mierda, ¿por qué me afecta tanto haberla visto en ese estado? Hubiese querido correr a consolarla, a explicarle, pero sé que no me habría escuchado. ¡Es tan terca! Preciosa, algún día vas a entender que esto fue lo mejor para los dos. No merezco tu amor, Paula, no soy el hombre que vos creés.»

Se apretó los ojos con el pulgar y el índice y así permaneció hasta que el avión emprendió el vuelo.

Entonces, abrió los ojos y dijo para sus adentros: «Adiós, mi amor».

Capítulo 16

PAULA salió despedida del aeropuerto. Después de ver cómo Alex se marchaba, no podía parar de llorar, estaba desconsolada. En el aparcamiento, se metió en el coche y esperó hasta divisar en el aire el vuelo que se llevaba a Alex; no tenía consuelo. «Adiós, amor mío, te has llevado un pedazo de mi vida. Adiós, *Ojitos*.»

Alex le había destinado

una última mirada fría y carente de sentimientos y se había ido para siempre.

Cogió un pañuelo de papel y se sonó la nariz, secó un poco su rostro, aunque las lágrimas no paraban de emanar, se colocó el cinturón de seguridad y puso en marcha el coche para emprender el regreso a su casa. Estaba dolida, se sentía machacada. Desde el mando del volante, encendió la radio a la espera de que el locutor llenase con su voz los silencios de la lluviosa y oscura noche; necesitaba no

sentirse sola y abandonada. Oía las palabras que salían de los altavoces sin encontrarles sentido, eran sólo ecos que retumbaban en su atormentada cabeza.

Comenzó a sonar *Sin ti*, de Lara Fabian. La letra parecía hecha para describir el momento que estaba viviendo:

*Sin este abrazo al despertar,
sin tus gestos al hablar, sin
tu complicidad.*

*Sin tus planes imposibles,
sin tu amor
y el resto que me queda de
dolor, ¿qué haré*

con este corazón herido?

*Sin tus promesas de papel,
sin un sorbo de tu amor
emborrachándome, sin un
beso sobre el beso que te di.*

*Tu cuerpo
acostumbrándome.*

*¿Qué haré sin ti, con este
corazón herido?*

*Sin los sueños que soltamos
a volar.*

*Las páginas escritas por
azar.*

*¿Qué haré si ya no estás
aquí conmigo?*

*Mientras lloraba con
desesperación, golpeaba el
volante con el puño y*

alternaba, aumentando, los cambios de marcha. «¿Cómo puede uno hacerse tan dependiente de otro ser humano? —pensó—. ¿Cómo haré para olvidarte si a tu lado he conocido la cara del amor verdadero amor?»

Iba cada vez más rápido, la autovía se estrechaba a esa velocidad y, considerando el estado de la calzada mojada, conducía de una forma verdaderamente imprudente, pero nada le importaba. Siguió a toda marcha mientras las frases de la canción se clavaban como

un puñal en su maltrecho corazón.

Esa mirada gélida de Alex le había partido el alma en mil pedazos; era evidente que ya no le importaba. Regresaba a su mundo, a su vida, a un lugar donde ella no había tenido nunca un espacio. Sólo le había dado migajas de su cariño, un amor a medias, afecto con fecha de caducidad, como ella siempre le había dicho. Su lugar estaba al lado de otra, alguien con nombre pero sin rostro, alguien que, a partir de entonces, sería la

destinataria de sus sonrisas, de sus caricias, de sus susurros y de todos sus gemidos. ¡Cómo iba a extrañar sus tonteos y sus falsas palabras de amor! Seguía sin entender por qué había desplegado tantas atenciones con ella. ¿Por qué la había seducido con tanto ahínco si, en realidad, no la amaba? Pero muy pronto encontró la respuesta. Él era así, un seductor nato, un macho alfa orgulloso e indolente. Desde el primer momento, ése había sido su proceder. Después lo había

endulzado todo con bellas palabras y promesas que jamás iba a cumplir. La llenó de sueños, la hizo sentir enteramente mujer y la bebió entera, para su propia satisfacción. Paula se sintió crédula, una niña ingenua, cándida e inexperta. Entonces se dijo: «¡Cuán cierto es que el hombre es el único animal capaz de tropezar dos veces con la misma piedra!».

Concluyó que Alex se había aprovechado de su necesidad de sentirse amada y protegida, y también de su

vulnerabilidad. Las lágrimas brotaban de sus ojos con el mismo ímpetu que sus tristes pensamientos manaban de su cerebro. De pronto, hizo una mala maniobra y rozó el guardarraíl, desaceleró, intentó reconducir el coche; fueron segundos interminables y todo se convirtió en un agujero negro con dos profundos ojos azules que la cegaban. Bloqueada por la situación, apretó el freno a fondo y terminó haciendo un trompo en medio de la autovía. Las luces de la carretera giraban

a su alrededor, pudo estabilizar el coche de milagro y no volcó. El airbag se accionó de inmediato con la sacudida y, aunque perdió el sentido por unos momentos, cuando volvió en sí se sintió aturdida y con un fuerte dolor en el hombro izquierdo. La sirena de la ambulancia se oía acercándose y no tardaron en sacarla del vehículo y asistirle. El dolor del hombro no la dejaba pensar, era insoportable, y deseó que Alex estuviera a su lado para

arrullarla en su pecho. Entonces volvió a recordar esa mirada insensible que él le había dedicado en el aeropuerto. «¡Cómo duele», se dijo, y era casi tan punzante como el dolor físico que sentía en el hombro.

Le colocaron un collarín y le inmovilizaron el brazo antes de subirla a la camilla. La doctora le hablaba, pero ella parecía no escucharla, no paraba de llorar. Cuando pudo calmarse un poco, dentro de la ambulancia, le pidió que buscara el teléfono

en su bolso para llamar a Maximiliano. Le saltó el contestador, entonces cortó y probó con Mauricio.

—Hola, Paula.

—Choqué.

—¡Mierda, Paula! ¿Dónde estás? ¿Estás lastimada?

—Estoy en una ambulancia, me están llevando al hospital —le contó entre sollozos, estaba tan desconsolada que a su amigo le costó entenderla.

—Pero ¿vos cómo estás? ¿Cómo te sentís? ¿A qué hospital te llevan?

—Me duele mucho el

hombro, sólo eso y el susto, por poco me mato, Mauricio.

Paula le preguntó a la doctora a qué hospital la llevaban y se lo dijo a su amigo.

—No te preocupes — respondió él con diligencia —, ya salgo para allá. Tranquilízate, por favor.

—Está bien, te espero. Maxi no me contesta.

—Yo le aviso, no lo dudes.

Ingresaron a Paula por urgencias, donde el médico de guardia la examinó y

ordenó hacerle una radiografía. El dolor era tan intenso que chillaba sin parar y los médicos le hablaban para calmarla.

—Relajate, ya hablaste con él. Alex va a venir al hospital pronto, no llores más.

Paula cayó en la cuenta de que, entre sus sollozos incoherentes, había llamado a Alexander. «¡Qué ironía!», pensó.

Como les dijo que había perdido el conocimiento unos instantes, le hicieron una tomografía de cerebro

por precaución y, después, la trasladaron de nuevo a la sala. Allá encontró a Mauricio y Clarisa en el pasillo. Su amigo la cobijó en sus brazos y ella se aferró a su cuello, volviendo a lloriquear y quejándose del fuerte dolor en el hombro. Mientras esperaban los resultados de la prueba, permitieron que su amigo entrase con ella para calmarla. Éste estaba preocupado, se pasaba constantemente la mano por el pelo y le decía palabras suaves para consolarla, pero

él no era bueno para eso. Deseaba que Maxi llegara pronto.

—¿Dónde ibas cuando tuviste el accidente?

—No te enojés. Volvía del aeropuerto de ver cómo se iba Alex en un avión —le respondió con hilo de voz y entre sollozos.

—Pero ¿para qué fuiste?

—Necesitaba verlo por última vez, precisaba ver cómo se marchaba. A la vuelta, conducía a alta velocidad y perdí el control del coche y casi vuelco, hice un trompo antes de poder

detenerme —le contó
llorando.

—¡Menos mal que no chocaste con otro vehículo, Paula! ¿No tenés sentido de la supervivencia? Parece que quisieras destruirte.

La reprimenda de su amigo la llevó a contener sus espasmos. Mauricio estaba muy enfadado y le soltó un discurso interminable; una sarta de palabras que salieron de su educada boca de abogado con aspereza.

Llegaron con los resultados y, por suerte, la pérdida de conocimiento

había sido producto de los nervios, sólo tenía el hombro dislocado y no había evidencia alguna de fractura, así que efectuaron una maniobra para ponérselo en el lugar. Paula gritó de dolor. Mauricio la sostenía e intentaba tranquilizarla, mientras el médico hacía su trabajo. Al final, le dieron un calmante para el dolor y salió de la sala con el brazo en cabestrillo, apoyada en el hombro de su amigo. Maximiliano acababa de llegar.

—Paula, ¡qué susto nos

diste! —exclamó y la abrazó con mucho cuidado, al igual que Clarisa.

—Estoy bien, gracias a Dios, estoy bien. Hay que llamar a la grúa para que traiga mi coche.

—Despreocupate de eso, nosotros nos encargamos de todo —le aseguró Clarisa.

Los cuatro juntos partieron hacia el apartamento de Paula y una vez allí Maxi, tras recostarla en el sofá, quiso saber por qué estaba en esa zona cuando ocurrió el accidente, aunque, más o menos, se lo imaginaba.

—Lo sé, lo sé, no me digas nada más. Sé que no tendría que haber ido al aeropuerto.

—No sé para qué fuiste, ¡mirá lo que ganaste!

—Maxi, me duele mucho la cabeza, no necesito más broncas.

—Me imagino cómo te habrás puesto cuando lo viste irse, seguro que saliste conduciendo a ciegas. Juro que tengo ganas de colocarte sobre mis piernas y darte unos azotes en el trasero, Paula, no parecés una mujer adulta.

—Lo amo, Maxi, a pesar

de todo lo amo. Tengo el corazón destrozado y no puedo pensar, ni vivir sin él, siento que me estoy muriendo.

—No sigas diciéndome eso porque te juro que me voy. ¿Cómo podés decirme que lo amás? Te mintió, Paula, y no merece tu cariño, sólo tu desprecio. ¿Por qué te rebajaste yendo al aeropuerto? ¡Encima me decís que se dio el gusto de verte llorando y siguió caminando! Paula, quiero darte una paliza. Estoy más enojado con vos que con ese

desgraciado. ¿Dónde está tu orgullo? Por más herido que lo tengas, ¿dónde está el respeto por tu persona?

En ese instante, Mauricio y Clarisa regresaban de buscar comida japonesa, prepararon la mesa y, mientras lo hacían, ella los observaba sintiéndose la persona más egoísta del mundo. Siempre estaba sumida en sus problemas y les ocasionaba inconvenientes, estaba segura de que terminaría cansándolos. Cuando se sentaron a la mesa, cogió los

palillos y no pudo evitar recordar la noche que habían ido a Dashi con Alex y él le había dado de comer sushi en la boca. Se le hizo un nudo en la garganta, pero como sus amigos estaban tan apenados y solícitos, hizo un esfuerzo por tragar. Ellos sabían que la comida japonesa era lo que más le gustaba y se habían molestado en ir por unos rollitos Nueva York. «¡Qué ironía!», se dijo.

Poco después de que el avión despegara, pasó la azafata con el carrito

repartiendo un refrigerio. Mikel lo aceptó de buena gana, pero Alex le pidió que le trajera un agua con gas bien fría. Cuando la auxiliar de vuelo regresó con el agua, él ya había desplegado la mesa y acomodado su Mac para disponerse a trabajar un rato mientras esperaba que repartieran la cena. Quería distraerse para no pensar, sin embargo, cuando encendió la jodida máquina, ahí estaba ella en la pantalla, mirándolo con aquellos hermosos ojos verdes que él tanto añoraba.

Alex hizo un esfuerzo e intentó concentrarse en unos informes pendientes que tenía de la sede de México, pero sus pensamientos no le daban sosiego, no podía borrar de su mente la imagen desolada de su amada. Se pasó la mano por la frente una y otra vez, como si de esa forma y con la simple fricción, pudiera aplacar su desazón o mitigar sus dolientes pensamientos. La había visto demasiado triste, distinta de como estaba en la oficina. Allí, en el aeropuerto, parecía hundida

y él no había sido capaz de contenerla en sus brazos. Recordó lo que Heller le había comentado cuando había ido a buscar sus cosas al apartamento de Paula; no la había encontrado bien y se notaba que había estado llorando. Alex, en aquel momento, había sido tan necio que había borrado el comentario de su mente. Y en esos momentos se arrepentía. «Quizá si hubiese escondido mi orgullo y hubiese hablado con ella, podríamos haber arreglado las cosas.» Pero tan pronto

pensaba eso, como decidía que lo mejor era hundirse en su pasado y en su soledad; además, estaba convencido de que eso era lo que él se merecía. «Nos rondan demasiados fantasmas del pasado. Es imposible que nuestra relación pueda funcionar: vos con tus continuas desconfianzas, Paula, y yo con mis demonios al acecho, es demasiado agobiante. ¡Bah! Olvidarla es lo mejor; debo seguir con mi vida de mierda, vacía e inverosímil, llena de lujos y

superficialidades, pero carente de sentimientos. Tengo que volver a ponerme esa coraza que me protege de todo y no me deja sentir. Esta relación no nos hacía bien a ninguno de los dos», intentó convencerse.

Durante la cena, entabló conversaciones cortas con Mikel quien, visto y considerando el estado de ánimo de Alex, había preferido no hacerle ningún comentario más sobre la presencia de Paula en el aeropuerto. Sabía que, cuando Alex se cerraba en

banda, era mejor dejarlo pensar en soledad.

Alexander apreciaba a Mikel como amigo, era una persona sincera. Hacía cinco años que se habían conocido a través de un amigo que los presentó cuando él adquirió su primer coche italiano.

Después de la succulenta cena de cinco platos que repartían en primera clase, de la cual Alex comió muy poco, se puso los auriculares y, gracias a la tecnología de supresión de ruidos con que contaba la aerolínea, se aisló de todo. Sacó el antifaz que

habían repartido para taparse los ojos, reclinó ligeramente el asiento y abatió el reposapiés para intentar conciliar el sueño. La noche anterior también había dormido muy poco pensando en Paula y en su regreso a Nueva York, así que el cansancio había empezado a hacer mella en su organismo.

Maximiliano se quedó a dormir con Paula y a cuidarla esa noche, aun en contra de su voluntad. Clarisa, antes de irse, la

ayudó a ponerse una camisola y la metió en la cama. Estaba agotada pero, de todas formas, repasó los acontecimientos del día. Debía poner freno a la desesperación que sentía, porque, si no lo hacía, las cosas iban a terminar mal para ella. Se durmió aferrada a la camiseta de Alex, como cada noche desde que se habían separado, oliendo las desvanecidas notas de Clive Christian N.º 1 y guardándola con recelo bajo su cuerpo para que su amigo no la viese.

El descenso había comenzado y Alex había mantenido los ojos cerrados durante todo el vuelo, pero no había conseguido dormir.

Estaba desconcertado y se preguntaba una y otra vez por qué no podía dejar de pensar en ella. Por qué le dolía tanto saber que, de ahora en adelante, los separarían miles de kilómetros de distancia. Se apretó los ojos con los dedos, se estiró en la butaca y tomó una profunda bocanada de aire.

En las pantallas, salieron las conexiones a otros vuelos de American Airlines y la puerta por la que debían salir en cada caso. Ya se avistaba la ciudad de Nueva York. Llegaron al aeropuerto JFK de Queens puntuales y, mientras caminaban hacia el control de pasaportes, Alex telefoneó a su primo —un alto funcionario de la empresa que operaba el aeropuerto para que le agilizara los trámites; estaba contrariado y no tenía ganas de hacer colas. Quería

refugiarse en su casa, un lugar neutral donde encontraría la sensatez que había perdido en Buenos Aires.

A la salida de la terminal, los esperaba uno de los automóviles de Mindland. Mientras subían y, sin haber conseguido ni por un instante alejar de su mente la imagen de Paula desolada en el aeropuerto, Alex le preguntó a su amigo con cierta duda:

—Mikel, ¿puedo pedirte un favor?

—Por supuesto, Alex,

sabés que siempre podés contar conmigo.

Para éste no fue fácil expresarlo, pero no podía contener su ansiedad durante más tiempo. Hizo un gran esfuerzo y, finalmente, le solicitó:

—¿Podrías llamar a tu primo o a María Pía para que te dijeran cómo está Paula? La vi muy mal en el aeropuerto.

Heller, que estaba sentado adelante, en el asiento del acompañante, no pudo evitar esbozar una sonrisa al escuchar la solicitud de su

jefe. Lo conocía demasiado, hacía cinco años que estaba a su servicio y sabía de sobra lo orgulloso que era, pero también tenía claro que, esta vez, Alexander Masslow se había enamorado. Que le pidiera eso a su amigo lo puso contento.

—Desde luego, yo me encargo de averiguarlo, no te preocupes.

—Gracias y no me menciones, por favor.

—No lo haré.

Mikel le restó importancia y no hizo ningún otro

comentario, sólo le palmeó la espalda.

A pesar de haber dormido bastantes horas, cosa que no hacía desde hacía días, su cuerpo seguía dolorido y su mente estaba tan enturbiada como si hubiese pasado la noche en vela. Como ya era costumbre desde que había conocido a Alex, su primer pensamiento de la mañana fue dedicado a él; eso no había cambiado. Paula miró la hora y cayó en la cuenta de que hacía ya una hora que él había aterrizado en Nueva

York.

«¿Se habrá acordado de mí alguna vez durante el viaje?», se preguntaba, atormentándose con la respuesta.

Debía tener el brazo en cabestrillo durante tres semanas, así que se presentó en las oficinas de Mindland a media mañana para hablar de inmediato con Natalia y explicarle lo que había ocurrido. Había muchos temas pendientes, ella después se iba de vacaciones y, con ese contratiempo, todo se complicaba para el

traspaso de la gerencia. Cuando pasó por delante de la oficina de Alex, se estremeció, cerró los párpados y sintió sus dos ojos azules mirándola. Natalia ya estaba más o menos al tanto de lo que había ocurrido porque Maximiliano se lo había adelantado.

Cuando Alex llegó a su apartamento, se dio una ducha y salió para la oficina. Había cambiado de idea, necesitaba trabajar hasta agobiarse para no pensar.

Llegó a la central de Mindland y su padre se extrañó al verlo allí.

—¡Alex, hijo, no esperaba que vinieras hoy! Seguro que ha sido un viaje largo. ¡Vení acá y dame un abrazo! Te he extrañado tanto —le comentó sinceramente mientras abría sus brazos y salía a su encuentro desde detrás de su mesa.

—Hola, papá —respondió él estrechándolo en un fuerte abrazo, mientras cerraba con fuerza sus ojos; necesitaba esa contención que su padre le ofrecía.

Joseph Masslow se sorprendió del apretón desesperado que su hijo menor le había brindado y recordó los días en que Alex buscaba fuerzas en sus brazos para soportar la enfermedad de su esposa Janice.

—¿Estás bien? Pareces abatido, hijo —le preguntó con tono de preocupación mientras lo observaba.

—Sí, papá, estoy bien. Sólo fue un vuelo largo y no he dormido demasiado —se excusó para que su padre no siguiera preguntando. Era

evidente que no estaba bien. Mientras se duchaba en su casa, había pensado en tomar un vuelo de regreso a Buenos Aires, idea que desechó al recordar las palabras de rencor y desprecio que el lunes le había dedicado Paula en Mindland. Pensar en eso lo enardecía y hacía que desistiera de cualquier intento de acercamiento a ella.

—¿Por qué no te quedaste a descansar en casa?

—Quería regresar al trabajo, necesito atender

varios asuntos pendientes que no pueden posponerse. Además sé que Alison me tiene preparada una pila de papeles que firmar. —Tras su respuesta, se dijo:

«Necesito adormecer mis pensamientos en el trabajo, papá, me urge dejar de pensar en ella. En casa, iba a volverme loco».

—Alex, por un día más no hay problema. Se suponía que te incorporabas después de Navidad y terminaste volviendo antes. —Joseph estudió de nuevo el semblante de su hijo, estaba

seguro de que algo le pasaba —. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, papá, ¿qué podría pasarme?

—No sé, estoy esperando que me lo digas tú — expresó con las manos abiertas.

—Cada vez te parecés más a mamá, querés ver cosas donde no las hay — respondió en tono sombrío y de advertencia. Su padre sabía que cuando se ponía así era mejor dejar de preguntarle porque no conseguiría nada.

—De acuerdo, vení,

sentémonos a hablar de tu viaje.

Se acomodaron en el salón de la lujosa y amplia oficina de estilo minimalista de Joseph Masslow y pasaron parte de la mañana hablando de los activos de la empresa en Argentina y Brasil. Alex estaba muy contento con el resultado de su viaje y por cómo se posicionaba Mindland en los países del Sur. Además, estaba casi convencido de que la aportación de capital tenía que destinarse a Argentina, ya que mostraba más solidez

en todos sus proyectos.

—Por cierto, qué gran hallazgo hiciste en Argentina. ¿Cómo se llama esa chica que ocupará la gerencia? Se me fue el nombre de la cabeza. Joseph se tocó la cabeza.

—Paula Bianchi, papá — respondió, y el solo hecho de pronunciar su nombre le dolió en el alma como una cuchillada.

—¡Exacto, ella! Estoy convencido de que esa chica es una joya, es muy inteligente.

—Sí, es brillante, es

increíblemente brillante — corroboró Alex y, de pronto, se sintió orgulloso del talento de Paula. Su padre no se equivocaba.

—Tengo planes para ella, estoy gestando algo. Ya te contaré.

—¿Planes? ¿A qué te referís?

—No puedo contártelo ahora, ya te enterarás. Dejame ver cómo se desenvuelve ahora que quedará al cargo de la sede argentina y ya te contaré mis propósitos más adelante. Después de lo que elaboró

para Chile, la estoy siguiendo muy de cerca. Estoy fascinado con su talento, dada su juventud.

Alex se preguntó qué planes podía tener su padre para Paula. «¡Bah! La mente de papá vuela y la mía hoy está adormecida. No quiero seguir hablando de ella, papá está muy vehemente y, si por él fuera, no pararía de hablar de Paula. Mejor dejo el tema ahí, necesito alejarla de mi mente.»

Pero como una burla del destino, el teléfono de Alex sonó y era Mikel que lo

llamaba para hablarle de ella.

Se disculpó con su padre y atendió la llamada dirigiéndose hacia su oficina, invadido por una extraña sensación de ansiedad.

—Alex, hablé con Mauricio.

—¿Qué te contó? — preguntó él con agitación.

—Me dijo que Paula está hecha pedazos, que le destrozaste el corazón, palabras textuales.

Alex apretó los dientes y frunció los labios mientras

negaba con la cabeza.

—Pero eso no es todo —
siguió Mikel e hizo una
pausa.

—¿Qué pasa? Dale, habla
—lo instó él con apremio.

—Anoche, cuando volvía
del aeropuerto, tuvo un
accidente.

Todo se oscureció
alrededor de Alex, no podía
pensar, no escuchaba,
intentó llegar sin
tambalearse a su sillón
detrás de la mesa. Se dejó
caer en él, aflojó el nudo de
su corbata porque le faltaba
el aire y sintió que su

corazón casi se paraba. Fueron segundos, pero tuvo la sensación de que el mundo se había detenido a su alrededor. Elevó una plegaria al cielo y, de pronto, se encontró rogándole a Dios y a Janice que a Paula no le hubiera pasado nada porque no iba a poder soportarlo.

—¡Mierda, mierda! — Golpeó la mesa, estaba desencajado. Se pasaba la mano por el pelo con nerviosismo y se agarraba la cabeza—. Decime, por favor, que está bien;

contame que no le pasó nada —le rogó con una súplica desgarradora.

—Está bien, está bien, tranquilízate, no le pasó nada, sólo se le salió el hombro de lugar.

—¡Dios! Sabía que algo le había ocurrido; por eso estaba tan intranquilo —pensó en voz alta, mientras le atizaba otro golpe a la mesa—. Fue culpa mía. ¿Estás seguro de que está bien? ¿Estás totalmente seguro de que Mauricio te contó todo?

—Dice Mauricio que rozó

el guardarraíl y perdió el control del coche, dio un par de trompos en la carretera y no volcó de casualidad. Tuvo muchísima suerte.

—Gracias por llamarme tan pronto, Mikel. Te lo agradezco mucho, de verdad.

—¡Bah! No seas tonto, Alex. Dejá de darme las gracias ya, cortá conmigo y llámala. Te morís por hacerlo, déjate de joder con tu orgullo, que el tiempo no vuelve atrás. Vos lo sabés mejor que nadie.

—Tengo un enjambre en

mi cabeza que ni te imaginás.

—Permitite ser feliz, amigo mío. Si tenías que pagar algo, ya lo hiciste con creces. ¿Cuánto más vas a extender tu duelo?

—No lo sé, no lo sé... — dudó y cortó. Se recostó en el respaldo de su asiento, se cogió la cabeza con ambas manos y cerró los ojos con fuerza: estaba abatido.

—Paula, no podría haber soportado que te pasara algo —habló en voz alta. Quería que sus palabras acortasen la distancia y llegasen a su

corazón.

Llamaron a su puerta y una rubia cabellera con reflejos canela se asomó por el resquicio. Entonces volvió en sí y se acomodó en el asiento para contestar.

—Pasa —dijo intentando sonar tranquilo, impostó su voz e irguió sus hombros para retomar la compostura.

—Hola, Alex, me enteré de que habías llegado. ¿Estás ocupado?

—No, pasa, Rachel, pasa.

Se puso en pie y sorteó la mesa para abrazarla y darle un beso en la mejilla. Ella

respondió el saludo y también lo envolvió con sus brazos.

Tenía la piel muy blanca, el rostro anguloso, era rubia y sus ojos de un celeste claro; medía metro ochenta y dos, delgada, sensual y curvilínea, pero estilizada. Su atuendo era impecable, vestía de pies a cabeza con ropa de diseño y, a simple vista, proyectaba cierta imagen de arrogancia.

—¡Cómo te he echado de menos, nene! No te vayas más por tanto tiempo —le dijo con un tono dulzón que

llamó la atención de Alex.

—¡Ja! Deja de mentir, ¡como si fuese tan importante!

—Sabes que te aprecio, Alex, eres un buen amigo y una gran persona.

—Gracias.

—De nada, creí que me dirías que también me habías echado de menos, pero, por lo visto, no ha sido así.

—No seas tonta, claro que te he añorado, también eres una gran amiga.

En realidad, no había sido así, pero no quiso ser

descortés. Alex tenía una mano en su cintura pero guardaba las distancias.

—Pero... ¿qué haces aquí? Vine a ver si era verdad que ya estabas en la oficina. Pero si has estado viajando toda la noche, no entiendo por qué no te has quedado descansando. Tienes mal aspecto, ¿te encuentras bien?

—¿Qué pasa? ¡Todo el mundo me ve enfermo hoy!

—No, enfermo, no, cansado, Alex. Cariño, tienes muchas ojeras y un pésimo humor. —Ella le pasó la mano por la frente

para peinarlo. Alex la cogió del brazo y la guió hasta los sillones, donde la invitó a sentarse.

—¡Bah! Estoy cansado, sí, pero había cosas urgentes. Un buen café negro bien cargado con un par de aspirinas y estaré como nuevo. He pasado noches enteras sin dormir al lado de Janice, tú lo sabes, no me va a asustar un simple vuelo.

Rachel le acarició la pierna y luego le pasó el dorso de su mano por la mandíbula.

—Tesoro, te aseguro que la oficina no es lo mismo sin

ti. Tu padre estaba con un humor de perros. Haces falta aquí, Alex, no planees viajes tan largos nunca más.

—A mí tampoco me gusta irme por tanto tiempo, cuando vuelvo a mi mesa es un caos de papeles —señaló hacia él con su mano—, pero este viaje no se podía cuadrar de otra forma, había que combinar Argentina y Brasil, por eso se prolongó tanto.

—Alex, necesito tu consejo. Me ofrecieron comprar una propiedad en Jamesport. Es una

construcción que tiene algunos años, pero reformada, y quiero saber si te parece que podría ser una buena inversión; está sobre una playa privada.

—Rachel, el negocio inmobiliario no es mi fuerte.

—Lo sé, cariño —asintió ella y le pasó la mano por el mentón de nuevo. Él se la cogió y le besó los nudillos, añorando el perfume de la piel de Paula—, pero me sentiría más tranquila si la vieras. Confío en tu instinto, podríamos ir este fin de semana, si te parece bien.

No quiero dejar pasar más tiempo, la ubicación es muy buena y temo que otro se me adelante. Si te parece bien, seguiré adelante con la operación.

—De acuerdo, creo que no tengo nada importante para este fin de semana. Quizá pueda acompañarte. Tengo que organizar mi agenda y el viernes te confirmo si podemos ir, ¿sí?

—Gracias, Alex, sabía que podía contar con ello.

Rachel se acercó y le dio un generoso beso en la mejilla. Alex estaba cruzado

de piernas y con los brazos abiertos en cruz sobre el respaldo del sofá, descansando su atormentada espalda después de tantas horas de vuelo. Sonó su teléfono y se disculpó para atenderlo. Alison estaba al otro lado de la línea y le pasó una llamada que se extendió más de lo que él pensaba, cubrió el teléfono y le dijo a Rachel:

—Te veo luego, tengo para rato.

Ésta se puso de pie, alisó su falda, le tiró un beso con el dedo índice y salió del

despacho. Alex sólo le dedicó una media sonrisa y siguió atento a la llamada de Marco Di Gennaro, que había recibido desde Italia. Estaban en negociaciones para introducir Mindland en Europa. Antes de cerrar la puerta, la joven se quedó mirando el perfil de Alex, pero él ni siquiera se había enterado, enfrascado en la conversación.

Tras pasar parte de la mañana y de la tarde ultimando cosas con Natalia en Mindland, Paula volvió a

su casa, donde se dispuso a tomar un yogur con cereales. No había comido nada y tampoco tenía demasiado apetito. Había estado pensando seriamente en adelantar su viaje a Mendoza para que su familia pudiera cuidar de ella durante su convalecencia. Entró a su estudio y encendió su Mac, resuelta a cambiar el pasaje que tenía para el 23 de diciembre; finalmente, pudo canjearlo por otro para el día 20. Acababa de confirmar el billete cuando sonó su

teléfono. Se quedó inmóvil mirando la pantalla, había aparecido la foto de Alex que identificaba la llamada. Su corazón empezó a latir desbocado, le faltaba el aliento y empezó a llorar, pero se mantuvo impertérrita, no claudicó y dejó que saltara el contestador. El móvil volvió a sonar; era él de nuevo, pero tampoco lo atendió. No obstante, él siguió insistiendo. Tras cinco llamadas perdidas, llegó un whatsapp. Su insistencia era terrible. Lo abrió sabiendo

que era de Alex.

—Atendeme, Paula,
necesito hablar con vos.

Sin duda, se daría cuenta de que ella lo había leído, pero decidió no contestarle. No pensaba ceder, todo había terminado y era mejor interrumpir el contacto con él, así sería más fácil olvidarlo. Alex volvió a llamar, pero ella no sucumbió. Volvió a recibir otro whatsapp.

—Terca, atendeme.
Necesito saber cómo estás.

Ese mensaje la hizo estallar y no pudo

contenerse. Le contestó:

—¡Qué mierda te importa cómo estoy! Olvidate de que existo, yo voy a hacer lo mismo con vos. Ocupate de tu mujer y preocupate por ella. Dejame en paz.

—Perfecto, si es lo que querés. No pienso rogarte más para que me escuches. Sólo te digo que, tarde o temprano, te vas a arrepentir de no haber querido hablar conmigo. Que tengas mucha SUERTE.

—¡MALNACIDO!
Encima te atrevés a
amenazarme. No tenés

vergüenza.

—Estoy harto de tus insultos y de tu necesidad, pero hasta acá llegué.

ADIÓS.

Paula se tiró a llorar en la cama desconsoladamente. No era justo sentirse tan angustiada, ¿qué pretendía Alex? ¿No se daba cuenta de cuánto daño le hacía? Cuando consiguió calmarse, llamó a su madre para informarla de que adelantaba el viaje. Ella se puso muy contenta. Paula obvió contarle lo del accidente, cuando llegase se lo

explicaría, no quería preocuparla de antemano.

Alex estaba furioso por la obstinación de la joven, tiró su teléfono sobre la mesa, se quitó la corbata de un tirón y se dejó caer sobre el respaldo del sillón, levantó sus manos y se apretó la cabeza. En milésimas de segundo, y como un torbellino, se levantó del asiento, guardó su iPhone en el bolsillo, se colocó el abrigo de cachemir gris, asió su maletín y salió de su oficina para irse de Mindland. Cuando pasó por

la mesa de Alison, la avisó de que se iba y de que le transfiera las llamadas a su móvil.

—Mierda, Paula, necesito retomar mi vida, necesito sacarte de mi cabeza —dijo en voz alta dentro del ascensor.

Buscó su Alfa-Romeo 8C Competizione en el aparcamiento y condujo hasta llegar al Belaire, donde se encontraba el ático en que residía la familia Masslow. Entró con sus llaves al recibidor del apartamento y se dirigió hacia la sala. Allí

encontró a su madre sentada tranquilamente leyendo un libro.

—¡Mamá!

—¡Alex! —Bárbara Masslow pegó un grito y se puso de pie cuando vio a su hijo menor entrar en la sala. Se echó en sus brazos aferrándose a su cuello y lo llenó de besos, sin poder contener las lágrimas, pues lo había echado mucho de menos durante el tiempo en que había estado de viaje.

—Mi amor, mi cielo — exclamó emocionada—, ¡cuánto te extrañé! Hace casi

dos meses que te fuiste y me pareció una eternidad.

Alex abrazó y besó a su madre mientras la hacía girar en el aire.

—Yo también te extrañé, *mummy*.

—¡Hijo querido! Dejame mirarte. Hum, tenés un bronceado exquisito que resalta el azul de tus ojos. ¿A ver? Quitate el abrigo, dejame ver si no estás más delgado.

—No, mamá, te juro que me alimenté muy bien.

Hubiera querido contarle que Paula cocinaba como los

dioses y lo invadió la tristeza al pensar que, hasta sólo unos días antes, él las imaginaba juntas en algún momento. Con su madre, Alex siempre hablaba en español; era una regla de oro inquebrantable entre ellos.

—¡Ay, hijo, pero si traés una tonadita muy porteña!

—No exagerés, Bárbara.
—Y miró hacia el techo poniendo los ojos en blanco.

—No exagero, Alex, estás acentuando las palabras con el voseo porteño —Alex se rió— y no me llames Bárbara, sabés que lo odio.

No seas maleducado con tu madre que te extrañó más que a nadie en este mundo —le dio otro beso en la mejilla y sostuvo su rostro entre las manos mientras admiraba su belleza con ojos sinceros y puros—. Dale, contame, ¿cómo está Buenos Aires?

Se sentaron en el sofá del salón, junto al piano, con el Queensboro Bridge a sus espaldas. La mujer no podía dejar de tocarlo.

—No me acuerdo mucho de los otros viajes para comparar, mamá. Éramos

muy niños cuando íbamos a visitar a la abuela. Sin embargo, te diré que lo que pude ver ahora me gustó mucho. Anduve cerca de San Isidro, fuimos con Mikel a la casa de fin de semana de su primo que queda por ahí cerca. — Recordó el fin de semana vivido con Paula y sacudió ligeramente la cabeza al darse cuenta de que estaba evocándola otra vez.

—¿En serio? ¡Cómo añoro mi barrio! Algún día regresaré y caminaré por sus calles nuevamente, sólo para

darme el gusto, sólo para eso. —Alex se acercó y le dio un beso en la frente con ternura—. Decime, hijo, ¿no conociste a ninguna porteña?

El rostro de él se endureció de pronto

—Fui por negocios, mamá, no en plan de conquista— le explicó tajante.

Bárbara le cogió el mentón y estudió el gesto de su hijo, que esquivaba su mirada. Después negó con la cabeza.

—Está bien, si no querés contarme, cambiemos de tema. Creo que necesitás

descansar, tenés unas ojeras horrendas, hijo. Presumo que el vuelo fue largo.

Él asintió con la cabeza y la besó acariciándole la mano que sostenía su barbilla. Su madre pasaba de un tema a otro sin pausa, como un torbellino.

—Almorzamos juntos, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Qué querés comer, tesoro mío?

—Consentime un poco, mami, quiero ñoquis.

—Ah, perfecto, en seguida te los preparo. Dejame

llamar a Ofelia para que me allane el camino, mientras vos y yo conversamos. ¡Ofelia! ¡Ofelia! Por Dios, esta mujer está cada día más sorda, se encierra en el cuarto de planchado con la televisión y no oye nada.

—¡Pobre Ofelia! Está un poco mayor, tenele paciencia.

—Si supieras la paciencia que le tengo, vos mismo me darías un premio.

»¡Ofelia! —gritó y se asomó por la puerta que daba a la cocina para vociferar el nombre una vez

más.

—¿Qué pasa, Bárbara? ¿Por qué gritás como una loca desahogada? Ya te escuché, estaba ocupada — protestó el ama de llaves.

—¿Qué vas a escuchar! Hace un buen rato que te llamo, estoy casi sin voz de tanto gritar, seguro que te avisó Soledad y por eso venís.

Alex no podía dejar de reírse, siempre era así entre su madre y Ofelia. El ama de llaves estaba con ellos desde que sus padres se habían casado y ya era una

integrante más de la familia, que comía con ellos a la mesa. Además, era la dama de compañía de su madre, su amiga, su confidente y su segunda madre. Cuando Ofelia entró a la sala y vio a Alex sentado en el sofá, exclamó:

—Pero ¡miren quién está acá! ¡El consentido de la casa!

La mujer seguía tratando a Alex como si fuera un niño. Él se levantó y fue a su encuentro.

—Hola, Ofelia, vení acá, dame un beso.

—No, dáme-lo vos, los niños siempre tienen que besar a sus mayores.

—Pero ya no soy un niño —se rió Alex.

—No me importa, es una excusa, ¿no lo ves? Cuando me besás, yo imagino cómo besás a tus novias. Es la única oportunidad que tengo de recibir un beso de un adonis como vos, así que dame un beso acá —dijo señalándose la mejilla— y no protestes.

—De acuerdo, te lo doy, pero yo no beso a mis novias ahí. —Le guiñó un ojo y le

dijo al oído—: Te aseguro que es en el lugar en que menos las beso.

—No seas atrevido, muchachote, yo no te pedí que me contaras intimidades y tampoco pretendo que me des un beso con lengua, ya estoy vieja para eso. Aunque te aseguro que, en mis años mozos, varios me dijeron que besaba muy bien.

Bárbara miraba al techo. Alex se tronchaba con las ocurrencias de Ofelia. Esa mujer podía cambiarle el humor a cualquiera. Ella también hablaba en español

porque era de origen mexicano; había llegado a Estados Unidos cuando era muy joven.

—Vieja asquerosa, ¡como si a nosotros nos importase saber de tus correrías de juventud! —se ofendió Bárbara en broma. Se rieron los tres, mientras él las abrazaba a ambas—. Alex quiere comer ñoquis, sacá la salsa de la nevera y decile a Soledad que ponga a hervir unas patatas, por favor, que en seguida voy a prepararlos.

—Como usted mande, mi

señora. ¡Qué suerte que regresaste, querido! Esta mujer estaba insoportable porque no estabas acá. —Le guiñó un ojo exageradamente y se marchó.

Durante el almuerzo y la tarde, Alex se divirtió tanto con Ofelia y su madre que logró quitarse a Paula de la cabeza durante un rato. Estaba tan cómodo que también se quedó a cenar, necesitaba una sobredosis de familia, sentirse querido y mimado. Además, y sin consultarle, su madre ya

había avisado a todos para que se reunieran por la noche para darle la bienvenida.

Paula pasó la tarde preparando el equipaje, algo que le llevó más tiempo de lo normal, puesto que sólo contaba con una mano; por suerte, la derecha. Lo primero que guardó fue la camiseta de Alex, y se sintió contrariada por no poder resistirse y desecharla. Luego llamó a Maximiliano y a Mauricio para contarles que se iba a Mendoza antes

de tiempo. Éste, cuyos horarios eran más flexibles, se comprometió a llevarla al aeropuerto del área urbana.

—No es necesario, sólo llamaba para despedirme, Mauricio. No quiero molestarlos más, puedo coger un taxi. Estoy harta de que carguen con mis problemas, y ustedes deben de estarlo mucho más.

—De ninguna manera, Pau, yo te llevo. —Mauricio no le dio pie a la discusión.

Todos los hijos del matrimonio Masslow iban a

congregarse en la casa familiar con motivo del regreso al país de Alex. Éste había caído rendido por la tarde y había podido descansar un rato. Después de una merecida siesta, se despertó en su cama de soltero, miró a su alrededor y estudió el entorno hasta que entendió dónde se encontraba. Encendió la luz de la mesilla de noche y, mientras se acostumbraba a la luz artificial, consultó la hora; eran pasadas las siete de la tarde. De forma inconsciente, calculó la hora

que era en Buenos Aires y pensó en Paula. Resopló y se recriminó por dejar que su mente se trasladara a esos días. Intentó alejar las escenas vividas con ella, se obligó a levantarse de la cama, estiró su musculatura y se metió en el baño, donde tomó una ducha.

Siempre dejaba ropa en el armario de esa habitación, para poder cambiarse cuando se quedaba a dormir, así que se preparó para la cena con unos vaqueros claros, una camiseta gris ceñida al cuerpo y una

chaqueta ocre de lana jaspeada. Luego, salió al salón, donde se encontró con sus hermanos.

Amanda y Jeffrey se acercaron a saludarlo y se fundieron en un abrazo con él. Estaban muy felices de que Alex hubiera regresado. Como a Alison ya la había visto en la oficina, sólo se saludaron desde lejos. Llegó el turno de su cuñado, que estaba preparando unas bebidas, mientras esperaban que estuviera lista la cena. Chad McCarthy lo abrazó y le palmeó la espalda para

darle la bienvenida y, acto seguido, le ofreció un Bloody Mary, su cóctel preferido.

—¡Hermanito querido, te extrañé tanto! —dijo Amanda mientras se aferraba a la cintura de su mellizo y bebía un sorbo de su martini—. ¡Qué bronceado estás! Parecemos todos muertos a tu lado. — Alex sonrió ante el ingenio de su hermana y la besó en la frente.

—Yo también te eché de menos, nena.

—Te caíste desmayado en

la cama —comentó Jeffrey —. Fui a verte cuando llegué de la oficina, pero ni te enteraste.

—Estaba muy cansado, fue un vuelo muy largo y dormí poco durante el viaje.

—Sí, papá me dijo que no tenías buena cara esta mañana.

—¿Qué dije yo? — preguntó Joseph Masslow mientras se acercaba a sus hijos. Jeffrey lo repitió y Joseph asintió—. ¡Ah! Pero ya tenés mejor semblante, nada que unas horas de sueño no puedan mejorar. —

Alex esbozó una sonrisa deslucida para dejarlos conformes, pero pensó que, en realidad, nadie conocía su verdadero malestar.

El ascensor que estaba junto al vestíbulo se oyó y entraron en la sala Edward Masslow y su esposa Lorraine Wall, que llevaban en brazos a sus hijos mellizos. Amanda se apresuró y quitó a Edward al pequeño Harry.

Alex, mientras saludaba a su cuñada, aprovechó y la alivió del peso del pequeño Liam, a quien llenó de besos

en el cachete regordete.

—¡Vaya, cómo han crecido estos niños!

La familia Masslow estaba completa, ya no faltaba nadie por llegar y todos se mostraban exuberantes de contentos, reunidos en la sala, festejando el regreso de Alex. Bárbara y Ofelia se encontraban terminando de poner la mesa, mientras los demás interrogaban sin parar al recién llegado acerca de su viaje. Jeffrey era el que más recuerdos guardaba de Buenos Aires porque era el mayor. En un momento en

que Amanda y Alex se quedaron un poco apartados, ella no desaprovechó la oportunidad de preguntarle:

—Me tenés que hablar de la mujer que me atendió el teléfono.

—No empieces, Amanda, no hay nada que contar — dijo él en tono de advertencia.

—Mentiroso, viendo como te ponés a la defensiva, apuesto a que sí lo hay. ¿Cómo se llama?

Miró fijamente a los ojos a su hermana melliza, la estudió, la conocía y sabía

que no desistiría hasta que no le diera un poco de información.

—Es una empleada de la empresa con quien confundimos los móviles durante una reunión de trabajo.

—Alex, ¿vos creés que soy estúpida? Era domingo.

—Sos insufrible, es lo que te dije y punto.

—Y punto no. ¿Cómo se llama? Te conozco de sobra cuando pretendés evitar un tema.

Alex clavó sus ojos azules en los de su hermana.

—Se llama Paula, pero ya se terminó. Y te pido que no lo comentes con nadie si no querés que me enoje, menos todavía con papá y mamá. Te lo prohíbo terminantemente, ¿me escuchaste? No hagas que me arrepienta de haberte dicho su nombre.

—De acuerdo, pero viendo cómo estás, sé que no se terminó. Lo tomó de la barbilla y le dio un beso en la punta de la nariz.

—No sé por qué te soporto, Amanda, si no te quisiera tanto...

—En la semana nos juntamos y me terminás la historia. No te vas a salvar, hermanito. Esa cara me preocupa, estás ojeroso y disperso y no creo que sea por el viaje. Andá con ese cuento a otro, a mí no. ¿Me oíste, lindo?

—Ni lo sueñes.

—¡Ja! Como si tuvieras otra opción.

Alex la miró con sorna y agitó la cabeza, seguro de que no podría escapar al interrogatorio.

Bárbara invitó a todos a acercarse a la mesa;

Soledad, la empleada doméstica, estaba trayendo en un carrito los platos ya servidos.

Capítulo 17

PAULA llegó al aeropuerto urbano Jorge Newbery una hora y media antes del horario de partida. Mauricio la acompañó para ocuparse de las maletas, puesto que ella con un solo brazo no podía. Presentó el pasaje y la documentación y facturó el equipaje en el mostrador habilitado para su vuelo. Una vez que obtuvo su tarjeta de embarque,

controló el horario y la puerta en la que debía presentarse y se despidió de su amigo con un fuerte abrazo.

—Gracias por todo, los voy a extrañar durante este mes, tanto a vos como a Maxi, pero sé que ustedes van a descansar también de mis problemas —intentó bromear con él.

—No seas boba, nosotros también te vamos a extrañar, cuidate mucho, por favor, e intentá disfrutar de tu familia. Pasátelo bien, es una orden, ¿me oíste?

—Te prometo que lo voy a intentar, los mimos de la familia siempre son sanadores.

—Seguro que así será, ¡te quiero, pendeja!

—Y yo a vos. A veces, no sé qué haría si no los tuviera a ustedes dos.

—Uf, basta de sensiblerías, no quiero seguir viéndote con esa carita tristona.

Llamaron al vuelo 2484, que era el suyo. Paula empezó a caminar hacia el sector de embarque, se dio la vuelta en la distancia y agitó

su mano mientras desaparecía de la vista de Mauricio. Le había tocado ventanilla y ya estaba acomodándose, cuando el auxiliar de vuelo se acercó y la ayudó a guardar su equipaje de mano y a ajustarse el cinturón. El viaje duraba poco menos de dos horas y el vuelo fue muy tranquilo. Cuando ya había comenzado el acercamiento a la pista, el aparato viró en maniobra de reconocimiento y Paula, desde la altura, pudo reconocer el paisaje. Avistó el Valle Grande, el

Cañón del Atuel, El Nihil, los diques y los lagos, Los Reyunos, el Tigre y Agua de Toro; era una geografía muy familiar para ella y, aun así, cada vez que la veía desde el aire se maravillaba con el espectáculo: Mendoza era una porción de tierra bendecida por la naturaleza.

Llegó al aeropuerto internacional Suboficial Ayudante Santiago Germano, de San Rafael, y, mientras bajaba del avión y se preparaba para retirar su equipaje de la cinta, envió un mensaje a Mauricio para

avisarlo de que había llegado bien. Después salió y no tardó en divisar a su madre que, al verla con el brazo en cabestrillo, se cubrió la boca con las manos y salió a su encuentro. Se abrazaron cálidamente y Paula se hundió en su cuello; la emoción de verla la inundó, por esos días estaba muy sensible.

—Mi amor, ¿qué te pasó?
—le preguntó Julia llenándola de besos y con verdadera preocupación.

—Nada, mamá, no te asustes. Sólo me disloqué el

hombro, no es nada, te aseguro que estoy bien — intentó tranquilizarla Paula, mientras se secaba las lágrimas que habían escapado de sus ojos.

—¿Seguro que estás bien? ¿Cómo te hiciste eso, mi chiquita?

—Choqué en General Paz, mamita —le dijo sin anestesia.

—¡Dios mío! ¿Y me lo decís con esa tranquilidad? ¿Por qué no me avisaste? — le espetó, mientras la cogía por los hombros.

—Mamá, estoy bien, ¿para

qué iba a preocuparte y angustiarte sin sentido?

—No lo vuelvas a hacer —la regañó July, enfadada por su omisión—. Viviré intranquila el día que te vayas si sé que no me contás las cosas, porque no sabré, cuando hable con vos, si realmente me estás diciendo la verdad. No te perdono que no me hayas dicho nada ayer cuando hablamos.

Paula se abrazó al cuello de su madre y la besó con ternura en la mejilla.

—No te disgustes, mamita, estoy muy feliz de estar acá.

—Yo también estoy feliz de tenerte entre mis brazos —gruñó—. ¡Qué disparate! Vayamos a la casa, hija.

Salieron de la terminal y, después de pagar el aparcamiento, se acercaron a la Toyota Hilux doble cabina de la empresa, y depositaron el equipaje de Paula en la parte de atrás. El viaje fue corto porque la bodega familiar estaba a unos treinta kilómetros de distancia del aeropuerto, en un oasis irrigado por los ríos Atuel y Diamante.

La parte antigua de los

viñedos contrastaba con el esplendor de la edificación moderna que albergaba la casa de la familia. Un portón de hierro forjado, con la inscripción Saint Paule en el arco de entrada, se erigía dando la bienvenida a todo aquel que deseara visitar la bodega. Más allá, un camino lateral las guió hasta la casona estilo rancho, con paredes de piedra y techos a dos aguas de tejas francesas que se levantaba entre los parrales y la bodega. July estacionó la camioneta frente a la puerta principal y

corrió para dar la vuelta y ayudar a su hija a salir del vehículo. Al oír el motor de éste, la puerta estilo residencial de la casa se abrió y Sofía salió a la carrera a abrazar a su tía. Atrás venían su cuñada Mariana con Franco en los brazos y los caseros, Guillermina y Exequiel, que conocían a Paula desde que nació. Obviamente todos se asombraron al verla con el brazo así y, mientras la saludaban, la trataban como si fuese de cristal. Todos se interesaron por lo que le

había ocurrido y ella refirió la historia muy por encima, sin contar, por ejemplo, que había salido como loca del aeropuerto después de ver cómo se iba Alex.

Entraron en la casa, donde la mimaron y la consintieron sin medida. Sofía no paraba de hablar, estaba aceleradísima con la llegada de su tía. Era una niña muy vivaz y elocuente para su edad y solía dejarlos a todos con la boca abierta cuando se explayaba.

—Tía, ¿iremos mañana al mirador a almorzar las dos

juntas?

—Mi tesoro, ¿qué te parece si le pedimos a la abuela que nos acompañe? Porque la tía tiene el hombro lastimado y no podrá atenderte como otras veces —le explicó ella con paciencia.

—Bueno, si no queda otra opción...

—¿Cómo que si no queda otra opción? Claro, ahora como llegó tu tía, ¡a la abuela que la parta un rayo! —exclamó July en tono de indignación.

—No te enojés, abuelita,

yo te quiero mucho, pero la tía no me regaña tanto y la veo menos que a ti.

Todos rieron por la sinceridad de la niña. Franco levantaba los bracitos hacia Paula para que lo aupara y, al final, ella no pudo resistirse más y, enternecida, le pidió a su cuñada que lo pusiera en su regazo para poder cogerlo. En ese preciso momento, se abrió la puerta que daba a la piscina y entró Pablo, enfundado en unos vaqueros oscuros, un polo negro, botas y las gafas de sol en la mano. Cruzó el

salón a toda velocidad para llegar hasta el sofá donde estaba su hermana, la estrechó contra su pecho y la besó en el pelo, en la cara y en el cuello.

—¡No la apretujes tanto, hijo, le vas a hacer daño en el brazo! —lo amonestó su madre. Pablo se retiró para estudiar a su hermana.

—¿Qué te pasó?

—Tuve un accidente de coche, hermanito.

—¡Mierda, Paula! ¡Siempre dije que era un sacrilegio darte el carnet de conducir! —bromeó él y

recibió una mirada despectiva de su hermana a cambio.

Pablo sentó a Sofía en su regazo, la abrazó y la besó y a Paula le enterneció verlo con tanto aplomo en el rol de padre de familia.

—¡Qué guapo estás, hermano! Tus ojos verdes parecen más profundos con ese bronceado. Mariana, ¡ojo con éste, que está muy lindo! —Su cuñada se inclinó y besó a su hombre en la mejilla.

—Sí, ya me fijé en que las turistas le echan el ojo

cuando anda por la bodega en las visitas guiadas — ratificó y, entonces, Pablo, con su ego bien alto, le guiñó el ojo a Paula.

Aquél fue un día muy intenso, que pasó volando. Por la noche, después de la cena, Paula se sentó junto a la piscina, para hablar con su hermano del estado del negocio familiar. Éste le contó del plan de inversiones para producir sólo vinos de alta calidad y de lo avanzadas que estaban las modificaciones para modernizar la bodega y los

viñedos. También le explicó los proyectos que tenía para desarrollar marcas sólidas, tanto para el mercado local como para el de exportación. Poco a poco y con mucha dedicación, estaba logrando todos los objetivos que su padre no había conseguido. Durante los últimos años, había transformado el lugar en un entorno cálido y original, a través de su diseño y del paisaje, que permitían orientar los sentidos hacia la magia del vino. Le prometió que la llevaría a recorrerlo todo.

Paula se sentía muy a gusto disfrutando del silencio y de la paz infinita del lugar, había encontrado de repente la cordura y estabilidad que días atrás había creído perder.

Despertó como si hubiera dormido un día entero, estaba descansada y lo adjudicó al cambio de clima y a la vida apacible en San Rafael. Se sentó en la cama y estiró su brazo sano y su torso, se colocó de pie frente al ventanal y lo abrió; admiró el maravilloso paisaje y respiró

profundamente para llenar sus pulmones con aquel aire tan puro.

Los aromas y el ruido de la vajilla la guiaron hacia la cocina. El ambiente estaba plagado de un exquisito aroma a café recién hecho y pan casero recién horneado, que Guillermina había amasado para desayunar y para acompañar con los exquisitos dulces artesanales que también elaboraba. El desayuno fue realmente delicioso.

Paula y su hermano planificaron su primer día en

la bodega y, después del desayuno y de que ambos se cambiaran, partieron en la camioneta para hacer un recorrido por el lugar. Descendieron a la cava, por un sendero con barricas de roble francés y luz tenue. Paula añoró e identificó los olores de su niñez; cerró los ojos y recordó cuando eran pequeños y jugaban con su hermano a esconderse entre las barricas. Esa época en que uno no tiene preocupaciones le parecía tan lejana... Tomó de la mano a su hermano y

entrelazó sus dedos con los de él, se llevó sus nudillos a la boca y se los besó. Lo admiraba y lo adoraba porque se había hecho cargo de la familia muy joven y tuvo que madurar de golpe a los dieciocho años. Pablo era un hombre viejo con cuerpo de joven, pensó; él le regaló una sonrisa franca y enorme, y le pasó el brazo por el hombro mientras seguían caminando y descendiendo. Ella estaba maravillada con la transformación del lugar y se lo hizo saber. Más tarde, se dirigieron a la planta de

elaboración, donde su asombro continuó con los progresos que habían hecho ese último año. Sin embargo, él estaba ansioso por mostrarle a Paula su nuevo proyecto. Le tapó los ojos antes de entrar en determinada ala de la planta y, cuando estuvieron dentro, se los descubrió. Ella se quedó atónita frente a la nueva adquisición de la bodega, una llenadora VKPV-CF, ideal para vinos y vinos espumosos que ofrecía la máxima precisión en cuanto a nivel de llenado.

—Nuestra champañera está en marcha, querida hermanita.

Paula gritó, se aferró al cuello de su hermano y le llenó la cara con numerosos besos; él se reía con verdadero júbilo al ver la reacción de su hermana. Estaba feliz de poder compartir con ella tantos años de trabajo y esfuerzo. Tomó una botella de las que ya estaban listas y etiquetadas y le explicó la composición de la bebida. Ella entendió la mitad de todo lo que él le dijo, pero

Pablo estaba tan entusiasmado que lo escuchó sin interrumpirlo.

—Éstas ya están listas, las llevaremos para bebérnoslas esta noche. —Sí, por favor, no veo la hora de probarlo.

Luego recorrieron las plantaciones a cielo abierto, caminaron entre las hileras de armazones de madera y alambres que sostenían los parrales. Pablo le hacía notar, a cada paso, la calidad y la uniformidad de maduración de los viñedos ese año.

—Son perfectas —decía

con gozo.

Para la hora del almuerzo, los hermanos ya estaban en el mirador esperando al resto de la familia. Desde allí, a lo lejos, vieron acercarse la camioneta que conducía July y que trasladaba también a Mariana y a los niños. Comieron una variedad de ahumados, quesos, ciervo, aceitunas y pan casero, que Guillermina había preparado y empaquetado para que lo trasladaran hasta allá. La guinda del postre no fue el postre en sí, sino una botella de Malbec de la última

cosecha que el padre de Paula había elaborado estando en vida y que Exequiel había buscado en la cava días atrás, para consentirla, como cada año cuando llegaba a San Rafael.

Rodeada del cariño de su familia y de la armonía del lugar, Paula empezó a creer que le sería posible borrar a Alex de sus sentimientos.

Alexander había pasado todo el día muy contrariado porque se habían caído unos contratos que parecían estar confirmados antes de su

viaje a América del Sur. Aunque su mal humor, en realidad, se debía a otra cosa. Entró en la oficina del director general de Mindland hecho una furia y, sin llamar siquiera, se presentó ante su padre para plantearle la necesidad de incorporar a alguien que supervisara los temas de los que él se ocupaba cuando él no estaba en la empresa.

—Tranquilo, hijo, no te ahogues en un vaso de agua. El verdadero éxito de los negocios consiste, precisamente, en aquellos

que uno no realiza.

—No opino lo mismo, papá. No quiero perder ninguna oportunidad de crecimiento.

—Alexander, buscar a alguien a la ligera no es lo mejor. No debemos mover las piezas del tablero sin cuidado para cubrir agujeros, sino encontrar a la persona adecuada, a la más idónea, y te aseguro que no es una tarea fácil cuando uno aspira a la excelencia.

—Lo sé, papá, lo sé.

—Tranquilízate, entonces. La desesperación no es

buena en los negocios. Mirá, hijo, te voy a decir algo. Se avecinan cambios en Mindland, cambios importantes y, para eso, te necesito íntegro y con todas tus luces puestas en la compañía.

—¿A qué te referís cuando decís «cambios»? Creo que la empresa está bien tal cual está, no considero que introducir modificaciones ahora sea muy oportuno.

—Todo a su tiempo, Alex, aún estoy gestando esto que te digo, pronto te enterarás.

Era la segunda vez en dos

días que su padre hablaba de esos supuestos cambios, pero su cabeza no estaba para imaginar nada. No prestó demasiada atención a los comentarios de Joseph y se conminó a seguir lidiando con el trabajo y los asuntos pendientes.

Después del horario de oficina, Alex se dirigió a su casa para darse un buen baño y cambiarse. Su hermana lo había invitado a cenar esa noche. Estaba terminando de arreglarse para salir, cuando sonó su móvil; era Paula. Por un

instante, se sobresaltó y el estupor se apoderó de su persona. Lo último que esperaba era recibir su llamada, puesto que el día anterior ella no había respondido ni una sola vez. Pensó en no contestarle, porque se recordó que debía olvidarla, que las cosas no le iban bien con su imagen clavada en su mente, pero aunque se esforzó por ignorarla no pudo. Respondió con el corazón desbocado, anhelaba oír su VOZ.

—Hola —dijo, pero nadie

contestó al otro lado de la línea—. Hola, Paula, ¿para qué me llamás si no vas a contestar?

De pronto empezaron a oírse monosílabos de bebé y, de fondo, la voz de ella, sí, era ella, su voz era inconfundible, la tenía grabada en su memoria. Prestó atención y escuchó que conversaba con otra persona, era un hombre; Alex se puso alerta. «¿Con quién está?», pensó y temió, inconscientemente, que ese otro hombre ya lo hubiese reemplazado en su corazón.

Agudizó el oído; su voz era todo lo que necesitaba captar para que todo su mal humor del día desapareciera, no importaban las circunstancias en que la escuchara. Ella se estaba riendo, pero a ratos sólo se oía una sarta de onomatopeyas infantiles, «ma ma ma ma ma» o «pa pa pa pa». Por encima de la voz de ese bebé, se oyó en un momento determinado la de una niña:

—Tía, Franco está con tu móvil.

—Sí, Sofi, la tía se lo

prestó.

Alex sonrió al escuchar la explicación que ella le daba.

—Sí, tía, pero lo tiene en la boca.

—¡Ah! No se lo di para que ese muchachito se lo metiese en la boca, ¡no seas cochino, Franco, devolveme eso! —La voz de Paula le llegó con claridad mientras hablaba con los niños; entonces Alex cayó en la cuenta de que se trataba de sus sobrinos y no le costó deducir que la voz de aquel hombre debía de ser la de su hermano. Sonrió aliviado y

suspiró profundamente mientras cerraba los ojos. Entonces pensó que Paula tenía el móvil en la mano y decidió hablarle, a ver si ella lo escuchaba.

—Hola, hola, Paula.

Ella se espantó al oír su voz al otro lado de la línea y reparó en que, mientras el niño jugaba con el aparato, había apretado para llamar a Alex. Llevó el teléfono a su oído, se levantó del sofá y caminó hacia afuera. Había empalidecido, su hermano la seguía con la mirada.

—¿Estás ahí? ¿Me oís,

Paula? —probó Alex nuevamente.

—Hola —contestó ella casi en un susurro.

—Hola —respondió él a su vez, aliviado al escuchar su voz.

Un silencio tremendo se apoderó del momento, hasta que ella lo rompió; no podía resistirse.

—Lo siento, mi sobrino apretó el botón de llamada y se marcó tu número.

—Sí, me di cuenta, no me cuelgues, por favor —le rogó él—. ¿Cómo estás? Me enteré de que habías

chocado y me preocupé mucho. ¡Bah! La verdad es que me desesperé mucho — rectificó sus palabras—. Me estoy muriendo por saber de vos.

—Estoy bien, gracias. No tiene sentido que sigamos hablando.

—Tuve un día de mierda, Paula, y sólo con escucharte me cambió el humor.

—Adiós, Alex.

Paula cortó, estaba apoyada en la verja que rodeaba la piscina y una profunda angustia la invadió. Como no quería que

nadie la viese así, salió corriendo hacia el viejo molino; corrió sin parar y, cuando llegó, se sujetó a los hierros de la torre y comenzó a llorar de forma desconsolada. Entonces sintió que dos manos la sujetaban por los hombros y le daban la vuelta para cobijarla en su pecho. Su hermano dejó que se desahogara por completo. Se sentaron en el rellano, junto al molino, y, cuando ella dejó de sollozar, él se animó a preguntarle.

—¿Estás más tranquila?

—Sí, gracias.

—¿Qué pasa, Paula? —

Cogió su rostro con las dos manos y ella simplemente negó con la cabeza.

—No estoy preparada aún para contarte. Tu vida es demasiado perfecta y la mía es... un verdadero desastre.

—¡Bah! No creo que sea así, de todas formas, cuando quieras, acá estaré.

Pablo la estrechó entre sus brazos nuevamente y permanecieron en silencio un rato más. Regresaron a casa cuando ya no le quedaban rastros del llanto

en el rostro, para evitar que su madre le preguntara.

Alex arrojó el teléfono sobre la cama, cambió su reloj, se perfumó, se fue a la cocina y destapó un agua con gas que se bebió de forma compulsiva.

—Parezco estúpido rogándole tanto. ¿Desde cuándo le hablo así a una mujer? Además, ¡lo único que me faltaba era estar hablando solo!

Arrojó el envase vacío a la basura con rabia, volvió a la habitación a recoger su

teléfono y luego fue al armario, de donde sacó una chaqueta de cuero y una bufanda. Salió de su apartamento en el Soho de Nueva York rumbo al aparcamiento y se subió a su exclusivo deportivo italiano rojo. Era poseedor de una de las quinientas unidades fabricadas en todo el mundo del Alfa-Competizione. Partió hacia la casa de su hermana en Upper East Side, donde el *Huracán Amanda*, sin duda, haría estragos con él esa noche. Iba sabiendo que lo atosigaría a

preguntas, pero aunque estaba malhumorado, la tortura de hablar de Paula era preferible a los tormentosos pensamientos que albergaba en su alma cuando estaba en soledad. Llegó a casa de Amanda y su esposo y llamó. Chad no tardó en abrirle la puerta y, después de saludarlo, se despidió de él, pues había quedado para salir.

—Tu hermana está en la cocina, que disfruten de su noche —le deseó Chad.

—¿Te vas?

—Sí, a mí también me

toca noche de hermanos. Me voy a jugar a los bolos con Terry.

—Que disfrutes.

—Que te sea leve —le contestó su cuñado.

Alex rió sacudiendo la cabeza y levantando levemente la comisura de sus labios. Sabía que si se quedaba solo con ella estaba destinado a un interrogatorio extremo acerca de Paula, pero ya estaba allí y debía hacerle frente. Se quitó la chaqueta y la bufanda y las dejó en el perchero del vestíbulo y entró a la cocina,

donde encontró a su hermana preparando unas enormes hamburguesas con beicon, aros de cebolla, lechuga, tomate y pepinillos.

—¿Qué dice mi hermano favorito y el más lindo de todos? —Puso la mejilla para que Alex la besara—. ¡Uy, qué cara! Para venir así, no hubieses venido.

—No me tientes, en realidad, casi no vengo. ¿Me vas a dar de comer eso?

—Dejá de quejarte, es el menú ideal para ver una película y chismorrear entre hermanos.

—Ideal para vos, que no tenés ganas de cocinar.

—Sos insufrible, Alex. ¿Te vas a quejar por todo? —le preguntó, se dio la vuelta y lo cogió por la barbilla. Él estaba apoyado contra la encimera, cruzado de brazos—. ¡Ya volviste de Buenos Aires, enterate, hermanito!

Él sacudió la cabeza sin entender demasiado. Su cuerpo estaba en Nueva York, pero su mente y sus sentidos se habían quedado en Argentina, quizá Amanda tenía razón.

—No capto mucho tu comentario.

—Alex, vos nunca entendés lo que no querés entender —lo regañó ella y él esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Cambiá la cara y disfrutemos.

Alex le pegó una palmada en el trasero e intentó cambiar de actitud. —De acuerdo, ¿en qué te ayudo?

—Traé unas cervezas.

Se dirigió a la nevera y sacó dos Yuengling que destapó y bebieron mientras terminaban de preparar todo en una bandeja para

trasladarlo al segundo piso, donde estaba la sala de la televisión. Se estiraron a ver una película mientras cenaban y, después de comer, Amanda se recostó en el sofá, apoyó la cabeza en su regazo y le dijo sorprendiéndolo:

—Tus suegros volvieron a llamar para pedir los óvulos congelados de Janice.

—¡Mierda! ¿Por qué no dejan de joder? ¿Hablaron con vos?

—No, esta vez lo intentaron con Edward.

—No me comentó nada.

—Supongo que, como recién llegabas del viaje, no habrá querido preocuparte. Además, sabemos que es un tema que no te hace bien. Dijeron que si les dábamos los óvulos no interpondrían una demanda por los embriones, que apelaban a nuestra buena voluntad, como familia, y así te evitábamos dolores de cabeza a vos.

—¡Que me demanden si quieren! Lo que lamento es que la clínica también se verá involucrada.

—¿No volvieron a hablar

con vos?

—La última vez fue hace un par de meses y fui muy claro. No volverán a intentarlo conmigo porque saben que los voy a sacar corriendo. Mañana hablaré con Jeffrey, quiero saber qué posibilidades hay de que puedan ganar una demanda, no me gustaría que me cogiesen desprevenido — advirtió y, después, tomó una gran bocanada de aire —. Cuando Janice y yo congelamos esos embriones y esos óvulos lo hicimos pensando en que ella se iba a

curar y que los implantaríamos en su vientre, o en otro alquiler, más tarde. Pero en el caso de los óvulos, siempre fueron para procrear con espermatozoides míos, no voy a permitir que los utilicen con otros.

—Tranquilo, hermanito, no los conseguirán. Además, ya pasaron más de dos años desde que se hizo el procedimiento y, por ley, si nadie reclamó esos óvulos en ese lapso de tiempo, no nos corresponden a nosotros, ni al laboratorio, ni siquiera

a vos. Ya no sos el dueño, claro que no es el mismo caso con los embriones.

—Mañana, sin falta, hablaré con Jeffrey.

Amanda cambió de tema de forma brusca y rápida.

—¿Y Paula? ¿Qué hay entre ella y vos?

—No, Amanda, por favor, no estoy de humor para un interrogatorio.

—Vos nunca estás de humor, Alex. Esa chica te está haciendo sufrir, ¿verdad? Me doy cuenta de cómo te congelás cuando la nombrás.

—Esa chica pertenece a mi pasado, punto.

—Hum, ¿por qué intuyo que querías que perteneciese a tu presente y a tu futuro?

Alex se la quedó mirando, Amanda lo conocía mejor que nadie, con ella no podía disimular.

—Ella no quiere saber nada de mí —le dijo con amargura y hasta él se extrañó de la forma en que se había expresado. Su hermana se sentó en el sofá y lo cogió de las manos.

—¡Ah, no! Pero ¿quién es

esa tonta que desprecia a mi hermanito?

—No es ninguna tonta, es muy inteligente y te aseguro que es mejor que todo haya terminado. No soy bueno con las relaciones monógamas y, por otro lado, no merezco su amor ni el de nadie.

—Creí que habías superado esa etapa en que creías que no tenías derecho a ser feliz y en la que estabas convencido de que Janice había muerto porque vos te habías dedicado a amargarla. ¿Todavía lo pensás?

—¿Acaso no fue así?

—¡Dios, qué terco sos!
Ella fue feliz, pero la vida no le permitió serlo más.

—¿Te olvidás de que me dediqué a engañarla con cuanta mujer se me cruzaba? Lo que pasa es que vos siempre justificás todo lo que yo hago, de una u otra forma, siempre buscás la manera.

—No es cierto. Yo no considero que ella fuera una mujer engañada. Por otro lado, si Janice fue una cornuda es porque ella lo permitió. Ella se empecinaba

en volver con vos cuando sabía que estabas con otras mujeres. Y siempre que volviste con ella le fuiste fiel. Alex, sé que está muerta y que no debería hablar así, pero es la verdad. Creo que vos no estabas realmente enamorado de ella y que estaban juntos por costumbre y por comodidad. Luego ella enfermó y vos, en ese momento, creíste que la amabas, pero en realidad lo que sentiste fue más compasión que otra cosa y por eso te casaste con ella. Hiciste lo que todo el mundo

esperaba que hicieras, que te casaras con tu novia de bachillerato. Alex... fueron novios durante siete años y, antes de que ella enfermara, nunca te planteaste la posibilidad de casarte y de formar una familia. ¿Por qué sos tan duro con vos mismo? ¿Por qué no podés darte cuenta de eso?

—No quiero que hables así.

—¡Alex!

—¡Amanda!

—Está bien, no hablemos más de Janice, pero contame de Paula. ¿Por qué no quiere

saber nada de vos? ¿Qué le hiciste? ¿O quizá es que no le gustás?

Él la miró en silencio durante unos minutos, soltó un suspiro y empezó a hablar:

—Nos gustamos mucho los dos. Es algo más que una atracción física, nunca sentí nada igual por otra mujer — se atrevió a confesarle Alex; lo necesitaba, quería sacar todo eso que tenía guardado, que lo atormentaba y que se negaba a reconocer.

—¿Entonces? —Amanda abrió los ojos como platos

ante la revelación de su hermano.

—Ella cree que estoy casado.

—¿Y vos no le dijiste que no? ¿No le dijiste que eras viudo?

—No, dejé que lo creyera.

—¿Qué hago? ¿Te muelo a palos o qué?

Alex se encogió de hombros y su hermana se agarró la cabeza con las manos.

—Es complicado para mí. Quise hacerlo, pero ella no me quiso escuchar.

—Disculpame, pero estoy

segura de que no insististe mucho. Te conozco.

—Bueno, sí. Me enojé y me vine para Nueva York.

—¡Mierda! ¿Por qué rechazás tu felicidad de esa forma? ¿Por qué?

—No estoy acostumbrado a rogarle a ninguna mujer y tampoco voy a hacerlo con Paula, te digo que ya lo intenté.

—Excusas.

—Quiero olvidarla y vos no me estás ayudando.

—Te escucho y no puedo creerlo. —Tomó su rostro entre las manos—. Te

enamoraste, Alex, estás enamorado.

—No, sólo estoy obnubilado. —Ella lo miró incrédula—. ¡Joder, Amanda! Sí, me enamoré, creo que me he enamorado como un estúpido, pero voy a olvidarme de ella.

—El amor no se olvida así porque sí, para hacerlo sólo tenés que dejar de sentirlo. ¿Y me querés explicar cómo planeás hacer eso?

Alex no contestó y se quedaron en silencio.

—Tenés que reconquistarla.

—No voy a hacer eso, no pienso mover ni un músculo.

—¿Cómo es? ¿Es linda?

—Es hermosa, inteligente, talentosa, buena persona, buena hija, admira a su hermano, es cariñosa, brillante —contestó él como un poseso y luego sacó su teléfono y le mostró una foto en donde estaban los dos juntos—. Creo que se llevaría muy bien con vos, Amanda, ambas tienen muchas cosas en común. Paula ama salir de compras; los zapatos y los bolsos son su debilidad, como te pasa a

vos, y también le gusta cocinar.

La joven sonreía al ver el frenesí con el que su hermano le hablaba de Paula. Se había desatado en él una pasión insospechada, una necesidad de describir a la persona amada que sólo se siente cuando uno está enamorado y no puede más que admirar a la persona que se ha adueñado de su corazón.

—¡Guau! Es muy bella, es una belleza latina. Acá sólo se le ve el rostro, pero presumo que también tiene

un muy buen físico.

—Uf, tiene un trasero de ensueño y los pechos más perfectos que he visto en mi vida —añadió Alex.

—Y después de haberla descrito con tanta vehemencia y de enterarme de que guardás fotos de ella en tu teléfono, ¿todavía pensás que vas a olvidarla?

—Sí, voy a hacerlo —intentó sonar convincente, pero sólo estaba tratando de persuadirse a sí mismo.

—De acuerdo, cuando lo consigas, me dejo de llamar Amanda Masslow, ¿te

parece?

Él puso los ojos en blanco y, en ese momento, sonó su teléfono, miró la pantalla y puso mala cara.

—¿Qué pasa, quién es?

—Rachel, quiere que mañana la acompañe a Jamesport y no tengo nada de ganas de ir, pero ya me comprometí con ella.

—Inventate una excusa.

—No, iré de todas formas, me vendrá bien despejarme un rato.

Tal como le había dicho, el sábado por la tarde, Alex

pasó a recoger a Rachel Evans por su apartamento de Park Avenue para ir a Jamesport y ver la propiedad que ella estaba interesada en adquirir.

La corredora de bienes inmuebles Dennis Holler los esperaba a las seis de la tarde para mostrarles la casa ubicada a orillas de Long Island Sound. Alexander estaba apoyado con los brazos cruzados en el AlfaCompetizione. Se había puesto unos vaqueros oscuros y un suéter de cuello alto y pelo de camello, bajo

una chaqueta de cuero negra que lo hacía parecer un chico malo con cara de ángel. Esperaba pacientemente a que ella bajase.

—¡Hola, Rachel! —la saludó. Ella, como siempre, le sonrió exultante y arrebatadoramente fiel a su estilo. Le abrió la puerta del acompañante y, antes de subir, Rachel le dio un beso muy cerca de la comisura de los labios, pero él le restó importancia.

Durante el viaje, ella se mostró muy solícita y

agradecida, le expresó su gratitud por tomarse el tiempo para acompañarla y habló tanto que la cabeza de Alex estaba empezando a embotarse.

—Nos conocemos hace mucho, Rachel, no tienes que agradecerme nada. Lo hago con gusto por la amistad que tenemos desde hace tantos años.

—Aun así, creo que debo decírtelo. Me siento afligida por quitarle tiempo a tu fin de semana, pero no sabía a quién recurrir para que me acompañase. Además, sé

que nadie tendrá una opinión tan objetiva como la tuya.

—En realidad, no sé si soy buen consejero porque no entiendo nada de construcción, ya te lo dije. A lo sumo, te podré dar mi punto de vista desde lo que puedan apreciar mis ojos, pero nada técnico.

—Sí, lo sé. Yo ya vi la propiedad y me gustó mucho, pero de pronto me sentí indecisa —le explicó Rachel—. No esperes encontrarte con grandes lujos, es una construcción sencilla que pagaré con mis

ahorros, no quiero la ayuda de papá. Necesito empezar a independizarme, pero si hoy hubiese venido con él, me hubiera dicho que no era una casa digna. Él querría comprar una con diez habitaciones y todos los lujos del mundo. Alex se sorprendió por el comentario, siempre había creído que Rachel era una mujer inescrupulosa, fría e interesada—. La casa está bien conservada y las vistas de Long Island Sound son inmejorables.

El cielo había empezado a

colorearse con tonalidades naranjas y rojizas; había comenzado el ocaso y la cercanía de la ribera brindaba una vista perfecta. Tomaron la salida en dirección a Riverhead y en seguida llegaron al condominio en cuestión.

La vendedora, enfundada en un traje negro impecable, se presentó en el porche de la casa y, con melosa amabilidad, les estrechó la mano a ambos y abrió la puerta para que pudiesen entrar en el salón de la residencia. Les describió los

materiales y los acabados de la casa, los llevó a recorrer las dos plantas que la conformaban y todas sus habitaciones. Parecía tener los minutos controlados, porque en el momento oportuno los invitó a salir para que observaran el preciso instante en que el sol chocaba con el agua y se escondía tras el horizonte. Los dejó solos para que apreciaran la vista y pudieran hablar.

Alex estaba de pie, con la mirada perdida en aquel maravilloso espectáculo.

Rachel llegó sigilosamente por atrás y se apoyó en sus hombros, le rodeó el cuello con uno de sus largos brazos, colocándose muy cerca, y le habló al oído.

—¿Qué te parece? Es un lugar maravilloso, ¿verdad? —le acarició el lóbulo de la oreja con su aliento al hablarle tan cerca.

—Creo que la ubicación es insuperable; me gusta mucho como casa de fin de semana. Opino que deberías comprarla, tenías razón en que está muy bien conservada y el atardecer la

vuelve espléndida.

—De acuerdo, creo que después de verla por segunda vez, también me he convencido, pero tienes que prometerme algo —Rachel se acercó todavía más—. Vendremos a estrenarla juntos.

—Seguro, será muy agradable —le dijo él, mientras volvía su cabeza y se encontraba con los labios de Rachel tan cerca que lo incomodaron.

Alexander pensaba en ella sólo como en una amiga. Sus padres eran los mejores

amigos de los suyos y se habían criado en largos fines de semana compartidos entre ambas familias, pero hacía tiempo que sospechaba que ella deseaba algo más. No pudo evitar pensar en Paula. Sintió que era una traición permitir que ella siguiera intentando seducirlo. Estaban a nada de rozar sus labios, así que se apartó despacio, simulando apoyarse en la baranda del porche para admirar el paisaje y movió su cabeza al considerar sus pensamientos.

Rachel aprovechó el

momento para ultimar los detalles de la compra con la vendedora.

Durante el viaje de regreso, Alex puso música para no tener que hablar, no tenía ganas de enfrascarse en una conversación con Rachel, pero ella elevó el tono de voz y se las ingenió para hacerlo.

—Fue muy divertido que la vendedora nos confundiera con una pareja de prometidos, ¿no crees? — Alex sonrió, movió su cabeza en señal de negación y no le contestó de

inmediato, pues estaba eligiendo las palabras justas: —¡Qué disparate! ¿Verdad? —dijo en tono de broma y soltó una carcajada —. Si prácticamente nos criamos juntos... Para mí tu padre es el tío Bob y tu madre, tía Serena, lo que significaría que vos y yo somos como primos.

La mujer intentó que no se notara su decepción y le ofreció una sonrisa algo incómoda y desilusionada. Alex se sintió satisfecho porque había conseguido, con suspicacia, transmitirle

que entre ambos no podía existir nada más allá de lo que tenían.

Cuando llegaron al apartamento de Rachel ella lo invitó a cenar, pero él adujo que tenía un compromiso pactado con antelación, se disculpó con mucha cordialidad y le prometió que buscaría otro momento. Era obvio que no era cierto, pero no quería parecer desconsiderado. Alex le abrió la puerta del coche y Rachel, tras darle un beso en cada mejilla, se colgó de su chaqueta y le

dijo con sensualidad:

—Qué pena, bombón, que no puedas porque creo que podríamos pasárnoslo muy bien cenando juntos. Podríamos haber pedido comida árabe en Naya. —E hizo un mohín.

—Habrá más oportunidades.

Rachel volvió a besarlo despacio en ambas mejillas y se fue.

La noche estaba entrando en San Rafael. Después de insistir toda la tarde, Julia había convencido a Pablo,

Mariana y Paula, para que saliesen a cenar y se distrajeran fuera mientras ella se quedaba al cuidado de los niños. El lugar elegido fue La Massa Gourmet, un cálido y confortable restaurante dentro del San Martín Hotel & Spa. Fueron hasta allí en una de las camionetas de la bodega y, a su paso por el pueblo, los lugareños, que los reconocían por ser una de las familias más prestigiosas de la zona, los saludaban con calidez. Entraron en el local y el

maître los atendió con inusitada preferencia.

Hacia el final de la cena, que había sido relajada y entrañable, Paula le comentó a su hermano:

—Pablo, quiero empezar a ayudarte en la bodega con lo que sé hacer. No es justo que deposites cheques en mi cuenta con los beneficios, cada mes, cuando no hago nada por ganarme ese dinero.

—No jodas, hermanita, sabés que te corresponde, sos tan dueña de la bodega como yo. ¿O te olvidás de

que los abuelos testaron a favor nuestro cuando murieron?

—Disculpen la interrupción —dijo un hombre joven, alto y robusto, de pelo rubio, ojos color verde avellana y ropa de diseño—. Ana Paula Bianchi, ¿verdad?

—Sí, la misma —contestó ella intrigada y extrañada de que la llamara por su nombre completo—. Disculpame, hace mucho que no vivo acá, no logro reconocerte —se excusó.

—No te preocupes,

también hace mucho que no vivo acá. Te reconocí de casualidad y porque escuché una conversación en la mesa de al lado donde los identificaban como los dueños de la Bodega Saint Paule. —El atractivo hombre le extendió la mano, se presentó como Gabriel Iturbe e hizo el saludo extensivo a todos con una respetuosa inclinación de cabeza. Después añadió—: Hicimos juntos la primaria y parte de la secundaria, Paula, ¿no me recordás?

—Gabriel, ¿sos vos?

¡Estás tan cambiado...! —
Ella se levantó y le dio un
beso en la mejilla; él la
abrazó—. ¿Estás solo?
Sentate con nosotros, por
favor. Te presento a mi
hermano, Pablo, y a su
esposa, Mariana.

—Gracias, sólo un
momento. —Retiró la silla
que sobraba y se acomodó
—. Estoy con mis padres —
explicó mientras señalaba
hacia otra mesa. Paula
levantó la mano para saludar
al matrimonio.

—¿Qué es de tu vida?
Contame.

—Hace unos años me fui a vivir a Nueva York y soy corredor de bolsa.

—Vaya, ¡qué interesante! Yo vivo en Buenos Aires. ¿Estás de visita? —Sí y presumo que vos también, me quedo acá hasta el 10 de enero. ¿Podríamos salir a tomar algo un día de éstos?

—Sería genial, te paso mi teléfono, me llamás y arreglamos para vernos.

Gabriel sacó su móvil y, con premura, apuntó el de Paula.

—¿Hasta cuándo te quedás?

—Estoy hasta el 14, tenemos tiempo de vernos.

—Ah, perfecto, te llamo.

El educado hombre se despidió de todos y se retiró. Mientras esperaban que les sirvieran el postre, retomaron la conversación y después se fueron.

—Vaya, tu amigo no te quitó el ojo de encima cuando saliste —le dijo Mariana con picardía.

Paula sonrió y se encogió de hombros, Pablo en cambio comentó: —No sé por qué, pero me cayó bien.

Se subieron a la camioneta

y regresaron a Saint Paule.

Había llegado la Navidad y el punto de reunión era, como cada año, la casa familiar de los Masslow. Los hijos del matrimonio, con sus respectivas parejas, y los nietos habían ocupado el hogar esa noche para celebrarla juntos. Alex había sido el último en llegar y estaba un tanto circunspecto. Bárbara veía a su hijo menor apagado, ya desde hacía unos años, pero él siempre los había mantenido a raya con respecto a su vida

personal y no permitía que se entrometieran; había levantado una gran muralla difícil de franquear. Su madre sabía que con quien más se comunicaba era con Amanda y eso, más o menos, la dejaba tranquila. Alex era un hombre exitoso en todo lo que emprendía, excepto en su vida personal, en que era francamente desdichado.

—Hijo querido, ¿estás bien? Me preocupás, Alex. Sé que no te gusta que te diga esto, pero te noto triste.

Él estaba de pie en una de

las esquinas del apartamento, con las manos en los bolsillos y la frente pegada al ventanal. Abrazó a su madre con fuerza y le dijo al oído:

—Estoy cansado, mamá, sólo es eso, no debes preocuparte. No veas fantasmas donde no los hay. Te juro que estoy bien, aunque mi cara hoy no lo demuestre. Me siento feliz de la maravillosa familia que tengo, de lo contentos que están todos mis hermanos, me siento orgulloso de sus logros, tengo dos sobrinos

maravillosos, sanos y hermosos, los amo a vos y a papá. ¿Qué más puedo pedir?

—Hijo querido, con esa explicación sólo me demostrarás que únicamente disfrutás de la vida de los demás, ¿y la tuya? Quiero verte realizado como hombre, abrí de una vez por todas tu corazón y buscá una buena chica que te complemente y te acompañe. Ya va siendo hora de que sientes cabeza, Alex.

Él consideró los consejos

de su madre, la besó en la frente y farfulló para sí: «Ya la he encontrado, madre, pero la he dejado ir, por cobarde y orgulloso»; sin embargo, dijo:

—Hey, ¿aparento estar tan acabado?

—No, mi amor, pero quiero que seas feliz. No pido más de lo que toda madre desea para cualquiera de sus hijos.

Habían pasado los días y Paula, esa tarde, estaba tomando el sol a la orilla de la piscina. El silencio del

lugar era inquebrantable, sólo roto por el piar de los pájaros y el murmullo de los trabajadores de la plantación y de la procesadora. Tanta tranquilidad hacía mella en su ánimo, que ese día estaba por el suelo. Los médicos le habían dicho que mantuviese el cabestrillo tres semanas más, pero ella no aguantaba la incomodidad y se lo había quitado antes de tiempo, decisión que había desembocado en una discusión con su madre por la mañana. Sumada al desánimo que la aquejaba,

eso la había sumido en un pozo sin sentido ni fondo. Con los auriculares conectados a su iPod, su barrera de contención estalló cuando empezó a sonar *Sabes*. Se vino abajo y empezó sollozar sin parar.

Su hermano llegaba en ese momento del recorrido diario a la plantación y la encontró llorando sin consuelo, hecha un ovillo en la tumbona; se aproximó a ella, le acarició la cabeza y le dio un beso en la frente.

—¿Qué pasa, Paula? Me tenés muy preocupado, no te

veo bien.

—Abrazame —le pidió ella y se hundió en su cuello.

Cuando hubo sosegado su llanto, se apartó de él y lo miró fijamente a los ojos.

—Volví a enamorarme de la persona equivocada.

—¿Con quién estás ahora?

—Con un hombre casado.

—¡Mierda! ¿Sos tonta o qué? —masculló Pablo en voz alta, que estaba considerablemente ofuscado.

—No te enojés conmigo, no lo supe de inmediato. Él me engañó, me mintió y me enamoré, pero cuando me

enteré lo abandoné, pero aún no puedo olvidarlo.

—Nena, tenés una habilidad increíble para cruzarte con gente que no vale la pena.

—Pienso lo mismo.

En ese momento sonó su móvil, miró la pantalla y vio que era Gabriel Iturbe. Sorbió su nariz, respiró hondo y contestó. Tras hablar durante un buen rato, quedaron para salir esa noche.

Gabriel pasó a recoger a Paula a las ocho en punto, en una Amarok doble cabina 4

x4, propiedad de sus padres, y partieron hacia el pueblo.

—¡Qué bueno! Ya no llevás el cabestrillo.

—¡Ah! Es un fastidio estar con él, me lo quité antes de tiempo.

—¿¡Cómo!?

—No, Gabriel, vos no, por favor. Suficiente tuve hoy con los regaños de mi madre.

Llegaron al pueblo y pasaron por el Kilómetro Cero, un lugar donde se concentran los locales y las boutiques de conocidas marcas, recordaron

anécdotas, se rieron, se carcajearon, hablaron de sus carreras, de sus trabajos y terminaron comiendo en Tienda del Sol, en unos taburetes bajos informales del exterior, para disfrutar de la brisa estival de la noche sanrafaelina.

Después de esa primera noche, los encuentros entre ellos se siguieron produciendo, hablaban a diario por teléfono y, por la tarde, se encontraban en la Villa Saint Paule, donde Gabriel la visitaba ya sin avisar. Tomaban el sol junto

a la piscina, compartían aperitivos y recorrían la plantación y la acequia. A Paula le gustaba disfrutar de su compañía, su conversación era siempre agradable y él se mostraba muy solícito con ella, a veces más de la cuenta, lo que la llevó a pensar que él escondía otras intenciones tras su amistad.

Una tarde, estaban en la piscina tras regresar de un paseo por la champañera. Paula estaba de espaldas en el borde de la piscina tomando el sol y sintió que

Gabriel se acercaba. Al abrir los ojos, lo encontró apoyado con sus codos en el desborde finlandés; su proximidad la puso nerviosa y no intentó ocultarlo. Su inquieta sonrisa desembocó en una mirada lujuriosa de él.

—Me gustás, Paula —le confesó con una voz muy seductora que nunca antes había utilizado. Ella no le contestó y se dedicó a estudiarlo. Gabriel, con delicadeza, le apartó un mechón de pelo mojado que se había pegado a su frente;

se acercó a sus labios y los besó con dulzura, con mucho mimo. Su boca carnosa y experimentada dominó la de Paula y su lengua intentó abrirse paso entre sus dientes y la lamió tentándola. Ella primero le negó la intrusión y, luego, se relajó y abrió su boca. Sintió que el beso de Gabriel la hastiaba y que no la satisfacía, y lo lamentó, porque consideraba que era un buen hombre, atractivo y apto para enamorarse. La respiración de él se tornó entrecortada, a medida que

le permitía avanzar, y entonces ella decidió parar para no seguir confundién-dolo. Apoyó sus codos contra la grava y se incorporó ligeramente, se sentó con las piernas sumergidas en el agua y enrolló su pelo en un nudo para disimular los nervios y hacer algo con sus manos. Él se quedó quieto y le hizo una mueca de desánimo y frustración.

—Lo siento, Gaby, no es un buen momento para mí.

—Lo sé, me contaste que estabas saliendo de una

relación complicada, pero no tengo tiempo, Paula. Mañana me voy y no quería partir sin que supieras lo que siento por vos.

—Gracias, me honra saber que no te soy indiferente.

—¿Y yo, a vos, te soy totalmente indiferente?

—Me encanta tu compañía, me gusta estar con vos.

—Pero... no te gusto como hombre.

—No, no es eso. Me parecés muy atractivo, deberías saber que lo sos — le dijo y le pasó la mano por

el pelo mojado con una caricia torpe—, pero en este momento... aún estoy haciendo mi duelo. —Paula sintió alivio al admitirlo.

—¿Aún no lo olvidaste?

—No quiero mentirte, la verdad es que no.

—Bien, aun así, ¿puedo seguir llamándote?

—Por supuesto, no te lo perdonaría si no lo hicieras.

Ambos rieron, ella se sumergió en el agua y lo abrazó.

—Estaré esperando que tu corazón se libere, me gustás mucho, voy a esperarte. —

Le dio un casto beso sobre los labios y la abrazó.

Había pasado más de un mes desde su llegada a Mendoza. El vuelo partió puntual, a las 19.55 horas. El avión de Austral se desplazó a gran velocidad por la pista y se elevó; en la cabina, Paula recordaba los últimos minutos en el aeropuerto de San Rafael, al despedirse de su madre.

—No llores, mamá, me voy angustiada si te dejas así. Debo regresar a Buenos Aires, mañana tengo que

ocupar mi nuevo puesto de trabajo en Mindland.

—Lo sé, hija, lo sé, pero las despedidas son siempre difíciles. Te tuve tantos días conmigo que, aunque suene egoísta, no quiero que te vayas. Además sé que no estás bien, todos estos días que estuviste en casa te observaba, Paula, y me hice la tonta, pero te vi llorar varias veces cuando creías que nadie te miraba y no mencionaste ni una vez a ese chico, al lindo de los ojos azules —le confesó su madre—. Que no te haya

preguntado nada no significa que no me haya dado cuenta de tu tristeza. No me cuentes si no querés, pero decime, por lo menos, que puedo quedarme tranquila y que estarás bien.

—Ay, mamá, sos única. Claro que podés estar tranquila. Alex sólo fue un mal trago que ya pasó. El amor de ustedes, el de mi familia, me ha sanado el corazón, podés estar tranquila. Estaré muy bien, mami —mintió—. Hermanito, estaré esperando los informes mensuales de

Insaurrealde con los libros de la bodega. Si no me los pasás, los próximos cheques que me deposites te los giraré de nuevo.

—De acuerdo, cabeza dura, ya me quedó claro ese tema. Además, me alegra que te interese nuestro negocio. Cuidate mucho. — La abrazó hasta dejarla sin aliento y le dijo al oído—: Intentá caminar en dirección opuesta a los jodidos que siempre se cruzan en tu vida, por favor.

Ella sonrió con el comentario cómplice de su

hermano, dio media vuelta para no seguir posponiendo la despedida y porque tenía un nudo en la garganta. Si no se iba, se pondría a llorar y dejaría a su madre destrozada.

A las 21.30 horas el tren de aterrizaje tocó la pista del aeropuerto Jorge Newbery de Buenos Aires. Paula retiró sus maletas de la cinta transportadora y se encaminó a la calle en busca de un taxi.

El trayecto fue corto porque no había tráfico. Al entrar en su apartamento,

una oleada de nostalgia la invadió y sintió cómo se le erizaba la piel. Miró el sofá y recordó los momentos que habían pasado ella y Alex amándose allí, hasta quedar extenuados de placer. Resopló y fue hacia su dormitorio; la cama, su cama, había sido testigo de besos, lenguas, fluidos, gemidos y orgasmos inigualables. Cerró los ojos e imaginó los iris azules del estadounidense perdidos en los de ella, entregados al placer que sólo ella le daba, que sólo ella había saciado

en esos días. Los abrió y se preguntó cómo podía ser que aún tuviera aquellas caricias tan grabadas en su cuerpo.

Su casa estaba extraña, plagada de recuerdos y fantasmas que la torturaban.

A la mañana siguiente, estaba nerviosa porque era su primer día a cargo de la gerencia general de Mindland Argentina. Sería un gran desafío en su carrera que anhelaba sortear con mucho ímpetu y talento. Llegó a la empresa muy temprano, todos estaban sonrientes y la recibieron

con cálidos saludos y buenos deseos. Carolina la esperaba con una sonrisa de oreja a oreja frente a la oficina de su ex jefa, y que ahora era la suya.

—Bienvenida, Paula, ¿qué tal tus vacaciones?

—Muchas gracias, Caro, fueron perfectas, con tiempo de calidad para compartir con mi familia. Dejame situarme y en un rato estoy con vos para que me pongas al corriente de qué es lo más urgente.

Entró en el despacho y había dos enormes ramos de

flores sobre su mesa y otro, más grande aún, en la mesita baja.

Cogió la tarjeta del ramo que estaba compuesto por flores surtidas y la leyó: «¡Felicidades, querida amiga! Que esta nueva etapa en tu carrera sea el comienzo de cosas muy buenas. “Te queremos.” Maximiliano, Mauricio, Clarisa y Daniela.»

Olió las flores mientras se secaba una lágrima y pensaba que sus amigos siempre estaban cuando los necesitaba, en las buenas y

en las malas. Tomó la otra tarjeta, que descansaba en un arreglo muy elegante de rosas amarillas: «Infinitas felicidades. ¡Sos nuestro orgullo! Te amamos. Sofia, Fran, Mariana, Pablo y mamá.»

Las lágrimas empezaron a rodar a borbotones por sus mejillas, sin contención. Las enjugó con su mano y volvió a releer la tarjeta con una sonrisa. Se sentía querida y los amó por consentirla tanto. Soltó su bolso y se dirigió a la mesa baja para ver quién le había enviado

ese enorme ramo de rosas rojas, exageradamente grande y avasallante: «Confiamos en tu talento y en tu competitividad. En nuestra empresa, siempre apelamos a la excelencia y sabemos que nos demostrarás que eres la mejor para el puesto que ocupas desde hoy. Bienvenida a nuestro *staff* directivo. Mindland International - Mindland Central Bureau. Familia Masslow.»

«¿Quién habrá ordenado enviar estas flores? —se

preguntó y necesitó un hondo suspiro para deshacerse de sus pensamientos—. Dejá de soñar, Paula. Él ya no debe acordarse de vos. Además tiene que pensar en su esposa.» Acarició con el índice el apellido «Masslow» y elevó sus ojos al cielo.

Alex llegó a las oficinas de la Central de Mindland, salió del ascensor en el piso veintinueve y recorrió el pasillo a grandes zancadas, hasta llegar a la puerta

acristalada donde pasó una tarjeta para entrar al vestíbulo. Saludó a la recepcionista y fue hacia la puerta de su despacho. Alison lo esperaba al pie del cañón, con un sinfín de tareas pendientes para ese día, entre ellas, lidiar con dos juntas, un almuerzo de trabajo y dejar todo en orden porque viajaba a Italia.

—Ali, te pido sólo cinco minutos. Traeme un café que no he desayunado y comenzamos el día.

Se metió en su oficina y sacó una fotografía de Paula,

que guardaba con recelo en uno de los cajones de su mesa. Sólo la miraba cuando sentía que le faltaban las fuerzas para encontrar la paz y la sensatez suficientes. «Mi amor, ¿cómo te estará yendo en tu primer día de gerente? ¿Te habrán gustado las flores que te envié?», pensó Alex. Alison llamó a su puerta y él se apresuró a guardar la fotografía, carraspeó y le ordenó que pasara.

El día fue largo y caótico, pero él logró dejar todo en orden.

Por la noche, Alex se fue a cenar a casa de sus padres, pues quería despedirse de Bárbara antes de ausentarse del país durante una semana. Ofelia y su madre se encargaron de consentirlo, preparándole su comida favorita. Tras el banquete, se sentó en el salón con su padre para hablar un poco del viaje.

—Así es, hijo, estoy muy feliz. Europa es el mercado que siempre quise conquistar y vos lo conseguiste, me siento muy orgulloso.

—Estaremos en el salón de

Milán, donde están los más afamados diseñadores y también aspiro a conquistar Roma y, por qué no, empecemos a soñar con Francia, papá.

—Cuando te ponés así, tan ambicioso, me recordás a mí cuando tenía tu edad. ¡Bah! Ya estoy viejo, por eso creo que... —empezó a contarle casi en un susurro; su esposa revoloteaba por ahí y no quería que les oyera— va siendo tiempo que deje todo en tus manos y en las de Jeffrey, no quiero que tu madre se entere. A tu

regreso, hablaremos de todo.

—¿Qué están murmurando ustedes? —inquirió Bárbara.

—Nada, querida, vení y sentate entre los dos para que podamos mimarte como corresponde.

Alex movió la cabeza y sonrió levemente.

—¡Ah, Joseph Masslow! Eres un viejo adulator, pero esos trucos ya no me seducen —repuso la mujer sirviendo café para los tres y sentándose donde su esposo le había indicado.

—Y tú, caradura, podrías ocultar un poco tu

complicidad con este viejo ladino. No deben de estar tejiendo nada bueno para que no quieran que yo me entere; ¿o acaso están hablando de una enamorada tuya?

—Mamá, no empieces.

—Uf, Alex, ¿cuándo nos vas a traer una novia a casa? No quiero morirme sin verte formar una familia, olvidate de tus correrías ya, tenés veintinueve años.

—Dejalo que disfrute de la vida, es joven aún; además, se va a casar el día que encuentre a la persona

indicada y no cuando vos se lo pidas. Joseph puso los ojos en blanco y la amonestó —: ¡No estás tan vieja, mamá, para hablar de ese modo!

—No, por supuesto que no estoy vieja, el mes que viene cumplo cincuenta y cinco, pero quiero disfrutar de todos mis nietos y si seguís esperando cuando tengas hijos andaré con bastón y no podré alzarlos siquiera.

Los tres guardaron silencio; Alex se había quedado pensativo, pero finalmente se sinceró:

—Conocí a alguien en Buenos Aires.

Lo dijo con mucha naturalidad, como si hubiera pensado en voz alta. Bárbara se atragantó con el café ante la inesperada revelación de su hijo menor, Joseph le palmeó la espalda y Alex le levantó los brazos para que se le abriera el diafragma y pudiera respirar mejor.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí, ya pasó. Seguí contando de esa chica, por favor.

Bárbara se mostró ansiosa, pero no quería cohibir a su

hijo, que por primera vez se atrevía a hablar con ellos de su vida sentimental después de que muriera su esposa.

—Nada, conocí a una chica que se podría decir que reúne las condiciones de novia y más. —Se encogió de hombros.

—Hijo, estás hablando como si sólo se tratara de una fusión de negocios, ¿por qué tanta frialdad?

—Porque todo ha terminado, mamá.

Joseph, que hasta el momento había permanecido callado, se recostó de lado

contra el respaldo del sofá, cruzó una pierna y buscó la mirada de su hijo para decirle:

—Creo que empiezo a entender de qué va tu mal humor de todos estos días.

—Alex hizo una mueca con la boca.

—¿Y por qué se ha terminado? —preguntó Bárbara.

—Porque no confía en mí, o porque sencillamente no siente ni sintió por mí nada verdadero.

—Una cosa es que no confíe en vos y otra, muy

diferente, es que no tenga sentimientos por ti. Decidite, hijo, ¿cuál es el motivo?

—Quizá sean los dos, es posible que no confíe en mí porque no siente nada. ¡Bah, qué se yo! —exclamó y volvió a encogerse de hombros—. Seguramente, como dijo papá, no era la indicada.

Terminó de tomarse el café, se puso en pie y anunció que volvía a su casa.

Cuando llegó al aparcamiento donde guardaba su coche, una

figura femenina salió de entre las sombras de la calle, apareció ante él y le golpeó el cristal. Reconoció a Rachel en seguida, entonces bajó la ventana.

—Rachel, ¿qué haces en la calle a esta hora? Puede ser peligroso.

—Estaba esperándote.

—¿Ha pasado algo? Sube al coche, no te quedes ahí afuera, además hace frío.

Ella se metió en el Alfa-Competizione, lo saludó con un beso y Alex guardó el automóvil en el garaje. Paró el motor, se quitó el cinturón

y se colocó de lado para mirarla.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien. De pronto me sentí sola y salí de casa sin rumbo, acabé muy cerca de aquí y decidí venir. Se me ocurrió que quizá podríamos tomar un café. ¿Me invitas a tu casa?

Alex se quedó mudo, no sabía qué contestarle, no le gustaba que nadie se presentara en su apartamento sin ser invitado, y menos una mujer. En su casa, sólo entraba su familia, pero no quería ofenderla.

—Por supuesto, vamos.

Entraron en el edificio y caminaron hacia el ascensor de la mano, que Alex le soltó en cuanto entraron.

—Vengo de casa de mis padres, fui a despedirme — le explicó.

—¡Ah, claro, mañana viajas!

Llegaron al cuarto piso y Alexander le cedió el paso. Se quitaron los abrigos y los dejaron en el recibidor.

—Pasa, ponte cómoda, siéntate donde quieras — hizo un ademán señalando los sillones y se dirigió hacia

la cocina.

—Me gusta tu apartamento, ¿puedo curiosoear?

—Sí, por supuesto — contestó Alex mientras preparaba la máquina de café.

Rachel había entrado en su estudio y estaba mirando las fotografías que descansaban en la repisa.

—Desde que te mudaste, nunca me habías invitado — le reprochó ella cuando lo vio apoyado en la doble puerta de vidrio que separaba el salón del

despacho.

—No acostumbro a invitar a nadie aquí —le contestó él en tono cortante, sin querer parecer grosero, pero demostrando que no se sentía cómodo.

—¿O sea que aceptaste mi propuesta por compromiso?

—Algo así —se sinceró Alex con una sonrisa.

Ella empezó a acercarse de forma provocadora y, en ese momento, se oyó un sonido proveniente de la cocina.

—Creo que ya está el café —dijo él y se fue a apagar la máquina.

Rachel se sentó en el sofá y Alex, después de preparar dos tazas de café en una bandeja y encender al máximo la chimenea artificial, se sentó a su lado. Era una fría noche de febrero.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —preguntó Rachel.

—Mañana a las seis de la tarde.

—Me muero por ver el logo de Mindland en la Galería Vittorio Emanuele II —dijo ella y Alex sonrió—. ¡Imagínate! Mindland en el mismo lugar en que están las

tiendas de las marcas más famosas del mundo.

—Sí, es un sueño hecho realidad, igual que la tienda de la Quinta Avenida.

—¡Guau, Alex! ¡Y lo has conseguido tú! Eres increíblemente talentoso en todo lo que te propones — exclamó ella con admiración y se acercó con desenfado para aferrarse a su cuello y darle un beso en la mejilla mucho más largo de lo normal.

Alex se sintió intimidado por la situación y, sobre todo, muy extraño. No era

normal en él actuar así frente a una mujer que intentaba seducirlo. Sonrió incómodo y probó a apoyar la taza en la mesa para salir de su alcance, volvió a recostarse contra el sillón y, entonces, ella se volvió más audaz, se le acercó y lo besó en la boca. Alex tenía los brazos apoyados en forma de cruz contra el respaldo del sofá, sin moverse, cerró sus ojos y se dejó llevar por el contacto de sus labios. Rachel lo lamió, le succionó el labio inferior y entonces él abrió su boca y le dio paso, le

entregó su lengua con
cuentagotas porque ella
hacía todo el trabajo.

Rachel estaba dispuesta a
traspasar todas las barreras
que existían entre ellos esa
noche, y aunque él no estaba
muy dispuesto, se dejó
llevar. Hacía casi dos meses
que no estaba con nadie y
las alarmas de su excitación
se dispararon. Había
intentado eludir esa
situación por todos los
medios, pero ella sabía lo
que quería y estaba
dispuesta a conseguirlo
como fuera. La recostó sobre

el sillón y comenzó a desabrocharle la camisa, metió su mano lujuriosa dentro de la abertura y acarició sus pechos sobre el encaje del sostén. «No voy a entretenerme mucho», pensaba mientras la tocaba y la besaba de forma frenética. Se apoderó de la cremallera de su pantalón y la bajó, metió su mano en la prenda interior y le acarició los labios de la vagina: estaba pringosa. Ella lo deseaba, siguió con su clítoris hasta que logró que se retorciera por sus caricias; entonces se

separó de su boca, la miró y le preguntó con la voz entrecortada.

—¿Estás segura? ¿Quieres que continúe?

—Sí, Alex, no pares por favor, sé lo que quiero y lo sé hace mucho tiempo.

—Desnúdate —le ordenó. Él se quitó la ropa con habilidad y ella hizo lo mismo. Se puso de pie en calzoncillos mientras ella terminaba de desvestirse y fue al baño en busca de condones. Volvió y se desprendió de la ropa interior, se colocó el

preservativo y se tendió sobre ella. La penetró de una vez y comenzó a moverse. Si bien necesitaba satisfacer sus deseos sexuales, nunca había dejado a ninguna mujer a medias, así que intentó serenarse. La hizo poner a cuatro patas y la penetró desde atrás, masajeándole el clítoris con el dedo pulgar mientras la tenía aferrada de las caderas. Se hundió en ella con fuertes embestidas y Rachel empezó a gritar descontrolada. Alex le tapó la boca con su mano, pues sus gritos retumbaban

en el apartamento. Cuando se dio cuenta de que a ella le llegaba el orgasmo, se dejó ir con tres fuertes embestidas más, vació su semen en el condón y se retiró de inmediato.

En el momento en que se corrió, se arrepintió de haber cedido a la seducción de Rachel, pero entonces se preguntó: «¿Qué otra cosa podía hacer? No podía quedar como un estúpido y, por otro lado, necesitaba un polvo».

Ella se incorporó e intentó acurrucarse en su pecho,

pero él no movió ni uno de sus brazos para cobijarla; para él sólo había sido sexo. Se puso en pie dejándola en el sillón, recogió su ropa del suelo y fue al baño a lavarse. Cuando salió de allí vestido, ella todavía permanecía desnuda en el sillón. La miró furtivamente y se fue a la nevera a beber agua. Clavó sus ojos en ella y le ofreció la botella, pero la mujer lo rechazó. De regreso al sofá, se pasó la mano por el pelo y comenzó a hablar.

—Lo siento, Rachel, no quiero que te confundas ni

quiero parecer grosero, pero esto no volverá a repetirse.

—No te preocupes, cariño, somos adultos. Lo que ha sucedido ha sido porque yo quise que sucediera.

—Perfecto, me alegra que los dos lo tengamos claro —concluyó y le sonrió de manera deslucida—. De acuerdo, entonces. Ahora me gustaría irme a dormir —le anunció mientras levantaba su ropa y se la entregaba—. Lo siento, Rachel, pero mañana tengo una mañana complicada y quiero descansar para el viaje, no

siempre consigo dormir durante el vuelo.

Aunque quiso parecer serena, ella le clavó una mirada que lo traspasó; nada estaba yendo como esperaba que sucediera. Alex no había sucumbido después de poseer su cuerpo, sólo había saciado sus deseos carnales. Le quitó la ropa de la mano, comenzó a vestirse y, cuando terminó, él le ofreció acompañarla hasta el coche.

—No es necesario.

—Por supuesto que sí, es tarde y tu coche está en la calle.

Cuando llegaron a la planta baja, las puertas del ascensor se abrieron y ella ganó rápidamente la calle. Alex la seguía de cerca por detrás, con las manos en los bolsillos y muy callado. Rachel, antes de subir al vehículo, se giró y le estampó un beso en la boca; Alex respondió a él a modo de despedida. Luego ella se apartó y sostuvo su rostro entre las manos.

—Lo he pasado bien, Alex. De todas formas, creo que no era necesario que fueras tan grosero para

despedirme, no pensaba quedarme.

—Lo siento, no quise serlo. Todo ha sido muy extraño, pero también me lo he pasado bien —admitió, pero pensó: «Ha sido un buen revolcón».

Se metió en el coche, bajó la ventanilla y se estiró para que él la besara por última vez. Alex se acercó y le dio un casto beso. Se abrochó el cinturón, arrancó y le tocó la bocina; él se volvió a su apartamento sin mirar cómo se alejaba.

En cuanto entró, empezó a

desprenderse de la ropa, quería quitarse el perfume de Rachel del cuerpo. Con gesto contrariado, llenó la bañera, tomó el mando a distancia de un manotazo y puso música; comenzó a sonar un clásico de Richard Marx.

Se metió en el agua para encontrar alivio, tenía los músculos entumecidos, cerró los ojos, se masajeó las sienes y no pudo evitar sentirse vacío. Jamás había pagado por sexo; sin embargo, tuvo la plena y total seguridad de que se

hubiese sentido igual después de un polvo rápido con una prostituta. Entonces vinieron a su mente los momentos vividos con Paula. Qué diferente había sido todo con ella... No conseguiría con nadie más esos orgasmos aplastantes; con ella, nunca saciaba su deseo, porque lo que obtenía de su cuerpo nunca era suficiente. Sólo con abrazarla, tocarla, olerla o sentirla, su vida se convertía en algo mágico. Para él era suficiente extasiarse mirándola sonreír. Se sintió

más vacío aún porque sabía que no volvería a tener nada de eso a su lado; echaba de menos su risa, su voz, esos besos que lo perdían, que lo enloquecían; añoraba las cosas que hacían juntos, la lista era interminable; extrañaba todo de ella.

—*I love Paula, I love you, my love.* —exclamó y prestó atención a la canción que estaba sonando:

*Oceans apart day after day,
and I slowly go insane,
I hear your voice on the
linebut it doesn't stop the
pain,*

*if I see you next to never,
How can we say forever?
Wherever you go, whatever
you do,
I will be right here waiting
for you,
Whatever it takes, or how
my heart breaks.
I will be right here waiting
for you
I took for granted, all the
times
That I thought would last
somehow
I hear the laughter, I taste
the tears but I can't get near
you now.
Oh, can't you see it baby?*

*You've got me goin' crazy.
Wherever you go whatever
you do,
I will be right here waiting
for you.*

Esa letra terminó de socavar su ánimo descompuesto y se tapó la cara con las dos manos para romper a llorar con roncoclamos desconsolados. Su pecho se insuflaba pero el aire que entraba parecía no ser suficiente, se ahogaba y se sentía decepcionado e impotente. Después de un rato, cuando reparó en que nada cambiaría a pesar de

las lágrimas, se incorporó con ímpetu, cogió una toalla con rabia, se secó y se paró frente al espejo. Sus ojos estaban enrojecidos de tanto llorar, así que se pasó las manos por la cara enérgicamente, como queriendo borrar la imagen que veía reflejada. Se lavó los dientes, buscó entre su ropa un pijama y se lo puso con movimientos hoscos. Había pasado del dolor a la ira y no paraba de preguntarse qué le estaba pasando; él no era así, hacía tiempo que había superado

sus inseguridades; sólo recordaba haberse sentido devastado tras la muerte de Janice, aunque en realidad ése había sido más un sentimiento de culpa. En esos momentos, en cambio, se encontraba desconcertado. Con el ánimo maltrecho, pero más sosegado, se metió en la cama, apagó la luz y deseó no despertarse con ese dolor en el pecho que lo aquejaba desde que no estaba con Paula.

Capítulo 18

EL día anterior había enviado sus primeros informes desde que había comenzado su gestión en Mindland y todos estaban a la espera de la evaluación por parte de la plana mayor de la empresa en Estados Unidos. Durante esa semana que ya tocaba a su fin, Paula había estado trabajando con esmero en la elaboración de un estudio de adquisiciones

financieras, rentabilidad, inversiones, liquidez y reinversiones; también estaba encomendada a la tarea de mantener el equilibrio económico de la sede, a pesar de las fuertes inversiones que se habían hecho y, para ello, necesitaba optimizar recursos, en cuanto a cantidad, calidad y oportunidad, tanto de las fuentes que suministraban los fondos como del empleo que se creaba gracias a ellos. Había reflejado todo esto, de manera muy sencilla y

entendible, en sus informes enviados a Nueva York, para que no quedara ninguna duda acerca de sus nuevos objetivos.

En la documentación había adjuntado una nueva información financiera que había obtenido, resultado de las últimas inversiones, y que ponía al descubierto el rendimiento del capital empleado. Estaba a punto de enviarlo y no pudo dejar de ponerse nerviosa cuando, en la copia adjunta, incluyó la dirección electrónica de Alex.

Cerró los ojos y recordó los días que habían compartido en la oficina trabajando codo a codo. Se entendían muy bien en el plano laboral. Sintió orgullo al recordar lo inteligente y carismático que era al momento de llevar a cabo una negociación. Evocó el poder que tenían su sonrisa seductora, su voz y su forma de expresarse.

Habían pasado ya dos meses y medio desde su separación y el último contacto que habían tenido había sido en Mendoza, tras

una breve y malograda conversación telefónica.

A mediodía, Carolina le comunicó que tenía una llamada por la línea uno con el señor Masslow. Paula se puso nerviosa y su corazón empezó a latir con rapidez.

—¿Alex está al teléfono?
—se atrevió a preguntar con voz insegura.

—No, el señor Joseph Masslow —le aclaró Carolina.

Paula se sintió estúpida por haberlo preguntado, cerró sus ojos e intentó sosegararse para responder la

llamada.

—Hello, mister Masslow!

—Hola, Paula, llámame Joseph, por favor, y hablemos en español para que te sea más cómodo.

—Es usted muy amable, Joseph, pero no tengo problema en utilizar su idioma. —Hizo una pausa y prosiguió—: Usted dirá, Joseph, presumo que ya ha recibido mis informes. ¿Hay algún problema quizá?

—Sí, Paula, los he recibido y estoy asombrado y muy conforme con tu trabajo; en realidad, es

mucho más de lo que esperaba de vos.

—Muchas gracias, sus palabras me alegran enormemente.

—Paula, te llamo para informarte de que se avecinan cambios en la Central de Mindland y tú, como miembro directivo de una de nuestras sedes, no puedes desconocerlos. Es por ese motivo que necesitaría que vinieras a Nueva York.

Paula se había quedado sin habla, sin respiración y no reaccionaba a las palabras de

Joseph Masslow. Sabía que en algún momento debería viajar, pero nunca creyó que tan pronto.

—¿Me oís? —preguntó el padre de Alex.

—Sí, desde luego. ¿Podría adelantarme, específicamente, para qué necesita mi presencia? Disculpe, no quiero parecer desconsiderada y tampoco es que no reconozca su autoridad, pero, visto y considerando que recién estoy organizando mi plan de trabajo acá, no sé si sería prudente alejarme de mi

puesto.

—Más que ofenderme, me agrada que pienses de esa forma. Eso habla muy bien de tu profesionalidad y compromiso con la empresa, pero créeme, Paula, que es imperioso que viajes para ponernos de acuerdo.

«¡Mierda de suerte! ¡No estoy preparada para ver a Alex tan pronto!», maldijo en silencio, pero respondió:

—Desde luego, Joseph. Si usted lo considera necesario, viajaré. ¿Cuándo quiere que vaya?

—Ayer, Paula —se

carcajeó para quitarle solemnidad al asunto y, en cierto modo, lo consiguió; su voz era calma y amigable y eso la tranquilizó—. En realidad, Paula, necesito que viajes lo antes posible. Calculá que te ausentarás por una semana, ¿cuándo creés que podrías viajar? Me urge encontrarme contigo.

—Deme al menos dos días. ¿Seguro que no es por los contratos? ¿Quizá tiene algún problema con mi trabajo? —insistió ella intrigada, no le gustaba viajar a ciegas sin saber con

qué se encontraría.

—No, Paula, despreocúpate, todo eso está perfecto.

Sos asombrosamente eficiente en tu desempeño, no tengo ninguna queja. Sólo quiero que vengas y que nos pongamos de acuerdo en algunos puntos de vista que son esenciales para la empresa.

—¿Quiere que tracemos un plan de trabajo en conjunto? Disculpe mi insistencia... pero preferiría saber a qué debo atenerme.

—Paula, se trata de una

propuesta sustanciosa que Mindland tiene para vos. Entiendo tu inquietud y me halaga sobremanera que estés tan atenta, pero debes estar tranquila. No me pidas que te adelante más porque no lo haré, lo hablaremos cuando llegues y en persona, por favor. ¿Tenés toda tu documentación en orden para viajar? ¿Necesitás ayuda con la visa? ¿Tal vez con tu pasaporte? Tengo contactos que podrían hacer que la obtuviéramos en cuarenta y ocho horas.

—Tengo todo en orden,

mister Masslow, por eso no debe preocuparse.

—Joseph, llamame Joseph, por favor.

—De acuerdo, Joseph, tengo mi documentación al día. Pero no me aclaró mucho y estoy un poco perdida. ¿Dijo una propuesta?

—Sí, Paula, apenas llegues prometo no andarme con rodeos y ponerte al tanto de todo. Con respecto a tus papeles, mandame todos tus datos por correo electrónico, por favor, para no tener que buscar en nuestra base de

empleados. Mi secretaria se ocupará de conseguirte el pasaje y se pondrá en contacto con vos para brindarte toda la información. Fue un placer hablar contigo.

—El gusto es mío, Joseph.

—Adiós, Paula, pronto nos conoceremos.

Ella colgó, oprimió el intercomunicador y le habló a su secretaria: —Por favor, vení a mi despacho y llamá a Maximiliano.

En Nueva York, Joseph también colgó y se giró en su sillón para mirar a Alex,

que esperaba expectante que su padre le contase.

—Veo que te costó convencerla de que viniera.

—Mirá, si no fueras mi hijo y no te quisiera tanto, te cortarí­a lo que tenés entre las piernas. No quiero perder este talento sólo porque vos tuviste un amorío con ella. Sólo espero que te equivoques cuando decís que no aceptará mi propuesta. Y sacate de encima esa cara de bobalicón; el viernes, a más tardar, estará acá.

—¡El viernes! ¡Yo no

estará el viernes, me voy a Italia una semana! ¿Lo olvidaste?

—Pues lo siento mucho. No sé para qué querés estar acá, quizá para convencerla sea mejor que no andes revoloteando por la empresa.

Alex tenía la esperanza de verla, pero se dio cuenta de que no sería así y se quedó desilusionado. Su padre frunció el cejo y de sus ojos azules saltaron chispas.

—Andate y ordená que consigan un pasaje y hospedaje para ella, encargate de eso, al menos.

Ponele solución a algo, haceme el favor. Alexander Masslow, realmente estoy furioso con vos. Si no consigo que Paula Bianchi venga a trabajar acá con nosotros, te vas a meter en serios problemas. ¡Salí ya de mi vista! Por hoy no quiero saber más nada de vos, tenía todo planeado pero con esto que acabás de contarme, pusiste en juego mi retiro, hijo. Te aseguro que cuando tu madre se entere se enfadará más que yo. ¡Mierda, Alex! Los negocios y el amor difícilmente van

de la mano, pero ni vos ni tus hermanos parecen entenderlo.

—Papá, si mal no recuerdo, esta empresa la creaste con tu esposa y cuando Jeffrey se lió con Alison, no le reprochaste tanto.

—No me metas en esto, Alex, yo no soy el centro del problema hoy— intentó defenderse su hermano—. Además eso ya quedó en el pasado. Me caso en unos días y Alison empezará a formar parte de la familia. Tu argumento para

defenderte fue de muy mal gusto, Alex.

—Ni me hagas acordar del día en que me enteré de la historia de Alison y Jeffrey, y menos me saques a colación el tema de tu hermana y Chad, un verdadero baldazo de agua fría, aunque debo reconocer que, al final, todos hicieron una buena elección. El único que nunca interfirió con mis negocios es Edward, el único cuerdo de mis hijos. Andate, Alex, andate de una vez a hacer lo que te encargué.

Jeffrey también se fue y Joseph se dejó caer en su sillón y empezó a repasar los últimos acontecimientos; todo había dado un gran giro. Por la mañana, cuando había llegado a Mindland, estaba de muy buen humor, expectante por la reunión que debía tener con sus hijos. Cuando Alex llegó al despacho, Alison le comunicó que su padre lo esperaba junto a su hermano para hablar. Lo que tendría que haber sido una gran noticia se transformó, de pronto, en una incertidumbre

para la empresa. Los hermanos se habían sentado en el sofá de la majestuosa oficina del director general y se habían dispuesto a escuchar lo que su padre quería decirles.

—Tengo el placer de comunicarles que mi retiro está en marcha.

—¡Papá! ¿Por qué esta decisión? Hasta hace cuatro meses, no querías ni oírlo cuando mamá te lo sugería —dijo Jeffrey sorprendido.

—Quiero disfrutar del tiempo que nos queda a Bárbara y a mí. Gracias a

Dios, ambos gozamos de buena salud y lo que ya he hecho, hasta el día de hoy, en Mindland, para mí es más que suficiente. Vos, Alex, con tus conocimientos de finanzas, y vos, Jeffrey, con tu experiencia legal, forman el dúo perfecto para hacerse cargo de este barco que navega a todo vapor. Quiero que compartan la presidencia de esta empresa que, con tanto ahínco, he dirigido durante más de treinta y cinco años. Sé que la cuidarán como si yo siguiera al mando.

—Papá, no me interesa la presidencia de la compañía. El puesto que tengo acá es el adecuado y, por otro lado, creo que el más acertado para ese cargo es Alex, ya que él está acostumbrado a llevar adelante las negociaciones. Yo sólo me ocupo de la parte legal y, para mí, eso está bien.

—¿Quién quedará a cargo de Mindland International? —preguntó Alex—. Yo no podré con ambas cosas, papá. Y no es que no me sienta capaz, pero vos me enseñaste que quien mucho

abarca, poco aprieta, y creo que es bueno delegar en otros para poder encargarnos y no perder de vista las cosas verdaderamente importantes.

—De eso se trata y me agrada que recuerdes tan bien mis enseñanzas — intervino Joseph e intentó aclararles un poco el panorama—. Cuando comencé a planear mi retiro, supe que no sería fácil encontrar a una persona con tu talento y tu valentía para los negocios, hijo —elogió mirando a Alex, que lo

escuchaba con atención—. Por otra parte, la dirección de la empresa siempre estuvo a cargo de la familia y eso no es una minucia; la confianza entre nosotros tres es infinita. Cuando yo empecé con todo esto, no tenía la magnitud que tiene hoy y era fácil negociar y vigilar el patrimonio.

—Seguro, papá —asintió Jeffrey.

—La cuestión es que cuando creamos Mindland International prosiguió Joseph—, queríamos que vos la dirigieras, Alex, y no

tenemos otra alternativa válida dentro de la familia. Tendremos que confiar en un extraño, no nos queda otra opción.

—¿Y entonces? —se impacientó Alex.

—Lo del parentesco no está solucionado, eso es imposible, pero creo haber encontrado a la persona indicada hace poco más de dos meses. Ayer recibí sus últimos informes, que corroboran su idoneidad. Mi convencimiento es absoluto y, Alex, estoy seguro de que estarás de acuerdo. En

realidad, es tu descubrimiento, no el mío.

—¿De quién hablás, papá?

—preguntó Jeffrey.

—De Ana Paula Bianchi —respondió Joseph a bocajarro. Alex palideció al oír su nombre y no pudo disimular su asombro; se puso de pie y empezó a caminar con las manos en los bolsillos. Pegó su frente a la ventana mientras estudiaba cómo explicarle a su padre que Paula no quería ni verlo y que, mucho menos, aceptaría ir a trabajar a Nueva York.

—¿Qué pasa, Alex? ¿No estás de acuerdo con papá?
—inquirió Jeffrey.

Él regresó tras sus pasos, volvió a ocupar de nuevo su asiento, se pasó las manos por el pelo, se restregó la cara y, finalmente, se retrepó en el respaldo y fijó la vista en su padre.

—No, no me parece la persona indicada.

—Pues a mí sí, hijo. Es intuitiva, audaz, agresiva, muy talentosa y brillante. — Su padre tenía toda la razón, pero ¿cómo podía explicarle el verdadero motivo sin que

lo agarrara de las pelotas? Respetaba mucho a Joseph e imaginaba que se pondría como una furia al enterarse de lo que había pasado entre Paula y él en Buenos Aires.

»Además —continuó su padre entusiasmado—, trabajaron juntos en el rescate de la filial de Chile y lo hicieron muy bien. Ustedes dos se entienden trabajando y eso es muy importante. De hecho, que el entendimiento entre ustedes sea magnífico es lo que me deja más tranquilo.

—Ah —se sorprendió

Jeffrey—, recuerdo que ese proyecto sacó de la quiebra segura a la sede de Chile. Me lo enviaste desde Buenos Aires, Alex, y sólo hubo que hacer algunas pequeñas modificaciones para que todo fuera válido legalmente. ¡Guau! Papá, creo que tenés razón. Esa mujer tiene mucho talento, ahora caigo en quién es. Ayer recibí los informes de Argentina, estuve leyendo un poco y me pareció muy interesante lo que proponía.

—A ver, Alex, y si no es ella ¿a quién proponés?

Dame el nombre de otro empleado de esta empresa con sus condiciones, ¿no pensarás que voy a convocar un casting para este puesto? Rara vez me equivoco. Cuando Natalia la propuso para sucederla, ni lo dudé. Es más, no te lo dije porque no estabas, pero no lo consulté con nadie. Los informes del rescate financiero chileno fueron suficientes para decidirme. Ella elaboró, con tu colaboración, la estrategia perfecta. Y, durante estos dos meses, me dediqué a

investigarla. Le pedí a Natalia que, antes de irse, me hiciera llegar todos los proyectos que Paula había elaborado para la empresa. Alex, si Argentina está donde está es porque esa mujer es un genio financiero en potencia.

—No va a aceptar, papá, ¡no lo hará! —gritó él y volvió a ponerse en pie. Caminó hasta la nevera de la oficina y sacó un agua con gas, que destapó y bebió compulsivamente. Se limpió la boca con la mano y se volvió a sentar.

—¿Por qué cambiaste tu discurso? Primero dijiste que no era la indicada y, ahora, decís que no va a aceptar, ¿por qué estás tan seguro? ¿En qué te basás para aseverarlo? —le interrogó Joseph.

Alex dudó un instante antes de contestar, pero no tenía más remedio que hacerlo. Cerró los ojos, tomó aire y lo soltó todo.

—Tuvimos una relación que duró todo el mes que estuve en Buenos Aires y acabamos muy mal. No quiere verme ni en pintura.

—¡Mierda, hermano, la cagaste!

Jeffrey se removió en su asiento y se apretó las sienes. Alex le dedicó una mirada fulminante a su hermano y su padre se puso rojo, entrecerró los ojos y se le hinchó la vena de la frente. Dio un puñetazo en la mesa baja y la vajilla saltó y repiqueteó.

—¡Maldición, Alex! No tenés códigos ni miramientos para bajar tu bragueta. Dejame solo con tu hermano —le gritó a Jeffrey y éste no se atrevió a

abrir la boca y se retiró—.
¡¿Tanto te cuesta mantener
tu bragueta cerrada?! —
siguió gritando.

—Lo siento, papá.

—No digas más «lo
siento», porque tengo ganas
de darte los azotes que no te
di nunca en toda tu vida.
¿Cómo de mal quedaron las
cosas entre vos y ella?

—Muy mal.

—¿Qué mierda le hiciste?

—Nada, no le hice nada —
contestó y abrió sus ojos
como platos.

—Alex, ya no sos un
adolescente. Hablá con

seriedad. ¿Estás seguro de que no hay posibilidad de que acepte el puesto?

—Mierda, papá, creeme que yo, más que nadie, querría que todo estuviera bien, que ella viniera a trabajar a Mindland y a vivir a Nueva York. Desde que llegué de Buenos Aires no encuentro la paz, papá. No duermo, no tengo vida, la llamo y me corta. Intenté solucionar las cosas con ella, quiero explicarle pero no me escucha. Me enamoré, viejo, me enamoré como un pelotudo de la única mujer

que no me da ni la hora.

Alex había explotado, descansó los codos en las piernas y dejó caer su cabeza, estaba exhausto. No quería ponerse a berrear como un niño; se pasó la mano rápidamente por los ojos para secar sus lágrimas y sorbió la nariz. Al ver su expresión, su padre se acercó compadecido y le apoyó la mano en la espalda.

—Tranquilízate, hijo. Tranquilicémonos los dos y contame todo. ¿Por qué no quiere escucharte?

Alex inspiró con fuerza.

Su padre se había sentado frente a él y le había tomado la mano y levantado la barbilla con la otra, para decirle:

—Vamos, Alex, no tengas vergüenza. Llorar por amor es un sentimiento muy puro, eso habla de que tenés buen corazón y de que no sos el monstruo que una vez creíste que eras.

—No me gusta sentirme inseguro, papá.

—Lo sé, hijo, los hombres rara vez nos permitimos aparentar indefensos, como si esa debilidad nos hiciera

menos hombres. En realidad, no entendemos que eso nos hace más humanos. Hablame de Paula.

Alex se tapó la boca, se pasó la mano por la frente y empezó a contarle:

—No la conocí en la empresa. Nos vimos por primera vez el fin de semana que llegué a Buenos Aires. Nos presentó el primo de Mikel y sólo nos dijimos nuestros nombres. Durante esa velada, yo para ella fui simplemente Alex. —Hizo una pausa; le costaba hablar de su intimidad, pero lo

necesitaba—. Pasamos la noche juntos y lo que empezó como un juego de seducción se volvió después en mi contra. Al principio, yo sólo quería echar un buen polvo y nada más, pero fue diferente a otras veces. Creo que, si bien en un principio me sentí atraído por su belleza, porque es hermosa, viejo, ya la vas a conocer, luego me atrapó su inteligencia. Paula no es una mujer mansa, tiene carácter. Ese fin de semana nos despedimos después de desayunar juntos y, cuando

desapareció en el ascensor, supe que no me sería fácil olvidarla. De hecho, pensé en ella el resto del fin de semana. Vos sabés que, desde que murió Janice, no considero que sea merecedor del amor de nadie más, eso no es un secreto.

Su padre puso los ojos en blanco ante esa afirmación, pero él se encogió de hombros y siguió hablando con vehemencia; quería contárselo todo con lujo de detalles:

—Un día me atreví a hablarle de Janice, pero no

le revelé que habíamos estado casados. Vos sabés lo que me cuesta hablar de todo lo que se refiere a ella, papá.

Joseph Masslow estaba cruzado de piernas, se sostenía el mentón con el pulgar y se pasaba el índice por los labios. Escuchaba a su hijo menor con atención y cierta sorpresa. No podía creer que le estuviera hablando de esa forma, nunca había sentido a Alex tan cercano. Pensó que confesar sus sentimientos y hablar de Paula le produciría alivio y lo confortaría; no

quería interrumpirlo, quería que se desahogara, su hijo no estaba pasándolo bien.

—Paula empezó a recibir llamadas, papá. La amenazaban, la insultaban, le decían que se alejara de mí, era una situación imposible. Joseph se incorporó ligeramente ante esa última revelación—. La cosa es que las llamadas no cesaban, Paula estaba fastidiada y yo también estaba harto. Se comunicaban con ella a cualquier hora del día y desde teléfonos móviles

descartables, imposibles de rastrear. Sólo pude averiguar que la acosadora era de Nueva York. Pero era tanta la presión que terminábamos discutiendo siempre.

—Eso último que me estás contando es muy grave, Alex.

—Lo sé, papá, aún intento desentrañar ese enigma, pero no lo consigo. El asunto es que recibí una llamada en que le mencionaron a Janice, nombre que ella ya había guardado en su mente, y le dijeron que era mi esposa, que yo estaba casado. Y ella

lo creyó. Paula tuvo una relación anterior terrible, en la que el malnacido con quien estaba la engañó vilmente, y decidió meterme a mí en el mismo saco. Quise explicarle, pero no me dejó y a mí me ganó el orgullo. Por eso volví antes de tiempo de Buenos Aires. Después de pelearme con ella, ya no tenía sentido que me quedara. Antes de viajar, probé volver a hablar con ella, pero no entraba en razón. De todas formas, reconozco que no insistí lo suficiente, porque me

enfadaba su falta de confianza y todavía me sulfuraba que me compare con la lacra que tuvo por novio.

»Me fue a buscar al aeropuerto el día que regresaba y no me detuvo, la dejé llorando destrozada y es algo que no me voy a perdonar jamás, papá. — Hizo una pausa y cerró los ojos recordando—. Hace un tiempo que dejé de intentar hablar con ella, quiero olvidarla porque no me hace bien. Pero si acepta tu propuesta, trabajaré con Paula. Estoy de acuerdo con

vos en que es la persona adecuada para el puesto, no puedo negarlo, pero dudo que acceda. Soy una basura para ella, papá, y no querrá compartir su día a día conmigo.

—¿Y no vas a intentar recuperarla, hijo? ¿No vas a hacerle ver su error? Alex, ¿por qué te castigás de ese modo? ¿Qué querés demostrar?

—No sé, papá, intento buscarle una explicación pero no la encuentro.

—Yo sí. Te culpás por la infelicidad de Janice y

pretendés ser tan desgraciado como ella, pero no te das cuenta de que, con tu locura, también estás dañando a Paula.

—Ella también me hirió con su indiferencia y su desconfianza.

—Ponete en su lugar, Alex. La llamaban continuamente, la agobiaban con amenazas y después le contaron que no eras una persona libre. Todo eso sumado a lo que le pasó en su anterior relación... ¿Qué pensarías vos? Y, encima, dejaste que siguiera

creyendo que estabas casado y que continuara atormentándose creyendo que nada entre ustedes había sido verdadero. Pienso que no quisiste decirle la verdad, porque cuando uno desea explicar las cosas, las grita como sea, por más que el otro no quiera escucharle.

—No voy a contarle la verdad, papá. Si conseguís que trabaje con vos, adelante, yo lo aceptaré, pero no voy a utilizar esa verdad para que ella se quede a mi lado.

—¡Mierda, Alex! Mezclás

todo, hijo. Te escuché con paciencia, pero sos capaz de alterar hasta a la persona más beatífica. ¿Por qué sos tan necio? ¿Cómo querés que te perdone y te acepte, si no la ayudás a salir de su error? ¿Qué esperas? ¿Que acceda a tener algo con vos creyendo que estás casado? Alex, por Dios, hijo, estás buscando excusas para no ser feliz.

—No voy a hacerlo, papá, nunca he mendigado amor y no le voy a rogar a ella tampoco —concluyó el pequeño de los Masslow con

enojo y salió del despacho de su padre dando un portazo.

En el pasillo se cruzó con Rachel.

—Hola, cariño.

—Ahora no, Rachel, no estoy para nadie —le espetó y le cerró la puerta en la cara. Se dejó caer en su sillón, tras la mesa, apoyó los codos en ella y se aguantó la cabeza con las manos, pero la mujer parecía no entender su rechazo porque abrió la puerta y se metió en el despacho. Él levantó la vista, incrédulo.

»Rachel, tuve un
encontronazo con mi padre.
¿Podrías dejarme solo, por
favor? No estoy de humor.
—Ella rodeó su silla y lo
abrazó por atrás.

—Sé que estás mal, Alex,
y por eso quiero hacerte
compañía, puedo consolarte
si quieres —le habló al oído
y le lamió la oreja.

Alex la agarró por las
muñecas y la alejó de su
cuello, se puso de pie y la
penetró con la mirada.

—No, Rachel, no, nunca
más volverá a repetirse, te lo
dije en mi apartamento. No

quiero parecer grosero pero no me dejas otra opción. Tomó su maletín, descolgó su abrigo y la dejó sola en el despacho—. Me voy, Alison, cualquier cosa desvía las llamadas a mi móvil.

—Muy bien, Alex, que tengas un buen día.

—Imposible, hoy me levanté con el pie izquierdo. Adiós.

—¿Dónde vas? —le gritó su padre en el pasillo—. Vení acá. Jeffrey está conmigo y voy a llamar a Buenos Aires.

Alex caminó tras su padre: el horno no estaba para bollos, pero, además, quería enterarse de lo que contestaba Paula.

El jueves a las 18.30 horas, Paula ya estaba en el aeropuerto de Ezeiza para facturar. Maximiliano la había pasado a buscar por su apartamento al salir del trabajo y la llevó a la terminal. Ella estaba nerviosa, él la abrazaba y le sobaba la espalda.

—Tranquila, todo irá bien
—le dijo para tranquilizarla.

—Es que si me tiemblan así las piernas acá, no quiero ni imaginarme lo histérica que me voy a poner cuando me lo encuentre allá. Pasaron dos meses y medio y me duele tanto todavía, Maxi...

—Lo sé, amiga, pero vos sos fuerte y sé que vas a demostrarle tu profesionalidad.

Ese mismo jueves, cuando salía de la oficina, Alex se encontró con Jeffrey y Alison en el ascensor. Quería pedirles un favor y,

aunque le costó muchísimo, al final se decidió:

—Alison, ¿sería mucho pedir que recogieras a Paula mañana en el JFK? Su vuelo llega a las 6.10 horas. Te lo pido a vos porque ella te conoce.

—No te preocupes, iremos juntos —se ofreció Jeffrey en solidaridad con su hermano.

—Perfecto. Muchas gracias, te paso su teléfono y así le avisás que la vas a estar esperando.

—Dale, pasámelo —dijo Alison. Ambos sacaron sus

móviles, y su cuñada marcó el número de Paula y esperó a que ella contestara.

—Decile que te manda mi padre, por favor, no me menciones.

Ella asintió con la cabeza.

—Hola, Paula, habla Alison la secretaria de...

—Sí, sé quién sos, ¿cómo estás? —la interrumpió Paula.

—Bien, gracias, espero que vos también lo estés. Te llamo de parte del señor Joseph Masslow para avisarte de que mañana te recogeré en el aeropuerto.

Siempre es bueno que a uno lo espere alguien conocido, por eso me lo pidió a mí — mintió la joven en tono amigable. Su cuñado le guiñó un ojo.

—Un millón de gracias, Alison, pero va a irme a buscar un amigo. La secretaria miró a Alex.

—Ah... muy bien. ¿Estás segura? Mirá que no me cuesta nada hacerlo.

—Lo sé, no te preocupes. De todas formas, te agradezco la atención. Cuelgo porque me toca el turno en el mostrador de

facturación. Ya estoy en el aeropuerto, nos vemos el lunes.

—De acuerdo, que tengas muy buen viaje. *Bye*.

—¿Qué te dijo? — preguntó Alex ansioso—. ¿No quiso que fueras?

—En realidad, me dijo que... —dudó un poco antes de contárselo— un amigo la iba a ir a buscar.

—Ah...

Un silencio terrible se apoderó del lugar, nadie hizo ningún otro comentario hasta que se despidieron en el estacionamiento.

Paula estaba en la cola del mostrador de primera clase de American Airlines que, por suerte, estaba casi vacío. Después de entregar toda la documentación y de recibir la tarjeta de embarque, Maxi le ayudó a despachar las maletas y un agente de seguridad le puso unas etiquetas en el equipaje de mano.

—¿Quién te llamó?

—Era Alison, ¿te acordás de ella?

—Sí, la secretaria de Alex. ¿Qué quería?

—Decirme que el papá de Alex le había pedido que me recogiera en el aeropuerto.

—Ah, pero a vos te va a buscar Gaby, ¿no?

—Sí, eso le dije, aunque no hacía falta.

Paula y Maximiliano se despidieron.

—Pau, que tengas muy buen viaje ¡y no le aflojes al yanqui! «Agua que no mueve molino, deja que siga su camino», ¿me escuchaste bien?

—Tranquilo, Maxi, no tenés de qué preocuparte. Voy a extrañarte, amigo,

dejo la oficina en tus manos.

Como viajaba en primera clase, gracias al clan Masslow, decidió hacer uso del privilegio y se dirigió al *lounge* de American Airlines para esperar la hora de embarcar. Ya en la cabina, guardó su equipaje de mano en el compartimento, sacó un libro de la cartera y se acomodó en su asiento. Mientras se hacían los preparativos para el despegue, le trajeron el menú y un aperitivo de bienvenida. «¡Guau, viajar en primera tiene muchos

beneficios!», se sorprendió Paula.

El capitán comenzó con el discurso de bienvenida y dio los datos pertinentes del trayecto, clima, tiempo de vuelo y luego les pidieron que se abrochasen los cinturones. A las 20.25 horas, el avión empezó a desplazarse por la pista autorizada para el despegue y se elevó en el aire dejando atrás las luces de la ciudad de Buenos Aires. Satisfecha después de la cena y tras unas cuantas horas de vuelo, Paula se colocó los

auriculares para aislarse de los ruidos y se propuso continuar con la lectura, pero se quedó dormida. Se despertó porque sentía frío y miró la hora; llevaba ocho horas y media de vuelo, buscó la manta y se tapó para intentar dormirse de nuevo, pero le fue imposible. Faltaban sólo cuatro horas para aterrizar en Nueva York y la ansiedad la había invadido. Sintió rabia por haber rechazado el ofrecimiento de Alison, porque pensó que, de no haberlo hecho, podría haber

sabido algo de Alex antes. «¿Qué hará cuando me vea? ¿Qué haré yo? Seguro que me tiemblan las piernas y la boca se me reseca», reflexionó inquieta, pero sus pensamientos fueron interrumpidos por la azafata que llegaba con el desayuno. Después de dar cuenta de él, fijó la vista nuevamente en las manecillas y fue al baño para retocar su maquillaje; no quería llegar con cara de muerta y espantar a Gabriel, que estaría impecable. Volvió a su asiento y, para matar el tiempo, encendió su

Mac y revisó el correo. Al rato, lo apagó y se percató de que el avión comenzaba el descenso. Su corazón comenzó a latir desacompasado, por fin iba aterrizar en Nueva York, la tierra de su amor. Aterrizaron puntualmente y, cuando las señales lo indicaron, empezó a prepararse para bajar. Se abrigó con un suéter extra que traía preparado, se anudó un pañuelo amarillo con arabescos en el cuello, a juego con su cinturón, y se puso una chaqueta de cuero

también amarilla. Por último, sacó de su bolso sus gafas Ray Ban Clipper y se las colgó en la abertura de la chaqueta. Estaba lista para descender, pero entonces una de las azafatas se acercó a ella y le preguntó.

—¿Es usted la señorita Ana Paula Bianchi?

—Sí —contestó ella algo extrañada—. ¿Ocurre algo?

—No se preocupe, nos acaban de avisar que debe ser usted la primera en descender de la aeronave. La esperan en la puerta —le informó la chica.

Paula estaba realmente extrañada, era algo inusual, pero siguió a la auxiliar de vuelo. Cuando llegó a la salida, un hombre joven, de metro ochenta, ojos azules y cabello rubio le extendió la mano.

—¿Ana Paula Bianchi? Encantado, mi nombre es Alan Masslow, soy primo de Alex. —Con sólo escuchar su nombre, las piernas le temblaron—. Trabajo como funcionario de la empresa que opera en este aeropuerto —le explicó— y tengo indicaciones expresas de

agilizarle todos los trámites para entrar al país. Le pido que me acompañe, por favor.

Alex le había pedido a su primo que se encargara de todo para demostrarle que pensaba en ella y se preocupaba.

—No es necesario que se tome estas molestias, señor Masslow, puedo hacer los trámites pertinentes como cualquier otro pasajero —le dijo, pensando que se lo contaría a Alex.

—Oh, de todas formas, permítame ayudarla, señorita

Bianchi. Le aseguro que si mi primo se entera de que no lo he hecho, se disgustará y pensará que no he insistido lo suficiente. Además, para mí realmente no es ninguna molestia.

Ella sabía lo pertinaz que podía ser Alex.

—Muchísimas gracias y, por favor, llámeme Paula.

—De acuerdo, Paula, por aquí. Y llámeme Alan, por favor.

En menos de diez minutos, había terminado con todos los trámites, se acercaron a la cinta y su equipaje fue el

primero en llegar. Alan la acompañó a la puerta y, antes de despedirse, le dio una de sus tarjetas de presentación.

—No dude en llamarme tanto en su próximo viaje — le dijo— como cuando parta. Llámeme —volvió a repetir—, será la primera en subir al avión.

—No es necesario, de verdad, pero aprecio enormemente las molestias que se ha tomado, ha sido un placer.

Paula le extendió la mano y, con las maletas en el

carrito, salió. Como el aeropuerto aún estaba vacío, no le costó mucho divisar a Gabriel, que estaba sentado leyendo el periódico, ajeno a su llegada.

La noche anterior, Alex no había pegado ojo. Su cabeza se había convertido en un hervidero desde el momento en que Alison había llamado a Paula y ella le había contado que un amigo la esperaría en el aeropuerto. Temblaba pensando en quién sería y qué lugar ocuparía en su vida.

A pesar de que su padre le

había pedido que se mantuviera alejado, él no había resistido la tentación y había ido hasta el aeropuerto para verla llegar, aunque fuera desde lejos. Camuflado tras una columna, la vio salir y se le cayó la baba recorriéndola con la mirada. Esos vaqueros le quedaban como un guante. «¡Por Dios, qué buen culo tiene!», pensó y añoró tenerlo entre sus manos, se imaginó apretándolo con fuerza hasta que sus dedos se pusieran blancos.

Paula estaba muy atractiva, más aún de lo que la recordaba. Tenía tanto estilo que todos se giraban para mirarla y sintió celos de los ojos lujuriosos que recorrían su cuerpo en la terminal, pero más celos sintió al recordar que ella no se había vestido así para él, sino para su amigo que la iba a ir a recoger. Paula caminaba con decisión en dirección a los asientos y Alex observaba la escena. Ella se detuvo junto a un tipo que leía el diario y habló con él. «¡Mierda,

¿quién es ése?», maldijo Alex.

Gabriel la abrazó, aunque ella se notó esquivada, con una mano aferrada al bolso y con la otra, sosteniendo el de mano, para no devolverle el abrazo, y Alex lo notó. «¡Soltala ya! ¿No te das cuenta de que le incomoda que la abras?», se dijo para sí y tuvo ganas de acercarse, de ser él quien le diera la bienvenida, pero sabía que no era prudente hacerlo. Apretó el puño hasta que los nudillos se le pusieron blancos y contuvo

las ganas de salir a su encuentro.

Muy pronto, Paula y ese tipo se pusieron a caminar. El idiota sin nombre se hizo cargo del equipaje y a ratos se quedaba atrás para mirarle el trasero. Alex tuvo la impresión de que ella estaba más delgada.

Alexander se fijó en el coche en que guardaban el equipaje y, como el suyo no estaba lejos, los esperó y los siguió pacientemente. Por suerte, fueron a The Peninsula Hotel, en la Quinta Avenida, donde él

mismo había efectuado la reserva de una suite un poco excesiva, considerando que estaría sólo unos días, pero quería ofrecerle todas las comodidades.

—Paula, tu jefe consiente mucho a sus empleados, ¡mirá la suite que te reservaron! —exclamó Gabriel y emitió un silbido al ver el lujo de la habitación. —Sabía que era un buen hotel, pero no imaginé que te cuidarían así. ¡Te consideran alguien muy importante!

Paula sacó unos dólares

para darle al botones que había llevado su equipaje. No sabía qué decir, ella estaba más atónita aún. Desde que había bajado del avión, las cosas habían sido un poco irreales. La deferencia de Alan en los trámites de migración había sido a petición de Alex. Entonces pensó en la llamada de Alison. «¿La habrá hecho llamar él? ¿Y esta suite? ¡Es un gran derroche! ¿Por qué tanta cortesía? Quizá tenga sentimiento de culpa», pensó mientras movía la cabeza.

Estaba segura de que Alex tenía que ver algo con eso también y se sintió halagada, pero también abrigó mucha rabia. Gabriel le hablaba pero ella no lo escuchaba, sumida en sus pensamientos, atando cabos, hilando todo con minuciosidad.

—¡Hey, Pau! —La zarandeó ligeramente para devolverla a la realidad—. Veo que estás cansada, mejor será que te deje para que descanses y nos vemos esta noche. Te llamo más tarde.

—Dale, Gaby, disculpame,

estoy destrozada porque dormí muy poco en el avión. Siento mucho que te hayas tenido que levantar tan temprano por mí, pero te lo agradezco enormemente.

—Nada de sentirte afligida, me encantó que me llamasas para avisarme de que venías. Y más aún me gusta que estés en Nueva York.

Gabriel le dio un beso en la mejilla y le masajeó los hombros, luego desapareció tras la puerta de entrada.

Alex estaba fuera del hotel esperando que el tipo ese se

fuera y respiró aliviado al verlo partir, pero calculando lo que había tardado, dedujo que había subido a la habitación.

—¡Maldita suerte! — exclamó en voz alta mientras golpeaba el volante de su deportivo. No quería irse a Italia.

En cuanto se quedó sola, Paula se acercó a la ventana y observó Central Park. Comenzó a recorrer todas las estancias de la suite y se maravilló de las comodidades que Mindland había dispuesto para ella

durante su estancia en la ciudad. Aunque no lo sabía a ciencia cierta, estaba segura de que la mano de Alex tenía que ver algo en todo eso. Se le dibujó una sonrisa en la cara.

—¡Paula, no podés alegrarte de que un hombre casado, que te mintió desde el primer día, te cuide! Nunca podría darte suficiente, nunca sería completamente tuyo, debés olvidarlo —dijo en voz alta para convencerse.

Se quitó la chaqueta y los zapatos y miró la hora. Eran

poco más de las 7.15 horas y lo que más deseaba era darse un buen baño. Así que fue hasta el jacuzzi y abrió los grifos, se deshizo del suéter y del pañuelo y volvió a la habitación, donde se desvistió hasta quedar en ropa interior. Empezó a deshacer el equipaje y abrió los armarios, que olían a limón. Los dejaría abiertos para que se ventilasen. Volvió al baño, donde se despojó de su ropa interior y, al estirarse para coger unas botellitas que descansaban en el borde de

la bañera, recordó el día en que se desnudó con audacia frente a la estupefacta mirada de Alex, sonrió y sacudió la cabeza.

Ya dentro del jacuzzi y en contacto con el agua caliente, su cuerpo se relajó de inmediato. Descansó su cabeza en el borde para disfrutar aún más, pero las escenas de aquel día en el Faena siguieron enturbiando su mente. Evocó el torbellino de agua que se había formado alrededor de sus cuerpos mientras ella cabalgaba sobre el duro pene

de Alex e,
inconscientemente y
mientras recreaba la escena,
comenzó a tocarse y a darse
placer con los dedos. Con la
penetración y el orgasmo
aplastante que Alex le había
hecho sentir ese día en la
memoria, llegó al clímax
con sus propias manos, pero
se sintió atormentada y las
lágrimas empezaron a brotar
sin contención. Sentía una
angustia incontrolable al
saber que nunca más podría
estar entre sus brazos.

Decidida, tiró del tapón
para que el agua se fuera.

Necesitaba deshacerse de sus pensamientos, así que se levantó y se colocó una bata del hotel. Comenzó a colocar su ropa en el armario y llamó a su madre y a Maxi, para avisarles de que había llegado bien y ya estaba instalada.

Cualquier mortal, después de haber viajado durante más de doce horas, se habría metido en la cama para descansar, pero desde que había puesto un pie en Nueva York estaba exaltada y con el corazón desbocado. Así que pensó qué hacer y

decidió ir a recorrer los alrededores. Se vistió con unas mallas imitación cuero de color negro, una camiseta de manga larga y un jersey de cachemir; se calzó unas botas de caña alta con tacón, enroscó un chal en su cuello y cogió el bolso y las gafas. Se abrigó con una chaqueta de lana y cuero negro y salió del hotel.

Un fuerte viento le golpeó en la cara, pero no la detuvo porque estaba abrigada. Inspiró con fuerza para llenar sus pulmones de aire y miró el cielo neoyorquino y

a los alrededores mientras se ponía unos guantes de cuero. Heller, apostado a unos metros de la puerta, se escondía dentro de un automóvil con vidrios tintados. La reconoció de inmediato y, sin dilación, marcó el número de teléfono de su jefe.

—Señor, acaba de salir del hotel y camina por la Quinta Avenida en dirección al distrito financiero. Creo que está disfrutando de la ciudad, porque va con su móvil en la mano y recién se paró frente a la catedral de

St. Patrick para sacar una foto.

Alex sonreía en silencio al otro lado del teléfono y se preguntaba por qué no se había quedado a descansar en el hotel.

—No cortes, andá diciéndome el recorrido que hace y que no te vea, por favor —le pidió, aunque sabía que su chófer era muy precavido. Alex oía la respiración de Heller mientras caminaba tras Paula.

—Señor, se ha desviado hacia el Rockefeller Center.

—Silencio otra vez—. Ya llegó.

—¿Entró?

—No, está parada enfrente haciendo fotos. Ahora vuelve a la Quinta Avenida en dirección al hotel.

De fondo, Alex podía oír el murmullo de la calle.

—¿Entró en el hotel?

—No, siguió de largo, está mirando las tiendas de la avenida.

Alex no había podido controlarse y, mientras Heller le indicaba el trayecto que Paula recorría, se había subido a su deportivo y

había salido en su busca. Sabía que su padre lo iba a matar cuando se enterase, pero saber que se iba a Italia esa misma tarde lo desesperaba, y su deseo había sido más fuerte que la razón. Encontró un aparcamiento cercano, bajó despedido del coche y empezó a correr.

—¿Dónde está?

—Casi llegando a Gucci, señor.

—De acuerdo, cortá Heller, ya la veo.

Intentó serenarse. Ahí estaba, había cruzado la

calle. Alex sacó su teléfono y fingió estar hablando y, por poco, no se la lleva por delante. Heller, a pocos metros de ellos, veía lo que su jefe acababa de hacer y se reía pensando en la cantidad de estupideces que puede hacer uno cuando se enamora. Alex guardó su teléfono y fingió un encuentro fortuito, más falso que Judas. Se quedaron frente a frente por un instante, estudiándose, midiéndose. El mentón de Paula temblaba y a él le temblaba el alma. Hubiese

querido abrazarla, pero se conformó con un saludo.

—Hola —contestó ella tímidamente.

—¿Ya llegaste? —Fue lo más estúpido que se le ocurrió decir.

—Sabías muy bien el horario de mi llegada, puesto que enviaste a tu primo por mí —replicó ella tajante—. Por cierto, gracias.

Alex reprimió una sonrisa.

—De nada, ¿qué haces por acá?

—Supongo que lo que toda turista, recorrer la Quinta Avenida. —No

dejaban de mirarse a los ojos; los de él bailoteaban incesantemente y los de ella se iban a su boca sin querer.

—Claro, claro —dijo Alex, satisfecho porque le estaba siguiendo la conversación y no le había escupido en la cara.

—¿Y vos? —preguntó Paula.

—Vine a buscar unas camisas a Gucci. Esta tarde viajo a Italia.

—Ah, claro, es la marca que usás.

—¿Me acompañás? No tardaré, luego podríamos

tomar un café, ¿qué decís?
—Ella lo miró con seriedad
y él agregó—: Por favor,
Paula, es sólo un café.

«Me haría muy feliz»,
pensó ella, pero se resistía.

—No creo que sea
correcto —le respondió.

Él quiso cogerla de la
mano, pero ella la levantó y
se aferró a su cartera.

—Por favor, Paula —se
pasó la mano por el pelo—,
por favor —y esta vez fue
casi una súplica.

Ella no contestó, pero
deseaba casi tanto como él
ese encuentro. Entonces

simplemente giró y entró en la tienda, Alexander suspiró con fuerza, cerró los ojos sin poder creerlo y la siguió.

—Señor Masslow —lo saludó el vendedor que siempre lo atendía y se mostró extrañado, pues ya había estado allí sólo un par de días atrás.

Alex deseó que Ettore no hiciera ningún comentario y le hizo un gesto de silencio con su dedo índice por detrás de Paula.

—¿En qué puedo ayudarlo? ¿Algo para usted o para la señorita, tal vez?

—Vengo por unas camisas, Ettore.

—En ese caso, señor, sígame, por favor. ¿Algo en especial o quiere ver el nuevo género?

—Enséñemelo.

El vendedor entendió de inmediato a Alex y no hizo ningún comentario. Le mostró algunas camisas y Paula se interesó por una azul de rayas casi imperceptibles. Alexander la observaba. Eligió algunas para probarse y Ettore se extrañó, porque él nunca entraba al vestidor,

simplemente se las llevaba y, si no le iban, las devolvía.

—Veré cómo me quedan éstas y también la que tiene Paula.

—Muy buena elección, señorita, es la última que ha entrado y me atrevo a decir que combinará con el color de ojos del señor.

—Sí, claro, yo he pensado lo mismo —intervino ella con timidez. La situación era muy extraña.

Ettore los guió hasta la zona de probadores y, aunque ella insistió en esperarlo en la zona de

ventas, Alex también se obstinó en que le diera su opinión. Paula, bastante accesible ese día, se sentó cómodamente a esperar.

Alexander desfiló con las camisas puestas para Paula. Ésta, al principio, daba su opinión con modestia, pero luego tomó confianza y, en una ocasión, hasta le tocó la espalda para decirle que la prenda le quedaba demasiado ajustada y le hacía arrugas. Para dilatar el momento, Alex se probó ocho camisas y se decidió, al final, por la que ella había

elegido y tres más que había seleccionado él. Ettore le trajo una jarra con café y dos tacitas, pero Alex temió que si Paula se tomaba el café en el establecimiento, desistiría luego de su invitación y lo rechazó.

Volvieron donde estaba el vendedor y éste salió a su encuentro.

—¿La señorita no quiere pasar al sector de damas, para ver algo para ella?

Alex la tentó con una mirada y una sonrisa y ella se sintió sucumbir ante su expresión. Lo adoraba y sólo

esperaba que él no lo advirtiera.

—No, gracias.

Pero él quería tirar de la cuerda hasta donde pudiese y, si de alargar el momento se trataba, iba a intentarlo todo.

—Veamos, seguro hay cosas que te quedan bien.

—No.

—Vamos, Paula, no compres nada, pero miremos aunque sea. ¿Acaso no estabas haciendo eso cuando nos encontramos?

—No, Alexander, prefiero irme —dijo y fue tajante.

—Está bien, permíteme pagar antes.

No quería arruinar el momento, estaba feliz por cómo estaba saliendo y no insistió más. No podía quitarle los ojos de encima, ¡estaba tan sexy con esas mallas...! La traspasaba con la mirada y hubiese querido arrastrarla al sector de damas y comprárselo todo. En vez de eso, le entregó su tarjeta con resignación a Ettore, que no tardó demasiado en volver con la Morgan Palladium y las compras. Alex firmó los

recibos y entregó una sustanciosa propina al empleado, que se mostró muy agradecido.

—Ese vendedor te conocía muy bien.

—Siempre me atiende él —le explicó mientras salían del local.

—Es amable y muy discreto.

—Sí, Ettore me cae muy bien.

Alex la guió hasta su coche, y le abrió la puerta. Después guardó los paquetes en el maletero y subió.

Se colocó el cinturón y las

gafas de sol y condujo rumbo a Ferrara, una cafetería que quedaba a escasas manzanas de su casa. Si todo salía como esperaba, terminarían en su apartamento.

Alex no daba crédito a que ella estuviera sentada a su lado e intentaba aspirar su perfume con discreción; Paula se había puesto J'adore y él tuvo la impresión de que nada había cambiado. Se sintió confiado en que lograría reconquistarla y deseó apoyar su mano en la pierna

de ella, pero sabía que aún no podía.

Ella estaba muy callada y pensó que no era bueno dejarla pensar.

—Podríamos ir a un Starbucks —dijo él para romper el silencio—, pero quiero llevarte a que pruebes el mejor *cheesecake* de Nueva York —le explicó con una enorme sonrisa, esa que a ella tanto le gusta y la miró por encima de las gafas. Paula respondió con una, un poco tímida y no terció palabra—. ¿O preferís un Starbucks? —Alex creyó

conveniente dejarla elegir, para que no se sintiera presionada.

—No, está bien, vayamos donde vos decís.

Llegaron a Ferrara, que estaba hasta los topes. Como de costumbre, mientras subían la escalera, Alex le apoyó ligeramente la palma de su mano en la cintura y la guió. «¡Dios, cuánto extrañaba ese contacto con ella!», pensó. Paula, por su parte, tuvo la misma sensación que cuando habían entrado en Tequila la primera vez; el contacto con

él era exquisito. No había muchos lugares para elegir, así que optaron por el más alejado del hueco de la escalera, se quitaron los abrigos, los colgaron en el respaldo de los asientos y Alex se quedó de pie hasta que ella se sentó, para acercarle la silla.

—Gracias.

Se acomodó frente a ella y desplegó la carta, acercándose por encima de la mesa lo más que pudo. Con el dedo, le indicó la línea donde decía «New York Cheesecake “The

Original”».

—¿Lo pedimos?

—Veamos cuán rica está

—contestó ella.

—¡Ah! Te aseguro que es la mejor, aunque no hay helado de arándanos. Podríamos pedirlo de fresa.

—Con el pastel es suficiente.

—De acuerdo. ¿Comiste *cannoli* alguna vez?

—No.

—Apuesto a que te gustarán, los pediré para que puedas probarlos. ¿Qué querés tomar? Si me permitís te recomiendo el

capuchino, lo sirven con doble espuma; de todas formas, el café con leche es muy bueno también.

—Un capuchino entonces —se rindió ella mientras luchaba con sus pensamientos.

—De acuerdo, yo pediré un expreso doble.

La camarera se fue con el pedido.

—¿No vas a la oficina hoy?

—No, me tomé el día libre. A las 16.35 horas sale mi vuelo a Milán.

—Supongo que vas a

supervisar el local de Vittorio Emanuele II.

—Sí, se inaugura este fin de semana. —«Mi amor, podríamos ir juntos si quisieras», se ilusionó él. Era obvio que ella estuviera al tanto de la apertura en Europa.

—¡Mindland en el Salón de la Moda! Entrar en el mercado europeo es realmente un gran logro... Supongo que debés de estar muy feliz.

—Sí, aunque no tanto como querría —le confesó con sinceridad. No lo estaba

disfrutando porque todos sus pensamientos, durante la mayor parte del día, estaban destinados a ella y no a sus triunfos laborales.

—¿Por qué? Tendrías que estar muy feliz. —Y sus palabras sonaron casi como una llamada de atención.

—Bueno, si me lo ordenás con esa vehemencia, de acuerdo, te diré que estoy feliz —aceptó con una sonrisa y en tono de broma, aunque reflexionó: «Podría estarlo mucho más si lo compartiera con vos. No tenerte a mi lado hace que

me sienta desgraciado en todo». No obstante se calló.

—Gracias por la suite en el hotel, es bellísima y muy espaciosa. En realidad, pienso que es una exageración, sé que tuviste algo que ver con eso —lo sorprendió ella—. No era necesario, de verdad.

Él le sonrió con timidez y se justificó:

—Sólo quiero que estés cómoda durante tu estancia en Nueva York. Siempre deseo lo mejor para vos.

—Hoy fui bastante grosera cuando lo mencioné, pero

dejame agradecerle como corresponde que enviaras a tu primo, esta mañana, a que me agilizara la entrada al país.

—Era lo menos que podía hacer, no me costaba nada.

—¿Te sentís culpable? — preguntó Paula a bocajarro —. ¿Y por eso me brindás tantas atenciones?

Alex clavó su mirada azul en los ojos de ella y pensó: «¿Por qué no podés darte cuenta de cuánto te amo?».

—¿Es eso lo que creés?

—Vos sabrás, es tu conciencia, no la mía. —Ella

no bajó su mirada y él tampoco. Respiró hondo y le contestó:

—No, Paula, no me siento culpable por nada. No tengo por qué sentirme culpable, sólo me preocupo por vos, por tu comodidad y por tu bienestar.

Se expresó en un tono calmo y sincero, aunque sentía la urgencia de huir de esa conversación que no estaba resultando como él pretendía. Paula empezó a sentirse invadida por la ira y, por más que deseaba echarse en sus brazos y que la

contuviera, sus palabras le resultaban vacías. «Lo tengo frente a mí —se dijo—, es tan hermoso, es irresistible. ¡Cómo quisiera tocar su mentón a contrapelo, besar sus ojos y sostenerle la frente! Pero ¿cómo puede ser que desee tanto a este hombre que sólo se ha burlado de mí?» Paula no podía apartar a sus demonios de su mente.

Llegó el pedido y Alex se mostró expectante en el momento en que ella probó el *cheesecake*. Esperó a que tragara y le preguntó:

—¿Y? ¿Te gusta?

—*Mmm, delicious*—
exclamó extasiada con el
sabor de la tarta.

—Sabía que lo valorarías.

Él disfrutaba con su
placer, aunque su gesto no
era comparable al que tenía
durante un orgasmo. ¡Dios,
cómo deseaba verla otra vez
así, extasiada en sus brazos
y sentirse culpable de su
placer! ¡Cómo deseaba
hacerla vibrar pegada a su
cuerpo, unida a él, y que le
dijera palabras sucias al oído
para llevarlo hasta el clímax!

Quiso tocarle la mano pero

ella la retiró. Él la miró fijamente a los ojos porque necesitaba ese contacto con su piel, pero ella se lo negaba.

—Necesitamos hablar, Paula, y discutir lo que desencadenó que hoy estemos de esta forma, tan distantes.

—No quiero hablar de eso, creo que te confundiste cuando acepté tomar un café. Sólo lo hice porque sé que, tarde o temprano, vos y yo vamos a tener que trabajar juntos y quiero demostrarte que puedo ser tu

amiga y que puedo ser cordial para conciliar un marco de trabajo ideal.

—No quiero ser tu amigo, Paula, no hubo un día en que no pensara en vos, no te imaginás cómo me he sentido. «Yo también pensé todo el tiempo en vos, mi amor, pero lo nuestro sencillamente no puede ser, jamás aceptaré ser la otra», reflexionó Paula dolorida, pero se recompuso y dijo:

—Lo siento, vos y yo sólo podemos ser amigos. —Sus palabras lo hirieron enormemente, fue un puñal

en el pecho para Alex.
Estaba abatido.

—Yo quiero ser más que
tu amigo —terció él.

—¿Mi amante?

—Entre otras cosas, quiero
ser tu pareja, tu novio, tu
prometido, tu todo.

—¡No me hagas reír! —se
carcajeó—, no podés ser
todo eso que decís.

Alex respiró hondo
intentando tranquilizarse,
quiso volver a cogerla de la
mano, pero ella volvió a
retirarla.

—¿Por qué me tratás así?
¿Por qué no confiás en mí?

¿Por qué para vos tiene más valor la palabra de alguien desconocido que la mía? ¿No te das cuenta de que esa persona lo único que buscó, desde que comenzó a llamarte, era esto? Quería separarnos, ¿por qué no me creés?

—¿Qué me vas a decir Alexander? ¿Que Janice nunca ha existido? ¿Qué historia vas a inventarte?

Alex insistió en tomarle la mano, no le salían las palabras, era una sensación muy extraña.

—¡No me toques! —le

gritó ella y el tono que utilizó hizo que él estallara.

—¡Que no te toque...!
Claro, la señorita no quiere que la toquen. ¿Por qué no querés que te toque? Ya lo sé, porque ya tenés a alguien que lo haga, ¿no? El moscardón ese, el que te fue a buscar al aeropuerto, lo hace y no decís nada. A él lo dejaste que te abrazara y te besuqueara hasta que se hartó.

—¿Me mandaste espiar?
—preguntó ofuscada.

—No —contestó él y la miró ceñudo—, yo estaba

ahí, yo te fui a buscar.

Paula estaba atónita. Jamás hubiese imaginado que Alex estuviera allí cuando bajó del avión. Él siguió:

—¿Cómo pudiste pensar que no iba a hacerlo? Por más que a Alison le dijeras que te irían a buscar, supuse que sólo rechazabas la oferta y fui igual... y te vi con ese idiota.

—Bajá la voz, Alex, todos nos miran. Gabriel es sólo un amigo —le explicó aunque no tenía por qué hacerlo.

—¡Cuántos amigos tenés!

Ahora te surgen amigos de la nada y por todas partes — repuso él con sorna—. Ése no te mira como si fuera tu amigo, lo aprendí de Maxi, que sí lo hace. Pero ese idiota no. Cuando caminabas no dejaba de mirarte el culo, el muy bastardo.

—No me molestes con estupideces, Alex, ni te pongas celoso. No me interesan tus celos, aunque creo que, en realidad, es todo una pantomima, porque sé que fingís muy bien. Mi trato con vos es sólo laboral, exclusivamente eso.

Él estaba muy dolido y no era capaz de expresar su amor. Había vuelto a estallar de rabia, los celos de esa mañana lo habían consumido.

—¡Ah! ¿Te molesto? Bueno, al menos todavía te provoco algún sentimiento. ¿Sabés qué, Paula? Termine el *cheesecake* y el capuchino que te llevo al hotel, tengo cosas que preparar para mi viaje y estoy acá perdiendo el tiempo con vos.

—Yo no te pedí que perdieras el tiempo

conmigo, vos insististe. ¿Sabés qué, Alex? No te preocupes, andate a la mierda. Vuelvo en metro o en taxi o en lo que sea.

—Como gustes, señorita mal hablada.

Alex sacó su cartera, dejó cien dólares porque no tenía cambio. Sacó a tirones la chaqueta de su silla y se fue dejándola sola. Paula estaba roja de vergüenza, sentía que todas las miradas se cernían sobre ella. Cogió su abrigo y, mientras se lo ponía, comenzó a bajar la escalera; como mínimo, pensó, no

estaba llorando. «¿Y ahora cómo me voy? No sé dónde carajo estoy. Bueno, sé la dirección del hotel, regresaré en un taxi.»

Cuando salió a la calle, Alex la esperaba cruzado de brazos, apoyado contra el Alfa-Competizione. Estaba para comérselo, incluso enfurruñado no perdía su encanto. Fingió no verlo y siguió caminando, pero él dio dos zancadas y la agarró del brazo.

—¿Adónde creés que vas? Vamos al coche, te llevo al hotel.

—¿Perdón? ¿Con qué derecho me hablás así? Afuera de Mindland no soy tu empleada para que te pongas autoritario. Además, no quiero quitarte más tiempo, soy demasiado poca cosa para hacerlo, señor Masslow remarcó sus palabras.

—No seamos infantiles.

Ella se soltó de su mano y siguió caminando. Él no atinaba con las palabras y sólo conseguía enfadarla más. Se dio prisa y se apostó frente a Paula, la agarró de los hombros con la

esperanza de que Dios lo iluminara y ella comprendiera, quería que lo viera en sus ojos.

—No seas terca, vamos, dejemos de hacernos tanto daño.

—No, Alex, no, dejame.
—Él no pudo contenerse. Estaban tan cerca que la tomó a la fuerza y la besó. Ella respondió al beso, porque también lo deseaba. Sus lenguas chocaban desenfrenadas, se golpeaban con fuerza. Entregados, se hurgaron la boca presos del deseo que cada uno había

contenido en los últimos dos meses y medio, pero, entonces, ella reaccionó y se apartó. Él quiso besarla otra vez y ella se tiró hacia atrás, levantó la mano y le estampó una bofetada en la cara.

Alex estaba furioso, le dedicó una última mirada furibunda y se volvió a su coche. Paula siguió caminando en dirección contraria sin detenerse, le temblaban las piernas y estaba arrepentida de su arrebató, pero, aun así, no se detuvo ni intentó frenarlo a

él. Alex subió al vehículo y arrancó haciendo rechinar los neumáticos y Paula se quedó mirando cómo se alejaba. Tocó su boca y comenzó a llorar; se paró en medio de la acera y se arqueó mientras berreaba desencajada. Ya un poco más calmada, buscó un pañuelo en su bolso para secarse las lágrimas, pero no podía parar de moquear.

Alex no lograba entender que se hubiera arruinado todo, lo de ellos no tenía solución, pensó. Empezó a chillar como cuando era un

crío y sus hermanos mayores se burlaban de él. Lloraba y se secaba las lágrimas con el puño de la chaqueta y sorbía la nariz. Llegó a su casa, fue a su dormitorio y se dejó caer en la cama abatido, sin fuerzas.

Capítulo 19

ALEX partió en un vuelo de Alitalia, que salió puntual, directo al aeropuerto Malpensa de Milán. El viaje se le hizo interminable. En su mente, pasaba y repasaba los acontecimientos vividos con Paula durante la mañana y se le hacía difícil creer que el encuentro hubiera ido tan mal.

Consideró que todo estaba perdido, no había forma de

que ella lo escuchase, lo miraba con tanto odio...

Los interrogantes lo invadían y se preguntaba, una y otra vez, por qué no podía gritarle la verdad a la cara, como le había sugerido su padre. ¿Por qué seguía culpándose por seguir vivo, mientras Janice estaba muerta? ¿Por qué no se sentía digno de ser feliz, a pesar de desearlo con toda su alma? Estaba enamorado de Paula, ella era el amor de su vida, ya no podía ni quería ocultarlo, estaba convencido de ello. Ninguna

mujer lo había hecho sentir así, tan pleno, tan hombre y, aunque le dolía, debía reconocer que tampoco se había sentido así con Janice. ¿Por qué, entonces, no ponía fin a ese sufrimiento? ¿Por qué no le decía a Paula que ésta era su esposa y que estaba muerta?

Pero, cuando pensaba en ello, volvía a enojarse. Le fastidiaba mucho que ella no confiara en él y que creyera más en una desconocida que en su propia palabra. Lo consideraba injusto, a sabiendas de que él jamás

había sido tan sincero e íntegro con una mujer. ¿Acaso ella no se había parado a pensar en todas las cosas que él le había contado de su vida? ¿Por qué era tan ciega? Ese amor le estaba haciendo mucho daño. Una vez alguien le había dicho que el amor sólo duele cuando es verdadero, pero a él éste lo estaba matando. Necesitaba alejar sus fantasmas, pero Paula también y parecía que ninguno estaba dispuesto a hacerlo. «Le robé un beso por obligación y me siguió

la corriente, pero luego se arrepintió. Sí, eso fue lo que pasó», se decía Alex para convencerse de que no todo estaba perdido.

Paula no se sentía bien, estaba terriblemente deprimida. Cerca del mediodía recibió la llamada de Mandy, la secretaria de Joseph Masslow, para corroborar que había llegado bien y que estaba instalada sin inconvenientes; además, le confirmó que el lunes el director general la esperaba a las diez de la mañana en su

despacho. Gabriel la llamó por la tarde y no tuvo coraje para negarse a salir con él por la noche. Se había tomado la molestia de ir a esperarla al aeropuerto y le había dicho que había hecho una reserva en un restaurante, así que dejarse agasajar era lo menos que podía hacer.

Se arregló sin ganas y, a las nueve de la noche, su amigo estaba ahí para recogerla.

Era un hombre muy interesante, culto, talentoso y de buen porte, pero ella no

tenía ojos para nadie más que para Alex. Sus sentimientos iban más allá de la razón misma; quizá fuera ése su destino, amar a un imposible.

Primero fueron a cenar y luego a un club nocturno; la noche se le hacía interminable y Paula, aun pudiendo parecer grosera, en determinado momento comenzó a bostezar, para que él se diera cuenta y la llevase al hotel.

—¿Te aburro? —le preguntó Gabriel acongojado.

—No, sólo que aún no me recuperé del viaje, pero lo estoy pasando genial. Este lugar es maravilloso y vos sos una excelente compañía, un gran amigo.

Él sonrió con pesar.

—¡Qué pena sólo ser un gran amigo y no todo lo que, en verdad, me gustaría ser para vos! Me ilusioné mucho cuando me llamaste para avisarme de que venías. Y lamento que te quedes tan poco tiempo, quizá si nos viéramos más seguido podrías apreciar mis sentimientos. Pero esta

semana, además, estaré muy liado con el trabajo.

—Gaby, de verdad, no te preocupes —ella le cogió la mano—. Entiendo que te avisé en el último momento. Por otro lado, yo también estaré con mucho trabajo. Acordate que no vine de paseo, voy a tener reuniones interminables a lo largo de la semana, estoy segura de que me pasaré el día elaborando informes, tapada de cálculos —le mintió Paula, que no sabía, en realidad, cómo sería su semana. Sin embargo, tenía claro que no

quería alentarle a que siguiera esperando que saliese con él. Se sintió desconsiderada, pero no pudo evitarlo—. Sólo quería verte, no era lógico venir a Nueva York y no quedar con vos. Aún recuerdo lo bien que lo pasamos en Mendoza y, apenas supe que viajaría, pensé en vos. Me siento muy halagada de saber que tenés tan buenos sentimientos por mí, no sabés cuánto quisiera poder corresponderlos. Ya te dije que me parecés muy atractivo y que me siento muy cómoda a tu lado

pero...

Él tomó sus manos y se las llevó hasta sus labios, interrumpiendo la frase de Paula.

—Pensé mucho en vos, Paula, desde que vine de San Rafael. Estuve a punto de llamarte varias veces, pero sé que la distancia es un gran impedimento, soy consciente de eso. No obstante, siempre podríamos buscar la forma, no me importaría tener que viajar para verte.

—Gaby, no quiero mentirte, yo también pensé

en vos, pero sólo como en un buen amigo. Aún no me repuse de mis heridas, mi corazón está muy dolido y cerrado por completo a otra relación.

Él se quedó mirándola y pensando, para sus adentros, que estaba haciendo el papel de tonto. No tenía posibilidades con Paula, pero ella le gustaba mucho, demasiado. Se acercó y le dio un beso en la comisura de los labios, luego intentó mover su cara y darle uno de lleno en la boca, pero ella levantó la mano y la apoyó

en los labios de él.

—No, Gabriel, por favor, no lo hagas —le dijo con firmeza. Y es que después del beso de Alex, no quería que nadie más poseyese su boca, deseaba mantener la huella que él había impreso.

—Creo que, por ahora, tendré que conformarme con tu amistad, igual te esperaré.

Ella no le contestó. Terminaron de beber el champán, se pusieron los abrigos y él la llevó al hotel.

Se despidieron en la entrada. Gaby quiso besarla nuevamente, pero no se lo

permitió. Éste sonrió y negó con la cabeza.

—Es usted un hueso duro de roer, señorita Bianchi, creo que por eso me tenés tan loco. —Ella le devolvió la sonrisa—. Te llamo durante la semana, a ver si puedo aliviarme un poco en el trabajo y quizá podamos salir a cenar nuevamente.

—Me parece bien, Gabriel, será un placer.

Paula subió la escalinata de la entrada y el botones le abrió la puerta para que ella desapareciera en el interior del hotel.

A las 6.50 hora local, Alex llegó a Milán agotado. Había volado poco más de ocho horas y el jet lag le había afectado mucho. Se sentía despojado de todas sus fuerzas, le dolía la cabeza y estaba muy desgastado. Tras pasar por todos los trámites migratorios, alquiló un coche en Elephant Car Hire y partió hacia el hotel Armani, donde tenía hecha una reserva. Había viajado solo, Heller se había quedado en Nueva York para dedicarse a seguir a

Paula, aunque después de lo ocurrido en ese frustrado encuentro, Alex había dudado en seguir adelante con la guardia. Al final, y aunque lo creyó estúpido y descabellado, no pudo resistirse a la angustia de saber si se encontraba con el moscardón del aeropuerto. Recorrió por carretera los cincuenta y tres kilómetros que lo separaban del hotel, sito en la Via Manzoni, el cuadrilátero de la moda, y se presentó en recepción, donde un hombre con un impecable traje Armani lo

atendió muy cordialmente. Dio su nombre y, una vez comprobada la reserva, le entregaron las llaves y lo invitaron a subir a la Suite Milano. Pidió que una criada le sacase la ropa de las maletas y la colocara en el vestidor, le dio una propina a la mujer y él fue a asearse. Tomó un baño para relajarse y, cuando salió, la empleada ya se había ido, así que se metió en la cama para dormir; estaba exhausto, su mente y su cuerpo pedían descanso.

Durante el sábado, Paula no salió en todo el día del hotel. Solicitó servicio de habitación para todas las comidas y, por la tarde, se animó un poco y se dijo que tenía que abandonar su actitud destructiva; por su salud mental, debía seguir adelante con su vida. El domingo se levantó temprano y de mejor humor, y decidió salir a visitar algunos de los puntos emblemáticos de Nueva York. Se abrigó muy bien, pues ese día hacía mucho frío, y salió del hotel. Fue

hasta el Planet Hollywood de Times Square y recogió allí un New York Pass, una tarjeta que le permitiría entrar a diferentes espacios de la ciudad y hacer un recorrido lúdico. Mapa en mano, caminó hacia Taco Bell, donde se comió un burrito y se tomó un refresco; lo disfrutó tanto como si se hubiese sentado en un lujoso restaurante. Le pidió a una de las camareras que le sacara una foto mientras comía y se la envió por whatsapp a Maximiliano, a Mauricio y a

su madre. Tras saciar su apetito, y como estaba muy cerca, fue hasta el Empire State. En el vestíbulo del edificio se informó acerca de las condiciones climáticas y la visibilidad que había ese día y esperó pacientemente su turno en la fila para subir hasta el piso 102 de la torre. Cuando llegó, sacó infinidad de fotos y admiró enormemente el paisaje, pero los huesos se le estaban helando y decidió bajar hasta la planta 80, a la tienda de regalos, donde compró varios recuerdos. Intentó

relajarse y no atormentarse con Alex durante toda la mañana.

Cuando salió del Empire State, cogió el metro y recorrió las pintorescas calles del SoHo, pasó por el edificio Singer, una maravillosa construcción de acero y terracota, e hizo fotografías a los antiguos almacenes convertidos hoy en viviendas. El barrio era muy tranquilo, las calzadas, silenciosas, y las famosas escaleras de hierro colado brillaban en las fachadas; todo estaba muy limpio y

cuidado. La calle más representativa era Greene Street y, aunque ella no lo supiera, era donde vivía Alex. Las tiendas del lugar, menos lujosas que las que había dejado atrás, eran muy bonitas y los precios, mucho más accesibles. Ávida por ver más, se metió en una galería donde admiró el arte contemporáneo del lugar.

Al salir notó que la temperatura había bajado considerablemente, el sol había comenzado a esconderse y el viento soplabá con fuerza. Miró al

cielo y reparó en que multitud de nubarrones oscuros lo poblaban, por lo que decidió concluir su paseo, cogió el metro y volvió al hotel.

Hacía un rato que había regresado, la inauguración de la tienda de Mindland había sido un éxito, mucho más de lo esperado y Alex estaba muy satisfecho. Aunque había intentado dormir, no lo conseguía, inadaptado por completo al cambio horario, así que miró el reloj, calculó la hora que

sería en Nueva York y decidió llamar a Heller.

—Señor, me lo imaginaba durmiendo a esta hora.

—Buenas tardes para ti, Heller, ¿qué novedades tienes?

—¿Le cuento lo que hizo desde el viernes o sólo quiere saber lo que ha hecho hoy?

—No, Heller, quiero saberlo todo. —El chófer hizo una mueca de fastidio, hubiese querido poder evitar lo de ese día... Intentó usar un tono neutro.

—El viernes por la noche

la fue a buscar el hombre que la recogió en el aeropuerto, salieron a cenar a un restaurante mexicano en Lincoln Center. De ahí, fueron a un club nocturno, Kiss and Fly se llama el lugar.

Alex había enrojecido por la rabia. ¡Paula salía con ese imbécil y con él no quería saber nada!

—Me interesa saber cómo fue la situación entre ellos, no tanto los lugares, Heller. ¿Qué te pasa? Despertate, soy yo el que tendría que estar adormilado por la hora

que es acá.

—Sí, señor, claro. La cena fue muy normal, de amigos, diría yo. Él se mostró muy atento, hacía bromas pero la señorita Paula siempre fue muy correcta y mantuvo la distancia. Después, en el club, ella parecía estar aburrida y se lo hizo notar, pues comenzó a bostezar —«esa es mi chica», pensó Alex y su corazón volvió al alma—, pero entonces él intentó besarla.

—¿Y se dejó? —Alex rogaba que le dijese que no.

—No, señor, ella le quitó

la cara y le dijo algo. Luego se fueron y, en la puerta del hotel, el hombre la abordó otra vez, pero tampoco lo consiguió. Luego se despidieron.

Aunque Alex no estaba feliz porque Paula hubiera asentido a salir con el idiota, por lo menos sabía que no quería nada con él.

—¿Ya averiguaste quién es el imbécil ese?

—Es un corredor de bolsa, trabaja para Finally Management Inc. Y, por lo que pude averiguar, es muy bueno. En la actualidad, es

el agente con más cuentas en la empresa para la que trabaja y su nombre es Gabriel Iturbe.

Alex pensó que el nombre era latino y que quizá fuera argentino como ella. Decidió que le pediría a Heller que investigara más, quería saber de dónde se conocían.

—De acuerdo, ¿pasó algo más el viernes?

—No, ella entró en el hotel y él se fue.

—¿Volvieron a verse?

—No. —Alex respiró aliviado—. El sábado no salió en todo el día y hoy lo

hizo por la mañana, retiró un New York Pass y anduvo haciendo la turista por la ciudad. Sacó fotos, caminó mucho y recorrió las calles de su barrio, señor, incluso pasó por la puerta de su casa y tomó fotos de todas las fachadas de esa cuadra, creo que estaba interesada en la arquitectura.

Alex esbozó una sonrisa estúpida cuando se enteró de dónde había terminado Paula. «Maldito destino — pensó—, nos sigue cruzando, la colocó en la puerta de mi casa sin que

ella lo supiera.»

—Luego entró en una galería de arte, cogió el metro y regresó al hotel. Eso es todo.

—Perfecto, Heller, buen trabajo. Fijate qué más podés averiguar del idiota ese, me interesa saber de dónde se conocen. Buenas noches.

—Seguro, señor, mañana la recogeré para llevarla a la oficina, su padre la espera a las diez de la mañana.

—De acuerdo, muchas gracias.

—De nada, que tenga

buenas noches.

Si antes no había podido conciliar el sueño, después de toda esta información que había recibido, mucho menos. Su móvil vibró con un whatsapp de Rachel.

—Sólo me faltaba esto — exclamó y no le contestó.

El lunes por la mañana, Paula se levantó temprano. A las nueve y media pasarían por el hotel para llevarla a Mindland. Con puntualidad, le avisaron de conserjería que la esperaban en recepción y, cuando bajó, no tardó en reconocer a

Heller.

—Buenos días, Heller, no esperaba que fuera usted quien me recogiera, lo imaginaba en Italia con su jefe.

—Buenos días, señorita Bianchi, es un placer verla nuevamente. El señor Joseph Masslow quiso que fuera yo quien viniera a buscarla.

—Muchas gracias, vamos o llegaremos tarde.

Cuando llegaron a las oficinas centrales de Mindland, Heller se bajó y le abrió la puerta.

—Gracias, Heller.

—De nada, señorita. Cuando desee regresar, avísele a la señorita Mandy o a la señorita Alison, y ellas me llamarán.

—Perfecto, hasta luego.

Paula entró en el imponente vestíbulo de mármol del edificio, miró a su alrededor y luego se anunció en la recepción. Estaba nerviosa e insegura, ya que no sabía a ciencia cierta a qué iba allí. Tras comprobar la cita, el hombre de la recepción le sacó una foto, le pidió una identificación y le entregó

una tarjeta de visitante, con la que le indicó que podría acceder. Pasó por unos molinetes electrónicos que leyeron la tarjeta que le habían entregado y se dirigió a la zona de los ascensores. Cuando llegó a la planta 29, salió y se encontró con una entrada vidriada, donde de nuevo tuvo que utilizar su tarjeta. El vestíbulo era igual de suntuoso que el principal, con columnas en acero, parquet y mármol y un enorme letrero de acero con la inscripción «Mindland». La recepcionista le indicó

que esperara en la sala, que en seguida la recibirían. Pasó al recinto y se encontró con una zona de sillones color crema y una mesa baja de cristal, con dos oficinas vidriadas; en una de ellas pudo divisar a Alison, quien estaba en plena comunicación telefónica. Ella también la vio y le hizo un ademán para avisarla de que en un minuto estaba con ella.

—Acaba de entrar a la recepción, ya está aquí y su aspecto es deslumbrante —decía Alison.

—De acuerdo, gracias. No olvides mandarme por fax lo que te pedí. —Alex intentó no reparar demasiado en el último comentario que había hecho su cuñada, aunque en el fondo deseaba con todas sus fuerzas estar ahí para admirarla.

—Corto con vos, la saludo y te lo envío.

Alexander había llamado para pedir unos documentos que necesitaba y no pudo resistir la tentación de preguntar por Paula. Pegada a la oficina de Alison había otra idéntica, de donde salió

una mujer de cuarenta y tantos años, regordeta y con los labios pintados de rojo profundo que se acercó a recibirla.

—Bienvenida a la Central de Mindland, señorita Bianchi. Mi nombre es Mandy Stuart y soy la asistente personal del señor Joseph Masslow. Permítame su abrigo, por favor.

—Encantada.

—El gusto es mío, señorita.

Paula le extendió la mano, se despojó de su chaquetón de cuero, con cuello y puños

de piel ecológica, se la entregó a la encantadora mujer y se alisó el vestido de cuello vuelto y falda cruzada que remataba con un cinturón que definía su estrechísima cintura. En los pies llevaba unas botas de caña alta, de ante marrón con hebillas y con tacones altísimos. Estaba impecable y maravillosa.

—Póngase cómoda, por favor, el señor Masslow en seguida la recibe. ¿Desea tomar algo? Pídame lo que prefiera.

—Sólo un vaso de agua

por el momento, gracias.

Alison colgó el teléfono y salió a saludarla con un afectuoso beso y un cálido abrazo, luego elogió su elegante aspecto. Paula se lo agradeció y se atrevió a preguntar:

—¿Cómo van los preparativos de tu boda? Falta poco, ¿verdad?

—Estoy enloqueciendo. Ésta es la última semana que trabajo, después me tomaré quince días para ultimar todo antes de la fecha.

—Imagino que las últimas jornadas deben de ser las

peores.

—Imaginás bien, por suerte una se casa sólo una vez. Bueno, no siempre, pero en mi caso espero que así sea.

Ambas rieron y Mandy volvió a acercarse con el vaso de agua.

—Ésa es la oficina del señor Masslow —le señaló a su derecha—, cuando vea que la persona que está adentro sale, entre directamente porque el señor ya está avisado.

—De acuerdo, muchas gracias.

Paula bebió y dejó apoyado el vaso sobre la mesa baja. Cuando se disponía a seguir hablando con Alison, vio que del despacho salía una mujer alta de cabello rubio con expresión soberbia.

—Joseph ya se desocupó, andá que debe de estar esperándote —la alentó Alison mientras le frotaba el brazo—. Tranquila, es muy agradable, vas a ver que te caerá muy bien.

—Gracias, Alison, luego nos vemos.

Paula enderezó sus

hombros para conseguir una postura adecuada y segura, y se encaminó a paso firme hacia el despacho, respiró hondo y entró. El tamaño del lugar y su suntuosidad la apabullaron. Joseph salió a su encuentro y la saludó con un apretón de manos y un beso en cada mejilla.

—¡Bienvenida a la Central de Mindland y a Estados Unidos, Paula! Es un gran placer conocerte —dijo con ímpetu.

—El placer es mío, señor Masslow.

—Joseph, por favor, Paula,

Joseph a secas. Pongámonos cómodos —la invitó a sentarse con un ademán.

Ella sonrió asintiendo y se acomodó en la zona de estar del despacho, desde donde había una panorámica imponente del Empire State Building. —Hermosa vista, Joseph.

—Inmejorable —corroboró él.

En cuanto la vio entrar, el hombre se había quedado anonadado con la elegancia y la belleza de Paula y había entendido por qué su hijo menor estaba tan embobado

con ella. «Es perfecta — pensó—. Inteligente, talentosa y también hermosa, Alex no exageró cuando me dijo que iba a poder comprobarlo.»

Al principio hablaron del viaje y del hotel donde se hospedaba. Él se cercioró de que estuviera cómoda y luego charlaron de la riqueza de las tierras argentinas, de la economía del país y de otras tantas banalidades. Joseph no quería intimidarla pues necesitaba que estuviera relajada, que se sintiera a gusto con él. Más

tarde, el tema de conversación fue Mindland Argentina. Se levantó para servir un café. Cuanto más hablaba con ella y más la estudiaba, más se asombraba de su inteligencia, de su facilidad para pasar de un tema a otro y para explicar sus conceptos, con los que estaba plenamente de acuerdo. La consideró una mujer fascinante. «Alex, hijo querido, no la dejes escapar», pensó totalmente seducido por Paula.

—¿Lo tomás solo o preferís cortarlo con un poco

de leche?

—Con un poco de leche, por favor.

A ratos Paula creía ver en él la mirada de Alex; estudió sus rasgos, sus gestos y llegó a la conclusión de que sus ojos eran muy parecidos, sólo que los de Alex eran más azules.

—Bueno, Paula, seguramente te preguntarás para qué te hice venir. Voy a contarte una historia muy larga, pero para la propuesta que quiero hacerte, es necesaria e imposible de obviar. Así que prepará tus

oídos porque tengo mucho que narrarte.

Ella sonrió y se relajó en el sofá, dispuesta a escucharlo. Le gustaba su voz, le pareció una persona muy amable y no tardó en sentirse cómoda. Joseph comenzó a explicarle la historia de Mindland desde sus comienzos, hacía ya treinta y cinco años. Ella estaba atenta a todos los detalles, pero seguía sin entender nada.

—En fin —concluyó Joseph—, a lo que quiero llegar es a que nuestra empresa siempre contó con

gente de élite y, en estos últimos años, mis hijos sumaron a esa excelencia. Dado el tamaño corporativo que tomó la compañía, para mí es esencial tener cerca a gente de confianza. Jeffrey se encarga de todo el marco legal, imprescindible en los tiempos que corren, y Alexander, a quien vos conocés, se encarga de la parte internacional. Y acá empieza la verdadera historia. Este año, quiero retirarme.

—Pero usted es muy joven, Joseph, y se le ve

muy bien físicamente.

—Gracias a Dios, ando muy bien de salud, es cierto, y lo de joven te lo agradezco, pero ya tengo sesenta años y, aunque no me siento viejo, mi mente ya no tiene las mismas ideas brillantes.

—Sin embargo, ahora cuenta con la experiencia que antes no tenía.

—Muy buena observación, también es cierta. Ahora tengo experiencia y cordura, quizá demasiada, y para que esto no se estanque es imprescindible gente joven.

Por otro lado, quiero disfrutar de tiempo de calidad con mi esposa, es hora que dé un paso al costado. No creo que logre más de lo que he conseguido en treinta y cinco años, es más, casi me atrevería a decir que los últimos éxitos son pura y exclusivamente de Alex, yo sólo he estampado mi firma. Sé que te estarás preguntando a qué apunto, diciéndote todo esto y, precisamente, se trata de que, si me alejo de la empresa, Alex sería quien quedaría en mi lugar, ya que

a Jeffrey no le interesa. Él prefiere consolidar el sector que ocupa y salvaguardar las espaldas de su hermano, que sería quien se encargaría de todas las negociaciones. Pero la estructura de Mindland en Estados Unidos no acepta descuidos, porque es la que sostiene al resto de nuestra estructura en el extranjero y eso significa que Alex no podría seguir haciéndose cargo de Mindland International. Y, como nuestra compañía sólo cuenta con los mejores profesionales, he comenzado

esa búsqueda, en pos de la excelencia, y en ella creo haber encontrado a la persona adecuada.

Ella cerró los ojos, imaginando lo que ese hombre estaba a punto de decir. Volvió a abrirlos, tomó una gran bocanada de aire y tragó saliva. —Paula —prosiguió Joseph—, sé que sos muy inteligente y que ya te diste cuenta del final de la historia. Después de hacer un exhaustivo seguimiento, llegué a la conclusión de que sos la persona idónea para tomar el

mando de Mindland International.

—¿Yo? Joseph, si me disculpa, ¿está usted seguro de lo que está diciendo?

—Sí, vos. No quiero que me contestes hoy, quiero que sepas que tenés toda esta semana para pensarlo. No voy a aceptar una respuesta ahora, sea cual fuere, ni tampoco antes de una semana. Necesito que te tomes tu tiempo y que analices todo. Sé que lo que te ofrezco implicaría un gran cambio de vida, ya que no es sólo un puesto de trabajo,

pero me encantaría que lo valoraras bien antes de decirme algo.

Paula se quedó en silencio por un momento, intentando ordenar sus pensamientos.

—Tenés el resto de la semana para descansar y para pensar a conciencia mi propuesta.

—Déjeme decirle, en primer lugar, que le agradezco mucho y me siento muy honrada por su apreciación de mi trabajo. En verdad, no podría contestarle hoy aunque quisiera, porque no es mi

estilo tomar decisiones a la ligera, aunque varias veces me haya dejado llevar por mi instinto. Estoy convencida de que su ofrecimiento merece un análisis muy exhaustivo por mi parte. Aceptar algo así significaría un gran paso en mi carrera; creo que casi me siento tocando la cima, pero también querría decir dejar mi país, a mi familia, cambiar de costumbres... Hoy me siento una turista en Nueva York. De hecho, ayer recorrí la ciudad y saqué como trescientas fotos

Joseph soltó una carcajada y ella también—. Y, además, tendría que venir a trabajar acá... —hizo una pausa y dejó la frase inconclusa, pero Joseph la terminó.

—Con Jeffrey y con Alexander, codo a codo. Con Alex, te entendés muy bien, porque en Buenos Aires conectaron de maravilla. Ustedes dos son muy parecidos, hasta me atrevería a decir que están en la misma sintonía. Son negociadores agresivos, tienen talento, intuición y desenfreno, ese que da la

juventud y la inexperiencia, porque para no estancarse también es bueno ese arrojo. A veces la vejez hace que nos volvamos demasiado cautelosos y miedosos a la hora de arriesgar. Paula, de todas formas, seguirán contando con mi conocimiento, puesto que yo no me iré del todo de un día para el otro. Sólo abandonaré el día en que considere que el barco puede salir a navegar sin tripulación.

—¿Alexander está de acuerdo?

—¿Es importante para vos que él esté de acuerdo?

—Por supuesto, ocuparía su cargo, sería con él con quien más de cerca debería trabajar y, para eso, necesitaríamos mantener un ámbito de trabajo de plena cordialidad —se quedó pensando en lo último que había dicho; Joseph la estudiaba—. De todas formas, me gustaría saber también la opinión de su otro hijo.

—Ambos están de acuerdo en que sos la persona indicada, pero te voy a

confesar algo. Alexander me advirtió de que no aceptarías. No sé por qué tiene tanta confianza en su olfato, pero espero, o mejor dicho, ansío que mi hijo se haya equivocado. —Paula se sintió molesta porque Alex pensara eso y hasta le dieron ganas de decirle a Joseph que aceptaba, pero eso sí que hubiera sido algo infantil.

En esos momentos, la puerta se abrió y una hermosa, elegante e impecable mujer de unos cincuenta y tantos años entró

al despacho. Paula, al verla, supo de inmediato quién era: la recordaba por la foto que Alex le había mostrado y, además, porque se parecían mucho. Ahora que la veía en persona corroboraba que Alex era un fiel calco de la belleza de su madre.

—¡Bárbara, qué sorpresa!

—Espero no interrumpir nada.

—Vos nunca serías una interrupción, pasá, querida mía. Te presento a Paula Bianchi, nuestra gerente en Argentina.

—¡Oh, sos de Argentina!

Yo también —le dijo
Bárbara en perfecto español.

—Encantada, señora
Masslow.

—Bárbara, llamame
Bárbara, por favor —se
sentó en la sala junto a ellos.

—¿Qué hacés por acá,
querida? —preguntó Joseph
a su esposa.

—Quedé en encontrarme
para almorzar con Amanda.
El sábado festejo mi
cumpleaños —le explicó a
Paula— y pensamos con mi
hija en que podrías
acompañarnos a almorzar.
Joseph, nosotras después nos

iremos de compras. ¿Paula, te gustaría venir con nosotros?

—Me parece una excelente idea —se avanzó su esposo—, por supuesto que Paula viene con nosotros. Le pediré a Mandy que haga la reserva. — Llamó por el intercomunicador pero nadie contestaba—. Vuelvo en seguida —dijo y salió de la oficina dejando a ambas mujeres solas.

Bárbara no paró de hablar de forma apabullante y Paula la estudió a

conciencia. Era una mujer encantadora y sumamente bella, se notaba que cuidaba mucho su exterior, iba arreglada de pies a cabeza y estaba vestida con un traje hecho a medida que descubría que, aun a su edad, estaba en forma. Como era su costumbre, Bárbara pasó de un tema a otro con gran histrionismo. Tras unos minutos de hablar con ella, la joven llegó a la conclusión de que la madre de Alex le gustaba. Mientras la escuchaba también pensaba en todo lo que

acababa de proponerle Joseph... Él también le había gustado, le pareció un hombre muy inteligente, correcto y educado, y aunque ya no era joven, se notaba que había sido muy apuesto. Y, como necesitaba considerar su propuesta, se puso a fabular si tenía sentido abandonar su vida en Buenos Aires. «Allá tampoco tengo nada aseveró sin temor a equivocarse—. En realidad, mi vida está vacía, no importa dónde esté, no tengo nada importante que me ate a

ningún lado y que me impida probar suerte en otra parte. Quizá si me radico en Estados Unidos, tenga la posibilidad de conocer mejor a Gabriel. Parece tan interesado en mí, además a Pablo le cayó bien... pero a mí... no me provoca nada. ¿Cómo puedo estar pensando en él si no puedo sacarme a Alex de la cabeza? Alex, mi amor, ¿cómo voy a hacer para olvidarte? Aún me siento tan tuya...»

Cuando se había separado de Gustavo, primero se

había sentido desdichada, pero después se había instalado la rabia en su corazón y, para su asombro, jamás se acordaba de sus besos ni de sus caricias, era como si nunca hubiesen existido. Con Alex, era diferente. Se instaba a odiarlo, pero ese sentimiento sólo surgía a ratos, cuando lo imaginaba haciendo el amor con su mujer, esa que para ella no tenía rostro. La mayor parte del tiempo sólo pensaba en sus caricias, en cuánto las necesitaba y echaba de menos. Y eso la

enfadaba más todavía: sentir que, a pesar de todo, para ella Alex era su hombre, el único con derecho a tener sus besos y disfrutar sus gemidos, el único que poseía su alma y su cuerpo. Él era su vida y, sin él, no la tenía.

De repente, se dio cuenta de que Bárbara le estaba hablando y le pareció una falta de respeto no escucharla. Con un poco de vergüenza, esperó que no se hubiera dado cuenta de su distracción.

—Paula, no me vas a creer, pero me hacés acordar

tanto a una amiga mía de la escuela secundaria; sos idéntica a ella.

—¿De verdad? —A Paula le dio risa su ocurrencia.

—Sí, no puedo dejar de mirarte y de acordarme de ella. Sé que es una locura, pero sólo para descartarlo... ¿cómo se llama tu madre?

Paula se rió divertida, esa mujer tenía una forma de decir las cosas que le causaba simpatía

—De verdad, niña, no te rías. Parece muy loco, pero no podés ser tan igual a ella, ¿cómo se llama tu mamá? —

insistió.

—Julia Terranova.

—¡Ah, Dios mío! Lo sabía, lo sabía —gritó y la tomó de los hombros—. ¡Sos la hija de July! —La abrazó y la besó.

Joseph entró en ese momento, alertado por los gritos de su esposa. —¿Pasó algo?

—¡No puedo creerlo! Joseph, cariño, desde que entré que no puedo apartar los ojos de esta hermosura porque me recordaba a una amiga de secundaria. No lo vas a creer, querido, acaba

de decirme el nombre de su madre y es la hija de Julia Terranova, mi amiga de la adolescencia, a la cual le perdí el rastro porque se fue de Buenos Aires cuando se casó.

—Cálmate, Bárbara, creo que Paula no entiende nada.

—No, la verdad es que no entiendo nada. Mi mamá vivía en Buenos Aires, pero cuando se casó se fue a Mendoza, donde vive aún.

—Decime, ¿sabés adónde estudió secundaria tu madre?

—Bárbara no quería que quedaran dudas.

—Al Cardenal Spínola de San Isidro, pero claro... — Paula se tocó la cabeza atando cabos—. Claro, usted vivía en San Isidro — recordó de golpe.

—Sí, ¿cómo lo sabés?

—Se lo debe de haber contado Alex; ellos trabajaron juntos en Buenos Aires, Bárbara.

—Ah, conocés a Alex, por supuesto. En diciembre anduvo por allá, es cierto. No puedo creerlo, nuestros hijos juntos sin saber que nosotros habíamos sido las mejores amigas.

—Ahora que lo pienso, todo el mundo dice que me parezco mucho a mi madre, pero nunca creí que fuera tanto.

—A mí me hiciste acordar en seguida a ella. ¿Dónde estás instalada?

—En el Hotel Peninsula.

—No, tesoro, nada de hoteles. Hoy mismo te venís a mi casa.

—No, Bárbara, ¿cómo voy a aceptar eso? No es necesario, estoy en una suite bellísima y muy cómoda, tan grande como mi casa entera. No se preocupe, estoy bien,

de verdad, además no me atrevería jamás a incomodarlos.

—¡Joseph! Paula es la hija de mi amiga y está de visita, tiene que venir a casa, decíle vos, por favor.

—Mi esposa puede llegar a ser muy insistente, Paula, no creo que puedas negarte. Además, nuestra casa es enorme y todos nuestros hijos se han ido, sólo están con nosotros Jeffrey y Ofelia, nuestra ama de llaves. Para mí también sería un placer. Por otro lado, me encanta consentir a mi

esposa, tengo debilidad por sus caprichos. Si ella así lo quiere, consideralo simplemente como un capricho —le argumentó Joseph a Paula, con un guiño de ojo.

—Poneme a tu madre al teléfono, quiero hablar con ella ahora mismo, no va a poder creerlo.

—Bueno —dijo Paula con resignación y llamó a su madre para contarle la historia.

Julia chillaba al otro lado del aparato, tanto o más que Bárbara, así que le pasó el

móvil para que retomaran el contacto. Mientras tanto, Joseph sacó a Paula del despacho para ofrecerle un recorrido por las instalaciones. De paso también aprovechó y la llevó a la oficina de Jeffrey para que se conocieran. Joseph se asomó y le preguntó si estaba ocupado.

—Pasá, papá.

—Quiero presentarte a alguien.

Como buen caballero, Joseph dio paso a Paula y, cuando ella entró, el hermano de Alex se puso de

pie y salió a su encuentro. A su lado estaba la rubia que había salido del despacho de Joseph por la mañana.

—Te presento a Paula Bianchi, hijo, nuestra gerente de Argentina. — Encantado, bienvenida a Nueva York, Paula. Espero que tu estancia en mi país sea muy placentera. Pasen, pasen.

Jeffrey le extendió la mano y le dio un beso en cada mejilla. «El condenado de mi hermanito sí que tiene buen gusto», pensó.

—Muchas gracias —

contestó Paula—, el placer es mío.

—Te presento a Rachel Evans, la segunda en el departamento de asuntos legales —prosiguió Joseph con educación—. «Ésta es la zorra que chatea con Alex», dedujo Paula de inmediato.

¿Habrá sido su amante también? «Colega de trabajo», había dicho él. Rachel le caía mal de antemano por el recelo que había sentido antes de conocerla; además, su sexto sentido le decía que ella a Rachel tampoco le agradaba,

tenía la sensación de que la miraba con desprecio. La mujer se acercó y le dio dos besos al aire, sin apoyar las mejillas en las suyas. Paula pensó que era falsa y soberbia, le producía rechazo y, para colmo, la repasó de arriba abajo sin disimulo. «¡Ja! ¿Ésta quién se cree? ¡Si se nota que es toda de plástico!»

—Rachel es la estrecha colaboradora de Jeffrey, ella también es abogada y la hija de mi mejor amigo.

—Encantada —saludó Paula intentando parecer

amable y le sonrió lo más sinceramente que pudo.

—Igualmente —dijo la rubia sin mirarla. —«No vi en mi vida una mujer más odiosa y pedante», reflexionó Paula con desagrado.

Joseph refirió en seguida la gran coincidencia de que la madre de Paula y Bárbara se conocieran de la adolescencia.

—Tu madre no para de gritar, parece desquiciada —le confesó a su hijo con los ojos en blanco—. Cuando del terruño se trata, se pone

siempre así y no la culpo. Dejó todo a los dieciocho años y todavía añora su patria —le explicó a Paula para excusar a su esposa.

—Me imagino cómo debe de estar, vamos a tener una semana agitada entonces —comentó Jeffrey—. ¡Qué coincidencia, Paula!

—Es increíble —asintió ella, que no podía salir de su asombro—. El mundo me demuestra, una y otra vez, que es muy pequeño. Aunque sea una frase muy manida, es así, créanme que es así.

—Presumo que, dada la situación, te vas a venir a casa, ¿no? Si conozco bien a mi madre, no te dejará en un hotel.

—Bueno, creí que podría convencerla para que desistiera.

—Ni lo sueñes, con mi madre no hay quien pueda, pero no te angusties. En casa hay lugar de sobra y ella estará encantada de tenerte allí y nosotros también, por supuesto.

—Sin duda —corroboró Joseph y ella sonrió resignada.

Rachel, tras escuchar la conversación, y sin participar de ella, puso una excusa y se fue. Paula se sintió aliviada, esa mujer le causaba repugnancia.

—¿Le pasa algo a Rachel? La noté un tanto extraña — se interesó Joseph.

—No, que yo sepa — respondió su hijo sin darle importancia y, como se habían quedado solos, Jeffrey preguntó:

—¿Hablaste ya con Paula?

—Sí, le di toda esta semana para que lo piense —añadió muy sonriente

mientras la miraba—, sin presiones —aclaró—. Todo esto que acaba de ocurrir no debe influir en nada sobre tu decisión. Sos dueña de tomar la que desees.

La joven sonrió y asintió con la cabeza.

—Ojalá aceptes — intervino Jeffrey—. Me gustaría que supieras que opino igual que mi padre, creo que eres la persona adecuada para el puesto. Además, aunque parezcamos una familia de locos, lo pasarás muy bien en Nueva York.

—Gracias, Jeffrey. Mi impresión es que son una familia muy agradable.

—Hijo, nosotros nos vamos a almorzar, nos vemos más tarde en casa.

—Seguro, buen provecho.

Regresaron a la oficina de Joseph y Bárbara justo había acabado de hablar por teléfono con July.

—Todo arreglado. Tu madre se viene para acá, al festejo de mi cumpleaños. Y vos también asistirás, por supuesto. No sé cuándo tenías planeado irte, pero andá sabiendo que vas a

tener que posponer tu viaje.

—¿Cómo?

—Sí, *surprise!* Tu mamá va a sacar su pasaje y en un rato nos llamará para avisarnos de cuándo llega. Estoy muy feliz, Paula, vení acá, dejame darte otro abrazo.

Joseph puso los ojos en blanco.

—Tranquilízate, mujer, parecés loca y estás asustando a esta chica.

Paula estaba confundida, ahora también iba a ir su madre... Era un verdadero lío. Ella tenía que irse a

dormir a casa de los Masslow porque no había forma de que la madre de Alex desistiera de la idea, y, por si fuera poco, Bárbara pretendía que fuera a su fiesta de cumpleaños donde, sin duda, se encontraría con Alex y su esposa. Era demasiado, pensó, y, para colmo, el padre de Alex quería que ella se mudase a Nueva York y trabajara allí a diario.

Su cabeza estaba a punto de estallar y de perder la poca razón que le quedaba. Respiró hondo, el día no

podía ir peor. Todos eran muy agradables, debía reconocerlo, la familia era muy cálida y la trataban con mucha sencillez, pero la situación que estaba viviendo era de locos.

Bárbara fue al baño y Joseph aprovechó para pedirle que no le contara nada a su esposa sobre su retiro, porque quería darle una sorpresa llegado el momento.

Capítulo 20

LLEGARON a Fig & Olive, un restaurante sobre la Quinta Avenida, donde se podían degustar los mejores sabores de la comida mediterránea. Los sentaron a una de las mesas de la planta superior, donde el ambiente era mucho más relajado.

A los pocos minutos, llegó Amanda, la melliza de Alex que, desde lejos, reconoció a Paula. Mientras se acercaba,

se preguntaba qué hacía ella allí con sus padres y creyó tener una visión. Amanda saludó con un cariñoso beso a su madre, luego se dirigió a Joseph, que le dio un beso en la frente, y esperó a que le presentasen a la invitada.

—Hija, te presento a Paula Bianchi —dijo Joseph—, nuestra gerente en Mindland Argentina.

—Encantada, mi nombre es Amanda —le dio un beso y un abrazo muy cordiales.

—Igualmente, Amanda, es un gran placer.

—Sentate, hija —la

exhortó Joseph, mientras se ponía de pie para arrimarle la silla. Se colocó al lado de Paula, que no podía dejar de mirarla, y la recién llegada tuvo problemas para no reírse, pues suponía el porqué la observaba con tanta insistencia. El parecido con su hermano era claro, sólo que con rasgos más delicados. La mandíbula de Alex era más tosca, su rostro más cuadrado y en su cuello resaltaba mucho la nuez de Adán. Amanda habló y la hizo salir de su ensoñación.

—Bienvenida a mi país,

Paula.

—Muchas gracias.

De inmediato, Bárbara volvió a referir toda la historia, para poner al tanto a su hija de la enorme casualidad.

—No me lo creo, mamá, es una gran coincidencia.

—Sí, muy grande —
asintió Paula.

—Apuesto a que hoy mismo te mudás a casa. No te asombres, conozco de sobra a mi mamá, no te dejará dormir en un hotel.

Todos se rieron, porque todos habían concluido lo

mismo.

—¡Por supuesto! —dijo Bárbara e intentó parecer ofendida—. ¡Cómo la voy a dejar ahí! ¡No sé por qué se sorprenden tanto! Soy una persona muy considerada y es lo que les enseñé a ustedes desde pequeños, ¿o acaso vos no harías lo mismo?

—Mamá, sabemos que tus intenciones son buenas, pero tal vez Paula desee cierta intimidad.

—¿Te estoy intimidando, querida?

—No, por favor —le

contestó ésta en un tono dulzón.

—¡Y qué esperas que te diga, mamá! Sos insufrible, no puede decirte otra cosa; Paula es una mujer educada.

—No, Amanda, tu madre me cae muy bien y estoy muy agradecida por su hospitalidad. Sólo es que la situación me tomó desprevenida.

Sonó el teléfono de Paula, era su madre para avisar de cuándo llegaba.

—¿Viene tu mamá? — preguntó Amanda extrañada.

—Tu madre y la mía

hablaron por teléfono y arreglaron todo entre ellas.

—Fantástico, mami, seguro que estás muy feliz, se te nota en la cara.

—Sí, hija, ni te imaginás: reencontrarme con alguien de mi tierra adorada es una gloria para mí.

Les trajeron la comida y la dama le contó a su esposo:

—La familia de Paula tiene viñedos en Mendoza, Joseph.

—¡Ah! ¿Son artesanos del vino?

—Sí —asintió la joven—, realmente lo somos, porque

nuestra recolección es manual. Nuestras cepas son seleccionadas por expertos que las separan para elaborar el mosto, que es el proceso de fermentación que hace que se desprenda el hollejo de la pulpa para obtener el vino. Luego, ese líquido se guarda en toneles de roble para su estacionamiento. Bueno, en verdad, el proceso es muy largo y complicado, pero lo resumí un poco.

—Debe de ser fascinante ver cómo se elabora —se mostró intrigado el hombre.

—Sí, es mágico.

—¿Cómo se llama la bodega? —se interesó Amanda.

—Bodegas Saint Paule, están enclavadas en un oasis en San Rafael, en Mendoza, a los pies de la cordillera de los Andes. Nuestros viñedos son bendecidos con el riego del deshielo.

—¿Lleva ese nombre por vos? —preguntó Bárbara.

—No, en realidad es por mi abuela. Ella se llamaba Paulina y fueron ellos, mis abuelos paternos, los que fundaron la bodega. Mi padre la trabajó después,

pero recién conseguimos éxito hace algunos años. Mi hermano se encarga de ella hoy en día y la ha convertido en una inversión muy productiva. Hemos ganado hasta algún premio internacional. Elaboramos un muy buen Chardonnay y también tenemos un Gran Reserva Malbec, que es nuestro mayor orgullo. Ése es el que más premios nacionales e internacionales tiene. De hecho, el Malbec es la cepa característica de Argentina, la que nos distingue en el mundo

vitivinícola porque es propia de nuestra región, y en Mendoza crece de forma inmejorable, el clima del lugar es más que propicio.

—¡Ah! Tu padre debe de estar muy orgulloso de tu hermano y seguro que confía mucho en él —observó Amanda.

—Sin duda lo hacía y calculo que, allá donde esté, debe de seguir estando muy orgulloso de él. Mi papá murió hace diez años de un cáncer galopante que lo devastó a él y a nuestra familia. Por eso mi hermano

tuvo que hacerse cargo de los viñedos, porque mamá y yo no entendíamos nada, además yo era muy joven.

Hablaba con tranquilidad del tema. Después de tantos años, la muerte de su padre ya era algo a lo que podía referirse con mucha resignación.

—Lo siento, Paula, no lo sabía.

—No te preocupes, aunque siempre duele, con los años uno aprende a asumirlo — aclaró.

Bárbara le acarició el mentón y Amanda se

arrepintió de que la conversación hubiera llegado a ese punto. Joseph permaneció en silencio y su esposa agregó:

—Es una enfermedad terrible, es verdaderamente espantosa. Nosotros la sufrimos muy de cerca cuando la esposa de Alex murió hace dos años de un cáncer fulminante en menos de seis meses. La pobrecita ya no parecía ella durante la última época y mi pobre hijo querido sufrió tanto todo el proceso... Fue muy agónico verla irse cada día. Alex fue

su enfermero a tiempo completo, no sabés lo mal que lo pasó.

Paula empalideció de pronto, le faltaba el aire, todo le daba vueltas y el estómago se le revolvió de pronto. La mujer no tenía ni idea de la revelación que acababa de hacerle. Amanda, que estaba al corriente de todo, comprendió que Paula se hubiera puesto así, le tomó la mano y se la apretó bien fuerte, trasmitiéndole contención. Joseph no podía creer que su esposa fuera tan

bocazas. Levantó los ojos, miró el techo y pensó en la gran metedura de pata; Alex se enfadaría muchísimo cuando se enterase de que ella le había revelado eso a Paula, pero también concluyó que la conversación había ido por esos derroteros y que el comentario había sido inevitable.

—¿Te sentís mal, Paula?
—preguntó Bárbara al notar la lividez de su rostro.

—Sí —asintió ella y comenzó a llorar.

—Ay, corazón,

disculpanos. No quisimos ponerte así —se excusó Bárbara muy afligida.

—No, no es nada —dijo ella y la voz le falló.

—Acompañala al baño, hija —la conminó Joseph.

Paula y Amanda se levantaron del lugar y se fueron hacia allí.

—Tranquilízate, Paula, sé por qué estás llorando. Sé todo lo que pasó entre vos y mi hermano. Debés calmarte, si no vas a tener que explicarles a mis padres los detalles. Ellos creen que estás así por el recuerdo de

tu papá.

Paula se había quedado muda y muy descompuesta. Tuvo náuseas, había dejado de llorar y se sujetaba la cabeza. Las palabras de Amanda sonaban lejanas, sólo podía pensar en lo mal que había tratado a Alex, en todas las cosas que le había dicho, en cómo lo había humillado, en cómo lo había juzgado sin sentido dejándose llevar por la ira, lo había comparado con Gustavo, con esa basura... lo había perdido...

—Paula, ¿me oís?

—Sí, sí, te oigo. ¿Qué hice? ¡Lo arruiné todo!

—Tranquila, mi hermano está loco por vos, te perdonará —quiso animarla Amanda.

—Yo no me perdonaría, no lo haría. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no me lo contó todo? Hace dos meses y medio que estoy sufriendo por él, ¿cómo pudo callarse?

—Eso es algo que, en su momento, deberá explicarte él, no puedo decírtelo yo. Vamos a tener que volver a la mesa o va a venir mi mamá para acá. ¿Pensás que

podés regresar?

—Sí.

—Una cosa más, no le digas a mi hermano que lo sabés.

—¿Qué? ¿Cómo que no se lo diga? Se va a enterar igual.

—Algo lo conozco, Paula, y eso será peor. Él tiene su orgullo, luego te explico. Ahora vamos a la mesa y cambiá esa cara que se vienen buenos tiempos. Sé lo que te digo, ustedes dos se arreglarán.

—No, Amanda, el viernes lo vi y lo traté fatal otra vez.

Alex no me va a perdonar, le dije cosas muy feas, lo humillé en medio de la calle, no lo escuché, desconfié de él nuevamente. Estaba tan ciega, me pidió muchas veces que lo creyera y yo no pude hacerlo.

—Lo sé, Alex me lo contó, me dijo que tenías un buen derecho intentó bromear Amanda.

—Soy una bruta, una bestia. El viernes intentó que habláramos. ¿Por qué no quise escucharlo?

—Porque sos una cabezota, igual que él. Alex

también es un idiota, pero él no tiene cura. Son dos idiotas que prefirieron sufrir en vez de estar juntos.

—Quiero irme a Italia a buscarlo, es lo único que deseo.

—Lo sorprenderemos en la fiesta de mi mamá, yo te voy a ayudar. Pensándolo mejor, creo que sí va a enterarse de que sabés lo de Janice. Dejame pensar, ya veremos.

—Gracias, aprecio mucho cómo me estás tratando, soy consciente de que no lo merezco.

—Uf, la verdad es que no. Mi hermano no lo estaba pasando bien, pero él también tuvo la culpa. Y supongo que vos tampoco estuviste bien, ¿no? ¿Lo querés, Paula?

—Más que a mi vida, lo amo, no he podido alejarlo de mis pensamientos ni de mis sentimientos, aunque nunca lo hubiese aceptado sabiendo que él tenía esposa.

—Yo sólo quiero ver feliz a mi hermano, sólo eso. Ahora, a la mesa y con una sonrisa. —Le cogió las comisuras de los labios y se

los levantó, lo que bastó para hacerla reír a desgana.

Poco a poco, Paula fue encontrando el equilibrio y el almuerzo se desarrolló finalmente en un clima relajado y cordial. A la hora de pedir los postres, Joseph pagó la cuenta y se despidió para regresar al trabajo.

—Bueno, mujeres, su compañía es increíble e inmejorable. Ningún hombre podría sentirse más honrado que yo por estar rodeado de tanta belleza, pero debo irme a generar los dólares que pagarán los vestidos que

presumo se irán a comprar para el sábado.

—Sí, mi amor, andá a trabajar que yo me encargo de malgastar tu dinero. Traje mi JP Palladium —bromeó Bárbara y todos se rieron.

Joseph las dejó y ellas terminaron de comerse el postre y partieron de compras por la Quinta Avenida. Después, pasaron por el Hotel Peninsula a buscar el equipaje de Paula y llevarlo al Belaire.

—Entrá, Paula, estás en tu casa —le pidió Bárbara cuando bajaron del ascensor

y entraron al vestíbulo del ático de la familia Masslow —. ¡Ofelia, ya llegamos! ¡Vení, quiero presentarte a alguien! Esta vieja no oye nada, voy por ella.

Paula se quedó maravillada con la vista panorámica del atardecer de Manhattan sobre el río y con la majestuosa imagen del puente de Queensboro. Se acercó a los ventanales extasiada.

—Bellísimo, ¿verdad? Si hay algo que extraño mucho de vivir acá es esta vista — confesó Amanda.

—Me embriaga y me infunde una paz indescriptible.

—Así es.

Bárbara presentó a Ofelia y Paula y a ella le pareció la anciana más dulce que había tratado en su vida. Luego Amanda se despidió, pues Chad ya la reclamaba en casa. Intercambiaron sus números de teléfono con Paula y quedaron en que la pasaría a buscar al día siguiente para ir a cenar a su apartamento.

Tras la despedida, Ofelia y Bárbara instalaron a Paula

en la habitación que había sido de Amanda cuando vivía allí. Permanecía intacta, salvo por los vestidos vacíos.

—Heller, ¿pasa algo? —
atendió Alex extrañado.

—Señor, disculpe que lo moleste, pero la señorita Paula ha abandonado el hotel y pensé que debía avisarle.

—¿Cómo que ha dejado el hotel? —Alex se desesperó al creer que no había aceptado la propuesta de su padre y volvía a Argentina.

—Sí, hace un rato. Su hermana y su madre la acompañaron a retirar su equipaje y la llevaron a la casa de sus padres en el Belaire. ¿Quiere que la siga vigilando ahí también?

—No, Heller, está bien. Dejé todo, ya no es necesario. De todas formas, pensaba decirte que lo suspendieras. Yo me encargo. —Alex cortó y llamó a su hermana, sin entender nada.

—¿Qué mierda hace Paula en casa de papá y mamá? —le espetó a bocajarro.

—Hola, hermanito, yo también te extraño mucho, gracias por llamar.

—¡Y una mierda, Amanda! ¿Me podés explicar?

—¿Y vos cómo lo sabés? ¿Tenés a tu lacayo vigilando a Paula? Es un poco obsesivo, ¿no te parece?

La joven conocía muy bien las artimañas de su hermano.

—No me jodas, Amanda, te hice una pregunta. ¿Qué hace Paula en casa?

—Sabés cómo es mamá, Alex. Hoy la conoció en la oficina, se enteró de que era

argentina y quedó encantada con ella. Y por si eso fuera poco, terminó descubriendo que Paula es hija de su mejor amiga de la secundaria.

—¿Qué? ¿La mamá de Paula y nuestra madre se conocen?

—Sí, ella y mamá eran amigas en la adolescencia.

—Y, por supuesto, no pudo dejar a Paula en el hotel. ¡Dios, qué enredo!

—Sí, a ella no le quedó otra opción que aceptar. Otra coincidencia del destino entre ustedes.

—¿Y vos? ¿Cómo apareciste en escena?

—Fuimos todos a almorzar y ahí me la presentaron. Por cierto, me cayó de maravilla, Alex, es increíble.

—Bueno, ¡ahora me vas a decir que se van a hacer buenas amigas!

—¿Por qué no si va a convertirse en mi cuñada?

—No me jodas. Paula no quiere saber nada de mí.

—Ahora que la conozco, puedo jugar a tu favor, hermanito.

—Ni se te ocurra, no te

metas, no soy un crío a quien tienen que conseguirle una cita.

—Uf... qué amargo sos.

—¿Hablaron de mí?

—Te creés el ombligo del mundo, chiquito. Claro que no, si te nombramos fue sólo de pasada, pero andá pensando que, en casa de mamá y papá, Paula puede enterarse de lo de Janice.

—Que se entere y que la mate la culpa y que se joda, yo le advertí de que se arrepentiría y no me escuchó.

—¡Ay, qué malo!

Alexander Masslow, en realidad, sos un cobarde, preferís que se entere por terceros. Quizá la que no pueda perdonarte, después de eso, sea ella por hacerla sufrir y por callarte una verdad tan importante. Para serte sincera, si yo fuera ella no te perdonaría, sos un hipócrita.

—Chao, Amanda, acá es muy tarde.

—Chao, yo no te llamé.

—Sos insufrible.

—Te quiero, tonto. Esperá, no cortes, la invité a cenar a casa mañana.

—¿Ah, sí? —preguntó él como si no le interesara.

—Sí, hoy a la tarde salimos de compras. ¿Tu lacayo no te lo dijo?

—No lo sabía. ¿Y?

—Y nada, me cae muy bien, las dos nos caímos bien.

—Siempre supe que sería así, se lo dije en Buenos Aires. Chao, Amanda.

—Chao, que descanses.

Alex estaba contrariado, últimamente vivía de malhumor. Ahora resultaba que ella se llevaba bien con todos. Conociéndola, se

imaginaba cómo trataba a su familia con amabilidad. A Amanda ya se la había metido en el bolsillo y pensaba que eso era injusto. Sentía envidia de que ellos pudiesen estar con ella y disfrutarla y él no, ¡con lo que la quería! No era razonable que las cosas ocurrieran de ese modo y que ella lo despreciara y lo juzgara injustamente.

Había estado esperando todo el día una llamada de su padre para ver qué había sucedido y él no se había dignado hacerlo. Si ahora

Heller no le hubiera contado, no se hubiera ni enterado de que Paula estaba alojada en su casa. Marcó el teléfono de Joseph, estaba furioso.

—Alex, ¿qué hacés despierto a esta hora? Allá son las tres de la mañana.

—Como vos no me llamabas, lo hice yo.

Era la hora de la cena en casa de los Masslow. Paula, al oír que era Alex, se puso alerta y Bárbara empezó a mandarle saludos a voces, igual que Ofelia.

—¡Ay, cállense, son dos cotorras, no oigo nada!

Joseph se levantó y se fue hasta la otra punta de la sala para poder hablar con tranquilidad, Paula se lamentó y se sintió triste otra vez.

—Ahora sí, hijo, ahora te oigo. No te llamé porque no tenía novedades, lo siento. No imaginé que estarías esperando, lamento no haberlo considerado. Paula aún no me contestó, claro, me dijo que lo pensará, que es una buena propuesta y que la analizará muy bien. Incluso se interesó en saber si vos estabas de acuerdo. Le

di toda esta semana para que lo pensara. Aparte de eso fue un día muy raro, ella está acá en este momento cenando con nosotros.

—Ya lo sé.

—¿Y cómo lo sabés?

—Hablé con Amanda.

—Ah, bueno, entonces ya estás al tanto de las novedades.

—Sí, Amanda ya me contó. ¿Cómo está?

—¿Quién?

—Paula, papá, Paula, ¿quién va a ser?

—Ah, un poco cohibida, ya sabés cómo es tu mamá,

pero está bien. La instalaron en la habitación de Amanda. Ofelia y tu madre se encargarán de hacerla sentir más que bien.

—Que mamá no la invada, por favor. Paula debe de haber aceptado ir ahí por compromiso.

—La verdad es que no le quedó otro remedio, pero no te aflijas porque ellas se entienden. Hoy anduvieron de compras. Se llevarán muy bien, ¿eso no te contenta?

—Supongo que sí, te dejo.
—En realidad no lo contentaba, tenía celos de su

madre y pensó que se estaba volviendo loco.

—Esperá, saludá a tu mamá.

—No, papá, estoy cansado, seguro que estará a mil revoluciones por minuto con Paula ahí. Mandale un beso de mi parte.

—Bueno, hijo, un abrazo —se despidió Joseph y colgó. Como era de esperar, Bárbara le recriminó que no le hubiera pasado con él—. Bárbara, son las tres de la mañana en Milán. Alex llamó por unas cosas que necesitaba saber, sólo por

trabajo. Te mandó besos y a vos también, Ofelia, ¿no viste que casi no hablamos?

—Está bien, no dije nada. ¡Las tres de la mañana! ¿Y por qué estaba despierto a esa hora?

—No lo sé, Bárbara, tu hijo es adulto. Además, él está en Milán y yo estoy acá; no sé por qué está despierto, no debe de tener sueño.

—Está bien, querido, no te enfades.

—No me enfado, pero debés darte cuenta de que tus hijos crecieron. Lo siento, Paula.

—No te preocupes, Joseph, creo que a todas las madres les cuesta asumir eso. Mi madre es igual que Bárbara, se preocupa por todo.

—No me des esos ánimos, pequeña, que esta semana también viene tu madre y van a ser demasiadas mujeres en mi vida para un único hombre en esta casa, porque Jeffrey casi nunca está... Creo que no es justo.

Todos se rieron, continuaron comiendo y, después de la cena, tomaron el café en la sala. Paula se

sentía muy a gusto con los padres de Alex. Joseph, tras el café, se fue a dormir.

—¿Querés ver fotos viejas, Paula? Creo que tengo algunas del Cardenal Spínola y seguro que está tu madre. Dejame buscarlas.

Se sintió animada, seguro que Bárbara también traería de Alex. Estuvieron mirando fotografías hasta altas horas de la madrugada y, aunque quería disimular, cada vez que aparecía una de Alex, Paula se quedaba embobada mirándola. Le extrañó que no hubiera fotos de la boda

de éste, pero no se atrevió a preguntar, tampoco había ninguna donde él estuviera con su mujer. Tras varias horas decidieron irse a dormir, pues estaban exhaustas y a las dos se les cerraban los ojos.

Capítulo 21

LE costó dormirse, la angustia de saber que quizá había perdido a Alex la asfixiaba, pero a diferencia de cómo se había sentido días atrás, en esos momentos no lloraba, sólo pensaba y repensaba posibles soluciones. ¿Bastaría con echarse en sus brazos y rogarle perdón? Pensó en suplicarle y humillarse de todas las formas posibles, no

le importaba, sólo quería recuperarlo, sólo quería volver a sentir su olor y embriagarse con él.

El martes por la tarde, Paula se quedó sola en el apartamento. Bárbara había ido con una amiga a encargarse de las flores para el sábado y ella estaba aburrida hasta el hastío porque no estaba acostumbrada a estar sin hacer nada. Ni siquiera Ofelia estaba ahí para conversar un rato, porque estaba mirando la televisión en el cuarto de planchado. Así que aprovechó y se

escurrió en la habitación que había sido de Alex cuando vivía allí. Se metió en el vestidor y, como una adicta, olió su ropa. ¡Cuánto deseaba que las cosas se arreglasen entre ellos! En el armario, había un frasco de Christian Clive N.º 1 que Paula destapó para aspirarlo profundamente y llenar sus fosas nasales con ese olor que la extasiaba. Siguió recorriendo la habitación y, en una de las mesillas de noche, vio una foto de Alex con una mujer en brazos. Al instante supo que se trataba

de Janice, él la besaba en la mejilla y ella lucía frágil, ojerosa, cansada y extremadamente delgada. Llevaba un pañuelo en la cabeza, para ocultar la calvicie producto de la quimioterapia, pero se veía bonita, de tez blanca y ojos marrones, una belleza bastante común, nada extraordinaria. Por fin, Janice tenía rostro.

No sintió celos, por el contrario, le produjo una enorme pena. Esa mujer pertenecía a su pasado y eso no podía borrarse. No quería

sentirse angustiada, sólo deseaba que Alex volviese para empezar a reconquistarlo.

Salió de la habitación, se abrigó y decidió irse a buscar un regalo de cumpleaños para Bárbara, pero antes de irse avisó al ama de llaves.

Ya en la calle, comprobó que el día era muy frío. Se puso los auriculares para escuchar música mientras caminaba y se fue a buscar el metro.

«¿Qué comprarle a una mujer que lo tiene todo?»,

pensaba mientras caminaba por la Quinta Avenida.

Finalmente, decidió entrar en Gucci otra vez. El vendedor que había atendido a Alex el día en que habían estado allí juntos la reconoció de inmediato y se acercó muy cordialmente para ofrecerle su ayuda. Tenía una tonadilla italiana y mezclaba bastante los idiomas.

—*Buon pomeriggio*, es un placer tenerla por aquí nuevamente, señorita. Usted es la *fidanzata* del señor Masslow, ¿verdad?

A Paula le encantó que la confundieran con la novia de Alex y no se molestó en sacarlo de su error, sólo le devolvió el saludo.

—Buenas tardes, seguramente usted podrá serme de gran ayuda.

—A la orden, *signorina*, llámeme Ettore.

Paula le explicó que estaba buscando un regalo para una persona que lo tenía todo. Como sabía que no conseguiría que fuera algo realmente especial, esperaba, al menos, encontrar algo de muy buen

gusto.

—Disculpe, espero no parecerle atrevido, estoy intentando entender quién recibirá el obsequio, ¿es tal vez para el señor Alexander?

—No, Ettore, es para su madre.

—Ah, en ese caso, vayamos al sector de damas, *qui per favore*.

Ettore la guió y allí le presentó a Tania, otra vendedora, que, según él, la sabría orientar muy bien, ya que era quien siempre atendía a la señora Masslow cuando iba de compras.

Paula se sintió aliviada por haber ido ahí. Tras elegir el regalo, salió del local satisfecha con su compra y decidió seguir mirando los escaparates de la avenida. Terminó en Saks, donde hizo compras para sus sobrinos, y también se permitió algún capricho para ella en Chanel y en Louis Vuitton. Al final, fue hacia el Rockefeller Center, donde sabía que estaba Michael Kors; su ropa le encantaba y en ese establecimiento, simplemente, hizo que su tarjeta echara humo.

Como iba muy cargada, decidió coger un taxi. Ir de compras la había distraído de su desazón, aunque todo lo que había adquirido tenía el único objetivo de agradar a Alex. El sábado parecía estar tan lejos que la ansiedad la desesperaba; sólo pensaba en volver a verlo.

Llegó al Belaire y, mientras subía en el ascensor, sonó su teléfono. Amanda le avisaba de que en un rato pasaría a buscarla.

—¡Hola, Bárbara! ¿Cómo te fue con las flores? —

preguntó Paula al entrar al ático.

—Muy bien, el sábado a primera hora llevarán todo a Los Hamptons. Vas a ver qué arreglos tan hermosos elegimos, no quiero adelantarte nada para que te sorprendas. —Ambas

sonrieron y Bárbara la abrazó con afecto; a ella le gustaba dejarse mimar, porque en esos días estaba muy sensible—. Veo que fuiste de compras.

Paula se apresuró a llevar los paquetes a su habitación. La mujer la seguía, pero

antes de que entrara en el cuarto escondió el regalo en el vestidor y le mostró el resto.

Amanda no tardó en llegar y Paula bajó en seguida. El viaje fue corto; Chad, que ya había llegado del trabajo, estaba cocinando. Él todavía era empleado de Mindland, y tenía horario de oficina, puesto que, desde que se había casado con Amanda, había pasado de chófer a administrativo. Una vez hechas las presentaciones, Amanda acompañó a Paula a recorrer la propiedad y le

explicó que la habían comprado amueblada, y que se había encargado de la decoración un famoso diseñador de interiores. Durante la cena, la pareja le contó cómo se habían conocido. Habían salido a escondidas durante cuatro meses, porque él temía que todos se opusiesen a su relación. Quien más reticencias tuvo al enterarse fue Joseph, pero no por la posición económica de Chad, sino porque no podía asumir que Amanda se hubiera enamorado.

También le contaron que Alex había mediado mucho entre ellos; su condición de mellizos hacía que siempre se apoyaran en todo.

Paula se sentía muy a gusto; Chad, que era muy ocurrente, le había caído muy bien. Según Amanda, su buen humor era lo que más la había enamorado, pero ese hombre, además de ser muy agradable, esa noche había demostrado ser un estupendo cocinero. Conversaron con fluidez y Amanda le habló también de la clínica de fertilidad y

biogenética que dirigía con su hermano Edward, el único del clan Masslow que le quedaba por conocer. De los cuatro hermanos, él era el más serio y formal, aunque ésta destacó que trabajar a su lado era muy fácil y agradable.

En cuanto a la clínica, Paula se interesó en saber qué era lo que se hacía allí exactamente. La joven Masslow le contó entonces que, además de brindar a sus pacientes tratamientos para la infertilidad y métodos de fertilización asistida,

también contaban con programas de donación de ovocitos, cigotos y embriones. Asimismo ofrecían a sus pacientes la posibilidad de elegir el sexo de su bebé y que cada vez era más común que las parejas utilizaran ese servicio, ya fuera porque tenían alguna enfermedad genética o porque no querían arriesgarse, por ejemplo, a tener un tercer hijo del mismo sexo. En ese caso, se practicaba una fecundación in vitro que garantizaba que los padres tendrían un hijo

del sexo deseado.

Paula estaba fascinada con la vehemencia de Amanda al explicar su trabajo, se notaba que amaba su clínica y que se sentía orgullosa de la labor que hacían. Ahondando en esa confianza que había nacido entre ambas, le contó que sus sobrinos habían nacido por fertilización asistida, ya que su cuñada no lograba quedarse embarazada.

—Son los mellizos más bellos de la Tierra —aseveró Amanda, mostrándose como la tía más orgullosa—, ya

los conocerás. Están llenos de salud y fueron una gran bendición para nuestra familia.

Paula estaba muy a gusto, la neoyorquina le infundía simpatía y podía sentir que le profesaba cierto aprecio. Chad se fue a ver la televisión y las dejó solas.

—La primera vez que Alex me habló de vos —le contó— me dijo que nosotras dos podríamos llevarnos muy bien, porque teníamos muchas cosas en común, entre ellas la afición por los zapatos y los bolsos.

—Ambas sonrieron.

—Anoche me llamó —
confesó Amanda, y la miró
para estudiar su reacción.

—¿Y qué te dijo? —
preguntó un tanto recelosa:
temía escuchar que en Italia
había conocido a alguien.

—Se había enterado de
que ya no estabas en el hotel
y de que mamá y yo te
habíamos acompañado al
Belaire.

—Tu papá le habrá
contado, quizá, porque ayer
llamó mientras estábamos
cenando.

—Es posible —mintió

Amanda, porque no estaba dispuesta a decirle que su hermano la vigilaba.

—Aunque no me extrañaría que me hubiera hecho seguir —continuó Paula—, porque dejó a Heller acá. No hay que ser demasiado inteligente para darse cuenta de que él es su soplón. En Buenos Aires, lo hacía.

Amanda enmudeció y consideró que su nueva amiga era muy sagaz.

—¿Y no te molestaba que actuara así? —le preguntó asombrada por la naturalidad

con que aceptaba ese acoso.

—¿Cómo evitarlo? —

Paula se encogió de hombros—. Pero me angustia pensar que el viernes por la noche salí con un amigo y seguro que él se enteró y se puso furioso. Alex siempre sabe todo lo que ocurre. ¡Además es tan celoso...! En Buenos Aires, a menudo se enojaba por la ropa que usaba, por el trato con mis amigos, por la confianza con mis compañeros de trabajo.

—¿De verdad? ¡Vaya!

¡Eso sí que es una novedad!

—exclamó Amanda y se tapó la boca al darse cuenta de que había pensado en voz alta—. Por favor, Paula, no le expliques nada de lo que te digo.

—No te preocupes, lo más probable es que no quiera ni verme después de lo del viernes pasado.

—No seas tonta, no pienses así. Debo decirte que nunca tuvo celos de nadie que se acercara a Janice; a ella le hubiese encantado que ocurriera, pero no era así.

—¿En serio? —Amanda

asintió con la cabeza—. ¿Te llevabas bien con ella?

—La verdad es que ella no se llevaba bien con ninguno de nosotros; siempre creyó que no la queríamos.

—¿Por qué creía eso, acaso era cierto?

—No exactamente. ¡Con lo buenos que son mis padres...! Mis viejos ven a un gato moribundo en la calle y lo meten en su casa. Es un tema complicado y, si Alex nunca te habló de ella, no creo que esté bien que yo lo haga.

—Por favor, Amanda,

iluminame, me siento tan insegura por todo. Ésta la abrazó y tras pensarlo unos instantes le dijo:

—Veamos, prometeme que Alex nunca va a enterarse de esta conversación.

—Te lo prometo, no tenés de qué preocuparte.

Amanda hizo una pausa.

—Alex y Janice se hicieron novios en bachillerato, mi hermano siempre fue muy lindo y las chicas revoloteaban a su alrededor. Si bien Janice era linda, nunca tuvo una

belleza extrema y se sentía insegura. Al principio, yo no entendía qué le había visto Alex, pero la relación entre ellos fue avanzando hasta que él empezó a sentirse asfixiado y la abandonó. En realidad, no estaba enamorado y comenzó a salir con otras chicas. Era muy joven y hacía ya dos años que estaba con Janice pero nunca le fue infiel, de eso puedo darte fe. Sin embargo, ella insistió hasta la saciedad, lo persiguió hasta que volvieron y volvieron a ser novios

durante siete años más. Pero salían un tiempo, se peleaban, entonces él aprovechaba para conocer a otras mujeres, a veces a varias a la vez, luego Janice se empeñaba en recuperarlo y él, hastiado de mujeres sin sentido en su vida, accedía y volvía con ella, pero ella no le hacía feliz, porque discutían sin parar. Cuando él se enteró de su enfermedad, estaban distanciados y reanudó la relación por compasión, aunque nunca quiso reconocerlo, y nos informó

de que se iba a casar. Toda la familia se opuso, Paula, porque sabíamos que no la amaba, que sólo actuaba por piedad. ¡Pobre Janice! A mí no me podía ni ver, porque decía que yo cubría a Alex en sus correrías. Para colmo, ¡un día nos oyó discutiendo porque yo me oponía a su boda! Yo no quería que mi hermano fuera infeliz. Desde ese día, Janice no me habló nunca más.

»Alex y yo nos veíamos a escondidas, porque ella se oponía y, como estaba enferma, él no quería

angustiarla. Finalmente, se casaron en el hospital y ella no dejó que yo fuera. Había empeorado de golpe y no pudo hacerse fiesta, ni ceremonia ni nada de lo que habían planeado. Estuvieron casados durante tres meses. Cuando ella murió, Alex se sintió la persona más culpable del mundo por no haberla hecho feliz durante los siete años que habían estado juntos. Yo opino que ella no fue feliz porque estaba obsesionada con mi hermano y, que Dios me perdone lo que voy a decir,

creo que ella estaba fascinada por la posición económica y social que tenía al lado de Alex: Janice era muy materialista y no lo disimulaba.

»Pero su muerte cogió tan de improviso a mi hermano, que optó por cargar con toda la culpa. Además, sus suegros no tuvieron miramientos y le atribuyeron la infelicidad de su hija con tanta vehemencia que terminaron por convencerlo. Durante todo este tiempo lo hicieron sentir responsable de su muerte, aunque, por

suerte, no pudieron persuadirlo de que Alex diera vida a los embriones que Janice había dejado congelados.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Cuando se supo que Janice recibiría quimioterapia, Edward y yo les aconsejamos que guardaran embriones fecundados y también óvulos preservados para cuando ella se curase. De esa manera, podrían tener hijos propios. ¡Eran tan jóvenes...! No sé si lo sabés, pero someterse a quimio

suele producir infertilidad.

—No lo sabía, desconocía el tema por completo — admitió Paula—, disculpá mi ignorancia.

—No te preocupes, muy pocos lo saben, no todos los oncólogos informan de ello. El caso es que ella nunca se curó y los suegros de mi hermano pretendían que él alquilara un vientre y les diera un nieto. Creo que fue ahí cuando él se dio cuenta de que nunca había querido tener hijos con ella y, entonces, le sobrevino otra vez la culpa. En la

actualidad, sus suegros piensan interponer una demanda, porque quieren conseguir los óvulos para procrearlos con otro esperma, aduciendo que no pueden superar la muerte de su hija.

Amanda prefirió no contarle lo de los embriones.

—Pero Janice hubiese querido hijos con Alex, no con otro.

—Exacto, por eso él nunca cedió.

—Ahora lo entiendo. Cuando nos conocimos, él me dijo que no podía darme

amor porque su vida era demasiado complicada.

—Pero se enamoró. Él te ama, Paula.

—Sí y yo, como si él no tuviera suficientes problemas, le traje algunos más. ¡Soy una imbécil! — exclamó y se puso a llorar. Amanda intentó calmarla—. Lo que más preocupada me tiene —siguió— es que no sé qué estará pensando de mí, igual se imagina que ya me olvidé de él.

—¿Con quién saliste el viernes?

—Con Gabriel, un amigo

que vive acá. Estoy segura de que Alex se enteró y sé que se va a enojar mucho. El viernes, cuando nos encontramos, me recriminó que hubiera ido a esperarme al aeropuerto. Ésa fue una de las cosas por las que terminamos discutiendo, porque él también había ido a buscarme.

—¿Y ese Gabriel es sólo un amigo para vos?

—Él querría ser algo más.

—Mi hermano debe de estar muy enfadado. ¿Sabés? Estuve pensando y es obvio que se enterará de que estás

al tanto de Janice.

—Sí, Amanda, yo también estuve pensando en eso. De qué otra forma podría explicarse mi cambio de predisposición hacia él. Tu hermano sabe perfectamente que, de no estar libre, no tendría posibilidades conmigo. Debo asumir todas las consecuencias de no haberlo escuchado, por comportarme como una chiquilla.

—Él tampoco actuó con demasiada adultez. Aunque sea mi hermano, no voy a hacer la vista gorda. Alex

tendría que haberte dicho la verdad desde un principio. —Paula hizo un mohín—. Ayer cuando hablé con él, le sugerí que podías enterarte de lo de Janice en casa de mamá y papá.

—¿Y qué dijo?

—¿En serio querés saberlo?

—Por favor.

—Que era mejor así, que te carcomería la culpa por haber desconfiado de él.

—Y tiene razón, así estoy, sólo espero que no sea tarde. Él me advirtió varias veces de que me arrepentiría.

—¡Ay, qué situación! ¡Los dos están muertos de amor!

—¿De verdad creés que está muerto de amor por mí?

—¿Todavía lo dudás? ¿Qué más tiene que hacer mi hermano para demostrártelo? ¿Por qué desconfiás tanto de él?

—Se trata de algo que me pasó y para mí también es difícil hablar de ello. — Tomó aire e hizo una pausa.

—No me cuentes, si no querés.

—No, está bien, tengo que quitarme ese estigma de encima.

Paula le explicó lo que le había pasado con Gustavo y Amanda, apenada, cerró los ojos e intentó ponerse en su lugar.

—¡Oh, claro! Supongo que eso explica tu inseguridad y también por qué te obcecaste tanto cuando creíste que Alex era un hombre casado.

—¿No piensan dormir, ustedes dos, hoy? —preguntó Chad asomándose por el resquicio de la puerta.

Paula miró la hora en su reloj. —¡Son las doce!

—¡Qué tarde, ni cuenta me había dado! —exclamó

Amanda—. Vamos, Paula, te llevo a casa.

—No, ¿cómo van a andar solas a esta hora? Las llevo yo —se ofreció él de muy buen grado.

—¿No querés quedarte a dormir acá? Hay lugar de sobra.

—Me encantaría, Amanda, pero mañana tenemos que ir a recoger a mi mamá al aeropuerto con Bárbara.

El miércoles por la noche, la madre de Alex había organizado una cena en su casa para que sus hijos conocieran a su amiga.

Durante la cena, July se enteró de quién era Alex, porque, como era el único que faltaba, Bárbara le acercó un portarretratos para mostrarle a su hijo menor.

Julia arrinconó a su hija a la primera oportunidad.

—Ana Paula Bianchi, ¿quieres explicarme qué pasa? ¡No entiendo nada!

—¡Chis! Pueden oírnos, mamá, y acá nadie sabe de mi historia con Alex.

—¿Estás loca, niña? ¡El sábado en la fiesta estará con su mujer!

Julia ya estaba al tanto de

todo, porque su hija, un día que estaba muy angustiada, se lo había contado por teléfono.

—No, mamá, él no tiene mujer, es viudo. Todo fue una terrible confusión.

—¿Qué?

—¡Calla, ahí viene Bárbara, después hablamos!

La familia Masslow era exquisita y oficiaban de excelentes anfitriones. La cena había sido muy hogareña y Paula y Julia se habían sentido muy cómodas. Cuando se fueron a dormir todos, la joven se

metió en la habitación de su madre y se deslizó en la cama junto a ella, como cuando era pequeña. July estaba rendida pero se dio cuenta de que su hija la necesitaba. Parecía un cachorrito buscando cobijo; entonces, y haciendo un gran esfuerzo para mantenerse despierta, la escuchó. Ésta le contó toda la biografía de Alex y lloró en sus brazos hasta que no le quedaron más lágrimas. Julia la besó interminablemente, la abrazó, le acarició la espalda, la cara y secó su

llanto hasta que ella se calmó.

—La cagué, mami, sé que no te gusta que hable mal, pero es la verdad.

—Paula, hija querida, si él te fue a buscar al aeropuerto es porque todavía le importás.

—Sí, mamá, pero quizá se cansó de rogarme que lo escuchara. ¿Y si conoce a alguien en Italia y se olvida de mí?

—Ay, Paula, no seas tan fatalista. ¿Por qué pensar que justo ahora va a conocer a alguien? Además, hija, si

él te ama no va a reemplazarte tan fácilmente.

—Pero podría pasar que ahora encontrara a alguien allá y se enamorase, como cuando me conoció a mí en Buenos Aires.

—Eso no sucederá. Vas a ver que, cuando regrese del viaje, se van a reconciliar.

—No lo sé, mami. Ojalá tengas razón, pero hay algo más. Vos sabés que yo vine acá por trabajo.

—Sí, claro, ya sé.

Entonces, Paula le habló de la oferta laboral que le habían hecho.

—¡Hija, vas a estar muy lejos! Pero... bueno, de todas formas, si te arreglas con él, igual te vas a venir a Nueva York, así que da un poco igual, ¿no?

—Todavía no acepté, mami.

—¡¿Qué?! Paula, es una gran oportunidad para vos, estás casi en la cúspide de tu carrera.

—Sí, lo sé, pero si Alex no quiere volver conmigo, no podré seguir trabajando a su lado, se me rompería el corazón a diario.

—Es un riesgo que tenés

que asumir. La vida no es fácil, hija. Decime algo y contestame con el corazón, ¿antes de enterarte de que Alex no tenía mujer, pensabas aceptar?

—No tuve tiempo de considerarlo, pero presumo que sí, porque quería demostrarle que, a pesar de todo, soy muy profesional.

—Entonces, perdoname, pero no sé a qué le estás dando tantas vueltas. No tenés nada más que pensar. Además, una oportunidad como ésta no se da todos los días. Dale, cambiá esa cara,

cuando viniste para acá, creías que todo estaba perdido con Alex. No entiendo por qué estás tan negativa. Te hicieron una excelente oferta laboral y, encima, el hombre al que amás está libre y piensa en vos. Paula, mi amor, todo va a ir bien. Ahora, a dormir, por favor, se me cierran los ojos. Pensá en positivo, hija.

—Tenés razón, mamá, no voy a esperar hasta el viernes. Mañana iré a Mindland a hablar con Joseph y le diré que acepto.

—Me parece una gran

decisión, ¡ésa es mi chica valiente!

—Si, mamá, perdoname por desvelarte y gracias por escucharme y por los mimos. Estoy muy feliz de que se haya dado esta coincidencia entre vos y Bárbara. Me encanta tenerte acá conmigo.

July le llenó la cara de besos y Paula se levantó y volvió a su habitación.

A media mañana, Mandy le anunció a Joseph que Paula estaba en el vestíbulo. Ella se asomó a la puerta del despacho y Joseph se puso

de pie para recibirla.

—Adelante, Paula, pasá, querida.

—Hola, Joseph, perdoname por venir sin previo aviso, pero esta mañana no encontré oportunidad para advertirte de que vendría, Bárbara estaba todo el tiempo a mi lado.

—Presumo, entonces, que tu visita tiene que ver con mi propuesta.

—Exacto, Joseph, tomé una decisión. Anoche me quedé hablando con mi madre hasta tarde. Quizá te

extrañe que, tratándose de mi trabajo, necesitara consultarlo con ella, pero estoy metida en un gran lío del que presiento que no tenés idea.

Joseph la miró a los ojos, entrecerró los suyos, frunció la boca y la cogió de las manos.

—¿Te referís a Alex?

Paula abrió los ojos como platos y se quedó con la boca abierta. —¿Vos lo sabías?

—La verdad es que la única que no está enterada en casa es Bárbara.

—¿Jeffrey también está al tanto?

—Tiene conocimiento de que ustedes mantuvieron una relación, nada más. No te sientas cohibida, lo que existió entre ambos pertenece a la intimidad de ambos.

—¿Él te contó?

Joseph asintió en silencio.

—¿Y hasta dónde sabes de nosotros?

—¿Por qué querés saber eso?

—Me gustaría saber cómo definió Alex nuestra relación.

Joseph sonrió.

—¿Y por qué me lo preguntás a mí? ¿Acaso no tenés claro qué hubo entre ustedes dos?

—Tenés razón, disculpá.

Paula había sonado un tanto desesperada y Joseph pensó en decirle que lo sabía todo, incluso el motivo de su ruptura, pero decidió no inmiscuirse y calló. Se levantó y sirvió café para ambos.

—Bueno, Paula, te escucho.

—La verdad, Joseph, es que desde que me lo

propusiste tenía claro que aceptaría, aun sabiendo que mi decisión significaría trabajar a diario con Alex. Mi carrera es muy importante y, por encima de todo, soy una profesional.

—Bien, pero... porque presiento que hay un pero, el tono de tu voz te delata.

—Tenés razón, hay una objeción, porque ahora las cosas han cambiado.

—¿No vas a aceptar?

—Depende de vos. Ahora que sé que Alex no está casado... Quiero decir, no sé si sabías el motivo por el

cual nos distanciamos...

—Sí, Paula, lo sabía —le confesó con una caída de ojos.

—De acuerdo, entonces no hay nada más que explicar. Sólo te diré que voy a intentar recuperar nuestra relación y, si vos no estás de acuerdo con que mezclemos el trabajo y la vida personal, no aceptaré tu oferta, porque mi prioridad en este momento es reconquistar el amor de tu hijo. Al día de hoy, no hay otra cosa que me importe más.

—Resuelvan su vida

privada como mejor les parezca, Paula, mientras eso no interfiera en la empresa. Además, debo decirte que estoy curado de espanto con mis hijos. Todos acabaron mezclando el placer con trabajo, salvo Edward. Por último, Paula... —Joseph se acercó y la cogió de las manos—, si yo no hubiese sabido que esto iba a ocurrir, ni siquiera te hubiese hecho venir. ¿Sabés una cosa? Me gustas como nuera —Paula se aflojó y sonrió tímidamente—. Hey, pequeña, ¡te acabo de decir

que me gustas como nuera y sólo recibo una sonrisa desteñida!

—Es que primero debo convencer a tu hijo de que me perdone.

—¡Bah, dalo por hecho! Vení acá y dame un beso y un abrazo. Cambiá esa cara, acabas de tomar una gran decisión y no te arrepentirás. Y estoy seguro de que yo tampoco.

—Gracias por la confianza.

Joseph le palmeó la mano y le sonrió con franqueza.

—Te lo has ganado.

—¿Cuándo le vas a contar a Bárbara?

—Será mi regalo de cumpleaños, pienso hacerlo en Los Hamptons.

—Y a Alex, ¿cuándo le vas a decir? ¿Le vas a comunicar que acepté?

—Hoy mismo, Paula. Si no lo hiciera, se enojaría mucho, y también se lo transmitiré a Jeffrey, aunque presumo que eso no te interesa tanto. Ambos se sonrieron.

—¿Puedo pedirte un favor? No es nada que te comprometa. ¿Podrías

decirle que iba a aceptar el puesto independientemente de cuál fuera su estado civil?

—Creo que de eso tendrás que convencerlo vos, pero veré cómo puedo sugerírselo.

—Gracias. Te dejo para que puedas seguir trabajando. Además, tenemos que acompañar a mamá a comprarse un vestido para el sábado.

—De acuerdo, Paula, estoy feliz de que hayas aceptado, sé que dejo Mindland en buenas manos.

—Gracias, Joseph, espero

no defraudarte.

—Sé que no lo harás.

Alex estaba en el hotel, recién duchado, y no veía el momento de regresar a Nueva York, porque no hacía otra cosa que pensar en Paula. Estaba vistiéndose para una cena de negocios que tenía con un ejecutivo interesado en adquirir una franquicia para abrir una tienda en Francia. Su móvil sonó y él lo cogió de la mesilla de noche. Era un whatsapp de audio que le había enviado Paula. Sus

manos temblaron, su corazón palpitó con fuerza y escuchó ansioso el mensaje; era la canción de Adele *One and only*. Sus acordes lo transportaron al día en que hicieron el amor con ese tema de fondo, que él había elegido. Aquella noche la había llevado a cenar a uno de los mejores restaurantes de Buenos Aires para festejar su nombramiento, y después, en su apartamento, le había hecho el amor durante horas y de todas las formas posibles. Al día siguiente, habían empezado

las llamadas. «¿Qué quiere decirme Paula con esta canción? ¿Por qué me la envía?»), se preguntó Alex azorado. Mientras hacía conjeturas, sonó el teléfono.

—Papá, ¿cómo estás? — contestó secamente.

—Bien, hijo, muy bien, tengo novedades, por eso te llamo. Pensé que te gustaría enterarte antes que nadie.

Alex supo de inmediato lo que esa canción significaba.

—Paula aceptó, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabés?

—Papá, ¿Paula entendió lo de Janice? —Alex estaba

seguro de que ella ya lo sabía y por eso había aceptado.

—Sí, hijo, lo sabe, tarde o temprano iba a enterarse. Esa verdad iba a salir a la luz en cualquier momento, pero ya había tomado la decisión antes.

—¿Cómo se enteró?

—Paula estaba refiriéndose a la enfermedad de su padre y tu mamá metió la pata.

—Está bien, te dejo, estoy arreglándome para salir, tengo una reunión con un francés que contactó

conmigo esta mañana para abrir una franquicia.

—¡Qué buena noticia! ¿No parecés muy contento con la decisión de Paula?

Alex no había dejado escapar ninguna emoción, hablaba en un tono neutro.

—Me siento un poco extraño, papá. Para serte totalmente sincero, necesitaría saber qué piensa ella en realidad. No veo la hora de volver.

Cuando cortó la comunicación con su padre, su teléfono volvió a sonar. Miró la pantalla y era Paula,

pero dejó que saltara el contestador; su venganza había empezado. «¿Ah, sí? De pronto te dieron ganas de hablar, pues ahora el que no quiere hacerlo soy yo. Voy a hacerte saber lo que se siente cuando rogás y no te dan ni una oportunidad.»

Capítulo 22

ALEX estaba volviéndose loco por hablar con ella, pero también pensaba hacerla sufrir. Estaba enfadado por muchos motivos: porque ella había arriesgado lo que tenían; porque no le había creído; porque lo había juzgado injustamente; porque le había negado sus labios y no había dejado que la tocara; porque había permitido que

ese idiota la abrazara, la fuera a buscar al aeropuerto e intentara besarla. Necesitaba que pagara por la bofetada que le había dado en plena calle, quería que rogara, quería que le remordiera la conciencia.

Paula insistió tres veces más, pero él seguía en sus trece. Puso su teléfono en vibración y partió hacia el restaurante japonés, donde lo estaban esperando y donde debía concentrarse en hacer buenos negocios, para eso había ido a Europa.

Cuando entró en el local,

le preguntó a la relaciones públicas si el señor Luc Renau había llegado. Ésta, en tono cordial, le indicó la mesa en que lo aguardaban un hombre y una hermosa mujer que lo acompañaba.

Su pelo castaño resaltaba sus infartantes ojos celestes, medía un metro setenta y sus curvas eran perfectas. Alex calculó que tenía implantes en el pecho, pero eran del tamaño idóneo, nada demasiado exuberante, aunque lucía un escote bastante atrevido. Era una mujer muy sensual. Alex se

acercó y se presentó.

Renau le estrechó la mano y le presentó a su hija Chloé; sería con ella con quien seguirían las negociaciones futuras. En otro momento, esa mujer hubiese sido objeto de su deseo y, además, se dio cuenta de que él no le resultaba indiferente, puesto que el cuerpo de la francesita comenzó a enviarle señales de atracción. Él siempre había sido muy observador para esas cosas, pero ese día se consideraba fuera de juego, pues en su cabeza sólo

existía Paula.

Durante la comida estudió a Luc Renau; le encantaba analizar a la gente con la que trataba en los negocios, para encontrar sus puntos flacos para seducirlos. Concluyó que Renau tenía un típico carácter civil, característico de los franceses; era robusto, vestía de forma innovadora y parecía saber un poco de todo, sin resultar pedante ni altanero. Lo consideró un águila en cuestiones financieras y su hija no se quedaba atrás, sin duda había tenido un gran

maestro. No debía subestimarlos, ya que sabían lo que querían, pero Alex notó que la debilidad de aquel hombre era su hija, así que le entraría por ahí.

Conversaron abiertamente de los asuntos principales y de lo que cada uno ambicionaba. Alex le explicó que Mindland tenía ciertos estándares y políticas inamovibles y características de la marca. También les aclaró que, si ellos pretendían adquirir una franquicia, Mindland International se encargaría

de los controles periódicos. En otras palabras, ellos explotarían el negocio y se llevarían ganancias sustanciales, pero la compañía tendría participación activa en esos beneficios. Eso implicaba, por su parte, que la entrega de la mercancía llegaría a tiempo y de forma correcta. La cena no se extendió demasiado. Alex estaba bastante disperso, con Paula en mente, y le costó concentrarse. Finalmente, una vez aclarados todos los aspectos de la negociación,

quedó en enviarles un contrato para que lo analizaran y luego se despidieron. Alex había notado vibrar varias veces su móvil, se había fijado y eran whatsaps de Paula que, por supuesto, no pensaba contestar, aunque estaba ansioso por leerlos.

El último que recibió fue desestimado de inmediato, porque era de Rachel. Parecía que esa mujer no pensaba rendirse nunca, por más que él la despreciara; ¡estaba tan arrepentido de haber echado un polvo con

ella!

Ya en la suite del Armani, Alex se desvistió para meterse en la cama, y se dispuso a leer los mensajes que ella le había escrito.

—Perdoname, mi amor. Sé que yo no lo haría si fuese al revés, pero vos no sos yo. Te lo ruego. Estoy desesperada.

Alex sonrió triunfador, tenía mucha rabia acumulada; recordaba su desconfianza, sus desprecios, sus insultos y la ira lo invadía. Le indignaba que lo hubiera creído tan ruin cuando él simplemente

había puesto el corazón en sus manos.

Ella había arriesgado el amor que tenían y le daba mucha rabia que hubiera salido con el idiota ese, que le hubiera permitido que se le acercara hasta rozarla con su aliento, que lo hubiera alentado a pensar que podía poseerla. Se enfurecía al imaginar que él la había tocado, aunque sólo fuera para ayudarla a bajar del coche, porque a él el viernes no lo había dejado ni acercarse. ¡Y él necesitaba tanto sentir su piel! Leyó el

otro mensaje:

—Te amo, Alex. No hubo ni un solo día en que no pensara en vos, creí que iba a perder la razón. Extraño tus besos, tus caricias, tu perfume; echo de menos esas conversaciones que teníamos en la noche antes de dormirnos. Me falta tu sonrisa, esa que me desarma. Necesito despertarme y poder mirarte dormir a mi lado para sorprenderme pensando: «¿Por qué este hombre tan maravilloso se fijó en mí?», Extraño lavarme los dientes

a tu lado y verte afeitándote en mi casa, frente al espejo. Anhelo despertarme de mañana y que desayunemos juntos, el aroma de las tostadas francesas en mi cocina, poder servirte el café y ponerle dos de edulcorante y revolverlo mientras vos revisás tu móvil. Echo de menos el café de media mañana, los almuerzos juntos, los besos en el aparcamiento, las miradas cómplices en el ascensor. Quiero volver a decirte Ojitos, Blue Eyes y todas las estupideces que se

me ocurrían y que vos festejabas.

»Quiero tus ojos perdidos en los míos y los míos en los tuyos cuando hacemos el amor, cuando te siento temblar. Me urge volver a rendirme en tus brazos, sentirme mujer, porque sé que sólo con vos puedo estar así. Necesito que vuelvas a vaciar tu simiente en mí y que te pierdas en mis caricias y en mis vaivenes. Extraño nuestra intimidad, el mundo que habíamos creado para nosotros y nuestra rutina.

»Podría seguir enumerándote las cosas que me faltan de vos, pero la lista sería interminable, porque mi amor por vos es infinito.

»Hace dos meses y medio que no existo, sólo duermo, me alimento y camino porque mi corazón sigue latiendo.

»Estos dos meses y medio fueron los más largos y penosos de mi existencia. Lo que sufrí y sufro por no tenerte a mi lado es incomparable a ningún otro dolor por el que haya

pasado.

»Te amo, mi vida. Recuerdo el último día en la oficina y entiendo que quisiste protegerme diciéndole a Natalia tantas mentiras, perdón... perdón por no haberme dado cuenta de lo que intentabas hacer y sólo creer que era un juego perverso.

»Perdón por no haber confiado en vos, por los insultos, por mis malos pensamientos, por lo injusta que he sido, por no escucharte y por creer siempre lo peor.

»Sólo espero que no sea demasiado tarde y que puedas perdonarme.

*»PERDÓN, PERDÓN,
PERDÓN, PERDÓN,
PERDÓN, PERDÓN,
PERDÓN, PERDÓN...*

Paula esperó en vano una respuesta que nunca llegó. Él secó las lágrimas que se escurrían por sus mejillas al leer y releer ese mensaje. Ambos habían extrañado lo mismo. Alex estuvo a punto de llamarla, pero se obligó a no hacerlo, a darle un poco más de su propia medicina. La iba a perdonar, por

supuesto. Lo había decidido ya cuando lo había llamado por primera vez, pero no se lo diría hasta que volviera a verla.

Sólo pensaba en ese reencuentro, en besarla, en abrazarla, en oler su cuello. ¡Si Paula supiera que se había comprado una botella de J'adore para perfumar su almohada por las noches y creer que la tenía a su lado! Desde que había empezado a hacer eso dormía un poco mejor.

Mientras releía los mensajes y volvía a pasar,

una tras otra, todas las fotos de Paula que guardaba en su móvil, llegó otro mensaje de Whatsapp.

—Hasta mañana, mi amor, me voy a dormir. Sé que leíste mis mensajes y me duele muchísimo que no me contestes, pero creo que me lo merezco. Te amo, espero que te guste la canción. Es un resumen de todo lo que quiero, siento y deseo.

Paula le adjuntó el tema *Más y más*, de Draco Rosa y Ricky Martin:

Más, si te acercas un poquito más, me meterás en

ti.

*Más, si te sueño más, ya no
podré dormir, nunca jamás.*

*Así, susurrándome, tú, te
vienes a mí, y mi habitación
se*

*llenará de verde agua de
mar, verde, que me pierde.*

*Más y más, si más te quiero,
quiéreme, tú mucho más.*

*Más y más, dentro de mí,
entrarás, tú, más y más, tú,
más y más.*

*Yo no sé cómo abrazarme a
tus brazos y no sufrir.*

Alex la escuchó, le
encantó y sólo pensó en el
momento en que pudiera

volver a estar dentro de ella otra vez. «Mucho más, mi vida, mucho más te quiero», repitió para sus adentros hasta que el sueño lo venció.

Era viernes después del mediodía. Paula estaba bastante desanimada porque Alex seguía sin contestarle. Lo había estado llamando por la mañana y no le había atendido ni contestado ningún whatsapp, aunque los había leído.

Partían para Los Hamptons porque ese día también iban los encargados de montar la carpa que

albergaría a los invitados en el jardín. Por otro lado, a la mañana siguiente había que recibir a todos los proveedores de la fiesta de cumpleaños y Bárbara quería supervisar todo en persona. Paula empezaba a darse cuenta de que era un gran evento. En la camioneta iban Bárbara, Ofelia, su madre y ella; Joseph las seguía en coche por detrás.

Tecléo un mensaje rápido en su iPhone.

—*Vamos de viaje hacia Los Hamptons. Hubiese querido quedarme para ir a buscarte*

mañana al aeropuerto, pero como tu madre aún no sabe nada de nuestra relación, no he podido encontrar una excusa válida para no acompañarla. Estoy contando las horas para volver a verte y te aseguro que se me hacen interminables.

Alex sonreía leyéndola; él también estaba ansioso, pero se había impuesto no hablarle hasta llegar e iba a cumplirlo.

—*Paramos a cargar gasolina. Alex, decime «hola», por favor, para*

saber que puedo albergar una esperanza en mi corazón. Si seguís sin contestar, quizá sea mejor que no te envíe más mensajes, pues empiezo a pensar que todo terminó definitivamente. Quizá sea lo que me merezco.

Era frustrante esperar una respuesta que nunca llegaba, Paula se angustiaba mucho y pensaba cosas horribles. Probó a enviarle otra canción, *Please remember*, de Adele, pero tampoco le contestó.

—*Ya llegamos, la casa de*

tus padres es hermosa y enorme. Estoy asombrada y boquiabierta. ¡Esto es de ensueño! Tu mamá me acaba de mostrar las tres habitaciones que quedan libres y me dijo que me eligiera una, ¿cuál me aconsejás?

«Ninguna —pensó Alex —, porque vas a dormir conmigo.» La joven cada vez lo tentaba más, pero él no iba a dar su brazo a torcer.

—Como no me contestás, empiezo a creer seriamente que no querés saber nada de

mí. Estoy bastante angustiada, pero sé que soy la única culpable. Sé que te cansé. Elegí la habitación más alejada de la tuya, mejor no te molesto más.

«Mi amor, no te preocupes, ya falta poco para que estemos juntos», le respondía Alex en su mente.

A la mañana siguiente, Paula volvió a insistir:

—¡Buen día! Ya sé que dije que no te molestaría más, pero no pude cumplir. :- (Anoche dormí muy mal, tuve una pesadilla y soñé que habías conocido a

alguien.

» ¡Tengo tanto miedo de haberte perdido! Supongo que ya estarás viajando, así que me consuelo pensando que no me contestás por eso. No veo la hora de que llegues. La casa es un caos de gente, bueno, ya sabrás cómo es esto. Nunca imaginé que sería una fiesta tan grande, ¡es un fiestón de cumpleaños! Están adornando la carpa, ya llegaron las flores y están armando las mesas, poniendo las luces. La cocina está invadida por el

servicio de comida y acaba de llegar la orquesta, que está probando el sonido. Por suerte, el día está perfecto, no hace frío, es una hermosa mañana de primavera. Te extraño tanto, mi amor.

Joseph acababa de entrar en la carpa donde estaban las mujeres supervisando los preparativos de las mesas.

—¡Mujeres, llegó la peluquera!

—Vayan primero ustedes —dijo Bárbara—. Yo me quedo acá dando instrucciones, déjenme para el final.

Faltaban pocas horas para que comenzaran a llegar los invitados, las mujeres estaban peinadas y maquilladas y ya habían empezado a vestirse. Parecía un desfile de alta costura.

Amanda y Chad habían llegado, también Edward con Lorraine, los mellizos y la niñera. Jeffrey y Alison estaban ahí desde la noche anterior.

Los hombres también se estaban preparando, porque la fiesta era de etiqueta y todos debían ir de esmoquin.

Paula fue la última en

bajar y, cuando apareció en la gran sala, todas coincidieron en que parecía una estrella de Hollywood. Había elegido un vestido dorado despampanante, bordado con piedras en todo el canesú, con escote en V y finos tirantes. Sin duda, iba a encandilar a todo el mundo en la pista de baile.

También se había dejado el pelo suelto con ondas bien marcadas.

Estaba nerviosa, le temblaban las manos y su corazón palpitaba con fuerza. Por fin iba a verlo, y

terminarían la espera y la incertidumbre; necesitaba aclararlo todo, saber si él seguía sintiendo cosas por ella. Ansiaba que así fuera por encima de cualquier otra cosa en el mundo.

Amanda intentó tranquilizarla.

—Estás hermosa, a mi hermano se le van a aflojar las piernas cuando te vea.

—¡Exagerada! ¿Hablaste con él, ya llegó?

—Sí, pero sólo me envió un mensaje, andaba con el tiempo justo. Iba a cambiarse a su apartamento

y venía directamente.

—Estoy nerviosísima, hace tres días que lo llamo, le envío whatsapps y, nada, no me contesta. Anoche tuve una pesadilla y soñé que había conocido a alguien en Milán y que se olvidaba de mí.

—No seas tonta.

—Vos no estás en mis zapatos —protestó Paula.

—Por supuesto que no, tus Louboutin no me entran, los míos son dos tallas más —bromeó Amanda.

Las luces del jardín, de la casa y de la piscina estaban

todas encendidas, y le conferían a ésta un aspecto que emulaba el mejor estilo de una mansión mediterránea, con columnas que sostenían el balcón circular de la fachada posterior.

La carpa instalada en el jardín resplandecía en la noche como un gran destello verde. La decoración combinaba de forma exquisita clasicismo y modernidad, con entelados y muchas flores, arañas de caireles y una pista de baile flotante que formaba un

damero. La puesta en escena era impecable; una iluminación suave, mantelería en gris plomo y sillas plateadas.

Una rosa blanca colocada sobre cada plato recibía a los invitados y a cuyo tallo estaba atada una cinta verde de la que colgaba la tarjeta que los ubicaba en la mesa. Ningún detalle se había dejado al azar, todo estaba pensado y calculado.

La familia aguardaba en la sala principal bebiendo champán a que los invitados empezaran a llegar. A

medida que lo fueron haciendo, se dirigieron hacia el corazón de la fiesta para recibirlos como buenos anfitriones. Los comensales eran acompañados hasta la carpa por el personal dispuesto para la ocasión. Allí, una gran banda tocaría toda la noche una extensa selección de clásicos. Las fiestas en la mansión de los Masslow tenían mucho estilo y nadie quería perderselas. Paula y July tenían el privilegio de acompañarlos ese día como sus invitadas especiales.

Alex estaba saliendo de su apartamento cuando sonó su teléfono, Heller lo esperaba en la calle.

—Hola Alex, soy Bob. Querido, te llamo para pedirte un favor —le espetó.

—Sí, Bob, decime. ¿En qué puedo ayudarte?

—Yo ya estoy en Los Hamptons y quisiera saber si ya saliste para acá.

—Estoy a punto de hacerlo, ¿por qué?

—Es que a Rachel no le arranca el coche. La muy cabezota no quiso venir con nosotros y aún está en su

apartamento. Y hasta que consiga uno, llegará quién sabe a qué hora. Tu padre me sugirió que te llamase a ver si aún estabas en Manhattan.

—Descuidá, tío Bob, yo la paso a buscar. —Puso los ojos en blanco—. Por favor, avisale de que espere en el vestíbulo del edificio para no retrasarnos más; en quince minutos estoy ahí.

Para Alex era imposible negarse a una demanda de Bob, el mejor amigo de su padre, aunque en esa ocasión hubiera tenido ganas de

hacerlo. Llegó al apartamento de Rachel y ella ya lo estaba esperando. Heller bajó a abrírle la puerta para que se acomodase en la parte trasera del coche, junto a Alex.

—Hola, bombón, gracias por venir tan pronto.

Cuando subió, intentó besarlo en la boca, pero él apartó la cara.

—Tuviste suerte de que aún no me hubiera ido. Por favor, Rachel, no te pongas pesada, no estoy de humor. Llegué hace apenas una hora

de un viaje eterno y tengo jet lag, no me fastidies.

—Cada día estás más antipático conmigo, antes de que nos acostáramos me tratabas mucho mejor.

—Antes no me asediabas con tanto descaro, no sigas metiendo la pata.

Hicieron el resto del viaje en el más profundo silencio. Alex entrecerró sus ojos, esperando y ansiando que se le calmara un poco el dolor de cabeza, pero además para evitar tener que hablar con ella. En su adormecimiento, imaginaba a Paula; estaba

tan ansioso por verla para decirle cuánto la amaba. Sólo abría los ojos de vez en cuando para mirar su Vacheron Constantin con ansiedad.

La carretera estaba muy despejada, por lo que Heller recorrió el trayecto hasta la mansión en sólo dos horas.

Alex bajó y no se preocupó de abrirle la puerta a Rachel y mucho menos de esperarla; con un ademán le indicó a su chófer que lo hiciera él. Entró con el ánimo febril, cruzó el vestíbulo y el pasillo que

llevaba al jardín a zancadas, desesperado por verla, y entró en la carpa. La buscó entre la gente y la vio: estaba de espaldas a la entrada hablando con su hermana. La elegancia de su figura le nubló la vista.

—Tranquila, ha llegado mi hermano.

Amanda la agarró del brazo mientras le alcanzaba una copa de champán. Paula empalideció y sorbió nerviosa.

—¡Será zorra! No te des la vuelta —exclamó Amanda, tenía sus ojos clavados en

Alex con furia.

—¿Qué pasa? Me estás asustando. ¿Por qué maldecís así y ponés esa cara?

—Llegó con Rachel, está como una garrapata agarrada de su brazo.

—¿Qué? ¿Con esa zorra de plástico? Te lo dije, Amanda, tu hermano no quiere saber nada más conmigo.

—¡Ah! Veo que a vos tampoco te cae bien, ¡cuántas cosas tenemos en común, Paula!

Ella no aguantó más y se

volvió furtivamente, necesitaba verlo y encontrar su mirada. La mujer se había aferrado al brazo de Alex, pero él la miró con odio después de descubrir los ojos amenazadores de su hermana melliza. En el preciso momento en que Paula se giró, él se deshizo de Rachel y la dejó sola en la entrada mientras saludaba a otros invitados.

—Vamos hasta la mesa, no quiero quedarme acá, me tiemblan las piernas y tengo ganas de llorar. Todo se terminó, estoy segura.

—No, no me hagas eso, Paula, no llores.

Amanda esa noche estaba del lado de la argentina y, si él estaba buscando venganza, no iba a ser su cómplice.

La orquesta estaba dispuesta en uno de los laterales de la enorme carpa, de espaldas a la Bahía de Mecox. Los invitados pululaban por la pista de baile, sin ocupar aún sus sitios, degustando los canapés que les ofrecían. Muchos que se habían enterado de la apertura de

Mindland en Italia se acercaban a Alex para felicitarlo, él extendía la mano y contestaba de forma mecánica. Quería desembarazarse de todos y ver a su chica de una vez.

Frente a la gran orquesta y separadas por la pista, se habían dispuesto las mesas en forma de U. En la central, estaban sentados el matrimonio Masslow, los padres de Joseph, Ofelia, July y Paula. Además, estaba libre el lugar designado a Alex y, a su lado, se habían sentado

Amanda, Chad y el matrimonio Evans. Mientras Joseph conversaba con su amigo, Julia, que se expresaba muy bien en inglés, ya había hecho buenas migas con Serena Evans y con la señora Hillary Masslow.

Al final, Alex se excusó con los invitados que lo detenían y esgrimió una disculpa para ir a saludar a su madre y fue decididamente a su encuentro. Ésta resaltaba en la pista con su vestido rojo chillón. La abrazó por detrás

y la llenó de besos. Paula los miraba desde una distancia prudencial. Él estaba muy elegante y distinguido, con su esmoquin negro de dos botones y con solapas de seda; parecía un dios griego, su porte era magnífico. Llevaba también una camisa con botones de azabache, una pajarita negra y un chaleco de seda. Al abrazar a Bárbara, la manga de su chaqueta dejó al descubierto los gemelos de platino que decoraban los puños de su camisa. Su atuendo se completaba con unos

zapatos de charol con cordones de Salvatore Ferragano; parecía el maniquí de un escaparate de la Quinta Avenida.

—¡Alex! Hijo querido, estaba preocupada al ver que no llegabas.

—Acá estoy, no me perdería tu fiesta de cumpleaños por nada en el mundo. —Volvió a abrazarla, la cogió de una mano y la hizo girar para admirarla—. Estás hermosa, mamá, el rojo te sienta muy bien —le dijo guiñándole un ojo.

—Ya me lo dijeron unos cuantos hoy. Y mirá que yo que no me decidía por este color, pero Amanda y Paula insistieron.

—Sin duda, fue una gran elección. Cerrá los ojos, tengo algo para vos que va a combinar muy bien con ese vestido rojo.

La mujer hizo caso de inmediato y Alexander metió la mano en su bolsillo para sacar una caja negra con el logo de Bvlgari.

—Ya podés abrirlos.

Bárbara le hizo caso y se encontró con el estuche, que

cogió entre sus manos y abrió, para descubrir un anillo de platino con hileras de diamantes y un rubí en forma de gota.

—¡Alex, es hermoso! — exclamó su madre y lo sacó de la caja para ponérselo.

En ese momento, Rachel se acercó a ellos.

—Feliz cumpleaños, Bárbara.

—Hola, corazón, mira lo que me regaló Alex, ¿no es hermoso?

—¿Tu hijo o el anillo? — Alex puso los ojos en blanco.

—El anillo, Rachel. Es obvio que mi hijo también lo es.

Alex sonrió por compromiso, besó la mano de su madre, volvió la cabeza, hastiado de la presencia de Rachel, y se dio cuenta de que Paula estaba sentada frente a ellos y los miraba. Su corazón palpitó con fuerza.

—Sí, ambos son hermosos, tienes razón, y ese anillo es una verdadera belleza. Alex siempre ha tenido muy buen gusto. Pero, Barby, mi saludo viene

con un reproche porque no me has colocado en la mesa principal protestó Rachel con un mohín.

—Lo siento, cariño, es que llegaron una amiga mía de Argentina y su hija y no me quedaban sitios libres, pero te puse al lado de Alison y Jeffrey, y también estarás con Edward y Lorraine.

—No te preocupes, hoy estoy muy bromista — mintió ella, furiosa porque no estaba sentada con Alex; se sentía marginada.

—Vamos a sentarnos, mamá.

—Sí, querido, vamos y así les muestro mi regalo. Además, te quiero presentar a mi amiga.

Rachel los siguió y fingió que iba a saludar a sus padres. Amanda fue la primera en echarse en brazos de Alex, que la abrazó y la llenó de besos.

—Me vas a quitar todo el maquillaje y me vas a arruinar el peinado, hermanito, no seas tan efusivo.

—Te extrañé, no seas tan protestona.

Volvieron a abrazarse y

Amanda aprovechó para hablarle al oído: —Voy a matarte, ¿por qué llegaste con Rachel? —Él no podía contestarle con sinceridad, así que sólo atinó a decir:

—Pura coincidencia, no te preocupes por nada.

Fue a saludar a sus abuelos y a Ofelia que, como siempre, lo aduló; Alex era su preferido y ella no lo había disimulado nunca.

—Ay, doña Hillary, ¡quién pudiera ser una veinteañera para tener posibilidades con este jovenazo que tiene usted por nieto! —Alex le

guiñó un ojo y le susurró al ama de llaves en el oído:

—Lo siento, querida, mi corazón ya tiene dueña, no tengo ojos para nadie más.

—¿De verdad?

—¡Chis! En un rato te la presento. —Se estrechó en un abrazo con su padre ofreció un cálido saludo al matrimonio Evans. Bob aprovechó en ese instante para agradecerle que hubiera ido a buscar a Rachel, cosa que aclaró las dudas de Paula y Amanda. Después, su madre le presentó a Julia.

—Encantado, señora,

realmente es un placer conocerla, no salgo de mi asombro. Es increíble que se hayan reencontrado a través de Paula, es extraordinario cómo se han dado las cosas.

—Yo también estoy encantada de conocerte, pero llámame July. Fue una gran coincidencia que nos hayamos vuelto a encontrar con Bárbara. ¿Sabés, Alex? Creo que es el destino, las casualidades no existen. — July le acarició la barbilla y le besó la frente—. Es un placer conocer a todos los hijos de mi amiga.

Paula le había esquivado la mirada en todo momento, estaba furiosa porque había llegado con Rachel a la fiesta, aunque al parecer no hubiera sido por decisión propia. Alex la había dejado para el final adrede, pero mientras hablaba con July, los ojos se le iban hacia ella. Estaba encantadora, particularmente hermosa; no había mujer más abrumadora en toda la fiesta, sólo ella, su Paula.

—¿No saludás a Paula, cariño? —le preguntó su madre.

—Por supuesto —contestó Alex y se dio la vuelta.

La joven levantó la vista tímidamente.

—Hola.

—Hola, estás hermosa —le habló muy bajo para que sólo ella lo escuchara y le dio un beso en la comisura de los labios.

—Gracias.

Amanda seguía toda la escena sin ningún disimulo.

Alex cogió a Paula del brazo sin pensarlo y movió la silla para que se pusiera de pie, pillando a todos por sorpresa. Fijaron su atención

en ellos con algo de desconcierto.

—Mamá —dijo él mientras obligaba a Paula a levantarse—, te pido que esperes unos minutos para dar comienzo a la fiesta, Paula y yo en seguida regresamos, no empieces sin nosotros —le advirtió antes de irse.

Alex la sacó hacia afuera y Amanda ahogó una risita. Estaba feliz, pero Joseph la miró iracundo y, entonces, Bárbara empezó a notar que algo extraño pasaba.

—Vos o tu hija, ¿me

pueden explicar qué está pasando? Porque presiento que ustedes saben por qué Alexander fue tan grosero con Paula, por poco se la lleva a rastras.

July casi ni respiraba, su amiga era prácticamente la única de la familia que no sabía la historia y sintió pena por ella.

—No te preocupes —intervino—, no me pareció grosero, se ve que tenían que hablar.

—Alexander nunca se comporta así, si lo conocieras mejor lo sabrías.

Acá hay gato encerrado —le susurró.

Rachel estaba furiosa, se había quedado de piedra al lado de sus padres y Alex no le había dedicado ni una sola mirada.

Alexander arrastró a Paula hasta fuera de la carpa sin mediar palabra y, cuando la hubo alejado de las ciento cincuenta miradas curiosas, la cogió por la nuca y la cintura y la besó. La aprisionó contra su cuerpo con desesperación y ella, aunque primero se quedó tiesa, luego respondió del

mismo modo; se aferró a su cuello, le enredó sus dedos en el pelo y le entregó su lengua. Él le engulló la boca, lo había ansiado desde que la había visto en la mesa y supo que tendría que sacarla de ahí porque necesitaba hacerlo sin privarse de nada. Ese beso hubiera escandalizado a más de uno. Después de un rato, cesaron en su frenesí y separaron sus labios.

—Ahora debemos volver, luego hablamos.

Pero ella se plantó en el césped, le dio un fuerte

abrazo y cerró los ojos, como si no quisiera que él se le escapase. Alex respondió de la misma forma, sólo deseaba tenerla entre sus brazos y huir de todo mal, pero debían volver.

—Te amo, mi amor, te amo —le dijo clavando sus ojos verdes en los azules cristalinos de él.

—Yo más... —La tomó de la mano, le besó los nudillos y le sonrió de manera seductora—. Todo va a estar bien —le aseguró.

De regreso a la mesa, le retiró la silla y se la arrimó

para que se sentara. Por último, le ofreció una sonrisa y un guiño, cogió su mano y se la volvió a besar cuando se acomodó en su sitio junto a ella.

—Ahora, sí, mamá, podés dar comienzo a tu fiesta, ya estamos todos tus hijos — sugirió Alex, mientras Joseph, por atrás y con una mueca chistosa, le indicaba que se limpiase de los labios los restos de carmín. Alex sacó su pañuelo y lo hizo, Paula quería enterrar su cabeza en el suelo.

—Voy hasta el micrófono,

cuando regrese tenemos que hablar —le advirtió Bárbara a su hijo con un dedo en alto—. Y vos dejá de ser tan poco disimulado —amonestó a Joseph.

Rachel había seguido furiosa toda la escena desde lejos, se había retirado hasta su mesa y se estaba tomando el champán como si fuera agua.

El maestro de ceremonias pidió silencio y los instó a todos a que se colocaran en sus lugares. Cuando, por fin, se hizo el orden, los invitados estaban

expectantes y Bárbara subió fulgurante al escenario en medio de un aplauso general. Sus hijos varones silbaban apasionados y agitaban su servilleta vitoreando a su madre fuera de todo protocolo. Al final, muy emocionada, lanzó besos a sus hijos, agradeció a todos su asistencia y los instó a que comieran, bebieran y se divirtieran muchísimo.

La mujer bajó del escenario y volvió a la mesa entre saludos y felicitaciones. Después

empezaron a llegar los camareros para servir el primer plato. Hillary, la madre de Joseph, se dirigió a su nieto mientras cortaba un bocado:

—Alex, aclárame algo, cariño, porque creo que estoy casi tan perdida como tu madre. ¿Esta niña, hermosa y dulce, es tu novia?

Él miró a la aludida, que estaba roja como un tomate, dejó el tenedor, le cogió la mano, se la besó y les dijo a todos:

—Sí, Paula y yo somos

novios.

Amanda saltó despedida de la silla para abrazarlos, Paula estaba atónita. Bárbara no podía reaccionar.

—¿De verdad? —preguntó tocándose el pecho y un tanto incrédula por las palabras que había dicho su hijo pequeño.

—Sí, mamá, ¿no te ponés contenta?

—Por supuesto, es que estoy a punto de llorar y se me va a correr el maquillaje.

—Entonces, no llores —le sugirió Alex— y danos un abrazo en vez de lágrimas.

Uno a uno todos fueron felicitándolos, la mesa era un alboroto. Julia abrazó a su hija y también a Alex; Paula no podía creer lo que estaba pasando. Él la tenía agarrada por la cintura y no paraba de besarle el pelo. Sus hermanos, que estaban en la mesa de al lado, se acercaron después de que su madre los llamara, para ver qué sucedía.

—¿Por qué tanta algarabía? —preguntó Jeffrey.

—Es que tu hermano y Paula acaban de anunciarnos

que son novios.

—¡Ah, eso! Felicidades, por fin se aclaran las cosas.

—¿Vos también lo sabías?
—le preguntó su madre atónita—, porque estos dos sí eran conscientes —añadió señalando a su esposo y a su hija—. Y no sé por qué presumo que Chad y Alison también. ¿Quién más lo sabía? ¿O acaso yo era la única que no estaba al tanto?

—Yo no lo sabía —mintió July en solidaridad con su amiga, para que no se sintiera tan descolocada.

Y Paula pensó: «Yo

tampoco lo sabía, Bárbara, no te preocupes».

—En realidad nadie estaba al corriente, mi amor —intervino Joseph—, sólo al tanto de que entre ellos había habido algo, pero recién ahora nos estamos enterando de que son novios.

—Sí, pero todos sabían algo menos yo.

—Tomátelo como un regalo de cumpleaños, mamá —trató de engatusarla Alex.

—Dejá de mentirme, hijo, tu madre siempre se entera de las cosas en último lugar.

—Bárbara, no exageres, no es para tanto —la regañó Ofelia.

—Yo sigo sin entender — insistió la abuela—. Estas relaciones que hay entre los jóvenes yo no las comprendo, ahora están juntos, se besuquean, y a veces algo más, porque yo no me chupo el dedo, pero no son novios hasta que lo anuncian.

—Abuela, ahora son novios formalmente, quieren compartirlo con todos nosotros. Antes, la relación sólo era entre ellos dos —

intentó explicarle Amanda.

—Mamá, son adultos —le explicó Joseph. Alex se reía y Paula estaba roja de vergüenza.

—En nuestros tiempos, para poder besar a una mujer, primero teníamos que ser novios y pedir su mano. ¡Cómo han cambiado las cosas! ¡Ahora, hasta se van a vivir juntos antes de casarse! —exclamó el abuelo—. Y que conste que sólo es un comentario, no critico a nadie.

—¡Ay, don Masslow! ¡No va a negar que ahora es más

divertido! saltó Ofelia mientras le guiñaba un ojo; el abuelo se carcajeó.

—¡Ya lo creo! —asintió el hombre—. Se lo pasan mucho mejor que nosotros. —La risa fue generalizada en la mesa.

Bárbara y Joseph inauguraron formalmente la pista al ritmo de *In the Moon* y demostraron ser muy buenos bailarines. Después de ovacionarlos, sus hijos varones se levantaron y bailaron con Bárbara, hasta que ella terminó el baile con su esposo. Tras la primera

pieza, sonó *Oceans Eleven* y el maestro de ceremonias invitó a todos a bailar; Alex cogió a Paula de la mano y la llevó hacia la pista.

—Estás hermosa con ese vestido, las luces de la fiesta parecen insignificantes a tu lado —él la miraba embelesado.

—Exagerado, vos también estás muy lindo. Me dan ganas de comerte a besos.

—Hum, qué tentación —le susurró Alex con los ojos cerrados.

—No puedo creer que estemos bailando juntos y

que hayas dicho lo que dijiste en la mesa.

—¿Querés ser mi novia?

—Creí que ya lo éramos, eso dijiste, pero sí, claro, acepto.

Se rieron, entrelazaron con fuerza sus manos y él se afianzó a su cintura.

La orquesta siguió con *Hit the road, Jack*, y Alex no paraba de reírse y de besar a Paula en la mejilla y en el pelo. Estaba feliz y la hacía girar en la pista para que se luciera y para que todos lo envidiaran por estar a su lado. Después, empezaron a

tocar *Love* y una cantante la interpretó majestuosamente.

—Ésta es la canción de mis padres —le explicó él.

—Es bellísima.

Paula se acercó a su cuello y lo olió mientras daban vueltas; Alex era suyo, sentía que flotaba entre las nubes mientras él la hacía girar y girar. Para bajar un poco las pulsaciones de los invitados, empezó a sonar *What a wonderful world*.

—Te amo, Alex.

—Yo te amo más.

—No nos separemos nunca más —le suplicó ella.

—Nunca más —le aseguró él.

Al rato, Alex le cantó al oído la siguiente canción, que fue interpretada en vivo por una pareja de cantantes:

Unforgettable, that's what you are

Unforgettable though near or far

Like a song of love that clings to me

How the thought of you does things to me

Never before has someone been more

Unforgettable in every way

In addition, forever more,

*that's how you'll stay
That's why, darling, it's
incredible*

*That someone so
unforgettable*

*Thinks that I am
unforgettable too*

*Unforgettable in every way
In addition, forever more,
that's how you'll stay*

*That's why, darling, it's
incredible*

*That someone so
unforgettable*

*thinks that I am
unforgettable too*

Cuando la letra de la
canción empezó a repetirse,

él le habló:

—Te extrañé tanto, mi amor, me hiciste tanta falta, Paula.

—Yo te extrañé más.

—Mentira, porque me hiciste sufrir mucho.

—Yo también sufrí, Alex, vos también pudiste haber hecho algo para evitarlo.

—Chis, ahora no nos reprochemos nada, disfrutemos del momento, del aquí y ahora. Te prometo que hablaremos de todo —le dijo y la besó en la nariz; ella se aferró a su cuello—. No puedo creer que te tenga

otra vez entre mis brazos.

—Yo tampoco doy crédito a todo esto.

—¿Así que te venís a vivir a Nueva York?

—Con o sin trabajo, me quedo acá, tenelo claro.

—¡Ésa es mi chica!

—¿No estás cansado por el viaje?

—Estoy muerto, pero inmensamente feliz y nada me importa más que disfrutarte y compartir mi felicidad con mis seres queridos. Ha sido el viaje más espantoso de mi vida — siguió diciendo—, sólo

quería regresar. Sabía que estabas acá y sentía celos de toda mi familia porque estaban a tu lado, ¡y yo a millas de distancia!

—Pero estabas en cada uno de mis pensamientos. — Él la miró y le dio un beso silencioso.

—Dios hizo un milagro y Alex parece feliz. ¡Estaba harta de verlo tan triste!

Mientras bailaban, Joseph y Bárbara no podían dejar de comentar lo que acababan de vivir.

—Paula es una buena chica, hacen una pareja

estupenda —afirmó él con rotundidad.

—Entonces, ella es la chica que nos dijo aquella noche que calificaba para novia y aún más, la chica con la que se había peleado, ¿verdad?

—Exacto, mi amor.

—¿Qué habrá pasado? ¿No sabés?

—Los demonios de Alex, como siempre. Pero Paula lo va a iluminar y va a alejar a todos sus fantasmas.

—Nuestro hijo está enamorado, ¡cómo la mira!

—Con cara de bobo, sí,

definitivamente creo que está enamorado.

—Nunca miró así a Janice.

—Vos y yo sabemos que no la amaba.

—Sólo le pido a Dios que pueda ser feliz.

—Lo será, mi vida, lo será tanto como lo somos nosotros.

Antes de que sirvieran los postres, Alex se llevó la mano a la cabeza y se apretó las sienes. Paula advirtió su gesto de inmediato.

—¿Qué te pasa, mi amor?

—No doy más del dolor de cabeza.

—Es el jet lag. Vamos a mi habitación, tengo un analgésico para la migraña, se te pasará en un rato. Además, quiero ir al baño.

Subieron la escalera de la mano y entraron en el dormitorio de Paula. Alex se apoderó de su boca en el mismo instante en que atravesaron el umbral, no pudo resistir la tentación y la tendió de espaldas en la cama mientras su lengua se metía sin permiso, le faltaba la respiración, ¡ansiaba tanto acariciarla! Bajó hasta su cuello y se perdió en el

aroma de J'adore mientras la lamía. Siguió por su escote y llegó al nacimiento de sus pechos.

—Esperá, mi amor, yo también quiero, pero debemos regresar a la fiesta.

—Después, Paula, no me pidas que me detenga. Mirá cómo estoy —le dijo mientras empujaba su erección contra ella y la miraba suplicante—. Necesito aliviarme, te deseo demasiado.

Ella le apartó el pelo de la cara, tomó su rostro entre las manos, lo besó y luego le

pidió:

—Cerrá la puerta.

Alex se levantó obediente y bloqueó la entrada, luego se quitó la chaqueta, el chaleco y la pajarita y se desabrochó el primer botón de la camisa. Paula lo observaba y él le extendió la mano para que se levantara. La giró para ocuparse de la cremallera de su vestido, la bajó y sus manos reptaron para deslizarle los tirantes, mientras le mordisqueaba el cuello. Después la ayudó a que saliera de la prenda: no tenían mucho tiempo.

Casi se queda boquiabierto cuando le terminó de quitar el vestido; ella llevaba una lencería de infarto, un corsé de encaje transparente color caramelo, una diminuta braguita y un portaligas que sostenía sus medias.

—Paula, mi imaginación quiere hacerte tantas cosas, pero no vamos a tener tiempo, mi amor, debemos regresar para cortar el pastel con mi madre.

Ella se rió.

—Sé que tu imaginación no tiene límites, pero guardá esas ideas para después,

ahora que sea rápido.

Alex se acercó, la besó y volvió a tirarla sobre la cama, abrió su bragueta con rapidez, bajó su pantalón y su calzoncillo hasta las rodillas y dejó salir su erección. Sin perder tiempo, le quitó el tanga y, tras tocarla y comprobar que estaba lista para recibirlo, la penetró y se hundió en ella sin pensarlo. Paula estaba tan mojada que su pene se deslizó y se perdió en su vagina. Deseoso, levantó la cabeza para mirarla y cerró los ojos mientras emitía un

suspiro y se quedaba enterrado y quieto, como siempre.

—Es mejor de lo que recordaba.

—Mucho mejor —convino ella.

Alex comenzó a moverse despacio y fue aumentando la intensidad de sus embestidas, mientras sorbía uno de sus pechos, que había sacado por encima del corsé.

—¿Te gusta, mi amor?

—Me encanta, te extrañé tanto, mi vida.

—Nunca más, nunca más vas a echarme de menos.

Alex la embistió con fuerza para reafirmar sus palabras y así siguió, quería que lo sintiera hasta lo más hondo.

—Vos sos mía, Paula, mía y de nadie más. Me pertenecés, sólo yo puedo tenerte así, sólo yo puedo enterrarme en vos. Tu cuerpo es mío, no quiero que lo desee nadie ni con el pensamiento.

—¡Chis! Mi amor, sólo vos, solamente vos, te lo juro. —Le susurró sobre sus labios calmándolo porque parecía angustiado.

Alex arremetió con movimientos despiadados, a Paula le dolía pero entendía que lo había hecho sufrir tanto que era la forma que él tenía de castigarla. Y, de repente, empezó a disfrutar de ese castigo, ese que sólo él podía infligirle. Empezó a apretar su vagina, su orgasmo estaba muy próximo.

—Te siento, nena, siento como me comprimís; dejate ir, por favor, quiero ver tu cara en el momento en que te provooco un orgasmo. Lo soñé tantas veces, Paula,

hacé que mis sueños se hagan realidad.

Las palabras de Alex detonaron en ella todas sus sensaciones, su boca, como una O mayúscula, dejó escapar el aliento que estaba conteniendo. Arqueó su espalda para encontrarlo con su vagina mientras se corría, cerró sus ojos extasiada durante unos instantes y luego los abrió y los clavó en los de él, sus manos se hundieron en sus bíceps. Maravillado por el placer que ella sentía, él también se dejó ir con un ronquido

profundo que resonó desde el fondo de su garganta. Tembló, se le erizó la piel y le llenó toda la vagina con su semen. Lo depositó todo en ella, era el único lugar donde quería dejarlo, y se quebró, porque supo que sólo podía llegar a sentirse así a su lado. Alex, vulnerable, se puso a llorar como un niño.

—No me dejes más, Paula, nunca más te alejes de mí.

—No, mi amor, te juro que nunca más nos vamos a separar, no llores, por favor, no lo hagas. No quiero que

te sientas así, ya estamos juntos, unidos, mirá cómo estamos, siempre va a ser así.

Ella también lloraba, comenzó a besarlo en el rostro, tenía sus piernas enredadas a su cintura; él seguía dentro de ella con los pantalones por las rodillas.

—Tenemos que volver, mi amor, debemos calmarnos.

Él sorbió la nariz y asintió con la cabeza, salió de su interior a regañadientes y se metieron en el baño. Alex la ayudó con la cremallera del vestido, pero a ella se le

había corrido el maquillaje y necesitaba unos retoques.

—Tu cabeza, Alex, ¿aún te duele?

—Es una coctelera.

—Hace un rato no te acordabas —bromeó Paula.

—Hace un rato estaba perdido en vos, ahora regresé a la realidad.

Le dio una palmada en el trasero y le estampó un beso en su congestionada boca, maltrecha por su despiadado ataque.

Ella buscó un ibuprofeno y se lo dio.

—Andá vos, yo me quedo

retocándome el maquillaje y voy en se guida.

—Pero no tardes.

Bajó la escalera, estaba feliz, iba arreglándose la pajarita y abrochándose la chaqueta.

En el vestíbulo se encontró con Rachel.

—¿Estuvo entretenido? — Él la miró, pero no le contestó—. ¡Maldito! —le gritó, e intentó darle con el bolso de fiesta cuando pasaba junto a ella;

Alex se volvió, la agarró de un brazo y la zarandeó.

—¿Estás loca o qué te

pasa?

—Conmigo te tomaste sólo cinco minutos, pero hace más de cuarenta minutos que estás encerrado con esa perra oportunista y tercermundista. Te amo, Alex —le confesó e intentó aferrarse a su cuello pero él la apartó—. Te amo, me trataste como a una prostituta, ni siquiera te preocupaste por saber si había tenido un orgasmo, ¡eres un malnacido! Soy de tu misma clase social, ¿por qué siempre te atraen las más bastardas? —le chilló.

—Me parece que bebiste demasiado, Rachel. No quiero escándalos y tampoco que hables así de Paula, ¿me has oído? —le espetó Alex enérgicamente y con los dientes apretados, pero conteniendo el tono de voz—. Cuando pasó lo que pasó entre nosotros, pudiste parar. Te di la oportunidad, ¿te acuerdas? Ese día te di lo que habías ido a buscar: un polvo, nada más.

—¿Qué tal si le digo a ésa que llegamos juntos porque veníamos de revolcarnos en mi casa? ¿Que fui a buscarte

al aeropuerto y follamos toda la tarde hasta que se hizo la hora de venir? ¿A quién te parece que creería?

Alex le apretaba el brazo con fuerza, quería partírselo.

—Hazlo, venga, no vas a ganar nada. Tú, de una u otra forma, jamás existirás para mí.

En ese momento, echó una mirada hacia arriba, no quería que Paula lo encontrase allí y pensaba que Rachel, en ese estado, era capaz de cualquier cosa, así que la sacó hacia afuera del brazo. Mientras tanto,

maldecía la noche en que se la había follado; no tendría que haberlo hecho porque esa loca podía traerle problemas. Sacó su teléfono del bolsillo y llamó a Amanda.

—Vení para el frente de la casa, te necesito. Y hazlo sola, que no te vea Paula. Vení por atrás porque ella en cualquier momento va a bajar la escalera.

—¿Qué pasa?

—¡Mierda, vení rápido, te estoy pidiendo un favor!

Cuando su hermana llegó, encontró a Alex sosteniendo

a Rachel, que no paraba de vomitar.

—¿Está borracha?

—Sí, pero por suerte ya está medio inconsciente, así que no hablará. Voy a buscar a Bob para que se la lleve, quedate con ella y, cuando venga, le decís que la encontraste vos. ¡Carajo, me salpicó todos los zapatos! Sacó su pañuelo y se limpió con urgencia.

—Dale, hazlo pronto, Alex. ¡Por Dios, qué asco! Me va a salpicar el vestido. ¡Mierda, Alex, apurate!

Él llegó a la mesa, Paula

ya estaba ahí, se acercó y le dijo al oído: —Ya vuelvo, mi vida, esperame. —La besó y se acercó a Bob para levantarlo de la mesa—. Bob, Amanda se encontró a Rachel descompuesta, cree que ha bebido mucho, me parece que será mejor que te la lleves.

—¿Rachel bebida?

—Sí, está con Amanda en el frente de la casa, acaba de avisarme para que te lo dijese. ¿Querés que te acompañe?

—No, no hace falta, ya te tomaste demasiadas

molestias hoy en ir a buscarla, quedate con tu chica.

—De acuerdo, lo siento.

Alex suspiró aliviado, temía que si Rachel lo veía, estallara y empezara a decir estupideces otra vez. Intentando disimular, regresó a su asiento, cogió la mano de su novia y se la besó.

—¿Dónde está Amanda, Alex? —preguntó Joseph—. Llegás vos y desaparece ella, después de esta tanda de baile queremos cortar el pastel.

—Ahí viene, mirá.

—Vamos a bailar *Heaven*,
hermanito —le pidió
Amanda y lo arrastró hasta
la pista.

—Alexander, ¿me vas a
explicar por qué me dejaste
con ese muerto encima y por
qué Paula no debía verme?

—¿Se la llevaron?

—Sí, estoy esperando el
cuento.

—No hay ningún cuento,
sólo te pedí un favor.

—¡Ah, no! —Amanda se
paró en medio de la pista
con los brazos en la cintura.

—¿Qué hacés?

—Estoy esperando que me expliques. —Alex, la agarró otra vez de la cintura y la obligó a bailar, todos los miraban.

—Se puso pesada, eso es todo.

—No me digas que eso es todo. No quiero oír que te tirás a esa zorra porque te juro que te muelo a palos acá mismo.

—Me la tiré, una sola vez, ¡y maldita la hora!, fue un polvo de mierda y no me la puedo quitar de encima.

—Yo te mato, ella siempre te anduvo atrás, Alex; es

obvio que ahora no te vas a poder deshacer de ella. ¿Qué pasó hoy?

—Empezó a gritarme y menos mal que bajé solo, porque la muy perra sabía que yo estaba con Paula arriba y nos estaba esperando. Me amenazó con decirle que hoy me había ido a buscar al aeropuerto y que llegamos juntos porque estuvimos en su casa. No hace falta que te diga haciendo qué, ¿verdad?

—¿Y estuviste con ella?

—¡No! Sólo pasó una vez y hace más de un mes.

—¿Y cómo la vas a frenar?

—Sobria es más manejable.

—Si quieres seguir con Paula, mejor que así sea, porque una mujer despechada puede ser muy peligrosa y ésta, encima, se cree con derecho a mirar a todo el mundo por encima del hombro. Y no sé bien por qué, pero te aviso de que Paula no la traga. Te metiste en una buena, hermanito, Rachel no va a conformarse tan pronto con no tenerte.

—¡Gracias, Amanda, no

me ayudes tanto!

—¿Cómo pudiste, Alex?
¿Cómo?

—Lo mismo me pregunté en el preciso instante en que salí de encima de ella.

—Jeffrey tiene razón, Alex, vos vivís con la bragueta bajada.

—Eso era antes de Paula.

—¡Antes de Paula! — exclamó Amanda incrédula y un tanto ofuscada—. Me estás diciendo que fue hace un mes y para entonces ya conocías a Paula.

—Estaba enojado con ella y Rachel me vino como

anillo al dedo.

—No me cuentes más, ustedes sólo piensan con el pene cuando están enfadados y así se cometen las peores cagadas.

Chad se acercó a ellos cuando terminó la canción.

—¿Puedo bailar con mi esposa?

—Toda tuya, cuñado.

Él volvió con Paula, la besó en el pelo y se sentó junto a ella.

—¿Estás aburrida?

—No, mi amor, estaba mirándote embobada mientras bailabas con tu

hermana y charlando con tu abuela y Ofelia. ¡Pobre, tu abuelo ya está cansado, se está durmiendo!

—Es que él normalmente se acuesta más temprano.

—Eso mismo me dijo Hillary. ¿Se te pasó el dolor de cabeza?

—Sí, no me había ni dado cuenta, pero ya se me pasó.

—Alex sirvió champán para los dos, bebieron y luego se puso en pie y le dijo mientras le guiñaba un ojo —: Bailemos, mi amor.

Sonaba *Something stupid* y luego empezó *Stranger in*

the night.

—Mi amor, la letra de esta canción parece nuestra historia, así es cómo nos conocimos —le dijo Alex.

—Tenés razón, es nuestra historia. A veces me pregunto si es normal amar tanto como te amo.

—¿Me amás mucho?

—¡Muchísimo! Aun cuando pensaba que no tenía derecho alguno sobre vos, seguía haciéndolo.

Joseph los fue a buscar cuando empezó a sonar *Fever*.

—Vamos, Alex, cuando

termine esta canción, entramos con el pastel; tu abuelo ya se está durmiendo.

Paula le dio un beso en la mejilla y sonrió por el detalle que preparaban para Bárbara. Empezó a caminar para ir para la mesa pero Alex la detuvo.

—Vos también, mi amor, vamos.

—¿Yo?

—Sí, todos, Lorraine ya fue por los mellizos, vamos —la animó Joseph.

Paula no podía dar crédito a tanta felicidad.

El tiempo de baile se

acabó, encendieron las luces para que los que aún estuvieran haciéndolo se situaran y, cuando todos estuvieron colocados en su lugar, las luces volvieron a apagarse y un foco iluminó la entrada.

Los acordes de *Happy birthday*, interpretada por Frank Sinatra, empezaron a sonar y se abrió la puerta. Los cuatro hijos de Bárbara y su esposo empujaban una mesa con un enorme pastel de cinco pisos con bengalas chispeantes y lleno de flores. Hillary y Joseph Masslow

padre, Ofelia, Alison, Lorraine con los niños en brazos, Chad y Paula los seguían.

La homenajeadada no paraba de llorar, su marido fue a buscarla y ella tomó a sus nietos para tomarlos en brazos. Dio un beso a cada uno de los que estaban en la pista y le dijo a Paula:

—Bienvenida a nuestra familia, querida.

—Gracias, Bárbara, me siento muy feliz de poder compartir este momento con vos.

Alex las abrazó a ambas

con orgullo.

Se hicieron las fotos familiares y cuando la niñera se hubo llevado a los bebés, la orquesta comenzó a tocar *New York, New York*, y la gente salió a la pista a bailar.

Alrededor de las cuatro de la mañana, ya todos se habían ido. En el salón montado en la carpa, sólo quedaban los cuatro hermanos con sus parejas, conversando y tomándose la última copa de champán. Jeffrey había pinchado una selección de temas lentos de los años ochenta y noventa.

Alexander tenía la pajarita desatada y la camisa desabotonada. Estaba recostado sobre el torso de Paula, que lo abrazaba contra su pecho, y con las piernas apoyadas en otra silla. Le acariciaba su mano con el dedo pulgar, mientras ella jugaba con su pelo.

Amanda hablaba recostada en el pecho de Chad, el sueño estaba venciéndola. Lorraine, en actitud amorosa, estaba sentada en el regazo de su esposo, y Jeffrey y Alison abrazados muy juntos. Todos se sentían

exhaustos.

—Hermanito, estás destruido —le dijo Jeffrey a Alex—, ¡tenés unas ojeras!

—No doy más, estoy pasado de vueltas. Hace treinta horas que estoy despierto, ¡et lag incluido. Me duele cada milímetro del cuerpo.

—Amanda, vamos, te quedaste dormida, vámonos —le pidió Chad, pero estaba tan vencida por el sueño, que la tomó en sus brazos y se la llevó.

—¿Cómo van los preparativos para la boda?

La próxima fiesta será la de ustedes, ¡queda nada! — exclamó Lorraine.

—Ahora que lo pienso, tenés razón —confirmó Alison mientras besaba a Jeffrey en los labios— ¡y aún faltan tantas cosas...!

—¿Dónde es la boda? —se interesó Paula.

—En el Four Seasons.

—Debés de tener todo más o menos solucionado, ¿no?

—¡Con lo que costó! —se quejó Jeffrey—, ¡espero que pongan un lacayo a cada lado de las mesas!

—No seas malo, amor, se

supone que uno se casa sólo una vez.

—Sí, claro, uno tendría que ser muy estúpido para gastarse dos veces la misma cantidad de dinero — bromeó Edward y todos rieron, menos Alison.

—Tuvimos muchas reuniones con la coordinadora de bodas — explicó Alison—. Es un amor y nos atendió hasta que nos pusimos de acuerdo en todo.

—¿La ceremonia también la van a hacer ahí?

—Sí, Paula, sólo la

religiosa con un representante católico, pero luego tenemos que pasar por la iglesia para ratificar los votos, ya que para la Iglesia católica sólo son válidos los matrimonios dentro de un edificio sacro. —Alison acarició el rostro de su prometido y volvió a besarlo.

—Sí, en eso la Iglesia es muy estricta, salvo en casos extremos. ¿Dónde se casaron ustedes? —interrogó Paula a Lorraine y Edward.

—Ah, nuestra boda fue más sencilla, la hicimos acá.

Vino una jueza y nos casamos sólo por lo civil. La mansión estaba recién comprada y fue la primera fiesta que se hizo, ¿verdad, mi amor?

—Sí, así es, además la ceremonia fue bastante íntima; éramos muchos menos de los que estábamos hoy acá.

—Y Amanda se casó en Miami —le contó Alex y empezó a reírse despabilándose de golpe—. Hizo la ceremonia en la playa. —Todos estallaron en una carcajada porque ya

sabían lo que venía—: ¡Teníamos arena hasta en el trasero!

—Hablábamos y tragábamos arena —añadió Jeffrey y todos se desternillaron.

—Sí —aseveró Edward—, me restregué tanto los ojos que no pude ver la ceremonia.

—Yo era una de las damas de honor —le explicó Alison—. Aquel día había un viento de locos, pero ella se empeñó igual en hacer la boda en la playa. La coordinadora estuvo

tratando de convencerla hasta el último momento de que la celebraran adentro, pero no pudo.

—Mamá tenía puesta una capelina y terminó sosteniéndosela con las dos manos porque se le volaba —contó Alex a carcajadas— y la abuela protestaba tanto que no la podíamos hacer callar. ¡No sabés lo que fue eso! Parecíamos los protagonistas de Rústicos en Dinerolandia, todo muy lujoso pero totalmente desubicado.

—Sí es cierto —Jeffrey se

agarraba la barriga y lloraba de la risa, y Paula se había contagiado y se reía con ellos imaginando la escena —. Las telas y las flores se volaban y el presbítero que ofició la ceremonia no podía hablar. ¡Era una escena desternillante!

—¡Pobre! Yo me muero si me llega a pasar una cosa así el día de mi boda.

—No te preocupes, Paula. Amanda ni se enteró hasta que se lo contamos y lo negó todo hasta que vimos el vídeo. Ella sólo quería que la ceremonia fuera en la

playa. ¡Por Dios, paren porque no puedo más de risa! —dijo Edward—. ¡Qué pena que se haya ido y no la hayamos podido hacer cabrear!

—En realidad, el que se salvó fue Chad —señaló Jeffrey—, porque después se la agarra con él.

—¡No me digan que son los típicos torturadores de hermanas y mujeres! —protestó Paula.

—No, cuando se juntan siempre torturan a alguien, no importa a quién. También lo hacen entre ellos, andá

preparándote porque, cuando entren en confianza con vos, también te va a tocar y será mejor que no demuestres tu enojo, porque no tienen fin —le advirtió Lorraine.

—Mejor nos vamos a dormir —concluyó Alex—, me duermo sentado. Se levantaron todos y fueron hacia el interior de la mansión todavía entre risas, mientras subían la escalera.

Capítulo 23

EL dormitorio de Alex tenía vistas a la piscina y a la bahía de Mecox, el techo artesonado y una decoración sobria, en tonos azules y cremas. Los muebles eran oscuros, de estilo inglés, y combinaban muy bien con la simplicidad de los sofás modernos; era un dormitorio muy varonil.

Paula entró primero y, mientras ella se alejaba, se

quedó mirándola embobado, admirando una vez más su cuerpo envuelto en ese magnífico modelito. Cuando Paula salió del baño, traía el vestido colgando en el brazo y lo dejó con esmero sobre el sillón. Alex también estaba desvistiéndose y no le quitaba el ojo de encima. Ella se contoneaba de manera muy sensual. Caminó hasta la mesilla de noche y dejó el reloj y los pendientes.

—Vení acá, nena, dame un beso —le extendió una mano y ella se acercó y se

aferró a su cuello, le dio entrada a su boca con sabor a menta, pues recién acababa de lavarse los dientes, y enredó su lengua fresca a la de él.

Alex la tenía aprisionada contra su cuerpo, como un poseso, en medio de la habitación. Bajó uno de sus brazos para acariciarle el muslo, luego bajó el otro, llevó ambas manos hasta sus glúteos y le enterró los dedos en el trasero apretándoselo con fuerza. Le separó las nalgas para saciar sus ganas, esas que habían

quedado pendientes el día que ella había llegado a Nueva York y él la había visto con esas mallas ajustadas. Necesitaba oprimirla y calmar esos sentimientos de posesión que surgían en él cuando estaba en contacto con su cuerpo.

Paula desenredó sus manos del cuello de su novio, comenzó a desabrocharle la camisa y acarició su pecho con desesperación. Sus dedos ardían sobre él y sus labios, aún más. Le besó los

pectorales, lo olió embriagándose con su perfume y, sosegando el desenfreno, descansó su rostro en él. Había extrañado tanto ese contacto... No había otro lugar en el mundo donde ella pudiera sentirse más cobijada que en su pecho. De pronto, se sintió frágil y se echó a llorar.

—Mi amor, no llores, hoy es un día muy feliz. Estamos juntos otra vez —la tranquilizó él mientras le besaba la coronilla y le acariciaba la espalda.

—Lo sé, por eso lloro,

porque estoy feliz, porque no hay mejor lugar que tu pecho para buscar consuelo y también porque tengo miedo de que no siempre sea así. No quiero volver a sentirme como cuando me faltabas.

—Nunca más nos volveremos a separar, Paula, no llores, por favor. Alex le levantó la cara, le secó las lágrimas con sus dedos y la besó en los labios—. Vení.

Ella caminó a su lado hasta la cama y corrió el edredón y las sábanas; él, con un mando a distancia,

subió la temperatura del hogar de gas. Luego terminó de quitarse la camisa y la dejó sobre la banqueta que estaba a los pies de la cama. Paula lo esperaba pacientemente sentada sobre el colchón. Alex recorrió los pasos que los separaban y se agachó para quitarle los zapatos.

—¿Parece que hicimos una inversión acá?

—Me di un gusto.

—Te voy a comprar todos los que quieras, voy a hacerte muchos regalos —le dijo mientras le quitaba los

Louboutin y le masajeaba los pies.

—Vos sos mi regalo, Alex, no necesito nada más.

—Pero yo quiero colmarte a regalos. —Le besaba las piernas por encima de las medias—. Durante el tiempo que estuvimos separados me angustié mucho pensando en que no te había obsequiado nada que te hiciera acordar de mí.

—Te equivocás, me habías regalado tus caricias y tus besos, que se habían quedado impregnados en mi cuerpo. —Alex se tendió

sobre ella, le apartó el pelo, se lo puso tras la oreja y la besó. Mientras bebía de su boca bajó las manos hasta sus piernas y le desabrochó los ligueros.

—Estás hermosa con este corsé y estos ligueros — afirmó sobre su boca.

—Me los compré pensando en vos.

—Te voy a regalar muchos, me gusta cómo te quedan.

Alex sacó sus pechos por encima del corsé y se apoderó de ellos, los lamió, sopló sobre ellos para que

sus pezones se endurecieran y entonces los tomó entre sus dientes y luego los succionó. Después de un rato de lamerlos y apretarlos con frenesí, los abandonó y le sacó la diminuta prenda interior. Paula le desprendió la bragueta para bajarle el pantalón junto con el calzoncillo.

—Sacate todo, por favor —le musitó.

Alex rodó a su lado y se sentó junto a ella para quitarse los zapatos y los calcetines, también se deshizo de su pantalón y de

la ropa interior. Mientras lo observaba, Paula se arrastró con sus codos hacia atrás y se desabrochó el corsé; su cuerpo había quedado sólo cubierto por las medias.

—Quiero sentir toda tu piel sobre mi piel —le susurró él mientras se arrodillaba y le quitaba las medias con habilidad.

—Quiero lo mismo, mi amor.

Se fundieron en un abrazo y en un beso y entrelazaron las piernas. Alex le lamió el cuello y le mordió el hombro desordenadamente. Ella lo

apartó un poco y le pidió que se pusiera boca abajo, quería mimarlo y recorrerlo con sus besos. Le besó la espalda de punta a punta, comenzó con su lengua por los omóplatos y después por la columna, hasta que llegó a sus perfectos glúteos. Siguió bajando para lamer sus muslos, recorrió sus musculosas piernas con la lengua y llegó a los gemelos. Alex amortiguaba sus gruñidos de placer entre las almohadas, Paula lo estaba enloqueciendo. Cuando tuvo suficiente, lo hizo dar la

vuelta y dibujó un camino de besos por sus pectorales. Alex estaba tan fibrado que podría haberse dado con él una clase de anatomía. Finalmente se apoderó de su pene con la boca; ya estaba más que tieso, duro como una roca, y, cuando lo engulló, un profundo gemido salió de su garganta.

—Paula, mi amor.

Ella levantó la cabeza sin dejar de saborearlo y lo miró maliciosamente; después resbaló su lengua por la punta rodeándole el glande y lo succionó otra vez. Su

ataque despiadado estaba llevándolo al límite, su agarre era muy sólido. Lo acariciaba con la mano y con la boca, lo extasiaba; su felación era perfecta, abrumadora.

—Esperá, mi amor, no quiero terminar en tu boca.

Poderosa, se arrastró por encima de él y se hizo con sus labios. Alex la abrazó y la besó con desesperación; a continuación rodó para quedar encima de ella y apresarla con el peso de su cuerpo. Le pasó la lengua por el canalillo de sus

pechos hasta llegar a su abdomen, donde se entretuvo con dulces y húmedos lametazos; enterró su lengua en el ombligo y siguió bajando hasta llegar a su clítoris: lo lamió rodeándolo, lo sopló y finalmente lo mordió, estaba hinchado y listo para él. Mientras la saboreaba, metió dos dedos en su vagina — estaba tan mojada que sus dedos salieron empapados —, se los pasó por los pezones y se estiró para lamerlos; acto seguido regresó al clítoris y siguió

torturándola con su lengua y sus dientes, mientras sus dedos entraban y salían de la vagina acompañados.

—Por favor, Alex, por favor.

—Por favor ¿qué? ¿Qué querés?

—A vos, te quiero a vos.

—¿Qué querés de mí?

—Te quiero dentro de mí.

—Estoy dentro de ti.

—No, pero no con tus dedos. Quiero que me penetres con tu pene.

—Decilo otra vez.

—Meteme tu pene.

Alex se arrastró sobre ella

y la penetró, se enterró en Paula despacio. Su vagina lo envolvía, lo acariciaba, lo perdía. Se tomó su tiempo para que ella sintiera lo profundo que él llegaba con su longitud.

Entonces, Paula reaccionó y con desesperación se aferró a su espalda, bajó sus manos hasta su trasero y lo aprisionó contra su pelvis con energía.

—¿Así, mi amor? ¿Así me querés?

—Sí así, todo para mí, todo dentro de mí.

—Sí, mi vida, todo

adentro.

Empezó a moverse, Alex salía despacio y entraba fuerte, emergía lentamente y volvía a penetrar en ella con una estocada. Luego empezó a moverse con fuerza, después paraba y cambiaba el ritmo... Ella empezó a apretar su vagina.

—Esperá, Paula, esperá, aún no quiero que termines.

Se quedó quieto dentro de ella, luego salió y le dio la vuelta, la puso a cuatro patas, por lo que su vagina y su trasero quedaron expuestos. Le acarició la

vulva, primero introdujo un dedo y luego otro, que entró y salió de ella varias veces, después se chupó sus dedos mojados por los fluidos de Paula.

—Hum, estás riquísima.

—Ella se contorsionaba con sus caricias y sus palabras. Alex volvió a meter sus dedos en la vagina y luego la sorprendió enterrando su dedo meñique en el ano.

—Alex... —Contrajo los glúteos por instinto y giró su cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Te duele?

—No.

—Relajate, sólo te voy a hacer esto. Tranquila, relajate y disfrutá de mi caricia, sólo quiero hacerte sentir mucho más, ¿te gusta?

—Sí, Alex, sí, mi amor.

—Te quiero toda para mí, lo iremos preparando, quiero tu culo, Paula, quiero metértela por atrás.

Sacó su dedo y lo enterró varias veces más; la joven gemía excitada por la intrusión. En ese momento, él cogió su pene y volvió a perderse en su vagina.

Paula estaba extraviada, él

la había desequilibrado.

—Tomame, Alex, tomame fuerte, más fuerte, por favor.

Le pedía, le ordenaba y se movía hacia atrás para encontrarlo cuando él se metía en ella. Alex le hizo caso y empezó a moverse duramente, Paula ahogaba sus gritos en la almohada y él en su espalda. Terminaron juntos. Mientras vaciaba todo su semen en ella, Alex se movió con ferocidad. Luego, extasiado y sin fuerzas, se dejó caer contra su espalda.

—Te amo, Paula, te amo,

mi vida.

Sin salir de su interior, le apartó el pelo desparramado sobre su rostro y la besó en la mejilla.

—Yo también te amo —le dijo ella sin aliento.

Alex se apartó, estiró la mano, recogió las mantas para taparlos a ambos y se quedó de lado mirándola a los ojos. Se acariciaron los rostros en silencio, resiguieron con los dedos los labios, la nariz, los ojos; se admiraron profundamente después de tanto tiempo, hasta que ella le acarició la

frente y rompió el silencio:

—Quiero estar siempre acá, adentro de tus pensamientos.

—Y yo en los tuyos.

Ella suspiró sonoramente y le preguntó:

—¿Por qué, mi amor, por qué no me gritaste la verdad aunque fuera de cualquier forma?

Alex cerró los ojos y tomó una profunda bocanada de aire.

—Porque me enojó mucho tu desconfianza. Durante los últimos días ya no sabía cómo hacerte entender que

te quería, no sabía cómo demostrártelo y porque creí... —Se quedó callado y volvió a cerrar los ojos.

—¿Qué creíste, Alex? Decímelo todo, ahora es el momento —le dijo Paula y le acarició los labios.

—Creí que ése era mi castigo, que vos no creyeras en mí era mi castigo.

—¿Castigo? ¿Por qué? No te entiendo, mi amor.

—Porque yo le hice mucho daño a Janice, yo no la amé como ella a mí, no la hice feliz y ella se murió desgraciada. Lo único que

hice por ella fue casarme en la cama de un hospital, tres meses antes de que muriera... Ya sabés que murió de cáncer.

—Sí, lo sé, pero ella murió feliz porque era tu esposa, Alex, mi amor, ¿te parece que hiciste poco? La acompañaste y estuviste a su lado hasta el último momento.

—Es lo que me dicen todos, pero no fue suficiente. Fue espantoso verla morir cada día. Cuando empezó a despedirse porque se daba cuenta de que se estaba

muriendo, se me desgarraba el alma.

—Pero no lo podés cambiar, vos estás vivo, mi amor, vivo para sentir cuánto te amo. No quiero sonar egoísta, pero te necesito, a vos, tu amor, tus caricias, necesito tu paciencia y tu sonrisa, te necesito entero.

—Y yo a vos, Paula, y te amo tanto que ahora me doy cuenta de que a ella nunca la amé. Sé que la quise y que le profesé un cariño, producto de tantos años de amistad, pero nunca la amé con la

desesperación con que te quiero a vos, nena, y por eso estoy intentando entender que no pude darle más, porque uno sólo puede darle más a la persona que ama. A vos quiero darte todo, todo... el cielo, las estrellas, lo que me pidas, mi amor, quiero poner el universo a tus pies.

—Vos sos mi cielo, mi estrella y mi universo, Alex.

—Y vos sos el mío, nunca pensé que se podía extrañar tanto a alguien. ¡Cómo te eché de menos, Paula! No te hacés a la idea de lo mucho que me hacías falta.

Se besaron con dulzura y él siguió:

—Reconozco que tuve mucha parte de culpa. Te cansé con mi desconfianza y prometo que nunca más voy a dudar de vos. Creo que ninguno de los dos quiso ver más allá de su dolor. Yo tendría que haberme dado cuenta de que eras sincero, pero me obcequé y te comparé con Gustavo. Quiero decirte algo, necesito que lo sepas, cuando te dije eso fue porque estaba muy enfadada. Después me di cuenta de que vos no sos

igual que él, incluso antes de saber la verdad. Por otro lado, también me di cuenta de que por él nunca había sentido un amor verdadero. Cuando me engañó, yo sólo podía sentir enojo, humillación, vergüenza y, después, fastidio, odio y rencor; me sentía traicionada. Por vos, mi amor, nunca sentí todo eso. Estaba desesperada, angustiada, vacía, herida, sabía que nadie me podría besar como vos, que nadie me iba a hacer vibrar así y eso me enojaba aún más. A

pesar de saber que estabas casado, y de suponer que me habías engañado, Alex, yo seguía amándote y deseándote, no era capaz de odiarte. Voy a confesarte algo que me da mucha vergüenza, pero te pido que cierres los ojos. No me mires que me agarra la timidez.

—Está bien —convino Alex y cerró los ojos. Ella se los besó e hizo una pausa antes de confesarle:

—Me masturbaba pensando en vos —Paula se tapó la cara con las manos

— Ya está, ya te lo dije.

— No te tapes la cara.

— Sí, seguro que te estás riendo.

— No me río.

Ella lo espió por entre los dedos.

— ¿Lo ves? ¡Te estás riendo, con esa cara de vanidoso que ponés!

— No me río, ¡mirá qué serio estoy! — protestó, pero no podía, su sonrisa se escapaba y, al final, rieron ambos.

— Yo también lo hice, en tu honor. Me imaginaba que estaba dentro de vos y me

sentía mejor. Aunque después también me enojaba, porque quería olvidarte y no podía. ¿No estuviste con nadie, Paula?

—Con nadie, no hubiese podido, sólo quería estar con vos —ella hizo una pausa.

—¿Qué?

—No quiero mentirte —él se puso alerta—, espero que no te enfades, pero le di un beso a alguien.

La cara de Alex se transfiguró y, sin ser consciente de ello, la aprisionó contra su cuerpo.

—No me digas que al

idiota ese, al corredor de bolsa.

—¿Cómo sabés que es corredor de bolsa?

Alex se sentó enfurruñado en la cama y se pasó la mano por el pelo.

—Saqué sus datos por la matrícula del coche. ¿Le diste un beso, Paula? ¿Cuándo le diste un beso? ¿De dónde lo conocés? —la interrogó con tono rudo.

—Éramos compañeros de secundaria. Nos encontramos en Mendoza durante las vacaciones y él me dio medio beso.

—Los medios besos no existen, no me vengas con eso.

—No te sulfures, ¿ves? ¡Yo quiero ser sincera y mirá cómo te ponés!

—¿Y cómo querés que me ponga? Si me entero de que mi novia se anduvo besuqueando con otro.

—No me anduve besuqueando, ¿podés escucharme? —Ella le cogió la cara y lo obligó a mirarla —. Él me besó y yo lo dejé avanzar.

—¿Y decís que no fue un beso? —gritó Alex poniendo

los ojos como platos.

—Esperá, no te imagines que fue como los besos que nos damos nosotros.

—¿Ah, no? ¿Y cómo fue?

—Fue un beso casto, cuando él quiso buscar mi lengua... —Alex la miró con odio—. No me mires así y dejame que termine. Cuando él quiso buscar mi lengua, yo primero la aparté, después...

—Después ¿qué?

—¿Ves? Lo hacés más difícil si me mirás así.

—¿Y qué querés? ¿Que esté contento mientras me

contás cómo fue el beso con otro?

—Sí, porque cuando le ofrecí mi lengua, me dio asco y la aparté. Yo sólo quería saber si podía besar a otro y sentirme como cuando estaba con vos, pero me di cuenta de que no, de que nunca sería así. Vos sos él único que me besa, el único que me tiene en cuerpo y alma. ¿Estás conforme ahora?

—Un poco —tardó en contestarle—, pero lo besaste. Prometeme que nunca más lo vas a volver a

ver.

—Te lo prometo, nunca más.

—Mirá que si me entero de que lo volviste a ver no te lo voy a perdonar.

—No lo voy a ver más, te lo juro por nuestro amor.

Paula se sentó a horcajadas sobre él y Alex la abrazó y le cubrió la espalda con la manta. La temperatura había bajado y, a pesar de que la calefacción estaba al máximo, el frío se sentía. La besó y le mordió el labio hasta que le hizo daño.

—Esta boca es mía, ¿me

oíste?

—Sí, mi amor, es tuya.

Se quedaron mirándose en silencio, hasta que ella lo rompió.

—¿Y vos? ¿No estuviste con nadie?

—Con nadie.

—¿Seguro? ¿Ni un beso?

—Paula lo miró calculando su respuesta.

—Seguro.

Alex pensó que no podía decirle lo de Rachel, porque ellas trabajarían juntas y era mejor que no se enterara.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Por qué llegaste con Rachel? Me cae mal y presiento que yo a ella también; siempre me mira con desprecio.

—Porque no le arrancaba el coche y mi tío, que no es mi tío, pero es como si lo fuera, me llamó y me pidió si la podía traer. Sólo le hice un favor tanto a él como a ella, que es como si fuera mi prima. Nos criamos juntos, Paula, Rachel es como una prima para mí.

—Pero no lo es.

—Pero yo así lo siento.

—«¡Mierda, las mujeres tienen siempre un sexto sentido!», pensó, luego la engatusó con otro beso y volvieron a hacer el amor.

Aunque estaba destrozado, Paula se durmió antes que él y es que aún debía hacer algo más antes de dormirse. Cuando estuvo seguro de que ella se había sumido en su sueño, se levantó a hurtadillas y buscó en su bolsa, sacó un estuche de color turquesa de Tiffany & Co, lo abrió y volvió a admirarlo: dentro de él había un anillo de compromiso.

Alex pretendía ponérselo mientras dormía para que, cuando despertase, se encontrara con él en el dedo; entonces le pediría matrimonio. Le pareció una forma bonita y original de sorprenderla, con el anillo en su mano como por arte de magia. Quería ver su expresión de asombro cuando lo descubriera.

Tomó suavemente su mano y le colocó la joya. Le quedaba de maravilla y cuando se la vieran puesta, se dijo, todos sabrían que ella tenía dueño, que era

suya.

Le besó el anillo, se acurrucó a su lado y se obligó a dormir.

Era mediodía y Paula y Alex aún dormían abrazados.

—Alex... Paula... despiértense, ¡vamos a almorzar —los llamó Amanda dando golpecitos en la puerta.

—¿Sí? —contestó él adormilado.

—¡Dale, hermanito! Levántense que vamos a comer, mamá me mandó a buscarlos, ya están poniendo

la mesa.

—¡Vamos! —gritó Alex mientras besaba a Paula para despertarla.

—No, no. Tengo sueño —protestó ella.

—Vamos a comer con mi familia, dale. Yo también querría quedarme acá, pero están todos abajo.

Acto seguido se levantó, se puso el calzoncillo y abrió las cortinas. El día era bellísimo, el cielo estaba diáfano y contrastaba con el azul de la bahía a lo lejos. Se estiró frente a la ventana. Paula seguía remoloneando

en la cama.

—Vamos, dormilona.

Volvió y la besó en la frente. Luego se fue al baño y buscó algo de ropa que ponerse. Ella se sentó en la cama a regañadientes. No tenía ahí su ropa, así que se puso una bata de Alex que le quedaba enorme y fue a su dormitorio a cambiarse.

Se vistió como una autómata, se calzó unas mallas, unas botas de caña alta con tacón, un suéter negro con la manga tres cuartos y el cuello vuelto y un cinturón del mismo color

que las botas. Aún estaba muy dormida.

Cogió una toalla desmaquillante y se sentó en el borde de la cama para pasársela por la cara sin mirarse siquiera al espejo. Después fue al baño, recogió su pelo en una cola y se lavó los dientes, y luego bajó.

Estaba cansadísima y le dolía el bajo vientre. Se palpó mientras recordaba lo rudo que había sido Alex la noche anterior y, a pesar del malestar, sonrió. Fue hacia el comedor, donde ya estaban todos, sin

despabilarse del todo. Ofreció un buen día generalizado que todos respondieron y se acercó a su madre. Julia la besó en la frente y ella se colgó de su cuello.

—¡Qué cara, hija!

—Tengo mucho sueño, mami.

Alex, por el contrario, estaba radiante y expectante, era obvio que ella aún no había descubierto el anillo. Paula saludó a Bárbara, que la cogió del mentón y le dijo:

—Estás terrible, mi vida.

—Se acercó a su oído—: Parece que anoche mi hijo no te dejó dormir.

Paula dejó escapar una risita: esa mujer realmente le hacía mucha gracia, era muy fresca y nunca resultaba atrevida por la forma en que decía las cosas.

Estaban todos sentados a la mesa; Alex a su lado.

—¿Te sirvo agua con gas?

—Por favor, mi amor.

Le encantaba que le dijese «mi amor». Paula tomó el vaso con la mano izquierda y se lo llevó a la boca y, en ese mismo momento,

Amanda pegó un grito y Alex se dio cuenta de que su hermana había descubierto el anillo. Intentó hacerle una mueca pero ya era tarde, porque ella había cogido la mano de Paula y le preguntaba:

—¿Cuándo te dio esto mi hermano?

Todos miraron la mano de Paula y ella empezó a llorar a mares, de forma desconsolada. Se dio la vuelta, lo abrazó y lo besó.

—Me estoy enterando ahora, igual que ustedes —explicó entre sollozos—.

¿Me lo pusiste mientras dormía?

Él asintió con la cabeza. Bárbara, Hillary, Ofelia y Julia también lloraban; entonces Alex retiró su silla, se arrodilló y le preguntó en inglés: —*Will you marry me?*

—Sí, mi amor, yes, my love, yes.

Se fundieron en un beso un tanto recatado, pero muy sentido. Silbidos, aplausos y vítores de todo tipo invadieron el comedor. Bárbara se abrazó llorando a su esposo.

Jeffrey fue el primero en felicitar a su hermano, lo abrazó con alegría y lo levantó en el aire.

—Te engancharon, hermanito, ya no podrás presumir más de tu soltería. —Cuando lo bajó le dijo al oído—: Tendrás que cerrar tu bragueta o, al menos, abrirla sólo para ella.

Alex le respondió con el puño cerrado en el abdomen.

Todos los abrazaron interminablemente. July tomó la cara de su futuro yerno entre sus manos y le dijo:

—Sé qué harás muy feliz a mi hija, que todo sea con la bendición de Dios.

—Gracias, July, te aseguro que no pienso en otra cosa, sólo en hacerla feliz. Podés estar tranquila, la amo y seré cada día mejor para ella.

—Lo sé, lo sé, tus ojos son transparentes.

Amanda saltaba abrazada a Paula, que tenía una carita de felicidad que Alex quería guardar por siempre en su recuerdo. A él también le dieron ganas de llorar, pero se aguantó, porque dejarse ir así hubiera significado

volverse el blanco de las bromas de sus hermanos para el resto de su vida.

Todos estaban sentados nuevamente y, entonces, Amanda le pidió a Paula:

—Levantá la mano para que todos podamos admirar bien el anillo.

Era una joya magnífica y todos silbaron al verla. Tenía un diamante central casi transparente, de talla esmeralda, engastado en una montura *vintage* y rodeado por diamantes en forma de brillantes, que despegaba sobre una banda de platino

formada por tres filas de diamantes más; era una joya muy glamurosa.

—Hermanito, nos jodiste a todos, es el más grande — dijo Edward.

—¡Aprendan, pedazo de agarrados! —exclamó Ofelia y todos rieron a carcajadas.

Los Masslow siempre hacían todo juntos; Paula tenía que acostumbrarse a eso, pero creía que no le costaría porque eran muy cálidos y la habían recibido muy bien.

—Mi amor, lamento que el único que falte acá sea tu

hermano, te prometo que pronto iremos a Mendoza y le pediré tu mano a él, como si fuera tu padre.

Paula lo tomó del mentón y lo besó mientras le hablaba sobre los labios.

—Gracias, mi amor, gracias.

—Alex, basta de hacernos llorar —exclamó la abuela Hillary.

—Te quiero, abuela.

—Y yo a vos, mi tesoro.

—¿En qué joyería lo conseguiste?

—Es un Tiffany, Amanda.

—¿Cuándo lo compraste?

—se interesó su hermana, siempre dispuesta a averiguar los detalles.

—Lo elegí en Italia, pero como había que hacerlo grabar y no me daba el tiempo, lo compré por teléfono acá y, como nos conocen, apelé al buen nombre de mi querido padre para que me lo grabaran en sólo dos días. Lo retiré al bajar del avión; ayer fue un día de locos, a contrarreloj —explicó.

—¿Y se lo pusiste mientras dormía? ¡Jamás había oído algo igual! se

sorprendió su madre.

—Sí, yo suponía que iba a descubrirlo en seguida, al despertarse, pero Paula estaba muy dormida.

—De hecho, creo que me desperté con el grito de Amanda al verlo.

—Pero, Alex, sos un loco. ¡¿Mirá si te decía que no?!
—intervino su padre.

—Sabía cuál iba a ser su respuesta, papá —le contestó él, mientras la miraba a los ojos.

—Bueno, tampoco creas que sos tan irresistible —se mofó Jeffrey.

—¿Acaso cuando le diste el anillo a Alison no sabías la respuesta de antemano?

—La verdad es que sí —respondió éste y besó en la nariz a su futura esposa.

—Porque te creíste irresistible, ¿verdad? —bromeó Alex, y todos se rieron.

—¡Qué ternura! Ella ayer nos preguntaba por las bodas de todos nosotros... —recordó Lorraine.

—¡Y pensar que este desgraciado ya sabía que pronto tendrías que planear la tuya! —añadió Alison y

Paula se rió y abrazó a Alex.

—¡Hey, más respeto con tu jefe! ¿Cómo que «desgraciado»? bromeó

Alex y Alison le arrojó una servilleta a la cara.

—¡Por Dios, cuántas bodas! —exclamó el abuelo Masslow—. Estos chicos se contagiaron uno tras otro.

—¿Viste, abuelo? Yo soy el único original, ellos son todos unos copiones — bromeó Edward.

—Sí, querido, sí.

La comida siguió adelante, pero Paula y Alex permanecían en su mundo.

Ella se miraba la mano continuamente, no podía dejar de admirar la sortija.

—No puedo creerlo —
decía a cada rato.

—¿Te gusta, mi amor?

—Es hermosa, mi cielo, es un sueño.

—Mirá lo que le hice grabar.

—No quiero sacármela.

—Después te la vuelvo a poner.

—Bueno, dale.

Paula se la quitó y leyó: «En tus brazos y huir de todo mal».

—Mi amor, te amo.

—Yo más.

—¿A ver qué dice? — preguntó Amanda indiscreta, le quitó el anillo de la mano y leyó en voz alta, y en inglés, para que todos lo entendieran.

—¡Te pasaste con esa frase, Alex! —exclamó Alison—. Sos muy romántico, nunca lo hubiera creído.

—¡Qué romántico! —se burlaron sus hermanos y Chad.

—Ella despierta mi romanticismo y la frase no es mía, sino de una canción

en español, que fue la primera que oímos juntos.

—Vos a mí sólo me grabaste la fecha en que nos conocimos, ¡una vulgaridad! —protestó Lorraine mirando a Edward.

—¡Y vos fuiste superoriginal con el «Tuyo por siempre»! —exclamó Alison dirigiéndose a Jeffrey.

—¡Ay, peor la mía: «Amanda y Chad»! —se quejó su hermana.

Alex se carcajeó.

—Ríanse, hermanitos, pero escuchen los reproches

de sus mujeres y aprendan de mí. ¡Manga de sabelotodos! —Tomó el anillo y se lo puso otra vez a Paula y todos aplaudieron, como felices testigos del momento. Tras almorzar, se sentaron en la sala a tomar el café. Como el marco familiar de ese día era más que propicio, Joseph anunció:

—Querida Bárbara, tengo otro regalo con motivo de tu cumpleaños. Esperaba que esta noticia que voy a darte fuera la más importante del día, pero sé que nada

superará a la que nos acaban de comunicar Alex y Paula.

—Lo siento, papá, no fue mi intención arruinarte el momento, pero también quería aprovechar que estábamos todos reunidos.

—No te preocupes, hijo, nos obsequiaste con un día muy feliz, inolvidable.

—¡Ah! ¿O sea que mi regalo es una noticia?

—Sí, Bárbara, algo que me venís reclamando desde hace tiempo y, bueno, creo que ha llegado el momento. — Bárbara y todos estaban expectantes ante las palabras

de Joseph—. Dejo Mindland en manos de mis hijos, nos mudaremos acá a Los Hamptons, como vos querías.

La mujer abrió los ojos con incredulidad y luego se lanzó al cuello de su esposo y lo besó por todo el rostro.

—¡Joseph, me has hecho la mujer más feliz del mundo con esta noticia!

—Me alegro de que así sea, yo también lo estoy, porque sé que dejo la empresa en muy buenas manos. Y, a ustedes, Amanda y Edward, les

aseguro que sus hermanos cuidarán muy bien de sus acciones en Mindland.

Ésta corrió a su lado y abrazó a su padre.

—¿Estás seguro, papá? — preguntó Edward—. Realmente me tomaste por sorpresa con esta decisión, ¿estás convencido de que es el momento? No me malinterpreten, no lo digo por ustedes —miró hacia Alex y Jeffrey—, sino por papá. Sé que hasta hace unos meses él no quería alejarse de la compañía por nada en el mundo.

—Hijo, uno tiene que ser sabio y aceptar cuándo llega el momento; mi experiencia me dice que, para que Mindland siga creciendo, debo mantenerme al margen.

»Alex demostró, en este último tiempo, que tiene las agallas necesarias para conseguir que esto siga agrandándose, precisamente porque tiene juventud, desenfado y muy buen olfato —Paula tomó la mano de éste y le besó los nudillos; se sentía muy orgullosa de él —, y Jeffrey cuenta con toda la lucidez necesaria para que

este sistema no se nos coma, y eso hará que las espaldas de Alex sean aún más sólidas —Edward, que estaba sentado junto a Jeffrey, le chocó los puños en señal de felicitación—. Cuando uno tiene mucha experiencia, se vuelve poco audaz, le da miedo arriesgar lo que consiguió y empieza a estancarse.

Todos escuchaban los argumentos del empresario en un mutismo total, demostrando el respeto que sentían por su figura.

—Pero mi resistencia a

apartarme del negocio — prosiguió él—, era porque, aunque sabía que mi puesto iba a estar muy bien ocupado por Alex, no había nadie que pudiera sustituirlo a él en Mindland Internacional. Ése era el verdadero impedimento que tenía para irme. Alex no podía hacerse cargo de las dos divisiones de la empresa. Pero hace poco, apareció ante mí una persona que me demostró que podía hacerse con el cargo que hoy ocupa y más. —Paula empezó a

removerse inquieta en el sofá, mientras Alex no paraba de besarla en la sien y decirle al oído «te amo, sos mi orgullo»—. Y es porque encontré a esa persona que ahora sé que puedo irme tranquilo a descansar y a disfrutar de mi esposa y de mis nietos.

—¿Y quién quedará en el lugar de Alex? —preguntó Bárbara.

—Mi amor, será Paula quien ocupará el puesto de Alex, por eso vino a Nueva York, porque yo tenía esta propuesta para ella mucho

antes de que decidieran casarse.

Amanda pegó un grito y exclamó:

—¡O sea que todo seguirá quedando en familia!

Todos bromearon y felicitaron a Paula, a Alex y a Jeffrey.

—¡Qué día, por Dios! ¡Esta casa está llena de sorpresas!

—Es que tenés una gran familia, Bárbara —le comentó Ofelia muy emocionada.

—Vení acá, vieja querida, quiero abrazarte y compartir

mi alegría con vos.

—Me queda un consuelo
—confesó Joseph refiriéndose a Ofelia y a su mujer—. Por lo menos en esta casa, que es más grande, no oiré tanto sus gritos.

—¡Dejá de quejarte, que bien que te consentimos siempre! —lo amonestó el ama de llaves.

—Vas a tener que preparar tu traje de baño, Ofelia, haremos piscina todo el año —bromeó él.

—¡Las pavadas que una tiene que escuchar! ¡Sólo a vos se te ocurre que voy a

mostrar mis huesos a mi edad!

Todos bromeaban de muy buen humor. El día no podía haber salido mejor.

Paula fue al baño y, como tardaba mucho, Alex salió a buscarla. La encontró sentada en la escalera, sacándose una foto de la mano con el anillo.

—¿Qué hacés?

—Le estoy enviando una foto a Maxi y a Mauricio.

Alex la besó en la coronilla.

—¿Estás contenta?

—Demasiado, Alex, tengo

miedo de despertarme y que todo esto sea sólo un sueño.

—No, mi amor, no lo es. Quería avisarte de que llamé a Heller para que nos viniera a buscar. Necesito estar con vos a solas. Vayamos a recoger nuestras cosas, así partimos en seguida. No aguanto más las ganas de hacerte el amor.

—Yo también quiero irme y que estemos un rato solos.

Subieron a preparar sus bolsas, se abrigaron y salieron a caminar hasta el muelle.

Se sentaron en el

embarcadero con las piernas colgando. Alex se colocó tras ella, la cobijó entre sus brazos, mientras admiraban el paisaje. El agua y el cielo eran de un azul intenso, las aves se alejaban para emigrar a sus refugios, caía la tarde. Una extensa vegetación los rodeaba y, amarrados a los muelles de la orilla opuesta, había algunos botes que danzaban sinuosos al compás de la corriente. La fresca brisa les golpeaba la cara y agitaba sus cabellos. Paula se acurrucó entre los brazos de

su novio, fascinada por el paisaje y por su compañía. Muy pronto los colores del cielo empezaron a mutar del amarillo al naranja, y el sol, con rojas tonalidades, a declinar en el horizonte... La noche anunciaba su llegada.

Y ahí estaban ellos, plácidamente, disfrutando del ocaso.

Alex le hablaba al oído y su aliento le acariciaba el lóbulo de la oreja y le hacía cosquillas.

—Tenemos muchas cosas que planificar, Paula, debemos definir una fecha

para nuestra boda, quiero que sea pronto.

—Yo también —confirmó ella.

—Pero también deseo que organicemos una gran fiesta.

La joven se dio la vuelta para mirarlo y le preguntó sobre los labios. —¿Una gran fiesta?

—Sí, ¿vos no querés una gran boda, mi amor?

—En realidad, no lo había pensado —se sinceró—. Lo que vos quieras, Alex.

—Nuestra boda será única y tan grande como nuestro amor.

—Uf, entonces no podrá ser pronto, querido, un evento así no puede planearse de un día para el otro.

—Supongo que no. ¿Te parece que podríamos prepararla para el comienzo del verano?

—Creo que será tiempo suficiente. Nos casaremos acá, en Estados Unidos, ¿verdad?

—¿Vos no querés casarte acá?

—Sí, no tengo problema, porque será el lugar donde viviremos, pero eso significa

que tendremos que traer a mis invitados desde Argentina y eso es un costo muy alto —se afligió—, aunque no son demasiados.

—Podemos negociar algún descuento, no te preocupes por los gastos; sólo deseo que tengas todo lo que te guste. De verdad, no quiero que te prives de nada.

—Tampoco hay que despilfarrar el dinero, Alex.

—¡Ya salió la administradora! —Le besó la nariz—. No hay problema por eso, Paula, podemos darnos un gusto así para

festejar el día más importante de nuestras vidas.

Ella lo escuchaba resignada. Tenía que familiarizarse con los estándares de vida a los que él estaba acostumbrado, así que sólo le restaba ceder y empezar a disfrutar.

—No puedo creer, Alex, que estemos planeando nuestra boda. Ayer creía que vos y yo no teníamos posibilidades de volver a estar juntos.

—¿De verdad?

—Bueno, quería creer que

sí, que todo iba a solucionarse, pero tu silencio me hizo tener miedo de que hubieras conocido a alguien en Italia. Temía que te hubieras cansado de mí.

—Tonta, ¿cómo pudiste creer eso?

—Sólo me reconfortaba recordar el beso que nos habíamos dado a la salida del café, tenía ese sabor en mi boca.

—Sí, pero me pegaste — se lamentó Alex con una mueca de dolor mientras se tocaba la cara.

—Perdón, mi amor,

perdón —le suplicó Paula y lo besó—. Ya te dije que mi enojo era conmigo misma, por desearte aunque creía que no tenía derecho a hacerlo.

Se besaron con dulzura y se acariciaron con parsimonia sus lenguas.

—Voy a confesarte algo —dijo él y Paula se puso alerta—, ese encuentro en la puerta de Gucci no fue casual. Yo estaba siguiéndote, desesperado por verte. Quería que nos encontráramos porque ese día me iba y, si vos no

aceptabas la propuesta de mi padre, quizá nunca más hubiera podido verte.

—¡Alex! ¿De verdad fingiste ese encuentro?

—Fue lo más descabellado que he hecho en mi vida, aunque me sentí más estúpido aún esa misma mañana, escondido tras una columna en el aeropuerto.

—Mi amor, si no hubiese sido tan necia y te hubiera hecho caso ese día en el café.

—No nos lamentemos más por esos momentos horribles que nunca volverán, porque

ahora sólo nos espera
mucho, mucha felicidad.

—Sí, mi vida, vamos a ser
muy felices. Te amo tanto...

Sonó el móvil de Alex, era
Heller que lo avisaba de que
había llegado.

Regresaron a la mansión,
se despidieron de todos y se
marcharon.

Capítulo 24

DURANTE el viaje siguieron hablando de la boda, Alex estaba muy ansioso y quería ir a ver hoteles cuanto antes para poder fijar la fecha. Al cruzar el túnel de Quenns Mindtown, decidieron pasar antes por el Belaire, para que Paula pudiera recoger su ropa y su Mac. Cuando llegaron frente al edificio de apartamentos donde él

residía, ella exclamó:

—¡Alex nunca imaginé que vivieras en este barrio! Me parece un lugar tan misterioso...

—Misterioso, ¿por qué?

—Porque detrás de estas fachadas antiguas se esconde un lujo inimaginable.

—Es la parte más bohemia de Nueva York, un lugar muy tranquilo. Espero que te guste mi casa y que te sientas cómoda.

—No podría no gustarme, Alex, quiero estar dondequiera que estés.

Alex y Paula se

adelantaron y Heller se quedó descargando el equipaje de ambos, que luego subió hasta el vestíbulo del apartamento, en el cuarto piso.

—Señor, ¿lo vengo a buscar mañana para ir a la oficina?

—No, Heller, encargate sólo de traerme el coche.

—Muy bien, señor, que tengan buenas noches y permítanme felicitarlos por el compromiso. Les deseo muchas felicidades.

—Gracias, Heller, sé que tus palabras son sinceras.

El chófer le estiró la mano y Alex lo sorprendió dándole un abrazo. Después cerró la puerta y se quedaron en la intimidad. Por fin la tenía donde deseaba, toda para él, sin tener que compartirla con nadie.

Paula ya había entrado y escrutaba todo con interés.

El apartamento se alzaba sobre una de las calles más hermosas del SoHo neoyorquino; su interior combinaba madera y diferentes texturas en los acabados, era un piso adecuado a los estándares de

vida de los más exigentes. Paula se detuvo frente a la biblioteca que se utilizaba como despacho y abrió la puerta vidriada de doble hoja para entrar.

Abstraída, deslizó su mano por los sillones de cuero de ese despacho, que tenía dos mesas con sendos ordenadores. La pared frontal estaba revestida por una estantería repleta de libros. Se acercó a revisar los títulos y pasó su dedo por su lomo; había algunos clásicos de la literatura, pero en su mayoría eran ensayos

de finanzas y gestión empresarial. Luego, se fijó en las fotografías que descansaban sobre la repisa de la pared lateral: eran todas familiares, ninguna de Janice. «¿Las habrá quitado previendo que yo venía?», no pudo evitar pensar, pero intentó no seguir por ese rumbo. Alex se aproximó con sigilo por detrás, la abrazó y le dio un beso en el cuello.

—Tu apartamento es muy funcional, veo que tenés montada una oficina.

—Sí, mi amor, desde acá

puedo gestionar todo lo de la empresa. Uno de los ordenadores es una terminal de Mindland y el otro es personal. Vení, quiero terminar de mostrártelo —le dijo y la llevó a recorrer las otras estancias.

Primero entraron en un dormitorio que contaba con un baño con vistas y acabados suntuosos; luego la llevó a otro de menor tamaño, que recordaba al interior de un yate de lujo; por último, llegaron al dormitorio principal, en el que había un baño y un

vestidor con detalles en madera. El baño mezclaba mármol y piedra con armonía; tenía una ducha con mampara vidriada y una bañera empotrada en carpintería de nogal.

Paula halagó cada uno de los espacios en los que entró y es que realmente estaban diseñados y ambientados con un gusto exquisito y todas las comodidades imaginables.

—¿Nos damos una ducha?
—la tentó él.

—¿Sólo una ducha?

Alex la tenía abrazada,

echó la cabeza hacia atrás y sonrió.

—¿Se te ocurre alguna otra cosa que podamos hacer en el agua?

—Se me ocurren muchas cosas, pero estoy segura de que vos podés imaginar muchas más.

Alex la recorrió con una mirada oscura, el iris de sus ojos se había ennegrecido, se habían despertado sus instintos más primitivos y ambicionaba poseerla, con lujuria y desesperación. Paula era suya, siempre la había sentido así, aun en los

días en que se obligaba a olvidarla. Se apoderó de sus labios y la aprisionó contra su pecho. Su beso era imperioso, exigente y le reclamaba una entrega completa. Él, a su lado, se consideraba íntegro y viril, y, sin embargo, se desintegraba, porque ella se apoderaba de toda su razón.

Como un manso corderito, Paula sucumbió a sus besos húmedos, mullidos y experimentados. Eran el elixir perfecto que quería beber sin parar. Cuando él se acercaba, su cuerpo se

estremecía al más simple roce y su deseo se ponía a flor de piel. Alex la hacía sentir mujer, deseada, viva, pero, por encima de todo, a su lado se sentía amada y protegida.

Se desprendió el cinturón que llevaba sobre el jersey y lo dejó caer, luego levantó los brazos para que Alex le quitara dicho jersey. Él la ayudó diligente y se dispuso a admirar la protuberancia y la sinuosidad de sus perfectos senos, se aferró a ellos mientras mordisqueaba sus hombros y apartaba los

tirantes del sostén.

Con sus manos ansiosas, Paula tomó el elástico del jersey de Alex y él levantó sus brazos para que ella se lo quitara. No resistió la tentación y le acarició el vello, acercó sus labios y depositó besos delicados en su torso. Alex tenía los ojos cerrados y estaba entregado a sus caricias, expuesto, sosegado, confiado. Subió con sus besos hacia el cuello y se aferró a él, para mordisquearle el lóbulo de la oreja. Enredó sus dedos en la nuca y le acarició esa

zona que a él tanto lo enloquecía y que le hacía perder el control. Alex dejó escapar un gemido: Paula lo desarticulaba.

Intentando retomar el mando y el equilibrio, él abrió los ojos y le soltó los botones del pantalón, para deslizarlo por sus caderas. Ella se movió un poco para ayudarlo y se sentó en la cama para que la ayudara con las botas. Paula decidió también poner las manos en su cintura y desabrocharle el pantalón, metió su mano en la abertura y le acarició el

pene por encima de la tela del calzoncillo. Estaba preparado para ella, sólido para fundirse con su cuerpo, y ella se sentía húmeda y lista para su invasión.

Alex se agachó y se deshizo de sus zapatillas y sus calcetines y terminó de quitarse el pantalón, entonces la tomó de una mano y volvió a ponerla en pie. Rodeó su cintura con su brazo izquierdo y la sujetó contra él, le despejó la cara y se apoderó de nuevo de sus labios. Paula entera era una droga para él.

Bajó sus manos hasta su trasero, lo estrujó entre sus dedos y le habló sobre los labios, que besaba y mordisqueaba con frenesí.

—Sos mía, Paula. Te necesito como al aire para respirar. Quiero poseerte toda, íntegra, quiero que tu cuerpo me pertenezca por completo.

—Es tuyo, todo para vos, mi amor, podés hacer con él lo que quieras, porque te pertenece.

Le quitó el sostén y le deslizó el tanga por los muslos. Después la tomó de

una mano y la llevó hacia la ducha y abrió el grifo hasta que el agua estuvo templada. Luego se quitó la ropa interior y dejó libre su maravillosa erección. Se metió bajo el chorro y la invitó a entrar en el cubículo, cerró la mampara y la abrazó con fuerza mientras el agua caía sobre ellos.

Paula le aferró el rostro con las manos y se apropió de sus labios, los mordió con impaciencia, estaba muy excitada y eso fue suficiente para desatar los más bajos

instintos de Alex. La arrinconó contra la pared cogiéndole los brazos, se los sostuvo sobre su cabeza y ella arqueó su torso exponiendo sus pechos para que él los mordisqueara. Mientras la sostenía con una mano, Alex le atrapó los glúteos con la otra y se los estrujó con tanto desasosiego que sus dedos se pusieron blancos. Se apartó por un momento y la miró a distancia, entonces; soltó sus muñecas y llevó su mano a la vagina, le hundió un dedo y Paula dejó escapar

un chillido mientras se retorció contra su caricia. Él la penetró con su dedo, en busca del famoso punto G.

—¿Te gusta, Paula, te gusta que te toque así?

—Sí, mi amor, seguí por favor.

Metió otro dedo dentro, ella levantaba la pierna a la altura de la cadera de él para abrir más su entrada y se movía para encontrar con fuerza sus dedos cuando entraban y salían. Él los retiró y se los metió en la boca para que los chupara; acto seguido metió su lengua

junto a los dedos y ambos saborearon los fluidos.

La dio la vuelta, la hizo ponerse en pie con las piernas abiertas y se agachó para pasarle la lengua por la entrada del ano; luego, como había hecho la noche anterior, metió un dedo, pero esta vez optó por el dedo corazón.

—Relajate, Paula, dame entrada, no te contraigas.

Obedientemente, ella intentó serenarse ante la intrusión y cuando él lo tuvo todo dentro de su orificio, comenzó a moverlo

despacio.

—¿Te duele? —le preguntó él con voz oscura.

—No —contestó ella y su respiración se escuchaba entrecortada. —Bien, vamos a probar con otro más, relajate como hiciste recién. Alex metió primero sus dedos en su sexo para que se mojaran con su fluido vaginal, y después los introdujo en su ano con cuidado.

Los dejó dentro para que ella se acostumbrara y, tras un instante, los empezó a mover pausadamente.

—¿Duele ahora? —Él no quería hacerle daño, sino que deseaba que ella disfrutara tanto como él.

—No, mi amor, seguí, yo te aviso si me duele.

Paula volvió la cabeza y Alex la besó. Volvió a situarse atrás y con su mano libre dirigió su pene a la vagina, mientras sus dedos seguían en el recto.

Se movió unas cuantas veces y cuando ella empezó a encontrarlo con sus movimientos, él paró. Sacó su sexo y sus dedos de su interior y metió la punta del

glande en su culo. Al principio, Paula se tensó, por lo que él esperó a que se acostumbrara.

—Tranquila, si te duele paramos, relajate, no te contraigas, no voy a hacerte daño, sólo quiero que ambos disfrutemos. Te amo demasiado para lastimarte.

Sus palabras al oído le daban confianza y la convencían de entregarse a él de todas las formas que quisiera.

Respiró hondo y se relajó, entonces él entró un poco más probando su resistencia.

Sacó el pene, lo lubricó y volvió a meterlo en el ano, pero esta vez un poco más y, cuando ya estuvo casi todo dentro, comenzó a moverse dulcemente.

Ella gemía y temblaba entre sus brazos y, aunque él quería perder los estribos y enterrarse en ella por completo, se contenía y se movía despacio para no hacerle daño; como le había prometido, quería amarla, quería adorarla... Pero entonces ella lo sorprendió:

—Movete, Alex, movete, por favor, no me duele.

Alex probó a contonearse un poco más fuerte y ella se inclinó un poco más y abrió sus piernas para darle más paso. En ese punto ya estaban perdidos los dos.

—Nena, sos exquisita, tu culo está tan apretado, me estás volviendo loco y es que... lo deseaba tanto.

—Me gusta, Alex, creo que voy a acabar, no aguanto más.

—Sí, nena, terminemos juntos.

Alex se olvidó de que era la primera vez y perdió de vista el norte, la embistió

varias veces más y soltó todo su esperma dentro de ella. Absorto, emitió un clamor ronco; Paula, por su parte, aullaba, desordenada, nunca había chillado de esa forma cuando tenía un orgasmo.

Quedó extenuada. Él salió de su cuerpo con cuidado y sintió que le temblaban las piernas. Paula notaba, asimismo, que las fuerzas le fallaban.

A continuación él la rodeó con sus brazos, la recostó sobre su pecho y la guió junto a él bajo el chorro de

agua mientras le besaba el cuello.

—¿Estás bien, mi amor?

—Ella sólo asintió con la cabeza—. Te amo, Paula.

—Yo también, mi vida.

Alexander tomó el bote de champú, puso un poco en su palma y comenzó a lavarle la cabeza con cariño; luego se la enjuagó. Después cogió el gel, la enjabonó de arriba abajo y le masajeó los hombros. Paula estaba entregada, se sentía exhausta. Él la lavó y luego se dispuso a ponerle el acondicionador en sus largos

cabellos, pero entonces recuperó el aliento y le dijo:

—Yo lo hago, duchate vos. —Le dio un beso en los labios y le quitó el bote de la mano. Alex le sonrió deslumbrante y le devolvió el beso.

Terminaron de asearse y él salió primero, se envolvieron en sendas toallas y él la secó mientras le daba tiernos besos en la frente; luego le alcanzó una de sus batas, que le quedaba enorme.

—Los bolsos quedaron en la entrada, ¿verdad?

—Sí, mi amor.

Fue hasta el vestíbulo para buscar sus pertenencias y, cuando regresó a la habitación, Alex también se había puesto una bata.

Paula abrió su bolsa y rebuscó en él un tarro de crema con aroma a lavanda, manzanilla y almendra, para hidratarse el cuerpo. Alex descubrió entonces el olor tan característico que ella tenía siempre en su piel y que la identificaba. Cogió el envase y leyó la inscripción.

—Hay que comprar muchos de éstos, quiero que

siempre huélas así.

—No te preocupes, estoy segura de que acá también se consigue —le contestó, riendo desde la cama, donde estaba untándose.

Entonces Alex la tumbó y se echó encima de ella y la besó, su cuerpo era insaciable y su boca, ambiciosa. Paula tenía la bata abierta y él no pudo resistir la tentación de acariciar sus pechos; estaba nuevamente erecto, sólido como el cemento. Bajó su mano, acarició su vulva y comprobó la humedad de su

vagina, ella también estaba preparada.

—No puedo parar, Paula, te deseo otra vez.

—No pares, yo también te deseo.

Mientras devoraba su boca, le acariciaba el hueco de los labios de su vagina, alrededor del capuchón, luego destinó su pulgar a rodearle el clítoris de manera muy sutil, con leves toquecitos, como si se tratase de una pompa de jabón. Paula se arqueaba entre sus manos, había levantado sus piernas y

exponía su vagina a las caricias. Alex tomó su clítoris entre sus dedos pulgar e índice, como si tocara el pétalo de una flor y empezó a darle tenues pellizcos. Ella le suplicaba «más rápido», «más suave», pero él mantenía el ritmo pues sabía que era el adecuado, pues Paula se retorció entre sus manos. Mientras él seguía con los pellizcos introdujo su dedo medio en la vagina y lo movió en círculos. Ella comenzó a contraerse y a convulsionarse, emitiendo

pequeños grititos que Alex ahogaba con sus besos. Una rigidez que él conocía muy bien comenzó a notarse en sus extremidades y, en aquel momento, él observó su rostro con atención porque no quería perderse ninguna sensación. Paula retorció la bata con los dedos y su temperatura corporal aumentó en el momento del orgasmo. Arqueó su espalda e irguió el cuello, mientras experimentaba una serie de contracciones musculares involuntarias y muy intensas en la vagina, en el útero y en

el recto.

—Me encanta verte perdida en mis manos.

Ella asintió con la cabeza, le faltaba la respiración.

Sin más espera, Alex se subió en ella y enterró su pene en su vagina.

Comenzó a moverse cruelmente, cambiaba el ritmo y se movía lento y profundo, luego reanudaba los movimientos rápidos de su pelvis y, cuando volvió a advertir todos los síntomas en el cuerpo de Paula, su respiración, pulso y presión arterial llegaron también a

una aceleración máxima. Estaba en su punto más alto y se dejó ir, perdiéndose en un mundo de placer, mientras su esperma brotaba como un torrente bañando las paredes de la vagina de Paula. Cayó sobre ella extenuado y así se quedaron durante un rato, en silencio y abrazados. La humedad de las lágrimas de la joven empezaron a mojar su mejilla.

—¿Por qué lloras, mi amor?

—De placer, Alex, me saltaron la lágrimas de tanto

placer, nunca en mi vida me había sentido como hoy —le explicó ella asombrada.

—¿Fue mejor que en la ducha? —le preguntó él interesado.

—Fue diferente, mi amor, pero hermoso las dos veces.

—Quiero darte todo el placer que puedas imaginar, Paula; quiero ser yo y solamente yo el que te lleve a esos lugares que tu cuerpo no conocía. Descubriremos nuevas sensaciones juntos. —Le apartó el pelo de la cara mientras le hablaba—. Un día de éstos voy a morir

entre tus brazos, a veces siento que el corazón me deja de latir, no sos consciente de lo que me hacés sentir.

—¿Tanto placer te doy?

—No lo dudes nunca, tu cuerpo me hace estremecer de formas que nunca antes experimenté.

—No creo hacer nada realmente extraordinario — reconoció ella un poco incrédula.

—Nena, sos una serpiente en la cama, te movés de una manera que me hace perder el control, como si fuera un

adolescente inexperto. —
Ambos se carcajearon—. Te
amo mucho, mucho, mucho,
mucho, mucho... —le repitió
él mientras le besaba los
labios.

—Yo más, yo más, yo
más, yo más, yo más... —le
contestó ella entre beso y
beso.

Capítulo 25

SIGUIERON hablando abrazados en la cama, y con la luz apagada, de los planes para su boda, hasta que el sueño los venció. Ambos despertaron con el ruido de la alarma. Estaban durmiendo en perfecta simbiosis, entrelazados con los brazos y las piernas trabadas, todo parecía haber vuelto a la normalidad.

Por lo general, Paula

siempre remoloneaba en la cama, pero Alex, desde que había llegado de Europa, había dormido tan pocas horas que su cuerpo empezaba a pasarle factura. Ella se levantó y se dio una ducha rápida; cuando salió envuelta en la toalla, se lo encontró todavía en la cama.

—Vamos, remolón, es hora de levantarse. Dale, Alex, date una ducha que yo preparo el desayuno —le dijo mientras se inclinaba y le besaba la frente.

Entonces él la arrastró a la cama y ella perdió la toalla

en el camino; el roce con su piel desnuda lo despertó de golpe.

Paula terminó montada en su pene mientras él se aferraba a sus pechos y a su trasero con energía. No les costó mucho llegar a ese instante donde no existe el tiempo, donde el mundo es sólo un eco que se oye a lo lejos, donde todo se olvida y sólo valen las sensaciones, los temblores, los escalofríos, el sonrojo y el rostro del ser amado en un éxtasis total. Como dice la canción de Miguel Bosé: «Si

esto no es felicidad, que baje Dios y lo vea, y aunque no se lo crea, ¡esto es gloria!».

—Sólo deseo que me ames toda la vida —le habló Paula sobre su pecho.

—Así será, mi amor, y voy a demostrártelo. —Alex comenzó a explicarle un juego con las manos—. Cada dedo de nuestra mano representa algo. El pulgar es el que sostiene todo, el índice representa a nuestros padres, el corazón a uno mismo, el meñique a nuestros hijos y el anular a nuestra pareja; ahora mirá

esto.

Se sentó en la cama y puso sus manos a la altura de su rostro. Hizo coincidir las yemas de los cinco dedos, con los otros cinco y dejó un espacio como de diez centímetros entre las palmas.

—Ahora, como el dedo corazón me representa a mí, voy a hacer que sólo las falanges de estos dedos se junten. Prestá atención porque llegó el momento de la demostración. —Paula lo miraba y lo escuchaba intrigada—. Voy a separar mis dedos índices, ¿ves que

se puede?

—Sí —contestó ella y seguía sin entender.

—Bueno, esto es posible porque, como éstos representan a nuestros padres, significa que algún día vamos a separarnos de ellos. Ahora es el turno de separar los meñiques. — Paula estaba embelesada—. También es posible porque también vamos a separarnos de nuestros hijos. Por último, voy a intentar separar mis dedos anulares, ¿ves que no se puede?, porque nunca me voy a

separar de vos, mi amor por vos es para toda la eternidad. Por eso en este dedo se pone el anillo de boda, porque representa a la eternidad, y, además, va en el izquierdo porque se dice que en él se encuentra una vena que se conecta directamente con el corazón.

—Mi amor, qué hermosa historia. Sos tan dulce, Alex, hacés que cada día me enamore más. —Tomó sus manos y le besó los dedos anulares.

Se dieron un beso tan mágico como la historia que

Alex acababa de contarle.

Llegaron a la Central de Mindland en el Alfa-Competizione. Paula estaba radiante con su vestido negro adherido al cuerpo, llevaba un abrigo de un solo botón, blanco con solapas de seda negra, que había combinado con zapatos negros de tacón blanco.

Alex caminaba orgulloso de la mano de su chica por las calles de Madison Avenue.

Entraron en el lujoso vestíbulo del edificio muy sonrientes y se acercaron al

mostrador del portero, a quien Alex le solicitó un pase definitivo para Paula. Cuando lo consiguieron, sortearon los molinetes y fueron a esperar el ascensor. Ella había pasado su mano por debajo de la chaqueta de él y lo tenía aferrado por la cintura. Entonces le besó la coronilla, miró de reojo hacia la entrada y vio que Rachel venía caminando. «¡Maldición!», pensó y su mal humor se hizo casi imposible de ocultar. Sólo esperaba que sobria no se fuera de la lengua, pero justo

en aquel instante llegó el ascensor y él se apresuró a indicarle a su novia que entrara.

—Alex, para el ascensor, por favor, cariño —gritó Rachel y corrió un poco para no quedarse afuera—. ¡Buen día, hermoso! —lo saludó con un beso en la mejilla. Alex movió su cara con disimulo para que no fuera a parar a la comisura de sus labios. A Paula, sin embargo, la saludó de manera despectiva, ofreciéndole su mejilla, pero ésta también se mostró falsa

y desinteresada. «¡Qué mujer tan desagradable! Esta zorra no le quita los ojos de encima a Alex y, además, él, aunque quiere disimular, se pone incómodo. Pero ¿quién se cree que es para llamarlo “cariño” y mirarme con desprecio? ¿Por qué le tiene tanta confianza? Me molesta mucho.»

Paula se enfurruñaba y Alex le sonreía nervioso a su amiga que intentaba sacar algún tema de conversación. El móvil de Paula comenzó a sonar en el bolso. Le entregó su maletín con el

Mac a Alex y aprovechó para marcar territorio.

—¿Podés sostenerlo, mi amor? —le pidió mientras buscaba su teléfono. Él le guiñó el ojo y la ayudó, colocándose casi de espaldas a Rachel, que a esas alturas ya estaba a punto de explotar, pues había visto la sortija de compromiso en la mano de la argentina.

—Era Joseph —le informó ella—, dice que te llama a tu móvil y salta el contestador. Quería saber dónde estábamos, nos está esperando en la sala de

juntas.

Como él llevaba las bolsas de papel con el desayuno de ambos, no podía buscar dónde tenía su móvil, entonces se le ocurrió:

—Paula, por favor, fijate en el bolsillo del pantalón a ver si tengo ahí el teléfono, no sea cosa que me lo haya olvidado en el coche.

Ella metió la mano en el bolsillo y tuvo la tentación de acariciarlo a través de la tela, pero el ascensor paró de forma inoportuna. Ambos sonrieron porque pensaron lo mismo. Paula pescó el

iPhone y, efectivamente, estaba apagado.

Dejaron que Rachel saliera primero y Alex cedió el paso a Paula y se apresuró a decirle al oído:

—¿De qué te reías?
¿Acaso recordaste algo?

Ella le hizo una mueca para que se callara, Rachel estaba muy cerca y podía escucharlos.

Pasaron toda la mañana reunidos. Paula fue presentada a los demás miembros de dirección y luego se trataron algunos puntos cruciales que

necesitaban atención, como una posible inversión de un grupo canadiense.

Cerca del mediodía quedaron libres. Paula y Alex se habían instalado los dos en la oficina de él, que compartirían hasta que Joseph liberase la suya.

—Esta noche se va mamá —le informó Paula.

—Sí, lo recordaba, no te preocupes, la llevaremos al aeropuerto.

—Gracias, mi amor.

Alexander estaba pasándole los últimos contratos adquiridos y

poniéndola al corriente de temas puntuales de Mindland International.

Mientras que él la situaba acerca de ciertas gestiones, ella aprovechaba para revisar su correo electrónico, sentada en la mesa de Alex. Había uno de Maximiliano en que le enviaba todo lo que debía autorizar en Mindland Argentina. También había recibido un mensaje de Mauricio en el que le indicaba que el viernes era la firma de la escritura con Gustavo. Su cara se transformó mientras

leía, pues sabía que a Alex no le iba a hacer mucha gracia la noticia.

—¿Pasa algo? Parecés preocupada.

—Es que voy a tener que viajar a Buenos Aires, sí o sí.

—¿Problemas en la empresa?

—No, Alex, Mauricio me avisa de que el viernes tengo que firmar la escritura del apartamento de Gustavo; finalmente llegaron a un arreglo. La cara de Alex estaba desencajada.

—No puedo viajar esta

semana para acompañarte y no quiero que vayas sola — dijo con rotundidad—. ¿Tenés problemas de dinero, acaso necesitás lo del apartamento? Te lo doy yo.

—Alex, no se trata de dinero, se trata de dejar todo en orden. Además, necesito ir a buscar ropa, únicamente había traído para una semana.

—Eso es lo de menos, compramos ropa y todo lo que necesites acá y ya está.

—Necesito mis cosas, Alex, cerrar mi casa y dejar todo en orden en la empresa.

¿Cuál es el problema de que viaje a Buenos Aires?

—No quiero que nos separemos.

—Amor, ¿y cuando tenga que viajar por cuestiones de Mindland International? — Alex se levantó, rodeó la mesa y la cogió de una mano para ponerla de pie a su lado.

—Paula, recién hace dos días que estamos juntos otra vez. De eso se trata, no me quiero separar de vos ahora, no tan pronto, nena, te deseé durante tanto tiempo...

—Yo tampoco quiero

irme, Alex, pero cuanto antes deje todo arreglado allá, mejor. Así ya nada se interpondrá entre nosotros y podré instalarme de forma definitiva acá. ¡Necesito traer mis cosas! —exclamó con alegría. Se abrazaron y luego se besaron. La puerta de la oficina se abrió sin que nadie llamara antes y los interrumpió.

—Hermoso, ¿tienes un minuto? ¡Ah, lo siento, Alex! —dijo Rachel. Éste le dedicó una mirada fulminante.

—¿Podrías llamar cuando

entras, por favor?! —le espetó muy molesto.

—Dije que lo sentía, ya me he disculpado.

—¿Qué necesitas? —le preguntó malhumorado.

Paula volvió a sentarse frente al Mac y Alex regresó a su lugar. La mujer se dio la vuelta y se apoyó en el hombro de éste para inclinarse y ponerle enfrente unos papeles. Paula se sintió fastidiada por la confianza y la proximidad, ¡ella estaba casi apoyándole los pechos en el hombro! Se removió en su silla, pero no dijo nada

porque no quería que esa zorra se diera cuenta, presentía que lo hacía a propósito.

—Tengo las modificaciones de los contratos de Francia que me pediste, cariño.

Alex cogió la mano que Rachel apoyaba en él, la apartó y se retrepó en su asiento para alejarse de ella y comunicarle:

—Eso, ahora, se lo tenés que pasar a Paula, ella es la nueva directora de Mindland International.

—¿Qué dices? Pero ¡ése es

tu puesto, tesoro!

Rachel aún no sabía nada, porque nadie tenía la obligación de comunicárselo, puesto que ella era sólo una colaboradora de Jeffrey.

—Lo que has oído, Paula es la nueva directora de Mindland International, así que ahora tendrás que trabajar con ella.

Ésta levantó la vista de su ordenador para estudiar la reacción de Rachel.

—Yo, a partir de ahora, pasaré a ocupar el puesto de mi padre.

—Felicidades, corazón, ¿quién mejor que tú para ocupar el puesto de Joseph?

—Se acercó, le dio un abrazo y lo besó. Alex se sintió incómodo y la apartó en seguida.

Esa mujer lo estaba fastidiando y, además, había notado que Paula los observaba. Entonces Paula, ni corta ni perezosa, se sintió tentada y decidió demostrarle quién tenía el control de las cosas allí.

—Dejemos trabajar a Alex, él está ocupado con otros asuntos. Tú y yo

podemos sentarnos aquí, en la zona de estar para que me expliques lo de esos contratos. Tengo tiempo.

Rachel la miró desafiante, pero tuvo que aceptar:

—Por supuesto, como gustes.

Alex las miraba desde su mesa. Paula estaba haciendo cabrear a Rachel, era algo evidente, y no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Pensó en su ira y en que ambas mujeres estaban rivalizando por él y no le gustó la situación. Paula estaba en desventaja porque

no sabía que él y Rachel se habían acostado, pero prefería que no lo supiera porque podía malinterpretarlo. No estaba dispuesto a arriesgar la relación con su chica. Su novia la estaba acribillando a preguntas y le estaba haciendo explicar cosas superfluas a propósito. Por otro lado, Rachel no era ninguna tonta.

—¿Necesitás saber algo más, Paula? —le preguntó fastidiada. Ésta estuvo tentada de hacerle perder más tiempo, pero en realidad

prefería que se marchase.

—No, muchas gracias, creo que eso es todo.

Rachel ya estaba saliendo cuando Paula la llamó:

—¡Rachel! —Ella se volvió con desgana—. La próxima vez llama a la puerta, no lo olvides.

Se fue llena de odio, sin contestarle, y pegó un portazo.

—Me parece que la hiciste enojar —comentó Alex.

—Me parece que te tiene demasiada confianza, *Ojitos*.

—Ya te expliqué que nuestras familias son muy

amigas, nos conocemos desde pequeños.

—Sí, claro, y yo me chupo el dedo, cariño —se burló Paula—. Llevame a almorzar, me muero de hambre —le ordenó en tono arrogante, realmente estaba cabreada— y también llevá tu Mac, así buscamos los teléfonos de los hoteles para la boda y llamamos para pedir cita. Además tengo que sacar un pasaje a Buenos Aires.

—Por favor.

—Por favor, señor Modales. Ponele un freno a

esa tipa y mis modales regresarán.

—Estás siendo necia, Paula, no hay motivos.

—Ponele un freno, *Ojitos*, y dejá de reírte. Por hoy ya soporté demasiado las indirectas de esa rubia desabrida.

El miércoles a las diez de la noche partió el avión de American Airlines hacia Buenos Aires. A bordo, Paula observaba alejarse las luces de la ciudad, mientras sobrevolaban el cielo neoyorquino. Confinada en su asiento, recordaba con

dicha y congoja los últimos momentos que había vivido en el aeropuerto junto a Alex.

—Amor, prométeme que ni bien llegues me vas a llamar, mirá que no voy a pegar ojo en toda la noche.

—Sí, Alex, ya te dije que sí, no seas obsesivo. Voy a estar bien; además, Mauricio me va a ir a buscar al aeropuerto, podés estar tranquilo.

—No puedo estar tranquilo sabiendo que te vas a tantos kilómetros de distancia. Sabés que no

estaba de acuerdo con que hicieras este viaje tan pronto, prométeme que no verás a ese malnacido y que no hablarás con él.

—Alex, yo tampoco estoy feliz de irme y de dejarte acá, pero mejor que deje todo en orden cuanto antes tanto en la empresa como en la casa. En cuanto a Gustavo, ya te expliqué que Mauricio arregló todo para que no nos encontremos. Necesito sacarme todo esto de encima cuanto antes, así a mi regreso podré dedicarme de lleno a planificar la boda.

¡Son muchas las cosas que planear y cuatro meses pasan volando!

Alex la tenía aprisionada contra su pecho. Paula lo besó.

—¿De verdad no querés que vayamos a ver más hoteles cuando vuelvas?

—No, mi amor, está decidido, nos quedamos con el que fuimos a ver ayer, que es el que te gusta más a vos. No te olvides de llamar, así a mi regreso confirmamos la reserva para el 24 de agosto. Acordate de que es la única fecha que tenían disponible

para ese mes. —Volvió a besarlo.

—Pero yo quiero que el lugar te guste a vos.

—A mí me encanta, dejá de preocuparte, mi amor, ¿quién no podría estar conforme con una boda en el Plaza?

—Te amo, Paula, sólo quiero lo mejor para vos, que sos mi reina. Te aviso que no voy a esperar al sábado para reservar, mañana mismo voy y ya volveremos juntos para hablar con quien sea necesario.

—Bueno, ¡mirá que sos ansioso!, pero no le digas a nadie que ya tenemos fecha, así el domingo vamos a almorzar a casa de tus padres y lo anunciamos juntos.

—De acuerdo, y también tenemos que ir a Mendoza, quiero conocer a tu hermano y pedirle tu mano formalmente.

—Sí, mi amor, después de la boda de Jeffrey y Alison planearemos ese viaje.

Estaban en la sala vip de American Airlines cuando empezaron a llamar a los

pasajeros del vuelo para subir al avión. Alex la abrazó con más fuerza, no quería dejarla marchar. La llenó de besos en el rostro y devoró su boca con su lengua intrusa, la saboreó con avidez, palmo a palmo, porque quería quedarse con el recuerdo de sus besos. Iban a ser tres interminables días sin ella en Nueva York; a esas alturas, ya no concebía la vida sin su Paula, sin su amor.

—Tengo que irme, Alex.

—No quiero.

—Dale, amor, hace rato

que llamaron, va a empezar el embarque y el avión se va a convertir en un caos de gente.

Volvió a besarla una última vez y luego la soltó. Paula se daba la vuelta a cada rato y le tiraba besos, que él recogía con la mano y guardaba en su abrigo.

Cuando ya no la tuvo al alcance de su vista, Alex se dio media vuelta para ir hacia la salida del aeropuerto donde había dejado su deportivo.

En la carretera, sonó su teléfono y atendió con el

manos libres.

—¡Mikel! ¿Tenés novedades de lo que te pedí?

—Hola, amigo, lo tuyo casi está. Como muy tarde, el viernes lo tendrás, llega a última hora.

—¡Sos sencillamente un genio! ¿Tal y como lo quería?

—Con todas tus especificaciones. Como te dije, mi contacto en la planta de montaje me lo consiguió, gracias a esa comisión, sin ningún problema.

—¡Perfecto! Creí que no lo iba a tener para esta

semana.

—¿Tan poca fe me tenés?

—No, pero soy muy consciente de que no había demasiado tiempo.

—Alex, como siempre decís, en estos casos no hay nada que un par de dólares no pueda torcer.

—Tenés razón —se carcajearon.

Como en la clase ejecutiva había Internet y Paula tenía su Mac con ella, después de cenar le mandó un correo a Alex, que él contestó de inmediato desde su teléfono.

De:

<anapaulabianchi@gmail.cc

Para:

<alexanderjosephmasslow@.

Fecha: *03 de marzo de 2013*

23:16

Asunto: *Extrañándote*

Hola, mi amor, ya estoy extrañándote. La cena era deliciosa pero si no estás a mi lado sabe muy mal. ¿Qué hacías? ¿Estás en casa? Quiero estar ahí con vooooooooooooooooos.

Tu amor, Paula Bianchi

Alex sonrió al leerlo, le encantó que ella dijera «en casa», ¡sonaba tan lindo!

De:

<alexanderjosephmasslow@.

Para:

<anapaulabianchi@gmail.cc

Fecha: 03 de marzo de 2013
23:17

Asunto: *Extrañándote... más
Estoy en el Belaire, como te
fuiste y no te importé,
necesitaba que me mimaran.
Tu Alex*

De:

<anapaulabianchi@gmail.cc

Para:

<alexanderjosephmasslow@.

Fecha: 03 de marzo de 2013
23:19

Asunto: *¡Traición!*

*Te fuiste a buscar otro
cariño, es imperdonable.
¡Qué pronto me reemplazás!
Tu desilusionada prometida*

De:

<alexanderjosephmasslow@.

Para:

<anapaulabianchi@gmail.cc

Fecha: *03 de marzo de 2013
23:21*

Asunto: *El amor de madre
es incondicional*

Ella jamás me abandona.

*Pero tu amor es
irreemplazable. Te amo, mi
vida, hoy duermo acá, no
quiero dormir en casa si no*

estás.

Tu abandonado amor

De:

<anapaulabianchi@gmail.cc

Para:

<alexanderjosephmasslow@.

Fecha: *03 de Marzo de
2013 23:22*

Asunto: *Lo has logrado = (
Si lo que querías era
hacerme sentir mal, lo has
logrado, buaaaaa :'(Me
arrepiento de haberme ido,
este asiento es muy frío,
quiero dormir abrazada a
vos.*

Tu arrepentido amor

De:

<alexanderjosephmasslow@.

Para:

<anapaulabianchi@gmail.cc

Fecha: 03 de marzo de 2013
23:24

Asunto: *Lo que más voy a
extrañar...*

*Es despertarme y no verte
durmiendo a mi lado. Fue tu
elección, lo siento, sos la
única culpable, pero no te
sientas mal, voy a dormirme
pensando en vos, te amo
más que a nada en esta vida.
Mañana, a la hora del
almuerzo, tu enamorado va*

a ocupar su tiempo en ir a reservar el hotel para la boda.

No veo la hora de que seas mi esposa.

A. M.

De:

<anapaulabianchi@gmail.cc

Para:

<alexanderjosephmasslow@.

Fecha: *03 de marzo de 2013*

23:25

Asunto: *Amor de mi vida*

Sos lo único importante que tengo en esta vida, lo que más anhelo es convertirme en tu esposa. Contaré los

días, como los presos que tachan las fechas en un calendario.

Extrañame mucho, yo voy a echarte muchísimo de menos. Pensémonos todo el tiempo, así sabremos que estamos juntos en nuestras mentes.

I love you, Alex

De:

<alexanderjosephmasslow@.

Para:

<anapaulabianchi@gmail.cc

Fecha: 03 de marzo de 2013

23:27

Asunto: For you (Por ti)

*Respite I wake I eat
(Respiro, despierto, como)*

*Alive, just for you, you are
my life (Vivo sólo para ti,
eres mi vida)*

P. D.: *Según mi papá tengo
cara de estúpido, me
pregunta si estoy hablando
con vos.*

Cuando le decía cosas muy profundas, Alex siempre empleaba su idioma, porque sentía más propias las palabras que le dedicaba. Paula releyó el correo mil veces, como una boba, pero para no angustiarse por la distancia contestó en alusión

a la posdata.

De:

<anapaulabianchi@gmail.cc

Para:

<alexanderjosephmasslow@.

Fecha: 03 de marzo de 2013
23:29

Asunto: *Ja, ja, ja, ja*

Por suerte, estoy sola porque tengo la misma cara de estúpida que vos. Me atarantás, mi vida.

Voy a intentar dormir, mañana cuando llegue iré directa a la empresa y, además, no quiero que sigan burlándose de vos.

Te amo, te amo, te amo.

P. D.: *Mañana, ni bien reserves la fecha de la boda, avisame, ¡please, Ojitos! Estaré esperando ansiosa =)*

De:

<alexanderjosephmasslow@.

Para: *Paula Bianchi*

<anapaulabianchi@gmail.cc

Fecha: *03 de marzo de 2013*

23:27

Asunto: *Prometo avisarte,*

preciosa. Soñá conmigo, es

una orden no un pedido.

¡Te amo mucho más!

—¿Llegaste? ¿Cómo estás,
mi amor?

—Hola, estoy dejando migraciones y caminando hacia la puerta, como no tengo equipaje, salí la primera. ¿Ya estás despierto?

—Sí, mi amor, recién salido de la ducha para irme a trabajar.

—Te envidio, ¡cómo deseo un baño!, pero de acá me voy a la oficina, ya estoy en el vestíbulo y veo a Mauricio esperándome.

—Bueno, mi amor, más tarde te llamo. Te amo.

—Yo más. ¡Ojo con la zorrita esa que tenés en la

oficina!

Alex se carcajeó.

—No sé a lo que te referís.

—No te hagas el bobo, *Blue Eyes*, que yo tengo de estúpida lo que vos tenés de lento. Ésa está buscando que la ponga en su lugar. Dejá que vuelva y vas a ver, si no entiende por las buenas va a tener que entender por las malas. Te dejo, ahí me acaba de ver Mauricio. Beso, llamame más tarde para contarme cómo te fue en el hotel.

Mauricio estaba muy feliz de ver a su amiga, la levantó

y le dio vueltas en el aire, parecía que hacía una eternidad que no se abrazaban.

La llevó a la empresa y, de camino, Paula no paró de contarle lo de la boda y mostrarle su anillo constantemente.

—¡Me alegro tanto...! Sos tan buena tipa que te merecés una vida de cuentos de hadas como la que relatás. Estoy seguro de que vas a ser muy feliz a su lado. Ahora puedo confesártelo: cuando tuviste el accidente, llamó desesperado y me

pidió por favor que no le mintiera, que le dijera de verdad si no estabas bien. Alex se guardó su orgullo y me llamó a pesar de que lo traté como el culo y siguió llamando todos los días para asegurarse de que estabas bien.

Ella lo amó mucho más cuando su amigo le contó eso.

Al llegar a Mindland, avisó a Maxi de inmediato para que fuera a su oficina. Se fundieron en un abrazo en cuanto se vieron y, después de mostrarle su

anillo, le narró todo lo referente a la boda y cómo se habían arreglado con Alex. Estaba exultante.

—Se te ve muy feliz, parece que te hubiera tocado la lotería.

—Sí, amigo, Alex es el premio gordo, lo amo.

—Se nota, Paula, se te pone cara de pelotuda cuando hablás de él, pero ahora más que antes. Creo que durante estos días lo pasaste muy bien... ya sabes a qué me refiero.

—¡Maximiliano! —fingió ofenderse ella y luego gritó

—: ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —Y ambos se carcajearon—. Es un irrespetuoso, creeme.

—Te creo, amiga, estás radiante.

—Sentémonos, por favor, los pies no me dan más. Alcanzame mi maletín y mi bolso.

Paula buscó su portabolígrafos y sacó del maletín unos papeles para ponerlos frente a Maximiliano.

—Tomá, firmá esto, chiquito —dijo mientras le ofrecía su estilográfica.

—¿Qué es?

—Tu nuevo contrato de trabajo, te quedás en mi puesto.

—¿Qué? ¿Me estás jodiendo?

—No, amigo, Alex, su padre y yo decidimos que sos el indicado.

Necesitamos gente de confianza y quién mejor que mi mejor amigo, que es como si fuera mi hermano.

El joven estaba mudo, la miraba y no decía nada.

—Dale, reaccioná —lo presionó ella—, el barco queda en tus manos. ¡Felicidades, amigo! —le

gritó Paula, lo abrazó y lo besó en la mejilla—. ¡Hey! ¿Estás llorando?

—Sí, soy un pelotudo, me emocioné —se rieron.

—Bueno, ¿vas a firmar o no?

—Por supuesto, pasame eso ahora mismo.

—Un momentito, empezamos mal. ¿Cómo vas a firmar algo sin leerlo?

—Confío en vos como confío en mí, seguro que ya lo leíste.

Ella se rió con muchas ganas, lo cogió del mentón y le dio un beso.

—¿Qué hacés? ¿Querés que el yanqui me despida antes de empezar?

—Te lo merecías. Tengo otra noticia.

—¿Algo más?

—Sí, la inyección de capitales finalmente es para Argentina, así que estarás muy holgado en tu gestión.

—Gracias, Paula, no dudes que no te voy a defraudar.

Paula se había recostado un rato después de haber llenado cinco maletas con ropa y objetos personales. Acababa de darse un

merecido baño.

Las horas de viaje empezaban a pasarle factura. Mientras miraba extasiada su anillo de boda, añoraba que su padre no estuviese a su lado para compartir con él su felicidad.

El sonido del teléfono la sacó de sus pensamientos, y menos mal, porque estaba poniéndose muy melancólica.

—Hola, mi amor.

—Hola —le contestó él a secas.

—¿Pasó algo? Te noto de mal humor.

—La fecha ya está reservada —dijo él con desdén.

—¡No puede ser! —maldijo Paula y soltó una palabrota—. Ya sé que no te gusta que profiera insultos, pero ¡qué mala suerte tenemos! ¿Y ahora, para cuándo?

—La fecha ya está reservada —volvió a repetir adusto—, nos casamos el 24 de agosto. —Alex largó una carcajada.

—¡Alex! ¿Por qué jugás así con mi ansiedad?

—Me encanta imaginar tu

carita de enojada. Preciosa, fue sólo una broma, ¿estás contenta?

—Feliz, mi amor. ¿Y vos?

—Siento que vuelvo de alegría.

—¿Y ahora qué sigue, qué te dijeron?

—Crucé unas palabras con la coordinadora de bodas. El lunes nos espera para empezar a definir todo. Una boda como la que nosotros queremos, por lo general, se organiza con más anticipación. Me ha explicado que necesitamos ponernos de acuerdo cuanto

antes, me dio los nombres de los proveedores de eventos con los que ellos trabajan, así que tenemos que decidir a quién contratar, *florists and designers, photographers, videographers, Dj, orchestras, officiants* —Alex estaba tan vehemente que mezclaba los idiomas sin darse cuenta—. En un rato te mando por correo electrónico las páginas para que vayas estudiándolas.

—¡Ay, qué emoción!
¡Tenemos que empezar a elegir todo! ¡No puedo

creerlo! Alex, estoy tan feliz que me pondría a gritar.

—Yo más, mi vida, quisiera tenerte acá para llenarte de besos y abrazarte muy fuerte.

—Yo también, pero guardá los besos y los abrazos para el domingo por la mañana. Mirá que voy a pedirte mucho cariño cuando llegue.

—Todo el que quieras, mi amor.

—También quiero pedirle a Amanda que sea mi dama de honor principal.

—Uf, te aseguro que

estará encantada y te orientará bastante, pero no le permitas que te meta ideas locas en la cabeza, como una boda en la playa, por Dios. —Ambos se carcajearon—. ¿Dónde estás?

—En casa. Estuve empaquetando mi ropa, llené cinco maletas y aún queda más.

—Hablaré con mi primo Alan para que el domingo te sea más fácil el control en el aeropuerto.

Alex estaba exultante, hubiese querido salir corriendo y contarle a su

hermano, a su padre, a todos, que ya tenía fecha para la boda, pero le había prometido a su prometida que se lo dirían juntos. Hasta a él le parecía raro estar tan comunicativo; entonces pensó que era porque se sentía realmente feliz y necesitaba compartirlo con la gente que quería. Le iba a costar aguantarse hasta el domingo. Estaba tan ansioso que decidió llamar a Mikel para contarle y, de paso, comprometerlo a ser uno de sus padrinos de honor ese día. Su amigo se alegró

muchísimo.

El viernes, acompañada por Mauricio, Paula finiquitó todo lo referente a Gustavo. A partir de entonces sí que se convertiría sólo en un mal recuerdo.

El sábado por la tarde, Maxi y Daniela pasaron a buscarla por su apartamento para llevarla al aeropuerto. También habían ido Mauricio y Clarisa porque todas las maletas no entraban en un único coche.

Llegaron a Ezeiza y la despedida fue muy emotiva.

Paula, esta vez, no se iba de viaje, se estaba mudando y los iba a echar realmente de menos. Se abrazó a ellos y lloró con congoja, aunque no había nada que quisiera más que regresar junto a Alex, pero dejar el país significaba un gran desarraigo.

—¡Prométanme que no se olvidarán de mí!

—Paula, ¿sos tonta? Mirá la estupidez que dijiste, vos sos como mi hermana —le dijo Maximiliano agarrándola de la cara—. Además seguiremos en contacto por el trabajo,

ahora sos mi *big boss* —se carcajeó—. Y, por otra parte, me vas a tener que hospedar cuando viaje a Nueva York, porque me pienso ir de vacaciones cada año a tu casa.

—Así que comprate una casa bien grande, porque yo también voy a ir y nos vas a tener que recibir a todos —expresó Mauricio.

Se abrazaron los cinco y Paula comenzó a caminar con desgana hacia la zona de preembarque. Se dio la vuelta, les tiró besos y los saludó con la mano.

A las seis de la mañana, el vuelo aterrizó en el aeropuerto internacional John F. Kennedy, de Nueva York.

Paula salió antes que el resto de los pasajeros por la puerta de la terminal y, en la aduana, un funcionario del aeropuerto se dio a conocer y le indicó que iba a hacerle los controles por indicación de Alan Masslow. A pesar de todo el equipaje que traía, su entrada en el país fue muy rápida. Finalmente solicitó un empleado del aeropuerto para que la

ayudase con sus valijas y se encaminó a la salida. En seguida, buscó a Alex entre la gente que esperaba y no le costó trabajo encontrarlo, porque él siempre resaltaba entre la multitud.

Ahí estaba, un verdadero adonis, con su cazadora de cuero blanco y sus vaqueros oscuros ajustados de Gucci. Miraba la hora con ansiedad por enésima vez. De pronto, levantó la vista y vio que Paula caminaba a paso seguro y con una gran sonrisa hacia él. Dio unas grandes zancadas y salió a

su encuentro con ímpetu. Se fundieron en un abrazo y en un beso tan sentido que llegó al alma de todos los que allí estaban.

Ella también estaba hermosa, a pesar de las horas de vuelo que llevaba encima. Alex la repasó de pies a cabeza y escrutó su cuerpo enfundado en unas mallas vaqueras, camisa color naranja, botines con tacón y chaqueta de cuero beige, como el calzado.

—Mi amor, te extrañé tanto..., no veía el momento de regresar.

—Mentirosa. No creo que me hayas extrañado más que yo, se te veía muy divertida cenando con tus amigos en la foto que me enviaste. Yo me quedé acá solo — protestó él con un mohín.

—Pavote, si sabés que te amo, estos días sin vos fueron interminables, Alex. Sólo quería volver y estar a tu lado, abrazame fuerte, por favor.

Él volvió a rodearla con sus brazos, luego dio una propina al empleado del aeropuerto que había empujado el carro con las

maletas y lo despidió. En ese preciso instante, se acercó Heller, a quien Paula no había visto, y se hizo cargo del equipaje.

—Vamos a casa, nena. Heller llevará tu equipaje en la camioneta. ¿Dónde pondremos todo esto?

—En el armario de las habitaciones que no se usan.

—Creo que tendremos que mudarnos a una casa con armarios más grandes. Igualmente, la señora Doreen hizo espacio en el mío para que pusieras también tus cosas. Le hice

sacar lo que no es de temporada y lo llevó a la otra habitación.

—Amor, la casa es grande, ¿para qué vamos a mudarnos?

—Porque cuando vengan tu madre y tu hermano no habrá lugar para ellos, supongo que en algún momento también recibiremos a Mauricio y a Maximiliano. En este apartamento no hay intimidad y, además, no quiero que hagas nada, así que necesitaremos dependencias de servicio

para el personal.

—Dejá de mimarme tanto, Alex, es demasiado. —Ella estaba aferrada a su cintura y lo cogió de la barbilla para darle un beso.

—Vos sos mi reina y quiero que vivas como tal.

—Me basta con estar a tu lado y me siento una reina.

Llegaron al aparcamiento y Alex se acercó a un Maserati GranTurismo Sport MC blanco y con el interior rojo.

—¿Y este coche? No sabía que tenías otro, creí que sólo conducías el Alfa.

—Es nuevo, ¿te gusta?

—Me encanta, veo que tenés predilección por los automóviles italianos.

—Me fascinan porque tienen máximo confort, tecnología y exclusividad. Tomá, conducilo vos, yo te guío.

Alex le entregó las llaves.

—¿En serio?

—Sí, mi amor, ponete al volante, dale.

Paula tomó las llaves de inmediato, fascinada con la propuesta. Nunca había conducido un automóvil deportivo de altísima gama,

así que se metió en el habitáculo y se puso el cinturón de seguridad. Alex se acomodó a su lado y también se ajustó el cinturón.

—Tranquila, Paula, mirá que agarra mucha velocidad, va de cero a cien kilómetros por hora en 4,7 segundos.

—Guau, me lo voy a tomar con calma, te lo prometo.

Alex le indicaba el camino para salir del aeropuerto y tomar la autopista. Como era domingo y muy temprano, la carretera estaba despejada.

Ella iba gozosa al volante del Maserati, un automóvil realmente divertido de conducir.

—Es un placer manejar este coche, Alex.

—Sí, ¿verdad? —
Acariciaba su pierna mientras ella iba al volante. Paula se mostraba muy feliz y Alex estaba encantado.

—Además, me encanta el interior. Sos un fanático del rojo, ¿verdad?, porque tu otro coche también lo es.

—Creo que me has descubierto —se carcajeó Alex—. Maserati permite

diseñar el interior como uno quiera y éste lo diseñé yo — le explicó.

—Me encanta, sos tan amante de la estética, mi amor, pensaste en todos los detalles, ¡me fascina!

Habían salido de Williamsburg Bridge y los detuvo un semáforo. — Amor, estás hermosa al volante de este auto, creo que no me equivoqué.

—¿En qué no te equivocaste?

—En pensar que era el auto perfecto para vos.

Paula ladeó la cabeza y lo

miró a los ojos, no sabía si había entendido bien.

—¿Qué? —Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas.

—Es tuyo, mi vida, lo compré para vos, es un regalo que quise hacerte.

—¡Alex! —gritó ella y abrió los ojos desorbitados —. Es demasiado — concluyó.

—¿No te gusta?

—Me encanta. —Ella no quería ofenderlo pero era un regalo demasiado caro y no quería que nadie creyera que estaba con él por interés.

Alex le secó las lágrimas.—
Pero no me parece que
tengas que regalarme algo
tan lujoso, ¿qué pensarán tus
padres y tus hermanos? Yo
no estoy a tu lado para tener
todo esto.

—Pensarán que estoy
locamente enamorado de
vos.

Le generó tanta ternura la
expresión de su cara que
aparcó el coche, se soltó el
cinturón de seguridad y lo
besó furiosamente.

—Yo también te amo
locamente, pero basta de
estas locuras, Alex, no

quiero que gastes más dinero en mí. Lo acepto porque jamás rechazaría un regalo tuyo, pero no derroches plata de este modo. Además, la fiesta de boda también costará un dineral. Controlate, Alex, prométeme que no vas a gastar más dinero.

—Amor, vas a ser mi esposa, lo mío será tuyo. Quiero llenarte de lujos y comodidades... Si pudiese también te bajaría la luna. Además, mi vida, con todas las entrevistas que vas a tener para preparar la boda,

lo necesitarás para moverte por la ciudad.

—No me hace falta todo eso. A veces me siento obnubilada por cómo vivís. Yo soy más sencilla, ya lo sabés, pero soy consciente de que mi futuro esposo viene con un paquete adicional e intento adaptarme. Sin embargo, Alex, andá despacio, por favor, dejame asimilar todo esto.

Él se reía mientras ella le hablaba y le daba besos en los labios para hacerla callar.

—Me halagás

enormemente —siguió Paula —, pero no es necesario, de verdad que no lo es. Me basta con tu amor, sólo quiero eso, mi vida, que me ames eternamente.

—Eso ya es un hecho, Paula, ni lo dudes. —Alex la cogió de la nuca y atrapó sus labios con su lengua ávida, luego se apartó—. Vamos a casa, Paula, me muero por hacerte el amor.

—Yo también, pero no quiero que me hagas el amor.

Alex la miró sin entender lo que estaba diciendo.

—¿No querés que te haga el amor? —le preguntó desilusionado.

—No —ella clavó sus ojos abrasadores en los de él y le dijo—: *I want you to fuck me!*

Que Paula le hablara en su idioma lo calentó mucho. Su mirada evidenciaba su excitación, sus pupilas se dilataron y casi no quedó azul en sus ojos.

—Vamos, entonces, no perdamos más tiempo. — Alex tomó su mano y se la llevó a la entrepierna para que viera lo duro que estaba.

Llegaron al apartamento y bajaron abrazados, riéndose.

Rachel los espiaba desde enfrente, de pie con disimulo en la entrada de un edificio. Llevaba gafas oscuras y chándal negro con capucha. «¿Por qué, Alex, por qué, mi amor? Ella es tan poca cosa para ti, yo soy quien te conviene. Primero tuve que soportar verte con la insulsa de Janice y, ahora, con esta trepadora. No lo voy a permitir porque eres mío. Si ella no hubiera interferido entre nosotros ahora estaríamos juntos, aún

recuerdo tus gemidos
haciéndome el amor. Esa
zorra es una oportunista y
estás ciego. Yo soy igual a
ti, me estás rompiendo el
corazón, Alex. ¿No te das
cuenta?» La cabeza de
Rachel iba a mil por hora.

Finalmente, cuando vio
que Heller salía, dio media
vuelta y comenzó a caminar
en dirección contraria.
Temió que la descubriese.
Se alejó de la calle y caminó
sin sentido durante un rato,
hasta que cogió un taxi que
la llevó a su apartamento.
Una vez allí, Rachel tuvo un

ataque de ira y rompió todo lo que había en el salón, estaba desquiciada. No podía concebir la idea de que Alex no fuera suyo. La noche en que se había acostado con él, creyó que tendría una oportunidad. Descontrolada, lloró y maldijo a Paula hasta que decidió salir de allí nuevamente. Hizo una llamada, buscó entre los cajones y tomó un fajo de dinero. Su objetivo era encontrarse con alguien en un descampado del Bronx.

Ajenos a la ira de Rachel,

Alex y Paula disfrutaban de su mundo. Al entrar en el piso, empezaron a desvestirse con urgencia, a besarse con desesperación y terminaron desnudos en el sofá. Ella yacía de espaldas sobre el cuero y su prometido besaba cada rincón de su cuerpo. Se había apoderado de sus pechos y los apretaba entre sus manos mientras devoraba su boca, luego succionó sus pezones, los mordió, los lamió y los sopló para que asomaran.

Bajó hasta el vientre con

su boca, le chupó el ombligo y luego llegó a su pubis y al clítoris. Mientras lo rodeaba con la lengua, levantó la vista y se dio cuenta de que Paula se había incorporado ligeramente para escrutar su hábil tarea. Sus tórridas miradas se encontraron y ésta dejó escapar un gemido, mientras él acariciaba su órgano con la lengua. Alex sonrió con malicia y siguió entregado a su cometido, Paula tenía el clítoris muy abultado, así que se lo succionó y luego lo sostuvo entre sus dientes haciendo

que se tensara. Introdujo un dedo en su húmeda vagina y lo metió y sacó varias veces.

De repente, ella lo sorprendió y se puso de pie, lo empujó para que se sentara en el sofá y se agachó apoderándose de su pene con la boca. El rostro de Alex era un poema, entregado al placer, extasiado, perdido. De su boca salían ronquidos guturales que no deseaba contener. Le encantaba que ella se apoderara de todas y cada una de sus facultades, deseaba a esa mujer con

todas sus fuerzas. Se fundieron en la intimidad más pura y única que dos seres que se aman pueden tener, se convirtieron en uno solo.

—Vení arriba, amor mío
—la invitó él.

Paula se puso a horcajadas sobre él y permitió que la penetrara. Alex la tomó por las nalgas, se introdujo en ella y la miró profundamente a los ojos.

—Te extrañé mi amor, te extrañamos.

Le guiñó un ojo y empezó a moverse alternando el

ritmo y de forma sinuosa, mientras Paula le ofrecía sus senos para que los chupara. Ambos estaban muy excitados, esos tres días les habían parecido una eternidad.

De repente, Alexander se quedó quieto y volvió a apoderarse de los labios de la joven. La besó frenéticamente mientras ella intentaba contonearse para seguir con el ritmo y la fricción que necesitaba en su vagina, pero Alex no se lo permitía.

—Esperá, mi amor, te

deseé demasiado y parezco un adolescente entre tus brazos.

—Lo siento, yo también te necesitaba y temo que estoy algo apurada. La agarró de las nalgas y se puso en pie sin dejar de penetrarla. Ella permanecía aferrada a su cuello y él la sostenía con sus fuertes brazos. La llevó hasta la mesa del comedor y la tendió de espaldas; sólo entonces empezó a moverse. Su sexo salía del de Paula una y otra vez, y otra y otra más, hasta que hizo una pausa.

—No pares —le rogó ella,
pero él la hizo callar.

—Chis.

Alex se metió un dedo en la boca para humedecerlo, buscó la entrada del orificio del recto y se lo enterró allí; ella se tensó, pero entonces él buscó sus labios para besarlos y se relajó. Movi6 el dedo metiéndolo y sacándolo, sin parar de penetrar su vagina con su pene, sin dejar de besarla. Sacó su miembro y enterró dos dedos en su lugar, moviéndolos en círculos. Paula se retorció en sus

manos. Al sacarlos, los metió lentamente en su ano y los dejó un rato quietos a la espera de que ella se acostumbrara a la presión. Pero su novia no quería esperar, estaba muy caliente, y empezó a moverse para que sus dedos entraran y saliesen.

Por último, Alex sacó los dedos y tomó en su mano el pene y se lo enseñó.

—¿Adónde lo querés? — le preguntó—. Sé muy específica porque si no te entiendo no te voy a dar nada. ¿Dónde te la meto?

Pedime.

—En la cola.

—No te entiendo, Paula, y si no te entiendo me voy a autosatisfacer y te voy a dejar muy caliente. Pedime... Vamos, rogarme como a mí me gusta. —Alex la miraba salvajemente mientras se tocaba el sexo.

—Metémela en el culo.

—¿Qué es lo que querés que te meta en el culo? Dale, decilo en argentino.

—Tu verga, quiero tu verga en el culo, Alex, quiero tu pija en mi culo.

Alex sonrió con lascivia y

la complació: enterró su pene despacio en el orificio del recto y comenzó a embestirla. Todo se había vuelto frenético entre ellos, se movían con vehemencia para encontrarse, estaban muy excitados. Alex se enterraba desbocado mientras le estimulaba el clítoris con su dedo pulgar y se aferraba con su otra mano a su cuello. Ella empezó a edificar su orgasmo y se entregó al placer. Le enterró las uñas en el antebrazo y capturó uno de sus senos estrujándolo mientras gruñía

lujuriosa. Él, al verla tan entregada al gozo, también se dejó ir, se enterró otra vez y vertió su simiente en su interior con un quejido áspero.

Paula sostenía la mano de Alex, pues sin darse cuenta estaba haciéndole mucha presión en la garganta. Deshecho, se dejó caer sobre su cuerpo y recostó su cabeza entre sus pechos. Poco a poco fue menguando la presión de su mano hasta que la retiró y le acarició el rostro.

—Perdoname, mi amor, no

sé qué me pasó, ¿te lastimé?
—le preguntó casi sin
aliento mientras levantaba
un poco su cabeza. Paula le
acarició el rostro, le apartó
el pelo de la cara y le
susurró:

—Te amo, Alex, te amo,
mi amor.

Desde que habían vuelto a
encontrarse, las cosas no
podían ir mejor entre ellos.
Alex y Paula estaban
conviviendo en el
apartamento y él ya la sentía
como su mujer; sólo
bastaban unos pocos
trámites para que se

convirtiera oficialmente en su esposa. En un principio, ella había querido alquilar un piso, pero él se opuso rotundamente y decidió, casi sin consultarle, que vivirían juntos. Los planes para la boda ya habían comenzado. Tenían diseñador y florista, pero aún no habían comentado nada en familia porque no querían quitarle protagonismo a Alison y a Jeffrey, que se casaban el fin de semana siguiente.

Paula había estado gran parte de la tarde en la oficina de Joseph. Volvía a la suya

justo cuando Alex acababa de colgar el teléfono y se aprestaba a seguir trabajando durante un rato más.

—Me voy, mi amor, tu hermana me espera en veinte minutos en el local del diseñador. —Paula iba a comprarse un vestido para la boda de Alison y Jeffrey—. Si continúo demorándome llegaré tarde, no me extrañes.

—Hum, eso es imposible.

—¿Que llegue tarde o que me extrañes?

—Ambas cosas. No extrañarte es bastante

improbable. En este momento, por ejemplo, tengo tantas ganas de besarte que eso, seguro, te demorará.

Alex se puso de pie para despedirla, la cogió entre sus brazos y la besó con ímpetu, pegada a su cuerpo, hundiendo los dedos en sus nalgas y apretándola contra su sexo. La puerta se abrió de repente. Otra vez Rachel, sin llamar. Se apartaron y el rostro de Paula se desencajó. Alex se pasó la mano por el pelo, contrariado. Se había dado cuenta de que ésta

estaba realmente cabreada.

—Lo siento, mil disculpas, ¡perdonad, por Dios! Cariño, es la costumbre de tantos años. Paula, discúlpame no quise... de verdad.

Fingió arrepentimiento. Se quedó a un lado sin formular una palabra con unos papeles en la mano y cara de compungida. La argentina la miró con furia, no le contestó, cogió su bolso y le destinó la misma mirada furiosa a Alex.

—Nos vemos en casa, —
Con esas palabras le demostraba a Rachel la

intimidación que compartían. Necesitaba hacerle entender que Alex era suyo; quería salir de la oficina dando un portazo, pero no le iba a dar el gusto a esa zorra de plástico.

Él esperó a sentir el ruido de la puerta electrónica para asegurarse de que Paula se había ido, se asomó para corroborarlo, volvió y le gritó a Rachel asiéndola por el brazo:

—¿Cómo mierda tengo que decirte que me dejes en paz? ¡Esto no puede seguir así!

—Alex, me estás haciendo daño.

—Te juro que es lo que deseo en este momento, para ver si lo entiendes de una buena vez, ¡me tienes harto!

—Mi amor, me duele oírte decir eso.

—No soy tu amor. Rachel, ¿estás loca o qué?

Ella quiso acariciarlo para calmarlo pero él se apartó y tomó su mano en el aire para impedirlo, luego se la bajó de un manotazo.

—No seas cruel, te amo.

Alex tenía los pelos de punta.

—Pero yo, por ti, no siento absolutamente nada.

Ella se echó a llorar, Alex se apartó y se paró frente a la ventana de su oficina dándole la espalda. No sabía de qué forma manejar la situación. Esa mujer estaba obsesionada con él.

Tras la borrachera en el cumpleaños de su madre, había buscado la oportunidad y habían hablado. Rachel se disculpó por la escena horrible que había montado y él creyó que había comprendido, pero los días pasaban y ella

seguía comportándose de manera lanzada en público. Y Paula ya le había llamado la atención varias veces. Rachel caminó hasta él y lo abrazó, él agarró sus manos y se las quitó de encima.

—¿Por qué me rechazas, Alex? Jamás me has tratado así. Venía feliz para anunciarte que la propiedad de Jamesport ya es mía y a decirte que podemos ir cuando quieras.

—Rachel, te escucho y no sé si es cierto lo que está pasando. ¡Parece que no te dieras cuenta que me voy a

casar con Paula!

—Mi amor, yo sé que estás obnubilado con ella, pero tú y yo somos iguales, somos de la misma clase social. Tus padres y los míos siempre bromearon diciendo que seríamos pareja cuando creciéramos.

Volvió a aproximarse a él, que dio un paso atrás y estiró sus manos para que no se acercara. No daba crédito a la sarta de estupideces que la rubia le estaba diciendo. ¿Desde cuándo imaginaba que ellos podían llegar a tener algo? Estaba

asustándolo, no parecía una persona en su sano juicio, ¡le hablaba con tanto convencimiento!

—Rachel, ellos bromeaban, acabas de decirlo. Siempre fue eso, sólo una broma. Además, a mí nunca se me pasó por la cabeza que tú y yo pudiéramos tener algo.

—Me hiciste el amor, Alex, ¿te has olvidado de lo bien que lo pasamos? Te sentí vibrar entre mis brazos, ¿cómo puedes decir eso?

Alex estaba estupefacto, la situación pintaba peor de lo

que él había creído. Él sólo se la había follado una vez, con un polvo de mierda, y ella hablaba como si se hubiesen amado profundamente.

—Ven —la tomó de un hombro y la sentó en el sofá—. Cálmate, ¿quieres agua?

—Por favor.

Alex le trajo una copa de agua y se la entregó. Ella aún sollozaba, entonces él se le acuclilló enfrente y le cogió una mano para dialogar y hacerla entender. Le habló con calma y delicadeza.

—Rachel, tú y yo siempre tuvimos una buena relación, siempre fuimos amigos, quizá no los mejores amigos, pero yo siempre aprecié nuestra amistad —intentó buscar las palabras adecuadas y se pasó la mano por la frente—. Te pido perdón, te pido mil perdones. No era mi intención confundirte. Si hubiese sabido que guardabas estos sentimientos por mí... —las palabras le fallaban, no quería hierirla aún más, pero necesitaba que lo comprendiera. Hizo

una pausa, ella lo miraba a los ojos expectante—. Lo que pasó entre nosotros esa noche sólo fue sexo y lo lamento en el alma. Hoy sé que nunca tendría que haber ocurrido, en realidad lo supe en el mismo instante en que sucedió. Me dejé llevar, estaba pasando por un momento de mierda en mi vida y tú te lanzaste y no supe decir que no. Sé que es ruin lo que voy a decirte, pero te utilicé para borrar el rencor que sentía. Quizá pienses que soy una mierda y es posible que tengas

razón, pero ese día sólo me quité las ganas. Necesitaba un polvo y, es cierto, no tendría que haber sido contigo.

—Te amo, Alex, eres mi amor. —Él quiso interrumpirla pero ella le pidió que la dejase terminar —. Siempre te amé en silencio. Cuando estabas con Janice, ni siquiera te fijabas en mí, jamás lo hiciste, ni siquiera cuando te peleabas con ella. Por más que intentaba acercarme, nunca me veías, no existía para ti. Sin embargo, durante este

último tiempo, nuestra relación ha cambiado, sobre todo desde que trabajamos juntos. Estoy segura de que si permitieras que me acercara podría hacerte olvidar todo. Déjame demostrarte que sólo estás confundido, que estás ciego. Ella te engatusa y se aprovecha de tu corazón débil.

Él cerró los ojos, esa conversación no conducía a ninguna parte. Rachel parecía no entender, no escuchaba y no razonaba.

—Rachel, nunca te he

amado, no te amo y jamás voy a amarte. Estoy enamorado de Paula, quiero compartirlo todo con ella y durante el resto de mi vida.

Alex se había sentado y se pasaba la mano por la frente. Mientras le hablaba, pensaba qué hacer. ¿Quizá despedirla? ¿Apartarla de Mindland, alejarla de ahí? Sabía que no era lo mejor, porque era posible que ella montara un escándalo y Paula se enterase de lo que había pasado entre ellos. No quería poner en riesgo su relación y que las dudas la

invadieran otra vez; Paula era frágil y él debía protegerla. Por otra parte, Joseph no permitiría que se desvinculara de la empresa.

Rachel se precipitó encima de él y lo quiso besar. Él se puso de pie.

—¿Estás loca? ¿No me escuchas cuando te hablo? —le gritó—. ¡No quiero nada contigo! ¿¡No tienes orgullo ni dignidad!? Estoy rechazándote de todas las maneras posibles. —Alex la atrapó de los dos brazos y le chillaba mientras la zarandeaba—. Voy a tener

que pedirte que renuncies a tu trabajo, Rachel. Tú y yo no podemos seguir trabajando juntos, te hace mal.

—No, Alex, por favor, no me pidas eso, no lo hagas — primero fue una súplica, pero luego se transfiguró y le espetó con malicia—: te juro que si me alejas de aquí, le digo a ella que tú y yo somos amantes.

—¡No me amenaces! —le gritó Alex y la tomó de la barbilla advirtiéndola. Ella se apartó de él, levantó los papeles que había llevado y

salió de la oficina hecha una tromba.

Ajena a todo cuanto acontecía en la empresa, Paula acababa de encontrarse con Amanda. Llegó sacudiéndose, la había pillado un chaparrón en la calle. Una empleada del lugar recogió su paraguas y su chaquetón de cuero; ese clima era muy típico en Nueva York durante el mes de abril.

—Siento que me hayas tenido que esperar, se me hizo tarde en la oficina y encima no encontraba dónde

estacionar —se disculpó por el retraso, odiaba llegar tarde.

—No te preocupes, tengo tiempo.

Marisa fue la encargada de atenderlas y les ofreció un café. Se probaron varios vestidos y, al final, ella se decidió por dos modelos en los que Amanda insistió sobremanera.

Para cuando salieron de la tienda, ya había parado de llover y ella, por su parte, ya se había calmado lo suficiente, de manera que decidieron ir a tomar algo.

Caminaron un poco y entraron en el Café Boulud & Bar Pleiades, donde pidieron un cóctel, por sugerencia de Amanda.

—¿Qué te ocurre? Parecés de mal humor... —la interrogó Amanda, que era muy perceptiva—. No había nada que te gustase y eso que te probaste cosas verdaderamente hermosas.

—Tenés toda la razón, Amanda. La idiota de Rachel me pone de malhumor.

Paula le contó todo, necesitaba desahogarse y

concluyó:

—Le gusta tu hermano.

—¿Qué? —se sorprendió su futura cuñada con falsedad.

—¿No me digas que no te habías dado cuenta? Aparte de que no le quita los ojos de encima, cada vez que puede lo toca y lo llama «cariño» y «hermoso» delante de quien sea. ¡Un día voy a perder la paciencia y la voy a abofetear!

—Tenemos confianza, Paula, nos conocemos desde niños, por eso la familiaridad.

—¡Vamos, Amanda! —

Paula ladeó la cabeza—. ¡Sólo trata así a Alex! No soy boba y lo que más me molesta es que ya le dije a tu hermano que le pusiera un freno y no lo hizo. En cualquier momento voy a dejar mis buenos modales de lado. Me mira por encima del hombro y me estudia de pies a cabeza, y si le pido algo, ni me contesta. ¡Ay, no, no! Mejor cambiemos de tema, porque se me había pasado el malhumor y ahora me estoy enojando de nuevo.

—No tenés de qué

preocuparte, mi hermano sólo tiene ojos para vos.

Paula estaba enajenada y no paraba de hablarle de todo lo que Rachel le hacía. Amanda no sabía que decirle, no quería meter cizaña, pero era más que obvio que tenía razón.

—Si fuese al revés, él no lo soportaría.

La hermana de Alex le acarició la mano, sin saber qué decirle. Tampoco quería hundirlo, así que optó por cambiar de conversación.

—¿Así que mi hermanito tirará la casa por la ventana

en una boda en el Plaza?

—Sí, él está muy entusiasmado y yo también, aunque, si debo decirte la verdad, yo hubiese querido algo más sencillo, no me siento cómoda gastando tanto dinero en una fiesta.

—No te preocupes, si Alex lo hace es porque puede.

—Sí, eso mismo me dijo él.

—Estuve con mamá ayer y me explicó que aún no les ha contado nada a sus amigas, pero que se muere por hacerlo. Está esperando que pase la boda de Jeffrey para

no quitarle relevancia. Está que agoniza por chismorrear sobre la de Alex.

—No quiero ni imaginarme qué dirá cuando se entere de que la ceremonia civil la haremos en Los Hamptons.

Amanda soltó un grito de euforia.

—¡Uy, se pondrá como loca cuando se entere!

—Sí, eso dice tu hermano. Así no tendremos que planear todo, ya que tenemos tan poco tiempo.

—Olvidate de eso, entonces, porque lo va a

preparar todo ella. De todas formas, estoy segura de que mami te consultará, no hará nada con lo que no estés de acuerdo.

Pasaron un buen rato hablando y planeando la boda, con lo que el malhumor de Paula se alejó un poco. Finalmente decidieron irse y ordenaron que les trajeran sus automóviles, el de Paula llegó primero.

—¿Y este coche? No es de la compañía —observó Amanda y Paula se ruborizó porque era un tema

escabroso para ella.

—Es mío —dijo apenada —, me lo regaló Alex — confesó en voz baja.

—¡Ay, debí suponerlo! — exclamó ella embelesada ante semejante modelo y con muchísima naturalidad—. Mi hermano adora los coches italianos. Pero ¿por qué te ponés así?

—Me costó mucho aceptarlo, Amanda, no quiero que se gaste el dinero en mí.

—Paula, dentro de cuatro meses vas a ser una Masslow más, acostúmbrate

a vivir como él. Cambiá esa cara, no seas boba, ¡es genial!

Tras admirar el vehículo y todos los lujosos detalles, su futura cuñada la abrazó y la besó; a continuación se despidieron y Paula se marchó.

El tráfico era un infierno a esa hora, tardó casi cuarenta minutos en llegar al apartamento y, cuando entró, iba cargada de paquetes con calzados, bolsos y vestidos.

—¡Hey, amor! No dejaste nada para que compraran los otros bromeó Alex con una

gran sonrisa desde la cocina. Estaba cortando verduras para empezar a preparar la cena y se quedó expectante ante su reacción. Había imaginado una y mil veces, durante toda la tarde, cómo afrontar la situación con Rachel, porque Paula se había ido muy enfadada. Éste no quería que la relación que tenían, y que cada día se afianzaba más, se viera empañada por nada ni por nadie. No podía concebir separarse otra vez de Paula, porque era la persona más importante de

su vida, pero no sabía cómo actuar. En sus relaciones anteriores, nunca había tenido que pensar en el bienestar de quien estaba a su lado, porque nunca había compartido su vida con nadie que realmente le importase. Ahora, con la argentina, era diferente; se sentía obligado a protegerla y a hacerla feliz, y le encantaba. Había estudiado la posibilidad de hablar con ella y explicarle que entre la rubia y él había habido algo sin importancia, pero entonces descubriría que él

le había mentido y no quería arriesgarse. No podía permitirse una pérdida de confianza en ese momento, no quería llegar a eso. Jeffrey tenía razón: si él hubiera aprendido a mantener su bragueta cerrada, se habría evitado muchos problemas.

Alex no era una persona inestable, pero estas situaciones en su relación con Paula lo hacían sentir inquieto y miedoso, unos sentimientos que él jamás había experimentado con nadie. Albergaba la

esperanza de que la buena compañía de Amanda y el buen humor que siempre contagiaba hubieran mitigado el enfado de Paula, pero al verla entrar se dio cuenta de inmediato que nada había cambiado.

—Hola —lo saludó Paula con frialdad y se fue directa al dormitorio para dejar sobre la cama las compras. Estaba cansada porque había trabajado muy duro en la oficina, así que lo primero que hizo fue quitarse el calzado. Le habría pedido a Alex un masaje en los pies,

pero ese día no pensaba hacerlo, ¡al demonio con todo!, estaba hastiada de que él y Rachel se trataran como si ella no existiera. Cuanto más lo pensaba, más se ofendía por el nerviosismo que él demostraba cuando intentaba disimular. «¿Qué mierda hubo entre ellos?», se preguntaba de forma insistente.

Se había despojado del vestido y fue al baño; cuando salió se encontró con Alex tirado en la cama husmeando entre las bolsas. Paula fue a cogerlas para

guardarlas en el armario y él la sorprendió tomándola de la muñeca y arrastrándola hacia el lecho.

—Dejame, Alex. —Pero él no estaba dispuesto a dejarla ir.

—Dame un beso, ese «hola» tan feo no es un saludo apropiado para alguien que se derrite cuando te ve.

—No, dejame, quiero ordenar todo esto.

—No me niegues un beso, Paula, sabés que eso me trastorna y me cabrea sobremanera. Mis besos son

tuyos y tus besos también me pertenecen.

—Bueno, Alex, entonces recordáselo a la tipa esa.

Alex bufó, Paula forcejeó y se puso de pie.

—¿Podemos olvidarnos de lo que pasó en la oficina?

—No, no podemos, porque esta situación no puede seguir así —le habló su prometida en tono duro.

—No va a volver a pasar, te lo aseguro.

—Eso espero, porque no lo voy a tolerar más, como tampoco voy a tolerar que te siga llamando «cariño» y

que te toque cada vez que pueda.

—¿Estás celosa? —él le hablaba desde la cama, intentando impregnar la situación de un tono de humor para restarle importancia, aunque supiera que no era lo correcto.

—Sí, estoy celosa y muy cabreada porque esa estúpida es una desvergonzada y si no se enteró todavía de quién soy en tu vida, yo te aseguro que se lo voy a explicar muy bien, aunque me dejaría más tranquila que lo hicieras vos,

porque es lo que corresponde, ¿no te parece?

Alex se levantó y la abrazó mientras le besaba el cuello.

—No es como vos pensás —trató de tranquilizarla—, tenemos confianza porque nos conocemos desde niños. ¿Acaso vos y Maxi no tienen la misma confianza y yo tuve que entenderlo?

—No me tomes por estúpida, Alex, no me subestimes, porque eso me enoja todavía más. Prefiero que reconozcas que le gustás y no que me tomes el pelo. Sé muy bien cómo te mira,

no compares mi relación con Maxi con la de ustedes, porque sabés de sobra que no tienen nada que ver. ¿Sabés qué? Te propongo algo: o le ponés un freno a esa tipa, o la próxima vez que me llame Gabriel, lo atiendo, a ver si te gusta.

Alex se enfureció, le saltaban chispas de los ojos.

—¿Me estás hablando en serio? Quiero suponer que no.

—Muy en serio —le contestó Paula de manera rotunda y sin amedrentarse por el tono que él había

empleado—. Parale los pies o te voy a pagar con tu propia medicina. Además, no sé por qué te preocupa tanto, me acabás de decir que no se va a volver a repetir, ¿verdad? —se burló ella.

—¡No seas desubicada! —le gritó con el cejo fruncido, se le había abultado una vena de la frente, se rascaba el cuello y tenía una mano en la cintura en actitud desafiante; estaba fuera de sí.

—¡Ja! Resulta que ahora la desubicada soy yo... —Se

rió ella con sorna—. No me hagas reír, ella y vos son los desubicados. Si querés respeto, empezá por ofrecérmelo a mí, creo que no es demasiado pedir.

No pensaba, en realidad, cumplir con su amenaza de hablar con Gabriel, pero sabía que de sólo pensarlo lo sublevaba. Alex consideró que lo tomaba por tonto. Ella cogió los paquetes de encima de la cama y se fue al armario a guardar los vestidos. Él salió malhumorado del dormitorio y se metió en la cocina.

—¿En qué te ayudo? —le preguntó Paula, que había aparecido después de ponerse cómoda.

—En nada, puedo solo.

—Ya sé que podés solo, pero quiero ayudarte, siempre lo hacemos juntos.

—No hace falta. —A terco no había quien le ganara.

—Perfecto, como quieras.

—Ella tampoco iba a dar su brazo a torcer.

Paula estaba convencida de tener la razón; él no tenía derecho a hacerse el ofendido. Tendría que reflexionar y darse cuenta de

su error. Paula sacó una botella de vino de la pequeña bodega de la cocina, lo destapó y sirvió dos copas. Dejó una en la encimera de mármol para él y se fue a sentarse frente a la televisión. La miró un rato sin prestarle mucha atención y se levantó para darse una ducha antes de cenar.

Cuando regresó, Alex ya estaba comiendo y su plato estaba servido; ni siquiera la había llamado... Paula tenía ganas de ponerse a llorar, pero se contuvo. ¿Cómo era posible que no la

entendiera?, pensó y resolvió seguir con la guerra. «Bien, ¿quieres pelear? Encontraste contrincante.»

Cogió su plato, pero se fue a sentar otra vez frente a la tele. Alex terminó de comer, recogió la mesa y fue a acostarse. Ella, entretanto, ordenó la cocina y, cuando terminó, entró en la habitación a buscar su Mac y una manta para quedarse un rato trabajando y revisando las páginas de vestidos de novias que Amanda le había pasado. Él, en la cama, fingió no verla. Era una

noche fresca y lluviosa. Paula se trasladó al salón, donde encendió la estufa y el equipo de sonido, conectó su iPod y seleccionó algunas canciones de la carpeta de Reik.

A medianoche unos brazos se escurrieron bajo su cuerpo y la levantaron del sofá, donde estaba hecha un ovillo por el frío. Alex la llevó en volandas hasta la cama, porque se había quedado dormida ahí y estaba congelada.

—Chis, vamos a la cama, mi amor, acá hace frío.

No tenía ganas de seguir peleando y parecía que él tampoco, así que se aferró a su cuello y se acurrucó en su pecho mientras él la trasladaba. Alexander le besó la coronilla y la llevó hasta el dormitorio, la depositó en la cama, la cubrió con el edredón de plumas y se acostó a su lado. La abrazó para proporcionarle calor con su cuerpo, le besó el cuello y friccionó sus gélidos brazos con suavidad. Paula se acurrucó aún más contra él, ése era el lugar perfecto.

—¿Tenés frío? —le preguntó casi en un susurro.

—Ya no, abrazame fuerte.

—Alex le hizo caso.

—No peleemos más, Paula.

—Tampoco me gusta que peleemos pero...

—Chis —Alex no la dejó seguir, le dio vuelta y la puso de frente a él—. Te amo, te amo, mi vida.

—Yo también.

Se besaron, sus lenguas se enredaron ofreciéndose una caricia de perdón; ella enlazó sus piernas a las de él y Alex la envolvió con sus

brazos mientras la besaba y le hablaba sobre los labios.

—Sos mi amor, sos mi vida, no lo dudes nunca, no dudes de lo que siento por vos, te pido que confíes en mí. —Volvió a besarla con desesperación—. No soporto que nos peleemos —él sonaba sincero.

Le apartó el pelo de la frente y la miró a los ojos. Acto seguido Paula le metió las manos bajo la camiseta y se aferró a su espalda; le dio un mordisco, lo lamió y, entonces, él abrió sus labios y la volvió a besar. Tan

pronto como se apoderó de su boca, llevó una de sus manos a sus pechos, los presionó mientras restregaba su pelvis contra ella. Paula bajó sus manos para meterlas dentro del pijama de Alex y apoderarse de sus nalgas —le encantaba su trasero—, luego, con un movimiento hábil, se los bajó y dejó libre su erección.

—Te amo, Alex.

Paula se deshizo de su camiseta y de su pantalón de pijama. Él no dejaba de besarla ni un momento, necesitaba sus labios, ella no

podía prohibírseles porque eran suyos, le pertenecían. Ya estaban piel con piel, en perfecto roce.

Ella le lamió el cuello, Alex olía a Clive Christian N.º 1, como siempre; le pasó la lengua por la nuez de Adán y entonces él tragó con dificultad.

—No puedo vivir sin vos a mi lado —le confesó Paula.

—Yo tampoco, te amo demasiado.

Alex se acomodó para besar sus pechos, los tomó en su boca con mimo, mientras ella gemía y se

arqueaba. El repiquetear de la lluvia los acompañaba esa noche como una banda sonora idónea para hacer el amor.

Paula se puso de espaldas a él y Alex la besó de punta a punta, dispuesto ya a penetrarla. Le abrió las nalgas y buscó la entrada de su vagina para enterrarse en ella bien hondo. Era una simbiosis perfecta, su estrecha vagina, sedosa, caliente y mojada, lo recibía acunándolo, ciñéndolo. Se movió despacio, porque quería que ella sintiera su

longitud, necesitaba hacerle el amor esa noche.

—Así es cómo quiero estar siempre, así es cómo te quiero, dentro de mí —le susurró ella mientras volvía la cabeza y apresaba sus labios.

—No hay otro lugar donde me guste estar, mi amor.

Alex se quejaba cada vez que se enterraba en ella y ella le imploraba que siguiera. Paula se arrodilló para darle más paso y él la tomó de las caderas para clavarse más profundo, luego la cogió del pelo para

girar su cabeza y atracar su boca, mientras clamaba de placer. Él no paraba de moverse y ella también lo buscaba. En ese instante, la joven comenzó a estrecharlo aún más con su vagina y él la sintió tensarse de inmediato, le constreñía el pene.

—Dame tu orgasmo, mi amor, dámelo todo, me encanta saber que soy yo quien te hace sentir así. — Hurgaba en su boca con la lengua deseosa y ella se dejó llevar mientras retorció las sábanas. Gritó en sus labios,

arrojándose al placer que sólo él le daba, gimió y se retorció mientras su cuerpo se deshacía convulsionado por el orgasmo. Él sintió que se quemaba, que se perdía y aulló de placer mientras se vaciaba en ella.

Pero su erección aún persistía, así que se movió, se sentó en la cama y la llevó con él. Volvió a introducir su sexo en el de ella y la besó de nuevo. — Quiero más, Paula, dame otro orgasmo.

Ésta se aferró a su nuca y empezó a moverse, mientras

él apresaba uno de sus pechos con la boca. Ella tiraba la cabeza hacia atrás sin dar crédito a la intensidad del momento: Alex estaba otra vez tan duro como al principio.

—Me vas a matar —le decía él, mientras se enterraba en ella. Paula se movió, necesitaba sentir su peso sobre el cuerpo. Se estiró boca arriba y Alex se montó en ella para volver a penetrarla, gruñendo a cada embestida. Paula abría sus piernas todo lo que podía para permitirle que entrara

más y más, aferrada a sus bíceps. Alexander estaba realmente ido y profería gemidos tan roncós que retumbaban en la noche; ella chillaba a cada arremetida e intentaba abrir aún más sus piernas; se agarró a sus nalgas para ayudarlo a entrar más adentro, pero no aguantó más y empezó a arquearse, mientras sentía que se aproximaba otro éxtasis demoledor.

—Voy a correrme, no aguanto más.

—Dale, mi amor, dale, vamos juntos.

Ella ahogó sus gritos en su brazo, mordiéndoselo mientras se entregaba a todas aquellas sensaciones, no existía en el mundo más placer del que estaba sintiendo: temblaba, lloraba, sudaba, no podía más.

Él se enterró dos veces más y se quedó quieto mientras su esperma se agotaba. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y tembló de placer. Paula lo miraba extasiada y él la observaba mordiéndose el labio.

Cayó exhausto sobre ella y, tras recobrar un poco el

aliento, Alex resbaló a un lado y se abrazaron con fuerza.

—Te amo, preciosa, sos mi amor.

—Y vos sos mi universo.

Se quedaron mirándose en la penumbra de la noche hasta que se durmieron.

Capítulo 26

DESPUÉS del vendaval del día anterior, Alex y Paula se despertaron muy amorosos por la mañana. Ella se levantó más temprano que él y preparó el desayuno, que le llevó en una bandeja a la cama. Entró en la habitación y abrió las cortinas, Alexander dormía boca abajo, con la cara hundida en la almohada. Su espalda era sugerente, ancha y

musculosa, y Paula decidió despertarlo con un camino de besos que llegó hasta el nacimiento de sus nalgas. Ahí se contuvo, porque su hombre necesitaba recuperar fuerzas; la noche anterior se había portado como un verdadero semental en la cama. Alex remoloneaba, esforzándose por abrir los ojos.

—¡Vamos, dormilón!

—Necesito otra dosis de besos para despertarme — bromeó arrastrando la voz.

Paula largó una risita estúpida, se mordió un dedo

y lo satisfizo.

Esta vez en sentido ascendente, subió por la columna vertebral y le besó cada músculo de la espalda, hasta llegar a su boca, donde introdujo su lengua con dulzura.

—Hum, despertarse así no tiene precio.

—¿Verdad que no?

—Vení acá preciosa. —La atrapó con su brazo y se dio la vuelta para quedar frente a ella.

—¿Dormiste bien? —le preguntó Paula.

—Después de que te

trajera a la cama, sí. Antes no pude pegar ojo.

Sus miradas se cruzaron durante un rato en silencio. De pronto, Alex levantó las mantas y miró hacia su desnudez, Paula bajó la vista como por instinto.

—No es normal que me tengas en este estado de erección continua, resulta doloroso, te lo aseguro.

—¿Y qué podemos hacer para ayudarte? —le preguntó ella con picardía—, porque quizá pueda apiadarme y, con un poco de esfuerzo, hasta pueda brindarte un

poco de alivio. Claro, tendrías que guiarme porque yo no sé cómo hacerlo. Además —ella volvió a levantar la manta para espiar—, se ve muy grande y duro y me asusta un poco.

—¿Así que te asusta? — Ambos sofocaron una risita —. Te aseguro que yo sabría qué hacer para sacarte el miedo.

—Hum, pero es muy grande.

Ese tonto les resultaba muy excitante.

—Creo que sé de un lugar perfecto donde puede entrar

y recibir una dosis de mimos.

—¿Es perfecto ese lugar?

—Sí, es perfecto y mágico, y también el lugar donde más le gusta estar.

—¡Ah! Yo creí que era el único lugar donde le gustaba estar.

—No, de vez en cuando también duerme solito, cuando entra ahí, no duerme, se desvela.

—Entonces, ¿ahora no está despierto?

—Vení acá que voy a demostrarte lo despierto que está.

Alex se encaramó a ella, asaltó su boca de fuego y metió una mano dentro de su tanga: estaba empapada, enterró dos de sus dedos en su vagina y los movió de manera circular. Ella empezó a arquearse, entonces los sacó y se los metió en la boca, junto con su lengua para que los dos saborearan los jugosos fluidos. Eso los excitó mucho.

—Paula, no podés hacer esto conmigo, no podés tenerme en estado de excitación continua, nunca

me alcanza, siempre quiero más.

—A mí tampoco me alcanza, Alex, deseo tener sexo a cada rato con vos.

—Mientras sólo tengas esos deseos conmigo, no hay problema; este cuerpo te pertenece, sólo tenés que pedirlo, mi vida.

Alex y Paula se perdieron uno dentro del otro. Ella lo envolvió con su vulva y él la penetró sin descanso, acariciando las paredes internas de su sexo con el suyo. Le hizo el amor una y otra vez, perdido, entregado

y sin razón; sólo quería hundirse en ella y permanecer el mayor tiempo así, entrando y saliendo. Mientras hundía su miembro en ella, le provocó un orgasmo estimulándole el clítoris, Paula gritó y se volvió agua entre sus manos.

Luego la colocó en todas las posiciones imaginables, ya que quería probarlo todo, deseaba ver cómo podía enterrarse más profundo todavía, y Paula estaba dispuesta a experimentarlo todo. La penetró en distintas direcciones, se movía de

forma que ella tenía diferentes sensaciones y él también. De pronto, Paula empezó a construir en su interior esa sacudida que sólo él le provocaba cuando la llevaba al éxtasis total. Entonces Alex comenzó a enterrarse lento, largo, profundo y agónico. Le había colocado a Paula una almohada en la curvatura de la espalda para estimularla mejor con la fricción de su pene y así ofrecerle un orgasmo más potente al encontrar su punto más profundo. Ella había

levantado las piernas hasta los hombros de él y entonces empezaron a formar parte de una unidad que trascendió la suma de todas sus sensaciones. Alex necesitaba expresarse en ella.

Gritaron, gruñeron, profirieron quejidos agónicos mientras llegaban al orgasmo. Se corrieron juntos; había sido sencillamente maravilloso.

El desayuno se había enfriado, así que Paula se levantó para calentarlo de nuevo. Alex le dio una palmada en el trasero

cuando gateó en la cama para ir por la bandeja que descansaba en la mesilla de noche.

Mientras él sorbía su café y revisaba su móvil, Paula lo observaba embelesada. Le encantaba ese gesto serio y concentrado.

Ese hombre hermoso y perfecto era suyo, le pertenecía, con él compartía la intimidad más perfecta y absoluta que una mujer puede aspirar tener. Sus manos eran dueñas de su cuerpo, en ellas se volvía agua, infierno, paraíso y

luces.

Él no se había ni enterado de que ella lo devoraba con la mirada, hipnotizado por la pantalla de su móvil.

—Hoy cenamos en el Belaire, ¿te acordás, verdad? —le preguntó sin levantar la vista; no obtuvo respuesta pues Paula estaba absorta, soñando despierta con ese adonis que tenía sólo para ella. Alex la miró y, entonces, reaccionó—. ¿Qué ocurre, mi amor?

—Sos tan hermoso —contestó ella inclinándose por encima de la bandeja

para besarlo.

—Uf, mirá que puedo creérmelo.

—No seas presumido, lo hacés a propósito porque sabés que me encanta. Me calienta esa carita de distraído, ¿sabés que sos lindo! —Alex se rió echando su cabeza hacia atrás—. En la clase de pilates, en Argentina, tengo una amiga dominicana, ¿sabés lo que diría Vane si te viese? —Él negó con la cabeza—. ¡Ese hombre es un *mardito ejemplá* del demonio, *crijto jesú*, me pone de *atrá*

pa'lante!

Alex se desternilló de risa cuando Paula imitó la tonada dominicana y la besó en la frente.

Terminaron de desayunar y se fueron a bañar juntos. Otra vez apareció esa pasión incontenible y volvieron a tener sexo, aunque esta vez más rápido y expeditivo, dado que no contaban con mucho tiempo porque terminarían llegando tarde a la oficina.

Salieron de la ducha y empezaron a vestirse. Con toda la locura desatada entre

ellos el día anterior, Paula ni se había preparado la ropa; estaba indecisa y no sabía qué ponerse.

Alex estaba sentado en el borde de la cama atándose los zapatos y ella aún permanecía en ropa interior sin poder decidirse.

—Dale, Paula, vamos a llegar tarde.

—No sé qué ponerme.

—El vestido rojo que me gusta a mí, el del pliegue en el hombro —le sugirió mientras se anudaba la corbata frente al espejo del vestidor.

Paula lo sacó del armario de inmediato y Alex le ayudó con el cierre. — ¿Zapatos rojos o negros?

Le mostró ambos modelos mientras él se abrochaba los gemelos y se ponía su reloj.

—Rojos.

—De acuerdo, entonces me pondré el abrigo negro para cortar el rojo y que combine con el bolso; así no tengo que cambiar las cosas.

Paula se sentó en la cama para ponerse las medias de seda con encaje, se subió a los tacones rojos de ante con un moño al costado del

empeine, Tiró todo su cabello hacia adelante y lo secó con el secador de manera informal. Se maquilló con destreza y después salió hacia la cocina en busca de una botella de agua y encontró a Alex revisando su maletín. Volvió corriendo al dormitorio para ponerse unos pendientes y su Serpenti de Bvlgari. Él entró a perfumarse, ya estaba listo.

—¿Has acabado ya?
Heller nos espera abajo.

—Ya casi, brillo de labios, perfume y listo.

Alex la esperaba con la puerta abierta. Finalmente salieron pero, cuando estaban a punto de subirse al ascensor, ella pegó un grito.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex asustado.

—¡Mi Mac!

Alex puso los ojos en blanco y detuvo la puerta para que el ascensor no se fuera. Paula volvió sin haber encontrado la batería del ordenador. —No importa, usás la mía.

Iban con mucha prisa, puesto que tenían una junta de trabajo esa mañana con

unos canadienses. Abrazados y risueños entraron a Mindland a paso resuelto, iban con los minutos contados, pero esa mañana la vida les sonreía más que nunca. Sentían que el amor que los unía era infinito e indestructible. Al salir del ascensor, la recepcionista los saludó muy cordialmente y ambos contestaron al unísono. Se encontraron con Rachel que salía de su oficina e iba para la de Jeffrey, aunque ella fingió no verlos.

—¡Es tan obvia...! —

pensó Paula en voz alta. Alex se hizo el despistado y entonces ella le pellizcó el culo y se mofó de la rubia haciéndole burla en cuanto estuvo de espaldas. Él abrió la puerta de la oficina con cierta incomodidad y le cedió el paso a Paula.

—No la soporto, ¡por Dios!, me arruina el día verla, de la misma manera en que a ella se le arruina cuando me ve a mí.

—Paula... no empecemos, con lo de ayer fue suficiente, vení acá, mirame —le suplicó él, la cogió de la

barbilla y la obligó a acercarse—. Separemos el trabajo, hoy es un día importante, concentrémonos en lo nuestro.

—Sí, mi amor, perdón, pero ¡vos sos mío! — insistió.

—¡Por supuesto! Ahora, a trabajar, vamos, no más distracciones, voy hasta el despacho de Joseph.

—No le digas «Joseph», no me gusta.

—Parecés mi madre.

—Bárbara tiene razón.

—De acuerdo, señorita Mandona, ya me di cuenta

de que vos y mi madre son grandes aliadas.

La reunión con los canadienses no habría podido salir mejor. Al principio, no parecían muy convencidos, aunque Joseph y Alex se esforzaron por mostrar que su propuesta era transparente y que ambas partes se verían beneficiadas por igual. Ante la indecisión de los inversionistas, Paula recordó hábilmente algo que le habían enseñado acerca de las actitudes de un buen negociador, precisamente consistía en demostrar un

equilibrio de poder ante los inversores.

Hasta el momento, ella se había mantenido casi al margen, sólo aportando datos concretos, cifras y resultados que Alex o Joseph le pedían. Jeffrey también asistía a su padre y a su hermano con la información legal. Pero ella se armó de valor, respiró profundamente y le pidió la palabra a Joseph. Él dudó un instante, pero en seguida entrecerró levemente los ojos, calculador, y le dio el visto bueno. Paula comenzó

citando a John Maynard Keynes, uno de los economistas más influyentes del siglo XX:

—«Cuando usted debe mil dólares al banco —explicó—, usted está en manos del banco, pero, cuando usted le debe un millón de dólares, el banco está en sus manos.»

—Todos la seguían con atención—. Se preguntarán por qué traigo esta cita a colación. Intentaré

explicarlo de forma gráfica, sin sobrevalorar nuestra estructura. Quiero que saquen ustedes mismos las

conclusiones porque creo que, durante el transcurso de esta reunión, los señores Masslow han expuesto información suficiente y han contestado a todas y cada una sus preguntas llenando todos los huecos necesarios. Además, con toda esta información —Señaló las hojas que ellos tenían a su disposición— es muy fácil obtener un cálculo mental acertado.

Alex se acomodó en el asiento para prestar atención a su discurso, Joseph y Jeffrey también se echaron

hacia atrás.

—En los años sesenta, Cuba hizo una compra grande de autobuses a una empresa británica, que representaba un cuarenta por ciento de la producción de ese año. Esa compañía inglesa dependía, en gran medida, de sus ventas a Cuba, circunstancia que ocasionó que las negociaciones no fueran muy intensivas. Ahora bien, señores, esto es bastante simple, Mindland podría seguir funcionando sin su inversión, pero ustedes

necesitan mover su capital para que no se estanque. Sus ganancias son nuestro poder actual de negociación frente a la competencia. Dicho esto, no puedo dejar de determinar nuestro MAAN (Mejor Alternativa de Acuerdo Negociado). Acabamos de exponerles los resultados que obtendrán con su inversión; para nosotros es lo mismo que sean ustedes u otros los que inviertan en Mindland, y les aseguro que no son los únicos interesados Alex quería disimular la sonrisa

de orgullo que asomaba por la comisuras de sus labios, ¡ésa era su chica guerrera! —. Nosotros no corremos el riesgo de que nuestro capital se estanque.

—Por el momento —le refutó el canadiense.

—Permítame que lo corrija, y no quiero pecar de soberbia, pero los aquí presentes sabemos sobre qué estructura estamos edificados. Ustedes vinieron a buscarnos. —Los ojos chispeantes de Joseph demostraban su contento frente a la agresividad con

que Paula negociaba la inversión—. No sé si alguna vez han oído hablar de la estrategia del delfín. —Los canadienses estaban fascinados con la joven, Joseph lo había notado—. Estos animales toman una ola y nadan con ella, suben por ella, pero antes de llegar a la cresta saltan al vacío para tomar la siguiente. Y así logran aprovechar al máximo la fuerza de las olas. Estamos llegando a la cresta de la ola, señores: ustedes deciden si se tiran o no al vacío con nosotros.

Estamos en pleno auge, supongo que están enterados de nuestra apertura en Milán y estamos en vías de abrir en Roma y en París.

Los inversionistas empezaron a mirarse uno a otro, Paula los había seducido. Alex tomó el relevo:

—Entendemos perfectamente que quieran tener claro que la inversión es segura. Como ha dicho la señorita Bianchi, con este informe les demostramos los resultados que pueden obtener. Ahora, no somos

nuevos en este negocio, no
queremos sentirnos
manipulados ni que ustedes
se sientan así. Por eso, al
principio de esta reunión, les
hemos ofrecido toda la
documentación necesaria
para que consulten y se
encuentren seguros con estos
planteamientos. Por favor,
avancemos en nuestros
objetivos comunes, esto es...
¿cómo decirlo más
claramente? Les pondré otro
ejemplo clásico: hay una
discusión entre dos
hermanas por la propiedad
de una naranja; una reclama

su derecho por ser la mayor; y la otra, por considerar que sus necesidades son vitales porque es más pequeña. Y le reclama a la primera que su deber es protegerla. No llegan a un acuerdo y deciden partir la naranja por la mitad. La mayor la exprime, se toma el zumo y tira la piel; la menor, tira el zumo y ralla la piel para preparar un pastel. Si en vez de discutir sus posiciones, se hubieran preguntado para qué quería cada una la naranja, ambas hubieran quedado más satisfechas y

hubieran logrado una solución de «ganar-ganar». Creo que ustedes deben preguntarse para qué necesitan invertir en nuestra empresa. La respuesta, vuelvo a insistir, la tienen en estos datos. —Alex señaló el estado de cuentas nuevamente.

Paula se sintió feliz al notar su apoyo, Joseph asentía con una mano en el mentón y Jeffrey se había quedado pasmado por la clase magistral de negociación que Paula y su hermano habían dado en

conjunto y tenía ganas de reírse, pero se contuvo. En conclusión, los canadienses acabaron firmando un precontrato y se fueron guiados por Mandy. Los cuatro se quedaron en la sala de juntas en silencio y comenzaron a reírse. Lo habían logrado: el crecimiento exponencial de Mindland estaba asegurado.

Alex palmeó la espalda de su padre y de su hermano, que estaban sentados a su lado, y luego Joseph se abalanzó sobre Paula, la tomó por los hombros y la

puso en pie para darle un paternal beso en la frente. Ella inclinó su cabeza ruborizada por la efusividad de su futuro suegro.

—Paula, salvaste el día, ¡qué digo el día!, el futuro de tus bisnietos. —No creo haber hecho tanto, Joseph.

—No seas modesta, mi amor —dijo Alex poniéndose de pie y yendo a abrazarla—. Esto iba de mal en peor hasta tu intervención. Cuando comencé a escucharte creí que la que había estudiado en Harvard habías sido vos y

no yo.

—Es que no soportaba más su pedantería, nuestra empresa vale mucho más que su dinero. ¡Nosotros somos los sobrevalorados y no sus migajas! Por algo nos buscaron, ¿no? Y, ahí, como por arte de magia rebusqué en mi cabeza y me acordé de mi profesor de técnica de negociación. Él nos martirizó durante un año seguido con todos estos principios y nunca había tenido la oportunidad de usarlos. Entonces pensé: «Perdido por perdido, me

lanzo a la piscina».

—Bendito sea tu profesor
—exclamó Jeffrey— y vos
también, cuñada. ¡Tenés una
mente y una memoria
brillantes, venga también un
abrazo!

—¡Hay que festejar esto
como corresponde! —
propuso entusiasmado
Joseph. Tocó el
intercomunicador y le pidió
a Mandy que trajera la
botella de champán que
había en la nevera de su
oficina y cuatro copas.

El día había sido perfecto
en todos los sentidos.

Estaban terminando de cambiarse para ir a cenar al Belaire, porque Bárbara había organizado una cena para despedir la soltería de Jeffrey. Era una comida informal, íntima y familiar. Alison no estaría, ya que se iba a cenar con sus familiares, que habían llegado de Ontario.

Cuando Paula salió del dormitorio, encontró a Alex recostado en el sillón del salón escuchando *My first love*. Tarareaba la canción con los ojos cerrados. Ella se acercó de puntillas y se

quedó admirando a su hombre, pero él sintió su presencia y abrió los ojos.

—¡Hey! ¿Hace mucho que estás acá? No te oí acercarte.

—Tan sólo unos instantes.

—Ella estaba poniéndose unos pendientes dorados de aro.

Alex se puso en pie la rodeó por la cintura con un brazo y buscó su mano para llevársela a la nuca y bailar cadenciosamente al ritmo de Avant & Keke Wyatt. Hundió la nariz en su cuello y se lo recorrió olisqueándola, subió por él,

le mordisqueó el lóbulo de la oreja y entonces le cantó al oído:

Ah baby, you and only long as I live

long as I live

My first love

You will be my first love And I choose you again.

Buscó su mano y sin dejar de moverse la apartó para dedicarle una mirada lujuriosa que la recorrió de pies a cabeza.

Paula era su deidad, siempre tenía un aspecto impecable y, vistiera como vistiese, siempre estaba

extraordinaria. Le encantó el atuendo que había elegido para la ocasión: unos vaqueros azul oscuros, un jersey de color crudo y unos botines de ante marrón claro con un tacón de aguja dorado que la hacía aún más esbelta de lo que era. La hizo girar y la volvió a pegar contra su pecho, metió sus manos en los bolsillos del pantalón para apretarle el trasero mientras le sonreía muy cerca de sus labios. Paula jugaba con su pelo a la altura de la nuca. Alex sacó su lengua y se la pasó por

los labios, como si fuera un helado; entonces ella los separó ligeramente para darle paso, pero él no lo hizo. Se rió y enarcó una ceja mientras la miraba a centímetros de su boca. Paula abrió los ojos y se encontró con su mirada mordaz.

—¡Alex! —protestó ella.

—Si te beso no nos vamos y Bárbara nos espera para cenar —le explicó.

—No es justo, quiero un beso —se quejó ella— y no llames por su nombre a tu madre. —Bajó su mano por

sorpresa y le presionó ligeramente los genitales—. Besame —le ordenó.

—De esta manera, no es justo.

—Lo que no es justo es que tenga que rogarte un beso.

Alex asaltó su boca acariciándole la lengua con la suya y entonces ella dejó de apretar y lo acarició atrevidamente por encima del pantalón. La respiración de él empezó a entrecortarse y su corazón latía frenético. Alexander sacó una mano del bolsillo y la llevó bajo el

jersey para acariciar la sedosidad de su piel, le recorrió la espalda con la palma extendida hasta llegar al sostén, y delimitó el contorno del elástico con un dedo; entonces Paula se apartó de él.

—Me voy a terminar de arreglar —anunció pícaramente intentando zafarse de sus brazos.

—Un momento, el que ahora no quiere parar soy yo. —Paula le cogió el brazo y le hizo mirar la hora en su reloj.

—Bárbara nos espera.

—¡Que espere! —exclamó y asaltó sus labios con ferocidad. Luego se apartó —. Ahora sí, andá a terminar de arreglarte —le dijo y la soltó.

—¡Tramposo! ¡Mandón! ¡Te gusta tener siempre la última palabra!

Él se rió con autosuficiencia y le pegó una palmada en el trasero mientras ella se daba la vuelta para ir al dormitorio.

—¡Michael Kors! ¿Hemos ido de compras? —preguntó Alex reconociendo el logo del vaquero.

—Cuando estabas en Italia, me agarró un ataque de consumismo compulsivo y casi dejo mi tarjeta en números rojos.

—De eso tenemos que hablar.

—¿De qué? —Alex la seguía hacia el dormitorio.

—De tu tarjeta. Quiero que tengas una extensión de la mía.

—Ni se te ocurra. —Paula se horrorizó con la propuesta.

—¿Por qué?

—Porque no corresponde.

—Sos mi prometida.

—Precisamente, sólo soy tu prometida. No puedo tener acceso a tu cuenta.

—Pronto serás mi esposa, Paula, ¿qué tiene de malo? Con la cuestión de la boda habrá que hacer pagos. Yo podré hacerlos a veces, pero otras tendrás que hacerlos vos —quiso engatusarla—. Además quiero que cuando pases por un escaparate y algo te guste, te lo compres.

—No, Alex, me opongo. Tengo dinero suficiente para darme mis gustos.

—¿Por qué sos tan cabezota?

—Alexander Masslow, ¿precisamente vos me preguntás eso? —Ella puso los ojos en blanco—. Lo que dije de mi tarjeta fue una metáfora por la cantidad de compras que hice ese día; mi economía está en orden.

—De todas formas, me parece estúpido esperar a casarnos para que tengas una extensión de mi tarjeta. Tarde o temprano vas a tener que aceptarla, ¿cuál es la diferencia entre ahora o después? Supongo que cuando nos casemos no rechazarás también el dinero

que quiero compartir con vos...

—¡No, no y no! Cuando nos casemos... —hizo una pausa— veremos.

—Veremos ¿qué, Paula?
—Alex sonó contrariado.

—Parecés mi hermano, siempre cree que el dinero que tengo no es suficiente y termina haciendo depósitos en mi cuenta.

—Buena idea, si no querés una extensión, puedo hacerte transferencias a tu cuenta.

—Por favor, Alex, te lo suplico —se lo pidió con ambas manos unidas—, no

me ofendas.

—Mi amor, ¿por qué decís que te ofendo? Quiero compartirlo todo con vos.

—No quiero que la gente hable o piense que estoy con vos por interés.

—Paula, mirame. —Él le levantó la barbilla para obligarla a mirarlo—. A mí no me importa lo que piensen los demás, además no sé a quién te referís cuando decís «los demás», porque mi familia jamás pensaría eso de vos.

—A ver, Alex, dejame explicarte algo, para ver si

después te quedás más tranquilo. No vivo sólo de mi sueldo, también cuento con los beneficios que da la bodega, tengo una participación en ella, mi amor. Si bien mi hermano es quien la trabaja, yo soy tan dueña de ella como él. Mis abuelos testaron a favor de ambos: Saint Paule es de los dos.

—No lo sabía.

—Bueno, ahora lo sabés. Es obvio que no genera lo que genera Mindland, pero nuestro nivel de vida es muy bueno. Quizá no vivimos

con los lujos a los que están acostumbrados vos y tu familia, pero tenemos un buen estándar de vida. El año pasado se hicieron muchas inversiones y transformaciones en la bodega y esperamos que este año sea muy productivo. Cuando vayamos, verás a qué me refiero.

—Bueno, claro, es cierto. Vos vestís muy bien, tu apartamento es muy bonito, tenés un buen coche y... — se detuvo—, pero no se trata de eso, sino de que quiero compartir con vos todo lo

que es mío. Para mí, vos ya sos mi mujer, el papel que vamos a firmar será para que todos sepan que lo sos. Sólo es una cuestión de formalismos y de que anhelo con toda mi alma que lleves mi apellido.

—Todo esto es muy tierno por tu parte y te lo agradezco de corazón —ella le besó la punta de la nariz —, pero dejame conservar mi independencia económica hasta que nos casemos. Se trata de mi orgullo y de mi dignidad, por favor, mi amor. Cuando

nos casemos, todo será diferente, te prometo que entonces sí aceptaré con orgullo todo lo que quieras hacer por mí. Será parte del cuidado mutuo que los esposos se prometen.

—Está bien, Paula — aceptó él con resignación—, si para vos es tan importante esperar, lo haremos a tu modo. Para mí es lo mismo, pero lo acepto. Pero entonces no me pidas que no te haga regalos, o una cosa o la otra.

—Está bien, si no ganás, empatás, sos terriblemente

cabezón, Alex. Gracias.

—A vos, por ser tan íntegra. Cualquiera hubiese dicho que sí sin protestar, pero supongo que por eso te amo, porque no sos igual a todas las demás.

—Te amo, mi amor.

—Y yo mucho más.

—Imposible, te aseguro que no existe más amor del que siento por vos.

—Entonces te amo en la misma medida. —Se besaron castamente, tomaron sus abrigos y salieron rumbo al Belaire.

En la calle, el viento frío

de la noche neoyorquina los atrapó. Paula esperó al lado del coche, con las solapas levantadas para cubrirse del frío, mientras Alex cerraba la puerta de entrada al edificio con prisas.

—¿Paula? ¿Sos vos? Decime que no estoy soñando.

—¡Gabriel! —respondió ella con timidez. Alex había terminado con la puerta y se acercaba.

—¿Qué hacés acá? Pensaba que estabas en Buenos Aires. ¿Por qué no me llamaste? No sabía que

habías vuelto —se extrañó él y la cogió del brazo.

—Buenas noches — interrumpió Alex mientras se aferraba a la cintura de Paula. Entonces ella se apresuró a presentarlos y el mendocino la soltó despacio.

—Alex, te presento a un amigo, Gabriel Iturbe.

Éste extendió su mano.

—Alexander Masslow, encantado.

—Igualmente —dijo Gabriel respondiendo al saludo con un fuerte apretón.

—¿Qué hacés por acá? — se interesó ella.

—Vivo muy cerca, a cuatro cuadras.

—Ah.

—¿Y vos, qué haces por acá? Disculpá, no quiero parecer entrometido —le pidió disculpas a Alex mirándolo a los ojos.

Era obvio que Gabriel se había dado cuenta de que estaban juntos, él la había pegado a su cuerpo y no tenía intención de soltarla. Alexander asintió levemente con la cabeza sin hacer ningún comentario, estaba muy serio. El cuerpo de Paula se había puesto en

tensión.

—Vivo acá, Gaby, Gabriel —se corrigió. No quería ofender a Alex tratando familiarmente a su amigo y señaló con la cabeza el edificio.

—Jamás lo hubiese imaginado.

De pronto, el amigo de Paula fijó la vista en la mano de ésta, la que sostenía la solapa del abrigo y vio el anillo de compromiso, pero no hizo ninguna referencia. Alex lo notó y se rió para sus adentros, triunfador. Se sintió muy bien al ver que

los papeles habían cambiado, pues cuando los había visto juntos en el aeropuerto se había sentido un extraño en la vida de Paula. Ahora, las cosas eran diferentes, porque el intruso era Gabriel.

—Bueno, los dejo, estaban saliendo y los he interrumpido, adiós.

Alex le tendió la mano y Gabriel hizo lo propio. Luego se acercó y besó a Paula en la mejilla.

—Adiós, Gabriel, fue un gusto encontrarte.

—El gusto fue mío. Que

tengan una buena noche.

El joven siguió caminando y Alex abrió la puerta del coche a Paula para que entrase. Ella temblaba, un poco por el frío y otro poco por los nervios del momento. Él entró también, se abrochó el cinturón de seguridad, puso el Alfa en marcha y salieron de ahí.

Estaban a mitad de camino y ninguno de los dos había dicho ni una sola palabra al respecto. Alex permanecía muy callado y ella no sabía qué decir, se sentía incómoda aunque no tenía

por qué. Gabriel había sido muy correcto y ella también, no le habían faltado el respeto a Alex en ningún momento. Finalmente, fue éste quien decidió romper el silencio:

—¿Por qué no le dijiste que soy tu prometido y que nos vamos a casar?

Ella volvió la cara con brusquedad y se lo quedó mirando fijamente ante su reproche.

—Fue todo muy rápido, sólo cruzamos unas pocas palabras, lo siento, no pensé que te molestaría que no lo

hiciera.

—Igual se dio cuenta... Te miró la mano donde llevás tu anillo.

—Sí, yo también lo noté.

Paula volvió los ojos hacia la ventanilla.

—Me hubiese gustado que le dijeras quién era yo en tu vida.

—Lo siento, Alex, no pensé que fuera tan importante que se lo dijera —se excusó sin pensar y ella, de pronto, se dio cuenta de lo que acababa de decir —. Lo siento, mi amor, no quise decir eso —se

disculpó tomando la mano que él tenía sobre la palanca de cambio.

—Pero lo dijiste.

—Alex, por favor, quería que nos fuésemos rápido y por eso no entablé ninguna conversación con él, no quería molestarte, ni ofenderte, eso es todo. Por eso no dije nada, si querés y te deja más tranquilo, le envió un mensaje de texto explicándole quién sos y que vamos a casarnos.

—¿Aún conservás su número? ¡Qué bien! — Estaba ofuscado e hizo una

exagerada mueca de asombro.

—Alex, mi amor, por favor.

—Por favor, ¿qué?

—No quiero que nos peleemos, ¿quieres que borre su número? Lo borro.

Ella comenzó a hurgar en su bolso hasta dar con el iPhone.

—Basta, Paula, no es necesario.

—Sí, sí lo es, para vos lo es, y no quiero hacer nada que te ofenda ni que te incomode. —Alex le arrebató el móvil de la

mano.

—No es necesario, me estoy comportando como un estúpido, perdoname.

—No, perdoname vos a mí, no quise faltarte al respeto en ningún momento, te lo juro.

—Lo sé, me puse celoso, lo siento.

A Paula le dio ternura su confesión; él no la miraba.

—No tenés por qué ponerte celoso, soy toda tuya —le dijo mientras le acariciaba la nuca; él seguía con la vista fija en el camino —. Siempre lo he sido desde

que te conocí.

—Pero permitiste que él te diera un beso en Mendoza.

—Y te lo expliqué. Si te deja más tranquilo, ni recuerdo cómo fue ese beso, sólo sé que cuando lo hizo pensé en vos y me aparté. Quizá hubiese sido mejor que no te lo contara, no quiero sentir esta desconfianza que no merezco.

Alex estaba aferrado al volante con fuerza, sus nudillos se habían puesto blancos. La joven dejó de acariciarlo y se volvió hacia

la ventanilla. Él entonces ladeó su cara y la fulminó con la mirada. Luego, al detenerse en un semáforo, la cogió por la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Ni se te ocurra nunca ocultarme nada. —El tono que usó fue de advertencia, pretencioso y enojado.

—Jamás lo haría, de hecho siempre te he dicho la verdad. Desde el principio, nunca tuve secretos para vos, en cambio vos...

Desafiándolo con la mirada, le estampó un gran reproche en la cara, pero no

quiso seguir y que todo terminara en una gran discusión, así que le apartó la mano con rabia y volvió la vista hacia el paisaje. Los ojos se le llenaron de lágrimas y, aunque quiso retenerlas por todos los medios, una se escurrió por su mejilla, la recogió rápidamente con el reverso de la mano y se mantuvo inmutable; Alex también.

Cuando llegaron al Belaire, él introdujo el coche en el aparcamiento de los Masslow y, en cuanto se detuvo, ella se bajó, caminó

y se quedó junto al ascensor. Sostenía su bolso con ambas manos mientras se miraba la punta de los botines, cavilando angustiada y con cierta decepción.

El ascensor llegó y Alex le apoyó la mano en la cintura invitándola a entrar. Ella se colocó al fondo del ascensor; él tocó el botón y se quedó con las manos en los bolsillos, casi dándole la espalda. Un profundo e incómodo silencio se apoderó del espacio, la frialdad entre ellos era casi hiriente. Alex salió primero

y la esperó. Abrió la puerta con su juego de llaves y entraron en el vestíbulo del ático, donde dejaron sus abrigos. Después la cogió de la mano y juntos se dirigieron al salón.

—¡Ah, llegaron! — Amanda se levantó del sofá y fue a recibirlos. Primero abrazó a Paula y le dio dos besos; después a su hermano. Lo miró de reojo y frunció el cejo: de inmediato se había dado cuenta de que algo pasaba entre ellos. Alex intentó disimular y tomó del hombro a la joven y le besó

el cabello; ella, como una cachorra desprotegida, se acurrucó en sus brazos.

—¿Dónde están todos? — preguntó Alex, pero cuando Amanda iba a contestarle, Chad se acercó a ellos con un cóctel en la mano.

—¡Hola, cuñado! — saludó con alegría.

Chad y Alex cruzaron un apretón de manos mientras le alcanzaba una Mimosa a su mujer y saludaba a Paula con un beso en la mejilla.

—¿Les preparo un trago?

—Por favor — aceptó Alex —. ¿Qué querés, Paula?

—¿Eso es una Mimosa?

—dijo ella señalando el vaso de Amanda, Chad asintió—. Una igual, entonces.

—Cuñado, ¿y vos? ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor, dame tu bolso, Paula. —Se lo quitó de las manos y lo dejó sobre el sofá.

—¿Mamá y papá? — volvió a preguntar Alex.

—Mamá está en la cocina y papá, en el despacho con Jeffrey y Rachel.

Alex dio un respingo que nadie notó, salvo Amanda. Una mueca de disgusto se

instaló en la cara de Paula. Se sentó en uno de los sillones y su novio la acompañó y se colocó a su lado. Un sentimiento de pánico se apoderó de él imaginando el motivo de la visita de esa mujer y, entonces, se sintió como una mierda, reclamándole cosas sin sentido a Paula y haciéndola sentir fatal. Ella tenía razón, siempre había sido sincera y transparente con él, mientras que él sólo metía la pata y le ocultaba cosas. La abrazó, le besó el cabello nuevamente y le

susurró al oído:

—Perdón, mi amor, te amo.

Volvió a besarla detrás del oído. Ella se estremeció con su aliento y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Lo miró a los ojos y le dio un casto beso en los labios, que él devolvió con una franca sonrisa.

Mientras tanto, en el despacho de Joseph, Rachel les terminaba de comunicar su renuncia.

—¿Estás segura, Rachel? Te echaremos mucho de menos —le dijo Jeffrey

mirándola a los ojos, cuando ella les comunicó que dejaba Mindland.

—Sí, lo estoy, Jeffrey, aunque reconozco que me apena mucho, pues confiasteis en mí en cuanto terminé mi carrera y eso es impagable. Pero la oportunidad que me han ofrecido en Bradley & Asociados es muy buena, sobre todo porque se ajusta más a mi especialidad; necesito acción. Y no penséis que menosprecio el puesto que tenía en Mindland.

—Tranquila —la interrumpió Joseph—, lo entendemos y te deseamos muchos éxitos. Eres brillante, Rachel, no me extraña que te hayan buscado y te hayan tentado. Me alegro por ti y te deseo de corazón una carrera muy provechosa. Tu paso por Mindland ha sido genial pero siempre supimos que era temporal, pues, como abogada civil, no es justo que tus labores sólo se ciñeran a contratos que encajaran en la legalidad. Es imprescindible que crezcas

profesionalmente y estoy seguro de que tu carrera seguirá un ascenso seguro.

Joseph fue sincero y estrechó entre sus brazos a su ahijada con mucho afecto. Jeffrey también la abrazó y la besó en el pelo.

—Ahora, si me disculpáis, os dejo, tengo cosas que hacer —dijo ella.

—Nos vemos mañana en el ensayo y en la cena preboda, ¿verdad?

—Por supuesto, ¡soy una de las damas de honor!

Alison y ella mantenían una muy buena amistad

desde la adolescencia. Rachel había sido quien, en su momento, la había recomendado para el puesto de secretaria de Alex, cuando Jeffrey hacía poco que trabajaba en la empresa familiar.

Salieron del despacho, Ofelia, Amanda y Bárbara, que estaban todas abrazando a Paula, como si festejaran algo.

Una punzada le atravesó el corazón y Rachel no pudo evitar sentir tanto envidia y frustración como un odio profundo.

—Chis, por favor, ahí viene Jeffrey. No hablemos más de nuestra boda, esperemos a que pase la de él —les pidió Paula a las tres mujeres, pues Amanda acababa de revelarle a su madre que la ceremonia civil se haría en Los Hamptons y ésta ya quería comenzar a planearlo todo.

Alex estaba sentado en el sofá charlando con Chad, cuando advirtió que su hermano, su padre y Rachel salían del despacho. Dio un sorbo a su Bloody Mary e inmediatamente dirigió su

mirada a Paula, que también había advertido la presencia de la rubia.

—Hijo, ¡no sabía que habían llegado! —exclamó Joseph acercándose a Alex. Él se puso de pie para abrazar a su padre, luego se acercó a Jeffrey y le estrechó la mano, y le dio a Rachel un beso en la mejilla. Mientras tanto, Joseph saludaba a Paula con efusividad.

—¡Ha llegado mi nuera favorita y la mejor negociadora de nuestro equipo! —la agasajó él.

—Adulador, terminaré por creer que sos un interesado —Paula se puso de pie y le habló en son de broma—. Creo que me decís eso porque soy la única que está acá.

Todos sonrieron y Joseph la besó en la sien.

—Hola, Rachel —saludó Paula desde la distancia.

Ella no le contestó; sólo movió la cabeza.

Cada palabra, cada gesto de halago era una daga que se clavaba en el pecho de Rachel, sus ojos destilaban veneno y no podía evitar

sentirse así. «Todos parecen fascinados con esta trepadora oportunista y no se dan cuenta de que ella sólo quiere atrapar a Alex — pensó furiosa. Apretó los dientes y la miró con sorna de arriba abajo como hacía siempre—. Resulta que ahora esta zorra se viste de marca. Pronto se te va a acabar todo eso», la amenazó para sus adentros. Amanda, que advirtió la forma despectiva con que la mujer miraba a su futura cuñada, no dudó en intervenir.

—¿Ya vieron qué linda que está Paula? Querida, creo definitivamente que debés adoptar la moda de Michael Kors, vas a estar radiante en tu coche nuevo.

Alex clamó al cielo con la mirada, porque sabía de sobra lo que Amanda intentaba hacer.

—¿Coche nuevo? — preguntó Bárbara.

La joven Masslow se acercó a su mellizo y lo rescató del lado de Rachel, donde se había quedado de pie al saludar.

—¡Ay, sí! Mi hermanito le

regaló a Paula un Maserati GranTurismo con el interior de diseño exclusivo.

—No me extraña que haya elegido ese automóvil para vos —dijo Bárbara con naturalidad—. Mi hijo adora los autos italianos. —Paula se rebulló en el abrazo de Joseph y se sonrojó mientras fulminaba a Amanda con la mirada—. Sin duda, te debe de quedar muy bien un coche así, ¡felicidades, corazón, que lo disfrutes mucho!

—Gracias, Bárbara, pero lo considero un regalo

demasiado ostentoso e innecesario. Alex sabe lo que opino al respecto. —Lo miró suplicándole que todo terminase pronto.

—Si mi hijo consideró que te lo merecés, tené por seguro que no se ha equivocado —le dijo Joseph.

—Por supuesto, niña, cambiá esa cara de ternero degollado, ¿sabés cuántas quisieran conseguirse un jovenzuelo como este que las llenara de regalos? —intervino Ofelia—.

¡Saborealo! Después de todo, pronto será tu esposo,

días más, días menos, para disfrutar de su dinero es lo mismo.

—¿Ves? —Alex ladeó la cabeza mientras le hablaba —. Ofelia es muy inteligente, deberías escucharla más a ella, ya que a mí no querés —le sugirió Alex.

—¡Alex, por favor! —volvió a rogarle Paula.

—Lo sé, lo sé, cambiemos de tema, no la abrumemos.

—Me voy —le anunció Rachel a Jeffrey y Chad, que estaban charlando en la otra punta de la sala.

—¡Mamá, papá, Rachel se va! —les avisó Jeffrey.

—¡Ay, tesoro! ¿No quieres quedarte a cenar con nosotros? —le preguntó Bárbara.

En otro momento, la mujer no hubiese dudado en aceptar, pero pensar en compartir la mesa con Paula, y ver cómo Alex se desvivía por ella, era algo que no podía ni quería soportar; además, para su plan no era bueno demostrar sus emociones.

—¡Quédate! Ya que nos abandonas en la empresa, al

menos cena con nosotros esta noche —intentó convencerla Joseph. Alex frunció el cejo al escuchar a su padre, no sabía si había entendido bien.

—Se lo agradezco, pero ya he quedado con otra amiga.

—¡Qué pena! —se lamentó Bárbara—, pero ¿cómo dejas la empresa? ¿O he escuchado mal?

—No, mi amor —le aclaró Joseph—, no lo has entendido mal. Rachel ha recibido una oferta de un bufete de abogados muy importante, que representa

una gran oportunidad para su carrera.

Paula y Amanda se miraron con una expresión de complicidad. La melliza buscó la mirada de Alex, pero él en ese momento se dirigía a Rachel.

—¡Qué noticia! Te auguro muchos éxitos.

—Gracias, bomb... —se detuvo a mitad de palabra y rectificó—. Gracias, Alex. —Él se sintió aliviado con la noticia: parecía que Rachel finalmente había entendido que entre ellos no podía existir nada. Poco después

de que se fuera, llegaron Edward, Lorraine y los mellizos. Los niños venían dormidos en sus sillitas de viaje, así que las mujeres acompañaron a la joven madre hasta el dormitorio de invitados para acostarlos, pues Bárbara había comprado unas cunas para cuando sus nietos se quedaban con ellos.

Amanda y Paula no habían tenido oportunidad de estar a solas para comentar la noticia de la partida de Rachel. Por eso, cuando Amanda la tuvo a tiro, cogió

la mano de Paula y se la apretó. Ella la miró, se rió con disimulo y, gesticulando, le dijo: «Estoy feliz». Ambas dejaron escapar una risita contenida que nadie notó. Miraron embelesadas durante un rato a los pequeños, que estaban cada día más guapos y sanos, y se unieron a los hombres en la sala. Jeffrey había puesto música de los ochenta, y, en ese momento, Ofelia y Soledad trajeron de la cocina unas bandejas con pinchos de tomates, mozzarella marinada,

bocaditos de paté de marisco, guacamole con nachos y otras exquisiteces, que consumieron como aperitivo antes de la cena.

La comida transcurrió en un ambiente relajado. Los hermanos torturaron a Jeffrey, durante toda la noche, con bromas por su inminente abandono de la soltería, a pesar de la defensa férrea de Bárbara. Los jóvenes habían acaparado la velada con sus bromas. Desde la cabecera de la mesa, Joseph y Bárbara miraban con orgullo a sus

cuatro hijos, a los que esa noche se los veía muy felices. Sólo faltaba Alison a la mesa para que estuviera la familia completa. Todos ellos tenían a su lado a personas sin malas intenciones y buenos sentimientos. Lorraine no sólo era buena esposa y dulce nuera, sino que también era una excelente y amorosa madre y la única capaz de soportar el mal genio de Edward. Chad, con su carácter increíblemente reservado y atento, representaba la cordura y la

medida que Amanda necesitaba a su lado y se había ganado el enorme cariño de sus suegros. Alison, por su parte, era la fresca personificada, siempre atenta, tierna y muy correcta; había echado la soga al cuello a su hijo mayor cuando él aseguraba que jamás se casaría. Y, por último, Paula, que parecía un ángel caído del cielo que había llegado a la vida de Alex para mostrarle que la verdadera felicidad existe y que él podía disfrutarla. Sólo bastaba con ver cómo lo

miraba para darse cuenta del profundo amor que sentía por el benjamín de la familia.

Ofelia, alerta como de costumbre, se acercó por encima de la mesa a Joseph y Bárbara y les dijo en tono cómplice:

—Hicieron cuatro hermosos muchachos, ¡dejen de babear! Sin el profundo amor que ustedes se profesan no hubiera sido posible.

Joseph acarició la mano a esa fiel mujer, ya entrada en años, que sabía de sobra

cómo se querían porque los había acompañado desde el principio de su historia.

—¡Ay, Ofelia, querida! Vos también sos parte de este cuento y partícipe de la educación de nuestros hijos. Criar a cuatro niños no ha sido fácil pero vos nos ayudaste siempre. ¡Sos parte de esta gran familia, vieja charlatana!

—¡El viejo sos vos! Mirá todas las canas que tenés, buscá a ver si me ves alguna a mí. —El comentario del ama de llaves hizo que estallaran en una carcajada.

Ella siempre ponía un toque de humor a todo, parecía que jamás estuviera a malas con nadie.

Después de cenar, se sentaron en el salón a tomar café y Joseph aprovechó para sacar algunos retratos familiares, como aficionado a la fotografía que era. En cierto momento, Alex se levantó del sofá y cogió su móvil, que vibraba en el bolsillo del pantalón, pero cuando lo sacó se dio cuenta de que no era el suyo, sino el de Paula. Lo que vio en la pantalla le puso los pelos de

punta y el humor se le agrió al instante: acababa de recibir un mensaje de Gabriel Iturbe. Lo lógico y más sensato hubiera sido devolverle el teléfono, pero los celos incontenibles no lo dejaban pensar. Se apartó y lo leyó: «Me extrañó mucho verte en Nueva York y no haberme enterado de que aún estabas acá. En realidad, me dolió que no me hubieras avisado. Espero no haber hecho nada que te haya molestado la última vez que nos vimos y que te haya empujado a ignorarme. Lo

pasamos tan bien en Mendoza que me encantaría que tomásemos un café o compartiéramos otra cena juntos. Te mando un beso grande, quiero verte pronto. Te llamo».

—¡Este malnacido está buscando que le rompa la cara! —exclamó Alex sin que pudiera oírlo nadie. Estaba furioso. Paula era suya y ese infeliz parecía no querer darse cuenta.

Volvió a guardar el teléfono en su bolsillo y se acercó a donde estaban todos, cogió de una mano a

Paula e hizo que se levantara.

—Vamos.

Todos se sorprendieron con la actitud hostil de Alex, tenía el cejo fruncido y no se molestaba en disimular. Paula no entendía el porqué de ese cambio de humor tan repentino.

—¡Hey! ¿Van a irse tan temprano? —protestó Amanda.

—Sí, estoy cansado.

—Dejalo, Amanda —terció Bárbara al observar que su hijo estaba contrariado—. Hijo, esperá

un momento, hoy retiré los trajes de los padrinos y deberías llevarte el tuyo.

—Sí, claro, mamá.

—Vení, Paula.

Acompañame a buscarlo y te doy tu bolso también. Paula y Bárbara desaparecieron y Alex fue hasta el recibidor en busca de sus abrigos.

—¿Y a éste qué bicho le picó? —preguntó Edward.

—Sabemos lo bipolar que es Alex, no va a cambiar de un día a otro porque esté con Paula —concluyó Jeffrey.

—Bueno, bueno, dejen en paz a su hermano —ordenó

Joseph, que no quería que Alex se fuera enfadado con ellos—. Sus razones tendrá, respetémoslo.

Alexander regresó con su abrigo ya puesto y el de Paula en la mano. Ella volvió con Bárbara y Ofelia, llevaban el traje de Alex en una funda. Con cierta prisa, éste desplegó el abrigo para que Paula se lo pusiera, se lo deslizó toscamente por los brazos y se despidió. Bárbara le sostuvo la cara afectuosamente con ambas manos, lo miró a los ojos intentando dilucidar en ellos

el motivo del mal humor y lo besó en la frente. Él cerró los ojos para recibir el amoroso beso de su madre y emitió un suspiro; luego besó la cabeza de Ofelia.

—¿Nos vemos mañana a las diez en el ensayo, Alex? —le preguntó Jeffrey.

—Por supuesto, ahí estaré —le aseguró él.

Paula se apresuró a despedirse de todos, Alex la guió hacia afuera y entraron en el ascensor que los llevó directos al estacionamiento.

—¿Ha pasado algo, mi amor? —Ante la pregunta,

Alex ladeó la cabeza y se la quedó mirando.

—No —contestó con parquedad. Ella le acarició la mejilla a contrapelo, se acercó y lo besó castamente en los labios, pero él permaneció impasible.

—Quiero llegar a casa y que me hagas el amor con música —le dijo sobre sus labios—, voy a elegir una bonita canción y nos perderemos en la letra mientras nos amamos.

La puerta del ascensor se abrió, él la cogió de la mano y la llevó volando hasta el

coche.

—Alex, por favor, no puedo caminar tan rápido con estos botines —se quejó.

Él optó, entonces, por soltarle la mano y dejarla atrás caminando sola. Paula empezó a sospechar que el enfado era con ella, pero nada de lo que había pasado durante o después de la cena echaba luz sobre la razón de su enojo. Más aún: en el momento en que él se había puesto en pie para comprobar el móvil, estaban abrazados riéndose y él le daba besos en el pelo.

Cuando Paula entró en el Alfa Competizione, Alexander ya tenía puesto el cinturón de seguridad y, en cuanto cerró la puerta, lo arrancó y salió de ahí haciendo rechinar los neumáticos.

—¿Qué te pasa, Alex?

—Nada —respondió mirándola con una expresión fulminante.

—Tu cara no dice lo mismo y tu genio tampoco.

Él se concentró en el camino y ella fijó la vista en el paisaje urbano.

No lograba descifrar el

mal humor de Alex.

—Vas a conseguir que te pongan una multa conduciendo así.

Alex sólo respetaba los semáforos, pero ningún límite de velocidad. No le contestó.

Capítulo 27

LLEGARON al aparcamiento y Alex llevó a Paula casi a rastras hasta la puerta. Ella se había armado de paciencia y había decidido no discutir hasta que se metieran en el apartamento. Alex entró, se quitó la chaqueta, la tiró con rabia en el sofá y caminó directo al dormitorio. Paula recogió la americana y entró en la habitación. Él ya

estaba a medio desvestir y a punto de meterse en la cama. Ella caminó hasta el armario, buscó una percha y colgó la chaqueta de su novio y empezó a desvestirse con parsimonia. Lo oyó pasar hacia el baño y se sobresaltó de golpe por el puñetazo que dio a la pared. Se asomó, la puerta estaba abierta, y justo en ese momento él apretaba la descarga del inodoro. Salió casi llevándosela por delante. Paula no entendía nada, nunca lo había visto en ese estado.

Sin mediar palabra, se lavó las manos y los dientes, mientras ella se desmaquillaba en el lavabo contiguo. Paula se puso el pijama y vio que Alex ya estaba metido en la cama, abrazado a la almohada y listo para dormir de espaldas al lado que ella ocupaba.

—Ah, no, *Ojitos*, si te pasa algo conmigo tenés que explicármelo antes de dormir; no soy una niña para que me trates así.

—No quiero que terminemos peleándonos. Dejame dormir, Paula.

—Alex, hablemos, ¿qué pasó mi amor? —le preguntó dulcemente, se inclinó y lo besó en el oído y en el cuello—. ¿Qué pasa, mi vida? Contame, ¿por qué estás de tan mal humor?

Él la apartó y ella se lo quedó mirando enfadada.

—Bueno, es evidente que la cosa es conmigo, pero si al menos me dijeras de qué se trata y no te portases como un mocoso caprichoso...

Las palabras tuvieron el efecto deseado, Alex se sentó en la cama como si le

hubieran puesto un cohete en el trasero.

—¿Mocoso caprichoso? A ver, ¿cómo reaccionarías vos si yo recibiera un mensaje como éste?

Paula se asustó por la forma en que la miró. Alex buscó el móvil de Paula que había dejado en la mesilla de noche de ella, rebuscó el mensaje de Gabriel y se lo dio a leer. Ella tardó unos segundos en reaccionar.

—¡Ah, no! No tenés ningún derecho a leer mis mensajes, yo no miro tu móvil.

—Si no tenés nada que ocultar no tiene por qué molestarte que lo haya leído; además fue por equivocación: tenía los dos móviles en el bolsillo, el tuyo había quedado en mi poder cuando llegamos al Belaire y olvidé devolvértelo.

—Ésa no es excusa, porque cuando viste la pantalla y te diste cuenta de que no era el tuyo, lo leíste de todos modos y, además, ¿por quién me tomás? ¿Cómo que «si no tenés nada que ocultar»? —Paula

utilizó un tono burlón al repetir sus palabras y gritaba tanto como él—. ¡Por supuesto que no tengo nada que ocultar! ¿O creés acaso que te hubiera ocultado ese mensaje? Es más, estoy segura de que te hubiese mostrado lo que le contestaba, en caso de que hubiera decidido hacerlo.

—Eso lo decís ahora porque ya lo leí.

—¿Sabés qué, Alex? Me tenés harta con esta desconfianza y estos celos sin sentido. No te doy ningún motivo para que me

trates así. ¡Mirá lo preocupada que estaba por mi móvil que ni siquiera me acordé de él! Además, hacen falta dos para bailar un tango, y yo no estoy dispuesta a seguir discutiendo con vos.

Alex la miró provocador pero la joven se calló de golpe. Se quedaron sentados y cruzados de brazos, apoyados contra el respaldo de la cama, aunque pronto ésta empezó a sentir que su barrera de contención estaba a punto de romperse y las lágrimas iban a invadirle el

rostro. No obstante, no quería llorar delante de él, así que se levantó de la cama y se fue al baño del salón. Allí ahogó sus lágrimas y lloró amargamente durante un buen rato hasta que oyó que Alex golpeaba la puerta.

—¡Ahora la que no quiere hablar soy yo, andate!

—Abrime, Paula —le pidió él, pero ella no le contestó—. Tengo toda la noche para esperar a que salgas, no me voy a mover de acá hasta que abras.

Paula lloraba con desconsuelo y a él se le

partía el corazón. Quería tirar la puerta abajo para estrecharla entre sus brazos. Paula estaba muy angustiada porque pensaba que había sido injustamente agredida por él.

Alex dejó que se desahogara y, cuando escuchó que su llanto se había calmado, volvió a insistir:

—Abrime, dejame abrazarte, tenés razón en todo. Soy un estúpido, un necio y un maniático celoso de mierda, pero te amo tanto que no puedo controlarme.

Perdoname, Paula, por favor. No quiero comportarme como un idiota, pero no lo sé gestionar y me gana la irracionalidad. Lo siento de verdad, lo siento, mi amor, dejame consolarte y pedirte disculpas como te merecés. Soy un obseso, un neurasténico, todos los adjetivos que quieras decirme. Paula, nunca antes me había pasado esto de no poder controlar mis celos, porque nunca había sentido celos por nadie. Es un sentimiento nuevo en mí y,

tal vez por eso, no sé cómo manejarlo. Paula, perdóname, por lo que más quieras. Salí del baño que hace frío, vamos a la cama.

—Dejame en paz, no quiero escucharte, andate vos a la cama, hoy me hartaste, Alex. Me colmaste la paciencia y te portaste como un grosero conmigo adelante de toda tu familia.

—Abrime, por favor, no me gusta oírte llorar y menos sabiendo que soy el culpable de esas lágrimas.

Paula no le contestó.

Había pasado un rato y no

se la escuchaba llorar más. Alex se había quedado sentado en el suelo con la espalda contra la puerta.

—Abrime, no seas testaruda —volvió a insistir—, en el baño hace frío y te va a hacer mal. —Ella seguía sin contestarle—. Paula, no seas caprichosa.

Pasó otro rato y Alex se levantó y dejó libre la puerta del baño.

—Está bien, como gustes.

Después de unos minutos, Paula decidió salir. Todo estaba a oscuras, así que pensó que Alex se habría

metido en el dormitorio.

Como ella estaba muerta de frío, fue a la cocina a prepararse un té caliente. Caminó a oscuras y, cuando encendió la luz, se encontró con Alex dormido en el comedor, sentado y con los codos sobre la mesa. Mientras la esperaba, el sueño lo había vencido. Puso a calentar agua, encendió el hogar del salón y fue hasta el dormitorio a buscar una manta para cubrirlo.

Se acercó a su oído con una taza de café en la mano y le habló en un susurro.

—Alex, te quedaste dormido, despertate. —Le acarició el pelo, entonces él levantó la cabeza adormilado—. Preparé algo calentito para tomar.

—Gracias. —Alexander le cogió la mano y se quedaron mirando—. Sé que hoy te pedí perdón demasiadas veces y también sé que no es justo. —Ella levantó un dedo y lo apoyó sobre sus labios para hacerlo callar; se agachó y le besó la frente para calmar su mente atormentada. Él la miraba sorprendido—. ¡Sos tan

buena...! A veces creo que no te merezco.

Se levantó, abrió la manta y los cubrió a ambos mientras la abrazaba. Ella lo dejó hacer, se acurrucó en sus brazos y hundió la cara en su cuello.

—Vamos a tomar la bebida caliente junto al fuego —propuso Alex. Paula lo siguió con su té, él puso la manta en el suelo y la hizo sentar en ella—. Ya vuelvo.

Mientras esperaba que él regresara, miraba el crepitar de las llamas. Finalmente

regresó con un edredón, se sentó a su lado y los cubrió a los dos.

—En tres días, batimos nuestro récord de peleas, dos de tres desde que volví. ¡Vaya espectáculo! Y siempre es por terceros.

—A mí también me duele, Paula, pero supongo que nos estamos amoldando a la convivencia.

—Sí, pero esta desconfianza que nos tenemos no es buena. Si nuestro amor es tan grande e inmenso, tendría que ser suficiente para saber lo que

cada uno siente por el otro. Y me incluyo, Alex, porque yo también me porté como una necia.

—No más que yo. —
Suspiró profundamente—. No me enorgullezco de haberte hecho llorar, cuando en realidad lo único que deseo es hacerte reír. Paula, quiero que seas feliz a mi lado.

—Soy feliz a tu lado, Alex. —Ella se había apartado un poco para mirarlo a los ojos.

—Necesito que me digas que me querés —le suplicó

él.

—Te adoro, mi vida, te amo más allá de la razón. — Ella había dejado la taza y tenía su rostro entre las manos—. Sos mi amor, mis sueños, mi felicidad. Alex, sin vos no existo.

—Y vos sos la mujer de mis sueños, Paula. Me atraés mucho físicamente, pero te amo por tu inteligencia, ¡sos tan culta, tan capaz!; además, te amo por tu sencillez. Sos hermosa por dentro y por fuera, cuando entramos en algún lado noto que todos te comen con la

mirada y eso hace que me ponga muy celoso.

—Yo jamás me fijo en esas cosas, Alex. Me gusta arreglarme para verme en el espejo y sentirme bien, y también para agradarte. Me duermo y me despierto pensando en vos. Y no te hagas el humilde porque a vos te miran hasta los hombres. ¡Siempre te mostrás tan seguro con tu cuerpo y tu forma de proceder...! Si cierro los ojos, todavía puedo recordar la noche en que entraste en el restaurante del Faena; en

cuanto te vi quedé
encandilada con tu
seguridad.

—Vos sabés que eso es sólo un disfraz. Vos me conocés tal cual soy, con vos puedo mostrarme vulnerable y no me importa; al contrario, me relaja. A tu lado, me convierto en este hombre inmaduro, inseguro de sí mismo, que te ama más que a nadie en esta vida, que teme perderte y se aterroriza sólo de pensarlo.

—Los celos son el condimento perfecto para una relación, Alex, siempre

y cuando se den en su justa medida. Hasta pueden llegar a ser considerados un halago, pero si dejamos que crezcan más que nuestro amor, terminarán con nosotros.

—No lo digas, Paula, no lo hagas, no lo pienses, por favor. Jamás vamos a volver a estar alejados.

—Tampoco lo quiero, *Ojitos*, no lo resistiría, pero debemos tenernos más confianza. Se supone que eso es edificar una pareja, ¿no creés? Los celos y la desconfianza nos separaron

una vez, por mi parte te aseguro que no voy a permitir que vuelvan a cegarme, aprendí la lección... pero me preocupa la forma en que te ponés. Alex, mi amor —le susurró y lo tomó con fuerza de la barbilla para apartarle el pelo de la frente—, no tenía ninguna necesidad de contarte que me había besado con Gabriel, pero lo hice para que supieras que no existe otra persona en este mundo que sea más importante que vos en mi vida. Te amo, grabátelo acá

—le aseguró dándole unos golpecitos en la frente.

—Me enojó ese mensaje, Paula. —Él vio el anillo y se dio cuenta de que estabas conmigo. Aun así, insistió en que se lo habían pasado muy bien en Mendoza y mi mente se trastornó, dejé de razonar.

—No te culpo, si yo leyese un mensaje así quizá reaccionaría igual. No le contestaré o quizá sí lo haga y le deje claro que vos y yo estamos a punto de casarnos.

—Gracias por entenderme.

—Te amo demasiado

como para no hacerlo. —
Paula se acercó a sus labios
y lo besó de forma inocente,
con un gesto tierno.

—Y yo te amo demasiado
como para verte llorar otra
vez. Haré todo lo posible
para controlar estos celos
abrasadores que me
consumen.

Alex se acercó a sus labios
y los besó con delicadeza,
los cortejó, los cuidó, los
acarició y luego los relamió.
Después se apartó.

—¿Aún tenés ganas de
hacer el amor con música?

—Con o sin música,

siempre tengo ganas de hacer el amor con vos. Volvieron a besarse, pero ella abandonó sus labios y se levantó.

—¿Adónde vas?

—A poner música; voy a elegir yo.

—Lo que vos quieras, mi amor.

Empezó a sonar *Quédate*, de Lara Fabian, y Paula se quedó de pie frente a él y se mordió un dedo, mientras la letra de la canción rezaba:

*Te fuiste aquella vez
y yo, en mis sueños, tantas
veces te busqué.*

*Entre los ángeles tu voz
imaginé.*

*Así me conformé
pero ahora te encontré.*

*Quédate, que este tiempo es
nuestro*

*y el amor tiene ganas de
volver.*

*Oh, quédate, no me dejes
sola otra vez*

que la noche es larga

*si no estoy contigo, si otra
vez me lanzas al abismo, si
otra vez te vas.*

*Quédate, por favor, por
siempre.*

Se volvió a sentar, Alex
abrió sus piernas para

recibirla y la cogió por la cintura. Paula le acarició el contorno del rostro, le delimitó los labios y él los abrió para morderle el dedo mientras le regalaba una sonrisa carnal. Paula contuvo el aliento y emitió un gritito mientras tiraba su cabeza hacia atrás. Le besó la punta de la nariz, luego le recorrió las cejas con sus índices y él cerró los ojos. Ella le lamió la boca y tomó su labio inferior entre los dientes para darle un tironcito. Entonces Alex abrió los ojos y la miró de

manera desvergonzada, Paula estaba dispuesta a coger todo lo que quería de su hombre. Mordió su barbilla y deslizó su lengua hacia el cuello. Él echó la cabeza hacia atrás ofreciéndoselo y Paula le chupó la nuez, su verdadera debilidad, haciendo que Alex se tensara, exactamente lo que Paula buscaba: desorden, desconcierto, locura.

Levantó sus brazos para que él le quitara la camiseta, sus senos saltaron y danzaron mientras la prenda

salía de su cuerpo. Alex la miró, tiró la ropa a un lado y quiso tocárselos pero ella le hizo un chasquido con la lengua y le indicó que no. Le quitó la camiseta a él y quiso acariciarle la musculatura del pecho, pero entonces, imitándola, él chasqueó su lengua y ella dibujó un mohín con los labios. Eso lo hizo sonreír, entonces tomó la mano de Paula y la apoyó sobre su torso. Su palma quemaba sobre su piel, su corazón latía desbocado y retumbaba en su mano. Alex se la llevó a la boca, le lamió

los dedos uno a uno y besó el anillo de compromiso. Ella lo imitó y comenzó a jugar con el vello de su pecho, le recorrió el abdomen con el dedo hasta que llegó a su ombligo. Él volvió a erizarse; la canción seguía avanzando, la letra y el ritmo eran perfectos para hacer el amor. Sus cuerpos, junto al fuego, se iluminaban con las llamas que ardían como ellos.

Paula se puso de rodillas y se aferró a su cuello, entonces él atrapó su espalda con las manos abiertas y se

apoderó de sus labios. Paula se quitó el tanga y él, sin dejar de besarla, se colocó de rodillas y se deshizo de su ropa interior. Volvieron a sentarse. Alex abrió sus piernas de nuevo y la recibió en el hueco que quedaba en ellas. Paula, perdida, abrió también las suyas y le rodeó el torso con ellas. Sus sexos estaban muy próximos y se rozaban, y sentían la necesidad de abrazarse.

Tentándolo, ella comenzó a moverse en un vaivén cadencioso, haciendo que los labios de su vagina le

rozaran el glande. Alex dejó su boca y apresó un pecho con los labios y su experimentada lengua, mientras la sostenía de la nuca con fuerza. Paula se encorvaba y se mecía para que él pudiera chupar mejor su pezón.

Sin poder esperar más, Paula se apoyó en sus pies y se sentó sobre su pene, lo introdujo dentro de ella y dejó escapar un gemido. El miembro de Alex tenía un gran tamaño y cuando entraba en su interior, ella podía comprobar la

exquisitez de esa gran longitud. Lo apresó con su envoltura y lo contrajo. Cuando estaban así, no quería que el momento terminara nunca, porque era el estado perfecto de unión. Sus sexos se acoplaban y en sus entrañas se tejían todo tipo de sensaciones. Su clítoris estaba hinchado y latente, como su vagina que estaba pringosa y chorreante.

—Mírame —le pidió Alex.

Paula abrió los ojos de inmediato y los clavó en los de él. Le había hablado con

una voz oscura cargada de erotismo, de desenfreno, de lujuria. Sus cuerpos comenzaron a frotarse entre sí, preparados para ese momento tan íntimo del clímax.

Perdido en su sexo, Alex sentía que el fluido seminal se acumulaba y que necesitaba eyacular todo su semen dentro de ella, sus testículos se frotaban contra el cuerpo de Paula y él creyó que se correría, porque tenerla en esa posición era demasiado excitante, pero se controló cambiando el ritmo

de la penetración. Él era un amante experto y sabía cómo manejar su cuerpo para darle placer a su mujer. Paula era una diosa entre sus brazos y excavaba en ella para adentrarse en los confines de su vagina. Se sentía ceñido, ella lo prensaba con su vulva mientras se movían acompasados y cadenciosos, al ritmo de la canción. Parecía extraviado en su cuerpo.

—Nena, sos mi diosa de la excitación.

—Alex, seguí, no pares,

por favor.

Ambos emitían gemidos involuntarios, que se transformaban en clamores por segundos. A veces en lamentos, producto del gozo que experimentaban, mientras sus sexos se friccionaban para llegar al precipicio y saltar en caída libre como sólo conseguían estando juntos.

El instante estaba muy próximo, Alex se enterraba en ella sin piedad y Paula se sacudía resuelta sobre su pene. Ella gritó su nombre, lo pronunció varias veces

como si fuera una plegaria, y se corrió mientras se arqueaba entre sus brazos.

Alex, al verla gozar tan entregada, se sintió vulnerable, se quejó y gritó su nombre, como si fueran palabras mágicas, y su cuerpo expelió el semen tras lo cual quedó inerte. Se vació dentro de ella y sació sus deseos, hirviendo de placer ante la experiencia más exuberante que el ser humano pueda sentir.

Se abrazaron con gusto mientras aún permanecían unidos, hasta que Alex salió

de su interior y se estiró para coger unos cojines del sofá y utilizarlos como almohadas. Se recostaron frente al fuego y se quedaron uno frente al otro, abandonados y exhaustos, acariciándose los rostros.

—¿Estás bien, mi amor?

—Estoy flotando, a tu lado y en el estado perfecto.

Alex le sonrió y le besó la nariz.

—Sos hermosa.

—Vos sos más bello, sos perfecto.

—No, eso no es cierto, soy un cabrón de mierda.

—Mi macho cabrón.

Se besaron por enésima vez.

Capítulo 28

TENÍAN todo el día para compartirlo con la familia; por la mañana era el ensayo de la boda de Alison y Jeffrey, que estaban a punto de cumplir sus sueños, y por la noche era la cena preboda.

Alex y Paula llegaron al hotel donde la coordinadora de bodas esperaba a todos los convocados para hacer un ensayo antes del gran día. Aunque ésta no tenía nada

que hacer allí, y debería haber ido a Mindland a trabajar, él se había empeñado en que lo acompañase para que viera cómo iba todo y fuera familiarizándose. Además, aunque él era uno de los padrinos, no tenía ganas de ir solo.

Fueron de los primeros en llegar, los novios ya estaban allí, acompañados por unas amigas de Alison, las damas de honor en la ceremonia, y por los padres de ella. Alex aprovechó la ocasión para presentarles a Paula. Pronto

fueron apareciendo todos los demás. Amanda fue sola; Edward y Lorraine, sin los niños; Joseph y Bárbara fueron los últimos de la familia en presentarse en el Four Seasons. Luego aparecieron unos amigos de Jeffrey, y Alex, que los conocía de toda la vida, también les presentó a su prometida.

—¡Paula, qué bien que viniste! —le dijo Lorraine, que tampoco tenía un cometido concreto en el ensayo—. ¡Edward se empeñó en que lo

acompañase!

—Alex también. Por suerte, como estás vos, no me sentiré tan descolocada.

La coordinadora llamó a los involucrados en el ensayo y ellas dos decidieron sentarse a un lado a hablar. Alex le dio un beso furtivo y se alejó unos metros. En ese momento, irrumpió Rachel como de costumbre, caminando con altivez. Alex estaba escuchando atentamente a la organizadora, pero cuando vio que ésta se acercaba se puso tenso.

Ella no se había percatado de que Paula estaba allí y, aunque tampoco eso la hubiera detenido, se colgó del cuello de Alex y le dio un beso junto a la comisura de los labios con descaro. Paula seguía atenta los movimientos de la rubia desde lejos, pero no pudo ver con claridad dónde lo había besado.

—¡Qué fastidio!

—¿Cómo? —Lorraine no entendió.

—Lo siento, pensé en voz alta. Me refería a Rachel, no la soporto, no sé qué se cree

esa zorra de plástico.

—No te preocupes, nadie la soporta, pero ella no se da por aludida; esa mujer es una cínica.

Alex le dedicó una mirada devastadora; Amanda, que estaba furiosa con ella, imaginaba cómo debía de estar Paula y se encabronaba aún más. Se acercó a su hermano y lo apartó de su lado con una excusa.

—Creo que vas a tener que ponerle un freno definitivo a la efusividad de Rachel o te vas a meter en problemas.

—Ya no sé de qué forma

hacérselo entender —replicó él en un murmullo.

—Me parece que no estás siendo lo suficientemente claro, ¡intentalo mejor, Alex!

—¿Me estás llamando la atención?

—Es preferible que lo haga yo y no Paula, ¿no creés?

Alex sintió de pronto que alguien se aferraba a su cintura y, cuando se volvió, vio a la desubicada de Rachel, que había enganchado su dedo en la presilla de sus vaqueros.

—Alison y Jeffrey están radiantes, ¿verdad? — comentó Rachel intentando entablar conversación con ambos hermanos.

Él temía desatar su ira, pero no podía permitir esa cercanía por respeto a Paula. Si las cosas hubieran sido al revés, él se hubiera puesto furioso y, considerando el torbellino de la noche anterior, debía hacer algo rápido. Sin siquiera mirarla y con contundencia le dijo:

—¿¡Quieres soltarme!?
¿¡Qué haces!?

Aunque Amanda tampoco

la soportaba, para salvar la situación y no estropear el ensayo de la boda, se movió con rapidez y se interpuso entre su hermano y ella, intentando entablar una conversación.

—No sé cómo Alison está tan tranquila, yo recuerdo que a esta altura ya había enloquecido. ¿Ya has ido a buscar tu vestido?

—No, aún no, iré después del ensayo. ¿Y tú?

—Mi madre lo fue a buscar ayer, es precioso —le contó Amanda en un intento por distraerla.

—¡Menos mal que sólo tuvimos que respetar el color y no parecer uniformadas!

—Ya no se lleva que todos los vestidos de las damas de honor sean iguales, creo que ésa fue una muy buena decisión.

Era el momento de ensayar la entrada del cortejo nupcial. La coordinadora estableció que Alex entrara con Rachel del brazo, puesto que Amanda, encargada del ramo, debía hacerlo con Edward, responsable de los anillos.

Rachel se enroscó como

una boa en el brazo de Alex: estaba en su salsa.

—¿Ves? ¿No entiendo por qué no quieres darte cuenta? El destino nos une, cariño.

—Por respeto a Alison y a Jeffrey, no busques arruinarles este momento.

—No es mi intención, mi amor.

—No me llames así. ¡Basta, Rachel! ¿Cómo tengo que hacerte entender que estoy con Paula?

—Si te sigues enfurruñando así, te juro que voy a dejar de aguantarme y voy a darte un beso, me

calientas cuando te pones de ese modo.

—Haz la prueba y te vas a enterar de quién soy yo. Te juro que te voy a hacer pasar la vergüenza más grande de tu vida.

Paula, aunque intentaba no ponerse de mal humor, estaba que trinaba. Era obvio que Rachel buscaba a Alex con descaro; sus actitudes la delataban: le hablaba de cerca, lo tocaba, se reía de todo, estaba mostrando claros signos de seducción y, además, se había presentado con un vestido escotado muy

suggerente.

El ensayo terminó y Lorraine le propuso a Paula:

—Ven, vamos a acercarnos.

Paula no dudó.

—Hola, Rachel —la saludó mientras se acercaba a Alex para aferrarlo por la cintura. Él le pasó un brazo por el hombro y la besó en el cabello. Ésta no contestó al saludo y se limitó a sonreírle a medias y con fastidio, pero a Paula no le importó. La rubia se alejó con disimulo y se fue hacia otro grupo de gente porque no soportaba

su cercanía.

Finalmente todos empezaron a despedirse hasta la noche, cuando volverían a encontrarse en la cena.

—Mi amor, ¿voy al baño y nos vamos? —sugirió Paula.

—Dale, preciosa, acá te espero. —Alex le dio un sonoro beso y se quedó hablando con sus hermanos.

Cuando la joven entró en el baño, Rachel estaba a punto de salir y pensó que era un buen momento para dejar las cosas claras.

—¡Qué bien que nos

hayamos encontrado!

—No tengo interés en hablar contigo —dijo Rachel —, por suerte ya ni siquiera eres mi superior y, por tanto, no estoy obligada a escucharte, ni en la empresa y mucho menos aquí.

—No, querida, si yo te digo que me vas a escuchar es porque me vas a escuchar. A mí me importa una mierda que seas una rubia estirada o la hija del mejor amigo de mi suegro —le soltó la argentina recalcando la palabra.

—¡Qué vulgar eres!, de

verdad que no entiendo cómo Alex está contigo.

—¿No lo entiendes? Yo te lo explico —sonrió cínica—. Alex está conmigo porque me ama, deja de tocarlo y de acercarte a él como si yo no existiera, porque la próxima vez no me voy a quedar en lo verbal. —Rachel quiso irse pero Paula la agarró del brazo—. Todavía no he acabado. Te he dicho que me vas a escuchar y vas a hacerlo. Deja de buscarme porque si me llega a salir en serio esa vulgaridad que dices que tengo, te juro que

te agarro de los pelos.

Rachel levantó la mano que tenía libre e intentó abofetear a Paula, pero ella fue más rápida y le encajó un sopapo; entonces la rubia la aferró de los pelos y terminaron trenzadas en el suelo del baño pegándose, insultándose y pateándose. Alex se extrañó porque Paula tardaba mucho y le pidió a Amanda que fuera a buscarla. En cuanto entró se encontró con un espectáculo bochornoso; quiso separarlas pero le resultó imposible, por lo que fue en busca de

Alex.

—¡Vení a ayudarme! —le dijo al oído con disimulo—, ¡Paula y Rachel se están matando en el baño!

Alex salió despedido del salón y las encontró revolcándose en el suelo, blasfemando y pegándose; Paula estaba a horcajadas sobre Rachel y le pegaba para que ésta le soltara los pelos.

—¿Os habéis vuelto locas? —gritó mientras agarraba a su novia para sacarla de allí. Amanda, mientras tanto, intentaba desenredarle el

cabello de los dedos de Rachel.

—Mi amor, por favor, calmate, es el ensayo de la boda de mi hermano —le dijo Alex en voz baja para tranquilizarla. Amanda hizo otro tanto con Rachel.

La joven depuso su actitud de inmediato, pero la rubia parecía enajenada e incontrolable.

Paula se puso de pie, sacudió su ropa y se arregló un poco. Estaba de espaldas saliendo junto a Alex, cuando Rachel se zafó de Amanda y se tiró

nuevamente encima de ella, cogiéndola por sorpresa. Volvió a tirarle del pelo y le torció la cabeza hacia atrás. Aunque él la había visto venir, no había podido frenarla. Entonces la agarró por los brazos y la zarandeó.

—¡Suficiente, Rachel, basta, por favor! Piensa en Alison, ella es tu amiga, no le arruinemos este momento —le rogó mirándola a los ojos.

Amanda, mientras tanto, decidió sacar a Paula de allí. Bajaron en el ascensor sin mediar palabra, estaba roja,

acalorada y resoplaba furiosa como un toro en la arena; sólo deseaba seguir pegándole. Salieron a la calle y, cuando trajeron el coche de Amanda, las dos se metieron en él.

—¿Os habéis vuelto locas?

—No iba a dejar que me pegara.

—¿Me estás diciendo que ella te pegó primero?

—No importa quién pegó primero, sólo espero que a esa zorra le haya quedado bien claro que Alex está conmigo. ¡Ya esoy harta, cansada! Mi paciencia tiene

un límite.

—No puedo creer que hayáis terminado en el suelo agarradas de los pelos, Paula... Por suerte nadie se dio cuenta.

En un arranque de cordura, ésta le dijo:

—Eso espero... Cuando Alex me hizo comprender que podía estropear el momento de Alison y Jeffrey, me sentí muy mal.

En ese instante, Alex salió llevando a Rachel del brazo.

—¿Dónde va?

Amanda no supo qué contestarle. ¿Se había vuelto

su hermano loco yéndose con esa buscona? Entonces trajeron el coche de ésta y él la metió dentro para que se fuera. Justo antes de subir, intentó besar a Alex de nuevo, pero él la apartó. Paula quiso salir despedida del automóvil, pero Amanda puso el seguro.

—No vale la pena, calmate.

—¿Que me calme? ¿Vos viste lo que yo acabo de ver? ¿Ahora Alex me va a seguir diciendo que estoy confundida?

Alex y Rachel

intercambiaron un par de palabras más; ella intentó besarlo pero nuevamente obtuvo su rechazo.

—Dejame bajar, Amanda, me van a oír. —Paula intentó quitar el seguro de la puerta pero no pudo. Cuando Rachel arrancó, Alex sacó su teléfono y la llamó.

—¿Dónde estás, mi amor? —le habló él con voz arrulladora.

—Detrás de ti, viendo una cariñosa despedida.

Alex palideció y se dio la vuelta para descubrir que, tres coches más atrás, estaba

el de Amanda. Guardó el teléfono y caminó hacia ellas.

—Por favor, Paula, tranquila, no montes un escándalo acá en la puerta del hotel —le pidió Amanda, luego desactivó el seguro de las puertas y le dio un beso para despedirse.

—Gracias por todo, descuidá, estoy muy tranquila. Quien no debería estarlo tanto es tu querido hermano.

Salió del vehículo y se encontró con él, que se agachó y saludó a su

hermana, cruzando con ella una furtiva mirada. Alex entendió que todo estaba muy mal con Paula.

De regreso a la entrada del hotel para pedir que les trajeran el coche, Alex quiso poner una mano en el hombro de Paula y ella lo fulminó con la mirada, pero no le dijo nada, no quería montar un griterío allí. Se subieron al deportivo rojo y realizaron todo el trayecto hasta el apartamento en un doliente silencio. Ésta era una olla a punto de ebullición.

Él no sabía cómo encarar la situación, pero estaba seguro de que debía hacerle frente.

La joven viajaba con la vista perdida en el panorama urbano, ensimismada y preocupada, aunque su estado de enajenación había disminuido.

Alex intentó acariciarla una vez más, pero ella ni siquiera se mosqueó, siguió en su postura; lo estaba ignorando. «Me mintió — pensaba Paula con el corazón helado—. Él tuvo algo con Rachel, yo no

estaba equivocada, por eso la zorra se creía con tantos derechos. Pero si esa historia pertenecía al pasado, ¿por qué mentirme? —se preguntó y no pudo evitar pensar en el día del cumpleaños de Bárbara cuando, habían llegado juntos—. No quiero ni imaginarme que entonces ellos aún eran amantes.» Al llegar, Alex bajó y dio la vuelta al Alfa para abrirle la puerta y que se apease del vehículo. Paula, que permanecía absorta en sus tortuosos pensamientos, no

aceptó la mano que él le ofrecía para ayudarla. Descendió y caminó hacia la entrada del edificio sola. Subieron al cuarto piso y, entonces, en cuanto entraron, él la cogió por los hombros.

—Tenemos que hablar.

—No sé si quiero escuchar lo que tenés que decirme, lo que más me duele es que me mentiste.

—Dejame explicarte.

—Dios, esto parece un *déjà-vu*, aunque lo peor es que forma parte de la realidad. ¿Ahora también me

vas a decir que es cosa de mi imaginación y que la cercanía entre ustedes es porque se conocen desde niños? —le preguntó Paula mirándolo a los ojos. Alex no pudo sostenérsela y bajó la cabeza.

—Fue sólo una vez, Paula, nunca tuve nada importante con ella.

—No quiero saber nada, no te pedí ningún detalle, Alex. ¡Me hiciste quedar como una estúpida todo este tiempo! ¡Estuve conviviendo con tu amante en la oficina!
—Una lágrima corrió por su

mejilla, pero se la secó con rapidez—. ¿Y tuviste el descaro de hacerme un escándalo por Gabriel? ¡No tenés vergüenza!

Escuchar ese nombre en su boca lo encolerizaba; sin embargo Alex debía centrarse en explicar su error.

—Nunca fue mi amante, Paula. Eso me lo enseñaste vos, nena, los amantes comparten intimidad; con ella fue sólo sexo.

—Basta, Alex. Te lo ruego, cariño —resaltó con sorna, y Alex sintió una

puñalada—. No juzgo tu pasado y tampoco pretendo que no lo tuviste. Pero no soporto tu mentira, no la entiendo, ¿por qué? ¿Por qué motivo?

—No imagines nada raro, Paula. No te lo dije porque supuse que, como ella estaba en la empresa y yo no podía hacer nada para sacarla de ahí, sería incómodo para vos saberlo; sólo por eso te lo oculté.

—¿Amanda lo sabe?

—¡No! —contestó él rotundamente y volvió a mentir porque no quería

involucrar a su hermana en esto—. Nadie lo sabe, sólo fue una vez y sin importancia.

—Pues parece que ella no lo sintió así y por algo será. Ya no sé si puedo creerte.

—Te estoy diciendo la verdad. —Alex estaba con las manos en los bolsillos del vaquero, de pie frente a ella a una corta distancia.

—Pero antes también me lo dijiste.

—Lo siento, ahora te estoy diciendo la verdad.

Paula se rió con desánimo, dio media vuelta y se fue al

dormitorio.

Él no la siguió. Se metió en la cocina, dejó las llaves del coche sobre la mesa, masajeó su frente y se apretó los ojos con el pulgar y el índice. Luego se apoyó en la encimera con ambas manos y dejó caer su cabeza. Le pesaba mucho, tenía una extraña sensación de abatimiento y pensó que una copa de vino le daría vigorosidad a su alma apenada. Sacó una botella de Chardonnay y se sirvió. ¡Menudo lío había montado! Y lo peor de todo era cómo

había descubierto Paula su mentira. Pensó en la humillación que debió de sentir y se apenó. Estaba haciendo todo mal, llevaban días peleándose sin tregua.

Fue hacia la sala, bebió un trago de vino y se recostó en el sofá, cubriéndose los ojos con el antebrazo. No podía explicarse cómo había podido permitir que Paula, una persona tan buena y sensible, se sintiera tan engañada. Pero lo que más le dolía y asustaba era que ésta, aunque estaba enojada, no había estallado en cólera;

quizá estaba cansándose de él. Le había hablado en todo momento sin levantar el tono de voz, con pesar en sus palabras. Él hubiera querido abrazarla pero no se había atrevido, porque se sentía muy culpable. Amanda ya le había advertido que la verdad le explotaría en la cara.

Repasó los últimos instantes en la puerta del Four Seasons, recordó que Rachel se le había colgado del cuello e intentado atrapar su boca, mientras le acariciaba la nuca. Imaginó

la situación al revés y asumió que el dolor de Paula era muy grande.

Se levantó del sofá y fue a buscarla, con la copa de vino en la mano. Cuando entró en la habitación, ella estaba tendida boca arriba en la cama, atravesada sobre el colchón y con la vista clavada en un punto fijo del techo. Alex no sabía cómo actuar, quería abrazarla, pero no tenía el valor para hacerlo. La joven notó su presencia, se incorporó y secó las lágrimas que se le habían escapado.

Alex le ofreció su copa, ella suspiró y extendió su mano para cogerla; entonces, él se animó y se sentó en el suelo para apoyar la cabeza en su regazo. Le rodeó los muslos con sus brazos y se puso a llorar mientras le pedía perdón.

—Perdón por someterte a esta humillación. Perdón por haberte hecho convivir con ella en el mismo espacio, pero no podía hacer otra cosa. No estaba en mi poder alejarla de la oficina. De todas formas, quiero que sepas que si ella se fue de

ahí es porque la última vez que hablamos le dejé bien claro cuáles eran mis sentimientos por vos.

—Debiste habérmelo dicho, debiste prevenirme para que no me sintiera tan estúpida y tan traicionada, Alex. Yo... siempre fui honesta con vos, hasta con ese inocente beso que me dio Gabriel fui honesta con vos.

—Para él no fue un beso inocente.

—Pero yo te previne y la otra noche, cuando nos lo encontramos, vos sabías a

qué atenerme. ¿O creés que no me di cuenta de que me agarrabas de la cintura para demostrarle quién era mi dueño? Y encima tuviste la desfachatez de enojarte por un encuentro que yo no planeé, mientras me hacías convivir con tu amante a diario. Yo siempre estuve en desventaja frente a ella, Alex, aunque ya tenía bastante claro que le gustabas. Cuando empecé a notar su desvergüenza y cómo se te lanzaba al cuello, comencé a presentir que, entre ustedes, había existido

algo, pero hice el esfuerzo de creerte.

—No lo llames «algo», porque lo que pasó entre nosotros no tiene ni esa categoría. No quiero entrar en detalles, Paula, porque me pediste que no lo hiciera, pero si seguís diciendo eso voy a tener que explicártelo, no quiero mentirte más.

Él seguía llorando mientras le hablaba aferrado a sus piernas. Ella levantó una mano y le acarició el pelo.

—¿Podrás perdonarme?

—Ya lo hice Alex, si no

no estaría acá. Lo que vi fue el intento desesperado de ella por besarte, pero también me di cuenta de que vos la apartabas y es eso lo que te ha dado la amnistía. De todas formas, quiero saber cuándo se terminaron las cosas entre ustedes, porque en Buenos Aires vos tenías mensajes de ella en tu móvil.

Alex pensó antes de hablar, no sabía cómo explicarle que lo de Rachel había pasado durante su separación.

—Sólo nos vimos una vez

y, además, fue un polvo de mierda, Paula. Nunca me sentí tan asqueado con una mujer como me sentí con ella. Tal vez no me perdones por lo que voy a contarte pero no quiero mentirte más y correré el riesgo. — Sorbió, secó sus lágrimas y la miró para contestarle—. Fue cuando vos y yo nos separamos. Estaba enojado porque no querías escucharme, porque no podía olvidarte y le dejé claro que no esperara nada más de lo que había pasado, pero ella parecía no

entender. Te juro, por el amor que te tengo, que nunca la alenté para que se sintiera con derechos sobre mí.

Paula paró de acariciarle el pelo: se había quedado helada, no podía entender cómo se había acostado con otra, si le había dicho que la echaba tanto de menos. No lo concebía, pero tenía claro que, aunque le doliese, prefería saberlo. Se levantó y se fue hacia el salón para pensar.

Alex no la siguió. Ella apoyó la frente contra uno

de los ventanales que daban a la calle Greene, vio la puerta de salida y, sin reflexionarlo, se fue.

Caminó durante varias horas sin sentido, pero el paseo le sirvió para cavilar bastante. La soledad la ayudó a evaluar todo lo que había ocurrido. Estaba con lo puesto, no tenía el móvil encima ni dinero, y tampoco llevaba un abrigo. Había comenzado a refrescar y, entonces, se dio cuenta de que el tiempo había transcurrido. Eran las seis de la tarde y la cena preboda de

Alison y Jeffrey era a las nueve. Había caminado tanto que no sabía dónde estaba, pudo haber cogido un taxi pero buscó un teléfono y llamó a cobro revertido.

—No sé dónde estoy —le dijo a Alex lloriqueando.

—Mi amor, gracias a Dios. ¿Estás bien? Me tenías tan preocupado, ¿en qué calle estás? ¡Voy a buscarte!

No tardó en hacerlo, descendió como un cohete de su automóvil y se acercó a Paula, que estaba parada en la calle esperándolo.

—Casi me muero cuando me di cuenta de que te habías ido sin el móvil y sin nada. Estaba desesperado, hace horas que te ausentaste y no sabía nada de vos.

Ella no le contestó. Él entonces le puso un abrigo sobre los hombros; tenía ganas de abrazarla, pero prefirió esperar. Abrió la puerta del coche y la ayudó a entrar, hasta le colocó el cinturón de seguridad.

Durante todo el camino no hablaron, Alex la cogió de la mano por encima de la palanca de cambio y Paula

no se la negó; la tenía helada. —Estaba desesperado, Paula.

—Lo siento —se disculpó ella, aunque él pensó que era merecedor de esa angustia.

—Supongo que me lo he ganado. ¿Dónde estuviste durante tantas horas?

—No lo sé, caminando por ahí y pensando.

Él sintió miedo y no se atrevió a preguntarle, pero su tono de voz era amable.

Llegaron al aparcamiento y Paula bajó en seguida, sin esperar a que él le abriese la puerta. Alex se apresuró a

seguirla.

Ya dentro del apartamento, ella fue directa al dormitorio, se acercó al jacuzzi y empezó a llenarlo: necesitaba un baño bien caliente. Alex estaba apoyado en el marco de la puerta siguiendo todos sus movimientos con la mirada. Paula entró en el vestidor y sacó dos vestidos, que dejó sobre la cama.

Alex estaba desconcertado. «¿Acaso piensa ir a la cena y por eso se está preparando la ropa?», pensó, pero no se animó a

decir nada.

—¿De qué color es el traje que vas a llevar? —le preguntó ella tomándolo por sorpresa.

—Gris —contestó él.

Ella tomó los dos vestidos y volvió al armario, de donde regresó con uno gris totalmente drapeado, sin tirantes y con un bordado lateral de espejitos. En la otra mano llevaba uno azul de una tela muy adherente, con un solo hombro y un bordado en plata que rodeaba la cintura. Se los enseñó presentándolos sobre

su cuerpo, primero uno y luego otro, y respiró profundo antes de hablar:

—¿Cuál te gusta? —le preguntó con voz cansada.

—El gris —contestó él, estupefacto y cruzando los brazos.

Paula dejó el vestido que él había elegido sobre la cama y se fue en busca de unos Louboutin.

Cerró los grifos del jacuzzi, que ya estaba lo suficientemente lleno. Echó sales de baño y comenzó a desvestirse ante la mirada de Alex. Se metió en el agua e

intentó relajarse. Tenía los ojos cerrados y respiró profundamente mientras sentía que la presión del agua le oprimía el pecho. Luego abrió sus tristes ojos verdes y lo miró.

—¿No te vas a bañar? Se va a hacer tarde.

—Ahora me doy una ducha rápida —contestó Alex.

—Si querés podés hacerlo conmigo.

Tras esa invitación, Alex se desnudó rápidamente para entrar en el jacuzzi. Paula le dejó espacio tras ella para

que se metiera. Una vez dentro, abrió las piernas y ella se recostó en su fornido pecho, emitió un suspiro y cerró sus ojos. Él la abrazó y ella se aferró a sus brazos con desesperación, mientras la ceñía con más fuerza aún. Se sintió agradecida sin decírselo, le acarició las manos y él le besó el pelo.

—Sólo quiero que nos quedemos así, que nos bañemos y luego vayamos a la cena. Allí tenemos que poner nuestra mejor cara; después hablaremos de nosotros, hoy es el día de

Alison y Jeffrey y no es justo que lo estropeemos.

—Como vos digas, mi amor, me parece perfecto. De todas formas, gracias por estar acá conmigo y permitirme estar así con vos.

—Chis, no hables. Necesito tu silencio y sentirte cerca de mí, nada más. Te lo ruego, no digas nada, no necesito escucharte, sólo sentirte.

—Sólo vivo para complacerte aunque no lo parezca y aunque lo arruine todo a cada instante. Te juro, Paula, que no deseo otra

cosa más que eso.

Después de un rato de sostenerla entre sus brazos, Alex cogió una esponja y le lavó lentamente la espalda, los brazos y, con suaves pasadas, también le enjabonó el resto del cuerpo, como si bañara a un niño muy frágil. La trató con mimo, con cuidado, con muchísimo amor y sin connotaciones sexuales, sólo quería darle alivio y atención. Ella se lo merecía y, además, lo necesitaba.

Paula mantuvo la cabeza baja todo el tiempo. Al final,

cuando Alex concluyó, se lavó rápidamente y la volvió a abrazar; no quería salir de ahí. Él también necesitaba sentir el contacto de su piel y cobijarla entre sus brazos.

Tomó su mano y la levantó para mirar su anillo de compromiso, jugó un rato con él girándolo en su dedo. Ninguno de los dos decía nada.

—¿Querés que salgamos?
¿No tenés frío? —le preguntó él; el agua estaba tibia.

—¿Podemos agregarle agua caliente y quedarnos un

poco más? ¿O se hará tarde?
—Alex miró la hora en su
Hublot; aún era temprano,
así que volvió a abrir el
grifo. Enredó sus piernas en
las de ella y le masajeó los
brazos y los hombros. Paula
se aflojó.

Después de un buen rato,
salieron del agua. Alex la
secó envolviéndola en una
toalla, la arropó y luego la
dejó para que pudiera
ocuparse de arreglar su
cabello. Desganada pero
intentando sobreponerse, se
lo secó, lo alisó y se peinó
con raya al medio y marcó

unos rizos en las puntas. Mientras tanto, Alexander estaba en el vestidor buscando su ropa.

No se hablaban ni se tocaban, sólo se dedicaban miradas furtivas. Alex estaba peinándose con los dedos, cuando Paula apareció con un corsé negro y un tanga diminuto. Él la recorrió con la mirada llena de deseo, se moría por besarla y por abrazarla, pero eso no era lo que ella le había pedido, así que se resignó y terminó de vestirse. Eligió unos

pantalones negros de traje con corte pitillo y se sentó en el borde de la cama para atarse los cordones de los zapatos. Fue en busca de su perfume y se roció antes de colocarse la camisa. Paula, que estaba maquillándose, abrió sus fosas nasales para impregnarse de su olor, no pudo evitar extasiarse con su aroma.

El vestido de Paula era demasiado ajustado y, aunque lo intentó, no podía subir sola la cremallera, así que tuvo que pedirle ayuda a Alex. Estaba

realmente preciosa, pensó, el vestido le quedaba espectacular, pero optó por no decírselo.

—Gracias —le dijo ella cuando terminó con el cierre.

Alex no le contestó, pero antes de que ella pudiera irse, la aferró de los hombros y le dio un beso en la frente. Cuando él se apartó, se miraron un momento a los ojos y Paula volvió al dormitorio. Alex había intentado decirle «te amo» en silencio.

A él sólo le restaba

colocarse la americana. La prenda, que era gris antracita y sólo tenía un botón, le quedaba que ni pintada. Paula había terminado de llenar su bolso de fiesta y estaba a punto de ponerse su gabardina, entonces él se la quitó de las manos.

—Permitime. —Le sostuvo caballerosamente la gabardina de raso para que se la colocara. Paula ajustó el lazo a la cintura y se fue por unos pendientes.

Heller ya había llamado para avisar que los esperaba afuera. En el ascensor, Alex

le tomó la mano y se atrevió a decirle:

—Estás hermosa.

—Vos también. No me dejes sola en el restaurante.

—No pienso hacerlo bajo ningún concepto.

Paula le apretó la mano; entonces él se la levantó y le besó los nudillos.

Llegaron al restaurante BLT Fish, donde Alison y Jeffrey habían decidido hacer la cena preboda a la que sólo habían invitado a los más íntimos y la familia. Como se trataba de una cena privada, les habían

reservado el salón del segundo piso.

Alex y Paula esa noche fueron casi de los últimos en llegar. Cuando entraron en el local se habían propuesto que nadie se diera cuenta de que ellos tenían problemas y disimularon su dolor tras una cálida sonrisa. Tras anunciarse, les flanquearon la entrada y les indicaron que podían subir por el ascensor o por la escalera. Al subir al salón, los recibió un empleado, que recogió la gabardina de Paula. Un camarero les dio la

bienvenida y se les acercó con una bandeja con champán. Alex tomó una copa y se la pasó a Paula y se hizo con otra para él; luego, la guió para ir a saludar a los novios.

Jeffrey y su hermano se abrazaron sentidamente, después Alex también estrechó entre sus brazos a quien, a partir del día siguiente, sería su cuñada. Alison estaba radiante con un sencillo vestido de gasa plisada color manteca.

—Estás preciosa —la aduló Paula al saludarla y no

pudo dejar de ponderar el restaurante—: eligieron un hermoso lugar para la cena, es un ambiente muy neoyorquino, felicidades.

Los novios, que estaban muy solicitados, siguieron atendiendo al resto de sus invitados. Bárbara había visto desde lejos que su hijo y Paula habían llegado, así que se acercó a saludarlos.

—Hola, tesoro mío, estás muy elegante hoy.

—Gracias, mamá —le dijo Alex, besándola en la sien.

—Paula, corazón, estás deslumbrante —la halagó

Bárbara mientras la llenaba de besos.

—Gracias, Bárbara, vos no te quedás atrás. Estás despampanante.

—¡Bah! A mi edad, se hace lo que se puede; a esta altura del partido, sólo aspiro a parecer elegante.

—No seas modesta, tenés un físico privilegiado.

Bárbara sólo estuvo con ellos unos instantes, pues Joseph después de saludarlos se la llevó con él.

Amanda, que estaba atendiendo a sus abuelos, en cuanto acabó se acercó junto

con Chad. Con disimulo, se colocó al lado de Paula, que permanecía aferrada de la mano de Alex; él no tenía intención de soltarla.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo estoy? La verdad es que no sé qué contestarte, sólo sé que estoy de pie. No sé si ya lo sabías pero ellos tuvieron algo.

Amanda hizo un gesto con la boca pero no le reveló la verdad.

—Hemos decidido darnos una tregua por esta noche — prosiguió Paula— para no arruinar el momento de

Alison y Jeffrey. Luego hablaremos de nosotros. — Alex conversaba con Chad sin prestarle atención y, como ellas hablaban en un tono muy bajo, la música las tapaba.

—Me parece bien —opinó Amanda—, así se les calmarán los ánimos y podrán hablar con más tranquilidad. Intentá disfrutar de la noche y no dudes de que mi hermano te quiere. Esta tarde me llamó desesperado porque no sabía dónde estabas.

—Sólo salí a caminar y a

reflexionar. No pienso dejarle el camino libre a esa zorra, que de eso no te quepa la menor duda.

—Si lo deseás, podemos ir a almorzar un día de esta semana para charlar un rato.

—Gracias, Amanda. Desde que llegué a Nueva York, has sido una muy buena amiga para mí. De no ser por vos, me hubiese sentido en muchas ocasiones muy sola.

—¡Bah, tonta! Sos adorable y me caés muy bien.

—Vos también a mí.

Era el momento de disfrutar del banquete. Los invitaron a pasar y los cuarenta convidados empezaron a acomodarse en dos mesas largas. Paula y Alex se acercaron para ocupar sus lugares, aunque antes se aproximaron a saludar a Ofelia y a los abuelos Masslow. En ese preciso instante, advirtieron la presencia de Rachel, que estaba junto a sus padres, mientras hablaban con Joseph y Bárbara.

Paula se sintió incómoda pensando en la intimidad

que habían compartido ellos dos y experimentó cierta repulsión. Alex había advertido las señales que su cuerpo emitía y la abrazó y le besó el pelo.

—Te amo —le dijo al oído. Ella lo miró y le dio un casto beso en los labios; necesitaba marcar territorio, sabía que Rachel los miraba con una expresión fulminante en los ojos.

Paula elevó un agradecimiento silencioso al ver que no estaba en la misma mesa con ella. La habían situado con los

amigos, en su gran mayoría conocidos de ella también, así que pudieron disfrutar de una cena distendida, informal y en familia. Edward y Lorraine habían ido sin los mellizos y estaban disfrutando de lo lindo de la velada. Joseph y Bárbara aprovecharon la cena para entregar los regalos de boda a los novios. Jeffrey y Alison también intercambiaron los obsequios que cada uno tenía para el otro, como símbolo del maravilloso momento que estaban

viviendo. Los comprometidos estaban de muy buen humor, plenos y felices. No pararon de besarse durante toda la noche bajo la mirada orgullosa de sus familiares, que compartían con ellos la alegría que sentían.

Paula se enteró allí de que Alex y ella les habían regalado el viaje de bodas, cuyo destino permanecía en secreto para Alison. Ella los tentó de mil y una formas para que le revelaran el lugar, pero éste se mostró indiferente al acoso de su

cuñada.

—Yo no lo sé, sólo le pasé mi número de cuenta, lo juro. No tengo ni idea del lugar que mi hermanito eligió para llevarte.

—No te creo.

—Lo juro, cuñada, y, de saberlo, tampoco te lo revelaría —se burló él.

—Paula, decímelo vos, por favor —le suplicó carcomida por la intriga.

—Ali, es que no lo sé. Creo que este par no se arriesgaron a contármelo para que no flaqueara y te lo dijera. —Todos se rieron—.

Soy muy blanda, Alex lo sabe.

—No me consta esa cualidad, Paula, ¿o debo recordarte que me llevó dos meses y medio que me escucharas y que, si no hubiese sido por la indiscreción de mi madre, no sé si alguna vez lo hubieses hecho? volvieron a reírse y Alex, en ese momento, aprovechó para darle un sonoro beso en los labios, delante de todos.

—Me encanta la pareja que hacen —dijo Jeffrey, y Alison asintió.

—A mí también me encanta la pareja que hacemos —afirmó Paula.

—¡Y a mí, ni que decirlo! —aseveró Alex y le besó el pelo.

Cuando los futuros esposos se apartaron reclamados por otros invitados, Alex se disculpó con ella por no haberle dicho lo del regalo de bodas.

—Necesitamos comunicarnos más, Alex —añadió Paula como una pequeña reprimenda. Él condescendió con una caída de ojos y apretando los

labios. Odiaba que tomara decisiones sin consultárselo o, por lo menos, informarla.

En ese momento, Paula levantó la vista y vio que Rachel los observaba; entonces, sorprendiendo a Alex, se aferró de su cuello. «¡Es mío, idiota, que te carcoma la envidia!», pensó mientras la vigilaba con el rabillo del ojo y le dedicó una desagradable mueca que sólo ella advirtió. La miró con autosuficiencia. «¡Tomá, vení a mirarme ahora por encima del hombro! Ya no estoy en

desventaja, ya sé a qué atenerme con vos, zorrita, y Alex es todo mío. Este hombre me pertenece en cuerpo y alma y ni vos ni ninguna otra estúpida malintencionada puede quitármelo.» Saber que habían estado juntos la hacía sentir poderosa, e intentó transmitirle todos sus pensamientos con la feroz mirada que le dedicó.

La velada no se extendió demasiado, pues al día siguiente era la boda civil en casa de los padres de Alison, por lo que todos se retiraron

temprano. La gran ceremonia sería el sábado, un día después. Amanda y Chad se acercaron a despedirse y, entonces, las mujeres se apartaron con disimulo.

—¡Vaya! Debo felicitarte, la hiciste encabronar con esos besos y abrazos, el aire se cortaba entre sus miradas.

—¡Ja, ja! ¿Te diste cuenta? ¿Tan obvia fui? Que aprenda de quién es Alex, ni con el pensamiento puede atreverse a desearlo.

—¡Los hombres son tan maleables y se creen tan

machos...! Miro a mi hermano y no puedo creer el poder que tenés sobre él, estoy segura de que no sos consciente de eso y yo no sé si debería estar diciéndotelo —se carcajearon cómplices, pero Chad las interrumpió. Quedaron que Paula iría a almorzar durante la semana.

—No olvides pasarme los horarios y direcciones de las entrevistas.

—Tenés razón, lo siento, lo había olvidado. Invité a tu hermana a que nos acompañara a la papelería y a la empresa de iluminación,

¿le pasás las direcciones? —
le informó ella a Alex y él
miró a su hermana
calculando.

—Me imagino que no te
importa que vaya. —
Amanda se puso seria con su
hermano.

—No, mientras no le
metas ideas raras en la
cabeza. No queremos nada
ingenioso, estamos
planeando una boda
tradicional.

—Muy bien, hermanito.

Él no aguantó y le sonrió.

—Ven aquí, tonta, me
encanta que nos acompañes

—le confesó y le dio un abrazo y un beso—. Eres la dama de honor de Paula, ¿cómo crees que no voy a querer compartir este momento tan importante contigo?

—Así está mejor.

Cuando ya gran parte de la concurrencia se había marchado, ellos también decidieron irse. Heller los esperaba afuera. Paula estaba tan cansada que cuando el automóvil se puso en marcha un sopor se apoderó de ella y se quedó dormida. Alex intentó

despertarla para bajar, mientras le desabrochaba el cinturón, con voz tierna y susurrante:

—Vamos, mi amor, llegamos a casa. Dale, dormilona, ¿o voy a tener que cargarte en brazos hasta la cama?

Ella abrió los ojos despacio y se encontró con su novio inclinado junto a ella en el habitáculo del coche, sonriendo y acariciándole la mejilla.

—Lo siento, me quedé dormida.

Alexander le dio un beso

inocente en los labios y se apearon del vehículo, se despidieron de Heller y se internaron en el edificio.

Fueron directos al dormitorio. Paula estaba rendida tras la larga caminata y por todas las emociones pasadas durante la tarde, así que, sin pensarlo, se dejó caer de espaldas sobre la cama con los brazos abiertos en forma de cruz.

Alex se quitó la chaqueta y la dejó colgada en el galán de noche; luego se acercó arrodillándose a la cama.

—Dejame desvestirte para acostarte, parecés muy cansada —le susurró en el oído y le dio un tierno beso en el lóbulo de la oreja.

Paula se lo permitió y él, con sus hábiles manos, desató el nudo del cinturón de la gabardina y lo abrió. El esbelto cuerpo y las curvas perfectas de Paula podían intuirse bajo el vestido. Con la esperanza de que ella no se lo tomara a mal, le besó el vientre, luego la sentó y tironeó de las mangas para despojarla del abrigo. Paula se dejó caer nuevamente en

la cama y, entonces, Alex le quitó los zapatos y le sonrió mientras la contemplaba; estaba exhausta. Le masajeó la planta de los pies, para darle alivio; luego la puso de lado y le bajó la cremallera del vestido para quitárselo. Paula en corsé y en tanga era una verdadera tentación, pero debía contenerse, porque ellos aún se debían una conversación.

La metió en la cama y se fue en busca de una toallita desmaquilladora y una camiseta de tirantes, de las que ella a veces usaba para

dormir; se la colocó y metió sus manos por debajo de la prenda y le desabrochó el corsé para quitárselo. Había preferido vestirla antes, porque no creía poder resistirse a los pechos desnudos de ella. Luego se ocupó del maquillaje.

—No es tan fácil como parecía; realmente no sé cómo lo hacés, te estoy ennegreciendo más que limpiarte.

Ambos sonrieron. Luego Alex volvió a concentrarse en su tarea, tenía el mismo gesto lacónico que cuando

se afeitaba y a Paula le dieron ganas de comérselo a besos.

—Ya está, creo que quedaste bastante bien, ahora a dormir —la arropó con las mantas y ella se acomodó en la cama.

Alex fue a tirar la toallita desmaquilladora y, al rato, regresó en calzoncillos. Cuando estaba metiéndose en la cama, Paula, que estaba con los ojos cerrados y aferrada a la almohada, le habló un tanto adormecida:

—¿Puedo abusar de vos un poco más y pedirte agua?

—Creía que dormías...

Ahora te la traigo.

Le dio un beso en la mejilla y se fue a la cocina. Cuando volvió, Paula se sentó para beberla y él, mientras tanto, se deslizó a su lado en la cama y se quedó boca arriba esperando que ella se acostara para apagar la luz.

La intimidad de la oscuridad y el silencio de la noche los arropó. Sólo se oía la cadencia de sus respiraciones. Paula se puso de lado y se apoyó en su pecho; entonces él no dudó

en acunarla con su brazo y empezó a acariciarle el hombro con el pulgar dibujándole círculos.

—¿Cómo lo pasaste?

—Tu familia siempre se encarga de hacerme pasar momentos agradables: la compañía de ellos siempre es grata.

—¿Y la mía? —le preguntó Alex, que parecía un cachorrito desamparado. Aunque a Paula se le encogió el corazón, fue muy austera en su respuesta:

—Estuviste muy atento, gracias.

Un profundo silencio los rodeó y la noche se empezó a enfriar; se debían una conversación y Alex no quería dilatar más el momento:

—Sé que te había prometido que nunca más te haría llorar y, en menos de veinticuatro horas, rompí esa promesa. Lo hago todo mal, Paula, cuando lo único que deseo es amarte y hacerte feliz. Te amo, nena, vos sos mi vida, y si no te tengo mi existencia no tiene sentido. Ayer, cuando me di cuenta de que no estabas, casi me

vuelvo loco. No sabía dónde buscarte, estaba desesperado, incluso pensé en ir a la casa del corredor de bolsa para ver si estabas ahí.

—Lo siento.

Su hermosa mujer le decía que lo sentía y él, tras escuchar sus palabras, volvió a considerar que su sufrimiento nunca había sido tan merecido.

—No lo sientas, me he estado portando como un verdadero asno durante todo este tiempo.

—Dos no se pelean si uno

no quiere, Alex. También debo tener mi cuota de responsabilidad.

—No, vos no, vos sos siempre muy buena y comprensiva conmigo.

—Estoy asustada, Alex, todos estos días no paramos de pelearnos. Él le besó la coronilla—. No voy a decirte que haberme enterado de que vos y ella tuvieron algo no me haya afectado, porque no sería cierto Paula prefería no nombrarla—, pero también soy consciente de que no tengo derecho a reprocharte

nada porque vos y yo no estábamos juntos cuando estuviste con ella. —Alex quiso explicarle, pero ella no lo dejó—. Dejame hablar... También debo serte sincera y decirte algo que tengo atragantado. No entiendo cómo pudiste acostarte con ella si se suponía que todo el tiempo pensabas en mí. Yo no habría podido estar con nadie y, de hecho, no lo hice, sólo me di un beso inocente con Gabriel. Y vos te encargaste de hacer que eso pareciera más tortuoso y me hiciera sentir muy

culpable.

—Para él no fue inocente.

—Pero acá no importa lo que él sintió, sino lo que sentí yo. Además no pasó de un beso y, aunque él hubiese querido más, yo jamás hubiera permitido que siguiera avanzando. Vos, en cambio, te entregaste a los brazos de otra, mientras decías que no podías vivir sin mí y eso me da vueltas en la cabeza y me tortura. —Él la abrazó más fuerte todavía y emitió un sonoro suspiro—. De todas formas, supongo que habrás tenido

tus motivos; buscando una respuesta, lo único que se me ocurría es que pensaste que podrías olvidarme de esa forma, pero, como te dije, no tengo ningún derecho a reprochártelo. Vos y yo no estábamos juntos y ambos estábamos intentando olvidarnos del otro. No obstante, sí tengo derecho a reprocharte que no me hayas dicho la verdad; me sentí estúpida, Alex, y mermó mi confianza.

Él cerró los ojos y recordó a Rachel colgada de su cuello en la entrada del Four

Seasons y él luchando por zafarse de sus besos; habían dado la impresión de ser dos amantes discutiendo en la calle. Se odió porque Paula hubiera tenido que ver eso, sintió que había protegido más a esa mujer que a su novia y se sintió una basura. Ésta seguía argumentando:

—Todo el tiempo estuve en desventaja conviviendo con tu amante, ella me miraba por encima del hombro y yo no sabía por qué.

—Nunca le di motivos para que se sintiera con

derechos, y si me callé fue para que no te sintieras incómoda. Aunque lo pensé varias veces, no estaba en mi mano alejarla de la empresa. Mi padre jamás me lo hubiera permitido, y te juro que para mí también era incómodo. Por último, vuelvo a pedirte que no me digas que tuve algo con ella porque no fue nada y tampoco fue mi amante, con ella sólo fue... —No terminó la frase, porque no quería meter en la cabeza de Paula una imagen desagradable de ellos follando, aunque sabía

que probablemente ya lo había hecho—. Fue una gran estupidez de la que no me siento orgulloso, Paula. Sé que la utilicé y eso no me hace sentir más hombre, pero no cambiaría el hecho de habértelo ocultado, no me arrepiento de haberte intentado proteger, lo hice para no exponerte a una sensación incómoda cada vez que nos vieras trabajando juntos.

—No te preocupes. Aunque no lo sabía con certeza, ella se encargó de dármelo a entender con cada

gesto, y ahora me siento la más pelotuda de todas porque confié en vos, Alex. Quise creer en tus palabras y en que sólo era una cercanía provocada por la infancia compartida. Creí que sólo le gustabas, pero jamás me imaginé que vos y ella se hubieran acostado. Había elevado su tono de voz.

—Lo siento.

—Yo también lo siento. —
Se abrió otro silencio entre ellos.

—Te amo, Paula, nunca lo dudes. Jamás compartí tanta intimidad con nadie, nunca

conviví con otra mujer, ni siquiera con Janice. Mi relación con ella se pareció más a un amor de adolescentes caprichosos que nunca se dejaban en paz y en el último tiempo sólo me dediqué a ser su enfermero a tiempo completo. No sé cómo se convive con una pareja y, por lo que veo, no lo estoy haciendo bien. De hecho, vos sos mi primera relación madura y responsable; ayudame a encontrar el camino adecuado para que nuestras vidas encajen, nena.

Vivo por vos y para vos, y me equivoco, pero te juro que lo estoy intentando.

—Yo tampoco sé cómo se hace, Alex, tampoco conviví nunca con nadie. Toda esta intimidad que tenemos también es nueva para mí y quizá tampoco esté haciéndolo demasiado bien, pero si queremos permanecer juntos debemos encontrar un equilibrio y ¡basta de mentiras, por favor, Alex! —Ella levantó la cabeza y lo miró en la penumbra de la noche—. No me mientas nunca más por

favor. —Su temple se quebró y se echó a llorar en su pecho—. ¡Fue horrible ver cómo intentaba besarte!

—Chis, mi amor, pensá en los momentos hermosos que pasamos juntos. Dejá de imaginarte cosas desagradables, no llores, nena, por favor. Si no tengo ojos más que para vos... Mi corazón y mi alma te pertenecen y también mi cuerpo y mi voluntad.

Alex se movió y la dejó aprisionada bajo su cuerpo, cobijándola. La sujetó de la cara con una de sus manos y

con la otra le apartó el pelo; le secó las lágrimas y le besó los ojos, pero ella no paraba de llorar. Él la arrulló pacientemente, acariciándola y, cada tanto, la besaba con ternura en la nariz y en los labios enrojecidos por el llanto.

—Te amo, no llores, preciosa, te juro que te amo más que a mi vida.

—Lo siento, estoy sensible. No voy a mentirte, cuando vi que te abrazaba, mis demonios y mis fantasmas casi se apoderaron de mí.

—No me digas más que lo sentís, Paula, porque es culpa mía. No te disculpes más, por favor, no sos vos quien debe hacerlo, soy yo quien tiene que pedirte perdón hasta el hartazgo.

Alex se encargó de consolarla con paciencia. La abrazó muy fuerte contra su pecho hasta que se calmó, enredaron sus piernas y pegaron sus cuerpos tanto que, bajo las mantas, parecían una sola persona. Así se durmieron y así se despertaron, en perfecta conjunción.

Paula empezó a moverse, su móvil sonaba pero ella no podía despertarse del letargo. Al final se habían dormido muy tarde conversando. A manotazos, lo cogió del bolso de fiesta que descansaba encima de la mesita de noche y atendió:

—¿Hola? —contestó anestesiada por el sueño.

—Paula, lo siento, ¿te he despertado?

—¿Quién habla?

—Soy Gabriel, hola, linda.

—Cuando ella escuchó el nombre se despertó de golpe, se sentó en la cama y

se apoyó contra el respaldo.

—¿Cómo estás? Lo siento, no reconocí tu voz y no miré el número antes de atender.

—No te preocupes, parece que trasnochaste, son casi las once. Te llamé porque no pensaba encontrarte durmiendo.

—Sí, me acosté tarde, anoche fuimos a una fiesta.

—Bueno, parece que tenés una vida social muy activa. ¡Y yo que estaba preocupado creyendo que quizá podías sentirte sola en Nueva York...!

—Gracias —le contestó

ella tímidamente, mientras miraba dormir a Alex a su lado. Pensó en levantarse e irse a hablar a otro lado, pero luego pensó que era mejor hablar allí para que no hubiera malentendidos con Alexander.

—De nada, me atreví a llamarte porque no contestaste mi mensaje.

—Lo siento, Gabriel, lo iba a hacer, pero después se me pasó.

Alex, al escuchar el nombre que ella pronunció, se despertó de inmediato y se sentó en la cama.

Nervioso, se pasó las dos manos por el pelo y se fue al baño, pues desde allí también podía oír perfectamente.

—¿Sabés qué pasa, Gabriel? Estoy muy ocupada, porque ando preparando mi boda.

—¡Vaya, sí que me sorprendiste! Supongo que te arreglaste con tu ex.

—Sí, así es, estamos muy bien. Nos dimos cuenta de que somos dos almas gemelas.

—¿Es con quien te vi el otro día?

—Sí, con el mismo.

—No sabía que tu ex vivía acá en Nueva York. Nunca me lo dijiste.

—Tenés razón, creo que no te lo había mencionado.

—Ahora entiendo por qué no te fuiste.

—Sí, nos hemos reencontrado y, gracias a Dios, hemos arreglado nuestras diferencias.

—¡Vaya si las arreglaron! ¡Me estás diciendo que se casan! Qué pena.

Ella se quedó callada tras esa última insinuación.

—Bueno, Paula, creo que

entonces no tengo muchas oportunidades de pedirte que hoy almuerces conmigo. — Ella no supo qué responderle —. No te preocupes, no hace falta que me contestes; a buen entendedor, pocas palabras... ¿Puedo aspirar tan siquiera a un café alguna vez?

—Podríamos arreglarlo y que vinieras acá, a casa de Alex, a tomar un exquisito café, desde luego.

—Ah, entiendo —se carcajeó él—. De acuerdo, ¿me avisás?

—Claro, te aviso.

—Adiós, Paula.

—Adiós, Gabriel.

Ella se levantó de la cama y fue hacia el baño. Alex estaba frente al espejo lavándose los dientes, pasó y le besó la espalda. Él había escuchado todo en silencio y se sentía muy feliz.

—Buen día, *Ojitos*. —Su novio le sonrió al espejo, porque no podía contestarle. Cuando terminó fue a vestirse y, al volver, se topó con ella, la atrapó en su abrazo y la besó posesivamente.

—Buen día —le dijo y se

abrazaron muy fuerte, sin hacer ningún comentario acerca de la llamada.

Capítulo 29

LA llamada de Gabriel no les aguó el buen humor. Estaban en la cocina preparando el desayuno, Alex se encargaba del café, la leche y el zumo de naranja y ella de las crepes. Con habilidad y concentración, ella les daba la vuelta en el aire, animada por la situación y por el buen talante con el que había despertado esa mañana.

Alexander pasó por detrás y empezó a hacerle cosquillas. Ella reaccionó arqueando su cuerpo al instante, por lo que la masa fue a parar de lleno al suelo. Retorciéndose, Paula no paraba de reírse a pesar del desaguizado. Finalmente, Alex paró y, apresándola contra su cuerpo, le encajó un sonoro beso que ella correspondió con un entrañable abrazo. Luego, entre ambos, limpiaron el pavimento con servilletas de papel. Dispuestos a seguir preparando el desayuno,

empezaron a untar las crepes. Paula levantó la vista, vio a su novio concentrado en su tarea y, sin refrenar su tentación, le puso jarabe de arce en la punta de la nariz. Éste, en respuesta, le embadurnó el carrillo con chocolate fundido y, mancha va, mancha viene, la cocina muy pronto se convirtió en un desmadre. Terminaron pringados y revolcándose de forma apasionada por el suelo. Poco a poco fueron quitándose la ropa hasta quedar desnudos, untaron

sus cuerpos con jarabe de arce, chocolate y nata, y, lo que había comenzado como un tonto, terminó como un afrodisíaco juego de lametazos interminables.

Entregado a sus instintos primitivos y sobrepasado por la excitación, Alex la cubrió con su cuerpo experimentado y se metió en el hueco que Paula le abría entre sus piernas. Dirigió con habilidad su sexo sediento hacia el de ella y se enterró en su profundidad. Sedienta por la lujuria erótica que habían

construido, ella se aferró de sus nalgas y lo enterró con fuerza, hasta que sintió dolor. Alexander dejó escapar un rugido salvaje, ronco y rudimentario, y empezó a moverse.

—Te necesito así siempre —le dijo extasiado. Agonizaba de placer en cada embestida, dando rienda suelta a un fuego indomable que sólo podía ser apagado por Paula.

Sus cuerpos se frotaban desesperados; él entraba y salía mientras le succionaba los pechos con lascivia.

Paula se arqueaba y movía su pelvis para encontrarlo en cada acometida y gemía disfrutando del placer que le proporcionaba. Percibió una repentina sensación de ardor y estuvo a punto de correrse, pero estaba tan deseosa y anhelante por disfrutar de su hombre mucho más que lo apartó con un rápido movimiento y lo colocó de espaldas al suelo. Se subió sobre él para cabalgarlo y Alex se aferró a sus caderas mientras ella comenzaba a bambolearse sujeta a sus bíceps. Él la miraba con ojos

ávidos mientras se meneaba sobre él desenfrenada: le estaba haciendo perder la razón... Se inclinó para besarlo y ambos se devoraron con voluptuosidad. Alex le enterró los dedos en la carne de sus nalgas y se perdió dentro de ella. Tenía las piernas ligeramente flexionadas y con duras estocadas se hundía dentro de su sexo. La vagina de Paula envolvía su pene y lo arropaba. Estaban tan pringosos que entre ellos se formaban hilos de melaza,

pero nada les importaba, sólo querían consumirse de pasión y llegar al alivio, al éxtasis demoledor. Se corrieron juntos y, presos del placer, ambos gritaron sus nombres agónicamente y se dejaron ir. Se quedaron durante un rato de espaldas en el suelo. Alex fue el primero que se movió.

—Hum, demasiado empalagosa —le dijo mientras arrastraba su lengua por el cuello lleno de chocolate.

—Mmm, muy indigesto también. —Ella le chupó el

hombro, que chorreaba nata.

Ambos se rieron y se abrazaron con fuerza.

—Te amo, mi amor, no lo dudes nunca.

—Yo también, deseo que el tiempo pase muy rápido para convertirme en tu esposa.

—Sueño con ese día, muy pronto será realidad — admitió él.

—¿Sabés, Alexander Masslow, que nos acabamos de quedar sin desayuno?

—Yo degusté todos los sabores, no me quejo. —Se echaron a reír—. No quiero

ni imaginarme la cara de la señora Doreen si viera todo este desastre, menos mal que le dije que hoy no viniera.

—Vamos a tener que limpiar un poco.

—Nosotros también deberíamos asearnos, esto es un pegote.

—Un emplaste delicioso.

Él asintió con la cabeza mientras le ofrecía una sonrisa y le daba un beso en la nariz.

—Te invito a almorzar fuera.

—Me parece perfecto. ¿Por dónde empezamos?

—Creo que lo más lógico es empezar por nosotros.

Entraron en el baño abrazados y se metieron en la ducha. Paula le mojó el pelo y se lo lavó de puntillas, pues su metro sesenta y tres no podía competir con el metro noventa de Alex. Él no podía estarse quieto y en todo momento buscaba los glúteos de ella y se los apretaba.

—No puedo lavarte así — se quejó.

—Hum, es que sos irresistible.

—Si no te estás quieto, te va a entrar jabón en los ojos.

—De acuerdo, los cierro bien fuerte.

—Tramposo, lo que se suponía que tenías que hacer era soltar mis nalgas.

—Tengo un problema, Paula, mis manos no responden a las órdenes que les envía mi cerebro, sólo buscan tu culo.

Se carcajearon y ella le estampó un beso en la boca. Después de enjuagarle el pelo, Paula puso jabón en la esponja y se dedicó a lavarlo.

—¡Qué exquisita! Sos muy atenta lavándome.

—Es que tu cuerpo me pide atenciones.

—¿Ah, sí? Y, aparte de darle un baño, ¿qué otras atenciones quisieras ofrecerle? —Ella bajó la mirada—. Hey, ¿por qué esa timidez? —se extrañó Alex.

—No sé, decirlo es muy diferente a hacerlo.

—Vení acá. —Él la tomó por la barbilla y le dio un beso—. No tenés que sentir timidez conmigo, esto que tenemos es lo que hace que nuestra relación sea única.

Además, me encanta que te expreses en todo momento y no sólo cuando estamos haciendo el amor —se acercó a su oído—, sabés que me calienta mucho. —Volvieron a besarse—. Ahora es mi turno, dejame retribuirte la atención y que te lave.

Alex le enjabonó muy bien su larga cabellera morena y, tras darle unos masajes que hicieron que la joven soltara unos gemiditos, la situó bajo el chorro de agua y la enjuagó. Después, le frotó el cuerpo con expertas pasadas

para terminar de sacarle el pringue.

—¿Me viste bien, Alex? Soy insignificante a tu lado.

—¿Qué? ¿Me estás hablando en serio? —La miró sorprendido por la pregunta—. Sos la mujer más sensual y bella que he visto en mi vida y la más inteligente. Lo que me acabás de preguntar es un chiste, ¿verdad?

—No, no llego a tu altura ni en tacones.

Alex se carcajeó.

—¡Decís cada bobada!

Paula se aferró a su cuello

y le habló al oído:

—Quiero tu pene nuevamente dentro de mí.

Al escuchar las palabras de Paula, la erección de Alex fue casi instantánea. Su sexo estuvo listo ipso facto y con la solidez de una roca, su mirada se oscureció y sus manos no pensaron en otra cosa que no fuera recorrerle el cuerpo. Enredaron sus lenguas intrincadamente una y otra vez. Él le abarcó la espalda con las manos, la envolvió por completo con su cuerpo, le acarició los muslos, le recorrió las nalgas

y se las apretó con fuerza y posesión, mientras le besaba el cuello. Le dio la vuelta, levantó sus brazos para apoderarse de sus senos y le pellizcó los pezones hasta hacerle escapar un quejido. De repente, Paula se apartó de sus caricias y se apoyó en la pared opuesta, mordiéndose los labios en actitud lasciva. Le miró el pene deseosa, levantó su mano y atrapó su erección, lo acarició con movimientos de idas y vueltas, una y otra vez, hasta que él la detuvo, a punto de perder la cordura.

Pero Paula no estaba dispuesta a ceder, se acuclilló y lo tomó con su boca, le rodeó el glande con la lengua, se la pasó de arriba abajo por el tronco y lo saboreó por completo. Luego metió su lengua en el orificio para atrapar el líquido preseminal que salía de él, volvió a engullirlo extasiada y lo sacó de su boca. Alex estaba hechizado con su felación y Paula, con todo el poder del que se sabía dueña, se lo bebió entero. Sin más dominio ante su ataque, se enterró en

ella mientras eyaculaba, asiéndola del pelo.

—Vení acá, preciosa. —

Aún estremecido, la hizo poner de pie y la besó probando el sabor de su semen.

Sin separarse de sus labios, la levantó de las nalgas y la orientó sobre su sexo, que seguía envainado. Paula rodeó su cintura con las piernas mientras se colgaba de su cuello y él se enterró sin más preámbulos, muy profundo en ella. La bajó despacio y dejó escapar un quejido. Entonces

empezaron a moverse, Alex la apoyó contra la pared y comenzó a embestirla cruelmente, sin pausa ni descanso.

—¡Alex —gritó ella—, voy a correrme!

—Hacelo, preciosa, hacelo.

Siguió irrumpiendo con su sexo en su vagina, cautivo de la lujuria, y Paula se corrió tironeándole del pelo. Pero Alex quería brindarle más placer, anhelaba que llegara a otro orgasmo más aplastante que el anterior, así que, sin parar, siguió

excavando en ella, arremetiendo con el pene en su interior hasta que empezó a sentir que ella volvía a contraerse.

—Así, nena, así. Disfrutá de todo el placer que puedo darte.

—Te amo, Alex, te amo, mi amor.

Como un avión en una pista de exhibición que va en caída libre, se entregaron al placer, descendieron al infierno y ascendieron al paraíso que sus cuerpos conectados les entregaban. Despojados de todo sentido,

Alex se vació tembloroso en ella y se quedó quieto y hundido en su profundidad.

Sin aliento ni fuerzas, la bajó despacio. Ella se apoyó contra la pared y él contra su cuerpo, con la cara hundida en su cuello. Cuando el ritmo de sus respiraciones se tranquilizó, él la tomó en brazos y la guió bajo el chorro de agua para aliviar el cansancio, y salieron.

Entre los dos, limpiaron el desorden de la cocina, y luego se fueron a almorzar.

La primavera estaba muy próxima, pero el frío aún se

hacía sentir en Nueva York, aunque ese día pintaba cálido y acogedor en las calles de Manhattan. Provistos de sendas gafas de sol, se cogieron de la mano y salieron a caminar.

—Te llevaré a que disfrutes de la más exquisita comida italiana de la ciudad, en un lugar que queda muy cerca.

—Genial, mi amor, el día está precioso para pasear.

El restaurante quedaba a sólo cinco manzanas. Felices y exultantes, llegaron a Lupa, una auténtica *trattoria*

romana en Greenwich Village, con un ambiente romántico y festivo donde se capturaban a la perfección los sabores y la atmósfera de la Toscana.

—Pasá. —Alex le abrió la puerta y la invitó a entrar. Los recibió el encargado de la recepción.

—¿Cómo anda, señor Masslow? Señora —la saludó el hombre con una reverencia—. Buenos días, su mesa ya está lista, acompañenme por aquí, por favor.

Alexander había

aprovechado, mientras esperaba que Paula terminara de arreglarse, para llamar al local y cerciorarse de que había mesas libres.

—Vas a ver lo bien que se come acá. Aunque no sea el más lujoso, éste es uno de mis restaurantes favoritos del país —le explicó Alexander mientras acariciaba su mano. El sumiller se acercó con la carta de vinos pero él la rechazó, porque sabía muy bien lo que iba a pedir, una botella de Veltliner Manni Nossing de 2010 y un agua

con gas.

Cuando les trajeron el menú, Alex le cedió a Paula el placer de elegir la comida.

—Pedí vos, por favor, Alex. Estoy segura de que sabrás muy bien con qué sabor sorprenderme.

—De acuerdo, preciosa, si lo preferís.

—Me pongo en tus manos, confío en vos.

—Gracias —agradeció él arqueando una ceja—. Lo que acabás de decirme es muy importante.

—¡Tonto! Te amo.

Alex pidió, para empezar,

un entrante de escarola, nueces, cebolla roja y queso pecorino, acompañado de jamón de Parma. ¡Ah!, estaba exquisito y, como no habían desayunado, lo devoraron.

—Hum, creo que después de una mañana de sexo, esto es lo que necesitaba: una buena comida con mi amor.

—Se me ilumina el alma oyéndote hablar así — confesó ella con una sonrisa alborozada—. Alex, ¿te pusiste a pensar que, hasta hace poco más de dos semanas, nada parecía

posible entre nosotros y ahora estamos planeando una boda?

—Una boda inolvidable, tan grande como nuestro amor.

—Gracias por hacerme tan feliz.

—¿Aunque sea un necio que te hace llorar cada dos por tres?

—Chis, no recordemos eso, miremos hacia adelante —lo miró fijamente y aseveró—: Siempre hacia adelante.

—Si es junto a vos, miraré siempre en esa dirección.

El camarero los interrumpió para traerles el siguiente plato, unos espaguetis a la carbonara que estaban para chuparse los dedos. Alex siempre tenía muy buen apetito, pero ese día necesitaba reponer energías después del esfuerzo en la ducha.

—Alex, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Qué pregunta es ésa? Es obvio que podés preguntarme lo que quieras —se extrañó él y no pudo evitar ponerse alerta. ¿Qué querría saber Paula que no

se atrevía a preguntarlo así, sin más? Dejó su tenedor y le prestó atención; ella se había puesto muy seria.

—¿Pudiste averiguar alguna vez quién hacía las llamadas anónimas a mi teléfono?

Alex le cogió una mano mientras volvía a llenar las copas con vino; ella estaba esperando una respuesta.

—No, Paula, lo siento, y eso es algo que me debo, aunque mucho más a vos, preciosa. Nunca pude enterarme, porque siempre fueron hechas desde

teléfonos desechables en diferentes puntos de la ciudad que jamás pude relacionar con nadie conocido.

—Después de que nos separásemos, llamaron algunas veces más, pero yo le expliqué hasta el cansancio que no me molestasen porque no tenía nada más contigo. Al poco tiempo cesaron.

—¿Aún conservás los números?

—No, Alex. En aquel momento ni me preocupé en guardarlos. Por esa época,

sólo quería que todo lo que se relacionaba con vos desapareciera. Él esbozó una mueca lamentándolo.

—Nena, hay gente que aún está encargándose de eso, nunca lo dejé de lado. A mí, más que a vos, me interesa saber quién era.

—¿No pudo haber sido Rachel?

—No empieces con ella otra vez, Paula. Sé que no es santo de tu devoción pero no me la imagino haciendo eso. Además, en aquella época no había pasado nada entre ella y yo.

—Está bien, está bien, no quiero detalles que me hagan imaginar cosas, no después de lo de esta mañana.

Los ojos de Alex se oscurecieron con su comentario. Ambos recordaron la intensidad de lo vivido y el deseo renació y despertó de nuevo su erotismo. Él atrapó la mano de Paula, que, nerviosa por sus pensamientos, se bebió el vino de un tirón.

—Tranquila con el vino, nena, te juro que con lo que se me está ocurriendo en

este momento como menos te prefiero es enajenada.

Ambos sonrieron reflotando la magia entre ellos que alejaba cualquier nubarrón.

—Acordate de que todavía tenemos pendiente un encuentro en el baño de un restaurante. Yo aún espero que te animes.

—¡Alex! —lo amonestó ella y se sonrojó.

—¿Qué? Me lo debés y sabés que soy muy testarudo y no pararé hasta conseguirlo.

—¿Lo hiciste alguna vez

en un lugar así?

—¿Te contesto con la verdad o te digo lo que te gustaría escuchar?

—¡La verdad, siempre! — le respondió Paula con total seguridad—. Es lo que nos prometimos anoche, ¿te acordás?

—En un restaurante nunca, pero algún que otro baño semipúblico se podría decir que he visitado.

Ella amó su sinceridad, consideraba que su pasado le había dado la experiencia que atesoraba para amarla como la amaba y para

hacerla gozar de mil y una maneras diferentes. Su hombre era un gran amante, pensó y, mientras revolvía sus espaguetis, calculó que quizá entre una de esas mujeres a las que él había hecho gozar debía de estar quien la había acosado por teléfono, alguien que no lo olvidaba. Paula sabía muy bien que Alexander Masslow era un hombre inolvidable. Intentó alejar sus pensamientos, porque no le apetecía imaginarlo en la cama con nadie. Se llevó el tenedor a la boca e intentó

seguir comiendo y también cambiar de tema. Preguntó por la fiesta de la noche y consiguió distenderse. Finalmente, terminaron hablando de su boda. Paula le contó a Alex que su hermana la estaba ayudando con la elección del maquillaje y que le había pasado algunas direcciones para ir a ver vestidos de novias. También le contó que quería ponerse de acuerdo con su madre y su cuñada para intentar que pudieran ir hasta Nueva York para acompañarla en

esa elección.

—Mi amor, te prometo que la semana que viene viajamos a Mendoza; no quiero esperar más para conocer a tu hermano y, además, estoy muy intrigado por ver esos viñedos.

—Ay, Alex, te aseguro que te encantará San Rafael.

—No lo dudo y más si voy con vos.

Almorzaron disfrutando de la charla y la comida en aquel ambiente sencillo y animado, que emulaba con precisión las hosterías de los pueblos pequeños en Italia.

—¿Querés tomar un café?
El *macchiato* de acá no tiene desperdicio.

—¡No, Alex, por Dios!
¡No me entra nada más!
Menos mal que vamos a volver caminando a casa, necesito que me baje toda esta comida o creo que esta noche no me entrará el vestido.

Alex largó una risotada.

—¿Lo pasaste bien?

—Exquisitamente bien, el almuerzo de hoy me recordó mucho a los que compartíamos en Buenos Aires; me encanta este lugar

tan natural.

—Y a mí me encantás vos.

—Adulador.

Alex se estiró por encima de la mesa y pescó sus labios.

—¿Te querés ir ya? —le preguntó él.

—Sí, aprovechemos el sol para caminar un poco por el barrio, ¿tenés ganas?

—Contigo al fin del mundo.

—¡*Ojitos*, decís cada cosa!

—Es cierto, tengo que reconocer que me ponés cursi, pero me encanta ser así con vos —admitió, y

volvió a besarla.

—Voy al baño, enseguida vuelvo.

—De acuerdo, me quedo pagando, así nos vamos cuando regresás.

Paula entró al baño, que era muy pulcro y coqueto, se acercó al espejo y se retocó un poco el pelo. Cuando estaba a punto de entrar al escusado, casi dio un brinco al ver a Alex reflejado en el espejo.

—¿Qué hacés acá?

—Cumplo mis fantasías. ¿Hay alguien más? —le preguntó entre dientes y ella

negó con la cabeza. Entonces la tomó de la cintura y la empujó adentro de uno de los escusados. Trabó la puerta y se quedaron encerrados en el cubículo, nadie podía ver quién estaba en su interior.

—¿Estás loco?

—Sí, loco por vos y no puedo esperar a llegar a casa, sos mi obsesión.

Le saboreó la boca mientras le desabotonaba el pantalón y le bajaba la cremallera. Introdujo su mano bajo el tanga: Paula estaba tan mojada que eso lo

puso más duro aún.

La respiración de ambos empezó a entrecortarse, la excitación fue casi inmediata. Le bajó los pantalones hasta la rodilla y la hizo ponerse de cara a la pared; le acarició las nalgas, se agachó y le pasó la lengua por ellas. Apartó su ropa interior y le pasó el dedo corazón de arriba abajo recorriendo su sexo, hasta que lo perdió dentro de su vagina. Ella emitió un gritito y él la amonestó en el oído con un leve susurro.

—Chis, mi amor, puede

entrar alguien.

Paula, que hasta hacía unos segundos se había sentido insegura de lo que estaban haciendo, estaba en esos momentos tan encendida que nada le importaba.

Alexander entró y sacó su dedo varias veces moviéndolo y tentándola. Paula estaba expectante y oyó el ruido de la cremallera de los pantalones de su novio. Entonces se dio la vuelta para ver sus ojos azules, que casi estaban negros, y lo encontró firme y

preparado. Sin tiempo para preámbulos, le introdujo el pene en la vagina y se enterró profundamente. Ella arqueó su cuerpo para atrapar su boca, por lo que comenzó a moverse con mucha precisión, recorriendo sin medida el interior de su sexo mullido y caliente.

Era tal el frenesí que sentían que, después de unas cuantas embestidas, ambos estaban preparados para culminar en un orgasmo conmovedor. Alex vertió en ella una simiente que no

paraba de manar y Paula recibió su elixir con una oleada indescriptible de placer. Tras volver al presente, se sintió tímida y un tanto sofocada. Se limpiaron con papel rápidamente y se colocaron bien la ropa.

—Tranquila, te aseguro que nadie se dio cuenta, confiá en mí, jamás te expondría a que alguien pensara cosas indecentes de vos. Todo fue muy rápido, mi amor —ella asintió mientras terminaba de arreglarse—. Ahora salí y te

fijás que no venga nadie, así puedo escabullirme.

Paula echó un vistazo y, por suerte, vio el pasillo despejado. Entonces Alex se escurrió por la puerta mientras se pasaba la mano por el pelo. Ella esperó unos segundos y después salió. Él volvió al salón, retiró su tarjeta del mostrador, se puso el abrigo y tomó el de Paula. Llegó acalorada y tímida, se puso la chaqueta con la ayuda de Alex y se encaminaron hacia la salida.

—¡Que tengan un muy buen día! Señor Masslow,

señora, los esperamos muy pronto —el encargado se despidió de ellos y salieron del local.

Cogidos de la mano, caminaron unos metros hasta alejarse un poco y empezaron a desternillarse de risa. Él la abrazó en medio de la calle y la besó tan cargado de sentimiento, que todos los que pasaban junto a ellos se giraban a mirarlos.

—No puedo creer lo que acabamos de hacer, Alex —dijo Paula y se tapó la cara avergonzada.

—¿No te gustó?

—¡Me encantó! ¡Me encantó! ¡Por Dios, estamos locos!

—De remate —añadió él.

—¿Cuándo repetimos?

Ambos se carcajearon y él la levantó en el aire y la hizo dar vueltas.

—Cuando quieras, mi amor.

Alex estaba junto a la ventana del salón mirando hacia la calle. Tenía una mano metida en el bolsillo del pantalón mientras hablaba por teléfono. Ya

estaba listo y muy apuesto, enfundado en su traje de Armani y con una camiseta de seda fría negra. Paula quería sorprenderlo, así que le había pedido que se cambiara en otra habitación y, ahora, estaba esperándola pacientemente. Maroon 5 sonaba en el equipo de sonido, con su famoso tema *Crazy little thing called love*.

En el mismo momento en que empezaron los acordes, Paula apareció en el salón. Alex se volvió. Al verla venir, su corazón empezó a latir con fuerza, porque ella

estaba despampanante. Sin embargo, lo que más le gustó fue saber que aquella belleza era su mujer. Cortó rápidamente la llamada y salió a su encuentro, la cogió de una mano y la hizo girar mientras la devoraba con los ojos. En ese momento, Alex se asustó un poco, porque no podía dejar de pensar, constantemente, en hacerle el amor.

Parecía una musa, metida en ese vestido negro de varias capas de gasa en la falda y con escote palabra de honor, con un bordado de

lentejuelas en todo el canesú. Estaba elegante y sexy a la vez. Las finas medias negras hacían que Alex se calentara con sólo mirarla y los zapatos de Louboutin, que ya se había convertido en su diseñador favorito, con unas correas cruzadas en el empeine y unos tacazos de veinte centímetros, le daban aún más morbo.

Alex se acercó a su boca y sin importarle el brillo de labios, se los devoró. Entonces se sintió tentado de bailar con ella, así que la

animó a seguirlo al ritmo del rock. Era tan buen bailarín que era muy fácil seguirlo. Después de un giro la atrapó entre sus brazos y le cantó:

Crazy little thing called love

There goes my baby

She knows how to

Rock'n'Roll

She drives my crazy

*She gives me hot and cold
fever*

*Then she leaves me in a cool
cool sweat*

I gotta be cool relax get hip!

Alex estaba exultante.

Ahora todo estaba en orden entre ellos. Ella también se

sentía feliz y amada por un hombre al que adoraba. Estaba segura de sí misma y de todo cuanto la rodeaba. Ahora tenía claro que no había ningún secreto entre ellos y que nada ni nadie podría separarlos.

Volvieron a besarse. Su hombre se convertía en una máquina candorosa en contacto con su boca, pero, si no paraban ahí, terminarían descontrolados y avasallados por esa necesidad que sentían mutuamente. Sin embargo, ninguno parecía estar

dispuesto a ponerle fin. Alex había levantado su falda y le acariciaba el encaje de seda de las medias hasta que encontró el ligero. En ese momento, pensó que tal vez un polvo rápido fuera una buena opción: sólo tenía que correrle el tanga, estaban junto al sofá y la imaginó de pie tras el respaldo y apoyada en él con sus pechos. Sin intentar contenerse, siguió acariciándole los muslos hasta que llegó al nacimiento de su redondo y mullido trasero.

—Nena, tu culo es perfecto —le dijo sobre los labios.

Ascendió con sus caricias y con el dedo corazón le recorrió la separación de las nalgas sobre el tanga. Fue en ese preciso instante cuando su móvil vibró en el bolsillo, rompiendo la magia del fogoso encuentro. Se apartó de ella y apresó el móvil, miró la pantalla y, levantando el dedo índice, le ordenó a Paula que lo esperase.

—Heller.

—Señor, ya estoy abajo

esperándolos, podemos irnos cuando lo deseen.

Alex miró la hora y maldijo para sus adentros, pues iban con el tiempo justo.

—En quince minutos bajamos, gracias. Lo siento, nena, tendremos que dejar nuestras caricias para cuando volvamos, ahora no tenemos tiempo.

—Estaré esperando ansiosa la hora del regreso —la audacia de Paula lo calentó mucho más.

—Creeme, mi amor, que de no tratarse de mi hermano

y de no ser yo uno de los testigos, realmente no me importaría llegar tarde —le confesó con resignación.

La guió de la mano hasta la mesa baja del salón, donde tenía preparada una botella de La Grande Dame, la levantó de la cubeta y se la enseñó a Paula. Ella la reconoció de inmediato y sonrió, mientras movía la cabeza incrédula. Él sirvió una copa para cada uno.

—Para recordar el día en que nos conocimos —dijo él con solemnidad, chocó su copa con la de ella y le

guiñó un ojo.

—Nunca dejarás de sorprenderme, Alex, y yo, en cambio, lo hago tan poco. — Alex abrió los ojos como platos.

—¿Y qué es lo que acabás de hacer hace unos instantes? Esa aparición tuya vestida así. —Volvió a recorrerla con la mirada—. Casi se me para el corazón, Paula, cuando te vi entrar. Saber que elegiste ese vestido para mí me llena de orgullo.

—Gracias por ser tan atento y por ser tan... Alex.

Él sonrió con su mueca de perdonavidas que la desarmaba.

—¿Soy muy Alex? — bromeó.

—Sí, muy Alex.

—¿Y eso cómo se traduce?

—Sos lindo por fuera y exquisito por dentro.

Tomaron la rampa para incorporarse al túnel Lincoln. Alex estaba aferrado a la mano de ella, que miraba distraída el paisaje. Se la comía con los ojos y, cuanto más la adoraba, más regocijo sentía.

Paula se volvió, lo miró y se sintió dichosa, alabada por su amor e hipnotizada por ese sentimiento que cada día se hacía más fuerte entre ellos.

—Te amo.

—Yo más, mucho más.

—Ya te dije varias veces que no se puede amar más de lo que yo te amo — insistió ella.

—Cierto, lo había olvidado —contestó él y se rieron.

El viaje fue muy corto, porque la casa familiar de Alison quedaba muy cerca,

en Nueva Jersey. Heller aparcó el automóvil en la entrada de la casa de paredes blancas y techo de pizarra negro, emplazada a orillas del Hudson. Luego bajó y le abrió la puerta a su jefe para que descendiera, Alex se abrochó la chaqueta, cruzó unas breves palabras con su empleado y rodeó el Audi por detrás para ayudar a Paula a salir. La rodeó por la cintura, le dio un beso en la mejilla y la guió hacia la entrada.

Un fotógrafo y un cámara que estaban ahí apostados

tomaron algunas imágenes de su llegada, y ellos posaron gustosos, mostrándose muy felices. Después entraron en la exquisita casa de estilo europeo.

—¡Qué hermosa vivienda!
—exclamó Paula.

El personal a cargo de la ceremonia civil los recibió en el vestíbulo, les preguntaron sus nombres y los hicieron acompañar por otra persona hasta la estancia donde se realizaría la ceremonia. Desde la misma entrada a la

residencia, numerosos jarrones con flores indicaban que lo que allí se celebraba era una boda. En la biblioteca se habían dispuesto banquetas doradas, cuyos respaldos estaban adornados con exquisitos ramilletes de rosas. Tanto Bárbara y Joseph como los padres de Alison les dieron la bienvenida. El acto iba a ser muy íntimo, sólo para los que habían cenado con la pareja el día anterior, pero todo estaba preparado con un excelente gusto. Poco a poco, los lugares se fueron

llenando y, cuando ya todos estaban colocados, ingresó la magistrada precedida por los novios. La ceremonia fue corta pero muy emotiva; finalmente dieron el sí y fueron declarados marido y mujer ante las leyes de Estados Unidos de América.

Vitoreados por todos sus familiares y amigos, Alison y Jeffrey se mostraban muy felices.

—¿Emocionada?

—Sí, mi amor, desde ya sintiendo nuestra boda en la piel.

—Uf... me estaba

imaginando lo mismo —
confesó Alex.

Tras las firmas en el libro de actas de todos los testigos y de los contrayentes, la jueza dio por concluido el acto y los novios se besaron, compartiendo con todos su infinita felicidad.

La tarde había empezado a caer sobre el río Hudson y, a través de los ventanales que ofrecían una exquisita vista de la ciudad de Nueva York, se podía observar el ocaso. Se repartieron cócteles y aperitivos para todos los presentes y el ánimo festivo

en la casa se encendió aún más.

Alex dejó a Paula con Edward y Lorraine durante unos breves instantes, pues Joseph lo había reclamado. Minutos antes, los cuatro habían estado riéndose a carcajadas mientras le contaban a la argentina el día en que Jeffrey le había pedido matrimonio a Alison en el Belaire. El pobre, por los nervios, había confundido la caja del anillo con una de preservativos que tenía en su bolsillo; sólo a él podía pasarle algo así.

Cuando los tres se quedaron solos, sonó el teléfono de Edward; era la niñera para avisar que uno de los niños estaba con unas décimas de fiebre, así que se disculparon con Paula y se marcharon.

Mientras esperaba que Alex regresara, se acercó a uno de los ventanales para mirar las luces de la ciudad a lo lejos. En ese momento, sintió que alguien se paraba a su lado, ladeó la cabeza creyendo que era su novio, pero se encontró con Rachel.

—Se te ve muy feliz,

parece que la vida te sonrío
—le dijo ésta con cinismo.

Paula la ignoró, porque no pensaba entrar en su juego. La muy zorra la estaba provocando, pero ella no iba a descontrolarse otra vez. Miró a su alrededor para buscar a Alex, pero no lo encontró.

—Te sentís una triunfadora, ¿verdad? Y, además, te creés con derecho a mirarme mofándote. ¡Pobre trepadora!, pronto se te quitará la sonrisa burlona de la cara. No sabés con quién te metiste. ¿O

pensabas que me había asustado con tu estúpida advertencia en el baño del hotel? Mi querida, Alex, tarde o temprano, será mío. Es nuestro destino, siempre lo fue.

Paula la miró fijamente, mientras valoraba si la molía a palos allí mismo o la arrastraba de los pelos hasta afuera para hacerlo. La muy hipócrita sonreía como si ellas fueran las mejores amigas, cuando, en realidad, lo único que estaba haciendo era enseñarle los dientes. Contó hasta diez para

contenerse y no montar un escándalo, pero sintió que ya no se aguantaba y estaba a punto de contestarle cuando Rachel se giró por sorpresa y la cogió de la mano.

—Gracias, Paula, por aceptar mis disculpas —le dijo ella.

Alex había llegado justo a tiempo para oír ese falso arrepentimiento; era precisamente lo que ella pretendía que él escuchase. Paula entendió lo cínica que era y, de no ser porque Ofelia también se había acercado, le hubiera cantado

las cuarenta delante de él. Intentando mostrarse entera, decidió callarse y seguir su juego, le sonrió tímidamente y luego Rachel se marchó. Al poco rato, Paula ya se había relajado otra vez; estaban demasiado bien como para prestar atención a las palabras de alguien tan resentido. Consideró que Rachel no podría hacer nada y, mucho menos, quitarle a Alex.

—¿Pasa algo? —le preguntó éste mirándola a los ojos.

—No, nada, mi amor.

Lorraine y Edward se fueron porque Liam estaba con fiebre.

—Sí, acabo de enterarme, me estaba contando Ofelia.

—Seguro que no es nada, sólo tenía unas décimas, los críos son así, lo que pasa es que uno siempre se alarma más de la cuenta —explicó el ama de llaves.

Ya entrada la noche, después de infinitos brindis por los recién casados, los invitados empezaron a retirarse. Al día siguiente era la gran fiesta en el Four Seasons y pintaba ser un día

de locos.

Heller los llevó de regreso al apartamento y bajaron riéndose, abrazados y besándose. Alex abrió la puerta del edificio y desaparecieron adentro. Rachel estaba estacionada en la acera de enfrente, casi en la esquina, y nadie había advertido su presencia. Desde la penumbra de la noche, los observaba furiosa aferrada al volante de su Mercedes. Verlos tan juntos la trastornaba y, aunque quería mostrarse fuerte, las lágrimas la traicionaban. No

podía creer que Alex se mostrara tan feliz con esa trepadora, el dolor de sentir que lo perdía se estaba tornando insoportable y no iba a permitirlo. Necesitaba terminar con ese calvario y, para ello, necesitaba quitarla del camino.

—Mi amor, ¿por qué me haces sufrir de esta forma? Yo debería ser quien estuviera subiendo contigo, ese lugar es mío —dijo golpeando el volante—. No entiendo por qué siempre te gustan esas astutas sin estilo. Sorbió—. Pronto estaremos

juntos otra vez, te lo prometo, yo voy a hacer que nuestros sueños se hagan realidad.

Capítulo 30

EL reflejo de la luz de la calle que entraba por la ventana del dormitorio reverberaba en los cuerpos desnudos de los amantes que se contorneaban embrujados por la pasión. Encandilados por ese fuego indómito que los abrasaba, se abandonaban al fragor de los besos que sólo podían serenar con la mixtura de sus fluidos.

Alex estaba de espaldas con ella sobre su cuerpo, y su sexo aún dentro de Paula, a la espera de tranquilizar sus resuellos. Le acariciaba la espalda para serenarla y ésta, en determinado momento, levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Es normal esto que nos pasa, Alex?

—No sé si es muy normal, sólo sé que me encanta, me tenés... ¿cómo era esa palabra? ¡Ah, sí, ya me acordé! Me tenés atarantado.

La joven se carcajeó recordando que ella se lo

había dicho en Buenos Aires y lo amó mucho más porque no olvidaba ningún detalle del idilio que habían vivido en su país. Salió de encima de Alex sin muchas ganas y se fue hacia el baño. Él la siguió y le dio una tierna palmada en el trasero por el camino. Cuando regresaron a la cama cayeron exhaustos y, abrazados, se durmieron.

Por la mañana, Paula se despertó, estiró su mano y notó que la cama estaba vacía: Alex no estaba a su lado. Buscó a tientas el reloj de la mesilla y miró la hora:

eran poco más de las ocho de la mañana. Se sentó y se desperezó, le dolía todo el cuerpo y tenía punzadas en el vientre, a causa de que el día anterior habían tenido sesión de sexo continuada. Se cubrió la boca con una sonrisa al recordar el episodio del restaurante, se apoyó en el respaldo y extendió su mano para admirar su sortija de boda. Se sentía inmensamente feliz, muy pronto sería la «señora Masslow».

Alex era el hombre que toda mujer deseaba

encontrar en su camino: bello, exitoso, sensual, caballeroso, era el mejor de los amantes, y mucho mejor persona, además de un muy buen hijo. Increíblemente por tanta felicidad, se pellizcó para tener la total seguridad de no estar soñando.

Se rebulló en la cama y pataleó gozosa; tenía ganas de ponerse a gritar de alegría. Retiró las mantas y se puso de pie. Volvió a desperezarse, luego buscó una bata en el vestidor y salió hacia la cocina. Alex estaba sentado a la mesa del

comedor leyendo el diario; un fuerte aroma a café recién hecho la invadió.

—Preciosa, ¿te despertaste? Iba a llevarte el desayuno a la cama.

Paula se paró a su lado y se inclinó para tomar entre sus manos el maravilloso rostro de su hombre y darle un beso.

—Gracias por malcriarme.

—Adoro hacerlo —le confesó, y la sentó en su regazo, le encantó acariciarle la espalda sobre el satén, casi tan sedoso como su piel—. ¿Preparada

para el día de hoy?

—Desde luego, ¿a qué hora nos vamos?

—A las diez.

—¿Viene a buscarnos Heller?

—No, pensaba que podíamos ir en el Alfa.

—Podemos ir con el mío, tengo ganas de conducir, lo hice muy pocas veces.

—¡Por supuesto que podemos ir!

Paula le encajó un sonoro beso, le apartó el pelo de la frente y le acarició el rostro, la nariz y los labios.

—Quiero que siempre sea

así entre nosotros.

—Yo también quiero lo mismo, mi amor.

—Te amo, te amo demasiado... Nunca creí que podía llegar a sentirme así.

Él le llenó el cuello de besos y se sentaron a la mesa para compartir el desayuno. Paula puso dos sobres de edulcorante en su café, lo revolvió y se lo pasó, eso ya era un ritual entre ellos y no quería dejar de hacerlo nunca.

Alex estaba contestando unos correos desde su teléfono.

—Paula, en dos semanas vendrán de Francia para negociar la franquicia que quieren obtener para París; acabo de pasarles tu correo electrónico y tu teléfono para que se comuniquen con vos.

—De acuerdo, mi amor, yo me encargo.

—Chloé seguro que te llamará. Me informa de que aprovechará que viene a Washington para vernos con ella en Nueva York.

—¿Chloé? ¿Y cómo es Chloé?

—Su padre, Luc Renau, y

ella son quienes pretenden obtener la franquicia de Mindland. Él contactó conmigo en Milán, cené con ambos después y ahí empezamos la negociación. Chloé se encarga de los tratos con el exterior, así que es muy probable que sea ella quien venga. Ya tienen una copia del contrato e imagino que querrá discutir algunos puntos, necesitamos alguien del departamento legal con urgencia porque Jeffrey estará de luna de miel.

—Lo conseguiremos, recuerdo que estuve mirando

los contratos con la zorra pero... Yo no te pregunté quién era y a qué venía, sino cómo es.

—¡Paula! —Alex levantó la vista del iPhone—. Es trabajo, ¿qué pasa?

—Hum, el nombre me suena a comehombres.

Alex se carcajeó y, sin dejar de mirar su teléfono, pensó: «No te equivocás, mi amor, ¡sos tan perceptiva!».

—O sea que es linda, ¿no? Porque si me estás diciendo: «Paula, es trabajo», te estás atajando. ¿Hubo química entre ustedes?

—Paula, amor, ¿qué te estás imaginando? Cuando la conocí sólo quería que pasaran los días y las horas para regresar a tu lado. Mi mente sólo se ocupaba de pensar en vos. Con decirte que, durante la cena, vibraba mi teléfono con mensajes tuyos y yo lo único que quería era irme para leerlos.

Se quedaron mirando unos instantes.

—Lo siento, es que las francesas tienen fama de ser muy sensuales.

Alex la cogió de la barbilla, le dio un beso y le

habló sobre sus labios. —
Estamos a punto de
casarnos, Paula. ¿Serás una
esposa muy celosa aunque tu
marido jamás te dé motivos
para ello? —le preguntó él.

—Lo siento, supongo que
este comentario estúpido es
porque, cuando estuviste en
Milán y no me contestabas
de ninguna forma, pensé que
podías haber conocido a
alguien. Con ese nombre,
mis alarmas sonaron sin
sentido y, con respecto a que
jamás me das motivos,
mejor no toquemos ese
tema, hoy no.

Frunció la boca y cerró los ojos. Alex sabía a lo que se refería, pero prefirió seguir por el lado del viaje.

—Tonta, fue el viaje más tortuoso que he tenido que hacer.

Después de un corto silencio ella se levantó para ir hasta la nevera por una botella de agua y volvió a sentarse.

—¡Alex!

—¿Qué, mi amor?

—Nunca hemos hablado de hijos.

Él se medio atragantó con un bocado de crepe que se

había metido en la boca.

—¿Cuántos querés tener?

—¿Querés tener hijos? —
preguntó ella tímidamente.

—¿Vos no?

—¡Por supuesto! Creo que
con dos estaría bien.

—¿Dos? ¡Yo quiero más!

—¿Más? —preguntó ella
con los ojos bien abiertos.

—Mi amor, yo estoy
acostumbrado a vivir en una
familia numerosa.

—Me pondré muy gorda,
¿me vas a querer igual?

—Serás la embarazada
más hermosa del mundo y,
además, apuesto a que

estarás muy sensual con la panza.

—Me encantará llevar a tu hijo en mi vientre.

—Y a mí me encantará el proceso que hay que seguir para colocarlo ahí —le dijo con una sonrisa muy pícaro, mientras le tocaba la barriga.

—*Ojitos*, estamos hablando en serio.

—Yo también.

—¡Qué tonto que sos!

Era el día de la boda de Alison y Jeffrey y, para mayor comodidad, Alex había reservado una habitación en el Four

Seasons. Además, como él era uno de los padrinos, quería que Paula se pudiera quedar allí, mientras que él seguramente iría a hacerse fotos con los novios.

Los Masslow estaban todos en el mismo piso, era un día muy especial para la familia. Alojados en el piso 33, Alex y Paula ocupaban la suite Manhattan, donde gozaban de vistas al Downtown, del Empire State Building y también el edificio Chrysler. Era una habitación espaciosa y moderna de estilo

contemporáneo, con salón y comedor, y un lujoso baño con acabados de mármol, ducha acristalada y una bañera con jacuzzi; todo estaba exquisitamente equipado, con batas, toallas y productos de perfumería. Paula recorrió cada estancia de la suite, mientras el personal subía el equipaje.

El dormitorio principal, con cama extragrande y un amplio vestidor, estaba separado del salón por una puerta, para ofrecer la máxima privacidad.

—¿Te gusta?

Alex estaba de pie a su lado con las manos en los bolsillos del vaquero.

—Es precioso, mi amor, me encanta y más aún porque la comparto con vos.

Paula guardó la ropa de ambos en el vestidor. Alexander se había empeinado en llamar a una empleada para que lo hiciera, pero Paula se negó rotundamente. Él se situó en la mesa de la habitación para revisar algunos asuntos pendientes de la oficina, ya que el jueves y el viernes no habían ido. Mandy, muy

diligente, le había pasado varios asuntos por correo y estaba conectado con su Mac a la red de la empresa. Cuando la joven terminó de ordenarlo todo, también se puso a trabajar un rato. Recibió la llamada de Chloé y estuvieron hablando largo rato. Al final la francesa le pareció bastante agradable y juzgó que se iban a entender muy bien. Cuando cortó, se puso con otros temas aplazados que tenía.

—Amor, ¿sería posible que el lunes me acompañaras al banco para

transferir mis cuentas para acá? Es que con el tipo de cambio tengo muchas fugas en mis activos.

—No te preocupes, el lunes llamo por la mañana para que nos atiendan a la hora del almuerzo y lo arreglamos todo.

—Gracias.

Más tarde, pidieron el almuerzo en la habitación, comieron gambas y ensalada romana, salpicada de picatostes y aderezada con queso parmesano. Se dieron de comer en la boca y se adoraron mientras

compartían las viandas como hacían a cada minuto del día. Siguieron conversando sobre la boda, a Paula le surgían ideas y Alex disfrutaba viéndola planearlo todo; sólo quería complacerla y hacer sus sueños realidad.

Después, como iban bien de tiempo, se metieron en el jacuzzi y, para consentirla un poco más, Alex le dio unos masajitos en los pies. Paula, relajada y extasiada, emitía sonidos que escapaban de su boca de forma involuntaria.

—Me mimás demasiado, *Ojitos*, es muy fácil acostumbrarse a esto.

Él se reía complacido.

—Me encanta hacerlo, de hecho, es lo que tengo planeado para el resto de nuestra vida.

—Eso suena muy prometedor, no te dejaré olvidarlo.

—No te preocupes, porque no pienso hacerlo.

—Porque... ¡yo no te lo permitiré! —exclamó abriendo los ojos y deslizándose en la bañera para acercarse a Alex y

abrazarlo.

—Yo tampoco permitiré que me prives nunca de esto —le dijo él embelesado—. Sos mi premio y mi regalo del cielo.

Comenzaron a besarse apasionados, con ganas de beberse, de saborearse. Él bajó con sus besos por el cuello; ella estaba acurrucada contra su torso, que se insuflaba con cada respiración agitada que salía de sus pulmones. Paula lo enloquecía y le urgía disfrutar de su cuerpo, esa mujer lo había hechizado, lo

había enamorado como nunca pudo creer que se podría, era su motor, su aire y su vida.

Ella le acariciaba la espalda y lo sentía tensarse, arder con sus besos. Estaba fascinada en los brazos de aquel hombre que sólo la amaba con posesión y con empeño. Echó la cabeza hacia atrás para ofrecerle más cómodamente su cuello y después se enderezó y lo miró profundamente. Empezó a acariciarle el pecho con las manos e, insaciable, se acercó a sus

labios y le besó en el lado izquierdo.

—Lo que está acá dentro es lo que más amo de vos — dijo Paula y le señaló su corazón con el dedo índice.

—Vos sos la única culpable de que este corazón se haya ablandado, estás clavada en él.

—Sos un hombre extraordinario.

—Paula, mi amor, sólo soy un simple mortal que vive para amarte.

La pasión era una parte importante en su relación, pero Paula y Alexander se

complementaban, se tenían el uno al otro para transitar por la vida y descubrir caminos o desandar otros. Serenos y entregados, se amaron y se veneraron en el agua, hasta que sus cuerpos hallaron el consuelo momentáneo en el orgasmo.

La peluquera llegó con un asistente y dos maquilladoras. Todas las mujeres de la familia se habían congregado en la habitación de Bárbara, donde cada una esperaba su turno para ser atendida. Joseph había huido de la

vocinglería de las damas y se había refugiado en la habitación de Alex, con Chad y Edward, para ver un partido de fútbol americano. En el entretiem po y, como ya se acercaba la hora, los hombres fueron a cambiarse. Alex tenía preparado un traje de chaqueta con pantalón entallado en negro perlado, que acompañó con una camisa blanca y unos gemelos que los novios habían obsequiado a sus padrinos. Había elegido una corbata de seda en tono arena, como el pañuelo y el

chaleco cruzado.

Paula llamó a la puerta de la habitación y ese adonis le facilitó la entrada. Ella se quedó fascinada con lo que vio; Alex era irrespetuosamente bello. Lo tomó de la barbilla y le mordió los labios.

—¡Estás hermoso!

Él se apartó, estiró las mangas de su chaqueta y posó para que ella lo admirase dando un paso atrás.

—Sos un irreverente — afirmó Paula.

Alex sonrió con esa cara

de autosuficiencia que la había enamorado el primer día.

Paula llevaba un peinado recogido en un moño bajo y con una onda en la frente, que le despejaba el cuello increíblemente largo y apetecible.

—Me encanta ese peinado —le dijo él con un mordisquito en el cuello—. Me voy a ver a Jeffrey, así te doy tiempo para que te cambies. Me muero por ver tu vestido.

—No voy a cambiarme todavía, aún es muy

temprano, pero estaré lista para cuando regreses de hacer las fotos.

—Estaré ansioso por verte.

Alex hizo un mohín y se rieron.

Paula ya estaba lista y dándose un último repaso frente al espejo. Llevaba un vestido de tul bordado en negro y forrado en color piel, con un escote delantero en una V muy profunda que terminaba en ondas. El canesú ultraadherente se ceñía a su cintura y definía su exquisita figura hasta la

altura de las caderas, donde la falda se ampliaba para crear un pequeño arrastre en el ruedo y formar una mínima cola. En la espalda, un profundo escote en forma de U con las mismas ondas que el delantero dejaba su sedosa piel al descubierto. Había seleccionado unos guantes de seda negra que le cubrían todo el antebrazo, aunque en realidad no estaba muy segura de ellos, porque tapaban su sortija. Tras pensarlo durante un rato, concluyó que se lo consultaría a Alex. Las

sandalias altísimas de Giuseppe Zanotti, con talonera y puntera metálicas, le encantaban y la hacían extremadamente provocadora. De pronto, unos golpecitos en la puerta capturaron su atención, Alexander había vuelto. Paula le abrió y se giró alejándose de él para que la viera caminar contoneándose mientras le exhibía el sugerente escote de la espalda.

Alex se quedó boquiabierto, como si hubiera visto una aparición

sobrenatural; Paula iba a matarlo con tanta sensualidad.

—¡Dios, estoy en el paraíso! —ella sonrió mientras echaba sensualmente la cabeza hacia atrás—. Mi amor, creeme que me dejaste sin palabras. Estás hermosa, pero creo que sentiré muchos celos si alguien te mira. Te prohíbo alejarte de mí durante toda la fiesta.

—*Ojitos*, te recuerdo que serás vos quien se aleje de mí.

—Cierto, hum, peor aún

porque no podré vigilar a tus admiradores.

—Espero que la golfa esa se haya estado quietecita con sus manitos durante las fotos.

—Tranquila, ella estaba en una punta y yo en la otra. — Él la abrazó y le besó el escote—. ¡Estás irresistible!

—¿Te gusta cómo me arreglé?

—¿Que si me gusta? Estoy sorprendido, absorto, extasiado, deslumbrado, patidifuso, casi al borde del desmayo, ¡absolutamente atarantado!

—¡Exagerado!

—Jamás dudes de mis palabras.

—Quiero consultarte sobre los guantes, ¿qué te parecen?

—Lucís sofisticada con ellos, pero no se ve tu anillo.

—¡Ah! Tuvimos el mismo pensamiento, mejor me los quito. Amanda insistió en ellos.

—No, dejátelos. En la cena te los podés quitar, me gustan.

Paula fue al baño a retocarse el brillo labial. Como única joya, se había puesto su reloj Bvlgari y

unos pendientes de pedrería negra con engarce dorado.

Partieron hacia el salón donde se llevaría a cabo la ceremonia y se separaron en la salida del ascensor, pues él debía ir con el cortejo nupcial. —*Blue Eyes*, mucho cuidado con la sanguijuela.

—Ojalá pudiera no entrar con ella, creeme que si estuviera en mi mano lo haría —le aseguró Alex.

Paula le pellizcó la mejilla.

—¡Te amo!

—¡Yo también te amo!

Cuando Paula entró a donde estaba montado el

altar, acaparó la mirada de varios de los asistentes. El primo Alan, que la vio pasar, la reconoció de inmediato y le presentó a su novia, y también saludó a sus padres, a quienes había conocido en el cumpleaños de Bárbara. Luego se acomodó en su sitio, junto a Lorraine, los abuelos Masslow, Chad y Ofelia.

Jeffrey ya estaba delante esperando a la novia, llevaba el mismo traje que Alex, pero con chaleco, corbata y pañuelo gris perlado, para diferenciarse de sus padrinos

y un *boutonniere* rojo en el ojal. Faltaba poco para el momento crucial, hubo un cambio de melodía y entonces el cortejo nupcial empezó a hacer su recorrido. Su hombre iba en segundo lugar. Paula intentó centrarse en él para no mirar a la golfa que llevaba del brazo; él, por su parte, hizo lo mismo. Desde que entró, buscó su mirada y no la apartó de ella en ningún momento.

La ceremonia fue muy emotiva, sobre todo la lectura de los votos; la

abuela Hillary estaba muy afectada y Paula y ella terminaron cogidas de la mano.

Después de la declaración oficial de la unión del matrimonio, los novios salieron precedidos por su cortejo. Cuando Alex pasó junto a ella, le guiñó un ojo y le tiró un beso; Paula salió apresurada porque quería verlo antes de que él volviera a irse.

—Sólo un ratito más para unas fotos y prometo no moverme en el resto de la noche de tu lado.

—No te preocupes, Ofelia y la abuela me están mimando.

—¡Ah! Entonces te dejo en buenas manos, no me cabe la menor duda de que te consentirán mucho.

Había pasado una hora desde la culminación de la ceremonia, y, después de los cócteles y los aperitivos, los invitados empezaron a entrar al salón. Paula se había sentado a la mesa que le habían asignado, junto a las mismas personas con las que había compartido la ceremonia. Sus suegros

atendían a los invitados mientras llegaban los novios.

Al entrar, Alex buscó incesantemente a su chica hasta dar con ella en una de las mesas. Sin dudarlo, se acercó a paso seguro y apremiado, se saludaron con un sonoro beso.

—¿Amanda y Edward? — preguntó Chad.

—Fueron al baño, ya vienen —le contestó Alex a su cuñado.

—Una gran boda — intervino Lorraine—, todo está hermoso. Ahora habrá

que esperar a la de ustedes.

—Uf, ahora que pasa la de Alison y Jeffrey, tendrán que conseguirse unos tapones para los oídos, porque juro que los hartaré hablando de los preparativos. ¡Hace dos semanas que me vengo aguantando! —exclamó Paula gozosa de poder expresar su felicidad a los cuatro vientos.

Después del primer baile de los novios, salieron todos a la pista a bailar. La orquesta se encargó de amenizar la noche con música exquisita; había buen

ambiente, comida y bebida abundante, todo era un éxito. La felicidad de los recién casados inundaba a todo el mundo del mismo sentimiento. Éstos estaban a punto de retirarse y Alison se dispuso a tirar su ramo. Paula se colocó cerca con timidez, empujada sobre todo por Lorraine, Amanda y Alex. Tuvo la suerte de que las flores cayeran en sus manos; Paula lo levantó triunfal, mientras Alex aplaudía. Chad, Edward y Jeffrey, saltándose el protocolo, iniciaron una

rechifla ensordecedora para celebrarlo. Sin más dilación, los novios se retiraron. Entre los invitados se formó un pasillo en el que les tiraron pétalos de flores para despedirlos. No obstante, la fiesta continuó un rato más para los allí presentes.

—Voy al baño, mi amor.

—Te acompaño.

—No hace falta, vuelvo enseguida, quedate tranquilo —le dijo Paula y se acercó a su oído—: Además, sos muy peligroso en los baños de mujeres —se carcajearon.

Habían pasado varios

minutos desde que ella se había ido y Alex estaba empezando a impacientarse.

—Amanda, ¿por qué no te fijás si Paula está bien? Fue al baño hace rato y no regresa.

—Dejá —interrumpió Lorraine—, necesito ir al baño, yo me fijo. Lorraine volvió desesperada corriendo y gritando, mientras llamaba a Alex.

—Está lastimada... Paula está lastimada.

Alex atrapó sus manos para escucharla más de cerca, pues por la ansiedad y

el volumen de la música le costaba entenderla. Lorraine estaba desencajada y lo tironeaba.

—¡Está bañada en sangre en el suelo del baño!

Alex y todos los demás salieron disparados, él fue el primero en llegar, se tiró a su lado y atrapó su mano; estaba abatida en un charco de sangre, tenía los ojos abiertos y las pupilas dilatadas. Cuando lo vio llegar, buscó sus ojos con insistencia.

Alex lloraba, Amanda le decía que no la moviera,

Edward llamaba al 911 mientras abrazaba a Lorraine, y Chad sólo se agarraba la cabeza y maldecía: todo era caos y desesperación.

—Mi amor, ¿qué te pasó, quién te hizo esto?

Paula quería hablar pero las palabras no le salían, Alex estaba desconsolado, pronto llegaron Bárbara y Joseph, pues Chad los había ido a buscar.

—¡Dios, protege a este ángel! ¿Quién pudo haberle hecho esto? gritó Bárbara y se agachó para cogerle la

otra mano y acariciarle la frente, pero ella no apartaba los ojos de Alex—. Tranquila, tesoro, ya viene la ambulancia, te vas a poner bien. ¡Calmate, Alex! —le gritó—, la estás poniendo nerviosa, no le hace bien — regañó Bárbara a su hijo.

—Edward, dale, busca a Bob, él es cirujano, por Dios, ¿para qué estamos todos acá sin hacer nada? — gritó Joseph y Edward salió impulsado maldiciendo por no haberse dado cuenta antes, pero regresó muy pronto y solo.

—Lo siento, el tío Bob, Serena y Rachel ya se fueron.

—¡Ha sido esa malnacida! ¡Estoy seguro de que ha sido esa perra! chillaba Alex. Se puso de pie y, de pronto, lo comprendió todo. Golpeaba las paredes, estaba furibundo, lloraba y maldecía—. ¡Estoy seguro de que fue ella!

Joseph aferró a su hijo, para intentar calmarlo.

—¿Qué mierda estás diciendo, Alex?

—Fue ella papá, estoy seguro. Yo la rechacé

muchas veces y la última vez que hablé con ella me di cuenta de que no estaba en sus cabales. Tuve que haber reaccionado antes, ¡es culpa mía, papá, no he protegido a Paula! —Lloraba en los brazos de su padre, desconsolado y desencajado—. ¡Mierda! ¿Y el médico no llega? ¡No quiero que se muera, papá, no quiero, ella es mi vida!

Volvió a inclinarse sobre su mujer.

—Preciosa, escuchame, mi amor, por favor, mi vida, cerrará los ojos si fue Rachel

la que te hizo esto.

Paula no respondía, su mirada estaba clavada en un punto fijo, ya no lo miraba.

—Alex, por Dios, dejala. ¿Qué intentás hacer? —lo reprendió Amanda entre sollozos.

Los ojos de la joven se empezaron a poner blancos y comenzó a perder la conciencia, porque había perdido mucha sangre. Desprovista de todas sus fuerzas, los cerró y una lágrima se escapó de ellos.

—No, mi amor, no... no... Mirame, por favor, mirame,

quedate acá conmigo, no me dejes, Paula, no me dejes, por favor, no lo hagas.

La ambulancia dejaba atrás a toda velocidad las luces de la ciudad y el eco de su sirena ensordecía la madrugada de las calles de Manhattan. Alex iba aferrado a su mano y era imposible separarlo de ella, por momentos estorbaba hasta a los médicos que intentaban hacer denodados esfuerzos por estabilizarla.

Agradecimientos

EN este proceso, hay mucha gente a la que quiero darle las gracias, pero principalmente a mi familia, a quienes les resté muchas horas por cumplir mi sueño, pero con los que quiero compartir, sin duda, todos mis logros. Mis hijos y mi esposo son la luz que iluminan mis días.

Gracias también a mi círculo íntimo de amigas

—«mis termómetros», como yo les digo—, mis ladies Masslow: Eve, Vane, Marián, Peque, Marce, Marisa, Mariela, Carmen, Deneisi, Cries, Anita, Kari, Maru y Cyn, que creyeron en mí antes que yo y se ilusionaron como yo al ver este sueño hecho realidad. ¡Gracias, chicas, por la confianza compartida y por emocionarse y motivarme a seguir!

Muchas gracias a Noelia Martín Toribio, «mi angelito de la guarda», mi locura andante, mi niña hecha de

fuego y pasión, que tiene un corazón más grande que el universo y, sin duda, ya se ha ganado el cielo.

Gracias a Tiaré Pearl, que me diseñó unas portadas maravillosas para que en la editorial, finalmente, se les diera la forma definitiva.

Gracias también a Melisa, Ana y Nacary, mis incondicionales, y a todas mis «Brujas atarantadas», a mis «Desesperadas por *Ojitos*» y a «Atarantadas por *Ojitos*» por el apoyo diario que me brindan.

Reseña biográfica



NACÍ el 5 de julio de 1970 en Argentina, en Buenos Aires capital, donde vivo en la actualidad. Descubrí mi pasión por la lectura a los ocho años. Me habían regalado *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, y no podía parar de leerlo y releerlo. Ése fue mi primer libro gordo, pero entonces la

familia entera comenzó a regalarme novelas para leer.

Soy esposa y madre de dos hijos, y siempre me ha gustado escribir. En 2004 redacté mi primera novela como un pasatiempo, pero nunca la publiqué. Además, tengo otras tres que nunca se publicaron. «En tus brazos... y huir de todo mal» es el título de una serie formada por *Seducción y Pasión*. Si me decidí a publicar esta novela, fue motivada por amigas que la habían leído y me animaron a ello. Me declaro sumamente

romántica.

Encontrarás más
información sobre la autora
y sobre su obra en:
www.fabianaperalta.com

Datos

editoriales

EN tus brazos... y huir de
todo mal, I.

Seducción

Fabiana Peralta

No se permite la
reproducción total o parcial
de este libro, ni su
incorporación a un sistema
informático, ni su
transmisión en cualquier
forma o por cualquier
medio, sea éste electrónico,

mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por

teléfono en el 91 702 19 70 /
93 272 04 47

© de la ilustración de la
portada, Shutterstock ©
Fabiana Peralta, 2014

© Editorial Planeta, S. A.,
2014

Av. Diagonal, 662-664,
08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro
electrónico (epub): febrero
de 2014 ISBN: 978-84-08-
12537-2 (epub)

Conversión a libro
electrónico: Newcomlab, S.
L. L. www.newcomlab.com

notes

Notas a pie de página

1 Tirármela. (*N. del e.*)

Table of Contents

FABIANA PERALTA

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Agradecimientos](#)

[Reseña biográfica](#)

[Datos editoriales](#)

[Notas a pie de página](#)